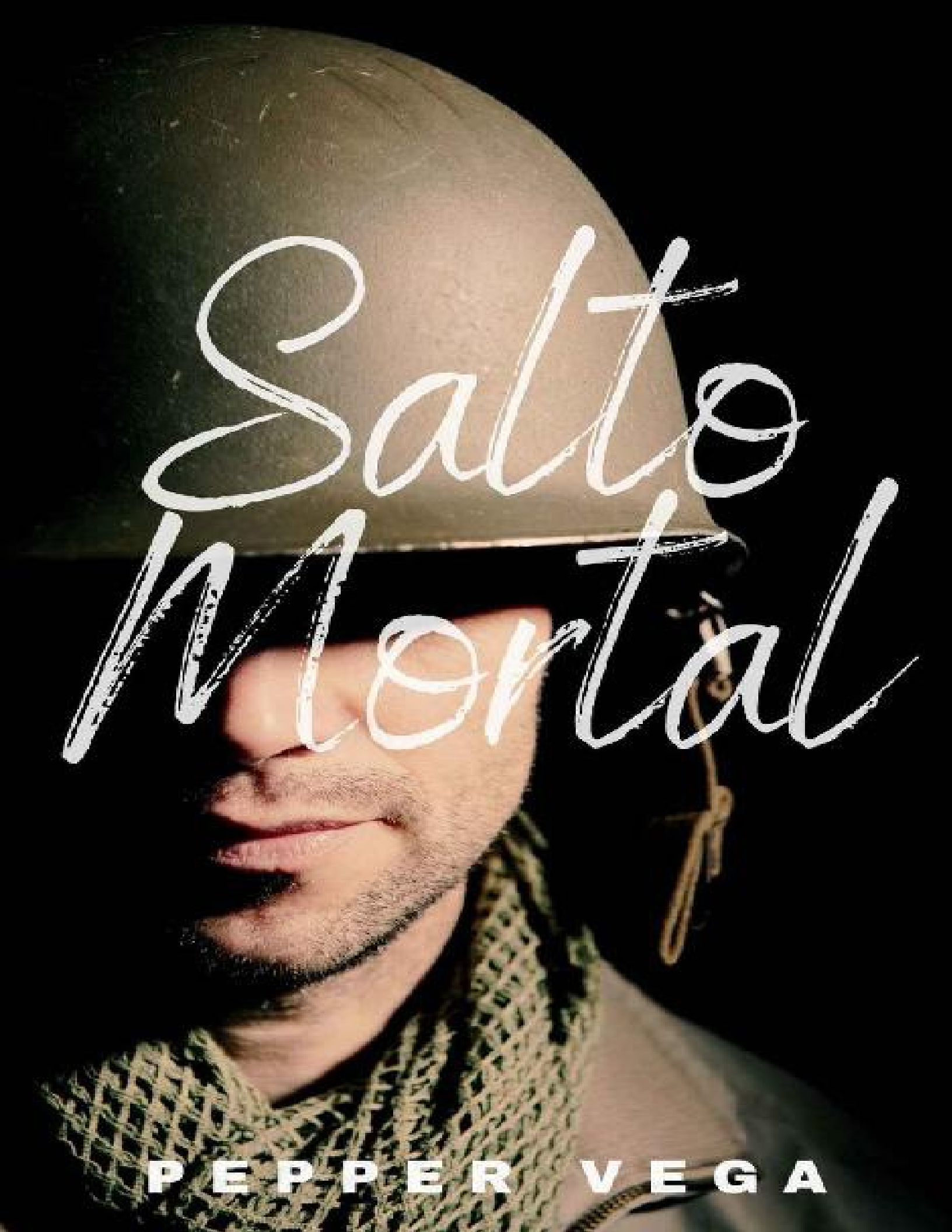


A close-up, low-key photograph of a man's face, partially obscured by a military helmet and a camouflage scarf. The man has a slight smile and is looking down. The background is dark, and the lighting highlights the textures of the helmet and scarf.

Salto Mortal

PEPPER VEGA

Contents

Primera parte

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

10.

EXTRA.

Segunda Parte.

11.

12.

13.

14.

15.

16.

17.

18.

18 | Parte 02.

19.

Tercera Parte.

20.

21.

22.

23.

24.

25.

26.

27.

La carta de David

Primera parte

El sonido de unas aves que graznaban a lo lejos logró despertarlo del breve sueño que se permitió luego de un día agotador en la sierra.

Sus ojos azules se entreabrieron dentro de la bolsa de dormir y sus manos descubrieron su rostro solo para reparar en la tenue luz que ya anunciaba un nuevo día.

Carraspeó y tragó saliva con dificultad; la garganta le seguía doliendo mucho y la fiebre no menguaba ni con las compresas frías que se había puesto durante la noche.

David volteó a ver la fogata y se percató de que el fuego ya se había extinguido; tan solo quedaba un delgado hilillo de humo que le trajo gratos recuerdos de la noche anterior.

—Arriba todos —ordenó con la voz más ronca de lo habitual una vez que estuvo de pie. Su pequeño pelotón se puso en marcha—. Iremos hacia el sur y por la tarde descenderemos al sureste y allí vamos a acampar. Carguen su garrafón de agua y provisionen porque es toda el agua potable que tendrán.

—Sí, señor. —Los escuchó decir al unísono.

Era la tercera vez que estaba a cargo de los internos de nuevo ingreso y no podía quejarse, puesto que le gustaba dar órdenes y ser respetado por los más jóvenes.

—Teniente... —Uno de los chicos le llamó desde su lugar. El joven estaba sentado en un tronco y aún no había guardado sus pertenencias—. No se me pasa el dolor. Creo que está empeorando mi herida y...

El muchacho guardó silencio cuando David, haciendo crujir las ramas y las hojas secas, se acercó con paso decidido hacia él.

—Déjame echar un vistazo.

Jacobo había sido alcanzado por los colmillos de una serpiente durante la tarde anterior. Y, aunque no había sido un ejemplar peligroso, entonces tenía un globo lleno de pus en el tobillo.

—Te pasó por estúpido. Las botas no se quitan en terreno hostil, imbécil.

—Ahora lo sé, señor —musitó avergonzado al escuchar las risas de sus compañeros.

David extrajo su navaja y el muchacho abrió los ojos como platos.

—Te cortaré la pierna para que ya no sientas dolor...

—¿Qué?!

Las carcajadas resonaron cuando el gesto de terror del chico fue más que evidente.

—Una queja más y sí la corto, Martínez.

Le gustaba intimidar a los nuevos porque su carácter se había forjado gracias a los pésimos tratos que recibió durante su primer año de humillantes novatadas que le generaron una especie de estrés postraumático durante algunos meses.

Al principio se había asustado cuando lo hicieron desnudarse a eso de las dos de la madrugada en el cuarto de las duchas. Lo habían obligado a ponerse de cabeza y lo habían hecho competir con otro interno para ver quién de los dos soportaba más tiempo. El perdedor recibió golpes y fue obligado a comer basura durante una semana completa. David entendió que tenía que ganar cada competición; también aprendió a no quejarse ante los golpes y a tratar como dioses a los de cuarto año para evitar las torturas.

Un cadete de segundo lo había advertido desde que se hicieron amigos. Le había dicho cómo actuar y qué decir en todo momento. «Es duro, pero somos militares y es lo que hay», habían sido las palabras de resignación y orgullo de Pérez cuando David le contó que le habían

insertado la mitad de un cepillo de dientes en el culo.

Pérez le comentó que había corrido con mala suerte porque él se había salvado de ese castigo. Y, aun así, jamás bajó los brazos y nunca pensó en renunciar por muy tenso que se sintiese cada vez que los pasos resonaban en el dormitorio en busca de una nueva víctima. Siempre ocurría a las dos de la madrugada, y a veces le tocaba a él.

El primer año había sido un verdadero infierno. Había bajado seis kilos y había aprendido a observar a detalle su entorno para proteger su propia vida. Nadie se había acercado para preguntarle si se encontraba bien o si se sentía triste o estresado por equis motivo, allí en la universidad cada quien se rascaba con sus propias uñas y cuidaba de sus objetos personales como si fuesen verdaderos tesoros.

Nunca lo habían discriminado por su color de piel y sus ojos azules. No obstante, allí sí le ocurrió. Ser un muchacho bien parecido era el equivalente a llevar un letrero en la cara con la palabra '*víctima*' en letras rojas.

David había escuchado una anécdota por parte de Pérez; este le había contado que un chico se había quejado de los malos tratos y los abusos que sufría por las madrugadas. Y su superior se había encargado de decirles a los otros que el muchacho había *culeado*.

«Los soldados no lloran ni se quejan porque aquí no está *mami*, ¿entiendes? Aquí te cuidas la espalda tú solito y a la verga si se enfierran al compadre de al lado. Tú cierras los ojos y finges dormir. Afuera somos hermanos, adentro solo supervivientes y enemigos, ¿entiendes?». Por supuesto que lo entendió, no era estúpido. Desde entonces lo invadió una especie de recelo hacia todo el mundo que lo rodeaba. Había pasado incluso por una etapa de paranoia digna de un esquizofrénico muy perturbado. Siempre mirando sobre su hombro y oliendo todo alimento antes de llevárselo a la boca.

Había desconfiado más de los de segundo y de los de cuarto. Los de segundo querían venganza para cobrarse los malos ratos que habían pasado ellos mismos cuando eran de nuevo ingreso. Eran los más despiadados y vengativos al ser los más jóvenes e inmaduros. Constantemente acosaban a los nuevos y sus castigos eran bárbaros e inhumanos.

Los de cuarto eran llamados '*dioses*' y con ese apelativo quedaba más que claro que eran intocables. Se les tenía que hablar de '*usted*' y a veces hasta les llevaban las botas y las arrojaban en el dormitorio para que los nuevos las lustrasen. Alguna vez lo habían obligado a limpiar el lodo de una bota con su lengua mientras los otros reían a carcajadas.

David nunca había pensado en el karma, pero allí fue donde aprendió que realmente existe y que a veces toca comer mierda por haber molestado a la chica gorda de la secundaria.

Lo peor que le había ocurrido no había sido el cepillo en el culo. Lo peor había sido aquella tarde en la que lo habían obligado a permanecer suspendido en el aire, sosteniendo el peso de su cuerpo con la fuerza de sus brazos. El *adiestramiento* había comenzado a las once de la mañana y había finalizado hasta las once de la noche. Ningún superior se había movido del lugar; algunos le habían lanzado piedras pequeñas y otros lo habían mojado una vez que la temperatura descendió hasta los cinco grados Celsius.

David nunca se quejó ni mostró señal de rendición. El dolor que experimentó durante las primeras horas fue una verdadera tortura. Una agonía que lo hizo pensar que los brazos se le zafarían del torso en cualquier momento. Aun así, resistió como un valiente, acomodando de tanto en tanto sus manos en el tubo de acero para descansar los músculos durante unos segundos.

Cuando le dieron la orden de descansar, solo por orgullo, permaneció veinticinco minutos más en la misma posición, alegando que no estaba cansado. David quería que todos supiesen que no se iba a doblegar tan fácil. Aunque a la mañana siguiente le fue imposible mover los brazos y

pasó toda la tarde en la enfermería por los tendones lastimados y la hinchazón de los músculos.

Se había visto mojado y friolento. Lastimado físicamente y perturbado porque su cerebro se negaba a rendirse. Y los tenientes le habían aplaudido por el esfuerzo, y David entendió que no eran malos, que solo estaban preparándolo para el mundo exterior.

Tenía años de no llorar. A veces no sabía si eso era algo bueno o malo. No lo pensaba demasiado porque siempre estaba ocupado con cualquier actividad. Quería suponer que se había hecho un hombre fuerte, aunque algunas ocasiones se conmovía cuando sus compañeros egresados morían en combate o perecían en las catástrofes naturales a las que eran enviados para rescatar a los civiles.

El primer año era de *tronco*, pero al segundo se vio obligado a elegir una especialidad. David se había decantado por la licenciatura en Ciencias Militares en la especialidad de Artillería. No se veía dando clases una vez que culminase sus estudios, él quería formar parte de las Fuerzas Especiales.

Durante las charlas con sus compañeros se dio cuenta de que todos tenían una historia triste. Pocos eran los que se habían enlistado por verdadera vocación y por el orgullo de servir a la patria. Cada uno contaba un relato más deprimente que el anterior hasta que fue su turno, y él les había dicho que necesitaba un sitio para dormir y que era muy huevón como para trabajar en una oficina.

David logró lo que en el Alpes, pronto se hizo popular y fue admirado por sus compañeros. Pero esto supuso enemigos envidiosos de rangos más altos que no le quitaron los ojos de encima durante algunos meses.

El miedo dejó de ser una muralla cuando se inscribió en una competencia de natación. Jamás olvidaría las miradas serias de todos los que lo vieron ejecutar saltos perfectos y nadar a toda velocidad dejando atrás a los otros.

Siempre sería un *Mantarraya*. Ese orgullo no se lo quitaría ni el General de Brigada ni el Secretario de Defensa.

El muchacho tenía cualidades y el colegio no iba a desaprovecharlas. Al poco tiempo representó a todos los militares en una competición nacional que le brindó una medalla de oro bien merecida. Después, logró su sueño más grande y representó al país en las olimpiadas, sumándole una medalla de oro a México en los saltos individuales.

Recibió su primera insignia en un ceremonial que le infló el orgullo hasta las nubes. La bandera danzó con el viento y los aplausos resonaron cuando fue condecorado y reconocido.

Entonces conoció la palabra *respeto* y la palpó con las yemas de los dedos cuando pudo dormir sus seis horas seguidas sin interrupciones.

—Descansen —ordenó a los muchachos por la noche. Llevaban horas caminando y la fiebre le tenía alucinando con la cama del colegio y los ojos del muchacho de la cafetería del centro. Su rostro se le hacía familiar y no podía olvidarlo.

Los cadetes encendieron una fogata y colocaron sus garrafones de agua frente a sus bolsas para dormir. David vio que uno de ellos orinó dentro del recipiente de casi veinte litros y sonrió porque él había hecho lo mismo en su primera ida a la sierra.

—Señor... —Martínez lo volvió a llamar—. ¿Qué vamos a comer?

El aludido volteó a ver a los otros y descubrió que se estaban preguntando lo mismo porque lo veían con gestos expectantes, sucios y exhaustos.

David cogió un puño de tierra en su mano derecha y se lo tendió mientras le dio a elegir:

—Tragas tierra, tragas tu propia mierda, te comes mi verga o sales a cazar. Hay muchas opciones, cadete. Yo no soy la puta de tu madre, así que no me vuelvas a preguntar porque te

mato aquí mismo.

Algunos cogieron sus linternas y sus armas para adentrarse en la espesura de la sierra. Martínez hizo lo mismo y corrió tras los demás. David podía soportar algunos días sin comer debido al *adiestramiento*, por eso decidió descansar para recuperarse un poco de la fiebre y de aquella infección en la garganta que llevaba un par de días molestándolo.

Cuando se halló dentro de su bolsa miró el cielo estrellado con los ojos a punto de cerrárseles. Pensó en su sobrino Neza y en Mauricio. Hacía mucho que no los visitaba por falta de tiempo. Tenía tantas ganas de charlar con su hermano pequeño y de abrazarlo hasta quedarse sin fuerzas. Echaba mucho de menos sus ojitos azules y su mirada perdida en uno de aquellos abismos de su mente.

Había escuchado por parte de Mirna que Mauricio recibía educación en casa. Con tres bocas menos por alimentar, a la familia Duarte le iba mejor y pudieron permitirle ese lujo al menor.

La última noche que vio a Mauri le había contado la historia del niño que perdió su niñez en su propia casa. Le había dicho que iría a ayudarlo porque se hallaba solo en un mundo de adultos que no comprendía. Le había prometido que lo encontraría y que después lo llevaría a casa para que lo conociese cuando lograra hacerlo feliz. Pero para que eso ocurriese, él tenía que irse muy lejos y ya no se verían a menudo. Casi nunca.

Le había sorprendido que Mauricio le preguntase por el paradero de los padres de ese niño. ¿Por qué no lo cuidaban y por qué no lo amaban? Y entre lágrimas que no pudo contener, se había limitado a decirle un *no lo sé*.

Entre sueños que no le procuraban el descanso, escuchó las risas y las voces de su pelotón. Había júbilo porque habían logrado cazar dos liebres y una serpiente. Martínez le ofreció comida, pero David lo reprendió por despertarlo.

A la mañana siguiente se despertó hambriento y se halló con vísceras y trozos diminutos de carne cruda que estaban sobre la base de un tronco. Cogió una tripa larguirucha y ensangrentada y la lavó con un chorro de agua para sacarle de encima la tierra, las hormigas y la sangre que empezaba a secarse. Y comenzó a masticar con calma ante la mirada de los cadetes que despertaron en ese instante.

—El hambre es *cabrona* —les dijo para justificar ese acto sangriento que bien podría haber sido sacado de una historia de terror.

—Déjeme que la cocine para usted, señor —se ofreció otro de los cadetes, acercándose a un David muerto de hambre que le gruñó como un perro rabioso.

El joven retrocedió y se le quedó viendo como los otros. David eructó ante el *festín* y se limpió las comisuras de los labios antes de ponerse en pie y coger el cuenco de madera que había llevado consigo. Se sacó la verga y orinó en este ante las miradas atentas de los otros; acto seguido, se bebió sus orines sin hacer un solo gesto de asco.

—¡Qué manjar! —bromeó—. Ahora sí, iremos derecho hasta la cascada y estaremos en el punto clave a eso de las once de la noche. Espero que hayan comido bien porque no habrá *snacks*. *Cero privilegios, damitas*.

El pelotón lo siguió sin rechistar. Algunos ya se habían hecho amigos y charlaban de nimiedades mientras David no perdía de vista los alrededores. No era el mejor de los guías ni tampoco el más amable, pero sin que ellos se enterasen, los estaba protegiendo.

La sierra estaba poblada de osos negros, coyotes y bandidos que se dedicaban al crimen organizado. Tenía que sacarlos con vida aunque solo fuesen unos pendejos sin idea del mundo exterior. También era una prueba para él y no le convenía perder a un cadete. Tenía un historial

perfecto en Mando en Combate y el general le había dicho que sus pelotones regresaban muy cambiados luego de aquellas expediciones bajo su cargo.

Llegar *cambiados* era sinónimo de algo muy positivo. Quería decir que los muchachos aprendían un par de cosas y estaban más atentos a lo que ocurría en su entorno.

Entonces decidió darles la *charla*:

—Elegí la especialidad de Artillería porque quiero matar con mis propias manos a esos hijos de la chingada que les venden drogas a los niños. Porque, aunque muchos ya se han rendido, yo sigo de pie y seguiré de pie hasta el final. Mientras todos duermen yo vigilo para que haya paz, para que nadie corrompa a mi nación. Elegí Artillería para que no sigan siendo los inocentes los que mueran bajo los regímenes del narco. Quiero que de mi arma no se desperdicie ninguna bala, que cada una de ellas destruya el cráneo del enemigo. Voy a luchar hasta el final de mis días por que las calles estén libres de *ratas*. Y si caigo entre manos enemigas será por mi patria y moriré con dignidad sabiendo que di todo cuanto tuve. Elegí Artillería por el placer de mandar a la verga a los delincuentes que manchan nuestra nación y que generan pánico en nuestras calles. Y mataré a quien se interponga entre mi objetivo aunque pierda la vida en el fuego cruzado. Elegí Artillería porque tengo un hermano autista y un hijo, y ellos son mi fuerza y mi voluntad, la razón más importante para no rendirme. ¡Yo soy hijo de la patria!

—*¡Somos hijos de la patria!* —gritaron todos al unísono y nadie volvió a musitar palabra durante el largo trayecto.

Una vez que los elementos los rescataron, David se tomó la libertad de relajarse y se permitió bromear con los superiores diciéndoles que se los había cogido a todos. No estaba fuera del armario dentro del colegio porque no era lo mismo que en el Alpes, allí el machismo y la discriminación eran filosas dagas que no quería clavarse en el cuerpo; pero sí podía permitirse bromear con la homosexualidad porque todos lo hacían para humillar a los más jóvenes.

—Descansa, Duarte, estaremos en la base a las mil cuatrocientas —le permitió un superior y David agradeció el gesto antes de perderse entre sueños.

Entonces soñó al muchacho de la cafetería con su piel tostada y sus ojos marrones. Lo vio con su mandil a cuadros rojos y blancos, esbozando una sonrisa tierna mientras, sin poder ocultar su nerviosismo, le preguntaba por la orden.

Llevaba cerca de tres meses yendo cada sábado y domingo para encontrárselo. Siempre pedía un café y un panecillo de canela y coco para observarlo a la distancia.

El joven ya parecía sospechar que las visitas eran a causa suya. David no sabía fingir en esas cuestiones. Sus ojos claros no se perdían detalle de los movimientos del muchacho. Lo cazaba con la mirada y lo acechaba con el pensamiento al encontrarlo irresistible.

—*¿Te ofrezco algo más?* —le había preguntado con una sonrisa ladina y tímida.

—*¿A cuánto un paseo que dure dos horas?*

El chico le había mostrado una sonrisa preciosa.

—*Es gratis.*

Y desde entonces David contaba los días para volverlo a ver.

1.

Aquella mañana de sábado salió muy temprano del colegio; tenía permitido salir a eso de las diez de la mañana, pero tenía que regresar el domingo antes de las seis si no quería ser encarcelado en la prisión de la universidad.

Portó su mochila al hombro y se afeitó a las carreras porque le urgía hallarse con ese joven que no abandonaba sus pensamientos. A veces pensaba que lo suyo era obsesivo. Sus ojos y sus labios siempre aparecían cuando menos lo esperaba.

Algunos compañeros le preguntaron a dónde se dirigía; incluso lo invitaron a un bar donde las meseras atendían a los clientes en *topless*.

«Otro día». Les dijo para sacárselos de encima. No quería ser aguafiestas, pero ya había tenido una mala experiencia una vez que no pudo negarse y terminó acostándose con una puta.

Nunca pensó que una mujer lograría alzarle el asta, pero la chica se había esmerado en darle una buena mamada. De ahí en adelante, se le había *trepado* y se encargó de moverse y gemir hasta que David obtuvo su orgasmo y ella sus ochocientos pesos.

Seguía sintiendo nauseas al recordarlo...

El sexo siempre lo conseguía afuera del colegio, al menos ese que le gustaba, el real. Porque dentro de la institución se había cogido a un par de cadetes en muchas ocasiones, pero estaban refundidísimos en el armario y David había optado por buscar nuevos horizontes en las pecaminosas calles de Ciudad de México.

Tenía veintitrés años y estaba en su tercer año en la universidad. Sus hormonas no eran más que un hervidero de chinches que le picaban en todo el cuerpo cada vez que, para su desgracia y deleite, se hallaba desnudo en las duchas junto al grupo que le había sido asignado.

Allí dentro todo era bromas de gays y ya no sabía quiénes lo eran y quiénes no.

El general Marcos, su mentor y, lo más parecido que tenía a una figura paterna, se había encargado de aconsejarle que mantuviese la verga fuera del colegio. «*De saberlo, te pondrán falda y vas a ser la puta de todos*». Y David se había ganado una bofetada con el dorso de su mano cuando le preguntó si se lo decía por experiencia propia.

Aun así, le hizo caso.

Dentro de la institución se limitaba a ejercitarse, estudiar y molestar a los de nuevo ingreso. No había perdido el liderazgo nunca y entonces encabezaba un extenso grupo de seguidores que le admiraban por su destreza en los deportes y por su capacidad de sacar de quicio a los superiores.

Vivía feliz con esa *fama*, estaba acostumbrado a ella y no conocía otra cosa que le hiciese sentirse más pleno que la satisfacción de tener a un montón de peleles besándole los pies.

No obstante, el camino no había sido fácil y había pasado muchísimas horas en la prisión del colegio. Había soportado golpizas y siempre pedía más para que se enterasen de que sus huesos eran de *acero*.

Llegó a la cafetería y le pidió lo mismo de siempre a la mesera. La regordeta muchacha lo atendió con amabilidad y le sugirió que se sentase en una mesa que estaba al fondo.

David peinó el sitio con la mirada. Sabía que ese muchacho llegaría en cualquier momento y que tendría que esperar a que terminase su turno para poder salir juntos a cumplir con la promesa de aquella caminata de dos horas.

Aprovechó entonces para llamar a Mirna y pedirle que le pusiese a Neza al teléfono. El

pequeño, de entonces ocho años, le respondió con emoción:

—*¡Papá! ¡Te extraño mucho!*

David sonrió al escuchar la voz aguda del niño.

—¿Cómo estás, Neza? Yo también te echo de menos, pero tengo tu foto en mi billetera y cuando siento que no aguanto más, te veo y tu sonrisa me da mucha fuerza.

Lo escuchó reír de alegría y se permitió una sonrisa más amplia, apretando el móvil contra su oreja para sentirlo más cerca de él.

—*Papá, no sabes lo que pasó hoy en la escuela* —comentó en un tono entusiasta—. *¿Tienes tiempo para escucharme, papi?*

—Todo el tiempo del mundo, *negrito*. ¿Qué pasó en la escuela hoy?

Neza le contó que habían comenzado a reparar la escuela en vacaciones, pero que, como todavía no terminaban, entonces estaba tomando todas sus clases en la sala audiovisual. Y estaba preocupado porque su profesor a veces les ponía películas para que el tiempo se fuese más rápido. Ese día habían visto tres; una de terror y dos de animación.

—*¿Eso es correcto, papi?* —inquirió en tono preocupado.

Nezahualcóyotl era un niño bastante inocente. A veces eso le preocupaba a David; no le agradaba que no tuviese una pizca de maldad porque no deseaba que se hallase con un *David* que le hiciese la vida de cuadritos.

—Si llevas palomitas de maíz, entonces sí.

El pequeño soltó una breve carcajada cómplice, antes de acotar:

—*Mami me hace palomitas de caramelo y las llevo en una bolsa... a escondidas* —susurró como si estuviese confesando un crimen, pero sin perder el aire divertido en la voz.

—Neza... —David habló una vez que el niño se quedó en silencio—. ¿Sabes cuánto te amo, *negrito*?

—*Pues mucho.*

—Más que eso —aseguró con una sonrisa, deseando poder tenerlo cerca para abrazarlo—. Te amo tanto que me preocupo mucho por ti cuando se hacen las diez y media y sé que estás en la hora del recreo. No quiero que te vayan a golpear con un balón o que te caigas por las escaleras. Papá sufre todos los días a esa hora, *negrito*...

—*El otro día me dieron un pelotazo en el culo...*

David se rio.

—¿Te dolió mucho?

—*Me ardieron las nalgas pero mamá me puso una pomada luego de que me duché.*

Papi...

—¿Qué pasa?

—*¿Cuándo vas a venir?*

Aquella pregunta le apretó la garganta y el pecho. La última vez que había estado frente a frente con Neza este tenía cuatro años.

—Tengo que cuidar a la gente de los *malos*, hijo. Si yo no los cuido, ¿quién va a cuidarlos? —El pequeño se quedó en silencio y, preocupado ante el mutismo, David continuó—: El otro día, ¿sabes qué pasó? Una niña se quedó atrapada entre los escombros de un edificio. ¿Quién crees que la ayudó a salir?

—*¡Tú?! —Neza volvió a recuperar el entusiasmo y David se sintió orgulloso.*

—*¡Sí! ¡Yo la saqué! Ahora piensa que si yo hubiese estado allá contigo, esa niña podría estar muerta hoy. Tú resistes pelotazos en el culo, tú eres fuerte, negrito.*

—*¡¿Cuántos años tiene esa niña que salvaste?! —*

—Tiene ocho, igual que tú.

—¿*Cómo se llama?*!

—Juanita.

—¿*Y cómo la rescataste?*! —preguntó entusiasmado.

—El edificio donde ella vivía con sus padres se vino abajo y la pobre se quedó atrapada entre unas placas de concreto. Eran dos enormes paredes que al colapsar...

—¿*Qué es colapsar?*! —interrumpió.

—Colapsar es que se derrumbaron, que se cayeron. Esto ocurrió porque el edificio era muy viejo...

—¿*Cuántos años tenía?*!

—¿El edificio? —El niño afirmó con un sonido gutural—. Ah, pues... como tres mil años... —mintió y soltó una risa cuando, al otro lado de la línea, Neza chilló de entusiasmo—. Te decía que cuando las placas cayeron, formaron una especie de cueva y Juanita se quedó atrapada allí. Mi compañero *Guerra*, el perrito de las fotos que te envié el otro día, olfateó a la niña y así pude saber en dónde se hallaba.

—¿*Tú eres como Batman, papi!*

—No exageres. —Se rio ante la comparación, procurándose un trago de café. Apenas y había reparado en la taza y en el panecillo que la mesera había dejado frente a él—. Pásame a mami, pero prométeme que vas a portarte bien. Y pídemelo algo, un obsequio. Le haré mandar a mamá dinero para que te compre lo que quieras.

—¿*En serio?*!

—Sí, sí, menos un auto, eh.

El pequeño se carcajeó.

—¿*Quiero las esferas del Dragón!*

David se quedó en silencio. Esas mierdas ni siquiera existían, pero por Neza, iría al fin del mundo con tal de conseguirlas.

—Tendrás que esperar un tiempo porque tengo que luchar mucho para hallarlas —prometió.

—¿*Cuánto es mucho, papi?* —inquirió con desánimo.

Se quedó en silencio ante aquella pregunta. *Mucho*, a veces era *nunca*. Así había sido en su caso, pero no deseaba que ocurriese lo mismo con Neza.

—El tiempo pasa rápido, negrito —le dijo en el tono más amable y suave que pudo—. Prométeme que vas a saludar a la bandera todos los lunes, y quiero que te quedes calladito mientras se hacen las efemérides. Y canta con orgullo el himno nacional.

—«*Mexicanos, al grito de guerra*

El acero aprestad y el bridón,

Y retiemble en sus centros la tierra

Al sonoro rugir del cañón...»

David sonrió al escucharlo cantar, y entonces lo acompañó por lo bajo:

—«*Ciña ¡oh patria! Tus sienes de oliva*

De la paz el arcángel divino

Que en el cielo tu eterno destino

Por el dedo de dios se escribió.

Más si osare un extraño enemigo

Profanar con su planta tu suelo

Piensa ¡oh patria querida! Que el cielo

Un soldado en cada hijo te dio...»

Cantaron el himno juntos, Neza gritando al borde de la histeria por el entusiasmo, y David casi en susurros.

—*Te amo, papi. Ahora te paso a mamá y te mando muchos besos porque te amo. ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!*

—Y yo a ti, negrito. Pórtate bien, ¿vale?

La conversación fue interrumpida por una risa por parte de Mirna. Pronto la tuvo al otro lado de la línea.

—*¿Cómo estás, David?*

—Bien —respondió reseco; no porque estuviese molesto, sino porque Neza siempre lo debilitaba—. Te enviaré lo de la pensión hasta el próximo sábado porque no me han pagado esta semana. Cómprale una gorra militar a Neza y le tomas una foto y me la envías, ¿vale?

—*David... Olvídate de la pensión, guarda ese dinero para ti. Ahora estoy ganando bien y no hace falta.*

—Solo cómprale la maldita gorra y tómale la puñetera foto, ¿vale? —espetó irritado, ganándose unas miradas de los otros comensales.

Odiaba que usasen ese tono compasivo con él. A veces sentía que, por mucho que pasasen los años, sus hermanos seguían viéndolo como un niño y no como el hombre que ya era.

La lástima era un sentimiento con el que, muy a su pesar y a su innegable disgusto, había aprendido a sobrellevar de una manera bastante mala. Le llenaba de cólera que lo viesan como a un mártir, una víctima de un hogar roto. Llevaba años hablándolo con Karen, su terapeuta del instituto y su mejor amiga.

—*Sí, cariño. Le compraré la gorra y te enviaré la foto lo antes posible. Te lo prometo.*

Se tomó un minuto para calmarse porque fue consciente de que había sido muy rudo con su hermana. Tampoco le gustaba que ella le hablase con miedo, que lo tratase con pinzas.

—No te olvides de decirle que lo amo y que siempre estoy pensando en él. Que no se te pase ningún día, Mirna —le pidió en un tono sereno, apagado.

—*David, te siento raro... ¿Qué sucede, cariño?*

La campanilla de la puerta sonó y David vio al mesero entrar. Entonces pensó que aquella era una gran excusa para zafarse de hablar de sus emociones con ella. Sabía que Karen no lo iba a tomar nada bien, pero no podía obligarse si no se sentía listo.

—Ahora estoy ocupado, te llamo el próximo sábado. Cuídate y cuida a Neza.

—*¡Aguarda! Necesito que hables con Eric porque...*

Cortó la llamada. En ese momento, y gracias a la oportuna intervención de aquel muchacho, David se olvidó de aquella revolución de emociones que casi le provocan un nudo en la garganta.

Cruzaron miradas. El chico sonrió, pero David se limitó a escanearlo con los ojos. No llevaba el uniforme ni el horrible mandil a cuadros, vestía casual; un vaquero azul marino, un jersey blanco, unos tenis grises y un gorro del mismo color.

Lo vio charlar con la mesera y desvió la vista enfocándola en su taza de café. Estaba algo nervioso, aunque su actitud indiferente y aquel gesto serio e impávido, aprendido durante todos sus años como militar, demostraba lo contrario.

Por el rabillo del ojo lo vio acercarse a su mesa. El joven se sentó frente a él y volvió a sonreírle, esa vez, con un gesto entre nervioso y divertido.

David tamborileó los dedos en la mesa. Lo miró a los ojos y le saludó con apenas un perceptible movimiento de cabeza.

—Se siente raro que no me hayas atendido tú —le dijo para aplacar los nervios; para hacer conversación.

El muchacho se encogió de hombros sin perder la sonrisa. Acto seguido, estiró el brazo por encima de la superficie y le robó el café. David lo vio virar la taza un poco para beber desde donde él había estado bebiendo. Le vio dar un trago sin apartar sus ojos de los suyos.

Le estaba coqueteando.

—¿No me recuerdas? —le preguntó de pronto.

—¿Debería?

El chico soltó una risa nasal y negó con la cabeza para tranquilizarlo.

—No, de hecho es más divertido así. Yo sí sé quién eres, eh.

—¿Ah sí? —Lo vio asentir—. ¿Quién soy?

—Eres Gonzalo Duarte; clavadista, medallista olímpico, toda una celebridad. Aunque pareces más simpático cuando estás con menos ropa —masculló y pronto se cubrió la boca—. Dime que no lo dije en voz alta, por favor.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó completamente hechizado por aquella personalidad divertida y graciosa.

Muchas veces se había preguntado cómo sería entablar una charla con él; una que no involucrase postres, infusiones, precios y especiales.

—Adivina.

—¿Manuel? ¿Alberto? ¿Esteban? ¿Daniel?

—No, no, no y no.

—Dímelo.

—No, tienes que descubrirlo.

No refutó nada porque, lo que ese joven no sabía, era que a David le gustaban los retos. Y ya tenía uno bastante claro: llevárselo a la cama cuanto antes.

Salieron de la cafetería casi de inmediato. Fue la primera vez que David estuvo tan cerca de él, así que pudo percatarse de que no era tan bajo como le había parecido; quizás medía el metro y setenta y cinco, o un poco más.

Se notaba que hacía ejercicio porque estaba en forma y poseía unos brazos fuertes, aunque no tan marcados como los suyos. Lo demás no podía verlo por las prendas, pero estaba seguro de que pronto se comería ese culito que, bajo aquel vaquero ceñido, se alzaba con orgullo.

—Te ves algo intimidante con ese uniforme, ¿sabes?

Le oyó decirle y lo miró solo para descubrir aquella sonrisa tan bonita, la misma que, algunas noches, le quitaba el sueño. Tenía unos hoyuelos en las mejillas tostadas y unos labios que le provocaban morderlos. Su nariz era algo larga, pero recta, muy varonil. Y aquellos ojos risueños y marrones lo veían con afabilidad. Eran los ojos más bonitos que él había visto en un hombre.

—Tengo algo de ropa en mi mochila, pero no tengo un lugar para cambiarme. ¿Qué tal si me invitas a tu casa? —mintió.

Desde hacía algún tiempo, David se quedaba en uno de los cuartos que una anciana huraña le prestaba con tal de que la *protegiese* y le podase el jardín antes de volver al colegio.

—*Amigo*, quedamos en que sería una caminata —le recordó sin perder el tono amistoso y divertido—. No te invites solo, eh.

David sonrió.

—Tenía que intentarlo —dijo—. Me acabas de decir que luzco intimidante y yo no quiero intimidarte. *El lobo* se hizo amigo de *Caperucita* antes de comérsela, ¿no?

El joven soltó una risotada que denotaba nerviosismo. David se le quedó viendo a sus dientes blancos de colmillos ligeramente largos. Después observó su oreja izquierda perforada y la pequeña mariposa que tenía tatuada en el cuello delgado. Se preguntó qué otras sorpresas hallaría en ese cuerpo de aparente aspecto tonificado, y sintió las ansias quemándole la cordura.

—Yo de *Caperucita* solo tengo lo lobo —advirtió con una ceja alzada, todavía mirándole de pies a cabeza, como receloso por aquel pantalón camuflado y aquellas botas negras perfectamente atadas—. Así que ten cuidado, *soldadito*, algunas personas somos minas. No querrás salir en pedazos de mí...

David sintió un tirón en la entrepierna. Como siguiese hablándole así, seguro que no iba a responder con palabras.

—¿Por ti? —se preguntó a sí mismo. Luego lo miró con una sonrisa de medio lado, antes de añadir—: En pedazos, a la mitad, hecho polvo, como quieras dejarme.

—Vaya... —El otro soltó una risilla nerviosa.

—No te hagas el inocente porque este *juego* ya se ha prolongado mucho. ¿No te parece? Con el ceño fruncido, el joven lo observó dubitativo.

—¿Cuál juego?

David recordó una de las últimas veces que se habían visto. Él se hallaba al teléfono con Mirna cuando, el mesero, por estarlo viendo cada treinta segundos, había trastabillado y casi había derramado un café sobre uno de los clientes.

—Yo no soy ciego y sé que tú no me ves solo por el uniforme.

—Tú vas directo al grano, eh —murmuró, quizás un poco incómodo. O eso fue lo que le pareció a David.

—Venga, vamos a caminar, *Caperucita*. —Decidió poner un freno hasta nuevo aviso. No quería espantarlo.

Caminaron por La Plaza de la Constitución y vieron la bandera ondearse con orgullo. A lo lejos había una manifestación de un grupo de taxistas y en otro extremo una en la que se empezaban a aglomerar mujeres y niños.

—Aún no me acostumbro al ritmo de vida de esta ciudad —comentó el muchacho observando a los alrededores—. El ruido, el caos, la sobrepoblación. Aquí la vida es un circo, ¿no te lo parece?

—¿De dónde eres?

—Del norte. Solía vivir en una ciudad pequeña y entonces sí sabía lo que era disfrutar de mis sábados.

David recordó su ciudad natal; también era pequeña, aunque le habían arrebatado el encanto de *pueblo mágico* para crear una urbe moderna y ridícula.

A su memoria llegaron las tardes de verano en la piscina del Centro Acuático en compañía de François y Miranda. También remembró el sonido del timbre del Alpes; el murmullo en los pasillos y aquella sensación de eterno vacío que seguía persiguiéndolo.

Volvió su vista a la mirada serena de su *conquista*. Hablar del pasado con extraños era algo que había decidido omitir en su presente. El malhumor lo invadió en un mal momento.

—Deberíamos sentarnos un rato —sugirió, aunque era lo último que deseaba.

David sabía que, por mucho que se hiciese el difícil, no le era indiferente a ese mesero. Se había dado cuenta desde el primer día en el que entró en la cafetería y el otro no pudo apartar sus ojos de él. Era pan comido, estaba seguro de ello, y tampoco quería batallar porque a él le hacía falta tiempo. Como interno no podía darse el lujo de salir del colegio hasta el próximo sábado.

—Te has puesto serio —le dijo el muchacho una vez que se hallaron sentados bajo la sombra de un árbol, lejos de la muchedumbre, aunque expuestos a toda esa contaminación auditiva—. Si dije algo que te molestó, yo...

—No digas tonterías...

Su tono hostil le salió natural. Su compañero enserió el semblante y luego procedió a acariciarle el uniforme con una sonrisa nostálgica. David lo observó sin inmutarse, sintiéndose curioso por aquellas caricias y aquellos labios que parecían entreabrirse y cerrarse.

—Al final te decidiste a formar parte del ejército y no de la marina —confirmó el joven al ver el emblema gris acero en el uniforme del castaño—. ¿Artillería, eh?

El aludido frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que quería entrar a la marina?

Había presentado el examen psicológico y no lo había pasado. Además, el general Marcos de Iturbide le había asegurado que estaría mejor en el ejército que en medio del fuego cruzado. David no dudaba de que el hombre hubiese movido sus influencias para evitar que ingresase a la Secretaría de Marina.

—Primero responde mi pregunta y luego respondo la tuya —contestó el otro torciendo el gesto en una expresión divertida.

No hablaría de aquello que seguía enfureciéndolo. Si bien estaba orgulloso de ser parte del ejército, también era cierto que haber sido rechazado le representaba una patada en los huevos, y en el orgullo.

—Me decidí por el ejército porque... —¿Por qué lo había hecho? Entonces recordó la ocasión en la que tuvo que salir a su segunda misión. Esa en la que había rescatado a la niña—. Había algo en su mirada y, aunque todavía tenía muchas dudas, supe que nací para pertenecer a las Fuerzas Especiales del ejército.

—¿En la mirada de quién?

—Juanita —murmuró con la mirada perdida en el césped—. Juanita Yolanda Gutiérrez López.

—¿Quién es ella?

—Una niña a la que rescaté de entre los escombros de un edificio que colapsó. Creo que fue gracias a ella que descubrí que *esto* es lo mío.

El buen humor regresó gracias a la anécdota. Siempre que recordaba a esa niña se sentía bien, en paz.

—Suen a que fuiste un héroe —comentó el chico—. ¿En qué año estás?

—Tercero.

—Te falta un año.

—Sí. ¿Qué hay de ti? —Lo miró y solo pudo comprobar lo mucho que le gustaba—. Cuéntame algo de ti —le pidió absorto en sus hoyuelos, esperando casi con ansias a que estos volviesen a surcar sus mejillas. Incluso se olvidó del hecho de que aquel extraño supiese cosas acerca de él.

—Pues tengo *veinte*. Me vine a vivir aquí hace algunos años. Mi mamá falleció y una tía de aquí me pidió que viniese a vivir con ella para hacernos compañía porque también ella estaba sola. Me metí a estudiar y hallé trabajo en la cafetería. El año pasado terminé la preparatoria. Un poco tarde, lo sé —dijo al ver las cejas alzadas de David—; pero es mejor tarde que nunca, ¿no crees?

El aludido se encogió de hombros.

—¿No seguirás estudiando?

—No de momento. Estoy cuidando de mi tía porque es ciega; se ha quedado ciega por la diabetes.

—Pues qué feo, ¿no? —El muchacho apretó los labios en un rictus de tristeza—. Y, ¿qué te gustaría estudiar?

—Medicina. —De pronto, su rostro se iluminó con una sonrisa de añoranza—. Quiero ser pediatra porque me gustan mucho los niños.

Hablaron un poco más de media hora. David le contó de las actividades deportivas del plantel y de los torneos de natación que siempre ganaba. Le dijo que siempre había soñado con ganar una medalla de oro en las olimpiadas y que se sentía orgulloso de haberlo logrado.

Él le dijo que su vida parecía muy interesante si la comparaba con la suya que era bastante común y monótona. Que se consideraba un hombre tranquilo y sencillo; que hallaba placer en los pequeños detalles de la vida. Y David quiso saber cuáles eran esos pequeños detalles porque él no los conocía.

—Son tantos, Gonzalo; por ejemplo, me gusta muchísimo limpiar la casa y comprar cositas para decorar el refri.

—¿Cositas para la nevera? —inquirió en tono burlón. Entonces recibió un empujón amistoso y alzó las manos en señal de paz, pero sin poder aguantarse la risa.

—Soy un friki de los imanes —aceptó—. Tengo de todo lo que puedas imaginarte. ¿No te gustan a ti?

—Me encantan —respondió con una sonrisa, mirándole los labios.

El chico volvió a empujarlo mostrándose un poco descolocado y nervioso.

—Me estás siguiendo el rollo nada más —le dijo entre risas.

—¡No! —exclamó mordiéndose el labio inferior para no soltar una carcajada. Luego se obligó a ponerse serio sin sospechar que tenía la cara roja—. Anda, dime qué más te gusta, *friki de los imanes*.

Ignorando aquel mote, el joven largó un suspiro y respondió con un dejo de optimismo:

—Cuando me voy a dormir, yo...

—¿Duermes desnudo?

El muchacho abrió la boca al escuchar aquella pregunta.

—¿Acaso tienes filtro? —preguntó en tono risueño.

—Ni que fuese cafetera...

—Estás algo loco —comentó entre risas dejándose hacer por las sutiles caricias que David ya le propinaba en la pierna derecha.

Camaron luego de aquel descanso. Él guio a David hacia un puesto de tacos de canasta porque ya era mediodía y el hambre interrumpió la amena charla.

Comieron de pie porque el lugar no tenía mesas ni sillas. Cada quien pagó por su comida cuando los dos se negaron a ser invitados.

David le contó que en el colegio pasaba hambre, y el joven lo miró con el ceño fruncido. Si fuese por él se comería una vaca entera, pero la comida estaba racionada y sentía que no se saciaba.

—Fácil me puedo *chingar* unos cuatro platos de lo que me sirven ahí —comentó luego de tragar el primer bocado—. Después de tanto ajetreo termino hambriento, ¿sabes? Y esas porciones son para oficinistas, para gente que no se desgasta físicamente.

—¿A qué hora te despiertas ahí? —preguntó el otro destapando su botella de cerveza.

David era abstemio desde hacía algunos años. Nunca le había llamado la atención el alcohol y mucho menos se había sentido orgulloso de su primera resaca. Con la energía que

tenía, le había costado sobrellevar el día. Y la limonada sabía mucho mejor.

—A las cuatro, aunque las actividades empiezan a las seis. Tengo tiempo sin poder dormir hasta las seis.

—¿Eso por qué? —Extrajo un cigarrillo de su cajetilla y lo miró, antes de preguntarle—: ¿Te molesta que fume?

—No —respondió—. Y no sé por qué no puedo dormir hasta las seis. Simplemente sucede, pero es muy pesado. Una hora escuchando ronquidos no es algo que yo disfrute, ¿sabes? Incluso los domingos me despierto a las cuatro. A veces me dan ganas de que me den un batazo en la cabeza para dormir hasta las seis....

Una vez que quedaron satisfechos, el joven miró la hora en su teléfono móvil. Se hallaban caminando de vuelta a la cafetería. Habían pasado tres horas y el trato habían sido dos.

—Bueno, Gonzalo... —David lo miró con atención cuando este le tendió la mano para despedirse—. Lo he pasado bien y ha sido interesante conocer a mi *acosador* del trabajo —dijo con una sonrisa—, pero ya es tarde y...

—Oye, espera, apenas van a dar las dos. No es tarde.

—Quedamos en dos horas, ¿no? —le inquirió con una ceja alzada en un gesto divertido.

—Pues sí, pero acabas de decir que te parezco interesante y que lo estabas pasando bien. ¿Por qué quieres marcharte? ¿Tienes que trabajar hoy?

—Ha sido un placer, Gonzalo —repitió con amabilidad y, acto seguido, le dio la espalda para marcharse.

—¡Eh, tú, *Caperucita*!

Y lo dejó embobado viéndole el culo y la estrecha cintura.

2.

Mientras David disfrutaba de un partido de fútbol en compañía de un grupo de cadetes de segundo año, unos ojos lo observaban a la distancia.

Ya se había percatado de la aparición de Yosef, aquel cadete con el que solía bajarse las calenturas al no *haber más*.

Era un joven de veintidós años que estudiaba Caballería y que, a grandes rasgos, David lo tenía catalogado como *su polvo de los jueves*.

Moreno, de espalda ancha y culo estrecho; velludo y de verga gruesa, aunque algo corta y ligeramente curvada hacia la derecha.

Sin más datos.

Duarte no se sintió incómodo por su presencia, puesto que el campo se hallaba circundado de un considerable número de espectadores que observaban el partido con ánimos de júbilo.

Su equipo iba perdiendo por un gol, pero nada podía hacer desde la portería. Al ser el más alto siempre terminaba ocupando el lugar del guardameta. Y, aunque no lo reconocería jamás, lo suyo no era el fútbol.

En determinado momento, Salas, la estrella del equipo de *Los Infantes*, se acercó a gran velocidad con el balón entre sus piernas, zigzagueando para sacudirse a la defensa y a los mediocres de su equipo: *Los Artilleros*.

Se concentró en no perder de vista el balón. Movié los hombros y alzó los brazos, listo para atajar la pelota al ver que su equipo no pudo evitar al veloz jugador que, a David, se le figuraba que había nacido con un balón entre las manos.

—¡Teniente Duarte!

Escuchó que lo llamaban desde el área de las gradas. En un segundo perdió la concentración y pronto buscó con la mirada a Yosef. El balón le pasó por encima del hombro izquierdo y *reventó* la red al mismo tiempo que un estruendo chilló en sus oídos: un *gol* gritado al unísono.

«*Este imbécil...*», pensó sin ocultar el gesto hosco en el semblante y la visible rigidez de sus hombros.

Entonces volvió su vista a la cancha y vio los rostros molestos de sus compañeros. Le dedicó una mirada de furia a Yosef y se resignó a volver a ese partido al que ya solo le quedaban quince minutos de vida.

Estaban perdidos, otra vez.

Por fortuna, el tablero quedó en un 2-1 y la derrota no fue tan humillante. David atajó una *chilena* y defendió la portería ante un cabezazo luego de un cobro de tiro de esquina.

Una vez que sonó el silbatazo se apartó del equipo y se dirigió hacia Yosef con la clara intención de romperle la nariz. El joven, de ojos pequeños y alargados, lo miró con un dejo de culpa. David conocía bien esa mirada.

—¿Qué chingados quieres, cabrón?

—Hablar contigo —respondió por lo bajo para no ser escuchado por los otros. Tutear a un superior no era bien visto por nadie.

—¿De qué?

El joven se relamió los labios antes de observar a los alrededores, notablemente

incómodo.

—En otra parte.

Detestaba que hiciese eso para pedirle sexo. ¿Por qué no podía decirlo tal y como era? ¿Para qué tanto maldito misterio?

Pero también tenía ganas. Y era jueves...

David no sabía si a Yosef le entraba comezón ese día, pero nunca fallaba. Casi siempre, a la misma hora, a las ocho y media de la noche, horario en el que los internos se dirigían a las duchas o se hallaban ocupados estudiando luego de un arduo día de extenuantes clases y pesadísimos entrenamientos, el joven lo buscaba como un sabueso y siempre terminaba arrastrándolo hacia las caballerizas.

Yosef carraspeó la garganta a mitad del trayecto. David no volteó a verlo porque iba ocupado en secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—David... —lo llamó con cierto nerviosismo.

—¿Qué?

—Lo siento. No quise distraerte hace un rato. Es que quería ver si podemos reunirnos afuera.

—¿Afuera? —preguntó extrañado.

Yosef jamás le había pedido algo similar.

—El sábado —confirmó—. Les dije a mis padres que invitaría a un compañero a la cena de aniversario de mis abuelos y...

David soltó una carcajada.

—¿Qué sigue después? ¿Me vas a pedir que nos casemos y que adoptemos un cachorro de la calle? No seas pendejo, *güey* —murmuró, todavía entre risas—. *Esto* es lo que hay, y si no te gusta, pues a buscarle por otro lado —le recordó sin mirarlo.

Yosef no dijo nada, pero tampoco detuvo el paso. David pensó en la invitación y, de soslayo, le echó un vistazo de pies a cabeza solo para comprobar que no era su tipo y que jamás se embarcaría en algo más serio con ese chico. Ya bastantes problemas tenía con Marcos como para sumarle otra piedra al costal.

Las caballerizas, extensas y a media luz, volvieron a acogerles en el octavo box, aquel que se hallaba deshabitado por la reciente pérdida de un equino de cuatro años.

David pasó la traba en una actitud dominante; era como si quisiese advertirle a Yosef que no iba a escapar de él.

—¿Puedo besarte? —preguntó el otro, ya con la respiración agitada y un titubeo en voz y ojos.

—Anda y compruébalo.

Fue un beso áspero, rudo. No hubo intenciones ocultas ni afectos camuflados; al menos no por parte de David.

Su boca era tibia, de labios frescos como una rebanada de jícama con limón y sal. Su lengua suave, excesivamente húmeda y larga. Le gustaba sentirla en su garganta, pero más cuando le chupaba la verga y terminaba tragándose toda su leche como un becerro hambriento, flaco, carente de cariño.

Ese sexo, para David, no era sino una sátira de lo que él consideraba que debería de ser. Expectativas guajiras en entornos más gratos; sin olor a mierda de caballo, sin temor a ser escuchados o vistos.

Jugarse el pellejo con tal de tirar un palo era cansado hasta los huevos. Ya ni siquiera sentía adrenalina como antes.

Anegado en ese mar de asqueroso pesimismo, aunado a un aburrimiento que le mortificaba, lo hizo virar con brusquedad metiéndole luego un empujón que hizo que Yosef quedase entre la pared de concreto y su nudoso cuerpo.

El muchacho se apresuró en deslizar su short deportivo dejando al aire un par de nalgas redondas, casi femeninas. Si no fuese por la cantidad de vello que le nacía desde la raja, juraría que se estaba cogiendo a una mujer.

Antes de escupir en sus dedos para preparar —sin muchas atenciones— al otro, echó un vistazo a las puertas de la entrada y contuvo el aliento cuando escuchó a un caballo bufar.

La espalda de Yosef se arqueó cuando David introdujo un par de dedos en aquella apretada hendidura. Soltó un respingo cuando los empezó a mover, y gimió casi inaudiblemente una vez que se profundizaron en su totalidad.

A David le *ponía* lo compacto que era muy a pesar de que sus nalgas gordas diesen otra impresión más guarra.

—Oh... —gruñó el cadete ante el primer embiste.

El otro, con los pantalones deportivos hasta las rodillas, y la playera contenida entre su mentón y su pecho, le cogió por las caderas y lo empaló a un ritmo rápido mientras veía con morbo el temblor de aquellas carnes morenas ante sus furiosas arremetidas.

En silencio total, casi mordiéndose la cara interna de las mejillas para suprimir una serie de jadeos que terminaban ahogados donde nacían, David posó una de sus manos en la nuca de Yosef, y la otra la dejó afianzada a su cadera, deslizándola de tanto en tanto hacia esa cintura robusta, pero angosta.

Había ciertos cambios en ese joven que, tal vez para los otros no saltasen a la vista, pero David sí que los veía.

Su cuerpo se veía distinto, gradualmente tomaba una forma más curvilínea que empezaba a descolocarlo sobremedida. También notaba algo distinto en su voz; a veces le daba la impresión de que Yosef se esmeraba en suavizarla al punto de que esta se escuchase forzada, falsa.

No tenía nada en contra de los homosexuales afeminados. Podía apuntar a un par que le gustaban, pero aquella figura cuadrada se redondeaba con el pasar de las semanas. Aquello era diferente.

Terminó primero. Antes de hacerlo, salió con rapidez y siguió bombeando con su mano, apuntando luego en aquel agujero dilatado que seguía dispuesto a recibirle. Un par de chorros fueron lanzados hacia aquel abismo oscuro; luego volvió a adentrarse, loco de éxtasis, muerto de placer.

Sintiendo las rodillas debilitadas, recargó todo su peso en la espalda del moreno, respirando con dificultad sobre aquel cuello corto que olía a jabón barato.

—¿Te gustó? —preguntó el muchacho, moviendo el culo hacia atrás para provocarlo de nueva cuenta. David suspiró un «sí» entrecortado tras la oreja de Yosef—. Si vienes conmigo el sábado, te aseguro que podemos hacer mucho más que solo esto. En la propiedad de mis padres hay una pequeña casita en la parte de atrás, como esas casas para la servidumbre. Y resulta que desde hace unos meses la han acondicionado para mí.

David salió del cuerpo de Yosef sin prestarle demasiada atención a aquella propuesta. Sí que lo había escuchado, pero no le interesaba la oferta porque lo único que deseaba era ver al mesero e invitarlo a salir.

—Me voy a las duchas —le dijo mientras se subía el pantalón y el bóxer—. No vuelvas a interrumpirme cuando esté haciendo deporte. Me caga las pelotas que lo hagas.

El joven, que ya se había colocado su ropa, lo miró con una expresión triste.

—Lo lamento, teniente —musitó con un dejo de indignación—. No quiero molestarle. No volveré a hablarle en público.

El aludido salió del box y luego de la caballeriza. Se dirigió rumbo al edificio de los dormitorios y, sin darle demasiado vueltas al asunto de Yosef, tomó una ducha y se fue a acostar, ignorando las charlas de los otros.

La mañana del viernes despertó a eso de las cinco. El dormitorio que compartía con doce cadetes estaba en silencio, alguno que otro roncaba a lo lejos, pero los demás dormían profundamente.

Tenía ganas de llamar a Mirna para preguntarle por Neza y por Mauricio, pero el móvil se lo entregaban hasta el día siguiente y luego tenía que devolverlo el domingo una vez que el descanso terminase. Eran las reglas de la institución y no podía romperlas porque no tenía acceso a esa ala del edificio donde, además, la vigilancia era diaria; día y noche había personal en ese sitio.

Decidió ponerse en pie y tender su cama como le habían enseñado en la Academia Militar. Se encargó de que la sábana estuviese bien extendida y de que el edredón no tuviese ningún doblez; luego pasó el cepillo para retirar las pelusas y acomodó su almohada.

Todavía con su short para dormir y su playera blanca, hizo algunas lagartijas en el espacio que quedaba entre su cama y la de su compañero. Después siguió con flexiones y al final recogió su uniforme de la cómoda que le habían asignado.

No le gustaba estar sin algún quehacer porque su cabeza lo volvía loco. A menudo se hallaba divagando en el pasado y prefería evadirse de la *carga* que sentía sobre sus hombros. Por eso, desde hacía muchos años, se ejercitaba por su cuenta durante cuarenta y cinco minutos. Para cuando la trompeta anunciaba el nuevo día, David ya estaba listo para empezar mientras los otros se frotaban los ojos y bostezaban.

Las mañanas en el colegio comenzaban con una serie de ejercicios cardiovasculares comandados por un superior; los muchachos corrían, trotaban y cantaban algunos coros aprendidos desde el primer año. Luego se duchaban y portaban el uniforme de gala, aquel que constaba de un elegante sobretodo negro, una gorra de oficial y un pantalón de vestir con rayas rojas en los costados.

Después venía el saludo a la bandera; un acto de carácter cívico que era reglamentario así lloviese o nevase. Los cadetes marchaban y saludaban a la bandera; David seguía sintiendo nervios al portarla, eso jamás dejaría de revolverle las tripas, aunque la sensación le gustaba mucho.

El desayuno se servía a las siete y media; tenían media hora para comer del variado menú que constaba de fruta, pan, huevos, zumos y mucha agua. Él quería tocino y tortillas de harina como las que hacía su madre los sábados por la mañana, pero los militares seguían una dieta asignada por nutriólogos y cardiólogos.

A esas horas los muchachos ya estaban despiertos y animados. Comían a las carreras porque luego debían vestir el uniforme para las clases; un sencillo pantalón verde, las botas negras y una playera blanca con las placas por fuera para identificarse.

Como estaba por finalizar su tercer año, David disfrutaba mucho de las clases, puesto que entonces, la mayoría de ellas, se trataban de práctica. Ya no tenía que romperse la cabeza con Matemáticas, aunque seguía odiando Geografía porque no era bueno recordando ubicaciones y se perdía con facilidad cuando veía los mapas proyectados en la pared del aula.

Se esforzaba como jamás lo había hecho en su vida. Ya no se quedaba con ninguna duda;

entonces participaba y preguntaba todo aquello que desconocía. Después de todo, de eso pensaba vivir y era ilógico que no lo tomase en serio.

Ya no bromeaba en clases. Nadie lo hacía porque allí no había cabida para *payasos*. El primer año le había quedado claro que sus superiores no tenían sentido del humor dentro del aula. Era una falta de respeto y él lo había aprendido a las malas, arrestado durante sus sábados, alimentándose de agua y pan, sintiéndose terriblemente débil y mareado.

Durante la práctica de tiro al blanco, Emanuel, uno de los pocos a los que consideraba amigo, se le acercó con una sonrisa ancha. David le dedicó una mirada y luego volvió a colocarse en posición para hacer su segundo tiro. El otro aguardó a que descargase el arma y le aplaudió al notar que había destrozado la cabeza del maniquí.

—¿Por qué siempre a la cabeza? —le preguntó palmeándole la espalda una vez que el otro se quitó los tapones de los oídos—. ¿Qué tienes en contra de las cabezas, eh?

—Es más seguro —respondió observando su hazaña. A su mente llegó aquella doble ejecución en la que participó cuando Marcos le puso su *primera prueba*. Todavía no olvidaba el sonido de los cráneos destrozados por su Glock Coyote, mucho menos el hedor de la sangre—. *El que perdona, pierde*. Nunca lo olvides —agregó, esa vez, mirándole con una sonrisa franca.

Emanuel enserió el semblante. Sus ojos casi negros se concentraron en la mirada azul de David. Luego suspiró con aires de resignación y, de pronto, como si no hubiese escuchado aquel consejo, recuperó la sonrisa y extrajo un aro de oro del bolsillo de su pantalón. Era un anillo pequeño, delicado; quizás de catorce quilates, con una piedra azul zafiro muy bonita.

—Le voy a pedir a Cris que sea mi esposa —le confesó en un hilo de voz, mostrándole la costosa joya con una sonrisa nerviosa—. Lo haré mañana mismo. Es su cumpleaños y quiero sorprenderla. Ella piensa que iremos a Cuernavaca a ver a sus padres, pero no saldremos de Guanajuato. Se lo pediré en *El Callejón del Beso*.

Emanuel, ante los ojos de David, era un buen hombre. Leal, divertido, enamoradizo, paciente, pero sobre todo era respetuoso. Era el único que sospechaba acerca de su orientación sexual, aunque nunca se lo había cuestionado.

David sabía que Emanuel se hacía sus ideas porque jamás le preguntaba por novias ni por mujeres. Cuando lo hacía, siempre hacía preguntas como: *¿saliste con alguien ayer? ¿Estás de pareja con alguien? ¿Te has enamorado de alguna persona?* Y David se reservaba sus comentarios o respondía con acotaciones y monosílabos.

—Si es lo que quieres, entonces ponte la soga al cuello, puto suicida de mierda.

Su compañero soltó una carcajada al tiempo que ocultaba el anillo en su pantalón.

—Es que no conoces a Cris, por eso dices eso —aseguró, todavía entre risas—. Es una mujer como ninguna. Es de las que comen hamburguesas y andan descalzas por toda la casa. Ella no conoce de marcas de diseñador y siempre me gana en el *Call of duty*. Eructa frente a mí cuando bebe cerveza. Ella...

—Es un hombre —bromeó David, recibiendo un empujón amistoso, aunque algo rudo.

—Ella es genial.

—Bien, pues quiero que me invites a tu boda; bueno, en caso de que Cris no se entere de que está por casarse con un imbécil como tú.

—Me va a decir que sí, ya lo verás —respondió Emanuel sin ser capaz de ocultar su emoción—. Me va a decir que sí, David, y ¿sabes qué va a pasar cuando *esto acabe*?

—Cuando acabe ¿qué?

—Esta mierda —vociferó señalando con sus manos los alrededores—. Cuando pueda volver a casa y dedicarme a la docencia en Guanajuato.

David negó con la cabeza. Detestaba esa parte de Emanuel. Se había metido a la militar por complacer a su padre, que también había sido un militar. No tenía espíritu y mucho menos vocación; él no se emocionaba cuando tenían que ir a las misiones o a cumplir con las pruebas de Mando en Combate, su materia predilecta.

—¿Qué va a pasar? —inquirió sin mucho interés, observando su arma para no ver aquellos ojos preñados de una ilusión que él no poseía.

—Viviremos en paz y tendremos tres hijos; un varón y dos nenas. Compraré una casa que está en el centro y ahí seremos muy felices. Para siempre, teniente. —Y le palmeó el hombro con brusquedad.

David quiso decirle que *para siempre* no existía. Deseó putearlo para que entendiese que hablaba como una niña enamorada e ilusa, pero en el fondo tuvo envidia. La palpó con sus emociones revueltas. A él le habría encantado ser de esos hombres, de los que creen en los finales felices sin importar las realidades.

—Pues, a darle, *maricón*. —Le devolvió la palmada en el hombro y le sonrió con un dejo de compasión—. Ya me dirás el domingo cómo te fue.

—Sí señor —respondió el aludido con entusiasmo, saludándolo como si no fuese su amigo, sino su superior—. Permiso para retirarme, teniente —vociferó en una postura erguida, con los brazos rectos a los costados de su cuerpo.

—Vete a la verga, cadete.

Emanuel se rio antes de dejarlo solo. David se le quedó viendo un minuto. Luego procedió a continuar con la clase, deseando internamente que Cris le dijese que «sí» a ese pobre cabrón enamorado.

El sábado faltó a la psicoterapia con Karen y no respondió a su llamado a eso de las once de la mañana. Se sentía bien, todavía tenía medicamento y los ansiolíticos le estaban ayudando mucho. Su psiquiatra, Ricardo, también jugaba un papel importante en su vida; el hombre, un militar retirado que le brindaba ayuda dentro de la institución, manejaba su caso cada quince días. Y David se esmeraba en acatar sus órdenes y seguir todos sus consejos, sobre todo ese de *escuchar a los otros sin interrumpir*, que era el que más trabajo le costaba.

Con Karen, por mucho que se negase a creerle ese rollito de que no eran sesiones sino una reunión de viejos amigos, a veces se sentía incómodo porque ella tenía una habilidad innata de hacerle hablar. David odiaba y amaba por partes iguales esa manía suya de *escarbar* en su subconsciente para llegar a la famosa raíz de sus problemas familiares. No ponía en tela de juicio sus habilidades; tampoco negaba que siempre sentía cierto alivio luego de cada cita, pero prefería verla en su casa, junto a su esposo Julio y su hija Adriana. No como un paciente, sino como un amigo de la familia.

—Buen día, *soldadito*. —El mesero lo saludó con su sonrisa de hoyuelos profundos. No obstante, en esa ocasión, David percibió cierta *complicidad* y confianza en el tono de voz y en la mirada—. ¿Qué va a pedir el día de hoy?

—¿A qué hora sales?

—Eso no está en el menú, señor —respondió con un amago de sonrisa; luego acotó—: Pero puedo traerle un panecillo de canela y su café negro de todos los sábados.

Ese maldito se estaba haciendo el difícil y era irritante porque a leguas se notaba que también se moría de ganas por estar con él. Lo había visto en su mirada nerviosa en cuanto lo vio aparecer por la puerta principal. No podía ocultarlo por mucho que se esforzase en hacerse el interesante.

David decidió seguirle el juego y aplicar un poco de aquella psicología inversa de la que

Karen le había hablado antes, cuando este la acusó de ser una bruja con superpoderes.

Observó el menú como si realmente deseara algo de azúcar. Optó por chocolate cuando no lo toleraba.

—Pues entonces tráeme el brownie con chispas y una malteada de vainilla sin azúcar.

El joven entrecerró los ojos un momento, como dudando en si debía apuntar la orden o no.

—¿No vas a pedir el...?

—Brownie de chocolate con chispas y malteada de vainilla sin azúcar —repitió volviendo su vista al menú. Luego le devolvió la carta, y añadió—: Y que sea rápido porque tengo una cita en media hora.

El joven apuntó la orden mientras asentía con la cabeza; acto seguido, se marchó, no sin antes dedicarle una mirada confusa.

Llamó a Mirna, pero esta le dijo que estaban con el dentista porque a su hijo se le había aflojado una muela. Habló solo unos minutos con Neza porque el pequeño estaba tan nervioso que lo cortó rápido.

El mesero volvió a la mesa con su pedido. Pronto dejó aquella *plasta* de chocolate frente a él, y luego depositó un vaso grande de malteada. David lo miró con complacencia; incluso le agradeció, cuando rara vez lo hacía.

—¿Algo más? —preguntó con un dejo de molestia.

—No, puedes retirarte.

El muchacho se quedó unos segundos allí mismo, mirándolo quizás con confusión. David bebió de la malteada y luego cogió el brownie con sus dedos para darle una mordida pequeña, aguantándose el asco.

Apenas y se terminó la mitad. No soportaba lo dulce y mucho menos a esa hora del día. La malteada sí se la terminó. Como propina le dejó una nota que escribió en una servilleta. Era la dirección de la casa de aquella anciana con la que se quedaba los sábados.

No se despidió de él, en su lugar, aprovechó para irse cuando lo vio entrar en la cocina que se hallaba tras la barra. Se fue sintiéndose temeroso de que el muchacho se enojase por aquel trato impersonal, pero decidió que era tiempo de hacerle saber *quién mandaba*.

Y éste llegó a las tres de la tarde.

La vieja no se hallaba en esos momentos. David arrancaba la maleza que había crecido alrededor de los floreados rosales del jardín frontal. Estaba de rodillas bajo los potentes rayos del sol de julio cuando escuchó un auto aparcarse.

Él bajó del viejo Chevrolet con la servilleta en una mano. David se le quedó viendo desde su posición, sin inmutarse y sin sonreírle.

—Aquí estoy —le dijo con aires de derrota.

—La reja está abierta, *Caperucita*. Pásale con confianza.

El mesero entró luego de forcejear con la oxidada traba que le dificultó el trabajo. La puerta rechinó y David se puso de pie para acercarse a él.

—¿Qué onda? —le dijo el muchacho al tenerlo frente a frente. Parecía nervioso—. Creí que no tenías un lugar para cambiarte.

—¿Quieres limonada? Hace calor.

El otro inspeccionó la vieja casa antes de acceder con un asentimiento de cabeza. David lo condujo por el angosto sendero que se hallaba entre la propiedad y la barda que delimitaba el terreno. Luego le explicó:

—Vivo atrás porque la dueña me odia.

La pequeña casa, si es que podía llamarse de esa manera, constaba de un cuarto que servía de sala-cocina-comedor y una habitación con baño propio. Las paredes, al gusto de la propietaria, estaban pintadas de colores naranjas y amarillos. No había decoraciones. En el cuarto que servía de sala-comedor-cocina, se hallaba lo indispensable: una estufa, una nevera, un par de encimeras, un fregadero, una mesa para cuatro que solo contaba con tres sillas viejas, y un sofá raído frente a un televisor pesadísimo que no contaba con cable.

Eso sí, la anciana se encargaba de limpiar y el lugar estaba pulcro y olía a lavanda. Porque por mucho que tratase *mal* a David, este notaba que la vieja procuraba tenerle limpio cada fin de semana.

El chico se sentó en el sofá cuando David le pidió que se pusiese cómodo. Luego, como buen anfitrión, le ofreció algo para beber. Solo tenía agua y refrescos de limón y naranja. El joven optó por una botella de agua luego de preguntarle por cerveza.

—No bebo —le comentó David cuando se halló sentado junto a él—. Soy un atleta, *toda una celebridad* —dijo con una sonrisa al recordar que así lo había llamado el muchacho la última vez que se vieron—. Pero si piensas visitarme más seguido, ten por seguro que compraré alcohol para ti.

Estaba callado y serio. Bebía tragos pequeños y apenas y le dedicaba miradas que no le decían nada. David no demoró en preocuparse.

—¿Puedo fumar? —preguntó luego de un largo silencio.

—Afuera.

—Entonces luego —respondió ante la escueta negación.

David sonrió cuando lo observó terminarse la botella de agua casi de un solo trago. Esa *Caperucita* no parecía tener nada de *lobo*. Se le veía nervioso y descolocado.

—Gonzalo —lo llamó mirándole a los ojos—, ¿en serio no me recuerdas?

—No.

—Hace unos años estuvimos juntos en la Academia Militar. Tú en segundo y yo en primero. Me disparaste en el culo con tu pistola de Gotcha —le refrescó la memoria con una sonrisa nostálgica.

David lo reconoció enseguida.

—¿Mijares? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Ezequiel Mijares?

El aludido asintió con la cabeza, sonriendo.

—Sí. Y que sepas que aún no te perdono por haberme asustado de esa manera. ¡Te odiaba, cabrón hijo de la chingada! —exclamó todavía mostrando un ápice de respeto y recelo—. Me lo pasaba esperando no encontrarme contigo en los pasillos. ¡¿Recuerdas cuando me obligaste a hincarme sobre unas corcholatas de aluminio?! ¡Tengo cicatrices!

David estaba riéndose como nunca. Recordaba cada anécdota como si hubiese sido durante el día anterior.

—Mijares... —murmuró sin dejar de verlo—. Ya decía yo que me parecías familiar.

Ezequiel le sonrió con aquella mirada afable y divertida que poseía.

—Fuiste un cabrón conmigo, Gonzalo —le dijo sin perder la serenidad y la alegría en su rostro—. Y cuando entraste a la cafetería aquel día, sentí que la tierra tembló bajo mis pies. Dije: *mierda, aquí viene este cabrón a hacerme la vida una puta pesadilla*.

—Y, sin embargo, aquí estás —acotó David, embelesado ante los hoyuelos y el brillo jovial de su mirada.

—Aquí estoy, *señor* —afirmó luego de un asentimiento de cabeza, sin dejar de sonreírle—. Es que *usted* fue tan cruel que dejó marcas, ¿sabe?

David alzó una ceja.

—¿Marcas?

—Sí. Es que..., llámame loco, pero tú eres de esas personas que *marcan*. Para bien o para mal. De esas personas que no se olvidan nunca.

David sintió un enorme deseo de besarlo, pero Ezequiel se puso de pie ante su mirada atenta.

—¿A dónde vas? —le preguntó casi con terror de que se marchase.

—¿Me enseñas la habitación?

3.

El primer beso que se dieron ocurrió a unos pasos del umbral de su habitación, ya dentro de esta.

Ezequiel había tomado la iniciativa; luego de echarle un vistazo al austero lugar que no contaba con más muebles que la cama, la cómoda y una pequeña mesa de trabajo con su correspondiente silla destartalada, se había virado para ver a David a los ojos; acto seguido, había roto la distancia entre ambos dejándole un beso apremiante y un breve mordisco en el labio inferior.

Ezequiel había acariciado el cortísimo cabello de David, dibujando suaves caricias en su nuca y mejilla con sus dedos. El otro lo había correspondido rápido, posando ambas manos en la cintura del mesero, adhiriendo su cuerpo al suyo para que lo sintiese encendido.

Tan impulsivo como era, no dudó en intentar meterle las manos, pero Ezequiel lo detuvo en el acto, sonriéndole mientras retrocedía un par de pasos.

—No soy un *chico fácil* —le dijo con su peculiar tono juguetón.

—Yo tampoco, pero ¿y qué? —Se acercó a él e intentó besarlo de nueva cuenta, pero el muy imbécil viró el rostro para esquivarlo—. ¿Qué te pasa? —preguntó irritado.

¿A qué había ido entonces? ¿Qué se pensaba que iba a suceder entre ellos si no era sexo casual?

—No me voy a acostar contigo —espetó.

—¿Por qué no? ¿A qué mierdas estás jugando? Fuiste tú quien me ha pedido ver la habitación.

—Claro, te pedí *ver la habitación*. No *coger* en la habitación.

David frunció el ceño. No quería enfurecerse, pero en verdad odiaba a esa clase de tipos, esos que prendían el boiler y al final ni se duchaban.

—Entonces lárgate.

El invitado se sentó en el borde de la cama echando los brazos hacia atrás para procurarse una postura relajada. Le sonrió con cinismo, parecía estarse divirtiendo a costa suya.

—Te invito a un antro en la noche —propuso—. Un antro para ir a bailar, charlar. Quiero conocerte bien.

—¿Conocerme? —cuestionó sin poder ocultar su enojo. Ezequiel le asintió con la cabeza—. Pero si ya me conoces, ¿qué más quieres saber de mí?

—No todo es sexo, Gonzalo —repuso—. A mí me gusta saber con quién estoy; así me aseguro de que hago lo correcto. Si la persona lo vale, ¿me explico?

David se quedó pasmado, masticando aquellas palabras que, por más que lo intentaba, no lograba tragar. ¿De qué se trataba todo eso? Era algo nuevo.

Cuando él quería sexo siempre lo obtenía. ¿Acaso quería ver su cédula de identidad? ¿Iba a investigarlo para ver si era *seguro*?

Se sintió confuso y descolocado porque era la primera vez que le negaban un revolcón. Y lo peor era que ya había cantado victoria; casi lo había visualizado *a cuatro* sobre su colchón, gimiendo; porque tenía cara de gritón.

Por un momento, aprovechando que Eze se quedó observando su habitación, lo inspeccionó de pies a cabeza quedándose absorto en la mariposa de su cuello y en la pequeña cicatriz de su mentón.

Ezequiel lo atrapó mirándole el tatuaje y, sonriendo con un dejo de timidez, se lo cubrió con la mano. David lo miró a los ojos y algo le dijo que, si lo dejaba ir, se acabarían aquellas miradas en la cafetería, eso que le hacía ilusión todos los sábados.

—¿A qué hora? —preguntó con la guardia baja. Sabía que si perdía eso que tenían sin ser algo, se quedaría sin nada.

—¿Lo del antro?

—Sí, sí.

—Paso por ti a las diez y media, ¿te parece?

A regañadientes, asintió sin ser consciente del ápice de dolor que se hallaba en su semblante. No estaba contento, pero ya había probado sus labios, y juraría que tenían algo especial, algo adictivo.

Mercedes llegó al poco tiempo de que Ezequiel se había marchado. David corrió para quitarle de las manos todas esas bolsas que había comprado en la central de abastos.

La mujer suspiró y pronto se percató de que David no había terminado con el jardín, tal y como le había prometido que haría.

—¿Por qué no acabaste? —le preguntó desde el pequeño portal.

David ya había entrado en la casa principal y estaba acomodando los víveres.

—¿Me habla?

—¡¿Que por qué no terminaste?! —Alzó la voz para que la escuchase—. ¡Solo te pedí que quitaras la pinche maleza de los rosales!

—¡Ya iba a ponerme a ello, doña!

—Déjalo, ya lo hago yo —refunfuñó—. Cabrón, huevón...

Pronto abandonó los alimentos y salió para evitar que la anciana se arrodillase entre la maleza.

—Déjelo, doña, ya estoy en ello. Déjemelo a mí y vaya a refrigerar los alimentos.

La mujer, de rostro aperlado, cabello totalmente blanco y apariencia menuda, le dedicó una sonrisa afable, casi maternal.

—Eres un buen chico, David; perezoso y lento, pero bueno.

Este no le respondió. Tampoco le devolvió la sonrisa; en su lugar, se puso en marcha y continuó con su tarea durante las siguientes dos horas. De tanto en tanto, al sentir la presencia de la vieja, David volteaba a verla desde su sitio. Y ella inspeccionaba su trabajo, asomando su curtido rostro por entre la puerta mosquitera que rechinaba cuando se abría y se cerraba.

Le agradaba Mercedes. No podía decir que era como una madre para él, pero sí que ocupaba el sitio de una abuela. Era una mujer huraña, de personalidad fuerte y vulgar, pero tenía sus maneras de demostrarle su aprecio.

Siempre estaba lavándole la ropa que dejaba en la casa de atrás. Limpiaba el sitio y se encargaba de lavar sus sábanas y edredones, perfumándolos con algo que olía delicioso.

También le servía dos platos de comida. Y, algunas veces, le pedía que la acompañase a beber té de hierba de San Juan mientras jugaban con los naipes en la mesa del comedor.

Le contaba historias que ya no sabía si eran ciertas o no. Algunas parecían retazos arrancados de grandes novelas de romance y tragedia. Siempre había una historia nueva; algunas eran graciosas y otras tantas desgarradoras.

David le pasaba un pañuelo para que se enjugase las lágrimas, y ella pronto volvía a recobrar su entusiasmo y su humor ácido.

—Ven a comer. Ya quítate del sol porque te vas a poner negro y no soporto a los negros. Ningún negro pisará esta casa en mi presencia.

Y era racista...

—Sí, señora. —David sonrió y se apuró en sacudirse las rodillas y las manos. Pronto se halló dentro de la bonita residencia del siglo XX.

—¿Te conté que mi padre también tenía los ojos azules? —le inquirió la anciana mientras se encaminaban hacia la amplia cocina. David negó con la cabeza y ella sonrió con nostalgia—. Era un hombre muy guapo. Todas las mujeres estaban locas por él, *mijo*. ¡Hacían fila las condenadas! —exclamó entre risas, contagiando a un David que ya se lavaba las manos—. Seguro que a ti te pasa lo mismo con las mujeres, ¿verdad?

—Pues no.

La señora soltó una carcajada.

—Apuesto a que sí. Pero tú no las miras a ellas.

David la volteó a ver. Nunca le había hablado de su orientación sexual, y ese tono insinuante le asombró un poco.

—¿Por qué dice eso, doña?

—Te gustan los varones —afirmó. Al menos no había perdido la sonrisa afable—. Te gustan las vergas, como a mí. Por eso nos llevamos bien. Mi esposo tenía una verga preciosa...

David reprimió una carcajada. Ella continuó, luego de un breve silencio:

» Gruesa y larga como un pepino. Jugosa y caliente. Era una verga con clase. Cómo me entretenía con ella...

—Seguro que sí, doña —musitó luego de reírse por lo bajo—. También me habría entretenido con una de esa *clase*.

La mujer chasqueó la lengua propinándole un golpe en la espalda.

—Mi esposo era bien hombrecito. Jamás se habría fijado en otro varón.

—Quién sabe, doña... *Ojos vemos, feas mañas no sabemos*.

—Podrido —masculló la anciana y David se rio más fuerte mientras se secaba las manos—. Anda a sentarte que ya te sirvo. Degenerado...

Mercedes preparó bistec con patatas y pico de gallo. A la carne le puso mucha pimienta porque sabía que era el condimento favorito de su inquilino.

Se sentaron a la mesa sin hacer plegarias puesto que ella no era devota, aunque sí creyente. David comenzó a comer como un descosido y ella se le quedó viendo con un ápice de orgullo.

—¿Vas a salir esta noche?

—Ajá —acotó sin mirarla, buscando entre la canasta otra tortilla de maíz—. Voy a buscar vergas. Así como la de su difuntito, doña.

Recibió un manotazo en la cabeza y reprimió una risa al ver el brillo de enojo en la mirada de Mercedes.

—Hereje —farfulló esta—. Te irás al infierno y no por marica, sino por deshonorar la memoria de un santo como lo fue mi esposo.

—Pues allá se prepara unos chilaquiles, doña. Pa' la resaca de sus domingos. Porque ni crea que usted se va pa'l cielo, eh. Con esa boquita que se carga, hasta al diablo le va a sacar sus pedos.

Mercedes se carcajeó de lo lindo, meneando la cabeza de un lado a otro.

—Coma, *mijo*, coma que está bien flaquito.

Cuando llegó el momento de ducharse y elegir un atuendo para ir al antro con Ezequiel, David reparó en que no tenía ropa de civil. Sus prendas eran negras, verdes y blancas. Solo tenía un par de botas militares y unas zapatillas deportivas.

Sabía que a los gays les ponía el uniforme militar, así que al final se puso el de camuflaje y sus botas negras. Un poco de desodorante y un cepillado de dientes a profundidad. Estaba listo y le gustaba lo que el espejo le devolvía.

Ezequiel llegó unos minutos antes de la hora acordada. Tocó el claxon, pero enseguida bajó del vehículo para esperarlo frente a la reja que se hallaba cerrada.

David salió rápido. No le devolvió la sonrisa porque seguía enfadado por el rechazo de hacía unas horas, pero sí se subió a la vieja Chevrolet y se ajustó el cinturón de seguridad mientras el otro encendía un cigarrillo.

La cabina se quedó en silencio unos segundos. Ezequiel habló primero:

—Te ves increíble y al mismo tiempo intimidante con el uniforme, Gonzalo.

—No tengo más ropa —acotó sin ocultar su malhumor.

—Pues así estás perfecto...

David recordó lo de la psicología inversa y decidió añadir, mirándolo con un intento de sonrisa:

—¿Crees que *clave* esta noche? Se me antoja un buen culo antes de dormir —musitó con una risilla divertida—.

—Mira, voy a hacer de cuenta que no subí a mi auto a un idiota y que en verdad estoy con el chavo con el que llevo meses soñando.

David no quiso mirarlo, pero tampoco fue capaz de acotar nada. ¿Llevaba meses soñando con él? Se quedó callado unos minutos hasta que la vergüenza se le pasó. Luego decidió evadirse y continuar siendo el de siempre.

—¿Qué sueñas o qué onda? —preguntó mirándolo con atención mientras el otro conducía sin perder de vista la calle.

—Es muy tonto. —Se rio—. Yo siempre sueño cosas tontas, sin sentido.

—¿Debería de ofenderme o...?

—¡No, no! —Entonces lo miró con una sonrisa culpable—. Me refiero a que en mis sueños suceden cosas muy estúpidas. Soy algo bobo y...

—¿Puedo encender el estéreo? —interrumpió sin querer.

—Claro. ¿Qué tipo de música escuchas?

—¿A qué antro vamos? —Cambió el tema deslizándose sus dedos por el cinturón que le raspaba el cuello—. No me dijiste nada y...

—*Déjate llevar*...

Contrariado, David lo observó.

—¿Para que me pongas freno a la primera?

Eze soltó una carcajada.

—Así se llama el antro: *Déjate llevar* —aclaró, todavía entre risas—. Es un antro gay, eh. Espero que no te pongas pesado por allá. No quiero que me despidan.

—¿Despedirte? ¿Trabajas en un antro gay? —Lo miró con atención.

—Sí, pero solo las noches de viernes y sábados. Y no te preocupes, no trabajo toda la noche, solo un par de horas.

—¿De barman?

Eze se rio mientras negaba con la cabeza.

—Soy bailarín... bailarín exótico, por decirlo de una manera decente —bromeó.

—¿Te prostituyes?

—¡Por supuesto que no! —exclamó ofendido, mirándolo ceñudo—. Tampoco estoy tan desesperado. Solo soy bailarín. Es un antro, no un prostíbulo.

El antro tenía mala pinta por fuera; la fachada de ladrillos rojizos se hallaba deteriorada y manchada de moho. El letrero parpadeaba como una luciérnaga a punto de perecer. Había un guardia dormitando sobre su silla y un muchacho obeso que cobraba el cover en la pequeña taquilla.

David pagó, pero Ezequiel entró gratis puesto que era empleado del lugar.

—¿Desde cuando trabajas aquí? —le preguntó al entrar.

Era un sitio con una capacidad de al menos ciento veinte personas. De una sola planta. Contaba con una pista en un extremo y una barra larguísima en el otro, junto a los baños que, de letreros graciosos, dejaban claro que recibían a cualquier persona.

Se sentaron frente a la pista, en una de esas mesas para cuatro personas. Los sillones eran cómodos y el ambiente, aunque algo lúgubre y oscuro, empezaba a llenarse de clientes dispuestos a divertirse.

—Hace poco. Lo que pasa es que pagan bien y solo tengo que bailar dos horas por noche. Además, los clientes me dejan buenas propinas.

Ezequiel llamó a un camarero y, haciéndole una señal que David no entendió, le pidió que les trajese algo a la mesa.

David observó directo a la pista. Había una tarima adherida a la pared y unas escaleras de fácil acceso a esta.

No solía frecuentar antros. Casi siempre se iba a lo seguro y contrataba los servicios de algún joven que no le cobrase muy caro por unas horas de entretenimiento. En otras ocasiones llegaban solos cuando lo veían hacerse el tonto con un vaso de agua en alguna barra de cualquier lugar. También se le acercaban mujeres de todas las edades; con estas bailaba porque seguía siendo un buen bailarín gracias a los ensayos con Mirna cuando esta tomaba clases de danza.

El camarero llegó con una botella de vodka y otra más de agua mineral con sabor a toronja. David miró el gesto divertido en la cara de Ezequiel y no pudo evitar devolverle una sonrisa.

—¿Me quieres emborrachar? —le preguntó mientras el empleado dejaba un par de vasos y una cubeta de hielo comestible sobre la mesa.

—Solo un poquito —aceptó ensanchando más la sonrisa. Acto seguido, destapó la botella y le puso la boca de esta en la nariz—. ¿Te gusta cómo huele?

David arrugó el gesto y negó con la cabeza mirando los hoyuelos y los dientes blancos del otro.

—La verdad es que no tolero el alcohol y es otra de las razones por las cuales lo evito —confesó, recordando fugazmente la anécdota en la que se acostó con aquella mujer de faldas ligeras.

—Pero es gratis. La casa invita. Además, te ves algo tenso y yo creo que un par de tragos te caerán muy bien.

David estaba por negarse rotundamente, pero Ezequiel volvió a besarle en los labios. Fue el beso más breve que jamás le habían dado. Apenas y había alcanzado a corresponderle.

Se quedó mirando al otro preparar ambas bebidas. Se preguntaba por qué Ezequiel era tan extraño, tan complicado. Llegó a pensar que quizás solo estaba jugando con él; que tal vez se sentía curioso porque era militar o, en el peor de los casos, se burlaba porque era consciente de que lo tenía loco.

Pensar en la posibilidad de que le estuviesen viendo la cara lo incomodó y molestó por partes iguales. Ezequiel le brindó su vaso y él hizo el intento de no pensar más en ello porque rara vez se llenaba de inseguridades.

—Solo un vaso —advirtió sin muchos ánimos y procedió a darle un breve trago que le produjo un escozor en la garganta—. Pero si esto es lumbre, carajo —se quejó, mirando a su *conquista* reírse a carcajadas—. ¿Te gusta de verdad?

—Pues sí —obvió—. Es cuestión de que te acostumbres. Dale otro trago y ya verás que no está tan mal. Anda.

Mientras se decidía en si seguir bebiendo con tal de llevárselo a la cama, Ezequiel se puso de pie cuando la pista se iluminó y un hombre subió a la tarima con micrófono en mano.

—¿Vas a bailar ahora? —preguntó, asiéndolo de la muñeca.

Eze se encorvó un poco para hablarle al oído:

—En unos minutos es mi turno. Doy un pequeño espectáculo antes de quitarme la ropa. Solo quédate atento y no te pierdas detalle.

Anonadado, David lo vio desaparecer por una puerta cercana a los baños. Esta tenía un letrero que permitía el acceso solo a los empleados. Y él quiso entrar para ver qué tanto hacía; preguntarle si realmente se iba a desnudar por completo o si se quedaría con una prenda.

Estaba algo nervioso, ansioso.

El hombre del micrófono saludó a los presentes, agradeciendo por su presencia y prometiéndoles una noche inolvidable. Luego hizo un breve monólogo de aproximadamente quince minutos; les contó acerca de su salida del armario a los cinco, cuando usaba los tacos altos de su madre y adoraba las muñecas *Barbie* de su hermana mayor.

David se permitió una risa porque el tipo parecía una persona graciosa y agradable. Era muy afeminado, aunque no vestía como mujer y conservaba una barba prolija que lo hacía verse muy varonil.

Prestó atención a sus alrededores cuando fue consciente del barullo y de las risas. Se sorprendió de lo rápido que se había llenado el lugar. Todas las mesas estaban ocupadas; incluso había personas de pie y otras recargadas en las paredes como moscas. Al menos el ochenta por ciento de los clientes de *Déjate llevar* eran hombres.

—Bien, *esos y aquellos* —dijo el animador, ensanchando una sonrisa de felicidad y emoción—. ¡Démosle una cálida bienvenida a *Fire Boy*!

David sintió un vuelco en el corazón, como si fuese él quien tuviese que subir a la amplia tarima. Vio al hombre bajar de esta y a los presentes acercarse como perros hambrientos y excitados.

Las luces se apagaron momentáneamente. David volteó hacia aquella puerta por la que se había marchado Ezequiel, lo vio salir a las carreras y lo siguió con la mirada hasta que estuvo frente a todos y las luces volvieron a iluminarlo en escena.

Llevaba un pantalón negro bastante ajustado. La tela parecía ser de papel porque brillaba y lucía delgada. Sobre el pecho un chaleco de cuero en el mismo color; sin camisa abajo. Un piercing brilló en el ombligo del muchacho y David tragó saliva.

Lo miró dejar una botella de plástico sobre el *escenario*, y después, se acercó a las escaleras a recoger una vara delgada que alguien le había llevado. La multitud estaba en silencio, todos, incluyéndolo a él, aguardaban para ver lo que iba a suceder en los minutos siguientes.

La música, que entonces había permanecido a un nivel bajo, subió. Todas las luces se apagaron, incluyendo la de la barra. Pero pronto, el recinto fue iluminado por el propio Ezequiel cuando este encendió la vara; era una antorcha.

La gente aplaudió. David dio dos tragos a su bebida cuando notó la concentración en el gesto de Ezequiel. Luego se recargó en el asiento cuando el mesero comenzó a bailar con sensualidad, girando con la antorcha, que no hacía más que iluminar sus movimientos y su

cuerpo torneado.

David vio que algunos lo filmaban desde sus teléfonos. Quiso hacer lo mismo, pero quería disfrutar del espectáculo sin perderse de nada.

Ezequiel sabía moverse y parecía disfrutar de la atención de los otros. Se desplazaba de izquierda a derecha mientras giraba entre sus dedos la antorcha bicéfala para dar ese efecto casi mágico de luces y excentricidades.

A los pocos minutos del hipnótico baile, la música se cortó y *Fire Boy* cogió la botella del suelo mientras los presentes aplaudían. David sonrió cuando lo vio pegarle un trago profundo. Lo vio quitarse el chaleco y retroceder unos pasos.

Ezequiel arqueó la espalda lo más que pudo y la música volvió a subir cuando este acercó la antorcha un poco solo para escupir sobre ella y lanzar una llamarada que a David le congeló la sangre.

Y cada que, entre movimientos sugerentes y escupitajos de fuego, la gente aplaudía, David observaba con cierta inquietud, temiendo que terminase incendiado en el acto.

Afortunadamente, el espectáculo terminó media hora después. Al menos el de fuego.

Ezequiel hizo una reverencia y sonrió al público una vez que las luces volvieron a iluminar el escenario. Por un momento sus miradas volvieron a cruzarse como sucedía cuando solo era el mesero de la cafetería del centro; David le aplaudió y se mordió el labio inferior, percatándose entonces de que el vodka estaba haciendo sus estragos porque apenas y lo sentía.

El animador volvió a subir al escenario cuando Ezequiel se marchó rumbo a la misma puerta por la que había salido. David se encontró más relajado y aliviado de que su *conquista* estuviese a salvo. Por lo que se preparó otro trago mientras sonreía al escuchar los disparates del anfitrión.

En aquella ocasión, el hombre solo estuvo cinco minutos hablando de lo bueno que era *Fire Boy*. Luego les preguntó si estaban listos para lo *siguiente*, y la mayoría gritó un «sí» al unísono.

—¡Sean generosos con *Fire Boy*! —exclamó al tiempo que aplaudía la entrada del muchacho que ya se había cambiado de atuendo.

David que, había estado ensimismado preparando la bebida, no se había percatado de que Ezequiel ya había salido y que entonces se hallaba subiendo la escalerilla.

Una sonrisa le surcó el semblante cuando vio que portaba un uniforme de policía.

Una vez que se quedó solo en la tarima, la música resonó al punto de casi reventarle los tímpanos. La gente abarrotó la pista y Ezequiel comenzó a bailar una vez más.

David bebió de su vaso cuando el otro dio la espalda al público y, de un movimiento que no vio venir, se arrancó la camiseta. El joven arrojó la prenda hacia el público y pronto se viró, mostrándose sonriente mientras deslizaba sus dedos por el área de su bajo abdomen.

Algunos comenzaron a gritarle que se desnudase y David sintió un ápice de ira al notar que se trataba de dos borrachos que, movidos por el alcohol, intentaban tocarle los pies al bailarín.

Ezequiel se arrancó el pantalón estirándolo desde ambos costados. Tenía piernas fuertes, escasamente pobladas de vellos oscurísimos. Y otro tatuaje en el muslo derecho: una ristra de flores que descendía hasta la rodilla.

David se procuró otro trago cuando lo vio dar la espalda y notó el culo cuadrado que se apretaba bajo la tela de aquel diminuto bóxer de spandex.

Sintió un tirón en la entrepierna cuando lo vio moverse con lentitud hasta el suelo, bajando entre movimientos eróticos, moviendo las caderas con una sensualidad que jamás

imaginó que poseía. Casi se unió a los borrachos para gritarle que se quitase todo y se dejase de pendejadas, pero logró contenerse con otro trago de vodka.

—Oh mierda... —musitó cuando el muchacho volvió a girarse y la erección fue evidente bajo aquella prenda verde oliva.

Lo vio acercarse al borde de la tarima, arrodillándose para dejarse hacer unos minutos. Algunas manos le rozaron la verga por encima de la tela, pero la mayoría introdujo billetes dentro de la prenda.

El baile acabó media hora después, y el joven, ante los abucheos que recibió por no haberse quitado la ropa interior, les dio la espalda y les mostró las nalgas para complacerlos. Se llevó risas, improperios obscenos y aplausos. Luego volvió a perderse en aquella puerta y, así, la pista se llenó de parejas cuando el show terminó.

David, que entonces tenía la vejiga llena, se dirigió hacia los baños, pero se quedó dubitativo ante ambas puertas. Una tenía un letrero que decía: *eso*. El otro decía: *aquello*.

Sintió unas manos sobre sus hombros y viró su cabeza para hallarse con un sonriente Ezequiel.

—¿No sabes dónde *tirar el agua*?

—No sé si soy un *eso* o un *aquello* —respondió con la voz algo arrastrada por el consumo del alcohol—. No sé qué significa.

—Pues vamos a ver, ¿no? —invitó el chico con un dejo de entusiasmo, apresurándose a abrir la puerta que tenía por título: *aquello*.

David echó un vistazo y no notó nada extraño. Era un baño común y corriente.

—Creo que este es el de los hombres —se dijo a sí mismo.

—Revisa el otro, no vayas a equivocarte —advirtió Ezequiel en tono divertido.

David lo dudó unos segundos, pero luego abrió la puerta y se asomó solo para comprobar que ese baño era idéntico al otro.

—Me siento estafado —le dijo al rostro sonriente de Ezequiel.

Este se rio.

—Bien, pues ahora debes elegir qué eres. ¿Eres un *eso* o un *aquello*?

—¿Qué te parezco a ti?

El aludido se le quedó viendo a los ojos, luego, sin que David se lo esperase, le acarició el lunar de su mejilla.

—Eres un *aquello*, pero yo quisiera que fueses más que *eso*.

—Dímelo adentro —le invitó.

Ezequiel negó con la cabeza y David revoleó los ojos.

Una vez que vació la vejiga y se refrescó el rostro acalorado, salió del baño y vio a Ezequiel esperándolo con su típica sonrisa.

—¿Bailamos? —le preguntó tendiéndole la mano.

David accedió y se dejó conducir hacia la pista.

Siempre le había gustado bailar y Ezequiel se sorprendió de lo bien que lo hacía. David intentó besarlo en más de seis ocasiones. Estaba ebrio y el otro no ayudaba demasiado cuando le restregaba el culo en la entrepierna.

En uno de esos momentos, David le metió la mano bajo la camisa desfajada y con la otra lo sujetó por pecho y hombro. Ezequiel relajó su espalda adhiriéndola un poco más al torso de David. Este último le acarició el abdomen y buscó con sus dedos el piercing; tiró del pequeño aro al tiempo que acercaba sus labios a la oreja del joven.

—Me gusta esto que tienes —le murmuró rozando los labios en el lóbulo del otro. Acto

seguido, subió sus caricias hacia el pectoral derecho. Creía haber visto algo brillar en esa tetilla oscura. Entonces comprobó que también estaba perforado y comenzó a frotar sus dedos—. Pero este me gusta mucho más...

El joven se viró con rapidez liberando el brazo de David. Lo miró a los ojos con un brillo que al militar se le antojó lujurioso.

—Tengo uno más —confesó en su oreja izquierda—. Apuesto a que quieres saber dónde. —David asintió con la cabeza y Ezequiel le rodeó el cuello con sus brazos—. ¿Quieres verlo?

—Sí...

—Pues tendrás que esperar un poco más. —Y volvió a darle la espalda para seguir torturándolo con ese culo que ya lo tenía durísimo.

—Eres muy malo, *Fire Boy* —le recriminó al oído mientras lo sujetaba por las caderas, deslizando sus manos hacia sus nalgas—. ¿Qué pasó con el muchacho guapo y tímido de la cafetería? ¿Eh?

Ezequiel soltó una carcajada, pero el muy canalla no le respondió.

4.

Algunas risas resonaron en la piscina donde David practicaba saltos en compañía de dos de sus compañeros. La causa fue la repentina aparición de Yosef vistiendo un jammer diminuto.

El joven cadete, ignorando las burlas de sus superiores, los silbidos y el hecho de que estaban llamándolo *mujercita*, se colocó los googles y se lanzó al agua.

David, desde la plataforma de diez metros, se concentró en ejecutar un salto con doble tirabuzón, capturando la atención de los otros que, desde hacía dos semanas atrás, le habían pedido consejos para las próximas competiciones.

—No hay manera de que yo arquee la espalda de esa forma —dijo Ibáñez meneando la cabeza—. Creo que debería de seguir en el boxeo porque la natación no es lo mío.

—Venga, no es tan difícil. —David intentó alentarlos mientras nadaba hacia ellos—. Es cuestión de práctica y de concentración. Toma su tiempo, pero cualquiera puede nadar.

—Duarte tiene razón, mira por allá. —Pineda apuntó a Yosef que, en ese momento, se hallaba al otro extremo de la piscina. Nadaba muy lento porque recientemente había aprendido a no hundirse—. ¡Eh, maricón! —le gritó al moreno—. ¿Por qué no te vas a limpiar la mierda de tus caballos?!

Ibáñez soltó una risotada mientras David permaneció en silencio secándose el pecho y la espalda con una de las toallas.

—Hay que asustarlo un poco, vamos —sugirió Ibáñez codeándole un brazo a Pineda.

David los miró de soslayo, pero luego decidió abandonar el recinto con la excusa de que tenía algo por hacer. Antes de marcharse, los vio lanzarse a la piscina, cada uno desde un extremo, con la clara intención de interceptar a Yosef.

Por un momento le pasó la idea de detener a sus compañeros; quizás habría sido bueno distraerlos y llevárselos lejos de Yosef para evitar que lo fastidiasen, pero algo le dijo que ese no era asunto suyo. Yosef tenía que aprender a defenderse por su cuenta porque él no estaría ayudándolo cada vez que a alguien se le ocurriese molestarlo.

Y el problema no era la evidente homosexualidad de Yosef, sino lo afeminado que estaba volviéndose. Ya ni siquiera intentaba ocultar sus *modos*. Además, su apariencia femenina ya había sido notada por casi todos. Algunos lo tachaban de travesti, mientras otros, movidos por la ignorancia y la maldad, habían comenzado a perseguirlo a lo largo y ancho del colegio, con la única intención de hacerlo desertar de la milicia. Porque si bien el colegio no estaba en contra de los homosexuales, la cosa era distinta cuando el *problemita* era muy notorio.

El general Marcos le había contado algunas anécdotas de militares de altos rangos que habían ocultado su orientación sexual durante sus años en servicio. Eran hombres discretos, muy reservados. Jamás se habían visto involucrados en habladurías por la sensatez y la prudencia.

A David le había aconsejado que no se metiese con ningún compañero. Ni sexual, ni sentimentalmente. Nada. Afuera podía hacer y deshacer a su antojo, pero adentro era mejor vivir en el armario. Por eso no podía interferir por Yosef, porque su reputación pendería de un delgado hilo de ser así.

Luego de correr durante cuarenta y cinco minutos, antes de ir a ducharse para descansar. Divisó una silueta que, a la distancia, lo observaba con los brazos laxos a sus costados.

El sol ya había caído para entonces, pero gracias a las farolas de luces Led que iluminaban los campos de entrenamiento, David se dio cuenta de que se trataba de Yosef que lo

esperaba sin interrumpirlo, tal y como le había prometido el último jueves.

Volteó a los alrededores para corroborar que nadie estuviese al tanto de él; luego se acercó al moreno y lo vio sonreírle con un dejo de timidez una vez que se hallaron frente a frente.

—Es miércoles —le dijo David como saludo—. ¿Qué haces tan lejos de tu dormitorio?

—Quería verte —confesó. David volvió a observar a los cadetes que corrían en la pista que él acababa de abandonar; luego observó a Yosef—. Hoy en la piscina quería hablar contigo, pero Ibáñez y Pineda se pusieron muy pesados conmigo, y cuando me dejaron en paz, me di cuenta de que ya te habías ido. Y después tuve que hacer algunas cosas con...

—¿Por qué me estás dando explicaciones? —David lo cortó—. ¿Qué es lo que quieres?

Yosef entreabrió los labios para hablar, pero solo pudo tragar saliva y agachar la cabeza ante el ceño fruncido de David. Este último decidió volver a preguntar:

» Dime las cosas como son: ¿Qué es lo que quieres y por qué te me apareces por todos lados?

—Qui-quiero estar contigo... —murmuró mirándole a los ojos—. Necesito estar contigo.

El aludido se quedó pensativo un par de minutos. El sábado lo había pasado muy bien con Ezequiel, pero el muy ingrato no le había permitido ir más allá de besos y sutiles caricias. El domingo no se habían visto porque Eze le comentó que estaría ocupado con su tía. Así que había sido un fin de semana seco. Y también estaba necesitado.

—Bien, adelántate y en un momento te alcanzo.

Yosef sonrió de oreja a oreja mientras asentía. Rápido apuró el paso hacia las caballerizas mientras David aprovechó los minutos para lavarse la cara y beber agua de su botella, observando a los cadetes que ya empezaban a dirigirse hacia las duchas.

Una vez que el campo se quedó solo, entonces caminó hacia el lugar citado y se adentró con sigilo, recordando las primeras veces en las que el nerviosismo se apoderaba de él cada jueves por la noche.

Él box número ocho continuaba sin huésped, allí solo se hallaba Yosef, recostado sobre una manta que había tendido en el piso aseado.

—¿Qué significa esto? —inquirió David extrañado.

—Tengo ganas de hacerlo diferente —puntualizó mientras se sacaba la playera blanca dejando al descubierto su pecho desnudo y depilado—. Quiero que estemos más cómodos —añadió luego de dejar la prenda a un lado, mirándole con timidez.

David volteó hacia la entrada para cerciorarse de que nadie estuviese cerca; luego observó al muchacho y accedió cuando, a través del short deportivo que llevaba puesto, vislumbró las ansias en el cuerpo del otro.

» Confía en mí, nadie vendrá ahora —prometió Yosef palmeando el lugar vacío de la manta—. Ven aquí, voy a hacer todo lo que me pidas.

Para terminar de convencerlo, ya que David se debatía entre quedarse o huir, Yosef terminó por sacarse el short para que viese que no llevaba ropa interior debajo.

David, en un conflicto interno, se le quedó viendo a las casi redondeadas caderas, a la cintura que empezaba a delinearse, a los muslos anchos y a las piernas afeitadas.

Era todo lo que tenía y estaba seguro de que con Ezequiel no tendría sexo hasta después de que al otro se le ocurriese dejar su diarrea moral de lado.

Se quitó la playera y sus placas tintinearon cuando la prenda amenazó con arrancárselas del cuello. Luego pasó la traba a la puerta y se bajó pantalón y bóxer ayudándose al mismo tiempo con los talones para sacarse los tenis.

Pronto se tumbó junto al otro, intentando sonreírle. No le caía mal, pero sus cambios comenzaban a incomodarlo sobremanera.

Yosef se sentó a horcajadas de David. Lo miró con una sonrisa y procedió a acariciarle el pecho a la altura de las tetillas, apretándole los durísimos pectorales.

—Eres muy ancho —le dijo sin poder ocultar lo mucho que le gustaba—. He visto a otros atletas, también nadadores, y me he dado cuenta de que todos ustedes tienen un pecho y una espalda bastante ancha.

David no supo qué decir. Optó por el silencio y por mirarle los labios gruesos y la nuez. Paseó sus ojos por el torso del otro y clavó la vista en sus pectorales ligeramente abultados, casi femeninos.

Yosef se inclinó para besarle la boca y el otro le correspondió cuando sintió su lengua larga abriéndose paso entre los labios.

—Anda y mámamela —le exigió de pronto apartándolo con cierta brusquedad, moviendo sus hombros hacia abajo para que no se perdiese en el camino—. Cómetela toda.

Yosef obedeció al instante. Rápido lo tuvo subiendo y bajando, tratando de abarcar su falo y respirar en el intento. David empujaba la pelvis y el otro se ahogaba, pero no se detenía.

No obstante, pasados unos minutos, Yosef se recostó y le pidió que lo tocara, que lo besara y que lo acariciara.

Encendido por lo que acababa de hacerle, David comenzó por el cuello y bajó entre besos húmedos por su torso, mirándolo de tanto en tanto cada vez que al otro se le escapaba un gemido agudo.

Yosef lo asió por las mejillas y lo dirigió hacia la tetilla izquierda. David la atrapó entre sus labios y procedió a lamerla, ocasionando en el joven una serie de gemidos y espasmos en todo su cuerpo.

Luego siguió con la otra y se enteró de que las tetillas eran el punto G de Yosef. Apenas y las rozaba y el muchacho se retorció bajo su cuerpo.

Y verlo tan encendido a causa suya le motivó a penetrarlo luego de escupir y lamerle el culo velludo durante escasos minutos.

Con las piernas del cadete sobre su hombro derecho; respirando por la boca y conteniéndose para no hacer ruido, lo embistió con furia y sin hacer pausas.

—Quiero acabar dentro... —dijo con la voz entrecortada mirando el gesto de placer de su *polvo de los jueves*.

—Sí, hazlo, por favor...

A los pocos minutos de la ardua faena, David gruñó con los labios sellados y descargó en el interior de Yosef. El otro terminó casi al mismo tiempo, sin haberse tocado.

David se puso de pie y procedió a vestirse a las carreras, como si de pronto recordase que no estaba en una habitación de hotel con un prostituto o con un ligue casual.

—Vístete rápido, cabrón —le ordenó cuando lo vio mirándole absorto, todavía recostado, intentando recuperar el aliento—. Viene alguien y a la verga todo... Apúrate.

—David... —El joven lo llamó cuando este se apuraba en ajustarse el pantalón—. No quiero molestarte, pero en verdad me gustaría que vinieses conmigo este sábado. A mi casa —añadió al ver que el aludido lo miraba por encima de su hombro—. Quiero que tengamos más privacidad y estoy pensando en que te gustará conocer a *Lila*. He visto que eres muy bueno con *Guerra* —comentó, refiriéndose al pastor alemán que David entrenaba—. *Lila* es una cachorra, pero de seguro que te vas a enamorar de ella en cuanto la veas.

—Me importa una mierda tu perra, Yosef —murmuró mientras se ajustaba los tenis con

rapidez—. Solo quiero que te vistas y te largues de una vez por todas.

—¿Por qué no quieres venir a mi casa? Solo un fin de semana —insistió el más joven, acatando la orden de vestirse—. Te juro que vas a divertirme mucho y...

David lo hizo callar con una mirada severa.

—Deja de invitarme a tu puñetera casa porque jamás voy a ir —espetó de malhumor—. Y deja de seguirme y de intentar juntarte con los míos porque no voy a meter las manos al fuego cuando te molesten. Yo no soy tu puto novio, Yosef. Esto es lo que hay. —Se tomó unos segundos para señalarle el recinto a media luz—. Lo que tenemos es un palo los jueves. Es todo.

El otro no le dijo nada; tampoco lo miró porque entonces ya se había vestido y estaba doblando la manta para ocultarla en su bolso deportivo.

David salió primero y se fue directo a las duchas. El hartazgo empezaba a ser superior a sus *ganas* de coger con Yosef. Este último estaba bailando sobre la línea y David tenía ciertas sospechas que comenzaban a incomodarlo.

—¿Cómo has estado, David?

Ahí estaba una vez más, tomando la psicoterapia de regla con su psiquiatra Ricardo. No había algo más incómodo para David, pero era obligatorio para él y no tenía otra opción si quería continuar en el colegio.

—Bien.

—¿Qué tal la medicación? ¿Te está resultando? ¿Has visto mejorías ahora que subimos la dosis?

—Algo.

El hombre apuntó en su libreta antes de escribir en su ordenador portátil.

—¿Cómo llevas lo de tu hijo? La última vez me dijiste que lo echabas de menos y que estabas considerando ir a visitarlo.

—No estoy listo para ver a los señores Duarte. —Inconscientemente, su pie derecho comenzó a moverse con rapidez—. Karen me dice que hay libros que dejan enseñanzas entre líneas, pero que también hay libros que solo tienen capítulos. Y yo creo que los Duarte son páginas extras en mi vida. Intento no recordarlos.

—¿Quieres hablar de Jorge, tu padre? —David negó con la cabeza y el hombre asintió dándole su espacio—. ¿Qué hay de Lucía?

—Ella sigue viva —ironizó esbozando una sonrisa débil—. Tengo entendido que es una buena madre para algunos de sus hijos. Supongo que se esfuerza y eso está bien.

—¿La extrañas?

David recordó ese día en el que tomó el vuelo rumbo a Ciudad de México, aquel vuelo de ida sin retorno. Porque se había jurado que ese era el punto y final que tanto necesitaban todos. Una vez lejos, los problemas se terminarían y todo sería paz para la familia Duarte, y para él.

Lucía lloró mucho. Le suplicó que se quedase y le dijo que podían empezar de nuevo. Todo desde cero. Pero David ya tenía diecinueve años y empezar de nuevo sonaba a algo *demasiado tarde*. Ya no la necesitaba. Ya no ocupaba de sus consejos para convertirse en un hombre. Ya lo era y lo había aprendido por otros medios.

Recordó aquel último abrazo que duró una eternidad en su memoria y apenas un minuto de su pasado. Quiso decirle que iba a estar bien y que estaría en casa para Navidad si realmente así lo deseaban todos. Si lo invitaban. Si requerían de su presencia.

«Me mata pensar que contigo me equivoqué, cielo. Tengo la sensación de que creciste muy rápido y te perdí de un día para otro. ¿Recuerdas que éramos los mejores amigos, amor? Papá y yo lo hemos hablado mucho y ambos estamos de acuerdo en que tú siempre serás ese

reto que no cumplimos. Los dos sentimos que te fallamos y...».

¿De qué servía el arrepentimiento a esas alturas? ¿Para qué se esforzaba en justificar su ausencia cuando ya tenía diecinueve y estaba a punto de irse lejos?

Para David solo habían sido palabras al viento; vanos intentos por sofocar las llamas de una turbulenta y peligrosa relación tóxica. Para él, ella solo se había esforzado en lamentarse y hacerle creer que de verdad lo quería, que en serio se arrepentía de haberlo dejado solo cuando tanta falta le había hecho.

Estaba destruido cuando abordó el avión sin decirle un mísero *hasta pronto* a aquella mujer que le dio la vida. Estaba herido cuando despegaron y, a través de la ventanilla, el panorama se convirtió en una migaja gris.

—No la extraño.

—¿Piensas en ella? Me han dicho que te llama y jamás respondes.

—Solo recéteme las pastillas y déjeme ir, señor —propuso mirándole a los ojos sin percatarse de que todos sus dedos tamborileaban los reposabrazos—. Acabemos con esto.

—Si no hablamos, no avanzamos. Por algo tenemos que empezar porque ya son tres años estancados en el mismo punto —le recordó en tono afable—. Háblame de cuando tenías cinco años —le invitó esbozando una sonrisa—. ¿Qué recuerdas de esa edad?

—La vida era perfecta —acotó.

—Cuéntame de esos días.

La única mancha, por aquella época de caramelos y mimos, sin duda alguna había sido su ingreso al jardín de niños. Solo eran cuatro horas de lunes a viernes, pero para David habían resultado una verdadera pesadilla cuando comenzaron los regaños.

Constantemente llamaban a sus padres para decirles que él no prestaba atención y que no se quedaba quieto en su pupitre; les decían que se salía del aula y que, a menudo, la maestra tenía que ir por él cuando a David se le antojaba irse a jugar en la resbaladilla o en los columpios.

No había aprendido a leer hasta casi los siete años. Todo había sido lento y difícil; aburrido para alguien con su nivel de energía.

—Jorge tenía la costumbre de llevarme junto con sus hijos a un río cercano a la localidad donde vivíamos —comentó tratando de recordar algo bueno—. Me hizo el favor de comprarme una caña de pesca muy buena, era profesional. Me enseñó a pescar; a veces era un buen hombre.

—¿Iba toda la familia?

—Casi siempre. Algunas veces acampábamos allí —agregó con una sutil sonrisa al recordar lo mucho que le gustaba dormir con Eric en la misma bolsa—. Lucía preparaba unos frijoles buenísimos; los comíamos desde la lata.

—¿Cómo te sentías en esos momentos?

David recordó el sol sobre el río; el brillo y el sonido de la corriente; los pájaros cantando y la fogata encendida mientras sus hermanos se bañaban en la orilla y sus padres charlaban y sacaban fotos para el álbum familiar, al cual, años más tarde, le arrancó todas sus fotografías.

Con su bañador de palmeras y embadurnado de protector solar con olor a coco, siempre corría y se lanzaba hacia Eric, y este siempre lo atrapaba, jamás lo había dejado caer.

—Me sentía parte de la familia —murmuró asintiendo con la cabeza, como intentando convencerse de que así había sido.

—¿Eras feliz?

—Sí.

El hombre anotó un par de cosas en su libreta y luego escribió en su ordenador. David se quedó anclado a los recuerdos por un momento, hasta que Ricardo comenzó a preguntarle acerca

de sus compañeros del colegio, de las clases y de cómo se sentía cuando era enviado afuera en Mando en Combate.

—Quiero que llames a tu madre en estos días —le pidió antes de que se acabase la sesión—. Vas a llamarla y vas a recordarle algún momento que consideres que haya sido grato entre ustedes dos. Y en quince días nos vemos otra vez.

Con la receta en la mano se dirigió hacia la farmacia adjunta al consultorio. Recibió su medicamento y se quedó observando las cajas durante algunos segundos.

A veces sentía ganas de dejarlo porque no le gustaba el ritmo soporífero y aletargado de los demás. Aquellas pastillas le robaban una parte importante de su personalidad; lo convertían en un robot pesado y oxidado que se movía con lentitud.

Abrió la caja de estimulantes y extrajo una pastilla; acto seguido, la tragó sin mucho afán recordando la primera vez que había comenzado con el tratamiento. «*Con que así es como lo ven todos. Con que esto es lo que se siente ser normal*», había dicho en sus adentros al sentirse pausado y confuso. Sin ganas de corretear ni de pensar en nada.

Odiaba tener que depender de sus medicamentos para poder concentrarse y no desenfocar de sus prioridades. Pero también era consciente de lo mucho que lo ayudaban a relacionarse con los otros, a estar tranquilo y a vivir a un ritmo relajado y reflexivo.

—¡Eh, teniente Duarte! —Reconoció la voz de Emanuel y lo vio que se acercaba con entusiasmo.

David ocultó los medicamentos en el bolsillo frontal de su pantalón, aunque todos sabían que tomaba terapia. Aun así, aunque ya no fuese un secreto, le avergonzaba ser *diferente*. Era un tema del cual nunca hablaba con sus compañeros.

—¿Qué quieres?

Con su sonrisa bobalicona, esa que no podía borrar desde que le confesó que Cris le había dado el tan ansiado «sí», Emanuel le hizo una señal con la cabeza para que lo siguiese.

—Todos te están buscando en el campo dos. El sargento García necesita de tu mano dura con los de segundo. Ve a rematarlos, *Hitler*.

Molestar a los nuevos siempre lo animaba un poco. Era refrescante ver las caras de miedo en cuanto lo veían aparecer en los entrenamientos. Algo que tenía vacío por dentro, se llenaba enseguida. Siempre había sentido la necesidad de estropearle la vida a los que, ante sus ojos, se mostraban débiles o muy felices.

—¿Cómo te fue allá dentro? —le preguntó su amigo cuando ambos se dirigían al campo. David asintió sin mirarlo, paseando su vista por los jardines y los aspersores encendidos—. Sé que no hablas mucho de eso, pero quiero que sepas que aquí estoy por si necesitas...

—No digas mariconadas —lo cortó tajante—. Yo no tengo nada. —Le miró ceñudo, airado por el tono compasivo que siempre había detestado—. Me hacen venir por mis respuestas en el examen de admisión en la Naval. Eso es todo.

Emanuel soltó una risa nasal.

—¿Pues qué respondiste a las preguntas o qué? Digo, debió ser algo muy grueso para que te manden con el loquero.

David, mirándolo a los ojos, negó con la cabeza.

—No fue tan malo —acotó—. No era necesario todo esto. Pero creo que tienen miedo de que haga una masacre en el dormitorio.

Emanuel soltó una carcajada.

—Pues suerte que no estamos en el mismo. Pero, por sí o por no, mejor me duermo con el arma bajo la almohada —bromeó.

—Te lo recomiendo. —David le siguió el juego—. Y alerta a las autoridades también. Todo puede suceder...

Al llegar al campo, David reconoció a los cadetes de Caballería; entre ellos a Yosef. Este último sonrió al mirarlo, pero David desvió la vista y se acercó a García y a Fernández con paso resuelto.

—Carne fresca, Duarte —le dijo García señalando a los jóvenes que, en ese instante, calentaban para empezar el entrenamiento—. Préstale atención al marica, es muy lento y respondón. Bájale los huevos al puto.

David se le quedó viendo al semblante burlón de García. Tenía ganas de romperle la nariz a puñetazos.

—Tú no me ordenas a mí, García —respondió David en tono autoritario. El aludido perdió la sonrisa divertida—. Tú eres un sargento segundo y yo un teniente. No estamos al mismo nivel.

—Somos amigos, David —contestó contrariado, bajando el volumen de su voz—. Somos camaradas. ¿O no?

—Ve a formarte con los otros —ordenó ante la mirada de incredulidad de García. Luego volteó a ver a los de segundo y avisó—: Aquí el sargento García les mostrará cómo se hace.

—¿Te has vuelto loco, Duarte? —inquirió Fernández visiblemente furioso—. No puedes humillarlo frente a los de segundo. No van a respetarlo y todos pasarán de sus órdenes...

El aludido extrajo su cronómetro digital y, sin mirarlo, alzó la voz para que todos escuchasen:

—¡Ciento cincuenta flexiones, Fernández!

—¡¿Por qué, David?!

David se acercó hasta que sus pechos quedaron adheridos. Lo miró hacia abajo y le gritó:

—¡Por llamar por su nombre a un superior, pedazo de mierda! ¡Soy el teniente Duarte para ti! —Luego volteó a ver los más jóvenes y exclamó—: ¡¿Quién soy?!

—¡El teniente Duarte, señor! —gritaron al unísono.

Fernández le dedicó una mirada de odio, pero al final comenzó con las flexiones. Emanuel sonrió al ver a esos creídos acatando las órdenes de su mejor amigo.

La carrera comenzó y David corrió a un lado de la pista de obstáculos para percatarse de que todos cumpliesen con cada una de las metas. Los animaba en compañía de Emanuel, quien también les mostraba su apoyo y les aplaudía a los más lentos.

—Debe gustarte mucho, ¿no? —preguntó a la par de él, sin dejar de correr y de observar a Yosef.

—¿De qué hablas?

—Yosef, ya sabes, el que siempre está detrás de ti como tu sombra. —David lo miró sin gesticular. Era la primera vez que Emanuel sugería algo acerca de su orientación sexual—. No me mires así, cabrón —dijo entre risas—; a mí me vale verga si te gustan los hombres o las mujeres, pero Yosef... —Negó con la cabeza esbozando una sonrisa extraña.

—¿Qué hay con él?

—Es transgénero —respondió mirándolo a los ojos—. Es una mujer dentro del cuerpo de un hombre. Me dijo Cázares que Yosef le confesó que está metiéndose mierda para hacerse vieja.

David volteó a ver al joven cadete y se sintió extraño. ¿Había estado cogiendo con una mujer todo ese tiempo?

5.

David llevaba dos días pensando en lo que Emanuel le había contado acerca de Yosef. También lo había estado evitando porque se sentía confundido y contrariado.

¿Cómo tenía que tratarlo? ¿Y qué tenía que hacer con las inmensurables ganas de romperle la nariz? Porque le había visto la cara; se había mofado de él en sus propias narices.

¿Por qué había sido tan ciego y no lo había notado antes? David creía que Yosef era una *loca*, de esos gays afeminados y travestis que llevaban una vida *exótica* afuera del colegio.

Tenía la cabeza hecha un lío y no sabía cómo afrontar a Yosef ni cómo sentirse al respecto. Lo único que sí sabía era que iba a golpearlo por pasarse de listo con él.

—Yosef —lo llamó en cuanto lo vio salir con su uniforme y su mochila al hombro. El otro no pudo ocultar el gusto que le dio el enterarse de que David había estado aguardando por él ahí en la entrada del colegio—. ¿Sigues en pie lo de la invitación a tu casa?

—Por supuesto que sí.

Intentó sonreírle, pero estaba enfadado; solo le asintió con la cabeza y caminó a su lado hasta que ambos llegaron al estacionamiento de la institución. Ahí estaba aparcado el auto de Yosef, un Mustang de reciente modelo.

—No sabía que tenías auto —comentó David mirando el interior y los cómodos asientos de piel. Yosef soltó una risa nerviosa—. ¿Eres un riquillo de esos? ¿Eh? —Yosef negó con la cabeza. Su rostro se había tornado rojo—. Se me hace que sí lo eres. Venga, dímelo, no se lo voy a decir a nadie...

El muchacho echó a andar el potente motor y el estéreo se encendió. *Carla Morrison* cantaba uno de sus éxitos del año dos mil diecinueve.

—Un poco —aceptó con el pecho ligeramente agitado.

—Ah...

—¿Te molesta? —David entrecerró los ojos y, mirándolo con atención, negó con la cabeza—. Entonces, ¿por qué me preguntas si tengo plata o no? ¿Eres un cazafortunas? —bromeó.

—A mí el dinero no me importa, Yosef —murmuró, ocultando muy bien su enojo—. A mí lo que me interesa es que me hablen derecho, ¿sabes? Que me digan las cosas como son.

Yosef, con el semblante serio, asintió enérgico mirándolo de vez en cuando para no provocar un accidente.

» Me encabrona que me vean la cara y que me hagan quedar como un pendejo —espetó.

—Sí, en eso somos iguales —se atrevió a decir—. A mí también me gusta que la gente me hable con la verdad.

—¿En serio? —David no pudo evitar el tono sarcástico.

Yosef se detuvo en un semáforo en rojo y bajó el volumen del estéreo. Acto seguido, lo miró como extrañado.

—¿Pasa algo?

David le devolvió la mirada, pero la suya estaba preñada de enojo.

—Pensé que solo eras otro puto marica como yo —sentenció y creyó ver el rostro del otro palidecer—. Creí que éramos solo dos putos teniendo sexo. Y no es así, ¿verdad, cabrón? ¿O debería llamarte *cabrona*?

Yosef se quedó sin palabras. David negó con la cabeza. Iba a darle la golpiza de su vida

en cuanto estuviesen en esa casa que sus padres le habían acondicionado para que viviese como una *princesa* feliz.

Cuando llegaron a *Bosque de Las Lomas*, David suspiró. ¿Que tenía poca plata? Negó con la cabeza al ver las ostentosas casas de jardines verdes y portones altísimos, privados, y algunos hasta con oficiales resguardando la seguridad de los propietarios.

—Teniente... —musitó titubeante, una vez que aparcó el auto frente a su residencia.

David lo miró con hastío.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó con fastidio.

Yos se relamió los labios reseco y tragó saliva, antes de responder:

—Quiero que me conozcas bien. Por eso te he estado insistiendo en que vengas a mi casa, porque quería confesarte mi secreto. Jamás fue mi intención engañarte, te lo juro por lo que más quieras. Solo permíteme hablarte de todo esto allá adentro...

—Venga. Vamos adentro y *hablemos* de todo esto...

Apretando la mandíbula, David lo siguió colina arriba, porque su residencia se hallaba en una loma pronunciada. Yos, quizás suponiendo que David no estaba de humor como para conocer a sus padres, le entregó las llaves de su casa y le dijo que podía esperarlo atrás. David le arrancó el llavero de la mano y exhaló cuando el anfitrión le pidió unos minutos para saludar a su familia, prometiéndole que no iba a tardarse mucho.

La propiedad era enorme. La casa de la servidumbre era dos veces más grande que la de sus padres allá en el norte del país. Le dio risa corroborar que sus padres eran unos jodidos muertos de hambre. Siempre viviendo de las malditas apariencias, descuidando lo verdaderamente importante: la familia.

El hogar de Yosef era un monoambiente bastante moderno, de pisos de caoba y paredes de cristal y roca. Tenía un aspecto de cabaña remodelada por hípsters. Todo era costoso y pulcro.

No podía creer que un riquillo como Yosef se empinase para comerse su verga en un lugar tan deprimente como lo eran las caballerizas con olor a mierda.

Observó una de las paredes de roca y se quedó mirando la chimenea y el televisor que estaba sobre esta. Luego miró los sillones blancos y se dejó caer de culo en uno de ellos, mirando las gruesas cortinas que estaban cubriendo las paredes de cristal.

Por un momento recordó a *Jaimer*, su viejo amigo del instituto Alpes. Por mucho que la casa de Yosef fuese sorprendente, la de Jaime era una mansión de millonarios excéntricos.

Lo último que había sabido de él era que se había ido a estudiar a Inglaterra. De los otros no tenía idea; ni siquiera de François, aunque a menudo lo recordaba con sus mejillas abultadas y su voz chillona.

La puerta se abrió y Yosef entró vistiendo un atuendo casual, pero femenino. Llevaba una playera rosa pastel y un pantalón ajustado; sobre los pies unas sandalias blancas que perturbaron a David cuando se dio cuenta de que tenían piedritas brillosas.

También cargaba a un perro pijo. Uno de esos lanudos y bobos. Era un perro pequeño de pelaje blanco y cola corta.

—Esta es Lila —le dijo Yos con una sonrisa enorme, acercándose para que viese mejor a su mascota. El can le movió la colita peluda y se sobresaltó cuando vio a David; ansiosa, intentaba saltarle encima—. Mira, parece que le gustas mucho —dijo.

David no estaba de humor.

—Llévate a esa bola de pelos y empieza a hablar de tu puñetero secreto —vociferó.

Yosef dejó de sonreír y le pidió que lo acompañase a la parte trasera de la casa. Allí se hallaba un pasillo con dos habitaciones; entonces dejó al can en una de ellas y luego osó en

cogerlo por la muñeca, invitándolo a que pasase a la que era su alcoba. Cuando David se negó, Yosef le dijo que era necesario para que lo entendiese bien.

Era una habitación grande con una cama *Queen* y, aunque estaba pintada de un color lila muy pálido, las paredes estaban tapizadas de afiches de la milicia. Incluso había una bandera del país encima del respaldo acolchado.

David observó el edredón y vio que era militar, tenía un estampado parecido al camuflaje del uniforme del colegio, pero en un tono rosa chillón.

Yosef sonrió cuando David se le quedó viendo con perplejidad; luego se atrevió a apretarle la mano y llevarlo hacia un rincón en el que se hallaba un área de trabajo; había un escritorio amplio y una máquina de coser. Sobre aquella pared estaba el lema del colegio bordado en tonos rosas y celestes. Lo había cosido él mismo y estaba orgulloso de su trabajo.

Ya no sabía si quería golpearlo. Estaba en la habitación de una chica; aunque no estaba seguro de si lo comprendía bien.

—Tengo fotos tuyas... —Volteó a mirarlo con un semblante impávido—. Tengo muchas... ¿Quieres verlas?

—No sé. —Y volvió a perder su vista entre todo ese *rosa-rudo*, sintiéndose confundido.

Yosef le soltó la mano y se apresuró hacia una puerta que estaba cerca de su lugar de trabajo. David lo vio entrar y salir sin demorarse. Este volvió con un álbum grueso y le pidió que se sentase junto a él en la cama.

Y, aunque David deseaba marcharse, le hizo caso y se sentó.

—¿Por qué tienes fotos mías? —le preguntó antes de que Yos abriese el álbum, mirándole un anillo que acababa de colocarse en el dedo medio; era una libélula de oro blanco.

—Porque... —Entonces se rio con nerviosismo y negó con la cabeza. David sintió cierta ternura y sonrió un poco—. Miremos el álbum, ¿te parece?

—Bien.

La primera fotografía era en la que aparecía portando la bandera en el Día de la Independencia. Se la habían tomado el año pasado y David portaba el uniforme de gala.

—Es mi favorita —le confesó Yosef con una risita tímida.

David sonrió. Luego observó otro par de ellas en las que aparecía en diversas competencias de natación.

—Esta fue en la de Puebla —le dijo señalando una en la que se había llevado el primer lugar. Luego lo miró con el ceño fruncido—. ¿Cómo las obtuviste?

—Contactos —dijo el otro.

Entonces le dio vuelta a la página y sonrió al ver aquella fotografía con la pequeña a la que había rescatado. Tenía una copia igual y se hallaba adherida a la puerta interna de su taquilla personal.

—Es mi favorita... —musitó al ver su rostro mugroso, sudado y exhausto—. No dormí en setenta y dos horas y estaba por rendirme cuando escuché a Guerra ladrar. Guerra la encontró y yo ya pensaba en irme. Solo quería dormir. —Se rio mirando los ojos oscuros del otro—. El orificio era muy pequeño y había un compañero que cabía mejor que yo. Pero la estructura estaba por colapsar y tuve miedo de que le cayese encima. Él tiene una madre que lo ama y algunos hermanos que en verdad lo ven como un héroe. Pensé que era más conveniente si entraba yo.

—Me sé la historia —comentó Yosef—. Todo el mundo habla de eso en el colegio. Me dijeron que le diste una roca...

—Sí —acotó, recordando el momento de tensión, mirando los ojos llorosos de la niña que

cargaba en brazos—; le di la roca y le dije que si me moría...

Miró a Yosef y no pudo continuar por mucho que el otro le viese con expectación. Era algo personal, demasiado íntimo como para revelárselo.

—Fuiste un héroe y de verdad lamento que la niña muriese a los pocos días.

David se quedó callado observando los brazos raspados de la niña. Su gesto de llanto y sus deditos cortados y sangrantes que le apretaban el cuello del uniforme.

—Te-tenía un pulmón perforado y... —tartamudeó sin dejar de verla—. Una hemorragia interna y...

—No murió entre los escombros, teniente —le dijo Yos—. La sacaste y ya estaba en Dios que perdiese la vida.

Nunca iba a superarlo. Había visto a Neza en la mirada de esa pequeña; tan frágil, tan expuesta. Haberla perdido en esa misión tan importante le resultaba como su mayor fracaso.

Cerró el álbum de una manera brusca. De pronto ya no se sentía orgulloso de ser quien era. Se quedó con la cabeza gacha y fue Yosef quien lo obligó a mirarle, acunándole el rostro y sonriéndole con alegría.

—¿Quieres conocer a Yuridia? —le inquirió en tono afable.

—¿Quién es Yuridia?

—Aguarda, iré por ella. No me tardo.

Yosef corrió hacia la misma puerta con el álbum entre sus manos. David se dejó caer de espaldas en el colchón, tratando de evadirse. A veces le gustaba pensar que la pequeña seguía con vida, que iba a la escuela y que era una niña que se convertiría en alguien importante una vez que creciese.

Le había dicho a su hijo que gracias a él, la niña estaba viva. Y era una mentira que, a veces, se obligaba a creer para no hundirse en su derrotismo.

Cerró los ojos un momento, recordando los alaridos de aquella mujer que lloraba sobre el pequeño féretro metálico. El día estaba lluvioso y, *por fortuna*, el entierro había caído en sábado.

Nadie lo había invitado, pero igual había asistido con su uniforme de gala y su corazón oprimido.

«*Vas a estar bien, te lo prometo*», le había dicho a la niña cuando esta se aferró a su cuello entre gritos de dolor.

Había recibido aplausos ante la hazaña; aplausos que no merecía. Había recibido una medalla de honor; medalla que había terminado sobre el féretro de la niña.

El padre de esta, con los ojos hinchados y rojos como el infierno, se había acercado a él con la intención de agradecerle. Ni siquiera su propio padre, Jorge, había mostrado tanta compasión.

Pero habían sido sus palabras las que le empujaron a continuar: «*Nunca te rindas. Nunca te detengas. Eres la esperanza de este país. Tú estás con el pueblo. Hiciste lo que estuvo en tus manos y fue mucho. Mi mujer y yo estamos agradecidos contigo*».

Entonces, cuando recordaba a la pequeña, sentía cierta paz. No había muerto sepultada entre toneladas de concreto; había muerto de un paro cardíaco a consecuencia de las heridas. Y había recibido cristiana sepultura.

No fue consciente del sopor que lo invadió, pero al final se quedó dormido y no soñó nada. Despertó muchas horas más tarde ante el estrepitoso sonido de la máquina de coser.

Abrió los ojos y miró a través de la única pared de cristal de esa habitación. Afuera ya estaba cayendo el sol y las luces exteriores se habían encendido, iluminando una piscina y un montón de arbustos preciosos.

Se incorporó y miró a la mujer que, de espaldas y sentada frente a su mesa de trabajo, cosía como una enajenada. Tenía una larga cabellera ondulada y negra que le caía hasta la cintura. Vestía un camisón de algodón en color verde oliva y llevaba pantuflas negras, cómodas.

Volvió a observar el sitio y se recordó que estaba con Yosef. También se recordó que era sábado y que quería ver a Ezequiel cuanto antes.

—Yosef...

La chica se viró para verlo y David se quedó petrificado al notar todo el maquillaje que llevaba encima.

—Yosef se ha marchado, cariño —le dijo con voz suave y una sonrisa amistosa—. Yo soy Yuridia, pero puedes decirme Yuri.

Mudo, David la vio acercarse a él con sus pestañas postizas y aquellos senos que sobresalían por encima del camisón. Dos bultos pequeños y una figura menuda y redondeada pronto se posicionó frente a él.

—Yos...

—No, te he dicho que Yosef se fue —le recordó—. Yo soy Yuri.

David le vio los labios gruesos, pintados de un rojo suave, casi naranja. Intentó reconocerlo y se quedó de piedra cuando aquella mujer extraña se inclinó un poco para besarle la boca con apremio.

Echó la cabeza hacia atrás, pero ella lo afianzó por la nuca para que no huyese. Y le besó con aquella lengua larga mientras osaba en sentársele a horcajadas.

Poco a poco le correspondió al reconocer a Yosef en ese beso apasionado. Le palpó la cintura y subió sus manos hasta aquellos *senos* diminutos. Yuri gimió encendida y se restregó contra su entrepierna.

David introdujo su mano derecha entre el camisón y buscó sus nalgas calientes con sus dedos confusos. No sabía qué esperaba sentir, pero aquel pene duro contra el suyo, le logró excitar un poco.

Pronto se puso de pie cargándola en brazos. Le besó con pasión y le apretó un seno, masajeando con torpeza y sin ganas.

—Nunca te vi la cara —le dijo esta entre jadeos cuando David la recostó sobre el colchón—. Solo soy una chica enamorada de un hombre genial...

La melena larga y artificial le produjo una sensación de asfixia. El sujetador con relleno, ese que le quitó a las carreras, tampoco le agradó.

Le pasó dos dedos por los labios pintados y arrastró el maquillaje por su mejilla izquierda. Luego le arrancó una de esas pestañas falsas, provocando una mueca de disgusto en el semblante de Yuri.

—Soy gay. —Se apartó al instante—. Soy gay y solo me gustan los hombres. No puedo estar contigo... Esto es falso para mí. Yo no entiendo nada de lo que eres; solo sé que me gustan los hombres y que eso no cambiará jamás.

—Todo este tiempo hemos estado *juntos*, David —le recordó con un ápice de tristeza.

—Te he dicho que pensé que eras gay y solo eso. —La miró con el ceño fruncido y negó con la cabeza mirándole el rostro maquillado mientras Yos intentaba arreglarse la peluca—. No sé qué putas eres, pero no me gusta nada.

—¿Eres transfóbico? —preguntó con un deje de dolor.

—¿Trans... qué?

Era una locura. Sí que conocía a las personas transgénero, pero no entendía cómo funcionaban. No sabía nada, pero al menos ya no deseaba partirle la cara. Solo marcharse.

Se incorporó sentándose al borde de la cama, dándole la espalda. No sabía qué era peor: si haberse acostado con una mujer biológica o con una que *pretendía* serlo.

—Yo te amo, David —confesó ella ante su silencio—. Estoy enamorada de ti.

—Mira lo que estás diciendo, Yosef... —murmuró llevándose las manos a la cabeza, sin atreverse a mirarla.

—David...

—¿Qué?

—Puedes intentarlo... Ya hemos *estado* juntos. Solo es cuestión de que abras tu mente y quites los prejuicios —dijo casi en súplica—; nada tiene por qué cambiar. Nadie tiene por qué enterarse de lo nuestro. Será nuestro secreto. En el colegio las cosas seguirán igual y, si así lo deseas, puedo evitarte para no levantar sospechas.

—No entiendo nada... —Se obligó a mirar a Yosef y arrugó la frente, alzando las cejas—. ¡Somos hombres, carajo! ¡Tienes verga así como yo! ¡¿Por qué haces esto?!

El otro comenzó a llorar cubriéndose el rostro con una mano. David se sintió mal por haberle gritado, por haberle dicho tal cosa. Volvió a observar otro punto de la habitación, iluminada entonces a media luz.

—No soy un hombre... —Le escuchó sollozar y asintió con la cabeza sin mirarla—. No vuelvas a decir que soy un hombre solo porque tengo pene... No lo entiendes... ¡No me entiendes! —chilló al punto de la histeria, rompiendo en llanto como una condenada.

Se quedó pensativo. Recordó la primera vez que Yosef se había acercado a él para pedirle unos consejos. Le había parecido un chico agradable porque todo el tiempo, desde ese momento, comenzó a buscarlo para obtener ayuda. Y David lo había acogido como su pupilo sin sospechar lo que el otro escondía.

—No debiste fijarte en mí. Yo no te convengo. Será mejor que te mantengas lejos de mí en el colegio, y también fuera.

—Pero...

—¡Es una maldita orden, cadete! —gritó.

—David...

Sin responderle, se apresuró hacia la puerta y, dedicándole una última mirada de repudio, se marchó.

Déjate llevar ya estaba a tope cuando David entró luego de pagar el cover y dejar encargada su mochila en una de las taquillas.

Por desgracia, no vio a Ezequiel en el escenario, puesto que el espectáculo se lo había perdido gracias a todas las tareas que Mercedes le había asignado en casa. Lo buscó con la mirada, pero había tanta gente que no logró divisarlo.

Se acercó a la barra y pidió una Coca-Cola sin alcohol. Se sentó sobre un taburete y siguió buscando al mesero desde allí.

De pronto lo vio en la pista, Ezequiel estaba bailando con un muchacho tan alto como él. David no los perdió de vista; sintió el impulso de acercarse y hablar con *Fire Boy*, pero supo controlarse. Incluso ni se inmutó cuando vio que se besaban.

No se consideraba un hombre celoso, pero tampoco le agradaba ver cómo estaban comiéndose las bocas. ¿No le había dicho que no era un *chico fácil*? Jodido mentiroso de mierda.

Mordiéndose la cara interna de las mejillas, los miró reírse y negó con la cabeza. Se frotó un ojo y volteó a ver al barman que atendía a unas personas. Observó las botellas que se hallaban en los estantes traseros y volvió a mirar a Ezequiel.

—¿Te sirvo otra cosa? —le preguntó el hombre al ver que había terminado el refresco.

—Dame algo fuerte —le pidió.

Habían pasado unas horas desde lo de Yosef y en verdad tenía ganas de arrancar ese extraño capítulo de su vida. No volvería a hablarle jamás. No quería conocer a *Yuridia* ni preguntarle por qué estaba en el ejército. No era un lugar para gente así. Pasaría un verdadero infierno si seguía con esa transición de hombre a mujer en el colegio. Quería advertirle que lo mejor era abandonar, pero estaba tan confundido que no deseaba pensar más en ello.

El barman le brindó una bebida de apariencia oscura y burbujeante. Ni siquiera se había fijado en lo que el hombre había mezclado en ese vaso de cristal. Despedía un aroma a gasolina y limón. Sintió algo de asco, pero igual le dio un profundo trago mientras volvía su vista hacia la pareja.

—¿Qué pasó con el *ambiente* el día de hoy? ¿Por qué esa música de abuelos? —le inquirió al barman cuando vio que Ezequiel se había vuelto a prender de los labios de aquel moreno.

—*Noche del recuerdo* —le dijo el viejo con una sonrisa nostálgica—. Vienen muchos porque quieren recordar los 90's. Tú pareces muy joven, ¿de qué año eres?

—Dos mil cinco —musitó antes de darle otro trago a esa mierda que le escocía la garganta.

En cuestión de minutos, sintió calor y un mareo relajante. Pidió otra de esas bebidas y, con vaso en mano, se dirigió al baño para lavarse la cara y mojarse el cabello. Se quedó viendo su reflejo durante algunos minutos. A veces tenía la sensación de no saber quién era realmente. Si estaba vivo o si había muerto y se hallaba flotando y reviviendo recuerdos en un limbo eterno, infinito.

—Es bueno ser *diferente* —se repitió lo que Karen le decía en cada sesión—. Mira al puto Yosef. Está peor que tú.

Se terminó la bebida y dio una arcada en el acto. Luego se acomodó el cabello húmedo con los dedos, se puso la gorra y salió rumbo a la barra. El viejo le sirvió otra de esas bebidas y la deslizó hacia él.

—Por tu labor a la patria, muchacho —le dijo con respeto—. Se necesitan unos huevos muy grandes para hacerle frente a esta pinche vida.

David se rio; luego alzó el vaso y dijo:

—Por México.

La música empezó a variar, éxitos de entre los 90's y principios del dos mil, amenizaron y encendieron a todos los presentes que tenían abarrotada la pista con sus cuerpos sudorosos y embriagados.

Recibió al menos quince invitaciones para ir a bailar, pero rechazó todas de una manera tajante. Para entonces llevaba cuatro de esas bebidas y el alcohol lo mantuvo en un estado de reposo y total tranquilidad.

—Llevas rato mirando a *Fire Boy* —le dijo el barman luego de soltar una risa nasal—. ¿Te gusta el muchacho?

—Sí... —aceptó sin dejar de ver a Ezequiel que, entonces, se hallaba sentado en una mesa frente a la pista, acompañado de un grupo de personas, incluyendo a ese al que besaba con tanta confianza—. Pero está con otro... Parece que se divierte y, pues...

—Ve y háblale —lo animó el hombre—. Si yo fuese él y tú me hablastes, ya estaría en el paraíso.

David se carcajeó, pero no acotó nada; en cambio, se dedicó a escuchar *La Macarena* y sonrió con nostalgia porque su hermana Mirna lo había obligado a aprenderse los ridículos pasos.

Miró al barman y esperó a que atendiese a un par de chicos; luego le contó:

—Cuando era niño, mi hermana estaba en clases de danza y yo fui su pareja durante mucho tiempo. La muy cabrona me hacía aprenderme coreografías completas, de todo lo que puedas imaginarte. Por culpa suya sé bailar cualquier género que me pongas. Todo. Desde regional norteno hasta flamenco.

—¿Te gusta bailar?

—Por supuesto.

—¿Y por qué no vas a bailar?

—¿Para qué?

—Para que *Fire Boy* te vea. —Esa sugerencia le llamó la atención. No era una idea mala —. ¿Por qué no te subes a la tarima y bailas una de esas coreografías que te enseñó tu hermana? El *Dj* es un gran amigo mío y puedo pedirle que toque una canción para ti. Seguro que *Fire Boy* te mira si lo haces...

No hizo falta que dijese más. Si bailando frente a todos atraería la atención de Ezequiel, entonces estaba dispuesto a hacerlo. Movido por el alcohol y alentado por ese desconocido, se sacó la playera blanca y se quedó con su pantalón camuflado y su gorro del ejército.

Luego de pedirle la canción con la que había ganado un concurso con su hermana, se fue rumbo a la tarima y sonrió al darse cuenta de que nadie lo veía, puesto que las luces estaban apagadas en esa área.

El *Dj* comenzó a tocar *Mambo no. 5* de *Lou Bega* y un reflector lo iluminó en el escenario.

Se sabía toda la coreografía. Incluso podía presumir que bailaba con soltura y no tenía vergüenza de desplazarse de izquierda a derecha; de mover hombros y caderas; de flexionar las rodillas; de jugar con su gorro militar y de escuchar el griterío de los espectadores que, ante aquel show, dejaron de bailar y se dedicaron a aplaudirle y a gritarle obscenidades.

David cerró los ojos y les dio la espalda, dejándose llevar. Entonces entendió el concepto del antro y sonrió para sí mismo.

La gente le aplaudió cuando se viró a verlos y él movió las caderas sin perder la concentración en sus pasos, recordando a Mirna gritarle que se *soltase*.

Escuchó a alguien gritarle que se desnudase y, de un movimiento rápido, se sacó el cinturón mientras meneaba los hombros y daba pasos de izquierda a derecha, cantando la canción a todo pulmón.

Por un momento observó a las personas y notó que no había un alma que no estuviese mirándolo. Y, si había algo que a David le gustaba, era llamar la atención.

Entonces se desabotonó el pantalón y escuchó más gritos. Se acarició los pectorales y deslizó sus dedos hasta el elástico del bóxer que ya sobresalía un poco por encima del pantalón. Luego lo bajó lo suficiente hasta que su vello púbico, castaño y recortado, provocó el júbilo entre los espectadores.

Estaba tan ensimismado en aquel protagonismo que incluso se olvidó de Ezequiel y de Yosef. Se olvidó de la medicación y de que debía portarse serio y autoritario todo el tiempo. Se olvidó de que había tomado litio y Valium esa misma mañana.

Se bajó un poco más el pantalón, esa vez, dando la espalda al público. Los gritos resonaron, pero la canción acabó rápido. Y el público pidió más.

David hizo una breve reverencia.

Ser *diferente* no parecía ser algo del *otro mundo*. Al menos no con tanto alcohol en su sistema.

Bajó de la tarima pegando un salto al público y siguió bailando junto a todas esas moscas que lo rodeaban y le preguntaban por su nombre. Sintió manos tocándole culo y pecho, pero se dejó hacer.

Besó a uno y a otro; luego los hizo besarse entre ellos y se rio fuerte cuando los chicos se *prendieron* en el acto.

Era la estrella de la noche. Eso se sentía bien. No obstante, cuando estaba por besarse con otro muchacho, unos brazos fuertes lo empujaron con furia hacia afuera de la pista. Era Ezequiel.

—¿Qué estás haciendo, Gonzalo? —le preguntó en voz alta.

David intentó besarlo, pero el muchacho lo esquivó en el acto.

—Quería que me vieras...

—¿Querías que te viera? ¿Por qué estás bebiendo? ¿No se supone que eres abstemio? ¿Qué sucede contigo esta noche?

Apenas y podía reconocer sus facciones, pero sí era él. Era su voz y tenía los hoyuelos, esos con los que soñaba cada noche.

—Estabas con otro y quería que me vieras... Lo besabas...

—¿Y por eso casi te desnudas frente a todos? ¿Sabes que estuvieron filmándote?

—No me importa. ¿Dónde está tu novio? —Y miró hacia todos lados, buscando al tipo que se lo había *robado* casi toda la noche.

Ezequiel se quedó callado durante unos minutos. Luego, sin que David se lo esperase, rompió la distancia y lo besó. No dudó en corresponderle; lo abrazó por la cintura y adentró su lengua en la garganta del otro sintiendo que también Ezequiel estaba urgido.

Sentir sus labios y el sabor de sus besos no se podía comparar con nada. Era sublime.

De pronto, olvidándose de que estaban en un lugar público, comenzó a desabotonarle el pantalón con la clara intención de darle una mamada. Pero Ezequiel lo apartó con brusquedad.

—¿Por qué actúas como un loco esta noche, Gonzalo?

—No estoy loco... —murmuró por lo bajo y caminó tambaleante hacia la barra para sentarse en el taburete.

—Lo hiciste muy bien, muchacho. —Escuchó la voz del barman cuando dejó caer la frente sobre la barra.

Todo le daba vueltas. Se sentía terrible. Apretó los párpados, pero el mareo fue mucho peor. Intentó ponerse de pie y se dio cuenta de que no podía hacerlo, así que volvió a sentarse, sintiéndose adormilado.

—Miguel, avísale a Ramiro que me salió una emergencia y que por eso me fui. —Luego escuchó la voz de Ezequiel.

Lo demás, lo que sucedió después, se borró de su memoria.

6.

El sonido de un claxon le reventó la cabeza cuando logró abrir los ojos. David observó a los alrededores y desconoció el sitio. ¿Dónde estaba?

Se miró la playera gris y vio que, bajo las sábanas que lo cubrían, solo llevaba puesto su bóxer. Rápido buscó sus cosas ignorando las voces que, desde otro punto de la casa, le llegaban con cierta distorsión.

Sobre un sillón individual que estaba adjunto al colchón que le sostenía, se hallaba su mochila, su gorro, su pantalón doblado y, en el suelo, estaban sus botas militares.

—¡Yosef! —gritó entre aturdido y nervioso—. ¡Yosef, ven aquí!

Las voces, esas que murmuraban, se callaron. Después se escucharon unos pasos y la puerta se abrió. Ezequiel se asomó con una sonrisa y David no entendió nada.

—¿Quién es Yosef? —le preguntó adentrándose resuelto.

El joven estaba con una camiseta blanca sin mangas y un pantalón de chándal en color negro.

—¿Qué sucedió anoche? —atinó en preguntar porque en verdad estaba muy confundido.

Ezequiel, que entonces se hallaba de pie junto a la puerta, cogió tres cajas de pastillas de una mesita que sostenía una lámpara antigua. Se las mostró a David y este reconoció su medicamento.

—¿Quién carajos mezcla drogas con alcohol? ¿Te das cuenta de que pudiste haber muerto de una sobredosis? ¿Sabías el peligro que corriste anoche?

Se veía molesto, pero lejos de enfadarle, a David le agradó que lo regañase.

—¿Por qué revisaste mis cosas? —preguntó sin ánimos de sonar agresivo—. Devuélveme mis pastillas.

—*Metilfenidato, Litio y Valium* —leyó en voz alta, mirando las cajas. Luego lo miró inquisitivamente.

—Pon las cajas dentro de mi mochila y no hagas preguntas —ordenó incómodo—. Y ve diciéndome por qué estoy aquí. —Volvió a observar la ordenada habitación sencilla de paredes blancas y piso de baldosas grises—. ¿Estoy en tu alcoba?

Ezequiel se relamió los labios y cerró los ojos en un gesto de contención. Parecía enojado por algo, pero David no recordaba haber hecho nada malo. Lo vio guardar las cajas dentro de su mochila y después se acercó y se sentó junto a él en la cama.

Nervioso, David lo miró de soslayo. El muchacho estaba con la vista clavada en la mochila.

—¿No recuerdas nada de lo que ocurrió anoche? —le preguntó sin mirarlo.

El otro hizo un poco de memoria. Recordaba haber estado charlando con alguien, pero no recordaba su rostro. También había bailado. Y después todo se había difuminado hasta la laguna mental.

—Lo estaba pasando bien y...

—Estabas drogado —interrumpió Ezequiel, todavía sin voltear a verlo—. Y casi me quitas mi empleo... —murmuró con un ápice de diversión.

David sonrió aliviado de ver que Eze no estaba tan molesto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te mueves mejor que yo y estás más bueno. Mi jefe quería contratarte. Anoche

me estuvo llamando para preguntarme quién eras y si no te interesaba trabajar con nosotros.

—No me lo creo...

Entonces, Ezequiel lo miró con una sonrisa resignada.

—Hasta ahí todo iba bien. Que tenías ganas de bailar y lo que quieras, pero después saltaste desde la tarima y dejaste que todos te metieran mano. Yo te saqué antes de que todo terminase en una orgía. Una muy fea.

Vergüenza. Sintió vergüenza de no recordar nada y de conocerse, de saber de todo lo que era capaz cuando no lograba controlarse. Ya había metido la pata muchas veces en el pasado, pero nunca bajo los influjos del alcohol. Eso era muy distinto porque había actuado sin control y sin razonar.

—Si no lo recuerdo, entonces no pasó —dijo para animarse, mirándose el temblor en los dedos de ambas manos. También sentía el labio inferior temblarle—. Además, yo no soy así. Nada cuenta. Nunca sucedió.

Ezequiel se rio y David volteó a verlo, perdiéndose en sus hoyuelos profundos.

—Sí que pasó, pero tampoco te azotes tanto. Por fortuna, no te desnudaste y no te montaste un número peor. No fue tan malo; bailaste muy bien. Lo que no me gustó es que hayas bebido sabiendo que tomas medicamentos *de receta*. Te pusiste muy mal. Te cargué hasta mi auto y nunca reaccionaste. Parecías un cadáver. Uno muy pesado.

—¿Me cargaste? —inquirió avergonzado mirándolo con la cabeza gacha.

—Claro. No tenemos carretillas para sacar a semejantes animales. —David sonrió—. ¿Cuánto mides?

—Un metro y ochenta y seis.

—Uff, eso explica el porqué de mi dolor de espalda —bromeó—. Por lo menos se me jodieron dos discos, eh.

David se rio.

—¿Cuánto mides tú?

—Un metro y setenta y ocho.

David le miró los labios y se acercó un poco para besarlo, pero Ezequiel lo esquivó echando hacia atrás su cabeza.

—Lávate la boca —le dijo con una sonrisa fingida—, estuviste echando las migas hasta las tres de la madrugada.

Ya no quiso preguntar por ese episodio. Ni siquiera quería escuchar algo acerca de *eso que nunca había sucedido*. Mejor preguntó por el baño y el muchacho le señaló una puerta dentro de la habitación. Le sugirió que tomase una ducha y le arrojó su mochila guiñándole un ojo.

—¿Vienes conmigo? —le preguntó David y, el otro, alzándole una ceja y sonriendo falsamente, negó con la cabeza. David entró al baño, pero rápido volvió a abrir la puerta para verlo de nuevo. Y Ezequiel seguía con la vista en la puerta—. ¿Seguro? —insistió.

—Seguro —confirmó sin dejar de sonreírle.

Cuando se halló bajo la cortina de agua fresca comenzó a sentirse ansioso; el corazón empezó a latirle con furia y el temblor de los dedos se convirtió en una ligera convulsión de hombros. Con su mano derecha se asió del hombro izquierdo dándose suaves palmaditas para relajarse.

Sintió venir un ataque de ansiedad y decidió ponerse en cuclillas hasta que el temor y la preocupación absurda pasase. Ya casi se había olvidado de esa horrible sensación de vulnerabilidad, de las ganas de llorar y del miedo que lograba paralizarlo.

Pensó un momento en Mauricio, en sus ojos azul cielo, mucho más claros que los suyos. Recordó su sonrisa y sus dientes blancos; la manera en la que lo abrazaba y le dejaba besos en la cara.

Se tragó el nudo en su garganta y reprimió un lamento, soltando un inaudible gruñido que resonó fortísimo en su interior, haciendo que todos sus órganos *vibrasen* en el acto.

Escuchó que llamaron a la puerta y no pudo responder, tampoco ponerse en pie. Ezequiel preguntaba si podía pasar porque se había olvidado de que en ese baño no había champú ni toallas para secarse.

David se sentó en el suelo y hundió la cabeza entre sus rodillas, abrazándose de las piernas con ambos brazos. Había comenzado a hiperventilar y, en ese momento, se odiaba a sí mismo por no poder controlar sus emociones.

La puerta se abrió y Ezequiel entró sin hacer demasiado ruido. Corrió la puerta de cristal de la ducha y, sin que David se lo esperase, entró con él y se acucilló para abrazarlo por la espalda.

—Es por la intoxicación, ahora pasa, ¿sí? —le prometió con voz suave.

—¿Cuándo? —logró articular, aún con el temblor de los labios.

—Pronto.

Pero *pronto* a veces era *nunca*.

—Estoy bien —murmuró cuando sintió las caricias de Ezequiel en sus brazos. Quería que lo soltase, que lo dejase solo porque su presencia lo hacía sentirse pequeño—. Déjame solo, ahora salgo...

—Estás temblando mucho —musitó para sí mismo abrazándole con más fuerza—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué tomas todas esas drogas? —David negó con la cabeza apretando los párpados—. ¿No me quieres decir? —le cuestionó con amabilidad; incluso le acarició la mejilla izquierda y la cabeza.

Nunca nadie lo había abrazado en medio de una crisis de ansiedad. Se sintió extraño y asustado, aunque no iba a admitirlo en voz alta.

» Está bien, no me lo digas si no quieres —concilió el otro dejándole un beso en la cabeza. David sintió sus ojos escocer y volvió a apretar los párpados—. Pero me quedaré aquí contigo hasta que *todo lo malo* se vaya, ¿de acuerdo? Voy a lavarte un poco, ¿okay?

Escuchó el chasquido de la botella de champú abriéndose y miró los vellos de sus piernas en lo que el otro se encargaba de lavarle nuca, cabeza y hombros con sus manos. Entonces ladeó la cabeza para ver sus dedos sobre su piel mojada.

Por encima de su hombro, lo volteó a ver. Ezequiel le mostró sus hoyuelos. Sus ojos se hacían pequeños cuando sonreía.

—Gracias —murmuró antes de volver a abrazarse. Luego volvió a hundir su cabeza entre sus rodillas.

—De nada, *soldadito*...

Minutos más tarde, cuando el episodio terminó, David se sintió incómodo porque Eze seguía masajeando sus hombros, depositando besos en estos. ¿Qué mierda era todo eso?

—Déjame solo —le pidió—, sal ahora.

—¿Ya se fue el *chamuco*? —le preguntó al oído dejándole un beso en el lóbulo. David se lo sacudió con un brusco movimiento de hombros y un chasquido de lengua. Ezequiel se rio por la reacción, luego susurró: Te me pones *derechito* y te vienes a la cocina a comer *cochinito*. ¿Te gusta comer *cochinito* o solo te gusta serlo?

David se rio.

» Eso, mira la ventana, ¿para qué la cara de culo si el día está bien pinche bonito? A pesar de tus pendejadas y las mías, hoy salió el sol.

—Tú no hiciste ninguna pendejada —respondió David casi en un murmullo.

—Que sí la hice... ¿Recuerdas al chavo con el que estaba bailando? ¿El que dijiste que estaba besando?

—Sí... —De ese tipo no se había olvidado.

—Pues era algo así como un novio. —David lo vio por encima de su hombro; quería corroborar que no estuviese bromeando, pero notó en el gesto serio de Ezequiel, que le decía la verdad—. Se puso como loco cuando lo dejé tirado por ir a sacarte de entre las *pirañas*. Y luego me vio besándote y..., bueno, adiós relación. —Se encogió de hombros y forzó una sonrisa—. No te sientas mal, las cosas no andaban bien entre nosotros.

Claro, no se había detenido a pensar en la posibilidad de que Ezequiel estuviese en una relación.

Lo vio salir del cuarto de baño y se puso de pie para terminar de bañarse, pensando y repasando. ¿Había dejado a su novio por él? David no lo creía *necesario*. Con una mamada se habría conformado, pero empezaba a reparar en que Eze se estaba tomando algunas molestias con él.

Una vez que se halló vestido con su uniforme; bien peinado y ya sin vergüenza, salió de la habitación y se quedó mirando el breve pasillo de piso de madera. Entonces se guio por las voces que volvían a escucharse desde la que era la cocina de aquel hogar.

Se paró en el umbral de la puerta y vio a Ezequiel calentando algo en la estufa. Y, sentada en el pequeño comedor, estaba una mujer de edad avanzada.

—Buen día —saludó.

La mujer alzó un poco la cabeza y David se percató de que era ciega. Ambos le sonrieron.

—Tía, él es Gonzalo, el amigo que te dije que se iba a quedar a dormir porque se pasó de copas —le presentó Ezequiel. Luego le guiñó un ojo y David sintió un atisbo de emoción ante el gesto; al menos su corazón se aceleró—. Siéntate, Gonzalo. Ya te sirvo.

—¿Cómo te sientes, *hijo*? —le cuestionó la señora mientras David se sentaba.

—Como un idiota, pero no vuelvo a beber en lo que me reste de vida.

—Así dicen todos —dijo la mujer entre risas.

Ezequiel le apretó el hombro a su tía y, mirándolo, soltó:

—No, que no volverá a beber en lo que le reste de vida, tía. Que yo me encargaré de que cumpla. —Y le alzó una ceja provocándole otro vuelco en el corazón.

—Ah, bueno, así me quedo más tranquila —repuso ella—. Deberás tener mucha paciencia con Ezequiel —le dijo—, a veces es muy mandón y regañón.

El muchacho entrecerró los ojos y le negó con la cabeza a David, como indicándole que su tía estaba exagerando. Luego le sirvió un plato de chilaquiles, frijoles refritos y huevos *estrellados* con tocino. Colocó un cesto de pan tostado con mermelada a un lado suyo y le sirvió un vaso de jugo de naranja.

—Aquí se vale repetir —le dijo, refiriéndose a la comida.

—Gracias.

—De nada, sargento. —Y lo saludó con un gesto militar.

—Soy teniente, no sargento.

—Uy, ¿teniente, eh? —preguntó en un tono divertido, mostrándose interesado. David le asintió con la cabeza—. O sea, eres más chingón, ¿no?

—Por supuesto —acotó luego de tragar el primer bocado.

—¿Y cuál es la diferencia en el colegio? ¿De qué privilegios gozas siendo teniente?

—Ezequiel, déjalo comer, cielo —lo reprendió su tía en tono cariñoso—. Déjalo que coma y luego charlan todo lo que quieras.

El almuerzo le sentó de maravilla. La charla fue amena. La mujer era algo callada, pero bastante amable y amorosa con su sobrino. Apenas y le preguntó, una vez que acabaron de comer, algo privado.

—Soy huérfano —respondió David cuando le cuestionó por sus padres. Ezequiel se puso serio, pero no acotó nada cuando su tía se lamentó por la pérdida de sus progenitores—. No se preocupe, señora —concilió—, ellos murieron hace muchos años. Cuando yo tenía trece, más o menos. Primero murió mi padre y luego mi madre.

—Igual que los míos —mencionó Ezequiel frunciendo los labios un poco, mirándole como si lo entendiera a la perfección—. Pero ¿tienes hermanos o eres hijo único como yo?

—Tengo hermanos. Tres. Pero ellos viven en el norte.

—¿Los visitas? —inquirió la mujer con una sonrisa cálida.

—Muy poco —aceptó—. No tengo mucho tiempo por el colegio. Las vacaciones de fin de año son por turno. El año pasado me tocó atender una emergencia; el deslave ese de una sierra. Pero este año, si no me necesita el ejército, tendré vacaciones.

—Visita a los tuyos, *hijo*. La familia es el tesoro más grande que tenemos. Y no somos eternos.

—A ver qué pasa... —murmuró incómodo ante la mirada casi escrutadora de Ezequiel.

Se ofreció a lavar los platos sucios en agradecimiento por la comida y el hospedaje; por las molestias. Eze le pidió que no se fuese, que lo esperase en lo que duchaba a su tía.

David husmeó en la nevera y en la sala de estar. Era una casa muy pequeña, de paredes coloridas y muebles modestos. Eran católicos porque había una que otra cruz por aquí y por allá, además de una imagen de la virgen de Guadalupe con su florero lleno de rosas frescas.

No se consideraba ateo, pero tampoco se creía que existía un ser supremo que controlaba todo lo que ocurría en el mundo. La idea era descabellada, como Mirna siempre estaba diciéndole. Quizás se había dejado influir por su hermana que, desde pequeña, se consideraba atea al no creer ni en su jodida sombra.

Miró el rostro moreno y pasivo de la famosa virgen mexicana y se preguntó por qué las personas se aferraban a una imagen.

Alguna vez había intentado hablar con Dios, pero este lo había ignorado como hacían todos. Hacía tantísimos años que no se reconciliaba con la idea de un todopoderoso.

—Ey... —Salió de su ensimismamiento y se viró para ver a Ezequiel con la camiseta mojada y un short que le llegaba a mitad de las rodillas—. ¿Vienes conmigo a la habitación?

Lo siguió mirándole el culo, puesto que iba tras él. Ezequiel se apuró en quitarse la camiseta y el short quedándose con un bóxer pequeño. Le dio la espalda y empezó a hurgar entre los cajones de su cómoda.

David se lo comió en la mirada. En su mente ya lo tenía *a cuatro* sobre el colchón. Dio un par de pasos sintiéndose absurdamente nervioso. Ezequiel se viró para verlo y David se relamió los labios al clavarle los ojos en el torso desnudo.

—No sé qué decirte —murmuró en tono suave. David lo miró a los ojos—. Ya sabes, por lo de tus padres... Lo único que sé es que yo, mejor que nadie, te entiendo. Éramos muy jóvenes cuando nos quedamos huérfanos, Gonzalo. Pero la vida siempre está dando oportunidades —agregó con un dejo de entusiasmo, amagando una sonrisa tenue—. Siempre estoy pensando en

que cada cosa y cada persona que se cruza en mi camino es por algo importante.

David se encogió de hombros y Ezequiel le sonrió.

» ¿O qué piensas tú? —le preguntó.

—Contigo semidesnudo yo solo pienso en una cosa.

El otro se rio, pero rápido se acercó un poco para besarlo. David se prendió de esos labios y lo asió por la cintura adhiriendo su cuerpo al del otro. No obstante, antes de que intentase otra cosa, Eze se apartó y se viró para extraer una playera limpia de la cómoda.

—¿A qué hora tienes que estar en el colegio? —preguntó.

—A las seis.

—Entonces tenemos un poco de tiempo.

Y no, él no se refería a echar un polvo de despedida, él hablaba de que le acompañase a la central de abastos *San Juan* para hacer las compras de la semana.

David aceptó con tal de seguir viéndolo, pero cada vez lo entendía menos. ¿Por qué lo besaba y luego lo trataba como a un amigo de toda la vida?

—¿Has probado el taco de tarántula? —le inquirió mientras caminaban por los puestos de comidas exóticas.

—Las he comido sin tortillas. Vivas.

El otro lo miró con los ojos bien abiertos y David sonrió porque ese gesto se le antojó muy tierno.

—¿Cómo así?

—A veces no hay más y él hambre es cabrona.

—¿Qué otros insectos has comido?

—Alacranes, gusanos, hormigas...

—¿Hormigas también?! —preguntó entre risas.

—Sí, claro. Tienen buen sabor. Bueno, luego de cuarenta y ocho horas sin comer, todo sabe bien.

Después de hacer algunas compras se sentaron a comer tacos al pastor en una de esas tantas fondas. Y, mientras Ezequiel atendía una llamada, disimuladamente, David extrajo sus pastillas y las tragó rápido, creyendo que el otro no se había percatado.

Las órdenes llegaron a la mesa en compañía de un par de refrescos y dos tipos de salsas picantes. Ezequiel comenzó a comer en cuanto el plato le fue servido. David se le quedó viendo y luego de que el otro lo atrapase de fisgón, le dio la primera mordida a su taco.

—¿Estás deprimido? —Se sorprendió ante la pregunta.

Karen y Ricardo lo habían diagnosticado con depresión, pero él aseguraba sentirse bien.

—No.

—¿Y para qué el Valium?

—¿Quién es María de la Luz? —le preguntó al ver el nombre tatuado bajo la mariposa de su cuello.

—Mi madre. —Sonrió forzadamente—. Así se llamaba y me tatué la mariposa en su honor porque a ella le gustaban mucho. Cada vez que veo una mariposa me acuerdo de ella —confesó—; siento como si fuese ella. ¿No te pasa así con tus padres?

—No.

—Bueno, será que yo soy algo sentimental. —Se rio—. Siempre estoy relacionando todo. Te va a parecer tonto, pero cuando veo la bandera en el *Zócalo*, me acuerdo de ti.

Le intentó sonreír, pero se quedó callado y optó por seguir comiendo, deseando que la medicación surtiese efecto lo más pronto posible.

Odiaba la sensación de eterno malestar cuando no estaba medicado. Se sentía como si no existiese, o como si estuviese dentro del cuerpo de un completo extraño. Ricardo le había dicho que ese efecto era a causa de la *desintoxicación*. Y David ya no se conocía a sí mismo.

Algunas veces se preguntaba cómo sería poder ser él; no tomar medicamentos, liberarse de ellos y de la opresión que sentía cada vez que se sentaba a hablar del pasado con su psiquiatra.

—Tengo esta sensación —dijo en voz baja, mirando su plato de comida, sintiendo la mirada atenta del otro—. Me siento perdido...

—¿Perdido? —Asintió con la cabeza, todavía sin dedicarle una mirada—. ¿En qué sentido?

—En todos los que puedas imaginarte.

—¿Sabes a qué se debe que te sientas así? ¿Crees que es por los medicamentos?

Lo miró un momento y luego desvió la vista hacia los otros puestos de comida. Era un tema incómodo y no entendía por qué se lo estaba contando a Ezequiel; quizás en el fondo le inspiraba confianza por el hecho de haberlo cuidado luego de su borrachera.

—Me tengo que ir —avisó, al tiempo en que se ponía de pie. Luego dejó un billete sobre la mesa y lo miró, sonriéndole—. Gracias por lo de anoche. Discúlpame con tu tía.

—Gonzalo...

Caminó unos pasos sin poder borrar de su cabeza la mirada de Ezequiel; luego sintió el impulso de volver y se detuvo en seco. Volteó y vio que lo observaba, y tuvo ganas de besarlo de nuevo, pero se obligó a marcharse.

Ese día se sintió triste cuando llegó al colegio. No se sentía con ánimos de nada, así que, luego de cambiarse el uniforme por un atuendo deportivo, salió a correr a una de las pistas.

Concentrándose solo en la solitaria carrera, el tiempo pasó rápido y pronto se halló exhausto, sentado en una de las líneas, con la respiración agitada y el pecho oprimido.

Y, aunque tenía ganas de estar solo, algunos de sus *seguidores* se le acercaron para saludarlo y hablarle de lo mucho que se habían divertido la noche del sábado en un prostíbulo de moda.

—Este pendejo se metió con una vieja que al final era hombre —le contó uno de ellos y David se rio al ver el rostro rojo del despistado.

—Estaba hasta la madre —dijo en su defensa.

—Hablando de fenómenos —murmuró uno señalando a Yosef con un movimiento de cabeza.

Yuridia estaba esperándolo. Se hallaba de pie junto a uno de los bebederos, cerca de un árbol.

—¡Acércate, *nena*! ¡¿Podemos ayudarte en algo?! —empezó con las burlas uno de ellos.

Incómodo, David vio que Yos se acercaba con una sonrisa tímida mientras los otros se reían por lo bajo.

—¿Qué hacen, chicos? —los saludó con alegría, mirando a David sin disimulo—. ¿Qué tal lo pasaron el fin de semana?

—Este marica me enferma en serio —vociferó un sargento de cuarto. David miró a Yos con ganas de pedirle que se marchase—. Me enfermas, ¿sabías? Me da asco verte. No entiendo por qué te permiten seguir aquí en el colegio.

—A lo mejor eres un puto reprimido, ¿te has puesto a pensarlo alguna vez? —respondió Yosef cruzándose de brazos.

El aludido hizo amago de abalanzarse sobre ella, pero David lo cogió por el brazo para detenerlo. Se ganó todas las miradas enseguida.

—Cadete, ¿no sé si eres consciente de que te estás dirigiendo a un superior? —le preguntó a Yos y este se le quedó viendo. David, todavía sujetando al otro, le exigió en tono severo—: ¡Híncate y discúlpate con Morales si no quieres ser arrestado!

El ambiente se tornó tenso en cuestión de segundos. Un coronel que pasaba por ahí se dio cuenta de que las cosas no andaban bien y se acercó para preguntarles lo que sucedía.

Morales se apuró en decirle que Yosef lo había tuteado y encima lo había llamado *puto reprimido*.

—¿Eso sucedió? —le cuestionó el superior a Yosef.

—Sí, señor, pero...

—Ven conmigo. —Y pronto lo sujetó con rudeza por uno de los brazos—. Te voy a enseñar a respetar a tus superiores, puto marica de mierda...

Los otros se rieron, pero a David no le causó gracia ver que se lo llevaban a empujones. Quiso detener al coronel y pedirle que dejase en paz a Yosef, pero al final se mordió la lengua y se quedó callado.

Más tarde supo que Yos estaba arrestado y que lo habían golpeado. Quería asegurarse de que estuviese bien, pero no tenía acceso a esa área tan restringida.

Se paseó cerca de ese edificio durante una hora, esperando a que alguien le hiciese pasar o le preguntase si todo iba bien. Pero eso nunca ocurrió, ya que pronto se hizo la hora de irse a dormir.

Bajo su sábana limpia, cerró los ojos y escuchó a dos compañeros que murmuraban:

—No creo que el putito vuelva a levantarle la voz a otro superior después de lo que le hicieron. Ahora mismo, debe tener el culo hecho mierda.

Y David contuvo el aliento, tratando de convencerse de que, allí dentro, unos pasaban por encima de otros; de que Yosef se lo había buscado...

7.

Dentro de las caballerizas, David volvió a encontrarse con Yosef. Era jueves, pero el ambiente se sentía distinto. David lo había citado, pero no para echar un polvo como acostumbraban hacer ese día de la semana. Necesitaba saber cómo se encontraba y también quería pedirle que desertase, aunque sabía que no era fácil, puesto que ya le pertenecía al gobierno.

La miró sentada en una paca de heno. No parecía afectada por lo que le había ocurrido el domingo; al menos no estaba golpeada del rostro ni lloraba. Yos sonreía como siempre.

David se recargó en la puerta del box y suspiró lleno de hastío cuando ella se puso de pie y corrió a abrazarlo. Se tensó porque aún no superaba la imagen del cadete vistiendo como una mujer.

—Qué bueno que me hablaste porque tenía muchas ganas de verte —le dijo al oído, sin despegarse de su cuerpo—. También quiero disculparme por lo del otro día. Nunca quise llamarte transfóbico y mucho menos hacerte sentir incómodo. Sé que no es fácil de entender lo que ocurre conmigo, pero sé que, con el tiempo, y después de que sepas todo lo que tengo en mente, estarás apoyándome.

David la apartó por los hombros y se le quedó viendo a esos labios rosas y suaves que tantas veces había besado. Ya no podía verla igual que antes; ya no le interesaba tocarla ni estar con ella.

—¿Qué te hizo el coronel? —le preguntó, ignorando las disculpas.

Yos sonrió sin ganas y negó con la cabeza, como si no hubiese pasado nada malo entre el superior y ella.

—Me pateó un poco..., pero no te preocupes, no ha sido tan malo como tú crees.

—¿Él te ha...? —No pudo completar la pregunta porque los ojos de Yos se aguaron antes de desviar la vista hacia otro lado.

—No fue nada *feo* —murmuró visiblemente avergonzada—. Solo quería enseñarme una lección y se fue creyendo que me había humillado. Pero no fue así...

—Voy a hablar con el general Iturbide para que te den de baja.

Yosef frunció el ceño mirándolo como si acabase de decir una barbaridad.

—¿Por qué harías algo como eso? ¿Tanto así me odias? ¿De verdad buscas que me expulsen del colegio?

—Es por tu seguridad. Cada vez estás *peor* y ellos ya se dieron cuenta. Y nadie te quiere aquí. Tú lo sabes. Este no es un sitio para personas como tú.

—¿Personas como yo? —cuestionó sin ocultar su molestia—. ¿Por qué mejor no me dices que te incomoda que yo esté aquí? ¿No decías que te gusta que te hablen con la verdad? ¿Por qué no me hablas con la verdad?

David exhaló.

—Solo intento protegerte, cabrón —espetó—. Porque no te pienses que voy a volver a detener a todo aquel que te ponga una mano encima. No puedo arriesgarme por ti. Esto es mi vida, Yosef. No sé por qué estás aquí, pero...

—Porque también es mi vida —interrumpió con ofuscación, enjugándose un par de lágrimas a las carreras—. ¿Crees que por ser transgénero no puedo ser militar? ¿Crees que no tengo los mismos derechos que tú o cualquier otro? Porque si es lo que piensas, entonces déjame

decirte que eres un pinche machista y un ignorante.

Apenas terminó con la frase, David le metió una bofetada con el dorso de la mano. Yosef se mordió el labio inferior luego de sollozar, llevándose la mano a la mejilla roja y caliente.

—Intento ayudarte, imbécil —reiteró conteniendo las ganas de seguir abofeteando aquel rostro lloroso—. Tienes que entender que nadie va a protegerte aquí. Ahora estás en segundo, pero ¿qué va a pasar cuando tengas que salir? ¿Te has preguntado si ellos van a respetarte allá en la sierra, en el bosque? —Y señaló hacia un extremo de las caballerizas—. ¿Tú crees que van a escucharte si los denuncias? —Lo apuntó directo en el pecho—. Para nosotros no existe la CNDH*, Yosef. Te irá peor y llegará el momento en que no vas a soportarlo.

—¿Me pides que me rinda? —inquirió con la voz dolida, mirándolo con el ceño fruncido—. ¿Qué ejemplo le voy a dar a la comunidad *trans* si lo hago?

—¿Tú crees que al ejército le importa la comunidad esa? ¡Esto es real! —gritó fúrico—. ¡Bájate de esa puñetera nube de arcoíris!

—¡No se trata de una nube, David! ¡Son mis derechos! —chilló histérica—. Tengo derechos, y uno de ellos es que me den un trato digno y que me respeten como mujer transgénero aquí en el colegio.

David la miró con ganas de volver a abofetearla, pero se limitó a negar con la cabeza.

—¿Qué piensas hacer?! ¡¿Vas a pedirles que te traten como a cualquier otra cadete?! ¡¿Quieres que te asignen a los dormitorios femeninos?! —Ella asintió con seguridad, desafiándolo con aquella mirada cargada de orgullo—. Pues déjame te digo una cosa, *linda*: eso no pasará nunca.

Cuando David, ofuscado, intentó marcharse, Yos lo haló por un brazo con fuerza y este se detuvo a mirarla con un semblante de enfado.

—Tú puedes ayudarme, David —le dijo—. Tú eres respetado por todos en este lugar. A ti sí van a escucharte. He visto cómo te saluda el general de brigada; se le nota el respeto que te tiene.

—¿Sabes por qué me respetan? Porque me ha costado sangre, sudor y muchísimo esfuerzo, el doble que a cualquiera de ustedes, ganarme ese respeto. Me respetan porque estudio durante horas para poder entender lo que para otros es sencillo; me respetan porque he pasado más de la mitad de mi vida en una piscina, practicando duro, porque sabía que no era bueno para otra cosa. Me respetan porque yo los respeto; porque cumplo con las órdenes y soy disciplinado. ¿Quieres respeto? Entonces gánatelo.

—Yo tengo todas las de perder —murmuró—. Yo solo soy una cadete más del montón.

—Y yo solo un teniente, Yosef —respondió con una sonrisa irónica—. Una cosa es que les exija un mejor uniforme para los torneos de natación, y otra muy distinta es que vaya y abogue por tus puñeteros derechos que no me importan. ¿Ya te olvidaste de que soy gay? —le inquirió—. Yo jamás fui a pedirle a algún hetero que abogue por mis derechos. Aquí cada uno se rasca con sus uñas porque así es la vida allá afuera.

—Pero nadie sabe que eres gay...

—Exacto —acotó—. Nadie lo sabe porque ser gay no es lo único que soy. Es mi vida afuera del colegio. Aquí dentro soy un militar más. Un soldado de mi patria. Hazme caso, mejor que lo dejes... Estás cavando tu propia tumba, *Yuridia*...

Aunque David se lo pidiese, no era sencillo dejar el ejército, al menos no podías salir por tu propia voluntad; tenía que suceder algo para lograr la expulsión, y ser expulsado se consideraba ser un desertor. Y no era bueno porque los altos mandos se encargaban de quemar el currículum de todo aquel que abandonaba, dejándolos aislados y, muchas veces, sin

oportunidades laborales decentes.

—No voy a desertar —aseguró Yos sin titubeos, con los ojos encendidos de orgullo—. No importa si no quieren que esté aquí. Yo no pienso moverme solo porque no me soportan. Entonces que se vayan ellos.

Harto ante la necesidad de la cadete, David decidió dejarla por su cuenta desde ese momento. Haría la vista gorda si la veía en problemas. Si no deseaba su ayuda, tampoco iba a otorgársela a la fuerza.

Yosef intentó detenerlo una vez más. Lo siguió unos metros y lo asió por el hombro para que voltease a mirar su semblante de decepción. David le dedicó una mirada impávida y luego volvió a pedirle:

—No vuelvas a buscarme o hablaré con Iturbide para que te saquen de aquí. Es una orden, Yosef.

La mañana del sábado, luego de haber desayunado en compañía de Pérez y otros militares de cuarto, David se despidió de ellos y se dirigió al área de recepción, lugar en el que le fue entregado su teléfono móvil y sus auriculares.

Lucía:

«Hijo, sé que hace mucho tiempo que no hablamos, pero me gustaría que charlemos. Quiero saber cómo te está yendo y si estás bien. Mauri te echa de menos, así como también lo hace papá y los otros. Responde mis llamadas, por favor».

Mirna:

«Necesito hablar contigo de algo serio. No siento que sea algo malo, digamos que solo es algo que pasó y que ya no estuvo en mis manos. Neza está bien, no te alarmes. Háblame cuando puedas. Te quiero».

Desconocido:

«Hola Gonzalo, espero que no te moleste que haya guardado tu número. Soy Ezequiel. Lo que pasa es que me quedé preocupado el otro día que te fuiste de la central de abastos. En serio, si te hice sentir incómodo, te pido disculpas. Espero verte en el café como cada sábado».

Eric:

«Enano, no sé si ya hablaste con Mirna, pero si no es así, solo quiero pedirte disculpas por lo sucedido. Estaba pedísimo y se me soltó la lengua. Quisiera poder regresar el tiempo y haberme ido antes de cagarla. Háblame pronto».

Leyó los mensajes y se extrañó por lo que sus hermanos le decían. Se sintió preocupado, pero aguardó hasta llegar a la cafetería para llamar a Mirna y de paso disculparse con Ezequiel por haberse ido de esa manera. Ya lo había meditado mucho con la almohada y se sentía avergonzado, pero deseaba poder explicarle la razón de su comportamiento errático de ese día.

Cuando llegó a la cafetería, sonrió al ver la sonrisa de Ezequiel. Se sintió bien de verlo otra vez; podría jurar que hasta se sintió renovado y listo para continuar con su plan de llevárselo a la cama, que, si bien le estaba costando más de la cuenta, también le tenía más motivado e intrigado.

—Hola *guapo* —le susurró para que los otros comensales no lo escucharan. David, que ya se hallaba sentado en la mesa de siempre, le alzó ambas cejas en modo de saludo—. ¿Qué vas a pedir el día de hoy? ¿Lo de siempre?

—Sabes bien lo que quiero, *Caperucita*... —Y le cogió por la muñeca, acariciando el dorso de su mano tibia—. Yo no vivo de *cafés* y pastelillos de coco. Yo quiero otra cosa.

El joven se rio por lo bajo, pero no se liberó del agarre de David.

—¿Qué te parece si te tomas un café, y después, cuando acabe mi turno, negociamos un

poco?

Le interesó la propuesta, así que se vio obligado a asentir con la cabeza y aguardar para ver de qué se trataba esa negociación. Ezequiel se marchó tras la barra del mostrador y David cogió su móvil para hacer una videollamada con su hermana.

—*¡¿Cómo estás, guapo?! ¡Tanto sin verte!*

—Estoy bien. —Le devolvió la sonrisa al verla tan emocionada—. ¿Cómo han estado ustedes? ¿Dónde está Neza?

—*Se está duchando porque hoy es noche de pijamas. Invitó a un compañero de la escuela y han armado un campamento en la sala. Déjame te muestro.*

Mirna salió de la habitación y caminó por el estrecho pasillo para enfocar la cámara en la sala de estar. Los niños habían construido una tienda de acampar con sábanas, cordones y pinzas para la ropa. El lugar era un desastre, pero a David le causó ternura porque él y Mirna habían hecho algo parecido cuando eran niños.

—Quedó perfecta —comentó—. ¿Dónde está el amigo de Neza?

La chica volvió a aparecer en la pantalla; entonces caminaba rumbo a su habitación de nueva cuenta.

—*En el cuarto de Neza.* —De pronto perdió la sonrisa mostrándose preocupada y muy pensativa—. *David, hay algo que tengo que decirte...*

—¿Qué?

—*Es acerca de Neza y...*

Su hermana se quedó callada cuando el pequeño entró corriendo al reconocer la voz de David. Pronto se acercó a Mirna y, casi arrebatándole el móvil, su rostro sonriente apareció en la pantalla del dispositivo de David.

—Negrito, ¿cómo estás? ¿Por qué traes el cabello tan largo?

—*Aunque no seas mi verdadero papá, yo te quiero igual.*

Aquella frase congeló a David en cuestión de segundos.

—¿Qué has dicho?

—*Que tío Eric me dijo que tú no eres mi papá; que eres mi tío.*

Se quedó paralizado unos segundos mirando los ojos azul oscuro del pequeño.

—Pásame a tu mamá, negrito —le pidió con la voz robótica mirando la nariz chata del niño al sentir que no podría volver a mirarlo a los ojos.

David escuchó a Mirna pedirle al pequeño que saliese de la habitación y que cerrase la puerta con cuidado. Luego, con el mismo semblante compasivo de siempre, esbozó una sonrisa triste.

—*Sé que habíamos quedado en que íbamos a decírselo juntos cuando considerásemos que Neza fuese lo suficientemente grande como para entenderlo, pero...*

—Ese era mi derecho, Mirna —interrumpió con la voz rota por el profundo dolor que sintió—. Eric no tenía por qué meter sus narices en esto.

La muchacha asintió con lentitud, dándole toda la razón.

—*Lo sé y te juro que en verdad lo cagué a palos, pero estaba algo ebrio y salió a relucir el tema de Ibrahim...* —explicó con cierto atropello—. *Esa noche, Eric y Alan vinieron a cenar y bebimos hasta la madrugada. Creíamos que Neza estaba dormido, pero él escuchó cuando Eric me preguntó si ya le había hablado de Ibra al niño. Luego Neza, que estaba ahí escondido escuchando, le preguntó quién era ese hombre. Y Eric le dijo: es tu papá, Neza. Pero, David, mira que...* —se interrumpió con una risa nerviosa, como si quisiese restarle hierro al asunto—. *Mira que Neza es más listo de lo que pensábamos. Mira que no lo ha tomado tan mal como*

creíamos que sería y...

David cortó el enlace. Mirna intentó dos veces seguidas y luego le envió un mensaje de texto pidiéndole que no lo tomase tan a pecho porque, lo que más importaba, era que el pequeño lo había entendido.

Cuando Neza comenzó a moverse en el vientre de Mirna, una tarde en la que David le acariciaba la pequeña barriga, ambos decidieron que Neza jamás sabría algo acerca de su padre. Mirna tenía miedo de que su hijo descubriese que su verdadero padre era un pederasta; no quería explicarle por qué su padre era un monstruo, por qué dañaba a niños inocentes.

David estuvo de acuerdo y, quizás por la inmadurez de ambos, tomaron la decisión de que Neza crecería creyendo que David era su padre.

Fue sencillo llevar a cabo el engaño porque Mirna estaba desconectada de sus padres. Neza apenas y los veía porque ella no olvidaría nunca que sus abuelos lo querían muerto. Guardaba el rencor en su alma y no deseaba que su hijo pasase más de dos horas con Jorge y Lucía, siempre estaba diciéndoselo a David.

Se habían convertido en padres a los quince y dieciocho años. Sin tener una mínima idea; con todos los temores y sin ningún tipo de consejo. Pero, incluso así, habían logrado formar a un niño feliz, amado.

—Eric... —pronunció en voz alta, con la mirada perdida en un extremo de la mesa, pensando en él y su rostro sonriente. En lo perfecto que era, en todo lo que le había *quitado*—. Siempre se trata de Eric —musitó tratando de no estallar en cólera.

Le había *robado* el amor de sus padres y nunca había podido ser la mitad de bueno de lo que él era. Se había quedado con su primer amor porque él era mejor, él no era *diferente*; Eric no se metía en problemas y siempre era perdonado por todos.

Se había marchado de casa para encontrar su propio *hogar*. El ejército era su familia, pero Neza siempre había sido su motor. Y, entonces, no contento con todo lo que le había arrebatado, Eric también se lo había *quitado*.

Ya no era su hijo. Lo había *perdido* para siempre. Mirna no entendía lo que significaba para él ser el padre de Neza. Era todo lo que tenía. Él le había hablado como un padre desde que el pequeño se formaba en el vientre de Mirna. Él la había llevado a cada cita y le había cumplido cada antojo.

—¿Estás bien? —La voz de Ezequiel lo sacó de sus pensamientos.

Lo miró como si no lo reconociese y luego observó la taza de café y el pastelillo de coco sobre la mesa. No habían pasado muchos minutos desde que su orden llegó, pero sí los suficientes como para enterarse de que su bebida se había enfriado.

—No lo sé... —aceptó entre confundido y molesto.

Ezequiel miró la hora en su reloj de pulsera, y después le avisó:

—Salgo en una hora y media. Si me esperas podemos hablar allá afuera. O podemos ir a mi casa para estar más cómodos. ¿Me esperarás?

Se limitó a asentir con la cabeza y se obligó a beberse el café solo por hacer algo y no pensar demasiado en lo que acababa de ocurrir.

Sin embargo, con el paso de los minutos lo invadió una especie de desazón y angustia. Se llenó de una tristeza irremediable que le hizo derramar una lágrima.

Y, como hacía años que no lloraba, se sorprendió al enterarse de que sí podía hacerlo. Rápido enjugó la gotita salada de su mejilla; la miró brillar en su dedo anular, y se la llevó a los labios para probar su propia amargura sintiendo la garganta apretada y el pecho oprimido.

Se quitó el gorro y se frotó el rostro con ambas manos tratando de recuperar la calma,

pensando en cómo sería su relación con Neza desde ese momento en adelante. Pensó en que no soportaría ser llamado *tío* por ese niño que era una de sus principales motivaciones. ¿Cómo podría manejar la situación sin sentirse miserable?

«*Aunque no seas mi verdadero papá, yo te quiero igual*». Repitió las palabras del pequeño solo para torturarse un poco más. Luego miró que Ezequiel atendía una mesa concurrida y se puso de pie. Dejó sobre la mesa un billete para cubrir lo del café, el pastelillo que no se comió y una propina por dejarlo tirado.

Vagó por las calles atestadas de personas sin mirar a nadie a los ojos, con la sonrisa de Neza en su memoria. Hacía tanto que no le daban esas ganas inmensas de llorar, de gritar de rabia y de destrozar todo cuanto se interpusiese en su camino.

Su teléfono vibró dentro del bolsillo frontal de su pantalón y lo extrajo rápido para ver de quién se trataba. Entonces lo apretó hasta escuchar crujir la carátula cuando vio que lo llamaba Eric.

—Maldito, hijo de la gran puta que te re parió... —murmuró sintiendo deseos de responder su llamado para decirle todo lo que sentía, pero cuando quiso hacerlo, los dedos le temblaron y la llamada finalizó.

La sala de espera estaba pintada de colores alegres. Tenía una pequeña biblioteca con cuentos y sillones en forma de enormes almohadas. Sobre una esquina colgaba un televisor y este sintonizaba dibujos animados para que los pacientes no se desesperasen en lo que les llegaba el turno.

David se hallaba sentado en una silla, lejos de un par de señoras que, de tanto verse en las sesiones de sus pequeños, ya se habían hecho amigas. Las dos compartían anécdotas de sus hijos, comparando *síntomas* y dándose consejos.

Él las miró de soslayo y recordó a su madre por unos minutos. Lucía solo lloraba y se mostraba enfadada cuando la citaban por alguna de sus travesuras. Ni siquiera lo había intentado con él; ella jamás se haría amiga de otra madre de algún chico con TDAH.

—¡Mira mamá, un soldado! —Escuchó la voz aguda de uno de los pacientes de Karen y volteó a ver al pequeño regalándole una sonrisa—. ¿Los soldados son buenos o son malos, mami?

—Son buenos, cariño —respondió la mujer un poco avergonzada cuando vio que David la observaba.

—¡Cuando sea grande quiero ser soldado! —chilló con entusiasmo y David le obsequió otra sonrisa.

La recepcionista hizo llamar a la otra mujer y ella entró a consulta con su hijo. David miró la pantalla unos minutos, recordando cuando tenía seis años y sus sábados eran de dibujos animados y cereales. Se recordó de cabeza sobre el sofá mirando la TV y pateando a Eric cuando este le hacía cosquillas en los pies descalzos. A su madre pidiéndole que se sentase bien y a Mirna embobada y masticando como cien mil veces cada bocado.

Desconocido:

«*Siendo sincero, la neta, sí me caló que te fueras de la cafe hace un rato. Creo que con eso me estás diciendo que no te moleste más. Es lo que supongo...*».

Leyó el mensaje de Ezequiel y se sintió mal por haberle dado una señal equivocada. Entonces decidió responderle:

«*Me interesas mucho. Tuve que salir por una emergencia. Te veo en el antro por la noche*».

Cuando fue su turno, luego de un par de horas, llamó a la puerta y escuchó la voz de

Karen pidiéndole que entrase. Los dos se sonrieron. Ella lo abrazó y David le correspondió el abrazo con cierta efusividad.

—Sabía que vendrías. Tú siempre vuelves, *mi caso difícil*.

—Deja de llamarme así porque vas a traumarme más y nunca podrás deshacerte de mí —bromeó cuando ella se apartó para sentarse junto a él en una de las sillas frente a su escritorio y no detrás de este como hacía con todos sus pacientes—. Además, me pasó una mierda con el imbécil de Eric y ahora solo quiero asesinarlo.

—¿Ahora qué hizo *el villano* de tu vida? —David puso mala cara y Karen soltó una risita divertida—. Anda, dime qué hizo Eric ahora.

Le negó con la cabeza y tragó el nudo en su garganta. Karen acercó su silla y le apretó un hombro con cariño.

—Le dijo a Neza que no soy su papá.

—¿Por qué se lo dijo?

—Porque es un hijo de puta que solo vive para arruinarme la vida. Y ahora yo debo comprenderlo y perdonarlo porque me viene con la puñetera excusa de que estaba borracho.

—¿Y sí estaba ebrio?

—¿Cómo mierdas voy a saberlo si vive en el culo del país?

—Bueno, ¿y cómo lo ha tomado tu hijo? ¿Se ha enfadado? ¿Te ha reprochado?

—No. Él dijo que, aunque no sea su padre, me quiere igual. Eso fue tan impersonal, ¿sabes? —Miró a la mujer con un deje de angustia—. Me veía tan raro..., me veía como si ya no me quisiese. Y si no me quiere por haberle mentido, te juro que lo entiendo y estaba preparado para este golpe, pero tenía que meterme el chingazo yo solo. No el puto Eric.

—¿Sientes que Eric se entrometió en algo que era sagrado para ti? —inquirió en tono sereno.

David la volteó a ver con hastío.

—Pareces novata, Karen —farfulló.

Ella se rio.

—Sabes que eres un rompecabezas muy difícil de armar. Siempre te lo estoy diciendo —dijo en su defensa sin perder la sonrisa—. Como algo puede no importarte, otra cosa se convierte en el fin del mundo, David. Eres impredecible.

—Solo dime lo que tengo que hacer con todo esto.

—¿Qué quieres hacer tú?

—Lo que me digas que haga.

Ella le sonrió de nueva cuenta. David la miró con expectación.

—Lo más importante es tu relación con Neza. Mirna y tú lo tuvieron engañado y él ya tiene edad para comprender las cosas. Estuvo mal lo que hicieron, pero entiendo sus motivos. Deja que tu hermana se encargue de explicarle sus razones, y tú encárgate de decirle que, aunque solo seas su tío, para él seguirás siendo su papá. Dile lo mucho que lo amas y, por el amor de Dios, ve a visitarlo en Navidad.

Le asintió enérgicamente. Ella continuó:

» Es tu hijo y te necesita mucho. Nada te cuesta una escapadita en vacaciones. ¿Recuerdas lo que me has dicho de Jorge, de cómo te hacía sentir su ausencia? ¿Quieres que te diga la verdad? Estás repitiendo el mismo patrón que tu padre. Tienes abandonado a Neza, David.

—No es lo mismo. No vivimos en la misma casa, ni siquiera en el mismo estado. Yo lo llamo cada vez que puedo y nunca me olvido de decirle que lo amo. Y eso es más de lo que Jorge

hizo por mí.

Karen asintió dándole la razón.

—¿Qué piensas hacer cuando estés en servicio y te manden, quizás, más lejos?

—Voy a hablar con el general para que me envíe al norte. Así estaré más cerca de Neza y podré verlo algunos días a la semana.

—Parece que lo tienes todo planeado ya —comentó con su eterna sonrisa de *mejor amiga*—. Pero recuerda que estás en el ejército y todo es impredecible. Siempre estás diciéndome que nadie se preocupa por ustedes. ¿Crees que vayan a tomar en cuenta tu petición de enviarte al norte cuando estés en servicio?

—Me lo deben —dijo convincente, aunque sabía que Karen tenía razón—. He representado a todos los militares y a todo el país. Yo siempre gano, Karen —le advirtió con una sonrisa de medio lado.

Algo tenía aquella mujer. Hablar con ella le generaba sosiego y le inyectaba calma y suma tranquilidad. Karen era su ideal de madre, esa que, con tan solo una sonrisa, un apretón de hombro o un abrazo, te hace sentir que las cosas se pondrán mejor.

Cuando la sesión llegó a su fin, David le plantó un beso en los labios a Karen y esta le abofeteó entre carcajadas nerviosas.

—Ya te he dicho que no hagas eso, carajo —masculló con la cara roja metiéndole un empujón y sonriendo.

—Es tu pago por escuchar mi mierda.

—Mejor págame en efectivo —le devolvió ella en reprimenda.

—Sabes que te gusto. No lo niegues. —Sonrió al ver los ojos abiertos de Karen—. ¿Crees que no me daba cuenta de cómo me veías en el Alpes?

—¡Tú estás loco! —Y lo apuntó con su dedo índice, entre enfadada y divertida—. ¿Cómo vienes a decir eso si eras solo un niño? ¡Ya lárgate antes de que te agarre a escobazos! Tú eres la razón por la cual, siendo psicóloga, recurro a un colega para tomar psicoterapia.

David se rio fuerte y ella negó con la cabeza haciéndole una señal para que se marchase. Entonces caminó hacia la puerta, pero antes de abandonar el consultorio, perdió la sonrisa y volteó a verla. Ella lo veía, aún con el gesto risueño.

—Gracias Karen —musitó apretando los labios un poco.

—¿Por qué me das las gracias?

—Tú eres la única que piensa que valgo la pena. Tú no me abandonaste como lo hicieron todos.

Y, antes de que ella respondiese algo, decidió marcharse a casa de Mercedes.

8.

Sin una prenda que cubriese aquella hermosa anatomía de tonalidad tostada y de apariencia casi demoníaca, lo tenía a horcajadas, empalándose con hambre y sed. Gemía sin ser tan ruidoso como había imaginado; sus gemidos eran jadeos como arrullos de placer y cansancio.

Igual le excitaban.

Sus piernas torneadas, a consecuencia de la danza, fuertes como un par de robles, contraían cada uno de sus músculos cada vez que, con brío desalmado, le saltaba encima.

Estar allí dentro era conocer la verdadera locura. Ezequiel estaba apretadísimo y caliente. Había demorado en que su cuerpo se amoldase a su sexo urgido de *cariño*, pero finalmente lo tenía a su merced.

—*Voy a venirme ya, Gonzalo* —gimoteó mientras se masturbaba apuntándole al vientre, al pecho.

—*Quiero que grites cuando lo hagas.* —¿En verdad le había exigido tal cosa? Definitivamente, ese no era él—. *Grita mi nombre cuando te vengas. Di que eres mío y de ningún otro. Dilo fuerte...*

Y había ocurrido...

Ezequiel se había derramado sobre su pecho, contorneando la espalda y abriendo la boca para gruñir y luego sonreír con aires de derrota y alegría.

—*Eres hermoso* —le dijo David mientras que, con sus dedos, hacía círculos con el semen tibio que entonces encharcaba su pecho sin afeitar.

—*No, tú eres hermoso, Gonzalo* —le devolvió antes de acercarse para besarle la boca con apremio.

Apartándolo por los hombros, le miró el semblante sudado y sintió cosas extrañas por todo su cuerpo. Aleteos, estallidos, bruma, serenidad y felicidad.

—*Te quiero* —le dijo porque fue lo primero que sintió, lo que sospechó que sentía.

—*Y yo a ti. Y, ¿sabes una cosa?*

—*¿Qué?*

—*Presta atención porque estoy bailando, puto enfermo de mierda.*

Volvió a la realidad solo para enterarse de que, en ningún momento, había apartado sus ojos de aquel abdomen ligeramente marcado y de aquella recortada mata de vellos que se asomaba por encima de su calzoncillo diminuto.

Se lo había imaginado todo, otra vez. Justo como había ocurrido en la habitación de Ezequiel cuando este intentó reconfortarlo por la *pérdida* de sus padres.

Los aplausos resonaron cuando el joven, caminando como un felino a punto de saltarle a una presa fácil, se acercó al final del escenario y se arrodilló con los brazos alzados al cielo, dejándose hacer por los clientes que, una vez más, como si fuesen una jauría de lobos, ya le dejaban jugosas propinas entre el elástico de la ropa interior y, los más osados, le toqueteaban el grueso bulto bajo la tela de spandex.

Cuando las luces que lo iluminaban se apagaron, mordiéndose el labio y silbando como otro vulgarcillo del antro, David se halló aplaudiendo de la euforia.

Lo siguió con la mirada, aunque pudo verlo con mayor claridad cuando Ezequiel se halló caminando frente a la única barra del sitio, semidesnudo y con sus prendas entre las manos, hechas una bola para evitar perder alguna en el camino.

Estaba sonriendo cuando divisó a un tipo tan alto como él, uno que, como depredador, sujetó por la muñeca a Ezequiel provocando que este se frenase de golpe, casi rebotando contra el pecho del otro.

Le pareció familiar, pero como la iluminación no era perfecta, no podía distinguir sus rasgos faciales. No obstante, se puso de pie y se quedó atento a lo que ocurría a escasos diez metros de él. Ezequiel lo empujó y el muchacho retrocedió ante la fuerza del mesero que, entonces, veía a su compañero con el entrecejo fruncido y con mirada amenazante.

Discutieron un poco, Eze intentó volverse a la puerta para empleados y el otro, quizás borracho, lo siguió con ánimos de continuar peleando, reclamando.

David, sin darse cuenta, ya estaba a pasos de ellos cuando un guardia de seguridad cogió por el hombro al pendejo que estaba molestando a su *conquista*.

—Es imbécil —le escupió Ezequiel con un deje de vergüenza y otro más de enojo—. Es imbécil y no entiende que ya no quiero nada con él.

—¿Quieres que le parta su madre?

Eze se rio mostrándose más animado.

—No, Gonzalo. Solo... —Miró a los alrededores y, como si no confiase en dejarlo solo, lo sujetó por la muñeca, y le dijo—: Ven conmigo y nos vamos a otro lugar.

Al final pudo ver lo que había tras la puerta de empleados: cachivaches, mobiliario roto, cajas con botellas de licor y cervezas; un pasillo corto y amplio que conducía a lo más parecido a un camerino pequeño que, con intenciones de brindar privacidad, contaba con una cortina mugrosa y raída como puerta.

David observó el sitio. Con una sola mirada se grabó lo que había en dicho lugar: un peinador con espejo sarroso, una silla frente a este y un perchero contiguo a un sillón sin reposabrazos.

Las paredes, de un amarillo pálido, tenían manchas de moho y recortes percutidos por el paso del tiempo.

Ezequiel se apresuró en vestirse en silencio, a las carreras, sin mirarlo. Y fue la primera vez que David sintió que ese muchacho merecía algo mejor.

—Este sitio es...

—Ni lo digas —lo cortó con una risa nerviosa, mirándole mientras se ataba los cordones de sus tenis. Ya se había colocado el vaquero desgastado pero seguía con el pecho desnudo—. Es un *por mientras*, ¿okay? En lo que junto plata para estudiar medicina y dedicarme a lo que quiero.

Se quedó callado y se dedicó a seguir encontrándole manchas a pisos y paredes. Parecía el escenario de una novela barata de crimen. ¿Qué hacía un chico tan bello como Eze en un sitio para morir?

—¿Qué quieres estudiar? —le preguntó cuando lo vio de pie colocándose una playera azul marino.

—Quiero ser pediatra. Esta es la tercera vez que te lo digo.

—De habérmelo dicho, no lo habría olvidado —respondió sin dejar de observar el lugar que, en ese momento, reparó en que no tenía baño.

Le escuchó soltar una risa nasal y lo volteó a ver solo para hallarlo vestido y *entero*. No parecía haber bebido ni una gota de alcohol.

—¿Nos vamos o deseas quedarte? —le preguntó antes de coger su mochila y ponérsela al hombro.

—No quiero estar aquí.

Eze sonrió.

—Eso pensé.

Salieron rumbo al estacionamiento, y mientras David observaba las calles transitadas de la zona rosa, Ezequiel le cogió por la mano y entrelazó sus dedos con los suyos. David miró el agarre y, nervioso, apretó su mano dos veces. Fue un impulso, algo sin pretensiones ni dobles sentidos, solo quiso corresponderle y de paso disculparse por haberlo dejado en la cafetería.

—Cómo se nota que está cerca el otoño, ¿verdad? —le preguntó. Las noches estaban más frescas y de ahí venía ese comentario tan fuera de lugar—. ¿Sabes? Ayer fue mi cumpleaños...

David lo miró con cierta impresión. Ezequiel se rio.

—Veintiuno, ¿verdad?

—Así es. Y bien vividos —aseguró soltándole la mano para procurarse un cigarrillo.

No estaba acostumbrado al humo del tabaco. No le desagradaba, pero tampoco era su favorito, y siempre le calaba en los ojos y se le metía en la garganta.

—*Happy birthday...* —murmuró mirándole darle una calada al cigarro—. *Happy birthday to you...* —canturreó por lo bajo, casi sin gesticular. Ezequiel soltó una carcajada y eso lo alentó a seguir, esa vez, en español—: *Despierta, Ezequiel, despierta, mira que ya amaneció, ya los pajarillos cantan, la luna ya se metió...*

—*Estas son las mañanitas que cantaba el rey David* —cantó el otro; luego alzó las cejas y comentó—: Oye, también te llamas David...

—Pues es mi primer nombre. Solo tú me dices Gonzalo.

—¿Y cuál te gusta más?

David se le quedó viendo. No lo pensó demasiado porque esos hoyuelos alentaban su impulsividad.

—El nombre es lo de menos, es quien lo pronuncia quien me quita el sueño.

El otro asintió con su sonrisa nerviosa y miró hacia enfrente. David le cogió la mano sintiendo el corazón apurado, pidiéndole que lo soltase rápido. Pero igual ni lo escuchó. En parte porque quería tocarlo y en parte porque parecía que el mesero *aflojaba* con los cariñitos; al menos se reía mucho.

—Entonces... —Volteó a verlo—. ¿David o Gonzalo?

—Gonzalo. Para no perder la costumbre.

El muchacho le apretó la mano un par de veces devolviéndole el gesto que, minutos atrás, David había tenido con él.

—Ahí está mi auto. —Señaló el viejo Chevrolet 2019.

En silencio, ambos se metieron al coche y se ajustaron cinturones. Eze arrancó el motor y el estéreo se encendió con una extraña canción instrumental a un volumen bastante alto. El propietario se encargó de bajar el volumen para decirle:

—Mi tía se duerme temprano, así que no hagas tanto ruido cuando entremos, ¿de acuerdo?

Y aquella fue la señal...

Por si le quedaban dudas, Ezequiel se lo estaba *raptando* para coger. Al menos, esa noche, no se iría con las manos vacías a casa de Mercedes.

Se mantuvieron en silencio durante largos minutos. David se recordó no decir tonterías porque tenía miedo de que Ezequiel se echase para atrás y que ahí quedase todo su esfuerzo. Lo miró de soslayo y le encantó ver los músculos de sus piernas bien remarcados. Se relamió los labios al verle la entrepierna, y luego le miró el perfil.

—¿Festejaste por tu cumpleaños? —preguntó para romper el silencio.

—Un pastel de mandarina y una botella de vino. Quería invitarte ahí en la cafetería, pero te fuiste...

—Tuve un día de mierda —confesó sin ánimos de continuar con esa charla.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó brindándole un ligero apretón en el muslo izquierdo.

—No.

Lo que sí deseaba, era explicarle por qué se había marchado de la central de abastos aquel día que lo dejó tirado.

Le miró el perfil una vez más, y desvió la vista para clavarla en la ventana de su lado. Qué difícil se le hacía hablar de algo tan sencillo.

—¿Estás bien? —Oyó que el otro le preguntó—. Podemos ir a otro lugar si no te sientes cómodo.

—Tengo TDAH —se lo dijo casi en un murmullo, así sin mirarlo. Sintió vergüenza y se mordió la cara interna de las mejillas.

—¿TDAH?

—Sí.

—¿Y eso con qué se come?

Por mucho que Ezequiel intentase bromear para restarle peso al asunto, a David no le hacía gracia el tema.

—Es un trastorno —le dijo, aún con la mirada en la ventana.

—Bueno, a mí ya me ha quedado claro que tú no estás bien del *coco* —bromeó.

David lo volteó a ver sin saber cómo tomar ese comentario, y quizás Ezequiel notó su sentir, puesto que rápido perdió la mirada risueña.

» Estoy bromeando —se apuró en decir y le brindó otro apretón en el muslo—. Sé lo que es eso. Son esos niños inquietos que no se concentran, ¿verdad?

Mirando hacia la calle, le asintió con la cabeza. Si se lo pensaba un poco, ese era un concepto más amable, menos agresivo: decir que eran niños traviesos y no unos inadaptados.

» ¿Por eso el cóctel de drogas ese que te recetas a diario?

—Yo no quiero tomarlas, pero si quiero seguir en el ejército, estoy obligado —respondió enseguida, con el cuerpo tenso.

—¿Puedo saber qué son?

—Un estimulante, un antidepresivo y Litio para controlar mis arranques. A veces tengo demasiada energía y me sobrepasa hasta el punto de hacer cosas inapropiadas para los otros.

—¿Cosas como cuáles?

—No pensar antes de actuar. No ser consciente de que estoy poniendo en peligro la vida de otros y la mía. Pelear...

—¿Peleas mucho?

—No como antes.

Ezequiel se aparcó frente a una farmacia y David vio el local, agachando la cabeza. Antes de que el otro se bajase, le preguntó si se le ofrecía algo, pero se negó. Por un momento tuvo la descabellada idea de que compraría Litio para él, pero cuando Eze volvió, extrajo un paquete de condones de una bolsa de papel y se los lanzó en las piernas mientras volvía a ocupar su sitio.

—¿Por qué me miras con cara de asustado? —le inquirió entre risas, ante la mirada confusa de David—. ¿No era lo que querías?

Él ya no recordaba la última vez que se había protegido. Probablemente había sido con Marcos, porque el hombre tenía la costumbre de cargar con preservativos a donde quiera que iba.

» ¿Eres activo? —volvió a hablarle mientras él observaba la caja.

—Sí y no.

—¿Versátil entonces?

—Sí y no —repitió, provocando las risas en Ezequiel.

—No comprendo.

—Soy versátil en casos de fuerza mayor —respondió pensando en Marcos, que era con quien ejercía el rol de pasivo algunas veces.

El joven lo miró con el entrecejo fruncido, pero con un gesto gracioso. Y David le sonrió.

—¿Cómo así? ¿Lanzas una moneda al aire o cómo lo decides?

—Nunca lo decido yo.

Ezequiel dejó de sonreír y volvió su vista a la calle antes de arrancar el motor. David quiso saber en qué pensaba, puesto que no volvió a musitar palabra y parecía absorto en sus pensamientos. Entonces, para llamar su atención, le devolvió el apretón en el muslo derecho.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—¿De qué?

—Te has puesto serio de la nada.

—Me quedé pensando un poco en tu vida castrense, es todo.

—¿Qué hay con mi vida castrense?

—¿No son muchos sacrificios, guapo? —le inquirió mirándole con un amago de sonrisa.

—No si hay pasión. Sin pasión todo es un sacrificio, hasta el acto de respirar y comenzar el día.

Era pasada la medianoche cuando llegaron a la casa de Imelda, la tía de Ezequiel. Era un vecindario de clase media baja, pero no tenía pinta de que ibas a perder los neumáticos en lo que echabas un polvo dentro del católico hogar.

David se le quedó viendo a un árbol grande que cubría la mitad de la fachada y luego le miró el culo al otro, mientras este luchaba por abrir la puerta sin hacer tanto ruido.

Entraron a la casa en tinieblas y se dirigieron a la habitación de Ezequiel casi en puntillas. El anfitrión encendió la luz y le ofreció algo de beber, David se negó y el otro le dijo que él se moría de sed, así que se fue rumbo a la cocina dejándolo ahí sentado en el borde de la cama, leyendo la caja de condones como si fuese su primera vez.

Dejando la caja a un lado, se puso de pie y se quitó la chaqueta camuflada porque, si bien afuera estaba empezando a bajar la temperatura, adentro hacía calor. La dejó sobre el sillón contiguo a la cama y ahí mismo depositó su gorro.

Ezequiel entró cuando David estaba doblando su playera blanca con dedicación. Lo vio recargarse en la puerta cerrada y se sacó el cinturón tomándose todo su tiempo para enrollarlo a la perfección antes de depositarlo encima de las prendas.

Luego se sentó en el borde del colchón y se apresuró en desatarse las botas. No entendía por qué le causaba nervios que Ezequiel tuviese sus ojos marrones sobre cada uno de sus movimientos, pero no se amilanó ante sus emociones. Ya le había dicho que tenía TDAH y el otro parecía haberlo pasado por alto. Que no le importase ya decía mucho de él, y eso lo motivó a quitarse las ligas de los tobillos para deshacerse del entubado de su uniforme. El pantalón cayó luego de que lo desabrochase, mirándole con atención.

—Dios... —murmuró el otro con los ojos en su entrepierna, donde la erección ya era más que evidente a través del bóxer gris claro.

Sonriendo, se sacó los calcetines y se tumbó a lo ancho de la cama echando ambos brazos hacia atrás para acodarse y mirarlo entre sus rodillas flexionadas y separadas.

Ezequiel se acercó mientras se deshacía de aquella playera azul marino; acto seguido, se acomodó sobre él y buscó sus labios con un beso lento y fresco debido al agua de sandía que había bebido en la cocina.

David hundió sus dedos entre la nuca y la axila izquierda del otro; levantó la pelvis para crear una fricción entre su bulto y el de Eze. Lo escuchó jadear ahogadamente dentro de su boca y entonces deslizó sus dedos a lo largo de su espalda, inmiscuyendo las yemas por debajo del ajustado vaquero.

—Quítatelo —le susurró—. Quítate todo...

El joven pegó un brinco a un lado de la cama y luchó unos segundos para arrancarse el vaquero y el bóxer con la misma velocidad de quien tiene el tiempo contado. Luego se puso de pie mostrándole las nalgas cuando corrió para apagar la luz y apurarse en accionar un botón azul neón que David no había visto nunca. Era una de esas luces modernas con figuras extrañas; una enredadera de hojas brillantes que cambiaban de color cada cinco minutos, y que se hallaba sobre el respaldo de la cama, iluminó de una manera casi mágica la escena.

Él ya se hallaba acostado y desnudo cuando, arrugando la frente para ver el espectáculo sobre su cabeza, se quedó mirando con una sonrisa.

Sin embargo, pronto perdió la concentración en las luces porque Ezequiel se le sentó a horcajadas, justo como lo hacía en sus pensamientos. O cuando soñaba despierto.

Levantó la cadera y se mordió el labio inferior cuando vio que Eze, con gesto concentrado, comenzó a acariciarle el pecho. Tenía manos suaves y una cintura casi tan cerrada como la suya.

Entonces cerró los ojos cuando este se inclinó para besarle el pequeño hueco que se le formaba entre las clavículas. Intentaba contenerse, no arrojarse al placer como un loco, porque Ezequiel se estaba tomando su tiempo y también él deseaba disfrutar cada segundo. Después de todo, no podría verlo hasta el siguiente sábado.

—¿No vas a tocarme? —le preguntó casi en modo de queja.

Allá él si luego no aguantaba. Que no se quejara después porque era él quien le estaba dando luz verde, pase libre, incluso a sabiendas que le traía unas ganas del demonio.

Sujetándolo por la cintura, rápido lo hizo quedar bajo su cuerpo y le comió la boca mientras disfrutaba acariciando cada parte que sus manos alcanzaban a tocar. Luego abandonó sus labios y se le fue a la yugular para dejarle una marca ahí en la piel caliente.

Encendido, después de escucharle jadear silenciosamente, fue recorriendo su torso con besos y mordidas más dolorosas que placenteras. Ezequiel empezó a quejarse con el labio inferior atrapado entre sus dientes, retorciéndose bajo su cuerpo, apretándole los hombros como si quisiese apartarlo por *animal*.

—¿Te gusta así o...? —le cuestionó antes de mordisquearle la tetilla perforada, lamiendo el piercing y succionando todo el pectoral.

—Sigue...

Sonriendo al verle el gesto de placer y desconexión de la realidad, bajó al ombligo y, con sus dientes, tiró del piercing que llevaba en esa zona. Pero pronto desesperó y, al cogerle la verga, sintió una protuberancia rígida, metálica.

En la base del pene, casi en la suave piel del escroto, Ezequiel tenía otro piercing. Y, aunque le pareció una completa locura que alguien se hiciese tal cosa en un lugar tan peculiar, le encantó.

Pronto se halló subiendo y bajando, tragando todo cuanto le fue permitido abarcar, sintiendo cierto morbo cuando su lengua acariciaba el piercing.

—Gírate, también quiero chupártela... —le pidió con la voz entrecortada, y David lo hizo rápido.

No obstante, a los pocos minutos, Ezequiel lo empujó para buscar la caja de preservativos. Rápido le lanzó uno al pecho y se apuró en extraer un frasco de vaselina del primer cajón de la única mesita auxiliar que tenía junto a la cama.

David sonrió al verlo tan desesperado, concentrado en prepararse por su cuenta para ser penetrado. Y, aunque no le agradó la idea de usar látex, obedeció y se lo puso para complacerlo. Luego tiró de uno de sus brazos con fuerza y lo acomodó boca abajo, separándole las piernas con sus rodillas e inclinándose para penetrarlo.

Y, justo como lo imaginaba, ese orificio era lo más parecido a la entrada de un hormiguero de lo estrecho y apretado que estaba.

—¡Au! ¡Au, no! —exclamó el muchacho en tono irritado. David se detuvo sin salirse—. No te muevas... —le pidió antes de respirar hondo y sonoro, exhalando de a poco, pero con fuerza, el aire contenido en sus pulmones.

—¿Te duele mucho? —Lo vio asentir con la cabeza y luego hundir su rostro en la almohada—. ¿Quieres que me salga?

El aludido exhaló mientras lo veía por encima de su hombro.

—Solo dame un minuto. No te salgas. Deja que mi cuerpo se acostumbre y...

—Oye, no me mide treinta centímetros como para que te pongas así.

Lo escuchó reírse y le acarició la espalda inclinándose para dejarle una seguidilla de besos húmedos sobre su hombro izquierdo con tal de convencerlo. Quizás si se mostraba más cariñoso y menos brusco el otro se dejaría de pendejadas y levantaría el culo para recibirlo como tanto lo esperaba.

—Tal vez si nos ponemos de lado —sugirió.

—Vale, yo te doy hasta colgados de la lámpara si así estás más cómodo.

Al menos lo hizo reír y lo sintió relajar los músculos de sus hombros y espalda. Con cuidado de no abandonar la angostísima guarida, se acomodaron de lado. Olfateando el aroma de su champú, embriagado por la mezcla de aquella fragancia que contenía su esencia y una mezcla de cítricos y madera, David le clavó los dientes en la depresión que se formaba entre su hombro y su cuello. Después comenzó a moverse con cuidado, a jalar y a apretarle el filo de la cadera, pasando su brazo derecho por debajo de la cabeza de Ezequiel para cubrirle la mitad inferior del rostro en un intento por contener los sonidos de placer y dolor que el otro ya estaba emitiendo, olvidándose de que la tía Imelda era ciega, no sorda.

—¡Mestsogndo!

—¿Qué? —preguntó liberando sus labios, desacelerando el ritmo, pero no las ansias.

El mesero cogió una bocanada de aire y luego lo miró por encima de su hombro.

—Me estabas ahogando, cabrón. ¿Buscas cogerme o matarme? —le recriminó en un susurro.

David le cogió el rostro por una mejilla y lo atrajo a sus labios para besarlo, adentrando su lengua de inmediato.

Qué quisquilloso le había resultado *Caperucita*. No se lo creía luego de haberlo visto mover su pelvis de aquella manera tan sensual cuando se despojaba de sus prendas frente a los hambrientos; incluyéndose entre ese grupo mayoritario que babeaba por él.

Sin embargo, pasados casi los quince minutos, Ezequiel dio señales de estar vivo y comenzó a mover la pelvis, restregándole el culo con fuerza.

—Ah —gimió David tras su oreja perforada, pasándole la lengua por el pequeño aro de

plata—, muévete más. Hazlo... Ah... Así, así...

Comenzó a clavarse él solito, ya sin necesidad de que David lo intentase, incluso echó una mano hacia atrás, a su bajo abdomen para detenerlo en caso de que volviese a descontrolarse. Quería hacerlo él y eso lo prendió mucho más.

Le echó una mirada profunda e hipnótica al movimiento frenético de su mano derecha. Se masturbaba y se empalaba, demostrando que era un *mil usos* de primera. Él apenas recordaba su nombre.

Desesperado, intentó embestirlo de nueva cuenta, pero aquella mano no se lo permitió. Entonces cedió y cerró los ojos, dejándose llevar, relajándose.

—Me vengo... —Le escuchó murmurar con la voz más ronca.

Le pareció tan ligero cuando salió de su interior y, de una rápida maniobra, terminó boca abajo, sentándolo sobre su falo hinchado. Quería ver sus gestos iluminados por la variedad de luces que se proyectaban en aquel semblante arrojado al placer.

Y justo cuando la luz se puso en púrpura, Ezequiel se derramó sobre su abdomen, deteniendo los saltos y la respiración entrecortada, conteniendo, quizás, un grito.

La escena le resultó tremendamente erótica que supo que no iba a soportarlo más, así que pronto abandonó su cuerpo y, tumbándolo de un brusco empujón, acomodó sus rodillas en los costados de su cintura, se sacó el condón y se masturbó mientras le estiraba el piercing de la tetilla.

Bastaron apenas tres minutos para que su semen terminase en pecho y barbilla del mesero. Miró hacia el techo y respiró por la boca observando las luces de colores, sintiendo los dedos de Ezequiel acariciando sus muslos, sus huevos.

Se relamió los labios y, aún con la mente nublada, lo miró hacia abajo percatándose de los hoyuelos. Le sonreía y se veía bellissimo.

—Dame cinco minutos para recuperarme y luego me voy... —le pidió tragando saliva para humedecer la resequedad en su garganta.

—¿Cómo así? ¿Irte? ¿No vas a quedarte a dormir?

—¿Quieres que me quede?

—Pero claro. Falta lo mejor todavía.

David negó con la cabeza. No sabía si Eze padecía de satiriasis, pero él no aguantaría otro polvo por lo menos hasta bien entrada la madrugada. Además, le esperaba una ardua jornada de entrenamientos y también tenía entreno en la plataforma de diez metros. De seguir a palos no sería capaz ni de subir la altísima escalerilla.

—Sí quiero, pero mañana tengo que estar al cien y no quiero arriesgarme. Nunca he cometido un error en la piscina —explicó sentándose entre el hueco que se formó entre las piernas del otro.

—Pásame la playera, Gonzalo —le pidió Eze conteniendo entre sus dedos los chorros que ya le escurrían por los costados del torso.

David la cogió del suelo y se la lanzó al vientre antes de sentarse junto a él. Lo vio limpiarse con movimientos ascendentes y luego lo vio incorporarse para seguir con su abdomen, frotando la playera húmeda para eliminar los restos que estaban por secarse.

—Te decía que tengo que estar al cien, pero si quieres en la mañana te doy otra empinada antes de irme.

El otro se rio más fuerte de lo que habría deseado; acto seguido, le golpeó el rostro con la playera sucia y, mirándole con un gesto risueño, le dijo:

—Eres el hombre más romántico que he conocido en mi vida. Solo te estoy pidiendo que

duermas conmigo. Solo dormir, ¿me explico?

Lo convenció y terminó acostado en el lado derecho de la cama, dándole la espalda y con los ojos a medio cerrar. Estaba agotado por el sexo y por la desvelada.

Pronto sintió a Ezequiel abrazándole y dejándole una serie de besos en la vieja mantarraya que tenía tatuada en el omóplato.

—¿Qué haces? —le inquirió con cierta incomodidad cuando el bailarín le pasó una pierna por la cadera y le dejó otro beso en la nuca.

—Me acurruco.

David soltó una risa nasal al tiempo que, con un brusco movimiento de hombros, se lo intentó sacar de encima.

—Acurrúcate en otro lado. No te pongas raro conmigo.

—Esto es lo mejor del sexo —le contestó con su voz entre ronca y grave, acariciando sus pectorales y la nuez de su cuello—. ¿Sabes la fuerza que tiene un abrazo?

—No.

—Solo cierra los ojos y relaja la espalda y los hombros. Parece que estoy abrazando un árbol.

—No puedo si te tengo como sanguijuela atrás de mí. —E intentó sacudírselo de nuevo. Ezequiel se rio.

—Bueno, entonces abrázame tú.

—No quiero abrazarte, necio. Déjame dormir de una vez por todas.

—Solo pégate a mí y pon tu brazo en mi cintura. Que sea mi obsequio de cumpleaños.

El mesero lo dejó en paz al ver que David había optado por ignorarle. No obstante, cuando su calor se apartó de su cuerpo, sintió un poco de ansiedad y, con disimulo, volteó a mirarlo por encima de su hombro. Este ya le estaba dando la espalda, abrazándose de su almohada.

Se le quedó viendo durante largos minutos y tuvo ganas de saber lo que se sentía abrazar a alguien con tanta confianza. Oler su cabello y su piel; sentir su calor y arroparse un momento en otro ser humano, pero al final no pudo y volvió a su lugar pensando en el significado de *la fuerza de un abrazo*.

9.

Antes de que la alarma sonase, abrió los ojos en medio de la habitación. Las luces de la enredadera, que seguían cambiando de color, le advirtieron que se hallaba en casa del mesero. Miró al otro extremo de la cama y lo observó dormir boca abajo con el cabello algo alborotado y un brazo por debajo de la almohada.

Se permitió mirarle el culo y la espalda; las piernas que deseó acariciar. Recordó lo que habían hecho algunas horas atrás y sintió cierta tristeza y arrepentimiento de no haberlo abrazado, de haberse perdido esa oportunidad.

No obstante, pronto se sacudió esos pensamientos de la cabeza y se sentó al borde de la cama para vestirse y marcharse a casa de Mercedes. Tenía que ayudarle a sacar un viejo ropero de la casa y también le había pedido que le limpiase la chimenea porque el otoño se anunciaba más frío que en otros años.

—Ey... —Cuando estaba a punto de ponerse en pie para vestirse sintió la mano de Ezequiel en su antebrazo—. ¿A dónde vas?

—A casa de la vieja. Tengo que hacer algunas cosas antes de regresar al colegio.

—¿A las cinco de la madrugada? —le preguntó luego de haberle echado un ojo a su teléfono móvil.

David se acomodó para verlo mejor y le asintió con la cabeza.

—Mis días empiezan a las cinco —le aclaró, aunque tenía la sensación de que ya se lo había dicho antes.

—Sí, pero es domingo y estuvimos hasta tarde. Debes estar cansado.

—Un poco —aceptó porque en verdad se sentía algo débil por la falta de sueño y por las energías gastadas.

Ezequiel se apuró en quitar el edredón porque la habitación entonces se sentía helada. Se metió bajo este y le hizo una señal con la cabeza, antes de pedirle:

—Ven acá. Acuéstate un rato, por lo menos una hora más. Seguro tienes frío.

—No tengo frío.

—Pues yo sí. Ven y dame calor, anda. Como pago por lo de anoche —le dijo con una sonrisa.

—¿Pago? Yo creo que estamos a mano porque no parecías estar obligado anoche.

—Solo bromeo. —Volvió a sonreírle. Luego descubrió su cuerpo para volver a invitarle —. Anda, una hora y ya.

Nuevamente lo convenció. Tomándose su tiempo se acostó bajo el edredón, pero guardando una distancia entre ambos. Cerró los ojos para dormir, pero rápido los abrió cuando el muchacho, luego de levantarle el brazo, acomodó su cabeza sobre su pecho y lo apretujó.

—¿Vas a ponerte pesado otra vez? —le preguntó un poco hastiado, convenciéndose de que no le agradaba el calor de Ezequiel, de que ya no le excitaba porque ya había conseguido cazarlo.

Era momento de marcharse. Había costado unos meses llevárselo a la cama, pero había superado la prueba y ya no tenía sentido continuar ahí a su lado.

—Tuve una pesadilla. —Le escuchó murmurar con los labios en su torso desnudo y tibio —. Soñé que mamá estaba llorando porque algo le dolía y yo no podía hacer nada para ayudarla. Me sentía tan impotente de verla sufrir tanto. Siempre que la sueño pasa lo mismo: ella sufre y

yo soy pequeño, un niño asustado que se queda petrificado sin ir siquiera por ayuda.

David se preguntó por qué le estaba contando cosas tan privadas. Se sintió irritado y deseó sacárselo de encima de un fuerte empujón, pero luego le escuchó sorber por la nariz y sintió una lágrima sobre su pecho.

—Ya está muerta —le dijo para que no se pusiese a llorar más—. Los muertos ya no sienten dolor. Olvídate de eso. Es solo un sueño —agregó con voz robótica.

—Lo sé, pero la extraño mucho. A veces tengo ganas de volver al norte y olvidarme de todo. Nosotros éramos muy unidos, ¿sabes? Los tres: mamá, papá y yo. No teníamos lujos, estábamos bien jodidos, pero cada día en casa era muy feliz. Era una casa chiquita; me los encontraba cada que abría o cerraba una puerta. —Se rio lleno de nostalgia mientras David observaba las luces proyectadas en el techo, tratando de imaginar lo que Ezequiel le decía—. El día que murió mamá, la casa me pareció enorme y vacía. Me dio miedo. No quería estar ahí y dormí en el patio trasero. ¿Cómo fue cuando tus viejos murieron? —le preguntó ante su silencio.

—Fue una muerte justa.

—¿Cómo así?

—Mi padre murió súbitamente. Fue inesperado porque en verdad pensé que se iba a recuperar, que volvería a ser el de antes. Pero no fue así. Luego mi madre murió de decepción. Se fueron casi juntos. Los enterré casi el mismo día.

Ezequiel comenzó a acariciarle un costado y se acomodó un poco más cerca, subiendo casi hasta su hombro.

—Debiste haber sufrido mucho...

—Descansé cuando murieron —confesó—. A veces la muerte es el mejor remedio. Vuelves a respirar ya sin el peso y sin la tristeza. Fue mejor así.

El muchacho se incorporó para verlo y ambos se quedaron mirándose a los ojos.

—¿No te da tristeza?

—No.

—Seguro es porque eres militar —dijo en un tono que a David le confundió. Parecía comprensivo y al mismo tiempo bromista—. Ustedes están entrenados para ser fuertes, para no conmoverse por cualquier cosa.

En parte era verdad. Desde que había estudiado la preparatoria en la Academia Militar se le había instruido para mostrarse inquebrantable y disciplinado. Sin embargo, no había sido hasta su entrada al colegio cuando supo lo que significaba reprimir y contener sus emociones. Allí no había cabida para un *no puedo, tengo miedo, me siento triste*. Los débiles no eran respetados por nadie y, por lo general, jamás subían de rango.

No obstante, existían excepciones...

Cuando un compañero perecía en alguna misión, no era raro ver lágrimas en los rostros de los superiores o en los de los propios cadetes. Los ceremoniales fúnebres eran demasiado tristes: el féretro de madera a primera hora de la mañana iluminado por los débiles rayos de un sol indiferente; la bandera ondeándose cuando hacía aire, a media asta en muestra de luto; los semblantes contenidos cuando el general, con la ayuda de algunos internos, colocaban sobre el ataúd una de las banderas en señal de honor.

Cantar el himno nacional con el nudo en la garganta era doloroso.

Cuando alguien moría en misión de rescate no le dolía tanto porque entonces era condecorado como un héroe; y no había mayor satisfacción para un militar que la de dar la vida por proteger o salvar una.

La cosa era distinta cuando morían en operativos en contra del crimen organizado;

cuando se enteraba de las atrocidades que sufrían sus *hermanos*; cuando reparaba en que la lucha jamás tendría fin y que, ellos, dijese lo que dijese, no eran sino carne de cañón para resguardar la paz durante algunos años.

—No soy de piedra —le confesó recordando justamente la última muerte de todo un pelotón recién egresado del plantel—. Hay cosas que me duelen, pero también soy consciente de que no hay más remedio que el de seguir adelante, a pesar de todo...

—En eso tienes razón —concordó Ezequiel apartándose un poco para dejarlo dormir. David lo vio volver a su lugar y, por un momento, se preguntó si había dicho algo malo que lo hiciese alejarse de su pecho—. Duerme más, aún es temprano.

Espalda contra espalda, entonces cerró sus ojos y suspiró antes de rendirse ante el cansancio, sopesando en que la cama era cómoda, el edredón suave y perfumado, pero la realidad no era un lecho de rosas. Al menos no para él.

Soñó a Lucía cargando en brazos al pequeño Mauri de apenas un año y medio. Era un sábado por la mañana y Mirna lo había despertado para que viesen juntos los dibujos animados allá en la sala de estar. Eric estaba sentado sobre el sofá principal tecleando en su teléfono móvil con una sonrisa de estúpido. Jorge se había marchado a trabajar y la casa olía a crepas y a arroz con leche.

—¿Cómo dormiste, enano? —Sus miradas conectaban por unos segundos. Eric le sonreía mientras David se frotaba un ojo, todavía desconectado de la realidad—. *Ven aquí, siéntate conmigo.*

Mirna le cambiaba al *Cartoon Network* porque Eric solo veía *MTV*. Y David se acurrucaba entre la axila y el pecho de Eric quien, a su vez, lo sentaba sobre sus piernas para cubrirlo con una frazada y besarle la coronilla de la cabeza.

—*Ese episodio ya lo vimos, ¿verdad, David?* —preguntaba Mirna con un deje de entusiasmo.

Aletargado y somnoliento, David volteaba a ver la pantalla y ahí estaba un viejo episodio repetido de *El increíble mundo de Gumball*.

—*No le cambies, Mir. Nunca le cambies. Quiero verlo todos los días...*

Reparado. Se sintió reparado, renovado hasta la médula. Había dormido hasta las diez de la mañana y, lejos de sentirse tranquilo, se sintió estresado y molesto con Ezequiel por no haberlo despertado luego de aquella hora prometida.

El muchacho ya no se hallaba junto a él. No obstante, cuando se despertó, Eze abrió la puerta y asomó medio cuerpo con una sonrisa amplia.

—Son las diez —le dijo David en tono de reproche, con mala cara.

—Sí, y estabas roncando. Me dio pena despertarte —respondió haciendo un gesto compasivo. Luego entró y le lanzó una botella de agua, y le dijo—: Toma tus medicinas para que empieces bien el día.

—Lo haré más tarde.

—Eso sí que no —refutó el otro mientras, con toda la confianza del mundo, se dedicó a extraer las cajas de su mochila; acto seguido, contuvo las tres tabletas en su mano y se las tendió —; quiero ver que te las tomes antes de ir a desayunar. Anda.

—No lo haré frente a ti. Déjalas sobre la mesa —espetó de mala gana.

Ezequiel hizo un sonido de sorpresa e incredulidad antes de cruzarse de brazos y echarle una mirada desdeñosa. David se sintió incómodo, pero no le apartó la vista.

—¿En serio vas a comportarte como un niño, Gonzalo? —lo reprendió, y al ver que no tenía respuesta para dicha acusación, agregó—: ¿Me vas a obligar a que te dé las pastillas yo?

—Quisiera verte intentándolo —se mofó porque no podía seguir enojado, no con esa cara de bobo que tenía Ezequiel cuando intentaba reprenderlo.

Alentado ante el reto, el bailarín se abalanzó sobre él, pero David terminó derrumbándolo en el colchón apenas y con un poco de esfuerzo. Pronto lo dejó boca abajo y le aplicó una dolorosa llave que lo hizo soltar un improperio en voz alta.

—Igual te las tienes que tomar —le recordó entre pujidos, con un gesto de dolor—. No importa que me trates como a un delincuente al que estás sometiendo, te tienes que tomar las pastillas porque si no, yo voy a enojarme mucho y no querrás conocerme enojado.

—¿Qué vas a hacerme si te enojas? —le inquirió en tono burlón sin dejar de ejercer fuerza sobre el otro—. ¿Vas a gritarle a Imelda para que venga a ayudarte?

En respuesta, Ezequiel le restregó el culo en la entrepierna; aquel movimiento fue tan inesperado que a David se le escapó un jadeo. No obstante, no lo soltó.

—¿Quieres que lo haga de nuevo? —le preguntó en un susurro.

—Sí, hazlo —suplicó.

—Primero las pastillas y después vemos si esa sobadita pasa a palabras mayores.

Volvieron a tener sexo después de que, rendido, David se tragó la medicación. Y, aunque fue un rapidito y Ezequiel controló todo de principio a fin, para David fue alucinante coger un domingo por la mañana.

Durante el almuerzo, Imelda lo invitó a los quince de otra de sus sobrinas. La fiesta se llevaría a cabo en Puebla, pero Ezequiel iba a conducir. David jamás había asistido a una quinceañera tradicional porque las chicas de su antiguo instituto pedían viajes y autos, no fiestas nostálgicas. Así que enseguida aceptó, movido por la curiosidad y el entusiasmo.

—Aquí me bajo, no te metas al estacionamiento —le pidió cuando Ezequiel pasó por él a casa de Mercedes para llevarlo de regreso al colegio.

—Ah no, a los niños *de casa*, hasta la puerta y muy tempranito.

—Payaso. —Se rio.

El muchacho se aparcó justo a un lado del Mustang de Yosef. David se apuró en quitarse el cinturón y, cuando estuvo a punto de salir como si el auto estuviese en llamas, Ezequiel le apretó el muslo para llamar su atención.

—Fue grandioso —le dijo—; estuviste increíble y quiero repetirlo. No vayas a dejarme tirado. No vayas a salirme con que esto era algo de una noche.

Mirándole los labios, contuvo las ganas de besarlo y se limitó a asentir con la cabeza. Acto seguido, bajó del auto y caminó reprimiendo las ganas de voltear hacia atrás para ver si seguía ahí o si ya se había marchado.

—Buen día —saludó a la interna que estaba a cargo de pasar lista y recoger sus pertenencias.

—Buen día, teniente. ¿Se divirtió este fin de semana? —le inquirió la joven con una sonrisa amistosa.

—Eso no te incumbe. Toma. —Le hizo entrega de su teléfono móvil y le advirtió—: Cuidalo bien porque me lo entregaron con un raspón en la esquina. Te lo voy a cobrar a ti si le sucede otra cosa.

—Sí, señor.

Amaba saltar por aquella sensación de desprendimiento y abandono de todo tipo de preocupación que estuviese invadiéndolo antes de perfilarse y concentrarse para la caída, sintiendo un ápice de adrenalina en el estómago y un escalofrío en la nuca cada vez que su cuerpo hacía contacto con el agua. Y, por mucho que pasasen los años, David estaba seguro de

que ese sentir jamás cambiaría.

En esa ocasión, durante una de sus prácticas, omitiendo la presencia del general Iturbide, que tenía escasos quince minutos de haber llegado en compañía de otro de sus superiores, David se paró de manos, dándole la espalda a la piscina, concentrado en no perder el equilibrio.

Pensó un segundo en los aplausos que recibió al ejecutar el doble mortal en las olimpiadas; en los festejos y en la calificación perfecta que lo orilló, por primera vez en toda su vida y, a consecuencia de la emoción, a aplaudirse a sí mismo.

Gracias a esa medalla de oro había ascendido de rango en el ejército. Jamás podría borrar de su memoria cuando el general lo nombró teniente y todo el colegio le aplaudió por su esfuerzo. Ese honor le hacía escocer los ojos y le producía un cosquilleo en la garganta.

—¡Cuando estés listo! —Escuchó la voz de su entrenador y entonces, sin pensarlo, ejecutó un salto hacia atrás con triple tirabuzón.

Al salir a la superficie oyó aplausos y risas de júbilo.

—¡Se me hace que este cabrón fue pescado en su vida pasada! —exclamó Marcos, aplaudiéndole de pie.

Hacía más de medio año que no se veían, aunque el hombre le llamaba por lo menos dos veces al mes para ver cómo estaba.

—Señor, qué honor tenerlo aquí. —Luego de colocarse una toalla sobre los hombros, fue a saludarlo.

Marcos de Iturbide ocupaba un importante puesto en el escalafón militar; era general de Ala, aunque, debido a una lesión sufrida en sus mejores años, estaba deshabilitado y recientemente había dejado la Academia Militar para ocuparse de aquel grupo que, tanto para el gobierno como para la delincuencia organizada, representaba un dolor de cabeza por los múltiples homicidios que se perpetraban a lo largo y ancho del país.

—Vaya a vestirse, teniente. Hay unos asuntos que necesito hablar con usted —le ordenó, y luego se dirigió al coronel segundo, que era el entrenador de David—. Me lo voy a llevar unos minutos, Hinojosa.

—Adelante, señor.

David se duchó a las carreras; se vistió con su uniforme camuflado, que era mucho más formal que el deportivo, y salió a uno de los jardines para hallarse con Marcos, quien lo esperaba sentado en una banca con la espalda erguida y la mirada perdida en aquellos campos de entrenamiento que, cuando era un muchacho como David, lo habían forjado.

Sintió gusto de verlo. Por mucho que odiase algunas cosas de Marcos, le tenía un respeto innegable y lo consideraba como su más grande ejemplo a seguir. Por él estaba dispuesto a hacer casi cualquier cosa que le pidiese, siempre y cuando no fuese algo que afectase de manera negativa su propia vida.

—Señor —le llamó para que el otro volviese de su trance, reprimiendo una risa al ver que se había quedado con una sonrisa boba al ver a los cadetes de primero correr por la pista de obstáculos.

Marcos lo miró desde su lugar. Le sonrió con aquel gesto serio, con esos ojos oscuros que parecían sacados de una novela de terror. Tenía una sonrisa macabra, intimidante, pero David confiaba ciegamente en él.

—Mírate nada más, cabroncito. Todo un hombre —dijo con un ápice de orgullo—: *El teniente Duarte...*

—Me falta mucho para alcanzarlo a usted, general —le dijo con una modestia fingida. David le conocía los modos a Marcos y sabía que el hombre era fanático de las adulaciones—.

Para como voy, yo creo que ascenderé allá afuera. Aquí dentro no veo cómo.

—Todo se puede. No seas tan pinche pesimista. Siéntate, quiero hablar contigo.

—¿Para qué soy bueno, señor? —le inquirió una vez se halló sentado junto a él, dejando un espacio considerable entre ambos.

—La cosa se está poniendo bien cabrona allá en el norte. El mes pasado perdí a cinco de mis hombres y hoy vine a reclutar a los que están por egresar. Sabes que no me gusta trabajar con chamacos pendejos y cobardes, y sabes que me estoy jugando el pellejo al venir aquí a buscar muchachos. Esto es muy serio, David. De esta guerra nadie saldrá con vida y ya no se trata de sobrevivir ni de ganar; se trata de eliminar perros, ratas, putas alimañas de mierda. Cada cabeza es una victoria para el país. ¿Me entiendes lo que te digo?

—Sí, señor.

Marcos asintió con la cabeza y David se quedó mirando el temblor de las manos de su superior. Debido a un mal aterrizaje en paracaídas, cuando tenía veinte años menos, se había fracturado el cráneo y aquella lesión le produjo un Parkinson secundario que cada vez estaba peor.

—Yo necesito hombres como tú. —Lo miró a los ojos—. Hombres leales, valientes, cabrones con los huevos bien grandes.

—Le agradezco que me considere, pero todavía me falta un año y el servicio. No veo cómo podría ayudarle, señor. Usted sabe que aquí dentro no puedo hacer nada. Estoy más vigilado que el *Chapo Guzmán*.

—No soy el diablo, David —masculló en un susurro—. Yo no he venido a pedirte que seas un desertor y mucho menos te estoy pidiendo que traiciones a la nación. Piensa que estarás haciendo más por el país. —Marcos extrajo su teléfono móvil de su sobretodo y David miró a los alrededores porque tenía prohibido cualquier tipo de contacto con dispositivos dentro del colegio—. Mira esto, acércate y presta atención.

En la pantalla apareció un miembro de las fuerzas armadas con claras muestras de tortura. Lo interrogaban hombres encapuchados y le preguntaban por los armamentos del ejército, por las tácticas en las operaciones. El militar se negaba a responder cada una de las preguntas, y como castigo recibía golpes y toda clase de humillaciones. Luego, ante su mirada de rabia, lo decapitaban con una sierra eléctrica.

» ¿Qué sientes al ver esto? —le preguntó el general mientras guardaba su teléfono una vez más.

—Rabia.

—¿Crees que esos perros merecen seguir con vida?

—No, señor.

—Pues los PHM los cazamos y los matamos para evitar que lo que acabas de ver siga sucediendo. Tenemos que hacerlo por debajo del agua por los pendejos de la CNDH que no hacen más que meter sus narices donde no deben. Se han empeñado en abogar por esas lacras y nos tienen como villanos a nosotros. ¿Te parece justo todo esto?

—Ellos no lo entienden, señor —dijo dedicándole una mirada—. Para ellos solo son personas, pero ambos sabemos que no es así.

—Exacto. Por lo mismo quiero que te unas. No tendrás que descuidar tu servicio ni fallarle al ejército.

David desvió la vista y la perdió en un arbusto que se hallaba junto a la vereda de concreto que conducía a los campos de entrenamiento. No estaba seguro de querer unirse a los PHM. Una cosa era matar en combate y otra muy distinta secuestrar, torturar y asesinar. Eran dos

cosas muy distintas ante sus ojos, aunque también comprendía la causa de Marcos y le daba la razón.

» Mira, el sábado te vienes conmigo y te voy a mostrar un *terreno* que tenemos aquí en la ciudad. Estaré un tiempo por estos rumbos y quiero que conozcas a mis hombres y que te familiarices con nuestras operaciones. Sin compromisos, eh —añadió al ver la mirada dubitativa de David—. Le echas un ojo y si te gusta, pues le entras. Eso sí, yo voy a pagarte el doble de lo que recibes por tu cargo de teniente.

¿Por quién lo tomaba? ¿Creía que ofreciéndole más plata terminaría por ceder? ¿Aún no se enteraba de que el dinero era lo último que le importaba a David? Tenía ganas de alzarle la voz y de decirle un par de verdades, pero era su superior y, de alguna manera, también era un buen amigo.

Le echaría un ojo. No iba a perder nada con hacerlo y así sabría bien cómo funcionaban los PHM. Lo único que lamentaba era no poder asistir al festejo de la prima de Ezequiel, pero ese sábado le envió un mensaje de texto para decirle que mejor quedaban después porque le había surgido una emergencia en el colegio.

Subió a la camioneta blindada del general y se recordó poner su mejor cara. En verdad había deseado estar con Ezequiel y bailar con alguna chica en la fiesta; era joven y los sábados eran suyos, para ser un muchacho más y divertirse, no para pasarlos con un hombre obsesionado con su grupo.

Muy cerca del colegio, rumbo a la carretera de Cuernavaca, el general tenía una casa de dos plantas con un pequeño campo de tiro en la parte posterior. El terreno estaba bardado y permanecía solo durante toda la ausencia del propietario. No tenía vecinos y no confiaba en nadie como para, por lo menos, pagarle a alguna criada para que limpiase.

—¿Por qué la cara larga? —Al parecer, Marcos se dio cuenta de que no le entusiasmaba pasar su sábado con él.

—Había quedado con un chavo.

Lo escuchó soltar una carcajada y lo miró de soslayo sin la mínima intención de reírse.

—Déjate de mamadas, pendejo —vociferó todavía entre risas—. Eres militar. ¿Todavía no lo entiendes? Nosotros no nacimos para *quedar* con *chavos*. Tenemos una misión y nuestro final será una muerte honorífica. Eso es todo lo que somos, Duarte.

Quizás el general tenía razón. Quizás su único destino era dar su vida para defender la soberanía y brindarles paz a todos los habitantes del país. Quizás él no tenía derecho de *ser feliz*. No podía enamorarse porque era una pérdida de tiempo y una enorme distracción.

—Tienes razón —le dijo ya en un tono menos formal. Por orden de Marcos, dentro del colegio y cuando estuviesen en público, tenía estrictamente prohibido tutearlo—. Lo que pasa es que está buenísimo y quería tirar un palo hoy.

—¿Y yo estoy pintado?

De una manera forzada, soltó una risa nasal y le negó con la cabeza. Seguía en forma y era atractivo a pesar de superar el tostón, pero cuando pensaba en algo para comer, Ezequiel aparecía en sus pensamientos como el plato fuerte.

La casa estaba un tanto sucia cuando ambos se hallaron dentro, en la sala de estar, de paredes blancas, atestadas de estanterías repletas de trofeos y medallas de honor. Era un sitio sobrio, sin ninguna decoración que no estuviese ligada con la milicia. David había estado en ese nidito en cuantiosas ocasiones, pero esa vez fue distinto porque, de una o de otra forma, y sin sospechar el porqué, se sentía obligado.

—Voy a llamar a mi hijo —le avisó con el teléfono en la mano mientras Marcos

arrancaba las sábanas blancas y polvorosas de sus sillones.

Había meditado mucho en las palabras de Karen; se había quedado reflexionando en lo del abandono y, por muy enojado que se hallase con sus hermanos, Neza era su hijo y no iba a ignorarlo como Jorge había hecho con él.

Se sentó sobre el sofá de tres plazas y suspiró en lo que se decidía entre una llamada o una videollamada. Le daba vergüenza ver los ojos del pequeño y saber que este conocía el secreto, pero sus ganas de mirarle fueron más fuertes, así que optó por la videollamada en lo que Marcos, a unos metros de él, ordenaba comida a domicilio.

No quería cruzar palabra con Mirna porque no deseaba escuchar disculpas por lo ocurrido; la mierda ya estaba embarrada como para justificar el porqué de la diarrea. Nada tenía sentido.

Afortunadamente, cuando pudo enlazar, miró la cara de Neza y, aunque quiso sonreír por el gusto de verlo, se quedó preocupado cuando notó una ligera hinchazón en sus ojos enrojecidos.

—Negrito...

—*No quiero ir a la escuela nunca más* —comenzó a chillar como un condenado mostrando sin reparo el gesto desbaratado de su semblante mortificado y triste.

—¿Qué sucedió, Neza? —preguntó preocupado, viendo las fuertes convulsiones en los hombros del pequeño—. ¿Dónde está mamá?

—*Se baña...*

—Vale, ahora dime por qué estás llorando y por qué no quieres ir a la escuela si antes te encantaba... ¿Qué está pasando, Negrito?

—*¿Puedo decir una grosería?* —pidió permiso entre sollozos, a lo que David le asintió con la cabeza—. *¡El pinche de Memo me molesta siempre! ¡Siempre! ¡Ya no quiero ir! ¡Quiero irme contigo! ¡Llévame contigo, papi!*

Aquella súplica le partió el corazón. Tenerlo consigo era un imposible y no tenía palabras para explicarle a Neza que no podía hacerlo. Él no iba a entender que ya no era un hombre *libre*, que tenía que afrontar su destino porque había firmado con el país.

Marcos, que entonces se hallaba fumando un habano en otro extremo del mismo sofá, intentó quitarle el móvil, sonriéndole, como si le dijese: *A ver, presta que yo me encargo*.

Convencido de que el general pudiese tener las palabras adecuadas para salvarlo de ese embrollo, David le pasó el móvil, pero antes le pidió el puro, pidiéndole que no fumase frente a su pequeño. El hombre aceptó y Neza dejó de llorar cuando vio la sonrisa dura y el gorro del general.

—Yo soy el general Marcos de Iturbide —se presentó con su voz gruesa e imponente. Neza se frotó los ojos y se le quedó viendo con expectación—. Soy un gran amigo del teniente Duarte, tu padre. ¿Cuál es tu nombre?

—*Nezahualcóyotl*.

—¿Sabes quién fue Nezahualcóyotl? —Neza negó con un sonido gutural, mirándole casi boquiabierto—. Nezahualcóyotl fue un militar como tu padre y como yo. Fue un monarca y hasta fue poeta. Tener ese nombre implica una responsabilidad muy grande. No hay muchas personas que se llamen así, ¿sabes por qué?

—*¿Por qué?*

—Porque es un nombre solo para guerreros, para valientes. A ningún Nezahualcóyotl lo molesta un estúpido llamado Memo. Memo es nombre de un perdedor. Tú eres más fuerte y valiente. No puedes echarte a llorar así de la nada. Nezahualcóyotl no lloraba cuando tenía

problemas.

—¿No?

—¡Por supuesto que no! —exclamó con un dejo de entusiasmo que logró sorprender a David—. ¡Él tenía los huesos hechos de pedernal! ¡Quizás de fierro!

—¿De fierro?! —preguntó con su típico asombro y Marcos le asintió con su sonrisa macabra—. ¿Es cierto, papá? —le cuestionó con ilusión.

Marcos le brindó el móvil y David, que entonces ya se había tranquilizado un poco, le sonrió.

—Sí, hijo. Y debes escuchar las palabras del general Marcos porque él solo sabe decir verdades. Él es un héroe y él no mentiría nunca. Ahora dime, ¿por qué se burla de ti ese tal Memo?

—*Por mi nombre. Pero el lunes le voy a decir quién es Nezahualcóyotl para que se quede con esta carota.* —E hizo un gesto de sorpresa bastante gracioso.

—Debes estar orgulloso de ti, mi Negrito. Eres un niño muy listo y sabes que, aunque estemos lejos, yo siempre estoy pensando en ti. Pienso en ti porque estoy que floto en las nubes cuando te veo. A pesar de lo que *ya sabemos*, lo que dijo tío Eric, yo siempre voy a ser tu papi.

—*¡Te amo, papá!* —chilló con las pilas recargadas, sonriendo de nueva cuenta y pegando saltitos en la cama al no contener su ansiedad.

—Yo te amo más, Negrito. Nunca lo olvidas, por favor.

Quiso decirle que estaría en casa esa Navidad, pero quería sorprenderlo. La llamada terminó al poco tiempo porque uno de sus amigos le llamaba al teléfono de Mirna. David recordó cada una de las palabras de Karen y, antes de colgar, volvió a repetirle lo mucho que lo amaba y lo orgulloso que estaba de él.

El general le arrebató el teléfono de entre las manos. Lo apagó y lo miró severamente. David agachó la cabeza un poco, luchando por no desmoronarse, todavía recordando a Neza pidiéndole que se lo llevase con él.

Si por él fuese vivirían en un lugar imaginario; un sitio donde los días tuviesen treinta horas y las noches durasen apenas cinco. Un lugar sin maldad, sin crueldad. Un edén donde nada ni nadie pudiese sepáralos ni dañarlos. Dormirían abrazados cada noche, bajo la luz de la luna y las estrellas.

Una fortísima bofetada lo sacó de sus ensoñaciones. La mejilla le ardió y la rabia le envenenó la sangre en cuestión de segundos cuando Marcos le apretó la mandíbula con tanta fuerza que la sintió crujir.

—No te ablandes, pendejo. Tu hijo ya crecerá y entenderá que fuiste alguien importante para la nación. Va a comprender que no podías tenerlo contigo porque tú le perteneces a la patria. Te lo dije y te lo vuelvo a repetir: Déjate de mamadas, David.

10.

Era rumbo a Cuernavaca, en un entronque sin vigilancia, que se hallaba un paraje remoto, aislado. Un terreno de aproximadamente dos hectáreas, en donde, sin que saltase a la vista, se encontraba una casa de seguridad subterránea que servía como punto clave para todos los miembros de los PHM.

Marcos le había dicho que era el único sitio en toda la ciudad, pero que en el norte del país, exactamente en las ciudades de Torreón, Ramos Arizpe, Castaños y Acuña, se hallaban por lo menos unas veinte casas de seguridad donde se perpetraban los más horrendos de los crímenes que casi nunca salían a la luz.

—Estamos trabajando en silencio, ¿sabes? —le comentó mientras se adentraban a una especie de túnel que se hallaba escondido entre algunos matorrales—. Les digo a los muchachos que no veo la necesidad de hacer público nada de lo que hacemos. Así solo estábamos llamando la atención y tampoco se trata de que nos hagan quedar como unos monstruos cuando es evidente para qué lado tiramos nosotros.

Entre más se adentraba a la *fosa*, más se convencía de que aquello no era lo suyo. Él quería servirle a la gente, a la patria, no a un solo hombre que, si bien apoyaba su ideal, también le quedaba claro que Marcos estaba perdiendo los tornillos. Uno a uno.

Caminaron al menos doscientos metros hasta llegar a una puerta metálica sin guardia, cerrada con un grueso candado. El general la abrió y encendió un bombillo para iluminar lo que, a simple vista, parecía otro de esos cuartos de torturas. Un calabozo de lamentos sacado de alguna película de *Gore*.

Las paredes enmohecidas y los pisos de baldosas amarillentas le daban un aspecto de carnicería clandestina. Una bandera gigante cubría una pared de ladrillos y frente a esta se encontraba una mesa de madera, un par de sillas y un montón de armas de diversos calibres.

Ya no subían a las redes las video-respuestas que solían ocasionar el pánico entre los curiosos que, navegando por la red en busca de noticias acerca del narco, siempre llegaban a aquel sangriento blog que les dejaba ver solo un poco de la miseria humana.

Mientras Marcos buscaba algo dentro de una alacena de metal que estaba en un extremo del cuarto, David se quedó mirando las manchas de sangre que teñían el piso y que se extendían por gran parte del lugar. Manchas marrones y otras amarillentas que le dejaban clarísimo que ahí habían muerto más de dos *cristianos*.

—Toma. —El general le tendió un arma envuelta en una funda gris y, sonriéndole, le preguntó—: ¿Crees que me había olvidado de ti?

Al descubrir la pistola, David se dio cuenta de que se trataba de su Glock Coyote de antaño. Y estaba cargada, aunque Marcos negó haberla usado alguna vez.

» Es la respuesta a casi todos los problemas, David —comentó entre reflexivo y sonriente—. Úsala con prudencia. En caso de emergencias...

Por la cabeza, solo por un segundo, le pasó la idea de asesinar a Marcos allí mismo. Casi pudo ver su rostro pálido cuando este le apuntaba directo en la frente; los labios lívidos y las pupilas dilatadas al enterarse de que estaba a punto de ser traicionado por él.

—Es un arma preciosa... —musitó mientras apuntaba hacia un extremo del cuarto, escuchando la suave risa preñada de orgullo de su superior—. Y es una pena que no pueda llevármela al colegio...

—Al colegio no, pero estará aquí en la ciudad por si un día ocupas de ella. Voy a dejarte una copia de la llave para que puedas entrar y salir.

Sin que Marcos se lo esperase, David detonó el arma y el hombre le metió un empujón en reprimenda cuando el estruendo resonó como el infierno y provocó un eco semejante al estallido de un cañón. Ambos se miraron un momento luego de que el aturdimiento pasó; David sonreía y Marcos tenía un amago en los labios, como si tratase de contener una carcajada.

—Me va a servir mucho, quizás más adelante —le dijo solo por decir algo, sin sospechar que sus palabras eran proféticas—. De momento no tengo enemigos, pero estoy seguro de que me llegarán solitos.

Los PHM estaban divididos en tres grupos: eran los FEI (Fuerzas Especiales de Investigación), que eran los encargados de dismantelar bandas, identificar a los miembros, así como a los jefes; luego estaban los FER (Fuerzas Especiales de Reclutamiento), que se encargaban de reclutar miembros y entrenarlos; militares en desacuerdo con el gobierno y con las leyes, pero sobre todo, con la corrupción; y por último estaban los FEA (Fuerzas Especiales de Acción), su tarea consistía en capturar, secuestrar y ejecutar a los miembros del crimen organizado.

Y Marcos deseaba que David entrase como un FEA.

—Yo no me hago más joven, David —le dijo cuando se hallaron de nueva cuenta en la casa del general—. Sabes que no confío ni en mi sombra, y no quiero que todo esto se termine cuando yo me muera. Quiero que seas tú quien tome el control de la organización; tú tienes el liderazgo y los huevos para hacerle frente a cualquier cosa.

—La situación es que quiero volver a estar con mi hijo después del servicio, Marcos. Si entro a los PHM eso no va a ser posible —se sinceró—. Dice Karen que los niños crecen muy rápido y yo no quiero perderme de toda su infancia. No quiero que me odie como yo odio a Jorge.

—Hablas como un marica —espetó el otro dejándose caer de nalgas en el sofá en el que David se hallaba sentado—. No pareces un militar. No hablas como uno.

—No solo soy un militar, Marcos —respondió tajante, exasperado por aquella mirada de enfado que el otro le clavaba—. También soy un padre; soy un atleta, tengo una carrera como nadador olímpico, y también soy una persona...

—Un marica —masculló.

David asintió.

—Sí, también soy un marica.

Tuvo ganas de marcharse y de dejarlo solo; quizás también de cortar lazos con él. Y no era que no tuviese el valor ni las ganas de ser parte de la organización, era que las palabras de Karen seguían rondando en su cabeza y no podía perdonarse que justo estaba haciendo lo mismo que su padre había hecho con él.

A veces pensaba en que ya tenía la mitad hecha: Neza sabía que lo amaba y que pensaba en él; pero eso no servía de nada si no era capaz de sentarse a su lado para charlar, darle un abrazo cada noche y desayunar juntos cada mañana.

Por el rabillo del ojo lo vio ponerse en pie; acto seguido, se acercó a una de las estanterías y cogió una .357 Magnum. Entonces no le quitó la vista de encima cuando comenzó a cargar el arma.

Se preguntó si acaso pensaba en asesinarlo. ¿Iba a matarlo solo por mostrar su reticencia a entrar a los PHM?

Contuvo el aliento cuando el general se viró y le apuntó desde su sitio, justo en la cabeza.

No sintió miedo porque ya le habían apuntado muchas veces cuando estaba en las novatadas. Pero sí sintió rabia y cólera hacia Marcos.

—Mátame —le ordenó sin mover un solo dedo.

El hombre parecía una estatua, una escultura de hierro que seguía apuntándole sin pestañear. David nunca lo había visto tan molesto con él, tan decepcionado.

—Ve a la habitación y desnúdate —le ordenó luego de casi cinco minutos sin moverse. Sin embargo, no dejó de apuntarle en ningún momento.

Lo esperó desnudo de pies a cabeza, mordiéndose la cara interna de las mejillas hasta el punto de hacerlas sangrar un poco. Lo esperó con los hombros y la espalda tensa, con la cabeza hecha mierda y todos esos pensamientos destructivos que lo perturbaban.

Casi se había olvidado de toda la presión psicológica que el hombre ejercía en él...

El general entró luego de casi veinte minutos; ya no llevaba la camisa ni el sobretodo; sobre su pecho de vellos entrecanos, pendían sus placas con orgullo. En su mirada oscura no se percibía ni un ápice de cariño, ni siquiera de compasión.

Aún tenía el arma en la mano izquierda, y en la derecha una ristra de condones de envoltura negra. David lo miró a los ojos en espera de la siguiente orden.

—A cuatro sobre el colchón —le pidió apuntando hacia la cama con el revólver—. Las piernas bien separadas, teniente.

Le obedeció enseguida. Lo sintió sentarse en el borde y escuchó el tintineo de su cinturón cayendo al piso. Luego el sonido de la envoltura del preservativo y un resoplido muy cerca de su culo.

Apretó los párpados y contuvo el aliento cuando un dedo ensalivado se introdujo hondo. Marcos dejó el arma junto a su mano derecha y David la miró con atención.

Solo bastaban tres segundos para acabar con él. Era cuestión de tomar el arma, girarse y matarlo a quemarropa. Pero ¿qué diría después? Marcos era un general y él solo un oficial, un teniente más. Nadie iba a creerle si alegaba defensa propia. Iría preso a una prisión militar y ahí se pudriría hasta el último de sus días.

—No pienses que estoy obligándote a entrar a la organización —le susurró con voz jadeante al introducir un segundo dedo—. Solo quiero que pienses en tu futuro, en el de tu hijo, en el del país... Ah, se me había olvidado lo apretadito que estás, cabrón. Ya quisiera que mi vieja estuviese así de apretada...

—Métela ya... —le pidió mientras movía la cadera para empalarse ambos dedos. Quería acabar cuanto antes e irse a dormir.

—¿Ya la quieres?

—Sí, señor...

—Ahora te la doy toda, cabroncito.

Lo penetró de una sola estocada, lo que provocó que David se mordiese el labio inferior y apretase los párpados al sentir una serie de punzadas muy dolorosas en las entrañas. Las manos de Marcos se afianzaron a su cintura con fuerza y David volvió a mirar el arma en lo que el dolor se le pasaba.

«Solo cógela y dispara por encima de tu hombro. No va a tomar más de tres segundos», se dijo a sí mismo y rozó el cañón con sus dedos.

No obstante, cuando estuvo por coger el revólver y acabar con todo, Marcos salió de su interior y lo viró con violencia para dejarlo boca arriba.

—¿Qué pasa? —le preguntó al ver su gesto serio y furioso.

—Abre la boca.

Lo hizo y tragó saliva cuando el general colocó el revólver en sus labios. Tenía el dedo en el gatillo. Quizás él sí tendría el valor para acabarlo. Quizás a él sí le creerían si dijese que fue en defensa propia.

—Si vuelvo a enterarme de que andas bailando en antros de maricas, te juro que voy a arrancarte la puta cabeza a balazos. No sabes el asco que sentí cuando vi el video en una de esas cochinas páginas de putos enfermos. Estás en la cuerda floja conmigo, David... Yo nunca doy segundas oportunidades, pero contigo haré una excepción. Solo una oportunidad, ¿entiendes?

Le asintió con la cabeza y luego dio una arcada cuando el general introdujo el arma más profundo en su garganta.

Y ahí estaba la verdadera razón de tanta hostilidad para con él. El muy cabrón había estado viendo porno y se había encontrado con el video en el que bailaba en *Déjate llevar*. Ni siquiera sabía de su existencia, pero no le preocupaba en absoluto porque no se había desnudado. Que sí, que la había cagado e hizo el ridículo, pero no pasó a mayores.

—No volverá a pasar, señor —se disculpó a su manera cuando Marcos liberó su garganta—. No volveré a pararme por ese sitio jamás.

Los ojos de su superior se aguaron una vez que se sentó junto a él, clavando la mirada en un punto del piso de baldosas blancas.

—Me sentí muy decepcionado cuando te vi allí portándote como otro marica más —murmuró sin mirarlo—. Me dije: *¿qué hiciste mal, Marcos? ¿Por qué está haciendo esto?*

—Esa noche bebí y usted sabe que nunca bebo. No estaba en mis cinco sentidos, Marcos.

Por encima de su hombro, el hombre lo volteó a ver con lágrimas en sus mejillas. Lo miró por largos minutos casi sin pestañear, pero luego le asintió con la cabeza y le musitó un: *Te perdono*.

Confundido ante la extraña actitud de quien siempre se mostraba frío y agresivo, David no supo cómo reaccionar ni entendió el porqué de aquellas lágrimas que, sorpresivamente, parecían sinceras.

—Vístete. No quiero verte. Vete a la otra habitación —le imperó recuperando el tono rudo y autoritario.

Luego de ducharse y de acostarse sin cenar, David se quedó pensando en el general, en la relación tan extraña que tenían; a veces solo deseaba verlo muerto, pero en otras ocasiones solo quería verlo feliz y hacerlo sentirse orgulloso de él.

Era raro lo que ese hombre le provocaba; todo tan contradictorio y confuso. Por una parte estaba agradecido por todos sus consejos y todas las ayudas que le había brindado desde siempre, pero por otro solo quería que se alejase de él y que lo dejase decidir por su cuenta.

Porque ya no era el mismo chico atolondrado, impulsivo y rebelde. Ya se había convertido en un hombre que, aunque no siempre tomase las mejores decisiones, al menos ya no ocupaba que alguien lo estuviese guiando y decidiendo por él.

Muy de madrugada, una torrencial lluvia despertó a David. A través de la ventana de la habitación vio la densa cortina y el corazón le dio un brinco cuando la puerta se abrió y Marcos entró semidesnudo, vistiendo únicamente su bóxer blanco.

En completo silencio, David le hizo un espacio en el colchón y el general se metió bajo el delgado edredón que le cubría hasta el ombligo.

—¿No puedes dormir?

Su pregunta hizo eco porque Marcos no le respondió. Allí junto a él, se limitó a cerrar los ojos y se perdió entre sueños que David nunca imaginaría.

En el colegio volvió a convertirse en su sombra. A donde quiera que iba, Marcos aparecía

como un espectro que lo acechaba y que lo veía a la distancia; a veces se acercaba y le felicitaba algún logro con una palmadita en la espalda.

—¡Duarte! —La tarde-noche del viernes, el general brigadier lo llamó desde la mesa que compartía con todos los superiores. David detuvo el paso con su bandeja de comida entre las manos y se acercó a ellos—. Siéntate con nosotros. Justo hablábamos de ti.

—Un honor, general —aceptó enseguida, ocupando la silla vacía que se hallaba junto al invitado, el general Marcos—. ¿Y puedo saber lo que hablaban de mí? —preguntó en tono amistoso, aunque guardando un profundo respeto para con todos los presentes, dedicándoles una mirada a cada uno, con la finalidad de incluirlos en su conversación—. Con razón me ardían las orejas desde las seis —bromeó ocasionado las risas de todos.

—Aquí el general Marcos me contaba del accidente que tuviste mientras practicaban tiro, fuera del colegio —comentó el hombre señalando el moretón de su pómulo, ese que le había quedado luego del bofetón que Marcos le dio allá en su casa—. Tuviste suerte de que el casquillo no te rebotase en un ojo. No queremos tuertos en el ejército.

Se rio con los demás y negó con la cabeza para darle la razón.

—Fue un error mío, señor —acotó—. Aunque el general diga que fue un accidente, fue un error mío.

—Cosas que pasan —añadió uno de los mayores en un intento por justificarlo.

David se permitió comer durante algunos minutos; lo hizo lento y con educación porque no estaba en la mesa de los oficiales; estaba con los peces gordos y no quería atragantarse y dar una mala impresión.

El general brigadier carraspeó la garganta al tiempo que se limpiaba las comisuras de los labios con una servilleta. Todos dejaron de comer porque era claro que volvería a hablar.

—¿Cómo van los entrenamientos en la piscina? ¿Hinojosa es un buen instructor o prefieres a alguien más profesional?

—El coronel segundo es el mejor, señor. No puedo quejarme en absoluto.

El hombre sonrió complacido.

—¿Ya estás listo para la próxima competencia en Tuxtla?

—Totalmente.

—Podrías ascender de rango si consigues la medalla de oro para el ejército. ¿Qué opinas? De teniente a capitán segundo...

—Apenas puedo contenerme, señor —bromeó, pero al mismo tiempo decía la verdad. Ser capitán segundo era algo que David soñaba, pero no tenía muchas esperanzas porque en *Teoría* no era muy bueno; siempre tenía que destacarse en el ámbito deportivo—. Si esa es la presea, seguro que el oro es para los nosotros.

Todos le sonrieron. Lo alentaron.

David quiso mirar a Marcos, pero tuvo miedo de que los otros descubriesen la gratitud que podrían reflejar sus ojos. Lo estaba ayudando a ascender de rango, y no lo veía como un regalo, porque al final de cuentas el mérito iba a ganárselo él, claro, en caso de ganar la competición. Pero igual era ayuda, eso de sentarse con los altos mandos no era un privilegio del cual gozase cualquiera. Y la promesa de aspirar a capitán no estaba adjunta en el contrato de esa competencia en Tuxtla.

—Duarte es como un hijo para mí —expresó Marcos con seriedad y con un ápice de orgullo—. Solo me faltó adoptarlo por la vía legal para poder decir que es mío. Mi muchacho.

—Qué honor, general —repuso con una sonrisa apretada—. Se lo agradezco tanto.

—Yo lo formé —presumió Marcos una vez más—. Era un niño problemático cuando

entró por primera vez en mi clase. Me respondía; muy grosero...

David sintió el rostro rojo por la vergüenza, pero se alivió de ver que todos se reían como si fuese un padre contando las travesuras de su pequeño.

Marcos continuó:

» Pero solo hacía falta enderezarlo y no apartar la vista de él. Estoy seguro de que, con sus habilidades y su poder de liderazgo, Duarte llegará muy lejos. Y, por supuesto, pondrá muy en alto el nombre de nuestras Fuerzas Armadas.

—Tienes un espíritu de líder —comentó el teniente coronel Solís—. Tienes las notas más excelentes en Mando en Combate. Haces un buen trabajo con los cadetes de nuevo ingreso. Ya quiero verte en servicio cuando tengas tu propio pelotón.

Tener su propio pelotón ya era hablar de un sueño guajiro. *Sus hombres. Sus muchachos.* A veces le abrumaba la idea de pensarlo y de soñar despierto, como solía sucederle a menudo en cada aspecto de su vida. Sobre todo con sus temas de interés.

Antes de que la cena terminase, el general de división, que era como el tiburón de ese arrecife, y quien por cierto había permanecido callado y sin acotar nada, se puso de pie provocando que todos, incluyéndose, se levantasen en muestra de respeto.

—Ven aquí, Sebastino —lo llamó por su segundo apellido, el que nadie pronunciaba por ser de menor relevancia.

Rodeó la mesa y se posicionó a su lado sin hacerle perder el tiempo. El septuagenario le ofreció la silla que había ocupado segundos atrás.

—No puedo, señor...

—Siéntate —ordenó con severidad, pero con un dejo de jovial alegría.

David se sentó en la silla más importante de la mesa principal. Sintió un nudo en el estómago y una sensación de ansiedad por la emoción.

—Mira nada más —habló el general brigadier con ironía y diversión—. Un teniente encabeza a los altos mandos esta noche.

Aunque había echado de menos las pláticas informales que se suscitaban en su mesa; las quejas y las groserías acostumbradas cuando cada quien exponía, sin omitir detalles, dónde habían metido el rabo durante el fin de semana, también tuvo que confesarse que había sido una gran noche.

Apenas y pudo conciliar el sueño por la emoción y la repentina felicidad que lo abrumó hasta casi la una de la madrugada. Sus compañeros lo invadieron de preguntas que prefirió no contestar porque tampoco sabía a qué se debían tantas atenciones por parte de los superiores. Se limitó a decirles que querían otra medalla para el ejército y que le habían ofrecido un entrenador profesional. Y, ante sus ojos, todos se quedaron convencidos porque no faltó quien comenzó a ladrar que solo los usaban a su conveniencia.

El sábado leyó los mensajes apenas y tuvo su móvil entre las manos. Uno de Eric, otro de Mirna, uno de Lucía y otro de Ezequiel.

Ezequiel:

«¿Cómo estás, soldadito? ¿Nos vemos hoy? Estaba pensando en llevar a mi tía Imelda a dar un paseo por La Marquesa, ¿te nos unes?».

Ahí junto a la recepción, sonrió por el entusiasmo, pensando en que un poco de aire fresco y naturaleza le caerían muy bien.

«Sí, claro. Solo paso a saludar a la vieja y cuando salgas de la cafetería te busco en tu casa. Tengo ganas de ver...»

Antes de que pudiese enviar el mensaje, Marcos le arrebató el móvil; acto seguido, leyó

la conversación y lo apagó ante sus ojos, para luego guardarlo en su sobretodo.

—Tú vienes conmigo —le dijo—, tenemos que hablar de un tema serio.

David volvió a morderse la cara interna de las mejillas. Sintió la rabia bullir en su torrente sanguíneo y el sabor metálico en su saliva. Respiró hondo y silencioso, y al final le asintió con la cabeza y se mentalizó de que no podría ver al mesero una vez más.

En esa ocasión, Marcos lo llevó a un buen restaurante. Le dijo que comerían y que luego se pondrían a las múltiples actividades de su *itinerario*.

—Hoy estoy melancólico, David —le confesó luego de que ambos pidiesen sus órdenes—. Se casa mi niña, mi Esmeralda. Se casa en diciembre por la vía religiosa y la legal. Será una ceremonia militar y tú vas a formar parte del arco. Serás el del sable de mayor rango.

—Será un honor, general. Enhorabuena por *Esme*. ¿Qué día de diciembre será la boda? —preguntó porque ya tenía planeado visitar a Neza en esas fechas.

—El día veintiséis. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que son mis vacaciones y no las he tomado nunca... Quiero ver a mi hijo y a mi hermano Mauricio. Quiero darles una sorpresa para Navidad porque hace años que no los veo. Y tengo planeado quedarme allá en el norte con mi hermana Mirna. Los echo de menos...

—Sí, por supuesto —le dijo en tono comprensivo—, pero es la boda de *Esme* y sabes que ella te quiere mucho. Ella cuenta contigo. Tú tendrás más vacaciones pero mi hija solo se casará una vez.

David había conocido a Esmeralda de Iturbide cuando aún era interno en la Academia Militar. En una de esas salidas fuera de la institución, Marcos lo había invitado a su casa por el cumpleaños de su hija, y la muchacha había quedado prendada de David, pero Marcos le prohibió estrictamente que lo molestase. Por un tiempo, la chica se había empeñado en buscarle e invitarle a salir durante los fines de semana, pero el celoso padre la había enviado al extranjero a estudiar.

—Lo entiendo, señor, de verdad que lo entiendo y le agradezco que me haya elegido para ser parte del arco, pero necesito ver a mi hijo y usted sabe que solo tengo unos días al año. Usted también es padre y sabe lo que es esto de no verlos, de no estar con ellos en los momentos difíciles...

—Sí, sí, hombre —le aseguró como si en verdad lo comprendiese—. Entiendo lo que dices, pero estamos hablando de una boda. Yo no puedo cambiar la fecha solo por un miembro del arco. ¿Por qué no vienen ellos a verte? Puedo prestarte la casa para que se queden allí. Y, a decir verdad, tengo muchas ganas de conocer a Nezahualcóyotl...

A David se le retorció el estómago porque pensó lo peor. El otro continuó:

» Es un niño precioso. Piel *café con leche*, ojos de Medio Oriente, y encima azules como las aguas del Mar Muerto... Lástima que no heredó los lunares tuyos —susurró con una sonrisa que tuvo toda la intención de ser pícara—, sobre todo ese que tienes en la nalga izquierda.

Si no tuviese el poder que tenía, David ya lo habría asesinado desde que comenzó a hablar de la belleza de su hijo. No obstante, se quedó callado y le dio un trago a su vaso de agua para quitarse la amargura en su saliva.

Comieron en silencio durante largos minutos, apenas acotando algo referente al buen sazón del chef. Marcos le pidió que probase un vino, prometiéndole que no era fuerte, pero David se negó luego de confesarle que acababa de ingerir sus pastillas. Al menos en eso le mostró respeto porque no le insistió más.

Después de la comilona condujeron hacia aquel paraje de la semana pasada. Volvieron a adentrarse entre los matorrales y a caminar los doscientos metros que los separaban de la puerta

metálica que, en esa ocasión, estaba abierta.

—Vamos a ver si sigues teniendo los mismos huevos de siempre, cabroncito —le dijo con una risa de júbilo antes de empujar la puerta para adentrarse.

Ocho militares encapuchados, que vestían los uniformes del ejército y de la Marina, recibieron a Marcos con respeto. David intentó seguirles el hilo de la conversación, pero la estampa de dos hombres amordazados y golpeados frente a la bandera logró distraerlo unos minutos.

—Ya soltaron todo lo que tenían que soltar los hijos de su reputísima madre, mi general —le aseguró uno de sus hombres—. Usted da la orden y ahorita me los chingo.

—Trae la *Coyote* de la alacena —le ordenó al joven que tenía una insignia negra con las siglas *FEA* sobre su chaleco camuflado—. Hoy se hará cargo él. David Duarte, mi *muchacho*.

David miró a Marcos y este le sonrió. Ni siquiera lo había presentado con sus hombres y tampoco tenía idea de quiénes eran esos tipos maltrechos que lo veían con gestos de verdadero horror.

Recibió su arma ya lista y se acercó al primero de los rehenes. Este se hallaba hincado y con los ojos casi cerrados por los golpes que había recibido.

—¿De qué se te acusa? —le preguntó ante el sepulcral silencio de todos los presentes.

—Robo, secuestro, extorsión y asesinato, *jefe* —confesó con voz titubeante mientras David continuaba apuntándole tras la oreja derecha—. Pero si me dan una oportunidad yo puedo trabajar para ustedes, *jefe* —suplicó en un chillido entrecortado, producto del miedo.

—El ejército no admite ratas, pendejo. —Y accionó el gatillo sin pensárselo dos veces, provocando un estallido y una salpicadura de sangre en su playera y su pantalón deportivo.

Nadie se inmutó ni dijo nada ante el acto; solo aquel muchacho que parecía de su edad, ese otro que permanecía atado, comenzó a llorar a moco tendido cuando David dio un par de pasos hasta quedar frente a él.

—¿De qué se te acusa? —preguntó lo mismo.

—Mi nombre es...

—¡Me vale verga tu pinche nombre, cabrón! —gritó lleno de rabia, recordando de pronto el video de aquel militar decapitado—. ¡¿De qué se te acusa?!

—Secuestro y asesinato, *jefe*...

—De niños —vociferó uno de los hombres de Marcos.

David movió el cañón de su arma y lo apuntó hacia la entrepierna del hombre. Después hizo una detonación y lo vio caer de espaldas y gritar entre alaridos que jamás olvidaría.

—Chíngatelo, Duarte —lo alentó Marcos desde el fondo de aquel cuartucho miserable.

Colocando la planta de su bota en el cuello del tipo, David le apuntó en un ojo y lo mató. Y se sintió bien de hacerlo, después de todo, solo estaba *limpiando* las calles de México. En esa ocasión no sintió asco ni tuvo nervios. Solo se quedó viendo el boquete en el rostro del último al que se había echado. La sangre fluía a borbotones provocando un sonido escalofriante que pronto se apagó debido a las risas y al júbilo de todos los presentes.

—No voy a entrar a la organización, mi general —vociferó sin dejar de observar la macabra escena. El silencio reinó durante algunos minutos—. Me puede poner a mil hombres y le juro que las mil balas serán usadas y darán en el blanco, pero yo soy un siervo de mi país, no de un solo hombre.

David creyó que el general lo mataría ahí mismo, pero al contrario, el hombre lo sacó del cuartucho y lo condujo casi hasta el exterior. Entonces lo hizo mirarlo de frente y le sonrió.

—Ya demostraste que tienes huevos. Con eso me basta a mí.

Y, por primera vez en su vida, David no le creyó media palabra.

EXTRA.

La Navidad es mi época favorita del año.

Me encantan las guías de luces de colores enredadas en el pinito artificial de la tía Imelda; el aroma de todos esos postres que cocinábamos juntos todas las tardes del mes de diciembre, más por tradición que por antojo; casi siempre terminaban repartidos entre los vecinos o internados en el fondo del refri hasta que salían a relucir allá por el mes de febrero.

Hay muchas cosas que me gustan de la Navidad; los obsequios, no esos que cuestan mucho dinero y que se hacen con la intención de presumir o de quedar bien con cierta persona, sino los que te nacen de adentro, aquellos que das a cambio de una sonrisa solo para hacer sentir bien a la otra persona.

Pero lo que más me gusta de esta fecha es que mi familia se reúne en casa de mi tía. Somos muy poquitos y la mayoría son viejos ya. Mis tíos trabajaban demasiado en el campo que seguro terminaban tan cansados y la idea de echar un polvo les producía jaqueca; casi nadie tuvo hijos. Quizás no había dinero o *eran otros tiempos*.

Mamá se lo pasaba diciendo que yo era terco. Que ella era muy vieja cuando yo me aferré a sus entrañas y me obstiné en vivir, aun y cuando mi abuela le dio a beber un té de pimienta para que yo muriera en su vientre.

Cuando me lo confesó me quedé callado, con la boca abierta y los ojos clavados en ese par de nubes que tenía en su manso mirar de doña, ya muy entrada en años. No me lo creía; tenía que estar tomándome el pelo, aunque eso era imposible porque mi madre no solía ser una persona que acostumbrara a bromear.

—Tenía casi los cincuenta años, mi vida —me dijo en tono justificante—. *Chula* me iba a ver pariendo en una sala llena de chamacas veinteañeras. Además, tu padre ya iba a cumplir sesenta. Y a mí me habían dicho que yo no podría tener hijos nunca. ¿Me estás escuchando, Ezequiel? —preguntó mientras alzaba ligeramente su mentón afilado y pequeño.

—Estoy sacado de onda...

—Pues no te *saques de onda*. ¿Por qué te afliges? Estás vivo, ¿no?

—Pues no gracias a ti, eh. Al menos no esa vez que intentaste matarme con pimienta. Con razón no me gusta...

Mamá solía poner una rama dentro de una cubeta con cemento. Adornábamos las ramitas con serpentinillas y esferas viejas, despintadas. No teníamos dinero para comprar decoraciones porque apenas nos alcanzaba para pagar las cuentas, vestirnos y comer.

Alguna vez, saliendo de aquel trabajo de medio tiempo que tenía luego del secundario, llegué a una mercería y compré una corona de unícel y algunas esferas chiquitas en color rojo; también un metro de listón dorado para hacer algunos moños y adornar nuestra corona antes de colocarla en la puerta de la entrada.

Mamá se puso muy contenta y me pidió que la ayudase a tocar todo para imaginar cómo se veían las cosas que tenía desperdigadas sobre la mesita desvencijada y coja de nuestra sala de estar. Papá me observaba con una sonrisa cansada, con su eterna taza de café negro entre sus viejas manos callosas y arrugadas.

—Es poquito, pero es algo. ¿O no? —Mi viejo me asintió con la cabeza y mamá no dejaba de sonreír, aunque ya no podía ver nada—. Cuando sea doctor voy a comprarles una casa más grande y bonita. Una que tenga tres habitaciones y un baño adentro. Y cuando sea Navidad

vamos a poner muchos adornos y luces...

Dios me los quitó antes de poder cumplir con aquella promesa. La vida es tan frágil, carajo; tan corta. Es un chiste de humor negro. Una ilusión que te haces sabiendo que vas a terminar roto y herido, pero que, si sabes disfrutar de los anhelos y las alegrías, al final sabrás que ha valido la pena todo.

Esa Navidad, la del año dos mil veintiocho, fue muy diferente porque, a pesar de que los viejos tenían apenas cinco años de fallecidos, yo estaba aprendiendo a resignarme, a sonreír de nuevo, desde adentro, desde el alma.

Había decorado la casa con luces en el exterior, una guía preciosa que simulaba ser una cascada que se extendía por toda la fachada y que se reflectaba en el pequeño jardín frontal cubierto de nochebuenas blancas y rojas. Era una lástima que entonces sí tuviese un poco de plata para darme esos *lujos* que tanto soñé poder compartir con los viejos.

La tía Gabriela y su hija Constanca prepararon un mole poblano en compañía de mi tía Imelda que, aunque era ciega, se las ingeniaba para no rebanarse un dedo cuando se metía a la cocina a preparar sus deliciosas viandas.

En la sala, sentados uno al lado del otro, estaban mis tíos Enrique y Rubén, los gemelos de sesenta y siete años que siempre estaban discutiendo por cualquier cosa. Ambos viudos; como si el destino, celoso de verlos separados por un par de mujeres que no llegué a conocer como para ponerme a juzgarlas, los hubiera vuelto a unir para que siguieran debatiendo de política como dos ancianos refunfuñones y malhablados.

Mi prima Fernanda estaba sentada en el portal, echaba novio desde su teléfono nuevo, ese que había recibido de mi parte por motivo de sus quince. De tanto en tanto me volteaba a ver porque yo estaba pegado a la ventana esperando por el soldadito, y la muy tonta creía que la estaba espionando.

Lo invité a pasarse la Navidad con los míos, pero no estaba seguro de si terminaría llegando porque llevaba semanas evadiéndome, ignorándome o inventando compromisos en el ejército para evitarme.

—¿Qué tanto miras por la ventana, tú? —preguntó mi tío Rubén—. Ya quítate de ahí porque pareces mosca.

—Viene un amigo a cenar con nosotros, tío.

Para nadie era un secreto mi bisexualidad, ya había llevado a un par de chicas y a mi exnovio a la casa y a una que otra reunión familiar allá en Puebla, de donde eran casi todos. Nadie hablaba del tema; no sé si eso puede considerarse aceptación, pero al menos no estaba dentro de un seno familiar que me juzgase en mis propias narices. Si es que los trapitos al sol salían a relucir, seguro era a mis espaldas. Y yo me conformaba con eso.

Recuerdo haberme dicho: *si no viene a esta cita navideña, no volveré a insistir más y daré vuelta a la página por mi propia sanidad. ¡Y vas a hacerlo, cabrón! Nada de que: es que mira esos ojos, ¡por Dios! ¿Le decimos que sí?*

Gonzalo me gustaba demasiado. Me gustó desde el primer día allá en la Academia Militar, cuando me persiguió como a una vil rata y me acribilló el culo soltando una risa nasal que, en *primera instancia*, y quizás movido por el dolor, me resultó irritante y odiosa. Pero conforme me buscaba para maltratarme, más y más lo anhelaba con el pasar de los días.

Él me dio mi primer beso cuando yo tenía dieciséis recién cumplidos, cuando era un escuincle medio asexual y bastante infantil. Me había acorralado contra una de las paredes del baño y, pecho contra pecho, su aliento frente a mis labios me provocó una oleada muy intensa de calor que, no sé dónde comenzó, pero sí sé dónde se produjo el incendio.

Realmente quería algo serio con él. Me resultaba fascinante su manera de ser tan huraña, como si fuese un viejo cascarrabias atrapado en un joven de veintitrés años. Aunque, algunas veces, cuando lo atrapaba mirándome, lo sentía contenido, echándome esos silencios que decían más de lo que callaban. Era como si Gonzalo me necesitase, como si más que un polvo, el necesitara de un amigo, de una *almohada* para abrazarse y para contarle sus secretos.

Me rendí cuando la tía Imelda comenzó a servir. Cuando se dieron las nueve de la noche y la cita había quedado pactada para eso de las siete. Dos horas de retraso era un *no vendrá*. Y, a decir verdad, me sentí muy decepcionado y molesto.

Sin embargo, cuando me dispuse a ayudarles a armar la mesa plegable que rentamos para comer todos juntos, mi prima Fernanda entró corriendo con los ojos desorbitados y una mano sobre su pecho casi plano.

—¡Hay un soldado en la casa! ¡Un soldado con un arma! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¡Nos van a matar!

Mientras Constancia, la madre de Fer, intentaba calmar su paranoia y su histeria, yo salí a recibir a Gonzalo y me sorprendió verlo vestido con el uniforme camuflado, un poco sucio; tenía el rostro algo enrojecido y el cabello húmedo, algunas gotas de agua escurrían por su frente y los costados casi a rapa de su cabeza.

—¿Qué te pasó, Gonzalo?

Me preocupé cuando sonrió forzosamente encogiendo sus hombros como buscando restarle importancia a su desmejora.

—Disculpa el retraso. Tuve un asunto en el ejército y...

—Pero ¿no se supone que son tus vacaciones? Me dijiste que este año te tocaban y que estarías libre un par de semanas...

Él sonrió con los labios muy apretados encogiendo el hombro derecho y ladeando su cabeza hacia el mismo lado. Se le veía triste; por mucho que intentaba verse despreocupado, no era normal esa timidez extrema y que llegase sucio cuando siempre se presentaba pulcro.

Lo hice pasar y todos se le quedaron viendo como si fuese un bicho raro. Mi prima Fer se ocultó tras su madre, y mis tíos lo miraron con sus gestos idénticos y ceñudos.

—Buenas noches —se presentó con esa voz gruesa, ronquísima y autoritaria—, soy el capitán segundo David Gonzalo Duarte y, si no los incomodo, me gustaría cenar con ustedes esta noche.

—Es militar —le susurró Enrique a Rubén, creyendo que no lo escuchábamos—. ¿Dónde guardaste el *churrito*?

Por fortuna, y antes de que las cosas se pusieran más raras e incómodas, mi tía Imelda se acercó y le dio un abrazo fuerte antes de invitarlo a que se sentase con los otros, asegurando que nos honraba su compañía.

—Señor —habló mi tía Gabriela mirando el arma que Gonzalo portaba en su cinturón—, si no se ha dado cuenta, este es un hogar de gente católica y las armas no nos gustan.

—El arma es parte de mi uniforme, señora —le respondió—; no se preocupe, mientras nadie me ataque, le *juro por Dios* que no la voy a usar —aseguró dándole una palmadita al cañón de aquel rifle larguísimo e intimidante.

Luego, antes de ocupar su silla, se sacó el arma del cinturón, se sentó y colocó el rifle entre sus rodillas. Se mantuvo muy serio durante la cena, comiendo con la cabeza en otra parte y la mirada clavada en su plato de mole.

Como yo me había sentado junto a él, a su izquierda, noté entonces que tenía un par de moretones pequeños en el pómulos y otro más grande cerca de la barbilla afeitada. Le apreté el

muslo por debajo de la mesa y me gané su mirada inexpresiva. Aquel azul que tanto me fascinaba, se veía opaco, oscuro, como si alguien le hubiese arrancado el brillo y la vida a sus ojos.

—¿Estás bien? —le inquirí en un susurro y, luego de meditar la pregunta por casi un minuto, lo vi asentir con la cabeza antes de volver su mirada al plato—. Gonzalo es campeón olímpico —interrumpí la charla familiar sin saber por qué; quizás solo quería verlo sonreír, relajarse. Todos me miraron—. Ganó la medalla de oro en saltos individuales en las olimpiadas de París. Es clavadista.

—¿En serio? —inquirió la tía Imelda sorprendida—. ¿Por qué no me lo habías dicho, hijo? Eso es algo para andar presumiendo como pavo real.

Y él sonrió.

—No fue para tanto...

—Oh, por favor, no seas tan modesto porque vas a caerme gordo —le dije metiéndole un codazo amistoso.

—Cuando yo era joven, parecía un pez espada —comenzó el tío Enrique—, era muy veloz. Te habría ganado en un parpadeo.

—Por supuesto que no, señor —le respondió Gonzalo negando con la cabeza—. A mí nadie me gana en la plataforma ni en la piscina. Puede que me gane en otras cosas, pero no en natación.

—¡Bah! —exclamó el viejo, airado—. Yo aguantaba un minuto y medio bajo el agua, jovencito.

—Yo aguanto siete, señor. Y el récord lo rompió un buzo suizo al permanecer bajo el agua por más de veintidós minutos. Mejor no presumir estupideces porque luego hacemos el ridículo.

—Imelda, trae una cubeta de agua... —pidió mi tío.

—Nadie va a meter la cabeza en ninguna cubeta con agua, Enrique —lo reprendió ella.

La charla se tornó acalorada en lo que Enrique presumía sus habilidades y Rubén las desmentía; de pronto Gabriela e Imelda intentaban separar a los gemelos que ya estaban por darse de golpes. Constancia reprendía a Fer que filmaba la escena con su celular, y el soldadito, ese sonreía como el mismísimo diablo.

Una vez que los ánimos se calmaron y que Gonzalo se mostró mucho más animado. Nos dispusimos a beber tequila y a fumar unos puros que mi tío Rubén compartió con los hombres. Gonzalo se negó a los vicios, pero se mantuvo interesado en la charla del tío Rubén que, sin que yo lo sospechase, tenía un amplio conocimiento acerca de todo tipo de armas. Pronto estuvieron abstraídos en una conversación bélica, hablando de conflictos políticos y de guerras.

Mi prima Fer puso música en la bocina y mi tío Enrique, ya con los ánimos alegres por el alcohol, comenzó a bailar con la tía Constancia mientras nosotros continuábamos con la charla y los alcoholes.

—¿Y ya te *echaste* a alguien? —le preguntó Rubén entre respetuoso y temeroso.

Inesperadamente, Gonzalo me apretó ambos oídos con fuerza mientras le respondía. Un tanto aturdido, miré que mi tío tenía las cejas alzadas, y asentía con la cabeza medio gacha.

Aquello me inquietó. Sabía que por su profesión sería lo más común, que el arma no solo era parte del uniforme como bien nos había dicho, pero se suponía que Gonzalo seguía de interno en el colegio. No hallaba formaba de que pudiese haber asesinado a alguien siendo, aunque ya un capitán segundo, todavía un estudiante.

No obstante, decidí preguntárselo más tarde porque mi tía Gabriela me pidió que

bailáramos y no me pude negar al verla tan entusiasmada.

Casi una hora más tarde, la tía Imelda fue quien anunció la hora de abrir los obsequios. Todos eran detalles, nada ostentoso. Siempre hemos sido una familia humilde y sencilla. La mayoría de los obsequios eran ropa nueva, aunque barata; botellas de licores varios porque somos bebedores, y tabaco porque somos fumadores.

Gonzalo se hallaba sentado, sonriendo al ver cómo cada uno abría un obsequio. Yo recibí un paquete de bóxers bastante coloridos que no me gustó nada, pero que agradecí con sinceridad. Luego fue mi turno de entregar mi obsequio a Gonzalo; este me alzó las cejas castañas cuando le tendí una caja mal envuelta en un alegre estampado de renos voladores.

Abrió la envoltura y luego se quedó perplejo y absorto cuando vio de qué se trataba: le había conseguido las *esferas del dragón* que, en medio de una de nuestras tantas conversaciones, me preguntó dónde podría hallarlas.

Volvió a ponerse serio y eso me angustió porque supuse que aquel obsequio tendría otro significado. Quizás algo más profundo y no el simple deseo de un coleccionista.

No me agradeció, solo se fue rumbo a mi habitación luego de disculparse con los presentes. Yo lo seguí, pero cuando entré vi que se hallaba internado en mi baño y que se duchaba, puesto que el agua de la ducha hacía un eco en toda la estancia.

Para mí la fiesta se terminó en ese momento. No había sido mi intención amargarle la noche, ya de por sí nostálgica para un militar solo en medio de una ciudad tan grande, tan ajena e indiferente.

Me puse un pijama y encendí el calentador eléctrico en la habitación. Me metí bajo el edredón grueso y le cedí un espacio de lado derecho. Luego de mucho meditar y comparar, me había dado cuenta de que ese era su lugar, era en ese lado de la cama donde mejor dormía.

Aguardé, un poco mareado por el tequila, pero no ebrio; más bien alerta, consciente de que las cosas no andaban bien con él.

Y yo quería hacerlo sentir a gusto. Quería que confiara en mí, que fuera capaz de decirme lo que le ocurría y que, por una vez en la vida, me abrazara él primero.

Entonces salió del baño vistiendo únicamente un bóxer y una toalla sobre los hombros. Luego se acercó a la cama y accionó el botón de las luces sobre el respaldo; se acomodó boca arriba, y las observó con un gesto parecido a una sonrisa.

—Eh, ¿qué pasa, guapo?

—Me gustan esas luces...

Vi el neón amarillo proyectado en su rostro y descubrí que cada color resaltaba su belleza. O era quizás que él le brindaba belleza a cada tono.

—¿Por qué estás golpeado de la cara, Gonzalo?

—El entrenamiento.

—¿Qué está pasando?

—¿Pasando? No sé de lo que hablas.

Su voz no sonó hostil como yo me lo esperaba, más bien parecía perdido, en otra parte. Ni siquiera me veía por estar absorto en la proyección de las enredaderas multicolores que seguían cambiando cada cinco minutos.

—Debe ser duro para ti... —dije en un intento por intuir que su tristeza se debía a esa soledad que irradiaba su mirada triste—. Ya sabes, estar tan lejos...

—Nunca estuve cerca —respondió. Me miró un segundo y negó con la cabeza, antes de añadir—: Nunca he estado en ningún sitio. Siempre ha sido así. Hace años que no cenaba con una familia de verdad. Fue agradable. Te lo agradezco.

—Siento mucho que te sientas solo, Gonzalo... En verdad creo que nadie debería de estar solo en esta fecha tan bonita y que todos deberíamos de tener a nuestros padres con nosotros, pero..., en nuestro caso...

Me quedé mudo al ver que se cubrió ambos ojos con los dedos de su mano izquierda. Lo vi relamerse los labios y respirar hondo un par de veces. Estaba llorando y no de la manera convencional; no había lágrimas ni sollozos, era un llanto doblemente doloroso por lo cercado y vetado que se sentía.

—Quería ver a mi hijo esta noche —confesó con amargura.

—¿Tienes un hijo?

—Sí, se llama Nezahualcóyotl y hace años que no estoy con él. Lo tuve con mi hermana cuando yo tenía quince...

Me quedé helado. Un hijo con su hermana era demasiado para mí. Sin embargo, pronto aclaró:

» Es mi sobrino. No pienses que estoy tan enfermo como para haber embarazado a mi propia hermana.

—Uff —musité aliviado—, ya estaba haciéndome mil ideas.

Se rio. Y eso ya fue ganancia. Me acarició una mejilla cuando me acodé para que hablásemos mejor. Me sorprendió la caricia, pero me dejé hacer porque era un gesto raro viniendo de él.

—Me gustas mucho, *Caperucita*.

—Y tú a mí.

Quise besarlo, pero fue él quien se abalanzó sobre mí para comerme los labios en un apremiante beso que me hizo olvidarme de su estrategia para evadir aquellos temas escabrosos de los que tanto rehuía como si fuesen pecados impronunciados.

Pronto lo tuve sobre mí, con su piel fresca, con el aroma de mi jabón y la tibieza embriagante de su sexo, restregándose sobre el mío con la única finalidad de encarnarnos en otro acto bajo y sin cariño de por medio. Solo sexo y a dormir, como era costumbre suya.

—Date la vuelta, Gonzalo —le jadeé en los labios luego de que me mordió el inferior con fuerza.

—¿Yo?

—Claro.

Pensé que iba a negarse, incluso llegué a pensar que soltaría un improperio antes de dejar la casa dando un portazo. Pero, para mi sorpresa, se tumbó en su lugar dándome la espalda, dejándose hacer por mis labios y mis dedos.

Estaba tenso, pero de a poco empezó a relajarse, aunque nunca emitió algún sonido de placer. Le acaricé el costado izquierdo del torso cuando salí de entre el edredón. Le vi unas marcas de dedos en esa área y me sentí estafado. Quise preguntarle si estaba con otros hombres, si lo *nuestro* no significaba nada para él, si *esto* y si *aquello*, pero cuando buscó mi cadera con su mano, arqueando su espalda al sentir mi respiración por encima de su hombro, no pude pensar en más.

Rápido me puse un condón y me dediqué a lubricarle con mi frasco de vaselina. Y cuando me hallé en su interior perdí la cabeza al descubrir su cuerpo y ver lo pequeña y recta que era su cintura; la amplitud de su espalda alta; todos esos músculos marcados; ese brazo que seguía echado hacia atrás, entonces aferrado a mis nalgas.

Se lo hice lento porque tengo que admitir que había soñado con ese momento desde que lo reconocí en la cafetería del centro. Quería prolongar nuestros placeres y hacer de aquella

entrega algo especial y diferente; algo que no solo fuese un revolcón más.

Una vez que alcancé el clímax le dejé un beso tras la oreja izquierda, acariciando al mismo tiempo su brazo, a la altura del codo. Él se había corrido minutos antes, usando una playera para no ensuciar mis sábanas como siempre hacíamos cada sábado.

—¿Por qué no fuiste a ver a tu hijo? —pregunté porque deseaba retomar el tema que le tenía tan afectado.

—Un superior me necesita para mañana. Su hija se casa y yo voy a formar parte del arco. Es una boda de carácter militar, aunque no se considera militar porque el novio no lo es.

—¿Y es obligatorio que vayas? ¿No puedes decirle que no?

—Es una orden de un superior.

Me aparté para deshacerme del condón y volver a colocarme el bóxer y el pijama. Gonzalo permaneció en el mismo sitio, todavía de espaldas a mí, sin mostrar la mínima intención de vestirse. Entonces volví a pegarme a su cuerpo y nos cubrí con el edredón porque la noche estaba fría y mi calentador no ayudaba mucho.

—Lo bueno es que ya estás en tu último año en el colegio —intenté animarlo un poco con mis labios adheridos a su hombro tibio.

La graduación había sido hacía unos meses, pero Gonzalo no me permitió asistir porque dijo que sería raro, ya que no éramos familiares. Aun así, me di a la tarea de organizarle un pequeño festejo con mi tía y unos de mis amigos, aunque él no simpatizó con una de mis exnovias, Melissa.

—No sé si vaya a terminarse luego de que entre al servicio —murmuró para sí mismo—. No sé si vaya a terminarse algún día. Y sé cuál es la solución al problema, pero a veces sale peor el remedio que la enfermedad.

Quise preguntarle de qué me estaba hablando porque no entendía a qué estaba refiriéndose con esas divagaciones; pero solo me limité a dejarle besos en el hombro y a acariciarle la cadera por debajo del edredón. Ya bastante me había costado que me dejase acurrucarme, no quería que se apartase si daba un paso más en mis intentos por desvelar aquellos grandes misterios que me ocultaba.

Cuando era niño, mi padre me regaló un perrito que se encontró merodeando muy cerca de la fábrica donde entonces trabajaba. Lo bañamos, lo alimentamos y luego lo atamos a un árbol en el patio trasero de la casa.

Conforme fue creciendo, *Rocky* se fue convirtiendo en un perro muy hostil, bastante agresivo. Alguna vez mordió a una vecina que entró a recoger una pelota que se cruzó a mi patio cuando ella jugaba con sus hermanas.

Mi padre decidió que lo mejor sería sacrificarlo. Que no tenía remedio y que jamás lograríamos domesticarlo, pero yo no tuve el corazón como para dejarle terminar con el perro. Y, aunque le tenía miedo porque me gruñía y me mostraba todos sus dientes afilados, le hablé con cariño:

—*No vayas a morderme, Rocky. Solo voy a quitarte la cadena para que te vayas, ¿de acuerdo? ¿Es lo que quieres, Rocky? ¿Quieres ser libre como lo eras antes de que papá te trajese aquí?*

Atento a todos mis movimientos, el perro se quedó tranquilo cuando vio que la cadena ya no estaba alrededor del árbol, sino en mi mano. Luego, con mayor cautela, le quité la correa del cuello para liberarlo. Le pedí que se marchase y que no volviese porque papá iba a matarlo a la mañana siguiente. Y, por primera vez en mucho tiempo, el animalito me dio un lametón en la cara y me movió la cola en un gesto de paz. Después se fue corriendo por el angostísimo pasillo

que quedaba entre mi casa y la cerca del vecino.

Quizás Gonzalo era como *Rocky*. Quizás el ejército era la cadena que intentaba domesticarlo a fuertes tirones que lo tenían desgraciado y herido. O quizás éramos todos los que lo rodeábamos los que no veíamos más allá de su uniforme, su gesto serio y su arma de fuego.

¿Quién se escondía bajo todo ese camuflaje? ¿Qué tipo de persona era Gonzalo cuando no era un capitán segundo? Sabía que no iba a ser fácil descubrirlo, pero al menos ya me había hablado un poco de su hijo; al menos ya sabía la causa de su tristeza.

—Todo irá bien. Vas a reunirte con tu hijo y las cosas se pondrán mejor con el tiempo. Hoy parece que no hay salidas, pero siempre hay orificios en los muros, rendijas por donde se cuele la luz. Esperanza, Gonzalo.

—Sí... —musitó haciéndose un ovillo cuando lo abracé.

Nos quedamos dormidos casi al instante. La música seguía resonando en la sala de la casa, pero estábamos cansados como para que siquiera nos importase el ruido o las risas que estallaban cada tanto.

A la mañana siguiente me desperté un poco tarde y sentí una opresión en el pecho cuando vi que Gonzalo se había ido y que, en su lugar, yo abrazaba una almohada que seguía conservando el aroma de su piel.

No había dejado nada, ningún objeto que me advirtiese de que no había sido un sueño mío; solo estaba su aroma, mi playera con los rastros de su semen seco, y todos mis recuerdos para hacerme compañía.

Nunca pensé en lo difícil que sería enamorarme de un militar. Jamás contemplé la soledad y la angustia como un constante recordatorio de que, no siempre, el amor es solo miel sobre hojuelas.

Segunda Parte.

La mañana se anunció fresca y húmeda en medio de la sierra poblada de osos negros y otras bestias salvajes de las que tenían que cuidarse si querían salir vivos de aquella misión.

Entrenar a los de nuevo ingreso, entonces como capitán segundo y ya como interno de cuarto, eran palabras mayores. David no podía sentirse más orgulloso de sus logros, podría decir que estaba atravesando una de las mejores etapas de su vida y, por primera vez en mucho tiempo, se sentía seguro de ser quien era.

—¡Arriba, huevones! ¡Mucho cotorreo anoche y hoy no se pueden despertar! —Golpeando una cazuela de aluminio con una rama, comenzó a hacer escándalo para que su pelotón encomendado despertase—. ¡Tienen una hora para ir a cazar algo si quieren comer antes de continuar nuestro trayecto! ¡Vayan en grupos de tres y cuídense las espaldas! ¡Y al que me consiga una serpiente le voy a dar la mamada de su vida!

Los escuchó reírse a carcajadas y se sentó en el tronco de un árbol caído para encender una fogata y ahorrarles tiempo a los novatos. Luego, cuando vio que todos habían desaparecido de su vista, extrajo un paquete de carne seca de su mochila y comió con tranquilidad escuchando el barullo del río y el cantar de las aves de invierno que ya habían emigrado desde noviembre del año pasado.

Pensó un momento en su cumpleaños número veinticuatro. Lo había festejado en casa de Ezequiel. Imelda le preparó un pastel de piña y el loco de Ezequiel compró gorritos, dulces y una piñata de un soldado.

Hacía tanto que no lo pasaba tan bien como aquella tarde en su festejo sorpresa. Había compartido con los amigos de Ezequiel una vez más y, aunque una de ellas no le caía bien por lo *mosca muerta* que le parecía, igual se esmeró en que no se le notase el disgusto y la trató como a los otros; aun y cuando la chica le pegó un beso en los labios al anfitrión que, con una risa de nervios, la apartó enseguida y le negó con la cabeza como si intentase explicarle algo.

La tertulia había sucedido en paz, armónica. Nadie había discutido con nadie y David había congeniado con todos menos con Melissa. Esta última parecía sospechar de lo que ocurría entre Eze y él, y no se veía contenta con la idea.

—¿Qué pedo con esa chava? —le preguntó una vez que se hallaron solos en la habitación, cuando todo se habían marchado e Imelda ya dormía en su alcoba—. ¿Melissa? Sí... —se respondió a sí mismo y lo miró con un gesto extrañado mientras el otro se desvestía para ponerse el pijama.

—*Fue mi novia hace un tiempo* —le confesó sin más.

—¿Cómo que la novia de hace un tiempo? A ver, explícame esto porque no lo entiendo.

—*También me gustan las mujeres. No te compliques. Pero ya fue lo de Meli. Ya quedó atrás. Solo se comportó así porque está celosa la muy tonta.* —Luego lo volteó a ver y le sonrió, antes de decirle—: *Mírate nada más, eres la pesadilla de cualquier celoso. Por eso la entiendo.*

Por muy agradecido que estuviese y por muy bonito que había estado todo, por primera vez y sin sospechar por qué, David se sintió intranquilo, irritado.

¿Por qué era amigo de su exnovia? Los novios que él había tenido lo habían desechado y jamás había conseguido una amistad después de ambas rupturas. Aunque, con lo obsesivo que llegaba a ser cuando estaba en una relación, dudaba mucho que Amaru o Pablo quisiesen seguir en contacto con él.

Mientras masticaba un trozo pequeño de su carne, adentró su mano por debajo del cuello de su camiseta y extrajo la cadena con sus placas para ver el anillo de plata que Ezequiel le había obsequiado por sus 24.

—¿Por qué me miras así? —le había preguntado antes de acostarse, luego de entregarle el anillo en una caja de color negro.

—¿Por qué haces todo esto por mí?

—Porque eres mi novio. ¿Por qué iba a ser?

¿Desde cuándo eran novios y por qué se venía enterando? Se había quedado con las cejas alzadas y la boca semiabierta, mirando el rostro sonriente del mesero que, desde un extremo de la cama, sentado en posición india, lo veía muy sonriente.

—¿Tu novio, eh?

—Pero claro. No te soy fiel solo por tus ojos azules. ¿Qué creías que éramos? —le había preguntado con el ceño fruncido y un amago de sonrisa.

—¿Follamigos?

—¡Qué malo!

Tenía que admitirse a sí mismo que las cosas con Ezequiel se habían prolongado demasiado. Sin contar a Marcos, no había tenido sexo con ningún otro hombre porque, nada más saliendo del colegio, buscaba a Ezequiel como un adicto busca su heroína.

Eso tendría que suponer que las cosas habían tomado senderos distintos y que, por mucho que se lo negase, ya no era solo un polvo semanal. Porque a menudo se hallaba recordando los hoyuelos, los ojos marrones y chispeantes; la mirada divertida y alegre. Con frecuencia echaba de menos su voz grave y la forma de sus labios; la cicatriz de su ceja y la de su mentón siempre afeitado.

Esa noche, ya acostado en la cama y con la cabeza dándole vueltas como una lavadora en automático, nervioso y contento, había sido él quien se acercó primero al otro. Lo había besado lento, acariciando su torso por debajo de la playera de mangas largas que usaba para dormir en invierno.

Lo había tomado de otra manera, intentando ser más gentil y menos brusco, pero en algún momento perdió los estribos y terminó arrojado a la locura y al placer, deseando que Imelda no los escuchase desde la otra habitación.

—Gonzalo, ve lento... Hazlo lento y no dejes de mirarme a los ojos.

Él solo pensaba en arrancarse el condón y meterle el rabo a pelo para *preñarlo* de ocellitos y así *amarrarlo* a su vida para siempre. Estupideces propias de la calentura y de las ganas inmensurables que sentía de derramar su leche en aquel culito estrecho y lampiño.

—Oh, me vengo —le había anunciado en el tono más bajo posible, moviéndose como un desquiciado y susurrando jadeos al mismo tiempo, deseando, dentro de su egoísmo, que Imelda fuese sorda y no ciega.

—Hazlo en mi boca...

Aquella frase seguía retumbando en su cabeza. Apenas y se lo había creído, pero cuando salió de su interior y se quitó el preservativo solo para acomodarse a su lado y dispararle un trío de chorros calientes en aquellos labios definidos y bellos, la lengua de Eze se llevó su espesa semilla hacia su garganta y lo vio tragar antes de que le brindase una sonrisa de satisfacción.

En un intento por devolverle el favor, y ardiendo en deseos por conocer el sabor del otro, David había internado su rostro en la entrepierna de Ezequiel, lamiéndole los huevos y comiéndose aquella verga aperlada y larga hasta que la sintió estallar dentro de su boca. Así sin avisarle, sin prevenirle, le había dado a probar un bocadillo succulento.

Sonrió ante los recuerdos y se sobresaltó cuando vio que un oso negro lo observaba a solo escasos quince metros de él. Sin perderlo de vista y con sumo cuidado, extrajo su arma y apuntó al cielo para hacer una detonación que, por fortuna, logró que el animal saliese despavorido de esa área.

Minutos más tarde, los cadetes comenzaron a llegar, casi todos con una presa; había desde conejos hasta un pequeño jabalí que cazó el más intrépido de todos. Aun así, no todos habían corrido con suerte porque algunos llegaron con las manos vacías, pero no faltó quien les compartiese un *taco* en muestra de hermandad y solidaridad.

—Capitán —lo llamó Santillán y, con una cara de orgullo, le hizo entrega de una serpiente de al menos un metro de longitud—, es para usted.

El animal seguía con vida, aunque mostraba signos de haber sido golpeado porque tenía un poco de sangre en la cabeza. David lo cogió y metió la cabeza del bicho en su boca para arrancársela de una fortísima mordida y luego escupirla ante las miradas de todos.

—Una muerte digna, cadete —le dijo al jovencito de escasos diecinueve años—. ¿Qué me ves? ¿Ya quieres tu mamada?

Escuchó carcajadas mientras el muchacho negaba con la cabeza una y otra vez. Probablemente, después de haber visto lo que había hecho con la serpiente, temió por su hombría. Mejor se alejó.

Los cadetes se acercaron a la fogata mientras David, con la ayuda de su navaja, le arrancaba la piel al ejemplar. Se la comería cruda porque, de tanto asustar a los muchachos haciendo ese tipo de actos sangrientos, ya le había hallado un gusto a la sangre y a la carne blanda y fresca.

Los vio cocinar pedazos de carne y sonrió al ver que algunos ya se conocían desde antes; se notaba en las charlas y en la confianza con la que se trataban.

Iba a echar de menos Mando en Combate porque ese sería su último viaje a la sierra como interno; la próxima vez ya estaría a cargo de su propio pelotón, en el mundo real, con el peligro de muerte en cada paso que diese.

Les dio la misma charla de siempre, les dijo por qué había optado por Artillería.

—México es un país en guerra. Lleva años luchando contra el narco y contra un gobierno corrupto que desaparece personas y le roba a su gente. No hay algo peor que se derrame sangre entre hermanos, pero a veces no hay más opciones que la muerte. De mi parte, pienso entregar todo cuanto tengo y no rendirme ante el enemigo nunca. Ser leal a la nación, a mi bandera, a los ciudadanos que no roban y que luchan día tras día por llevar un plato de comida a sus familias. No importa si debo pasar horas bajo los rayos del sol; en el frío más crudo o bajo la lluvia más helada, yo seguiré al pie del cañón para proteger a mi nación. Y no dudaré en asesinar a toda rata que se interponga entre la paz de los ciudadanos y mi trabajo.

Ese año no participó en las novatadas por culpa de Ezequiel que se había indignado cuando le dijo que despertaban a los cadetes en la madrugada para hacerlos competir hasta que uno o el otro cayese *muerto* de cansancio. Le preguntó si algo malo le sucedía a su cabeza como para hallar divertido semejante acto de crueldad, y tuvieron una gran discusión que llegó a oídos de Imelda.

Y, aunque seguían conociéndose y David intentaba corresponderle y demostrarle un poco de afecto, le había quedado claro que Eze nunca iba a entender el porqué de los malos tratos hacia los de nuevo ingreso. Era para forjarles el carácter, para que estuviesen alertas y aprendiesen a defenderse y a no doblegarse ante el primer grito o la primera amenaza.

—¡No empieces a intentar controlarme porque no me vuelvo a parar por aquí! —Le

había alzado la voz gesticulando con brazos y cabeza, ardiendo en cólera.

—*¡No grites aquí, cabrón! ¡Que no estás con tu manada de animales!*

—*Es todo. Me largo.*

Y mientras recogía sus cosas con lentitud, haciéndose el tonto para darle tiempo a Ezequiel de que se disculpase, de que recapacitase y de que lo detuviese, el otro se apresuró en abrirle la puerta de la habitación, y le dijo:

—*Así de amplia es la salida, ¿ves?*

Imelda, que permanecía en el pasillo, lo cogió del brazo cuando llevaba toda la intención de largarse y no volver, quizás hasta el próximo sábado.

—*No peleen, hijo* —le dijo con un deje de angustia—. *Ezequiel, ven aquí, cielo.*

Incómodo, David había desviado la vista de la mirada iracunda del mesero, pero Imelda los había obligado a darse las manos como si fuesen un par de escuincles.

Habían almorzado los tres juntos, aunque David no había participado en la conversación, ni siquiera había respondido cuando intentaban incluirlo.

—*Déjame llevarte al colegio como siempre...* —le pidió Eze cuando se hallaron en la acera de la casa de Imelda.

David accedió enseguida. Se suponía que ya eran novios y no quería perderlo tan rápido. Sabía que, en determinado momento, Ezequiel iba a dejarlo, pero no quería que ocurriese justo en ese tiempo en el que el mesero le hizo sentirse importante, valorado.

Quiso pedirle que no lo dejara, que lo esperase durante los próximos siete días. Decirle que sí eran novios y que estaba contento por ello, pero fue Yosef quien le reventó la ventana con sus fuertes nudillos.

—*¿Quién es ese cabrón y por qué ataca mi auto?*

Yuridia golpeaba el cristal y los veía con el ceño fruncido. David se le quedó viendo al cadete con una mirada asesina, fulminante.

» *Te estoy hablando, Gonzalo.* —Recibió un empujón en el hombro por parte de un Ezequiel que no se veía contento.

—*Es un cadete...*

Airado, el mesero bajó de su vehículo y, antes de que pudiese hacer algo para evitarlo, estampó de espaldas a Yosef contra su flamante Mustang del año.

David lo asió por los hombros para quitárselo de encima a Yuri. Los dos lo veían con el gesto irritado y él ni siquiera había hecho algo malo. Se sintió ofuscado.

—*¿Quién es este?* —le preguntó Yosef con la voz trémula. Parecía estar a punto de echarse a llorar.

Ezequiel le echó una mirada expectante y amenazadora, como diciéndole: *anda y niégame para que veas lo 'bien' que te va a ir después.*

—*Es mi novio...*

Marchando por el sendero que los conducía hasta el punto de rescate, cantando uno de aquellos coros que hacían alarde de lo orgullosos que estaban por ser militares, los cadetes iban entusiasmados tras la sombra de David. Este les preguntaba la especialidad, lo que harían al egresar, lo que eran. '*Soy militar, capitán. Soy militar; soy militar*', respondían al unísono.

Saldo blanco y múltiples aprendizajes fue el resultado de aquella última prueba en el rincón más inhóspito de Puebla. Un excelente en su récord limpio, una palmadita en el hombro por parte del general brigadier y un '*buen trabajo*' que se sintió jodidamente bien, fue su pago por unos días de aire fresco, lejos del colegio.

Llegaron el martes por la tarde, justo cuando la mayoría de los cadetes se hallaba en los

campos de entrenamiento o haciendo deporte al aire libre luego de haber culminado con las clases.

Apenas y le había dado tiempo de ducharse cuando Emanuel lo interceptó en su camino rumbo a la cafetería.

—Yosef perdió la cabeza, tienes que ver esto. Ven conmigo.

Muy cerca del campo dos, de pie frente a los bebederos y las bancas metálicas que servían para tomar un respiro luego del ejercicio, Yosef se encontraba sosteniendo un cartel blanco que, en letras rojas, citaba:

«*EXIGIMOS SER TRATADXS CON DIGNIDAD Y RESPETO. LAS MUJERES TRANS Y LOS GAYS TAMBIÉN TENEMOS DERECHOS*».

Ni siquiera Paulina y Damiana, amigas muy cercanas de Yuridia, se le habían unido a la causa. Quizás porque no querían meterse en problemas; quizás porque sabían que Yosef estaba arriesgándolo todo por una causa perdida.

Las personas se burlaban; no faltaba quien bromease lanzándole besos y llamándola 'mujercita' sin sospechar que, precisamente, era lo que estaba peleando.

Emanuel le contó que, días atrás, Yosef había presentado una solicitud con el general de división, una en la que le pedía que lo dejaran pasar a los dormitorios femeninos y que se le tratase como a una cadete más.

—Ya para este circo porque te estás hundiendo tú solo, Yosef —le dijo luego de haber dejado a Emanuel en compañía de un par de sargentos que también se mofaban de la valentía de Yuridia.

—No voy a bajar los brazos, capitán —aseguró sin mirarlo—; tendrán que cortármelos con sierras antes de que siquiera piense en rendirme.

David alcanzó a escuchar que alguien había mandado llamar a un mayor para que se hiciese *cargo* del *problema*. Alertado y temiendo por la vida de Yos, entonces le arrebató el cartel y, frente a sus ojos que irradiaban cólera, lo rompió en muchos pedazos para, acto seguido, lanzárselos a la cara y gritarle *maricón* frente a todos los que festejaban su arrebato.

—¡Ciento cincuenta flexiones, cadete! ¡Ahora, cabrón! ¡¿Quieres derechos?! ¡Gánatelos, jodido maricón!

El castigo de Duarte habría sido el más suave, el menos difícil de afrontar. Sin embargo, el mayor Robles, luego de despejar el área, se posicionó a un lado de David y se le quedó viendo con una rigidez casi inhumana a Yosef.

—Otra vez tú... —le masculló con odio.

—Ya me estoy haciendo cargo, señor. —David intentó aligerar las cosas para que no pasase a mayores.

Roblesladeó la cabeza y lo miró con severidad; luego preguntó:

—¿Crees que con flexiones se arreglan las cosas, Duarte? Porque si es así, entonces déjame decirte que te ascendieron muy pronto. El abrigo de capitán te queda grande.

No respondió ni hizo nada por evitar que se llevasen a Yosef a empujones. Se quedó ahí parado mirando los trozos del cartel que, irónicamente, también abogaba por sus derechos. Porque, seguro, Yosef había pensado en él al exigir por los derechos de los homosexuales.

Entonces se acuclilló y comenzó a recoger los retazos, convenciéndose de que ese no era su problema. Para David era fácil cuestionarse el porqué de la urgencia de Yuri. ¿No era más fácil aguardar a terminar el colegio para poder ser ella misma allá afuera, lejos de ese ambiente tan hostil y *cerrado*? ¿Por qué su identidad de género y su orientación sexual tenía que ser tema polémico? ¿Para qué exponerse si ellos no se habían enlistado para ser juzgados por una pequeña

parte de todo lo que eran?

No la entendía. No comprendía el porqué de ese afán suyo. ¿Qué quería demostrar y qué iba a ganar si la dejaban dormir con las mujeres? ¿Qué iba a cambiar?

Luego de cenar y de hacer un poco de ejercicio en compañía de al menos ocho compañeros, divisó a Emanuel bebiendo de uno de los bebederos y dejó a los otros atrás para acercarse al muchacho que, al verlo, lo recibió con una sonrisa amplia y sincera.

—¿Qué pasó con Yosef? —le preguntó David con la esperanza de que supiese algo.

El joven se mojó la cara y le negó con la cabeza encogiéndole los hombros a su vez.

—Seguro que al *pozo*, carnal. ¿Dónde más?

—Sí, pero madreando...

Emanuel volvió a encogerse de hombros, entonces frunciendo los labios para acompañar su gesto de indiferencia.

—¿Qué te traes con Yosef? —le cuestionó con una sonrisa entre burlona y divertida.

—Nada.

—¿Nada? ¿Seguro? Porque si es tu novio deberías de hablar con él y decirle que aquí no se puede andar con esas chingaderas. Y es por su propio bien. —Entrecerrando los ojos, se acercó un poco para murmurarle—: Tú sabes que mucho pinche trato digno y disque igualitario, pero del portón para afuera, porque adentro es otro pedo, eh.

David le asintió. Emanuel no estaba mintiendo. El acoso que sufrían los cadetes homosexuales era un verdadero castigo, pero no se comparaba con el martirio que vivían los cadetes contagiados de VIH; incluso los propios médicos no dejaban de recordarles que *ellos se lo habían buscado*. Eran perseguidos y repudiados por todos, presionados hasta hacerlos desertar, para luego quemarles el historial y dejarlos sin empleo y sin oportunidades.

—Estoy pensando en que debería de llamarle al general Iturbide para pedirle que abogue por Yosef. Creo que el general de división le va a dar luz verde para que lo saque del colegio por causas especiales.

Emanuel lo observaba con las cejas alzadas.

—¿Y por qué harías todo eso por Yosef?

Quizás no entendía sus motivos ni las razones de su lucha. Quizás tampoco le importaban porque no estaba en sus zapatos como para ser capaz de comprender su sentir y todo el mal que aquejaba a Yos. Pero si había algo que sí recordaba con pesar, era aquella sensación de ser un incomprendido, un inadaptado. Las risas de los otros al verlo pasar gran parte de sus días en la dirección del señor Montes, tratando de explicarles a sus padres por qué había pinchado los neumáticos de la maestra de Biología; por qué había golpeado al que se burló por su dislexia.

Sabía lo que era ir a contracorriente de un mundo de iguales, de *pseudoperfectos*, siguiendo normas ridículas y, aun así, seguir siendo un círculo rodante en un mundo de cuadrados estáticos y equilibrados.

—Si todos se opusiesen a tu matrimonio con Cris... —Emanuel le frunció el ceño—. Te aseguro que yo sería el primero en apoyarte.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Que todos tenemos una causa por muy pendeja que les parezca a los demás...

—Hermano... —El muchacho lo interrumpió. Posó sus manos en los hombros de David y le sonrió forzosamente—. De verdad, no te metas en pedos que no te incumben. Si te relacionan con Yosef entonces vas a cargar tu propia cruz y todo se va a ir a la verga. ¿Me entiendes? Ya estamos a un paso de salir de aquí, David. Ya aguantaste mucho esa piedra en tu mano, no la arrojes al cristal ahora.

Dentro de las duchas, Emanuel le comenzó a contar acerca de los planes de su boda con Cris. Le dijo que la ceremonia sería allí mismo en Guanajuato y que quería que fuese su padrino.

—Todo esto me pone como vieja —le confesó entre risas mientras se frotaba el pecho y la entrepierna con una barra de jabón. David apartó la mirada y se limitó a sonreír mientras, distraído, volvió a colocarse champú en la cabeza—. Estoy de que quiero que sea todo perfecto. Un día inolvidable. Y quiero que seas nuestro padrino porque eres mi mejor amigo. Eres como mi hermano.

—Sí, claro —murmuró sin demasiado entusiasmo, aunque estaba feliz por Emanuel—. Seré tu padrino y así tendrás la certeza de que no me voy a tirar a tu vieja nunca, eh. Es por eso.

Luego de soltar una carcajada, Emanuel escupió:

—Me descubriste...

Durante los días en que Yosef estuvo aislado, David reconsideró lo de pedirle ayuda a Marcos. Esa tarde, cuando le pidieron que hiciese uso de su llamada semanal, la que religiosamente ocupaba para llamar a doña Meche, estuvo a punto de llamarlo, pero se contuvo al imaginarse que dicho favor le iba a costar el triple. Y él no quería deberle nada al general.

Decidió que intentaría convencer a Yosef por su cuenta, y que mejor llamaría a casa de los Duarte porque hacía tiempo que no recordaba la voz de su madre.

El teléfono timbró tres veces antes de que alguien se dignó en responder, pero la línea se quedó en silencio durante al menos un minuto y David se preguntó si sería bueno hablar o no.

—Soy yo —dijo—. Soy David. Solo hablo para saber cómo está Mauricio.

En cuanto terminó con la frase, aquella persona empezó a hiperventilar tras la línea.

—So-soy Ma-Mauri...

David se mordió el labio inferior y se rio de alegría al escuchar aquella voz gruesa que nada se parecía al tono agudo e infantil que vivía en sus más gratos recuerdos. Claro, ya era un joven de diecinueve años, ya no era el niño que había dejado tras prometerle un regreso, años más tarde, cuando cumpliera con la misión más importante de toda su vida.

—¿Cómo estás, *perrito*?

—Llo-llorando... E-estoy llo-llorando... —tartamudeó entre sollozos que a David le produjeron un escozor en la garganta.

—Te echo de menos, *Pancho Villa* —recordó con nostalgia y le dio un par de minutos para que se calmase—. ¿Cómo te tratan Jorge y Lucía? ¿Se portan bien contigo?

—Sí...

—¿No te molesta Jorge? ¿No te dice cosas malas?

A su memoria llegó la sarta de calificativos con los que su padre lo llamaba: '*estorbo*', '*carga*', '*malo*'.

—No... Da-David...

—¿Qué?

—¿Va-vas a vo-volver a casa co-conmigo?

—Lo haré.

—¿Cu-cuándo?

—Cuando encuentre al niño del que te hablé. Cuando logre hacerlo feliz. Ese día volveré y voy a llevarlo para que lo conozcas y...

Se quedó mudo cuando escuchó un sonido extraño en la bocina del teléfono. Luego oyó a Jorge preguntarle a Mauricio por qué lloraba y con quién hablaba. Y su hermano lo descubrió porque, posiblemente alentado por la emoción, festejó que había estado hablando con David.

—¿David? ¿David? —Le escuchó llamarle entre molesto y sorprendido. Hacía años que

no cruzaban palabra—. Eres un egoísta, uno muy desconsiderado —farfulló Jorge con la voz descompuesta; quizás estaba llorando—. ¿Te das cuenta del tiempo que ha pasado sin saber nada de ti? Nunca piensas en tus hermanos, mucho menos en tus padres...

—Yo no tengo padres, señor —respondió tajante; luego cortó la llamada.

Por un momento se preguntó si su padre le diría algo como: «*Hijo, te vi en las olimpiadas y estoy orgulloso de ti*». O quizás solo preguntarle si se hallaba bien, si le gustaba lo que estaba haciendo; si era feliz...

11.

Melissa había insistido en ir con ellos en el auto de Ezequiel aquella mañana de sábado rumbo al parque La Marquesa. Iván, Gustavo y Andrea iban en la camioneta del primero. No era una cita, era una salida entre amigos, y David había sido invitado por su, entonces, novio.

Le tocó sentarse en la cabina trasera porque la chica rápido dejó caer el culo en el asiento de copiloto y encendió el estéreo para luego sintonizar una estación de música pop electrónica bastante pegajosa.

Ezequiel estuvo a punto de pedirle que se sentase atrás, pero David le guiñó un ojo desde su asiento, indicándole que a él no le hacía ruido ir en donde iba.

—¿De verdad nunca has ido, Gonzalo? —le preguntó Eze una vez que echó a andar el motor para seguir la camioneta de Iván.

Melissa lo volteó a ver con una sonrisa burlona.

—No. Como militar no me da tiempo de divertirme mucho. Gracias por invitarme, Eze.

Miró a la chica y a esta se le borró la sonrisa en un segundo. Rápido exhaló y subió un poco más el volumen del estéreo, acomodándose a su vez la larga coleta que contenía su cabello rosa y ondulado; larguísimo y bien cuidado.

—¿Cuántas veces fuimos nosotros en el pasado? —No queriendo quedarse atrás, le preguntó a su exnovio en un tono de voz melifluo.

—No me acuerdo, la mera verdad.

La chica chasqueó la lengua al tiempo que le metió un empujón por el hombro. Eze la miró con una sonrisa divertida.

—¿Por qué me empujas? —Se rio al ver el gesto irritado de Melissa—. Te digo que en serio ya ni me acuerdo.

—Fuimos nueve veces —le dijo a David mirándolo por encima de su hombro delgado—; dos con amigos y las otras siete ocasiones fuimos solitos... ¿Te acuerdas, Ezequiel?

—Uhm...

—Ay, tienes memoria de teflón, ¿cómo chingados no vas a acordarte si fuimos hace poco con tu tía Imelda?

David miró por el espejo retrovisor la expresión de Ezequiel y vio que este le veía.

» Ese día lo pasamos genial. Me alegra que me hayas invitado. Recordamos los viejos tiempos cuando dizque nos amábamos mucho. —Se rio ante la ironía—. Pero me lo pasé increíble porque siempre me quedaba con las ganas de ir a dar un paseo en bicicleta contigo, pero tú sólo querías pescar.

Durante el largo trayecto hacia la carretera de Toluca, Melissa se le figuró una de aquellas muñecas de cuerda. La joven comenzó a enlistar las cosas que solían hacer cuando eran novios y lo bien que lo pasaban cuando estaban solos.

Un tanto decepcionado, David apartó su mirada del espejo y la clavó en la carretera, en los paisajes matutinos que entremezclaban verde y azul de una manera casi mágica.

Cuando Ezequiel le preguntó si iba cómodo en su lugar, él no le respondió. Abatido, se puso los auriculares y escuchó una y otra vez las cinco canciones que tenía en su austera lista de reproducción. Recargó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos sin importarle lo que sea que estaba ocurriendo ahí enfrente de él.

Por un momento pensó en que estaba cometiendo un error al salir con Ezequiel y con la

exnovia psicópata esa, pero rápido recordó lo bien que se sentía a su lado y se obligó a permanecer impertérrito, inalterable.

Pasado un tiempo, el camino se tornó turbulento debido a la mala pavimentación del aparcadero. Ezequiel bajó la velocidad y David guardó los auriculares en su mochila para ver que se estacionaban.

—¿Es aquí? —preguntó sin ocultar su entusiasmo.

Desde ahí podía observar solo verde y nubes. Sabía que estaban muy por encima del nivel del mar y que en La Marquesa llovía casi a cada hora debido a la altura.

—Sí, hemos llegado —le avisó su novio con una sonrisa a través del espejo retrovisor.

El parque era un verdadero edén en medio de la selva asfáltica que era Ciudad de México por aquellos días. Zonas boscosas de pinos de coníferas se extendían y formaban lomas pronunciadas de un intenso verde esmeralda que parecía un cuadro de algún paisajista.

Farallones amarillos, rosáceos y naranja pálido capturaron su atención desde su sitio. El aire era puro en ese lugar; purificado y exento de toda clase de smog urbano.

Estaba maravillado porque recordaba las ocasiones en las que Jorge lo había llevado de pesca junto a sus hermanos. Creía haber visto todo tipo de paisajes preciosos, pero nada se comparaba con aquel sitio que parecía inexplorado por la mano destructora del hombre.

Llegaron a una zona de palapas y asadores. Un afluyente de agua estaba a pocos metros de ellos, con su correspondiente y estrecho muelle para sentarse a pescar y a olvidarse del mundo.

—Eh, ¿por qué caminas tan lejos de mí? —Ezequiel lo alcanzó y le murmuró al oído. Se había alejado del grupo sin darse cuenta, caminando como un autómatas hacia el muelle—. No hagas caso de lo que ha dicho Meli.

—Me importa una mierda esa perra.

Lo volteó a ver cuando no escuchó respuesta de su parte. Había sonado áspero y molesto, y Ezequiel lo veía con la boca semiabierta.

—¿Por qué la llamas así, Gonzalo? Melissa es una chava buen pedo.

Fue entonces, cuando Eze la defendió, que descubrió que estaba molesto con él. Estaba molesto porque él le había explicado todo acerca de Yosef luego de aquella escena que le montó en el colegio. Lo había presentado como su novio y, días más tarde, le había aclarado a Yuridia que sí, que estaba con Ezequiel.

Y este seguía presentándolo como un *gran amigo*. *Mi amigo el soldado. El capitán segundo Gonzalo. El campeón olímpico. Esto y lo otro*. Nunca su novio. ¿Por qué? ¿Acaso se sentía avergonzado de él? ¿No era suficiente?

» Amor, ¿te tomaste el medicamento hoy? —Apretándole un hombro con cariño, le preguntó con aquella mirada compasiva que tanto odiaba.

Se quedó helado.

«Amor». ¿Lo había llamado de esa forma tan cariñosa para enseguida preguntarle por sus pastillas?

—*Loquito, ¿estás bien el día de hoy?* —le inquirió en respuesta, aturdido y a la defensiva—. Quédate con Melissa y déjame tranquilo. Quiero pescar y comer truchas, ¿vale?

—Gonzalo...

Se alejó de él cuando vio que los otros ya volvían del sitio donde rentaban cañas y que, a su vez, servía como un mini-restaurante. Pasó por un lado de ellos e ignoró a Iván cuando le preguntó si iba por una caña.

Se metió dentro del lugar y aspiró el agradable e intenso aroma de las truchas que la señora asaba con carbón y leña.

Era un sitio pequeño, seguro no habían añadido sillas ni mesas porque nadie querría comer adentro al contar con dichos paisajes allá afuera.

Preguntó por la renta de cañas y una joven le brindó una y le dijo que podían cocinarle lo que pescase en el río. Eso lo animó. Era un reto; casi le dieron ganas de sacar un tiburón, pero era una completa locura.

—¿Puedo echarme un chapuzón luego de pescar? —preguntó con entusiasmo, pero ambas mujeres le dijeron que no porque era una reserva protegida.

Aquello lo decepcionó un poco, pero comprendió porque, como militar, respetaba a las especies en peligro de extinción y jamás contaminaba los sitios que le servían para entrenar a los nuevos internos. Lo inorgánico que sus muchachos tirasen, siempre terminaba sepultado en el estómago del *delincuente ambiental*.

Cuando salió, Ezequiel estaba ahí esperándolo. Tenía una cara extraña que David no logró descifrar.

—Fui muy pendejo al preguntarte eso, Gonzalo —le dijo en tono preocupado—. No fue mi intención hacerte sentir mal. Perdóname, ¿sí?

—Ya. Tampoco es para que me pidas perdón. No seas tonto. —Rápido se le pasó el coraje al ver sus ojos marrones un tanto apagados por la culpa.

El muchacho le sonrió con cierto alivio; después vio la caña y lo miró a los ojos.

—¿Vas a pescar ahora?

—Por supuesto. Quiero cazar mi propia comida. Pescaré una trucha para ti.

—Venga —lo animó ya con su habitual entusiasmo, con su característico buen humor—. Tú las pescas mientras yo preparo el asador para cocinarlas. ¿Te parece?

Quizás había exagerado en su reacción, aunque no negaba que le seguía molestando que Ezequiel evitase las muestras de afecto frente a sus amigos. No obstante, se sintió bien que hubiese sido el mesero quien se disculpó, quien se acercó para limar las asperezas y continuar con la tregua de paz.

Y no, no había tomado el medicamento porque tenía ganas, tan solo por un día, de relajarse y de ser él mismo, ya sin las drogas ni los estimulantes. ¿Quién necesitaba de un antidepresivo ante tal paisaje? ¿Ante tanta belleza? Además, él estaba seguro de que no sufría de depresión.

Se sentó en la orilla del muelle y preparó la caña como le había enseñado su viejo cuando era un niño de escasos seis años. Por un segundo sonrió al recordarlo explicándole para qué servía cada cebo y cómo lanzar el sedal al río.

Por aquellos años las cosas aún no cambiaban. Su madre se había tomado un poco más de un año para cuidar del recién nacido, y Jorge los llevaba a pescar a él y a los otros. Lo hacía quizás para darle un descanso a Lucía, o porque tal vez quería pasar tiempo con sus hijos. David ya ni entendía por qué había sido un buen padre antes de Mauricio; o quizás solo era que, en esa época, al ser tan pequeño se conformaba con una palmadita en la cabeza y una sonrisa.

Por el rabillo del ojo, se percató de que Melissa se acercaba a él. La muchacha le llevaba una cubeta de plástico para que echase a los peces. David le agradeció con un asentimiento de cabeza, y ella le sonrió forzadamente, antes de susurrarle:

—¿Te puedo acompañar?

—Si no hay más opciones... —murmuró con franqueza y la escuchó soltar una risa suave antes de sentarse junto a él.

David continuó preparando la caña, ajustando el sedal, mientras ella lo observaba con su cerveza en mano; en silencio.

—¿Qué se traen el Ezequiel y tú? —le lanzó la pregunta del millón, a lo que David le respondió encogiéndose de hombros—. ¿Ahora ninguno me lo va a decir?

La miró sin levantar la cabeza; una mirada de hastío.

—Pensé que era obvio.

—Ah. Entonces, ¿van en serio? ¿Están enamorados y toda la cosa?

—Vete a ver si ya puso la marrana.

La chica se rio fuerte y David le chistó para que cerrase su bocota, a lo que respondió reprimiendo otra carcajada con una mano en sus labios.

—Si van en serio me lo hubieran dicho y ya —susurró cuando Duarte lanzó el sedal al agua—; así yo no me portaba tan pesada. Solo pensé que te querías robar a mi mejor amigo.

—No seas ridícula.

—No lo soy. Solo soy una sentimental. Una nostálgica.

A varios metros de ellos, en la palapa que ocupaban, se escucharon los acordes de una guitarra acústica y unas risas varoniles. Ambos voltearon al lugar y David vio que Ezequiel abrazaba a Iván.

Era de esos amigos empalagosos, de esos que no tenían reparo en hacerle mimos a otro de sus allegados.

Él solía ser igual en el pasado. Le nacía ser afectuoso con François y con los otros Mantarrayas.

Entonces recordó el baile de graduación al que ninguno había asistido por irse a tirar nostalgia en la terraza del Alpes. Rememoró las risas tristes y las miradas apagadas cuando Jaime destapó una botella de champán que le había hurtado a su padre ese mismo día.

Hasta ahí llegaría la aventura de los *Rayas*; aquella amistad de años se vería truncada por el futuro. Por el destino.

Iban a separarse: Jaime se iría al extranjero; François aún no estaba seguro porque su padre viviría en Suiza por el rodaje de una película; A Rigo ya lo habían perdido desde antes; Teo se quedaría ahí; Amaru ya se había ido a Guanajuato y él se iría a la militar.

—*Esto no es una despedida* —les dijo François con lágrimas en los ojos, con su corbata deshecha y su cabello revuelto—; *seguiremos en contacto y seguiremos siendo los mejores amigos hasta que seamos unos viejitos.*

Y, aunque David tuvo la sospecha de que le estaba mintiendo, también unió su mano a esa promesa; lo hizo sin ser consciente de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre; lo hizo sin imaginarse que, una vez que entrase a la militar, nada volvería a ser como antes.

El sedal se tensó y obtuvo la primera trucha del día. Melissa, que continuaba a su lado en silencio, festejó dando un aplauso y soltando una risa de júbilo. Y, después del primero, llegaron en fila los siguientes. Pescó una trucha para cada acompañante. Luego se acercó a la palapa y se sentó junto a Andrea, que seguía cantando y tocando la guitarra como si estuviese sola.

Miró a Ezequiel encogerse de hombros y pensó que quizás tenía frío. Llevaba puesta una camiseta de mangas largas y en La Marquesa la temperatura era más baja por el tema de la altura. Pronto se sacó su chaqueta camuflada y se la ofreció por encima de la mesa, puesto que el otro estaba sentado frente a él, en el otro extremo del rústico comedor de madera.

—No tengo frío. Úsala tú —le dijo cuando vio que Eze dudó en aceptarla.

Luego le sonrió cuando se la puso; lo miró abstraído cuando comenzó a abotonarla de arriba a abajo. Pensó que se le veía bien y, por un momento, quiso verlo vestido como militar.

—Son novios. —Melissa se adelantó de la nada; quizás por la cara extrañada de Gustavo y la sonrisa divertida de Iván—. El Eze nos lo tenía bien escondidito, pero ya ven cómo son las

cosas —reprochó.

—No se los había dicho porque pensaba preguntárselo a Gonzalo primero —respondió el aludido—. Quería saber si le parecía bien que ustedes lo supieran.

¿Así que no lo estaba negando después de todo? ¿No lo había dicho para no incomodarlo? Darse cuenta de ello lo hizo sentirse como un tonto; uno muy feliz.

—No me molesta —aseguró con una tenue sonrisa.

Andrea, de treinta y cuatro años, la mayor del grupo y, por ende, la *madre* de los *polluelos* dejó de tocar la guitarra y le echó unos ojos de agonía a David. La chica era tan cómica y teatral que todos se soltaron riendo.

—Güey, en serio, ¿por qué todos los guapos son gays? —se quejó con David, pero la pregunta fue lanzada para el público en general—. Y yo que me había traído mi guitarra para conquistarte —le dijo con un puchero en sus labios pintados de un naranja neón.

—Lo siento —contestó David sin poder ocultar su sonrisa al hallar muy divertida la ocasión.

—Andrea, tienes treinta y cuatro y tres gatos... —se mofó Gustavo mientras Iván sazónaba las truchas con la ayuda de Ezequiel—. Yo creo que a ti ya se te fue el tren hace dos estaciones, chula.

Muy despistadamente, David alcanzó la bandeja donde se habían destripado a los peces. Entonces metió un par de dedos y los extrajo cuando vio que se habían embarrado de sangre; acto seguido, se los lamió. Sin darse cuenta comenzó a hacer lo mismo, ya sin hacer caso de las miradas de los otros, incluyendo la del propio Ezequiel que, lejos de verse asqueado, permanecía *ajeno* en su lugar, frente al asador.

—¿Eres una especie de vampiro, o qué onda? —le preguntó Melissa con una risilla nerviosa.

—No, la sangre humana no me gusta. Tiene un sabor muy agrio y un olor bastante peculiar que no tolero demasiado. Creo que es el miedo lo que la pone rancia. El ser humano siempre tiene miedo antes y durante su muerte.

Sin mirarlos y sin extrañarse por el silencio de todos, cogió una tortilla y le puso un poco de cebolla y cilantro; luego buscó los riñones entre las tripas y se hizo un taco. Taco que se comió como si fuese un verdadero manjar.

—Creo que ya no tengo hambre —murmuró Andrea exagerando un tono robótico para no perder su sentido del humor.

Fue entonces que se percató de las miradas serias, de disgusto. Solo Eze le sonrió desde su sitio, pero ya no supo si lo hizo por compromiso o porque realmente no le importaba lo que había comido.

—Es comida —expuso—. Cómo se nota que no han pasado hambre nunca. Quiten esas caras de mierda, carajo. Quítenlas o me voy a tragar los intestinos para que vean cómo me escurre la mierda por los labios.

—Gonzalo... —Escuchó la voz conciliadora de Ezequiel y lo volteó a ver con gesto irascible—. Está bien, amor. Nadie te está diciendo nada. No grites.

—No estoy gritando —se dijo a sí mismo y, poniéndose de pie, se alcanzó una cerveza de la hielera para luego marcharse por ahí.

¿Qué sabían esos pendejos del mundo real? No entendían nada. ¿Por ese tipo de personas iba a arriesgar el pellejo y a esquivar balas? Para preservar ¿qué...? No le quedaba claro.

Mientras caminaba y bebía aquella asquerosa cerveza oscura comenzó a llover, pero eso no lo detuvo. Era una lluvia suave y fría.

—¿Este eres tú? —se preguntó en voz alta luego de recapacitar un poco las cosas. Se había alterado de la nada al considerar que lo juzgaban—. Solo son civiles, David. Civiles acostumbrados a la comodidad y a la comida hecha por otras manos.

Quiso volver y disculparse, pero se sintió avergonzado con Ezequiel y optó por tomarse un respiro bajo la sombra de un árbol de follaje oscurísimo. Ahí sentado, meditó y comparó sus cambiantes estados de ánimo cada vez que no estaba *sedado* como un oso en el zoológico.

Tenía ese conflicto interno cada vez que, demasiado tarde, se percataba de sus arranques y de lo mal que lo pasaban los otros a causa suya.

Era diferente. Y a veces era bueno serlo, pero casi nunca.

Una gruesa gota gélida le cayó desde la copa del árbol y fue a dar directo a su nuca desnuda. Y un escalofrío le recorrió de pies a cabeza ante el contacto frío.

—Gonzalo, ¿puedo hacerte compañía unos minutos?

Viró su rostro hacia la derecha y vio a Ezequiel empapado por la lluvia. Sintió ganas de abrazarlo, pero logró contener el impulso, aunque pronto palmeó el suelo de una manera compulsiva.

—Sí, sí, siéntate.

Lo iba a dejar porque era insoportable. Inestable mentalmente, física. En cada aspecto era un raro. Y Ezequiel lo acababa de comprobar y ya no quería estar con él jamás. No sabía si iba a dolerle, en ese momento solo podía sentir vergüenza y decepción hacia su persona.

Lo miró de soslayo y vio que llevaba una sonrisa mansa en su semblante tostado y húmedo. Miró sus ojos clavados en las gotitas que rebotaban sobre el río, y se relamió los labios cuando lo escuchó reírse por lo bajo, todavía sin verlo a los ojos.

—¿Sabes qué fue lo primero que vi en ti aquella vez en la Academia, Gonzalo?

Se lo pensó un momento, odiando la cuestión en su totalidad. ¿Cómo iba a saberlo? No era un puto adivino como para leer su mente de gacela aterrada ante un arma de gotcha.

—Estabas asustado —atinó en decir al recordar las súplicas del otro, una vez que lo atrapó abrazado de una rama, en lo alto de un árbol.

—No. Bueno, sí —aceptó, aún sin mirarlo—; estaba asustado, pero lo que pensé fue que tú serías un gran reto en mi vida. Y fue tan extraño cuando tuve que marcharme de la Academia. En verdad pensé que algo nos había unido, para bien o para mal. Pero tuve que irme por lo de mis viejos. Luego volvimos a encontrarnos acá en Ciudad de México. —Entonces lo miró con la sonrisa de siempre—. Cuando entraste en la cafetería me puse muy nervioso porque pensé que mi pesadilla había vuelto. Y ahora eres mi mejor sueño, Gonzalo.

Ante su silencio, Ezequiel recargó su cabeza en su hombro y pasó su mano por su torso dejando su palma estacionada encima de su corazón. Y descubrió los fuertes tumbos que le resonaban hasta los oídos, pero se limitó a compartir algunos minutos en silencio.

«Eh, mírame a los ojos, Ezequiel. Mírame porque quiero decirte algo importante. Mírame, Ezequiel. Mírame y voy a decirte que esto no es lo que soy. Solo has visto mi lado malo, pero en el fondo hay cosas buenas y quiero mostrártelas porque sé que van a gustarte. Yo solía ser diferente a esto que ahora ves. Solía... Ya no lo recuerdo bien, pero te juro que existe una parte de mí que te va a encantar».

No pudo decirlo en voz alta. Su garganta se cerró y su cerebro se acobardó enseguida.

—Melissa no es tan desagradable como imaginé —soltó apartando la cabeza del muchacho de su hombro.

Lo miró con un amago de sonrisa sin esperarse aquel beso que el otro le dio en los labios. Sabía a cerveza y a tabaco; pero también a cerezas por su goma de mascar. Lo correspondió

rápido y se aferró a aquella boca que se le entregaba con una pasión contenida.

Luego cerró los ojos cuando el joven mesero le acunó el rostro con sus manos. Sintió paz ante el tibio contacto; se quedó quieto, dejándose hacer como un gato que aguarda por los mimos de su dueño.

—No te alejes de mí —le pidió—. Finalmente empiezo a creer en el destino y ha sido gracias a ti. Cuando te sientas molesto o superado, pídemelo hablar y yo voy a escucharte siempre.

—¿Siempre?

—Siempre —le confirmó.

Aquella noche lo vio bailar con un erotismo que superaba la barrera entre lo sensual y lo pornográfico. Lo observó moverse con sinuosidad y se mordió la esquina de su labio inferior cuando, arrodillado frente a la jauría de siempre, notó que muchas manos lo tocaban con descaro al introducir billetes en su cortísimo bañador de clavadista de Acapulco.

Ya había escupido fuego; bailado hasta ponerlo durísimo; lo había consolado en uno de *aquellos de sus momentos*; lo había disculpado con sus amigos; le había dicho que era su mejor sueño.

¿Qué otra carta guardaba para conquistarlo? ¿O acaso ya estaba atrapado y no se había dado cuenta?

Cuando la función terminó, Ezequiel, todavía semidesnudo, volvió a la mesa que habían compartido desde que llegaron. Colocó los billetes en la superficie y le besó nuevamente, entonces sin disimulos, sin reparos. Le pidió que contase el dinero mientras iba a cambiarse a aquel horrible cuartucho que le servía de camerino. Después volvió y preguntó por los números y sonrió satisfecho ante la cifra diciéndole que *sí les alcanzaba*.

Lo llevó a un hotel de cuatro estrellas y le pidió que pasasen la noche juntos con la excusa de aprovechar el desayuno gratis que venía incluido con la renta.

Ardiendo en deseos, David comenzó a despojarse de las prendas, lanzando por los aires las ligas del entubado de su pantalón. Ezequiel también se desvistió, pero lo detuvo cuando intentó meterle mano. Le pidió que se acostasen un momento porque deseaba preguntarle algo.

—¿Me vas a decir la verdad, Gonzalo?

La habitación estaba en tinieblas; solo una luz azulada entraba por la ancha y alta ventana proyectando figuras abstractas en las paredes, líneas que no tenían fin ni principio.

» Gonzalo, ¿me estás escuchando?

Se había quedado intentando descubrir qué objeto de la habitación era el que proyectaba un rostro siniestro en una de las paredes.

—Sí...

—¿Vas a decirme la verdad?

—Claro.

—¿Has matado a alguien, Gonzalo?

Y el silencio se tornó revelador.

No fue su intención quedarse mudo durante tantos minutos, pero la pregunta lo cogió desprevenido.

¿Qué iba a pensar de él si le decía que sí? ¿Iba a dejarlo? ¿Se sentiría horrorizado? ¿Decepcionado?

Lo miró en medio de la penumbra. Su rostro a pocos centímetros del suyo; pudo distinguir los contornos de sus rasgos; la nariz recta y algo larga; los labios sellados y un diminuto brillo en sus ojos expectantes. Estaba acodado mirándolo fijamente.

—¿Por qué quieres saber eso? —le preguntó.

—Dijiste que habías probado la sangre humana, y en Navidad, sí, estaba algo entonado por el alcohol, pero recuerdo que mi tío te preguntó lo mismo y tú te encargaste de que yo no escuchara nada.

Todavía podía contarlos: dos a sus casi diecinueve y tres a sus veintitrés. ¿Qué pensaría Ezequiel si le decía que, justo la tarde de Navidad, había matado a un hombre con sus propias manos?

—No me hagas esas preguntas —respondió con desgana—. Es un tema que prefiero no hablar contigo.

—¿Por qué?

La respuesta ya era un más que evidente *sí*. ¿Qué esperaba escuchar entonces? ¿Los detalles? ¿Su sentir luego del acto? Él no se sentía con las agallas de contarle la crudeza que existía antes, durante y después de los asesinatos. Él no iba a entender si le decía que, a esos que mataban, habían dejado de ser humanos desde hacía mucho tiempo. Eran más monstruos que él, que Marcos, que todos los PHM juntos.

Hundió la cabeza en la almohada y respiró hondo al cerrar los ojos. Echó de menos la enredadera de luces de la habitación de Ezequiel, porque esperar a que cambiasen los colores siempre lograba distraerlo de sus propios pensamientos.

«Por favor, señor. No me mate. Tengo dos hijas chiquitas, señor. Se lo suplico, se...».

Ni siquiera lo había dejado terminar los ruegos desesperados ni enjugarse las lágrimas que le fluían a borbotones de aquellos ojos impregnados de terror y tristeza.

Lo peor de todo era que no se había sentido mal, no se arrepentía de haber eliminado a otra *rata* más del país. Lo estaba *limpiando*. Estaba haciendo el *bien*.

Luego había pensado en Neza y lo invadió un sentimiento de desazón enorme cuando pensó en que había asesinado a un padre de familia en plena Navidad. Se puso a pensar en si sus hijas lo estarían esperando para la cena. Y pensó en que no llegaría a causa suya.

Intentó irse y Marcos lo golpeó tres veces en el rostro. Porque el general podía leer sus emociones con solo verlo a los ojos. Y David se había asustado mucho.

—*¡Si te ablandas, te van a chingar a ti, cabrón!* —le gritó tras la tercera bofetada que le dio con el dorso de la mano.

David hizo un gesto muy tenue de dolor porque Marcos tenía la mano pesada y porque usaba tres anillos que siempre le dejaban marcas en las mejillas y en los pómulos.

—*No importa si es el día mundial de la paz o Navidad. Nosotros no tenemos descanso. Para nosotros no hay fechas especiales. Solo juicios* —le dijo uno de los hombres encapuchados que pertenecía a la organización del general.

E Iturbide cogió una sierra eléctrica con una mano, y con la otra arrastró el cuerpo del occiso hacia la salida pidiéndole a David que lo siguiese hacia el exterior.

Ahí le había pedido que se quitase el uniforme y que lo dejase en el suelo para que no se manchase; acto seguido, le ordenó que le cortase la cabeza y los brazos; las piernas.

La navaja se forzó con el hioides y después se atascó con el esternón cuando, en estado catatónico y casi inconsciente, decidió destrozar el cadáver en su totalidad. La sangre fluyó como si se tratase de una cubeta que se cae y derrama el agua. Y ahí probó la sangre humana.

Vomitó.

Al final se limpió y se volvió a vestir. Marcos le permitió que se lavase el rostro sudoroso y salpicado de gotitas carmín, pero David llenó el lavabo hasta el tope y hundió la cabeza en el agua fría. Luego le pidió al general que lo llevase al centro y ahí cogió un taxi para ir a pasar una *feliz Navidad* con Ezequiel y los suyos.

Estaba seguro de que el mesero no iba a comprender sus motivos; ni siquiera si le juraba que con el tiro de gracia estaba *bien*, pero que haber cercenado un cuerpo lo había superado mentalmente porque él no era ningún puto carnicero. Porque eso no formaba parte del adiestramiento del ejército.

—No quiero que conozcas esa parte de mí —murmuró con la mirada puesta en el abanico de aspas que giraba a gran velocidad—. No me preguntes más.

Pesaroso y, ciertamente angustiado, se frotó los ojos y lo volteó a ver solo para descubrir la mirada del otro clavada en él. Quiso saber qué estaba pasando por su cabeza, pero no pudo preguntarle.

—Entiendo —dijo sin más.

—¿Lo entiendes de verdad?

—Sí.

David asintió con la cabeza aliviado, pero al mismo tiempo dubitativo e incrédulo por la pronta aceptación que tuvo de Ezequiel.

—Es algo que tengo que hacer —le confesó un poco más, sintiéndose comprometido al ver que el muchacho no estaba presionándolo. De alguna manera, quería explicarle que no lo hacía por placer o porque era malo, sino porque era parte de su trabajo—. Van a existir ocasiones en las que tendré que defenderme, ¿sabes? Me pueden herir, o pueden matarme si decido no accionar el gatillo. ¿Comprendes?

—Cállate, ni lo menciones... No lo digas en voz alta nunca.

Entonces lo abrazó con fuerza, y con sus labios buscó los suyos para dejarle un beso húmedo, cálido. Luego se apartó solo un poco y le acarició el rostro con sus manos suaves, de dedos largos y delgados.

—No hablemos de esto, ¿quieres? —propuso David al sentirlo tenso y preocupado.

En respuesta recibió el cuerpo semidesnudo de Ezequiel. Lo tuvo encima besándole los labios con breves mordiscos placenteros.

Sus manos descendieron por los costados de su cuerpo y pronto se inmiscuyeron por debajo del bóxer corto que le cubría aquel bulto duro que podía sentir sobre el suyo, originando un estregón que le provocó un resuello de deleite.

Ezequiel descendió con su boca hasta atrapar una tetilla con sus labios; succionó y chupó con movimientos circulares aquel diminuto botón rígido; luego siguió con la otra y repitió, pero esa vez, llevó dos de sus dedos a la boca de David y los adentró para que el otro los lamiese. Sacándolos y metiéndolos; profanando casi hasta su garganta entre jadeos de goce.

—Chúpamela —le pidió luego de apartar los dedos, deslizando con sus manos la cabeza del moreno hasta su entrepierna en llamas—. Ah, sí... ¿Te cabe toda? Oh...

Después de unos minutos de juego previo, fue Ezequiel quien le dijo que quería cabalgarlo. Y le dio la espalda acomodando sus rodillas en los costados de las piernas de David antes de empalarse sobre el miembro durísimo y caliente.

David se acodó con el brazo izquierdo y, con el derecho, se dedicó a acariciar el vientre y bombear la erección del otro, escuchándolo gemir con mayor libertad.

Después de todo, sí era un gritón.

Lo que más le gustó fue haberlo hecho sin preservativo, aunque Eze no lo dejó terminar dentro. Luego vino ese momento en el que el mesero se le recostó a un lado y lo abrazó acomodando su cabeza sobre su hombro derecho.

—Abrázame —le pidió—. Nunca lo haces...

—Oh, aquí vamos... —murmuró entre molesto y divertido, pasando su brazo por la

espalda del meloso de Ezequiel.

Se quedaron en silencio durante algunos minutos, recuperando el oxígeno y las energías gastadas. Sin embargo, Eze carraspeó la garganta para avisarle que estaba por hablar.

—Gonzalo...

—¿Mh?

—¿Te acuestas con otros hombres?

—No —mintió—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estoy confiando en ti. ¿Viste? Hoy no nos protegimos. —Se rio de nervios—. Hoy ha sido más especial esto.

David se quedó callado limitándose a acariciarle el brazo lampiño. A su memoria llegó el general Iturbide y la manera tan arrebatada que tenía de tomarlo. El odio y el cariño; la admiración y los deseos de verlo muerto.

—Voy a ducharme —anunció tratando de quitárselo de encima, pero Ezequiel le subió una de sus fuertes y torneadas piernas a la altura de su pelvis—. Quítate, sanguijuela —bromeó, aunque sí intentó sacárselo.

—No te bañes, quedémonos así toda la noche. Quiero hacértelo casi al amanecer —le confesó con una risita, a lo que David respondió con una risa nasal, entonces dejando de luchar para liberarse, volviendo su brazo a la espalda nudosa y morena del muchacho—. Te echo tanto de menos cuando te vas. Sé que solo es por unos días, pero me pongo a pensar que después será más tiempo y me entra una ansiedad horrible. Me dan ganas de arrancarme los pelos...

—Es mi trabajo —acotó sin reírse porque él conocía esa sensación—, no puedo dejar de servir a la patria porque de eso depende mi vida.

—¿¡Nah?! —exclamó incorporándose un poco casi hasta subírsele encima—. ¿Solo eso es tu vida? ¿Servir a México? ¿No hay más? ¿Algo que desees para ti mismo?

—Quiero ver a Neza y a mi hermano Mauricio —aceptó—. Quiero pasar unos días con ellos y olvidarme del mundo. Solo colorear con Mauri y jugar con mi hijo.

—¿Colorear con tu hermano? ¿Es un niño? Recuerdo que me contaste que él nació cinco años después de ti. ¿Me has estado mintiendo? —le preguntó con alegría, como si acabase de descubrirlo en una de sus andadas.

—Es autista. Es un joven autista. Tiene una mentalidad algo infantil, pero es muy inteligente y bueno.

Sonrió al recordarlo con sus manías y su eterna inexpresividad. Callado la mayor parte del tiempo; ruidoso hasta el hartazgo cuando conectaba con la realidad. Gritando que era *Doroteo Arango* y que mataría a medio mundo; para luego perderse en un limbo en el que solo David se percataba del dolor que se proyectaba en sus ojos clarísimos.

—¿Quién cuida de él? —le inquirió el otro.

—Lo cuida su mamá y su papá.

Ezequiel echó la cabeza hacia atrás al tiempo que chasqueó la lengua. No podía ver con claridad su expresión, pero sabía que se hallaba confundido. Así que optó por explicarle:

» Mis padres no murieron, Eze. No como los tuyos. Los míos murieron de otra forma. En lo emocional, como dice mi amiga Karen...

—¿Están vivos? ¿Es lo que intentas decirme?

—Tengo entendido que siguen respirando, sí.

—¿Por qué me dijiste que eras huérfano? —preguntó con los ánimos algo subidos de tono.

—Porque lo están. Al menos para mí. ¿Por qué te exaltas? Contrólate, carajo —espetó de

mala gana—. Uno se queda con lo bueno y desecha lo malo. Y mata lo peor. Así somos algunos y ¿qué? Mis viejos están muertos y ya les lloré lo que tuve que llorarles. ¿Por qué tengo que seguir anclado a ese maldito pasado que no me dejó nada bueno? Yo no tengo la culpa de nada, eh...

Se percató de que Ezequiel le asentía con la cabeza enérgicamente. También lo escuchaba sorber por la nariz de tanto en tanto. Apenas había reparado en que se hallaba sentado junto a él, en que había dejado de abrazarlo y de *acurrucarse*. Y echó de menos el contacto, así que, en un impulso que no pudo reprimir, se sentó frente a él y posó sus manos en los hombros del otro, quien, ante el acto, se cubrió los ojos con ambas manos.

Ezequiel lloró en silencio, pero su cuerpo se convulsionaba con levedad cuando, seguramente, el dolor era insoportable en sus recuerdos.

—Si mis padres estuviesen vivos, yo...

—¡Tus padres no eran como los míos! —Alzó la voz sin llegar a sonar furioso, más bien fue un tono desesperado, como si intentase convencerlo—. ¿Alguna vez te ignoraron? ¿Te llamaron *estorbo*, *carga*, *malo*? Todos querían que me fuese de casa y eso fue lo que hice, ¿entiendes? ¡¿Entiendes, carajo?! —gritó con la voz rota y aquella sensación de escozor en ojos y garganta, con aquella sensación de tener una bota sobre su pecho—. Nunca hice nada bien... Nunca... —se lamentó con pesar, pero no se permitió derramar ninguna lágrima—. Viví perdido en mi propia casa y apenas y me conocían. Nunca entraron en mi habitación para ver cómo estaba o qué hacía...

El mesero se enjugó las lágrimas y corrió a encender la luz de la habitación. David supuso que sus ojos estarían rojos, así que flexionó las rodillas e internó su rostro entre ambas, sosteniendo con ambas manos sus brazos.

Ezequiel lo abrazó con fuerza y le besó la cabeza acariciándole la espalda de arriba a abajo.

» Solo intento saber quién soy y por qué todos huyen de mí... —murmuró—. ¿Qué hay de malo en escapar para sobrevivir? ¿Buscar otra familia que sí me valore? ¿Tener muchos hermanos en el ejército? ¿Qué hay de malo en querer protegerme?

—Nada, amor. No hay nada de malo en eso. Vamos a acostarnos un momento, ¿sí?

Como pudo, le asintió con la cabeza. Acto seguido, fue él quien internó su rostro en el pecho de Ezequiel sintiéndose intranquilo y nervioso. Apretándolo contra su cuerpo para tener algo a lo que aferrarse; al menos por esa noche.

Lo despertó el olor a cigarrillo y el murmullo del televisor. Eran las cinco de la madrugada y Ezequiel fumaba en el breve balcón mirando hacia el vacío como si estuviese pensando en saltar.

Desde la cama lo observó. Por la iluminación azulada de la TV notó que estaba desnudo. Tenía unas nalgas preciosas; tostadas naturalmente, cuadradas porque no tenía ni un ápice de femenino, pero al mismo tiempo abultadas.

—Ven —lo llamó y lo vio sobresaltarse un poco. Luego arrojó el cigarrillo por encima de la baranda de hierro y lo volteó a ver—. Ven conmigo. Todavía no amanece.

En lo que el otro se decidía, David buscó el control remoto y apagó el televisor, aunque entonces notó que el cielo ya no estaba negro y que empezaba a aclarar.

El muchacho dejó abierta la puerta y se adentró en la habitación; con gesto impávido se metió bajo las sábanas y le dio la espalda, aun y cuando David le había ofrecido la calidez de su pecho como un refugio provisional para curar lo que fuese que le acechase en ese momento.

Agitando su pie derecho en muestra de ansiedad y desesperación, soltó una risa nerviosa

y se lo pensó dos veces antes de pegarse a su cuerpo y abrazarlo; incluso deslizó su brazo por debajo del cuerpo del otro. Y lo apretó como si fuese un muñeco de felpa. Un salvador de su propia niñez extraviada.

—Te estoy abrazando —le canturreó porque quería levantarle el ánimo.

—Mañana te asciendo de rango por la meta cumplida.

Sonrió ante la broma del otro, ante el tono irónico, sarcástico. Eso lo motivó a besarle el costado del cuello, a olfatear y a clavarle los dientes sin llegar a marcarlo.

—¿Quieres nadar? Vi que hay una piscina y que está abierta 24/7 para los que nos hospedamos aquí. Podemos hacer una competencia y a lo mejor te dejo ganar...

—No, tengo mucho sueño. Mejor otro día.

Le preocupó el tono apagado de su voz; la falta de entusiasmo y el hecho de que no buscara el contacto como acostumbraba hacer cada vez que dormían juntos.

Probablemente se lo había pensado un poco mejor. ¿Acaso estaría pensando en que estaba compartiendo cama con un asesino? ¿Fingiría dormir para luego marcharse cuando él cayese rendido entre sueños?

David se sentía bien después de haber escupido un poco de toda esa basura que llevaba arrastrando consigo desde hacía ya tantos años. Por alguna razón, Ezequiel le inspiraba confianza, aunque no estaba preparado para hablar de todo lo que sentía. Y no por vergüenza, sino porque seguía creyendo que existen cosas tan personales que no se mencionan ni en voz alta. Ni para uno mismo.

—*I'm able to breathe a sweet relief*

Now that you're here for me...

A northern degree dove into me

Now I'm recovering...

I only want you to see

My favorite part of me

And not my ugly side

And not my ugly side... * —le cantó en voz muy baja tras su oreja, con la esperanza de que Eze entendiese el inglés, pero se dio cuenta de que el muchacho ya estaba dormido.

Para cuando Ezequiel se despertó, él ya había hecho cuarenta y cinco minutos de ejercicio y se había tomado una ducha. Entonces se hallaba mandándose mensajes de texto con Neza, sonriendo como un tonto ante el entusiasmo del pequeño, pensando con amargura en las palabras de Karen y, sobre todo, mordiéndose la lengua para no prometerle ir pronto. No quería desilusionarlo.

Le había pedido a Marcos que le ayudase al egresar. Quería que lo enviaran a su estado natal, aun y cuando era consciente de que, estando en servicio, no podría ir a echarle vueltas a su familia porque podría terminar en una prisión por infringir la ley.

Sin embargo, se conformaba con estar cerca, con pasar por la escuela de Neza y saber que, en caso de una emergencia, estaría a minutos de Mirna y del niño.

Y Marcos le dijo que lo hablaría con sus superiores. «*Lo más seguro es que sí. Ya sabes que tengo a todos en el bolsillo. A mí no pueden decirme que no*», fanfarroneó el hombre con su sonrisa macabra y sus ojos sin alma.

Aun así, con la promesa de volver al norte con la ayuda del general, no festejaba porque con Iturbide siempre había un truco. Ningún favor era gratis, y no estaba dispuesto a seguir colaborando con él ni con su organización. Prefería asesinarlo si volvía a obligarle a desmembrar otro cuerpo. Prefería desmembrarlo a él.

Antes de dejar el hotel desayunaron juntos. Después se marcharon cada uno por su cuenta, porque David tenía unos asuntos con Mercedes y Ezequiel con su tía Imelda.

Se besaron en la puerta de la habitación y se miraron a los ojos; Ezequiel con una sonrisa y David sin expresiones.

—Te veo el próximo sábado, guapo —le dijo antes de darle otro beso; uno corto y fugaz.

Y David le asintió quedándose un momento en el umbral, mirándole el culo cuando se marchó rumbo a su auto.

En punto de las seis de la tarde entregó sus pertenencias a la cadete encargada y saludó al mayor que, desde lo ocurrido con Yosef, seguía mirándolo con desprecio. Para nadie era un secreto que era un homofóbico bastante violento. Y David sintió cierta preocupación de que Yos hubiese hablado o de que el hombre hubiese notado que intentaba evitarle el castigo a su *expolvo de los jueves*. De ser así, lo más probable era que lo tuviese vinculado a la muchacha, y aquello representaba un riesgo para él.

Decidió que lo mejor sería guardar distancia con Yosef, por lo menos hasta que ella entendiese que estaba arriesgando demasiado con sus protestas, con aquellas manifestaciones a solas en las que exponía su disgusto al ser tratada como un hombre.

La última vez había causado un gran revuelo al salir semidesnuda, vistiendo únicamente su pantalón camuflado y un sostén sin relleno. Entonces exigía que la dejaran conservar su cabello largo, pero había sido rapada como una oveja, frente a todos y en medio de burlas.

Lo peor del caso no solo eran las negativas y el desprecio de los superiores, lo peor era que no tenía el apoyo de las otras cadetes que la veían como si fuese una amenaza. Muchas mujeres se habían quejado y habían puesto en manifiesto que no tolerarían compartir el dormitorio con un *hombre* que pudiese abusar de ellas mientras durmiesen.

Eran todos contra Yuridia y David comprendía ese sentir; la impotencia de no ser como los otros; la frustración de no contar con un amigo leal con el cual pudiese desahogarse o simplemente reír y relajarse un momento.

La vio corriendo en una de las pistas; todavía no se le notaba lo femenino en su andar. Le dio risa que se esforzase en hablar más suave y agudo, pero que se le pasasen muchos detalles más.

Lo mejor era poner distancia, sí.

Pero David hacía exactamente lo contrario a lo que se establecía a fuer de prudente y racional.

Corrió hasta alcanzarla y ella lo miró con sorpresa. No parecía enfadada por cómo le había hablado la última vez que le dejó claro que no quería verla cerca de Ezequiel porque no quería problemas con su novio.

—¿Dónde está tu novio? —le inquirió con una sorna fingida, sin bajar la velocidad.

—Afuera. Me lo he culeado todo el fin de semana. Lo estoy dejando descansar.

—*Arg...* Odioso —masculló irritada tratando de avanzar para dejarlo atrás.

David se rio por su cara molesta y por sus vanos intentos de ganarle la carrera. Continuó a la par de ella mirándola con su sonrisa burlona.

—Corres como macho, mujer.

Fue la primera vez que se dirigió a ella como lo que en verdad era y no dejándose llevar por su apariencia masculina. Yuridia se rio con cierto nerviosismo, pero le fue imposible ocultar la alegría de aquella primera muralla derrumbada entre los dos.

—¿Sí? —Suavizó su voz al cuestionarle y David le asintió con la cabeza y con un sonido gutural—. Entonces, ¿cómo debería de correr, capitán segundo?

La detuvo con una mano en el hombro y ella obedeció. Se quedaron de pie en medio de la pista y, antes de atreverse, David relajó los hombros y movió su cuello circularmente para evitar la postura rígida aprendida con los años.

—Las cadetes mueven el culo y no están tan rígidas cuando corren. Es una postura más relajada. Necesitas soltarte —le dijo recordando las palabras de Mirna cuando intentaba enseñarle un nuevo baile—; correr como lo que eres y no como lo que otros quieren que seas.

—¿Cómo?

Entonces corrió exagerando los movimientos de sus caderas, contorneándose de izquierda a derecha y levantando ambos brazos al aire con un dejo de teatralidad.

—¡Mariconas! —le gritó Yos entre carcajadas, apurando el paso para alcanzarlo.

David se detuvo al sentir que la chica intentaba atraparlo. Luego dejó de reírse y la miró a los ojos. Ya no era aquel muchacho agradable que lo seguía como su sombra; siempre había sido una chica enamorada y hasta ese día no había reparado en ello.

—Te voy a sacar de aquí —le dijo notando como Yuri fruncía sus cejas delgadas—. Entiendo lo que quieres hacer, pero este no es el lugar y no quiero que termines muerta. Lo intentaste, y eso es mucho. Aunque te parezca poco. Fuiste valiente y aguantaste mucha mierda por tu cuenta. Pero ya estuvo bueno. No más.

—No me quiero ir... —Como si realmente entendiese que no había otra alternativa, Yos le gimió con los ojos vidriosos, como si aceptase su destino.

—Quiero que vayas allá afuera y que construyas un mundo para ti. Te ofrezco mi amistad. Solo eso. Bueno, y mi ayuda para salir de aquí.

—¿Pero...?

—Pero nada. Ya has hecho lo que nadie hizo jamás. Créeme, tu nombre será recordado siempre. Tienes más huevos que cualquiera de nosotros.

Aunque le había ofrecido la ayuda de corazón, algo le dijo que estaba cometiendo un grave error...

—¿Sabes lo que me estás pidiendo, Duarte? —le preguntó el general Iturbide esa misma semana—. Sacar a un cadete del ejército no es nada fácil.

—Lo sé, señor. Por eso es por lo que se lo pido a usted.

—¿Por qué no le prestas la Coyote? Esa es para casos de emergencia. —Soltó una carcajada—. Bien, te voy a ayudar, pero con una condición...

—Dígame, general.

—Únete a los PHM.

(*) Ugly side de la banda Blue October.

«Soy capaz de respirar un dulce alivio

Ahora que estás aquí para mí

Una paloma del norte dentro de mí

Ahora me estoy recuperando

Solo quiero que veas

Mi parte favorita de mí

Y no mi lado feo

Y no mi lado feo».

12.

Le prometió unirse a los PHM, pero hasta después de terminar con su primer año de servicio. Allá afuera sería más sencillo asesinarlo sin levantar tantas sospechas, sin que lo vinculasen.

Pensó en que iba a invitarlo a algún motel barato y que allí, mientras Marcos durmiese, con el silenciador puesto y con la ayuda de una almohada para opacar el sonido, accionaría el gatillo tras la oreja del hombre.

Podía ver la sangrienta escena en su cabeza: el orificio hondo en el cráneo y la sangre fluyendo en un arroyo púrpura; porque Marcos no era un humano, no podía tener la sangre roja.

Se tomaría su tiempo para lavarse las manos, para intentar deshacerse de la pólvora y del aroma esparcido en su brazo. Y no dejaría huellas porque desearía el condón por el váter y cualquier rastro que lo pusiese en evidencia cuando el crimen quedase al descubierto de las autoridades.

Yosef salió en la última semana de marzo y fue dada de baja por presentar *problemas psicológicos* gravísimos. Una depresión en su expediente la hizo acreedora de una baja por motivos *especiales*. Y, aunque seguía un poco renuente a marcharse, David la terminó de convencer con un beso, allí en las caballerizas.

—Párate ahí, ahí en la esquina —le ordenó la gruesa voz del general Marcos.

David aparcó la camioneta blindada en el lugar que se le indicó. Luego observó el rostro de Iturbide y le vio surcar aquella sonrisa macabra que poseía. Entonces buscó la causa de la repentina alegría y vio que un muchacho se acercaba a ellos con un andar resuelto y una sonrisa de medio lado. Coqueto, indiscreto.

—¿Qué sucede? —le preguntó extrañado cuando el chico tocó con sus nudillos huesudos el cristal de la ventana—. ¿Quién es este?

—*Shht*, no preguntes. Solo ábrele. Baja el vidrio, pendejo —ordenó entre risas al ver que David se había quedado confundido.

—Soy Isra —se presentó el joven de escasos veinte años. Al menos eso aparentaba por su rostro imberbe y sus mejillas que seguían conservando la redondez de la primavera de su turbulenta vida—. ¿Son Giovanni y Paolo?

—Sí, sí —expresó el general con una alegría que David no había visto en muchísimo tiempo. Luego aclaró, apuntándole—: Él es Giovanni y yo soy Paolo. Súbete, bonito.

Le pidió que condujese a su casa. David solo quería unos minutos libres para decirle a Ezequiel que iba a plantarlo por otro de sus asuntos del ejército. Su relación no atravesaba por su mejor momento, lo que era terrible si contaba el tiempo que llevaban de novios.

Pendía de un hilo bastante frágil ya que el bailarín se había mostrado distante y serio durante las últimas semanas. Eso le preocupaba y de verdad había estado deseando verlo para hablar de lo que ocurría con Eze desde que le confesó lo de sus padres, y lo *otro*...

Sin embargo, Marcos se había adueñado de todo su ser. De su tiempo. De cada aspecto de su vida. Y todo por ese favor de sacar a Yuridia del colegio sin ningún tipo de repercusiones que afectasen su futuro.

Llegaron a una licorería y David se bajó a comprar un par de botellas de whisky que Iturbide le encargó. Pagó con la tarjeta del hombre y volvió a la camioneta tratando de ocultar su malhumor. No obstante, se le notó al dar el fuerte portazo que acalló la conversación que Marcos

sostenía con el prostituto.

—¿Qué te pasa?

—Nada —espetó echando a andar el motor para acercarse a la casa que ya se hallaba próxima al sitio donde se encontraban.

Apenas y llegaron, Marcos se comió a besos a ese muchacho que bien podría ser su hijo. David preparó los tres vasos que el hombre le pidió, y los observó desde la barra de la cocina que también servía como isla para sentarse a desayunar.

«Eh, no voy a poder verte hoy. Me salió algo en el ejército y no creo desocuparme a tiempo. ¿Nos vemos el próximo sábado?». Le envió a Ezequiel en una de esas oportunidades que tuvo.

Este le respondió enseguida:

Ezequiel:

Ok...

Chasqueando la lengua al percibir la molestia en ese escueto mensaje, suspiró rendido y volvió a la sala de estar donde Israel ya se hallaba sin camisa y sin pantalón. Solo estaba vistiendo un calzoncillo azul marino y sus calcetines blancos que le llegaban por encima de los flacuchos tobillos.

David interrumpió el momento haciendo entrega de las bebidas. Una para Israel; dos para Marcos, quien, al recibir ambos vasos, le dijo que uno era para él, que lo bebiese.

—Ya sabes cómo me pongo cuando bebo...

—Aquí Isra y yo te cuidamos, anda.

—Y luego es whisky, cabrón... —murmuró con una risa nerviosa, pero al final accedió soltando un gruñido de asco cuando pasó el primer trago.

Escuchó las risas de Israel y las de Marcos y tuvo ganas de golpearlos a ambos. No obstante, se contuvo; se aguantó las arcadas y se terminó el trago antes de sentarse en el sofá para no marearse más de lo que ya empezaba a sentirse.

Creía que, si Marcos pensaba en invitarlo, por no decir *obligarlo*, a beber, al menos debió tener la decencia de alertarle para que no tomase la medicación ese día. Medicación que Ezequiel le pedía que no abandonase jamás y que, él, con tal de que le regalase esa mirada sonriente y brillante, obedecía religiosamente.

—Me gustaste mucho cuando te vi en esa página de citas... —Miró a Iturbide ligando y recargó la cabeza en el asiento para verlos con atención.

Al general le iba a explotar la entrepierna mientras que a Israel parecía tenerlo sin cosquillas todos los vanos intentos del mayor.

—También me gustaste mucho, Paolo. Eres mi tipo... Totalmente, mi amor. Me encantas.

—Uy —acotó el aludido con una risilla estúpida; acto seguido, lo volteó a ver, y le dijo —: ¿Por qué jamás me hablas así de bonito? ¿Ves qué agradable es Israel?

No le respondió de inmediato. ¿Qué iba a decirle? «*Imbécil. Tu momento llegará y quiero verte reír como lo haces ahora*», pensó sin percatarse de la mirada de odio que irradiaban sus ojos azules.

—Esas mariconadas no van conmigo, *Paolo*... —dijo en cambio, mirando la sonrisa tímida de Israel.

—Ve y sirve otros tragos, bonito.

Cuando el joven se marchó, Iturbide se sentó junto a David y posó su mano muy cerca de su entrepierna. Este miró la cercanía de sus dedos gruesos y lo volteó a ver descubriendo entonces aquellos ojos malditos que lo observaban con curiosidad.

—¿Por qué esa cara de mierda? —le cuestionó el hombre con una risa burlona—. ¿No me digas que estás celoso de que haya invitado a un tercero a nuestras *reuniones*?

—No es eso, Marcos. Lo que pasa es que ya son tres sábados encerrados aquí o yendo *allá*. Quiero salir.

—¿A qué?

—A ver al chavo que me gusta.

Repentinamente, el general le cogió el rostro desde la barbilla, lo hizo con fuerza y lo obligó a mirarle a los ojos. Tenía una mirada sombría, casi malévola.

—¿No me digas que ya te enamoraste?

—No.

—¿Entonces?

—Solo quiero salir, señor.

Israel se había quedado observándolos a pocos metros del sofá, sosteniendo los tres vasos. Y, cuando Iturbide se percató de su presencia, rápido soltó a David y le sonrió haciéndole una seña para que se sentase sobre sus piernas.

—Los hice *cargaditos*. Con cuidado, chicos. —Y les entregó las bebidas antes de sentarse a horcajadas del general para comerle la boca.

Por un momento, David se preguntó por qué ellos dos nunca habían tenido esa clase de acercamiento. ¿Por qué sus encuentros se limitaban a una especie de sexo duro y descarnado? ¿A qué se debía ese maltrato por parte de Iturbide? ¿Esa frialdad que le demostraba una vez consumado el acto? Porque los besos apremiantes tampoco llevaban pasión; eran besos arrebatados y violentos.

—Ya no voy a beber —les avisó sin importarle que aquellos siguiesen besándose sin mesura.

—No seas marica, *Giovanni*. Tú te bebes lo que te sirva y cooperas en lo que te ordene. En pocas palabras: *cállese el hocico y afloje el culito*. Marica.

Luego le alcanzó la barbilla, se acercó y lo besó con premura mientras que el otro, animado por la idea del trío, le metió mano y comenzó a masajearle el bulto hasta ponérselo duro.

Aun así, aunque ya algo acalorado por los roces del más joven, David demoró en corresponderle el beso porque no le apetecía en lo absoluto. Desde Ezequiel, ya no le apetecía Marcos. Cuando pensaba en sexo, a su mente llegaba la piel tostada y torneada de su novio. No la de ningún otro hombre.

Bebieron y se besaron. De dos en dos y los tres juntos. David perdió la cuenta de los vasos que ingirió, pero se percató de que estaba algo perdido cuando, motivados por Marcos, los tres se encaminaron a la habitación, pero solo él lo hizo tambaleante.

Todo pasó como en una ráfaga de flashazos que, por su incandescente luz, terminan por borrar los recuerdos importantes; las sensaciones vividas y los momentos de placer o dolor experimentados.

Despertó a eso de la una de la madrugada y miró la escena a la que había pertenecido hacía apenas unos segundos: dos hombres desnudos sin ningún tipo de pudor. Con él habían sido tres serpientes enredadas, despellejadas y exhaustas.

Ni siquiera podía decir si le había gustado porque no recordaba nada. Hastiado y con un fuerte dolor de cabeza, decidió tomar una ducha y salir de ahí sin importarle si a Marcos le parecía o no.

Volviendo a portar su uniforme salió con el teléfono en la mano y pidió un taxi que

demoró casi una hora en llegar al lugar, manifestando haberse perdido debido a la lejanía. En el camino se fue pensando en lo poco que recordaba de lo que había hecho durante la tarde/noche del sábado.

Había sido penetrado, de eso no le quedaba duda; lo sentía. Tenía una molestia en el culo y una enorme sensación de vacío en el pecho.

Estaba triste y furioso.

Una vez más, se sentía perdido y al límite.

Se preguntó si alguna vez Marcos iba a dejarlo libre, y entonces un flashazo volvió a su memoria originando un escalofrío en su nuca al recordar la voz jadeante tras su oreja, que le decía: «Eres mío. Mi muchacho especial».

—Hemos llegado, señor —le avisó el taxista y reaccionó.

Estaba frente a la casa de Ezequiel. Reconoció la fachada vieja y el enorme árbol que cubría parte de la ventana frontal que daba a la pequeña sala de estar donde la virgen Guadalupe cuidaba de su novio y de la tía Imelda.

Llamó a la puerta un par de veces después de enviarle un mensaje de texto a Eze avisando que estaba afuera, que lo dejase entrar.

A los pocos minutos se abrió la puerta y el muchacho salió con cara de sorpresa. Todavía olía a tabaco, a la decadencia de *Déjate llevar*.

—Son las tres de la madrugada —le dijo—. ¿De dónde vienes?

—¿Escupiste fuego esta noche? —preguntó para esquivar la pregunta, sonriendo, acercándose para abrazarlo por la cintura.

Al menos no se apartó; pero tampoco correspondió su abrazo.

—Sí. Me fue muy bien hoy. Pasa, vayamos adentro y te preparo un café para la resaca. —David frunció el ceño—. Apesta a alcohol —respondió ante su gesto de extrañeza.

Se sentó en una silla del comedor y se le quedó viendo a la nuca. Estaba raro con él y sabía que, de enterarse de lo que había estado haciendo hacía unas horas, la relación llegaría a su final con justa razón.

—¿Qué tienes?

—Sueño, hambre...

—No —interrumpió—, te pregunto... Tú sabes... Te siento distinto conmigo y quiero saber qué te hice.

El bailarín se viró para verlo luego de dejar la tetera sobre la hornilla encendida. Lo miró a los ojos y, después de un eterno minuto de silencio, suspiró hondo y negó con la cabeza.

—Cosas... —confesó intentando reírse, quizás de sí mismo—. Estoy preocupado por ti. Por lo que haces. ¿Sabes? Yo me lamenté demasiado cuando tuve que abandonar la Academia, pero ahora que sé lo que es la vida castrense..., la verdad es que no me arrepiento. No tengo los huevos para lanzarme al fuego.

—No, tú lo escupes.

Eze se rio, pero rápido dejó de hacerlo. Sus hoyuelos desaparecieron en cuestión de segundos. Su mirada se tornó sombría de nueva cuenta. Pronto volvió a darle la espalda para seguir en el café.

«Te quiero», pensó al ver su espalda ancha y su cintura angosta. Pensó al recordar la primera vez que fue incapaz de apartar su mirada de él.

—¿Te acuerdas de ese sábado en que llovía mucho y que no dejé de mirarte mientras atendías a los clientes en la cafetería? —le preguntó con una sonrisa nostálgica.

—Me tropecé con una mesa y derramé toda la jarra de café de olla en el piso —recordó el

otro echándole una rápida mirada sobre su hombro izquierdo, sonriendo—. Me pusiste muy nervioso ese día —aceptó mientras se disponía a tostar unos bolillos en el viejo comal de acero—. No sabía por qué me veías con esa cara de loco, Gonzalo.

—¿Cara de loco? —Frunció el ceño al escucharle reír y verlo asentir, aún de espaldas a él—. ¿Por qué dices que tengo cara de loco?

Sabía que no se lo estaba diciendo en serio porque Ezequiel bromeaba mucho con los trastornos. Y cuando David le cuestionó acerca del tema a su amiga Karen, ella se encargó de decirle que su novio intentaba hacerle sentir cómodo.

—No lo digo en serio, tonto. Solo me puse muy nervioso. Dije: *¿Qué tanto me ve este guacho?*

—¿Y qué pensaste? —preguntó con cierto entusiasmo.

—No sé. Que eras marica, no, eh.

David soltó una carcajada y Ezequiel lo reprendió por el ruido, recordándole que Imelda estaba dormida y que era de madrugada.

«*Te quiero*». Volvió a pensar al verle voltear el pan del comal caliente.

Lo quería porque se preocupaba por él; porque no lo dejaba afuera en medio de la madrugada; porque tenía tiempo preparándole café; porque le tenía paciencia y no le importaba lidiar con sus monstruos cada vez que estaban juntos. Lo quería, más que nada, porque algo de *David*, ese de antaño, salía a relucir gracias a él.

—Me gustas, Eze —le dijo en cambio.

—¿Te gusto, eh? —le inquirió sin mirarlo luego de haber soltado una risa nasal que delató su nerviosismo.

—Un poco, sí.

—¿Un poco?! —Se viró para verlo con un gesto fingido de indignación.

—Un poquito.

—Ya no sigas, cada vez es menos —le pidió entre risas, negando con la cabeza. Después, cuando la tetera chilló, la atendió murmurando—: Yo también te quiero, Gonzalo.

Él no había dicho *te quiero*. Había dicho que le gustaba, pero pensó que quizás Ezequiel era capaz de leerlo, de sospecharlo y de deducirlo a la perfección.

Bebieron café y comieron pan para que el alcohol en el torrente de David se absorbiese más rápido. Platicaron acerca de la noche de Eze y de lo bien que le había ido. Luego cambiaron de tema cuando, movido por la nostalgia, David le mostró unas fotografías de Neza y un corto video de apenas dos minutos en el que aparecía vestido como un ave en el festival de la primavera de su escuela.

—Es tan guapo como tú —le dijo el mesero, aún con el móvil entre las manos.

—Estoy muy orgulloso de él —confesó rascándose la barbilla afeitada—. Tiene que lidiar con mi ausencia y no deja de quererme. A veces siento que no lo merezco...

Ezequiel dejó el teléfono sobre la mesa y lo miró ceñudo.

—¿Por qué dices eso?

—¿Me sirves más café?

Le sacó la vuelta al tema porque sabía que hablar de aquello iba a llevarlo al tema de Eric. Y, por muy tonto que le pareciese, a David le daba miedo que a Eze le pareciese mejor partido su hermano mayor. Después de todo, era Eric quien siempre le quitaba todo.

Se fueron a la cama al poco tiempo. Se acostaron hombro con hombro y charlaron un poco de las actividades sísmicas del volcán Popocatepetl. Llevaba meses lanzando fumarolas enormes y las personas que vivían cerca no querían abandonar sus hogares.

—Si pasa algo con el volcán, ¿tienes que ir tú?

—Si necesitan refuerzos vamos todos en el colegio, sí. ¿Por qué?

—Me preocupa.

—No seas tan preocupón, *Caperucita*. No me va a pasar nada, te lo juro.

El joven sonrió y se acodó para verlo mejor. La luz azul de la enredadera se reflectó en su mirada pacífica, en sus labios seductores.

—Me muero si te pasa algo...

—¿Llorarías por mí?

—Demasiado.

Aquella mirada penetrante que le lanzó, logró hacerlo sentir incómodo. A veces le daba la impresión de que sus ojos lo delataban, de que era una persona fácil de deducir; quizás por eso el general también lo descubría cuando intentaba ocultar sus emociones.

—¿Por qué me miras así?

—¿Dónde has estado todos estos sábados, Gonzalo?

El silencio que se formó fue aprovechado por un perro que ladró en la calle. Los grillos también se escuchaban desde el pequeño jardín frontal de Imelda.

» Dime la verdad —le pidió sin sonar enfadado, pero tampoco se veía contento—. ¿Qué asuntos del ejército te han mantenido lejos durante estas últimas semanas?

David se distrajo con la luz de un auto que, al dar vuelta, iluminó la habitación con sus incandescentes faros.

» ¿Te estás viendo con otro? ¿Es eso, Gonzalo? Bien —dijo ante su silencio—. Voy a darme un baño. No me digas nada si no quieres...

Quiso detenerlo y explicarle lo que estaba ocurriendo, pero si le hablaba de Marcos acabaría desvelándole el tipo de relación que tenía con su superior. Y no quería terminar abandonado por Ezequiel, pero sabía que este no entendería nada.

Se desvistió quedándose solo con el bóxer deportivo que le ajustaba a la altura de las rodillas. Se quitó las placas y extrajo el anillo para que Eze se lo viese puesto. Siempre olvidaba ponérselo y lo había atrapado buscándoselo entre los dedos.

¿Qué podría decirle? ¿Cómo podría aplacar sus inquietudes y lograr que todo fuese como antes de haberle confesado sus secretos? ¿Y por qué siempre había algo más por contarle?

Inquieto, se puso de pie y abrió la puerta del baño. Ezequiel lo miró a través del cristal de la ducha y él suspiró hondo antes de acercarse, desnudarse por completo y adentrarse a su lado para decirle la verdad.

El agua estaba fresca; cayó sobre sus hombros y le empapó el rostro causando en él una sensación de confort y de alivio.

—Estaba con el general Marcos de Iturbide. Lo conozco desde...

—Sé quién es —le interrumpió tajante—. Nunca me olvidé de él porque en la Academia parecía tu sombra.

—Pues lo sigue siendo —aceptó.

—Pensé que seguiría dando clases en el norte. ¿Qué edad tiene? ¿Cien años?

Parecía molesto porque era listo. Rápido ataba cabos y unía piezas. Ezequiel era inteligente; no como él.

—Se jubiló hace poco y ahora viene a visitarnos al colegio. Es un hombre muy respetado. Un héroe de la nación y...

—Y es el tipo con el que te acuestas —concluyó. Después le apuntó en una costilla y David volteó a verse. Tenía un chupetón y no se lo había visto—. ¿Él te lo hizo, Gonzalo?

—Déjame explicarte todo.

—No sé si quiero saber los detalles, ¿sabes? Ni siquiera puedes sostenerme la mirada... —murmuró.

David estaba mirándole el tatuaje de la pierna, esa bonita colección de flores coloridas que le cubría todo el muslo hasta la parte posterior. Pero hizo un esfuerzo y lo miró a los ojos.

—No lo hago por gusto —respondió sin airarse. Le resultaba indignante quedar como el malo, pero era consciente de que, por el ángulo que se viese, él era el malo—. Él cree que tenemos algo y no sé qué hacer para quitármelo de encima porque le debo algunos favores y es mi superior. Es un hombre muy poderoso, Ezequiel.

—¿Qué favores le debes?

Le daba vergüenza hablar de ello, pero ya había comenzado a sincerarse y no iba a detenerse o a enredar más las cosas con otra mentira piadosa.

Antes de responderle, retrocedió unos pasos para evitar el agua en la cara. Se recargó en una de las paredes y exhaló mirando el cristal y las figuras distorsionadas que se proyectaban a través de este.

—Me ayudó a sacar a Yosef del colegio.

—¿Yosef, eh?

—Sí...

—¿Y tú qué pitos tocas con ese Yosef, Gonzalo? ¿No me dijiste que lo de ustedes ya había acabado? ¿Qué porque es *trans* y te sentiste raro? ¡Mírame! —Alzó la voz y David lo miró—. Contéstame, ¿por qué tienes que andar ayudando a gente problemática? Me dijiste que a Yosef lo odiaban en el colegio. ¿Por qué metiste las manos al fuego por ese cabrón? ¿Qué ganaste? Te has echado un lobo encima y, ¿para qué?

Le negó con la cabeza y volvió a desviar la vista cuando Ezequiel cerró el grifo y cogió la toalla para secarse a las carreras.

—Solo quería ayudarla a salir porque se la estaban comiendo viva ahí adentro —le explicó con la voz apagada, como si fuese un niño recién reprendido por alguno de sus padres—. Ve a enterarte de la puntada con la que quería salir: la primera mujer transgénero en el ejército mexicano. ¿Te das cuenta?

Ezequiel le arrojó la toalla para que se secase y pronto comenzó a vestirse, ya fuera de la ducha. David se la enredó en la cadera y salió para seguir explicándole:

» Ya era mucho maltrato y sé que me arriesgué bastante, pero yo sé lo que estoy haciendo. Tengo todo planeado y no debes preocuparte.

—Iremos a la CNDH a levantar una denuncia.

—¿Estás loco?! ¡¿Buscas hundirme?! Yo no tengo derechos, Ezequiel. La CNDH se caga de miedo en cuanto ve a un mando superior entrar en sus instalaciones que solo protegen a las ratas de este país. Si vas y levantas la denuncia pueden asesinarme...

El muchacho, que ya estaba terminando de vestir un pijama y una playera vieja y despintada, lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué te asesinarían? No comprendo. Se supone que la Comisión está para proteger a los ciudadanos de cualquier tipo de abuso.

—Yo no soy un ciudadano. Soy un militar y le pertenezco al gobierno. Ellos pueden hacer conmigo lo que se les hinche. Yo solo debo obedecer y subir de rango. Decir que sí y ascender. Pero, en verdad, ya lo he planeado todo.

Lo siguió a la habitación y lo vio recostarse en la cama. Se acomodó a su lado y, desesperado, lo abrazó contra su pecho desnudo. Lo sintió tenso, pero tampoco le rehuyó.

—No sé ni qué pensar, ni qué decirte, Gonzalo.

—Solo confía en mí. Solo debes confiar en mí —repitió para convencerlo—. No hagas ningún comentario de esto y tampoco te atrevas a denunciar al colegio ni a ningún superior. Puedes provocar mi muerte y cargarás con ella en tu conciencia el resto de tu vida.

—¿Me quedo cruzado de brazos? ¿Eso me pides? —le recriminó enjugándose una lágrima.

—Por el momento sí. No hay nada que yo pueda hacer si sigo de interno. Y tú eres solo un civil.

—Soy tu novio. A mí no me llames: *solo un civil*.

No había alguien que en verdad pudiese salvarlo del embrollo en el que estaba metido. El nombre de Marcos de Iturbide, *General de Ala* del ejército aéreo, pesaba más que el plomo y, a su vez, provocaba una especie de temor y sumo respeto entre los propios altos mandos del país.

David sabía que solo tenía tres opciones:

Asesinar al general.

Desertar del ejército y hundirse en la miseria ya que era seguro que no hallaría un empleo nunca.

O tenderle *un cuatro* a traición.

—*Quien a hierro mata, a hierro muere* —citó el refrán para sí mismo, pensando en la cantidad de sacrificios a los que había sido sometido por Iturbide.

—Gonzalo, no hagas una locura, por favor.

¿Qué más podía hacer? Cualquiera de las tres opciones disponibles terminaría siendo una locura. A él solo podía salvarlo la suerte. Faltaban unos meses para agosto, para egresar y terminar lanzando una moneda al aire.

El tiempo y las circunstancias lo decidirían. De momento, solo tenía que decir que sí y ascender.

13.

—¡Quítate del sol, chamaco necio! ¡Te vas a poner negro como mi Damián!

—Todavía no termino, doña.

—Deja ahí, ya terminarás mañana. Quiero mostrarte algo, ven conmigo.

Ese sábado, la vieja le había encomendado muchísimas tareas en su casa y en su jardín: cortar la maleza, plantarle dos duraznos, mover los muebles de la sala de estar en otra dirección, llevar a la caridad un par de cajas con ropa antiquísima, y como cereza del pastel, desocupar la antigua habitación de su difunta madre.

Mercedes se hallaba sentada en el sofá de tres plazas con un álbum de cuero en color marrón, una sonrisa afable en su rostro curtido y, frente a ella, sobre la mesa de café, una bandeja de plata con dos vasos de té de hierba de San Juan.

David se había sacudido el uniforme y las botas para no ensuciar el hogar de la anciana. Esta le ofreció que se sentase a su izquierda para mostrarle unas fotografías que, con cierta añoranza, acariciaba con sus dedos.

—Mira, este es mi Damián. —Le mostró un recorte viejísimo de un muchacho de aproximadamente su edad, quizás un poco menos, pero el bigote lo hacía verse mayor.

—¿Es su hijo, doña? —La mujer le asintió con la cabeza sonriendo con nostalgia.

Él también sonrió y volvió su vista al muchacho uniformado que portaba con orgullo un arma larga y saludaba a la bandera con respeto.

—¿Ves qué negro estaba? Pasaba muchas horas bajo el sol. Parecía un chango de lo negra que tenía la piel. Pero era un buen chico. —Suspiró apretando los labios. Después le cogió la mano y ambos se miraron—. Tú me lo recuerdas muchísimo. Yo sé que Dios te puso en mi camino por alguna razón, mijo.

—Seguro que sí, doña Mercedes.

—Algunas veces haces cosas que mi Damián solía hacer, ¿sabes? Como cuando te masajeas el hombro tú solito; o como cuando te enojas y azotas la puerta y te sientas en el portal, ahí en el escalón. Haces eso para que yo te vea y deje de estar enojada contigo. Eres un bastardo manipulador.

David se rio.

—Me atrapó...

—Ahora me pongo a pensar: tú no tienes padres y yo ya no tengo a nadie... Cuando me muera, el gobierno se va a quedar con esta vieja casa. La van a derrumbar para construir alguna pendejada. Y aquí crie a Damián con mi marido. Yo no quiero que tumben mi casa, mijo. Por eso quiero dejártela a ti. ¿Cuidarías la casa de esta vieja?

—Sí, doña. Usted me ha cuidado estos últimos años; lo mínimo que puedo hacer es cuidar de su casa y de usted.

Agradecido. David se sentía sumamente agradecido con aquella mujer que lo había acogido, aun siendo un completo extraño. Quizás lo apreciaba porque le recordaba a su difunto hijo Damián, pero le resultaba conmovedor y fascinante que una anciana con la que no compartía ningún lazo sanguíneo le demostrase tanto cariño.

Ella le cogió el rostro con ambas manos y David la miró a los ojos. Le sonrió al ver los surcos en su frente y su nariz aguileña; sus patas de gallo marcadísimas y la piel extra bajo su mentón.

—Te quiero mucho, mijo —le dijo con voz serena—. Y estoy muy orgullosa de ti. Eres un buen muchacho; perezoso y lento, pero bueno.

En un impulso que no pudo contener, la abrazó con cariño y le besó la mejilla izquierda. La contuvo en sus brazos durante un par de minutos acariciando su cabello blanco.

Miraron todo el álbum.

Mercedes le contó una vez más cómo fue que conoció a su marido y la tragedia que llevaba el apellido Monsiváis. Era una mujer supersticiosa y creía en maldiciones y brujerías; por ello había perdido a su esposo y después a su hijo, le aseguró mientras se persignaba.

Después le pidió que sirviese más té y lo invitó a jugar dominó. Pasaron un par de horas entre risas y entre partidas en las que David se dejó ganar para oírla reírse de él a carcajadas. Le encantaba su risa escandalosa; lo contagiaba con su alegría.

—Te compré algo —le dijo cuando estuvo por marcharse a la casa de servidumbre, aquella que era su hogar desde hacía algunos años—. Espero que te quede porque perdí el recibo. Ven conmigo.

Mercedes extrajo una caja de cartón y la colocó sobre su cama de sábanas blancas con florecitas amarillas. Le pidió que la abriese y él lo hizo enseguida.

Le había obsequiado un par de camisas y dos vaqueros; uno azul y otro gris, casi negro.

—Ropa de civil, doña... —murmuró con una sonrisa de alegría y ella le mostró todos sus dientes amarillentos mientras le asentía—. Pues vamos a medírmela.

Pronto empezó a desabotonar su chaqueta, pero Mercedes lo detuvo con un golpe en el hombro y una mirada ceñuda.

—¿Cómo vas a encuerarte frente a una dama, pervertido? —le reprendió—. Ándate al baño, maricón descarado.

Se midió la camisa color vino porque ese era uno de sus colores favoritos. Le apretaba un poco en la parte de los bíceps, pero le ajustaba perfecto en espalda y torso. La abotonó casi hasta arriba y pronto se midió el vaquero gris que, sorprendentemente, era de su talla. Rápido salió con las botas en las manos y Mercedes aplaudió de alegría al ver que había acertado con las medidas de su inquilino.

David le había comentado que quería un vaquero; vestir como civil por lo menos un fin de semana. Y, aprovechando que ese día tenía una reunión con Ezequiel y sus amigos, la mujer decidió comprarle un par de atuendos para darle gusto.

Irían a Xochimilco, al sur del país. Pasearían en una de aquellas coloridas góndolas por los extensos canales creados por sus antepasados, los Aztecas. Comerían allí mismo; charlarían. Se prometió *portarse bien*, ser más amable y no comer nada crudo en esa ocasión. Quería pasarlo bien y demostrarle a Ezequiel que podían salir en grupo sin que él fuese un impedimento o un problema.

Andrea llevó su guitarra, tocó un acorde bastante desafinado y le echó una mirada de perro regañado solo para hacerlo reír. La muchacha tenía una personalidad que a David le agradaba mucho. Llegó a pensar que, en caso de que le gustasen las mujeres, estaría con una como ella; aunque hubiese una diferencia de edad de diez años y Andrea no fuese precisamente una modelo de catálogo.

Melissa se iría con ellos en el auto de Ezequiel, mientras Andrea y Gustavo, a quien ya había catalogado como el afeminado del grupo, viajarían en la camioneta de Iván.

—Atrás —ordenó Ezequiel cuando la chica hizo amago de ocupar el asiento de copiloto.

Ella hizo un puchero y David sonrió con aires triunfales sentándose en el lugar que le correspondía.

Pensó en si era adecuado disculparse por su comportamiento de la última vez, pero se dio cuenta de que nadie lo había mencionado cuando lo saludaron con entusiasmo dejándole saber que ya era parte de la *pandilla*, como los llamaba Andrea.

Ezequiel le echó una mirada y le sonrió luego de verle la camisa vino y el pantalón algo ajustado. Nervioso, David apretó el obsequio que tenía para su novio, ese que había envuelto en un trozo de papel periódico y que guardaba con recelo en el bolsillo frontal derecho de su pantalón.

—¿Qué?

—Se me hace raro verte sin el uniforme —respondió mirándole una vez más—. Solo las botas te delatan.

—Y la mirada —agregó Melissa desde la cabina trasera—. Tienes una mirada intimidante. No te ofendas y no me comas viva, por favor.

—¿Comerte a ti? —Soltó una risa bastante fingida. Luego le apretó el muslo a Eze, y añadió—: Yo al único que quiero comerme es a este.

La miró por el espejo retrovisor y la vio amagar una sonrisa que terminó en una mueca extraña. Ahí lo sospechó enseguida: ella le había mentido. Seguía sintiendo algo por su exnovio porque no se veía contenta por mucho que le hubiese dicho lo contrario la última vez que charlaron en La Marquesa.

Entonces le cogió la mano a Ezequiel y entrelazó sus dedos con los del mesero, colocando ambos codos sobre el apoyabrazos de en medio; y volvió a mirarla ya sin la sonrisa por la broma recién lanzada.

No buscaba tener conflictos con ella, solo deseaba que se diese cuenta de que ya no le pertenecía Ezequiel; quería que dejase de tratarlo y hablarle como si siguiesen siendo los novios enamorados que ella juraba que habían sido antes. Le incomodaba su presencia, entonces se percató de que no la quería con ellos porque la inseguridad lo invadió al mirarle, por el espejo retrovisor, aquel par de melones redondos y firmes que sobresalían a través de su vestido azul celeste.

¿Cómo era ser bisexual? ¿Había cierta inclinación por alguno de los géneros o la cosa era de 50/50?

Le soltó la mano a Ezequiel y clavó la mirada en el cristal de la ventana. Nunca había sido un hombre inseguro porque sabía que la naturaleza había sido generosa con él en cualquier aspecto que se pusiese en duda; pero no podía competir con una mujer ni en sueños.

Su viaje se amargó y Melissa no ayudó demasiado cuando empezó a hablar de aquella ocasión en la que, juntos, habían ido a festejar el cumpleaños número dieciocho de Ezequiel. Luego habló de Rolando, el exnovio del mesero; que era agradable y muy divertido; que era guapísimo y *esto y aquello*.

—Ni menciones a ese imbécil, por favor. —Al final la calló el conductor con un tono áspero en la voz—. Quiero pasarlo bien, no recordar mis pesadillas.

Melissa soltó una carcajada y, dirigiéndose a David, acotó:

—Es que *Rola* era muy celoso y posesivo con Eze. A mí me caía bien, pero yo nunca fui de su agrado. Tampoco le gustaba que Eze sea bailarín exótico. ¿Tú qué opinas de que se desnude para otros? ¿No te molesta?

—No.

Quizás el bailarín notó su amargura porque pronto le subió el volumen al estéreo para no escuchar a la chica que siguió hablando como una descosida, hasta que, harta de alzar la voz para ser escuchada, se cansó y se quedó callada.

Caminaron juntos y David se quedó sorprendido cuando vio que la góndola que rentarían, además de estar adornada con flores naturales en tonos verdes y cremas y papeles coloridos, tenía dos banderas del país y el lema del colegio militar.

—¿De qué se trata esto, eh? —le inquirió a los hoyuelos del otro.

—Una góndola para mi *soldadito*. ¿Te gusta?

—Claro que me gusta. Voy a tomarle una fotografía.

Treparon y pronto se acomodaron; David buscó sentarse junto a Ezequiel y, para su sorpresa, Melissa optó por hacerlo en el otro extremo, frente a ellos, a un lado de Gustavo e Iván.

Rápido compraron comida y pulque, aunque David se negó a probarlo y Ezequiel se limitó a dos jarritos recibiendo bullas por parte de la pandilla que pronto comenzó a llamarlo mandilón. Todos le aseguraron que Ezequiel era el más borracho del grupo; David apenas lo podía creer.

—La última vez que vinimos...

—¡Cállate, pinche Iván! Gonzalo no quiere saber nada de...

—No, no... —Se rio al ver a su novio intentando ocultar alguna vergüenza—. Déjalo. ¿Qué hizo Eze la última vez que vinieron?

—Si lo cuentas, te mato —amenazó el bailarín, pero solo ocasionó carcajadas y más burlas.

—Bueno, aquí mi estimado, tu noviecito..., se desnudó y bailó en pelotas para un grupo de turistas alemanas que lo filmaron. Lo hizo solo porque le gustó una de ellas, pero la chica casi se infarta.

—Era una mojigata —explicó Andrea antes de darle un trago a su bebida.

—Ah, mira... —Y lo miró con seriedad, a lo que Ezequiel, rojo de vergüenza, negó con la cabeza—. ¿Ahora das shows gratis, eh?

—Sí, y no es la primera vez que lo hace —canturreó Gustavo con su voz aguda.

—Creo que alguien se porta mal en mi ausencia...

—No, ¿cómo crees? Eso fue hace mucho tiempo, todavía no estábamos juntos, amor.

—¿Le creo? —les preguntó a los otros y todos decidieron perdonarle la vida al mesero.

Lo pasaron bien, pero por desgracia tuvieron que volver antes ya que se avecinaba una tormenta y, además, Ezequiel debía prepararse para su trabajo de bailarín en *Déjate llevar*.

El más entusiasmado era David. Esa noche tendría la oportunidad de ver el show completo y también tenía muchas ganas de bailar y de divertirse, de aprovechar y, ¿por qué no? También de festejar que Marcos ya se había marchado al norte del país y no regresaría dentro de algunos meses.

De regreso a casa de Imelda, Melissa, que se había emborrachado gracias al pulque, decidió dejarlos en paz y se fue muy arrecholada de Iván y Andrea, por lo que David y Ezequiel pudieron irse solos; aunque fue David quien condujo, debido a que el mesero había bebido un poco.

—¿Y bien? —le preguntó con una sonrisa que no pudo disimular. No obstante, no lo volteó a ver para no provocar un accidente por su descuido.

—¿Qué?

David se encogió de hombros como si la pregunta fuese obvia.

—¿Cómo me porté esta vez?

Recibió una carcajada y entonces sí que lo miró. Eze dejó de reírse cuando vio que David no estaba bromeando. La pregunta iba en serio.

—Ah, ¿lo preguntas de verdad? —Le asintió con la cabeza en respuesta—. ¿Por qué me

preguntas eso, Gonzalo? No tienes cinco años, amor.

—La última vez fue un desastre y no quería cagarla con tus amigos otra vez.

—Ey, no digas que fue un desastre. Estuvo bien. Ellos te adoran.

—Menos la pendeja de Melissa. Esa cabrona me la tiene jurada. ¿Qué es eso de ponerse a hablar de tu ex frente a mí? Además, se nota que todavía está loca por ti.

—No es verdad —respondió entre risas. Quizás le parecía divertida la situación, pero David estaba molesto con la muchacha—. Ella solo...

—No me agrada. —Y lo miró durante tres segundos. Le lanzó una mirada seria para que se dejase de tonterías—. Tiene que respetarme o no volveré a salir con ustedes.

Ezequiel le apretó el muslo, pero David no lo volteó a ver. Continuó serio y al volante.

—Ey...

—No me agrada —reiteró negando con la cabeza—. Me incomoda y me hace enojar. Es tu amiga y no quiero faltarle el respeto; por respeto a ti.

Recibió otro apretón en el muslo y siguió sin mirarlo.

—Está bien, voy a hablar con ella y te prometo que no volverá a molestarte. Pero quita esa cara. Sonríeme un poco, anda.

Le chasqueó la lengua.

» Anda, sonríe un poco —lo animó con una risa divertida—. Me encanta que estés celoso, Gonzalo.

—No seas ridículo —espetó airado—. No estoy celoso. Estoy..., un poco alterado.

Ezequiel soltó una carcajada.

—Sí, alterado por Melissa —atinó en deducir—; y cuando uno se altera por la presencia de otra persona que, posiblemente, pueda hacerte el gane con tu pareja, entonces se dice que está celoso.

—¿Posiblemente puede hacerme el gane contigo?

—¡No! —exclamó de lo más divertido soltando otra estruendosa carcajada—. Solo es un ejemplo. Ay, Gonzalo...

—¿De qué mierdas te ríes, cabrón? —le preguntó ya bastante irritado. Aunque, muy en el fondo, adoró hacer reír a Ezequiel de aquella manera.

—Perdona... —Tragó saliva con la cara roja, intentando calmarse; incluso levantó las manos en una tregua de paz—. Debe ser el pulque, se me subió un poco y estoy en esa etapa de alegrías.

—Ah.

Imelda los recibió con unas tazas de café y pan de dulce que compró en la panadería del vecindario.

La mujer ya empezaba a ganarse su corazón, puesto que siempre estaba tratándole como otro miembro de la familia. Y David agradecía la calidez y la confianza, sobre todo el cariño y aquellos pequeños detalles que ya empezaba a conocer, mismos de los cuales Eze le había hablado cuando recién se empezaron a tratar.

—No vayas a beber, cielo —le pidió la mujer alzando el rostro como si intentase buscarlo. Ambos se hallaban sentados en el mismo sofá, pero cada uno en un extremo—. Tú eres un atleta y no un borracho como *ya sabes quién* —le susurró las últimas tres palabras en modo de broma.

—¡Estoy escuchando todo! —gritó el otro desde la cocina.

Ambos se rieron.

—No me gusta que mi sobrino sea barman en un antro de esos, ¿sabes? Me preocupa

mucho porque a veces llega algo tomado y me temo que puedan asaltarlo.

«¿Barman?», pensó David, enterándose entonces de que el bailarín también tenía sus secretos. Claro, quizás para él sería algo vergonzoso el detallar lo que hacía semidesnudo en aquella tarima. Lo entendió enseguida.

—Yo lo cuido, señora.

—Que me llames Imelda, niño. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —lo reprendió con una sonrisa.

—Perdón, Imelda. Siempre se me olvida.

Ambos muchachos tomaron una ducha y se prepararon para salir en punto de las ocho y media de la noche. David vistió el mismo atuendo que le obsequió Mercedes y Ezequiel se puso en un vaquero ajustado y una jersey negra con estampado de rombos en color dorado. David pensó que se veía genial, pero no se lo dijo.

Desde la partida de Iturbide, hacía apenas dos semanas, no había tenido oportunidad de ir a ver a su novio lucirse en el *escenario* porque doña Mercedes lo había atosigado con cientos de tareas para compensar su ausencia. Lo había *castigado* porque solo la había llamado una vez y no le había avisado que no iría hasta dentro de dos semanas.

Por esa razón estaba contento y relajado de poder sacar un poco de estrés y de ir vestido como civil para evitar las miradas de los otros, aquellas de incomodidad, más que nada.

Ramiro, el jefe y dueño del lugar, los recibió con un abrazo y un beso en la mejilla que le dio al mesero. A David le estrechó la mano luego de que, con una ceja alzada, le inquiriera al bailarín quién era ese joven que, de vez en cuando, lo acompañaba y se lo comía a besos en medio de la pista.

Aún no los presentaba y David estaba ansioso por escuchar si es que iba a decirle que eran novios o solo amigos.

—Es mi novio —dijo al final—. Al que querías contratar para que usurpara mi lugar —le soltó con cierta ironía.

—¡Claro! ¡El nadador olímpico!

—Capitán segundo David Gonzalo Duarte, señor. Mucho gusto. —Y le volvió a tender la mano.

—¿No estamos en problemas, capitán? —bromeó el tipo.

—Hoy vengo de civil, señor. Haré la vista gorda si veo algo ilegal. Pierda cuidado —le siguió la broma, pero en ese tono robótico y serio que no lograba quitarse.

—Me cae bien —le dijo a Ezequiel, y luego los hizo pasar.

El mesero ensayó un poco eso de tragar fuego. David le tomó video aprovechando que las luces estaban encendidas y que solo se hallaba el personal ocupándose de los últimos preparativos antes de que empezase la noche.

—¿Te has quemado alguna vez?

—Es la segunda vez que me lo preguntas —le respondió desde la tarima antes de escupir una llamarada larga que se extendió por los aires y que desapareció como por arte de magia—. Solo la barba y el bigote, por eso siempre me afeito.

—Déjame intentarlo...

—No.

—Se ve fácil. Déjame hacerlo —insistió.

—Que no, Gonzalo. Vas a quemarte o a tragarte el líquido. Tú a lo tuyo y yo a lo mío, ¿estamos?

Las horas sucedieron rápido ya que Ezequiel se fue a preparar y David aprovechó para

ayudarle a la señora de la limpieza a pasar un trapo por las mesas y a acomodar las sillas. Colocó los ceniceros en los centros y la ayudó a recoger los productos de limpieza aprovechando para ir a ver a Ezequiel a su *elegante camerino*.

Lo halló sentado frente al sarroso espejo, en la silla destartada frente a su peinador improvisado. Le miró los ojos delineados de negro y con un destello dorado en los párpados. También se había mojado el cabello y se lo había peinado hacia atrás con un poco de gel sin alcohol. Y estaba vistiendo un pantalón negro de spandex y un chaleco color bronce muy brillante.

—Pareces artista de circo —le dijo en modo de cumplido. Lo halló irresistible—. Pagaría cada función por ir a verte.

Ezequiel le sonrió a través del espejo. Acto seguido, se puso de pie y fue a abrazarlo rodeando con sus brazos el cuello de David, acercando sus labios a los suyos.

—No tienes que pagar nada porque soy tuyo, mi amor —le susurró con picardía dejándole un breve mordisco en el labio inferior.

—¿Todo?

—Todo tuyo.

—A ver, date la vuelta para verte bien. —Con una sonrisa, el otro le obedeció.

El culo fue lo que lo dejó atontado. Ese pantalón no dejaba nada a la imaginación, así que, sin poder resistirse, lo atrajo desde las nalgas y lo pegó a su pecho levantándolo un poco hasta que, en medio de besos apremiantes, Ezequiel le saltó y le rodeó la cintura con sus largas piernas de bailarín.

—Ay... Ah... Ah...

—¿*Me detengo*?

Lo tenía boca arriba, con una pierna encima de su hombro y la otra al aire sostenida por su mano derecha. Y qué bien se sentía ese culito lleno de lubricante. Es que se la estaba comiendo enterita.

—*No, no te pares, amor... Sigue, sigue, por favor...* —le gimió, por lo que, motivado, David aceleró el ritmo, la velocidad de las estocadas—. *Soy tuyo, Gonzalo... Solo tuyo y de nadie más.*

Una bofetada sin fuerza lo despertó de su ensoñación. Ezequiel se estaba riendo a carcajadas alegando que se había quedado pasmado como una estatua.

—¿En qué pensabas que te quedaste con la boca abierta?

David le cogió la mano y la posó sobre su entrepierna para que eso le respondiese.

—¿En qué crees que iba a estar pensando, eh? —le reprochó con la respiración agitada y la garganta reseca.

—Qué rico te has puesto, amor... —El muchacho comenzó a masajear con firmeza y David exhaló—. Cuando estemos en la casa voy a compensarte, ¿de acuerdo?

—Dame un poco ahora...

—No, ahora debo ir al escenario.

—¿Por qué eres tan malo conmigo?

La noche sucedió rápido entre otro magnífico espectáculo de luces provocadas por el fuego. Ezequiel bailó al ritmo de una melodía africana y después hizo lo que todos esperaban con ansias: se quedó en paños menores y movió la pelvis y la cadera para calentarlos a todos a cambio de dinero.

Desde su lugar, en una de las mesas próximas a la pista, David recordó a Melissa preguntándole si no le molestaba que su novio se quitase la ropa para otros.

«Solo buscaba picarte la muy cabrona. No te llenes la cabeza de mierda, David», se dijo a sí mismo y trató de ignorar los teléfonos móviles que filmaban a su novio; las groserías y las manos que le manoseaban las piernas y le metían los dedos por entre el elástico de aquel bóxer diminuto que resaltaba su hombría con orgullo.

No podía negarse a que siguiese haciendo aquello; no después de que Ezequiel lo había apoyado con el asunto de Marcos, prometiéndole que confiaría en él si no hacía una locura para deshacerse del hombre.

Además, estaba el hecho de que así lo había conocido. Ezequiel era un bailarín exótico desde antes de que se mirasen. Y a él no le sobraba el dinero como para hacer su versión de *Mujer bonita*. Eze tenía que trabajar y, si de aquella manera hallaba un mejor sustento, él no podía interferir por mucho que le incomodase *compartirlo* con los otros.

Al final terminaron bailando en medio de la pista, contentos y relajados. Ninguno de los dos bebió alcohol, pero Ezequiel sí se fumó un par de cigarrillos y espantó a todas las moscas que buscaban robarle al castaño que tenía por novio.

—No está bailando solo, *chula* —le dijo a un muchacho bastante afeminado que empezó a restregarle el culo en la cadera a David.

Duarte lo miró con una sonrisa porque pudo percatarse de que estaba molesto. Entonces decidió darle el obsequio que le había llevado desde el colegio: un imán para la extensa colección que tenía adherida a las puertas de su nevera. Era un imán del ejército y tenía el lema de este.

Lo vio sonreír y sintió el corazón latirle con fuerza cuando se acercó para susurrarle al oído:

—Yo también soy todo tuyo, *friki de los imanes*.

De un fuerte empujón, quedó sentado de nalgas en el borde de la cama, una vez que estuvieron en casa, a eso de las dos de la madrugada. Y, aunque se sobresaltó por el gesto violento que lo tomó desprevenido, se relamió los labios y comenzó a desabotonar su camisa cuando el otro, moviéndose con una lentitud desesperante, empezó a sacarse las prendas en aquel baile erótico que le subió la temperatura.

«Un privado», pensó con una sonrisa de anhelo, desnudándose sin perder de vista los movimientos de Ezequiel.

El bailarín se detuvo un momento y, rápido, buscó música en su teléfono móvil. Luego lanzó el dispositivo a la cama y continuó desvestiéndose, acercándose al mismo tiempo hasta donde David le aguardaba ya sin camisa y sin botas, con el vaquero desabotonado y el labio inferior atrapado entre sus dientes blancos.

Cuando el joven quedó en bóxer, se acercó un poco más y se posicionó entre sus piernas. Con cuidado, casi con timidez o con miedo de romperlo, David le acarició las caderas y el abdomen. Echó la cabeza hacia atrás, levantando ligeramente el mentón para verlo a los ojos.

Se sonrieron y después se besaron.

Ezequiel se apartó, pero le acunó el rostro y lo miró con aquella mirada profunda. Moviéndose sus labios, algo le dijo sin palabras, sin sonido. Y, aunque no supo leer aquella frase, y aunque en verdad quería saber lo que le había dicho, le ganó más la ansiedad y entonces internó su rostro en el pecho del otro, olfateando el aroma de su sudor y su colonia, embriagado y excitado.

Pronto atrapó la tetilla perforada. La lamió y la chupó. Sintió la piel del moreno erizarse y aquello lo motivó a descender hacia el ombligo para darle amor a ese otro piercing que se le antojaba endemoniadamente sensual.

Le dio un mordisco cerca del nacimiento de aquellos vellos oscurísimos y gruesos, y

mientras le oía respirar con fuerza, recordó a todos esos hombres tocándolo. Respiró hondo y espiró con lentitud, antes de poder continuar.

—¿Qué pasa, amor? —le preguntó en un susurro volviendo a acunar su cara para que lo viese a los ojos.

—No me gusta que te toquen —le devolvió el susurro con una sonrisa triste y nerviosa.

Lo último que quería era acabar la noche con una pelea o con reproches. Después de todo, ¿quién era él para reclamarle? Ezequiel había aceptado que siguiese encontrándose con Marcos. Y, ¿él iba a enojarse por apenas unos roces?

—¿En el antro?

—No me haga caso. —Se arrepintió enseguida—. Creo que se me ha subido el pulque a la cabeza —bromeó.

—Pero si tú no bebiste nada.

David sonrió y acomodó su cabeza en el pecho del mesero. Lo abrazó por la cintura y exhaló al escuchar los latidos de su corazón. Quiso quedarse así durante más tiempo, pero Ezequiel lo apartó con gentileza; luego se hincó y le bajó la cremallera del vaquero, a lo que David respondió levantando un poco el culo para que le bajase el resto de las prendas.

Su erección quedó expuesta y Eze la asió con firmeza antes de acercarla a sus labios; le pegó una lamida al glande y luego le sopló.

—Yo soy solo tuyo, ¿lo olvidaste? —le inquirió—. Y soy todo tuyo. De ningún otro. U otra...

Y, sin darle oportunidad de acotar algo, se metió en la boca cuanto le cupo y comenzó a bajar y a subir a un ritmo pausado, como si estuviese saboreando su esencia.

—Toda... —le pidió en un jadeo suave y ronco—, métela toda, cómetela... Es toda tuya —bromeó escuchándole una risa ahogada, recibiendo, a su vez, un golpecito en la zona lumbar.

—Acuéstate, Gonzalo.

Se tumbó sobre el colchón y se dejó arrancar el bóxer y el pantalón de un fuerte jalón. Luego separó las piernas para recibir el cuerpo del otro que fue en busca de sus labios en un beso apremiante.

Recibió su lengua y la acarició con la suya mientras que, con las manos, le apretó las nalgas y le restregó la pelvis al levantar la cadera.

El bailarín alcanzó el frasco de vaselina y, abriéndolo con torpeza, sin abandonar sus labios, le pidió que se la metiera. David lo apartó a las carreras y sintió un tirón fortísimo al verlo ponerse a cuatro sobre el colchón. Pronto le untó la entrada y puso un poco en su falo; acto seguido, lo asió por la cadera izquierda y lo penetró con cuidado.

Sintió un escalofrío por toda la espina dorsal cuando le oyó gemir con la cara contra la almohada. Se tomó unos segundos para calmarse y rápido lo abrazó por la cintura para que se incorporase de rodillas.

Ezequiel se sostuvo del respaldo de la cama y David subió sus manos a lo largo de su pecho, acariciándole la piel en llamas, al tiempo que movía su cadera circularmente para estimularle, para que se acostumbrase a su intromisión. Luego le alcanzó el mentón con su mano derecha y acercó sus labios a los del otro cuando Eze lo volteó a ver por encima de su hombro.

Lo besó con lentitud, le acarició los labios con su lengua; le mordió la mandíbula y comenzó a marcarle el cuello mientras empezaba la acalorada faena, cada vez más caliente, más apasionada.

—Ah... Gonzalo, ahí no me muerdas... —le gimió, pero no fue capaz de apartarse debido al placer.

—¿No dijiste que eres mío?

—Sí, pero...

—Shht...

Hizo lo mismo del otro lado, y en la nuca. Lo marcó como nunca había marcado a nadie. «Es mío. Solo mío. Alguien para mí. Solo para mí», pensó con cierto egoísmo al ver la piel amoratada y húmeda, al escucharle jadear de gusto mientras seguía embistiéndole, cada vez con mayor ímpetu.

En determinado momento lo vio mover la cadera y levantar el culo para ofrecerse mejor. Se detuvo y lo afianzó por las caderas deslizando sus manos a esas carnes tostadas que rebotaban contra su pelvis de una manera alucinante. Las separó e hizo amago de abandonar la estrecha caverna dilatada, pero Ezequiel no se lo permitió al reparar en sus intenciones; pronto lo contuvo con fuerza, echando un brazo hacia atrás, asiéndolo por la cadera con los dedos bien clavados en su piel caliente.

—Gonzalo... —susurró su nombre sin dejar de empalarse.

—¿Qué?

—Nada..., solo quería decir tu nombre, amor.

Se rieron en complicidad y continuaron enfrascados en el derroche, ignorando la tormenta que ya azotaba las laderas de los techos y el pavimento que chillaba al ser golpeado con la ráfaga de lluvia y la fuerte ventisca que, de tanto en tanto, llamaba al cristal de la ventana, como si buscase refugiarse de su propio temperamento.

—Voy a venirme ya... —le avisó con la esperanza de que lo dejase terminar en su interior.

—No te salgas...

Y funcionó. Ni bien acabó de jadearle que no le abandonase, ya se estaba derramando dentro.

Fue el mejor sexo de su vida. Al menos así lo sintió luego de que comenzó a recuperar el aliento y la cordura perdida durante aquella hora. Abandonó su cuerpo y se tumbó en el colchón posicionándose de lado para darle la oportunidad de tomarlo.

Lo anhelaba.

Y era raro el desear ser penetrado porque con Marcos, algunas veces, solo era un sacrificio más. *Gajes del oficio.*

Ya le había dicho que siempre se protegía con el general, pero incluso así, Ezequiel se puso un condón y David no entendió el porqué de dicha *formalidad*. No estaba enfermo de nada. Hacía relativamente muy poco le habían practicado la prueba y estaba sano.

—¿Estás listo? —Le escuchó preguntarle y le asintió con la cabeza.

Era ridículo que se sintiese ofendido, pero así se sentía. Sin embargo, no deseaba pelear. No esa noche, y mucho menos sabiendo que Ezequiel también tenía un carácter fuerte y dominante como el suyo.

—Dale —le dijo al sentir que estaba demorándose demasiado.

El otro soltó una risa nasal y se acomodó tras él para prepararlo con gentileza. Un dedo embadurnado de vaselina se inmiscuyó profundo en sus entrañas. La sensación incómoda le hizo contener el aliento. Ezequiel le dio un beso en el hombro y, con su mano libre, le acarició el brazo hasta entrelazar los dedos con los suyos.

—¿Te gusta, Gonzalo?

—Sí...

El mesero apenas aguantó los veinte minutos. Fue un palo fugaz que, de haber empezado

como una escena romántica, terminó en un revolcón desenfrenado que volvió a ponérsela durísima.

Se tocó el pecho como si así pudiese calmar los tumbos de aquel bombo que no se detenía. Sonrió de satisfacción olvidando momentáneamente el hecho de que el otro había usado preservativo. Lo volteó a ver por encima de su hombro y vio su espalda porque entonces se hallaba sentado al borde del colchón, anudando el globito luego de haber culminado con la fiesta.

Le avisó que iría a lavarse un poco, aunque le dijo que no tomaría una ducha cuando David se lo preguntó. Estaba cansado y afuera seguía lloviendo a cántaros. El cielo relampagueaba y los rayos atravesaban las cortinas con sus luces cegadoras e incandescentes.

Ocupaban dormir y descansar. Quererse así en silencio, escuchando los ruidos de la naturaleza y, ¿por qué no? Dormir abrazados hasta el nuevo día.

—Ven aquí, sanguijuela —le pidió cuando lo vio volver a la cama con su pijama de verano y su sonrisa de siempre.

El otro no dudó en socorrer su cansancio en sus brazos y terminó diluyéndose en estos, soñando Dios sabe en qué, pero rendido y abnegado por completo.

Él tampoco demoró en dormirse. No obstante, la mañana se anunció igual de terrible y, en esa ocasión, les amaneció más pronto que lo habitual.

A las siete y media de la mañana, aletargado, Ezequiel se incorporó mientras David llenaba de cubetas la habitación. El techo se había ido al carajo porque, mientras dormían, una ráfaga de granizo lo había agujereado por todas partes.

Afuera hacía un diluvio tremendo.

—¡Dios mío! —Le escuchó exclamar mientras él colocaba una olla bajo otro de los agujeros.

—Tranquilo, solo es lluvia. No es ácido.

—Sí, pero..., ¡Dios, mi tía!

—La dejé en la bañera.

—¿Qué dices?

La pobre mujer había sido despertada por la lluvia y David se había encargado de prepararle la bañera con agua calentita. Al principio se había mostrado pudorosa, pero él le había asegurado que no tenía por qué sentirse avergonzada. Su entrenamiento consistía en socorrer a personas desnudas y vulnerables; incluso heridas. Era un militar y ya había visto de todo.

—Le quise lavar el cabello, pero no se dejó. Dijo que se lo lavas tú.

Ezequiel miró la cantidad de ollas, vasos y cubetas, y suspiró.

—Necesito reparar el techo —divagó absorto en las goteras.

—Necesitas lavarle el cabello a Imelda. Primero las prioridades —le dijo para animarlo, para que se despreocupase—. Yo voy a tostar pan y prepararé café, ¿vale?

Le asintió con energía al tiempo en que buscaba su ropa revuelta entre las sábanas.

Desayunaron pan con mermelada de uva y muchísimo café instantáneo porque David no tenía idea de preparar el de olla.

Afuera continuó lloviendo a mares y adentro también, por lo que tuvo que quedarse un par de horas más hasta que la lluvia se parase un poco y Ezequiel no muriese del estrés que se le notaba en la mirada.

—El próximo sábado voy a reparar el techo. Quédate tranquilo —le dijo una vez que estuvieron en el estacionamiento del colegio con los parabrisas activados y la sensación extraña que le originaba cada despedida—. Me pagan el viernes y podré hacer las reparaciones. Aunque luego voy a cobrarte con otra cosa.

—Te quiero besar...

Le negó con la cabeza.

—No aquí.

—Lo sé —repuso—. Eh, Gonzalo... —Le cogió por la muñeca cuando estuvo a punto de salir del vehículo. David lo miró—. Cuídate mucho, amor. Te quiero.

—Sí... Vale..., que estés bien.

Había surgido un deslave en tres sierras y David se fue a enterar una vez que se halló en recepción. Apenas y le dieron tiempo de preparar su mochila. Ya no hubo tiempo de avisarle a Ezequiel ni de comer algo. Pronto se encontró conduciendo un *Jeep* rumbo al lugar de los hechos, con un pequeño pelotón que estaba a su cargo al ser capitán segundo.

Los miró por el espejo retrovisor y sintió cierta satisfacción al ver que, aun mojados y expuestos al repentino frío, los muchachos permanecían atentos y armados. Sin inmutarse ante las nulas comodidades.

A su derecha iba Emanuel. Serio y pensativo. Llevaba la mirada clavada en los verdosos y húmedos paisajes que se desdibujaban con el pronto andar del motor.

—No me gusta esto —le dijo—. Me pone muy nervioso todo esto.

—Anímate, cadete. Esto es un día de campo si nos ponemos a comparar con lo que nos espera más adelante.

—No, David... —se opuso al intento de broma. Se veía pálido y desconcertado—. No es un día de campo, cabrón. Ya tienen contados a veintitantos muertos. Esto es serio...

—Sí, pero no te cagues en los pantalones, cabrón. Los muertos ya no se reviven. No te lamente por ellos; nos queda salvaguardar a los que estén vivos. Saca casta, porque pasión no tienes.

Emanuel metió su mano dentro del cuello de su chaqueta y se quitó las placas ante la mirada extrañada de Duarte. Luego se las brindó esbozando una sonrisa pacífica.

—Si me pasa algo, dáselas a Cris, por favor.

—Póntelas, ridículo. Primero me parte un rayo a mí, antes de dejar que te pase algo a ti —le espetó molesto, aunque en el fondo sintió cierto nerviosismo.

El deslave había ocurrido en Cuetzalán, una ciudad montañosa en el estado de Puebla, al sureste. Lo que David no se había imaginado era la magnitud del problema. La ciudad estaba devastada y los muertos no hacían más que sumarse entre los escombros arrastrados por un río marrón que se llevaba todo a su paso.

Apenas y pudo motivar a sus muchachos. Apenas y pudo decirles que lo siguiesen y que estuviesen atentos; apenas y pudo hacerlo porque rápido tuvo que seguir instrucciones de un superior que les pidió subir a la montaña para rescatar en lancha a una familia de cinco miembros que se hallaban varados en el techo de su domicilio.

El ejército aéreo no había podido hacer mucho porque la lluvia había comenzado a arreciar de nueva cuenta. No obstante, les ayudaron con equipamiento; sobre todo sogas y muchísimos chalecos salvavidas que no les hacían falta, pero que igual agradecieron.

Cuando se hallaron en la lancha, David se dio cuenta de la fuerte corriente que casi arrastraba a toda la tripulación sin el menor esfuerzo. Por un momento quiso ponerlos a salvo, pero cuando se acercaron al hogar de aquella familia, cuando divisó a todos encima del techo, abrazados y llorando de terror, supo que no podían dejarlos, aunque temió por sus *hermanos*.

—¡Iré yo! —gritó Juárez.

—No, iré yo. Tú te quedas y estás a cargo de los otros. Necesito que estén atentos y que no se distraigan con nada porque nos carga la chingada a todos.

—¡Sí, señor! —respondieron al unísono.

La lancha avanzó cuanto le fue posible. La montaña seguía en deslave y David temió que todos terminasen sepultados entre toneladas de lodo y rocas. Rápido divisó un árbol grueso y altísimo y les pidió que anclasen allí para evitar ser arrastrados. Sin embargo, la familia se hallaba todavía a más de cincuenta metros de ellos y la lluvia no se detenía, por lo que la comunicación con el padre de familia era casi imposible.

No podía nadar hasta allá sin ser arrastrado. Incluso él, podría terminar ahogado en el acto. Pero tenía que llevar la sogas y los chalecos a esa familia. Debía sacarlos de ese sitio rápido.

—¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor! —Escuchó y se puso ansioso.

No podían acercarse más porque la corriente estaba arrastrando paredes de concreto. Casas enteras. La lancha sería un barquito de papel y terminarían todos muertos.

Entonces ató una de las sogas al árbol y les pidió a los otros que reforzasen una más. Cada una medía treinta metros. Con dos sería suficiente.

—Capitán, ¿qué va a hacer? —le preguntó Emanuel con los ojos desorbitados.

Se lanzó al agua turbia, apenas atado de su cinturón y sujetándose, avanzando a cuestas y con suma dificultad. ¿De qué le servían los brazos y las piernas o ser nadador velocista y clavadista? Estaba luchando contra la fuerza de la naturaleza. Era un gigante y él era tan pequeño allí mismo, en ese infierno de rápidos.

Por momentos, sintió que sería arrastrado, pero se aferró como pudo y, a pesar de que la corriente lo desvió otros quince metros, se dejó llevar hasta un pequeño islote donde se hallaba un árbol sumergido hasta la mitad. De ahí se agarró y ató la cuerda que sus muchachos iban soltando conforme lo veían avanzar. Rápido les pidió que la soltasen toda para poder seguir avanzando ya cuando supo que estaba más cerca del rescate.

Y en un impulso que no controló, luego de atarse y asegurarse bien a la punta de la sogas, se lanzó al agua ignorando todo a su alrededor.

«Soy un *Mantarraya*», se dijo mentalmente, nadando a contracorriente, braceando con fuerza y dolor, sabiéndose arrastrado y distanciado metros de su meta. «Un *Mantarraya* no se ahoga ni se hunde. Tampoco tiene miedo».

Fue más sencillo nadar por debajo y salir a flote de vez en cuando para calcular la distancia. Y, cuando se halló cerca, tuvo la osadía de desatarse y lanzar la sogas al padre de familia que, inesperadamente, pronto la atrapó y corrió hacia una esquina del techo para atarla de una gruesa viga.

Con dificultad, nadó hacia ellos y se puso a salvo. Una niña de la edad de Neza se le fue a los brazos y David la cargó.

—Ya te voy a sacar de aquí, bonita —le dijo antes de entregársela a la mujer que lloraba mientras sostenía en brazos a un pequeño de escasos ocho meses de edad.

Tensó y aseguró la sogas a la viga y rápido se dispuso a hacer entrega de los chalecos que se había atado en el cuerpo y que llevaba en su mochila. Le mostró al padre como ponérselos y les dijo que irían de uno en uno por cuestión de seguridad.

Él iba a salvarlos. Primero llevaría a esa niña que tanto le recordaba a *Juanita*. Sería más fácil porque la sogas estaba tensada a casi un metro por encima del nivel del río. La llevaría al islote y ahí tomarían un pequeño descanso de al menos un par de minutos, luego la llevaría hasta la lancha.

Y regresaría.

Esa tarde no iba a morir nadie. No mientras él estuviese a cargo.

14.

Llevaban catorce días exactos en la sierra de Puebla, ayudando a los damnificados que lo habían perdido todo; incluso rescatando de entre las montañas de lodo a las víctimas fatales que ya sumaban cincuenta y siete personas de entre cinco y ochenta años.

Habían levantado un campamento con algunas carpas para protegerse del sol y de la lluvia que, aunque mucho más ligera, seguía cayendo desde el cielo atestado de nubarrones grisáceos.

Su pelotón trabajaba en las labores de rescate, mientras que otros ayudaban a construir refugios y el ejército aéreo traía ayuda en dos helicópteros; víveres de todo tipo; desde productos de higiene personal, de limpieza; ropa, pañales; hasta agua y comida no perecedera.

El ambiente era de luto; la tristeza se podía ver a través de los ojos de todos los habitantes de aquel precioso pueblo devastado por la fúrica naturaleza despiadada.

La humedad era insoportable y las picaduras de los mosquitos estaban a la orden del día. Al menos esa era la queja número uno entre las personas que lo habían perdido todo; lo último que necesitaban eran infecciones o enfermedades raras a causa de los indeseables insectos.

El campamento lo habían armado en una plaza, y en los alrededores se hallaban los toldos con los catres y literas que servían de refugio para los damnificados. Estaban todos juntos, como una gran familia, y David se sentía responsable por las pérdidas materiales, pero más por las humanas.

Siempre que algún inocente fallecía, tenía una sensación de culpa y de enfado carcomiéndole desde adentro. Era insoportable y no sabía cómo lidiar con ello, cómo convencerse de que algunos sucesos ya no estaban en sus manos.

—Lo siento mucho, doña. —Abrazó a la mujer que lloraba desconsolada porque su marido seguía desaparecido. Era solo uno más en la larguísima lista de personas extraviadas—. Volveremos en unos minutos. Mis muchachos no van a parar hasta encontrar a su esposo. Se lo prometo.

—¡No están haciendo nada! —chilló ella con los ojos hinchados de pena, rojos de dolor—. ¡Están sentados y mi marido puede estar herido!

—Están cansados, doña. Solo les he dado media hora para que recarguen energías...

—¡No hacen nada! —insistió.

La gente podía llegar a ser muy egoísta cuando la vida los ponía a prueba. Para los civiles, ellos no eran más que máquinas sin sentimientos; no podían cansarse y ni sentirse abatidos; mucho menos conmovidos.

—Si sigue llorando y gritando como loca, entonces les voy a dar dos horas de descanso a mis muchachos. Así que quédese calladita si sabe lo que le conviene. ¿Entiende?

Se acabó la amabilidad. Una cosa era ser un siervo de la nación y estar dispuesto a morir en las misiones, pero otra muy distinta era dejar que la gente les pasase por encima y que no valorasen sus esfuerzos.

—¡Prepotentes! ¡Todos ustedes son una bola de prepotentes! —la mujer gritó histérica y los apuntó, llena de rabia.

Algunos ciudadanos se le unieron, y pronto, el pelotón de David se vio envuelto en una acalorada discusión que cada vez se tornaba más agresiva. Incluso, un par de hombres se acercaron abriéndose paso entre la muchedumbre con un hacha y un machete.

—Retrocedan —les pidió a los cadetes y preparó su rifle. Algunos gritos resonaron cuando David disparó una metralla al aire—. ¡No le anden haciendo al vergas porque se los carga la chingada! ¡Oyeron! —Y volvió a disparar mirando a los ojos a los hombres armados—. ¡Dejen sus armas en el suelo y retrocedan, cabrones! —ordenó.

Uno de ellos, de piel oscura y ojos pequeñitos, lo miró con lágrimas en las mejillas, mientras obedecía con un dejo de resignación y quizás de impotencia.

—¡Solo queremos ayuda! —gritó una mujer al fondo.

—¡Y a eso hemos venido, pero no bajo amenazas ni intimidaciones! ¡Mis muchachos están cansados! ¡Han dormido apenas tres horas en las últimas cuarenta y ocho horas! ¡No son de piedra, señores! ¡Uno de estos cadetes podría ser su hijo, su sobrino, su esposo! ¡Agarren la pinche onda o me los cargo a todos! —Y concluyó con otra ráfaga de metralla al cielo provocando el chillido de un niño pequeño que, aterrado, lloraba en brazos de su madre.

—¡Señor! Ya estamos listos para continuar, capitán. —Mirón le avisó con su rostro sucio y los labios blancos, esbozando un gesto parecido a una sonrisa, como si buscara calmarlo.

La gente comenzó a dispersarse entre llantos y refunfuños. David se le quedó viendo al cadete unos segundos, luego le negó con la cabeza, y ordenó:

—Tienen media hora para descansar, dormir, comer o beber agua. Luego nos iremos a la montaña y seguiremos con la búsqueda. Ya se están haciendo los trabajos de limpieza; será más fácil encontrar los cuerpos.

—Sí, capitán —respondieron al unísono.

«Las miradas que te doy

Nomás son para ti

Será porque te quiero

Tú eres mi amor

Mi única Ilusión

Que siempre he deseado

Te voy a hacer feliz

Estando junto a ti

Estando...» ()*.

David apagó la radio de un manotazo. Emanuel protestó y lo llamó amargado. No estaba para sus cursiladas ni para escuchar de su maravillosa historia de amor con su futura esposa Cris.

En ese momento tenía todo el peso en sus hombros. No era lo mismo la práctica que la teoría. Y, aunque en Mando en Combate también se quedaba en expediciones a la intemperie, jamás había ocurrido un incidente que lo pusiese al límite.

Ya había salido a rescate cuando el sismo hizo que colapsaran todos esos edificios en la ciudad, pero entonces iba con un superior. Él no había sido el superior en aquella ocasión. Las cosas eran muy distintas.

El otro volvió a encender el estéreo sintonizando la misma estación de música tejana viejísima. David volvió a darle un manotazo al botón de encendido y luego lo miró con un gesto de desaprobación muy severo, descuidando el camino enlodado por unos segundos.

—Más te vale que empieces a tomarte las cosas en serio porque si no, te va a cargar la verga cuando estés por tu cuenta —le aconsejó en tono serio—. Esto no es un puñetero juego. ¿Viste todos los que se nos venían encima? Si cierras los ojos hasta pueden lincharte; esto ya ha sucedido antes. Mírame a los ojos... —le pidió y ambos se vieron—, lo digo en serio, cabrón. Aquí no hay privilegios, damita. O te pones las botas y te sacas el dedo, o ya valiste verga.

—Entendido, señor —musitó por lo bajo. Luego agachó un poco la cabeza y se fue en

silencio el resto del trayecto.

Los brigadistas a los que estaban ayudando, ya habían limpiado una vasta zona cuando aparcaron el vehículo cerca del punto que les serviría de referencia. Otros cuatro *Jeeps* llegaron, y pronto, con la ayuda del capitán primero Eleazar, decidieron formar grupos de cinco para darle otra peinada al lugar.

Ya no esperaban hallar con vida a nadie. Dos semanas era mucho tiempo para que un ser humano sobreviviese sin comida y sin agua potable. Ya solo querían recuperar los cuerpos para entregárselos a sus familiares que, con tristeza, humildad y agradecimiento, habían recibido la ayuda del gobierno para los gastos funerarios, para que les diesen cristiana sepultura a sus seres queridos.

Las botas se le hundían en el lodo, en aquel grueso canal de charcos poco profundos que le llegaban hasta las rodillas. El agua ya había bajado considerablemente dejando vislumbrar una cantidad exagerada de animales muertos y objetos que seguro salieron de las casas inundadas.

David observó a lo lejos un sofá viejo y sucio; se hallaba lleno de hojas y lodo, pero tras este pudo observar lo que parecía ser una mano humana. El olor, cuando fue rompiendo la distancia, lo alertó de que sus suposiciones eran reales.

Otro cuerpo.

La fetidez se hizo insoportable. El zumbido de las moscas resonaba en su cabeza. Emanuel vomitó y David le hizo una señal para que se alejase. Ya lo regañaría por *marica* en cuanto volviesen a la base.

El cadáver estaba en un grado de descomposición bastante grave; a la cara ya le faltaba piel, y los gusanos se comían los restos de aquel hombre que parecía de aproximadamente cincuenta años.

Eleazar mandó llamar a los muchachos pidiéndoles que trajesen una bolsa para hacer el levantamiento del cuerpo. David se preguntó si así terminaría algún día. Luego escupió al sentir el sabor a muerto en su garganta.

—Llévenlo a la parte trasera del Jeep y continuemos —ordenó luego de salir de aquel breve trance en el que juraba que se había visto muerto en algún despoblado—. Avancemos doscientos metros a la derecha y sigamos las huellas del lodo. Fíjense en los árboles; algunos cuerpos pudieron quedarse atorados allí.

En total pudieron rescatar cinco cuerpos, contando a aquel hombre que yacía tras el sofá. Luego, cuando la tarde amenazaba con morir para darle paso a la noche más negra que jamás había visto, fue el momento de volver para que los familiares hiciesen el reconocimiento. La parte más dura, sin lugar a dudas, pero esencial e importantísima por partes iguales.

Los peritos forenses se encargaron del resto. Incluso de lidiar con las personas que empezaron a llorar de histeria a lo lejos. David abrió una lata de frijoles y se alejó unos metros para comer tranquilo. No tenía ganas de escuchar a los otros quejándose de cualquier cosa.

Recargó la espalda en un árbol y se sentó a comer con la mirada puesta en el cielo oscuro. Ni una estrella; ni la luna. Un manto de luto se cernía sobre sus cabezas, envolviéndolos en una realidad dura y cruel que el resto de los civiles desconocía.

Pensó en Nezahualcóyotl y lo echó tanto de menos que extrajo su billetera para ver su fotografía con la ayuda de una linterna que portaba en el cinturón. El pequeño sonreía y le faltaba un diente frontal. Eso le hizo sentir estrujado el pecho, porque ya lo recordaba con casi todos sus dientes de leche en una cajita que Mirna guardaba por ahí.

«*Ya voy a ir a casa, Negrito. Voy a ir a casa y pasaremos todas las tardes juntos. Te amo, Negrito*», pensó con una sonrisa forzada y con un nudo en la garganta.

Volvieron el viernes luego de que se ordenase el paro en la búsqueda de los otros desaparecidos. Por desgracia, el afluyente desembocó en un río y lo más seguro era que los cuerpos irían apareciendo en otros sitios más adelante.

Los muchachos fueron aplaudidos cuando volvieron de la misión. David sonrió al ver que el general de división había permitido la entrada a los familiares de los *héroes*; esto con la finalidad de mostrarles su gratitud y como una pequeña recompensa por el esfuerzo y las energías gastadas en tan importante hazaña.

—Capitán —lo llamó una sargento, luego le hizo el saludo marcial en muestra de respeto—. Señor, hay un civil que lo espera con dos mujeres, pero no han podido comprobar que son familiares y no se les ha permitido el acceso. ¿Podría confirmarnos?

—¿Dónde están?

—Afuera, señor.

Se apresuró a la salida. Corrió unos metros, movido por las ansias y la desesperación. Pensó que probablemente era Mirna, Lucía y Jorge, que había llegado el momento de hacerle frente a su pasado y, ¿por qué no? Quizás también limar asperezas con ellos.

Se estaba haciendo viejo y a veces le cansaba guardar los resentimientos y los rencores en su pecho. A veces ya no quería estar enojado, pero era consciente de lo difícil que sería borrar todo el daño y hacer de cuenta como si nada le hubiese dolido.

—¡Ey! ¡Aquí estamos!

Miró a Ezequiel en compañía de Imelda y de Mercedes. Sonrió ampliamente porque no se imaginaba a esos tres juntos. ¿Qué hacía Meche con su novio y la tía de este?

—Déjalos pasar, son mi familia —le dijo al guardia y el hombre le asintió, acatando la orden enseguida.

Su familia...

¿Eran su familia? ¿De verdad así los consideraba? Lo cierto era que le había nacido del alma llamarlos de ese modo. Mercedes era como una abuelita; Imelda como una tía cariñosa; y Eze era algo que crecía como la maleza en el jardín de Meche; crecía tanto que le estaba costando arrancarlo. Ya había echado raíces y era una mata necia y espinosa.

Se abrazó con Mercedes cuando esta le metió un empujón a Ezequiel para pedir primeras. Después de todo, parecía que ella también lo veía como un miembro de su familia. Al menos era la del derecho de antigüedad y eso no se discutía; no con una anciana.

—¿Cómo estás, David? —le inquirió con las manos curtidas, acunándole la cara.

—Estoy entero, doña. No se preocupe. ¿Qué hace aquí? Nunca había venido a verme. Siempre soy yo el que va a verla a usted.

—El muchacho me fue a buscar y me dijo que hoy regresarían de la misión en Puebla. Es muy amable, para ser tan negro —susurró lo último—. Estuve muy preocupada por ti, mijo. Estás re flaquito.

—A ver, *abue*, que yo también quiero darle un abrazo al *primo* —protestó Ezequiel sacando a relucir un lado inmaduro que evidenciaba su cortísima edad.

Tenso, David se dejó abrazar. Contuvo el aliento unos segundos y luego, rendido por el sutil aroma de la colonia del muchacho, se relajó y le devolvió el abrazo mientras la vieja lo recriminaba en voz alta, llamándolo grosero.

—Me estaba volviendo loco, amor. Vi las noticias y casi me como todas las uñas por tu culpa —le reprochó entre broma y verdad.

—Estoy bien. —No quiso sonar tan áspero, pero así le pareció cuando lo apartó al sentir que aquel abrazo se estaba prologando por muchísimo tiempo.

Ezequiel le asintió y David notó un atisbo de tristeza en su mirada. Incluso le ladeó la cabeza un poco, tratando de decirle: «*Eh, estamos en el colegio, no lo tomes personal, Caperucita*». Pero se dio cuenta de que lo había ofendido cuando este se fue a cogerle un brazo a Imelda y perdió su mirada en los alrededores.

—Hicimos un rosario para que salieses ileso de esta, hijo —confesó la tía sonriendo, apretando la mano de Ezequiel—. Le pedimos mucho a la virgencita de Guadalupe por ti. ¿Verdad, cielo?

—Sí... —respondió sin mirarlo y David se intranquilizó.

—Pues muchas gracias a los dos. —Se le quedó viendo al mesero, pero este ya estaba haciéndose el tonto con su teléfono móvil—. Se los agradezco mucho.

—¡Bah! Yo no creo en la virgen. Era una prostituta... —farfulló Mercedes.

Pasaron apenas dos horas juntos. Comieron dulces de calabaza que Ezequiel había comprado, y bebieron agua de horchata que la vieja preparó en su casa.

—¿Podemos hablar en privado? —le preguntó al moreno cuando ambas mujeres se hallaron enfrascadas en una conversación femenina.

El joven accedió, pero David no pudo llevarlo a ningún lugar privado porque entonces había mucha gente a los alrededores. Eligió un área de arbustos pequeños, bajo la sombra de un árbol que les brindaba sombra; sombra que los protegía de la iluminación LED y las miradas de los demás internos.

—Perdóname por lo de hace rato —se disculpó enseguida aguantando las ganas de besarle los hoyuelos y los labios—. Aquí no puedo ser yo. No ese que tú conoces...

Eze le negó con la cabeza y le sonrió forzosamente. Parecía como si estuviese avergonzado, más que enojado por lo ocurrido, por ese desplante en público que David le había hecho.

—No te disculpes. Fue mi culpa. Me dejé llevar por la emoción y se me fueron las cabras. Me olvidé de que estamos acá y no en *Déjate llevar* o en otro sitio. Discúlpame tú a mí.

—Vale, los dos estuvimos mal. Yo más que tú, pero igual tienes que entender que aquí es...

—Lo sé, Gonzalo, lo sé. Me consuela que mañana no voy a trabajar y que podremos pasar todo el día juntos. Ya olvidemos esto, ¿quieres?

—Sí.

Qué fácil era estar con Ezequiel. Qué sencillas eran las cosas con él. Tan amables y llenas de armonía. Nada era pesado y cualquier preocupación se disipaba enseguida, aunque fuese con aquella sonrisa forzada, vergonzosa. Todo lo malo desaparecía y la maleza se extendía un poco más.

—Mañana quiero decirte algo —le dijo en un susurro.

—Dame una pista.

—No, tendrás que esperar hasta mañana.

Le diría lo que sentía por él. Se sintió contento y motivado al ver que había tenido el detalle de ir a festejar por su regreso. Tenía un novio que lo apoyaba y que lo quería; y él también quería decirle que sentía algo similar, aunque extraño.

El miedo a perderlo le hacía sentir angustia algunas veces. Tenía miedo de que lo dejase por su profesión o por hallarlo distinto al resto de las personas; también tenía miedo de que lo dejase por una mujer. De ser así, entonces moriría de la pena porque jamás podría compararse y se vería en desventaja por el resto de sus días; al menos siempre que pensase en la ruptura.

Le compró un girasol enorme. Una tregua de paz; un *me importas* oculto en un *te aprecio*

quizás más que solo como un amigo. Una muestra de amor escondida en otra de aquellas inseguridades que afloraban cada vez que pensaba en el abandono.

Se lo llevó a la cafetería a la mañana siguiente. Ezequiel sonrió como nunca y se encorvó ligeramente para dejarle un beso en la frente y una caricia en la mejilla.

—Eres como el sol —le dijo sin más, con ese tono robótico que no lograba perder.

—¿Cómo así, amor?

—Caliente —bromeó y recibió un breve empujón en el hombro. Se rio ante su propio chiste, pero pronto rectificó—: Me iluminas siempre. Me das calor. Contigo me gusta que sea de día. Y ese es todo mi repertorio... —añadió porque había ensayado esas frases melosas durante el camino a la cafetería.

—Te amo, Gonzalo.

Lo vio marcharse y se quedó mudo. El corazón ajetreado le latía hasta en las sienes, y sus manos jugueteaban con el bol que sostenía los sobres de azúcar dietética y natural.

Se bebió el café y lo esperó sin perderlo de vista. A veces, luego de levantar las órdenes, el moreno lo volteaba a ver y le sonreía.

Llamó a Neza y este se agarró como loro, hablando del nuevo videojuego que deseaba pero que Mirna no le permitía por la cuestión de la edad.

—Si mamá dice que no, ya sabes la respuesta, Negrito.

—*Pero todos mis amigos lo tienen y yo soy el único que no* —protestó abultando las mejillas, en ese gesto que hacía cuando intentaba contener el llanto.

—Hagamos algo, no llores, ¿vale? Mira, me dices el nombre del videojuego, yo lo reviso acá, y si veo que no es tan malo, le pido a mamá que te lo compre. ¿Te parece?

—Papi...

—¿Qué pasa, Negrito?

—*Te extraño mucho... Me duele el corazón, papi. Me duele mucho...*

Los ojos se le aguaron cuando el pequeño dejó el teléfono abandonado en el colchón, con la cámara apuntando hacia el techo. Lo escuchó llorar desconsoladamente y trató de llamarlo, pero Neza siguió en su aflicción, sin atender más que a su propio dolor.

—Negrito, cálmate, hijo. Mírame un momento porque te voy a decir algo importante.

—*¡Me da vergüenza!* —chilló.

David contuvo la risa ocasionada por la ternura que halló en la sinceridad de esa confesión.

—Mírame, hijito mío... Mírame un ratito...

Le oyó sollozar, pero luego le vio la cara enrojecida y los ojos rojos. Le miró sorber por la nariz y convulsionar los hombros mientras se enjugaba las lágrimas con rudeza, usando el dorso de su mano derecha.

—Te amo, Negrito. He tenido unos días difíciles, hijo. Muy difíciles, ¿sabes?

—*No llores, papi...*

El nudo en su garganta se rompió y las lágrimas, a borbotones, comenzaron a fluir de sus ojos azules.

—No quiero decepcionarte —le dijo en un hilo de voz, limpiándose el llanto con su mano libre—. Quiero estar contigo, pero..., ¿cómo le hago, mi amor? Tengo que terminar el colegio para ganar más dinero y comprarte todo lo que necesites. Para pagarte la universidad cuando seas grande; para comprarte un auto cuando cumplas los dieciocho. Y no quiero..., no quiero que pienses que son excusas mías. Pregúntale a mami y ella va a decirte que no puedo ir ahora. Pero me han prometido que mi servicio será allá contigo. Y después me puedo quedar allí un tiempo,

y ya vemos cómo nos acomodamos para vernos seguido.

—¿De verdad, papi?!

Le asintió con energía mostrándole una sonrisa que ocultaba su incertidumbre y su dolor.

—Sí, Negrito. Era una sorpresa, pero ya no me aguanté...

—¡Viva! —festejó el pequeño ya sin lágrimas, con su característica alegría de siempre.

No reparó en las miradas compasivas de la clientela de la cafetería. Ni siquiera se dio cuenta de que Ezequiel también lo había escuchado todo. Por fortuna ya era hora de que el muchacho saliese y rápido se hallaron en el viejo Chevrolet, aparcados en el estacionamiento.

David estaba cabizbajo y Eze parecía debatirse entre echar a andar el motor o seguir masajeándole el hombro izquierdo para traerlo de vuelta.

—No quiero ser como el señor Duarte lo fue conmigo —le confesó con la voz robótica, mirándose las rodillas y los dedos que estaban sobre estas—. Quiero que me hijo esté orgulloso de mí. Que, cuando cante el himno nacional, se acuerde de que su padre está en las calles sirviendo al país, velando por su bienestar. Cada vez que le parto el corazón, me muero un poco más; me voy perdiendo en este laberinto de aguas negras que yo mismo creé para mí. Y tengo miedo de terminar perdido, ahogado. De no volver a cumplir con mis promesas nunca. De perder lo poco que tengo...

—Vayamos a casa para hablar mejor, ¿sí?

No le respondió. En ese preciso momento podía llevarlo al matadero y él iría sin oponerse. Se sentía abatido y desdichado. Un fracasado; el mismo de siempre.

Ezequiel condujo hacia la casa y ambos se quedaron perplejos durante algunos segundos. La ambulancia estaba afuera del domicilio y la policía había acordonado el lugar con una cinta amarilla que no auguraba nada bueno.

Ezequiel intentó bajar del auto, pero David lo detuvo unos segundos al ver la camioneta blanca de la SEMEFO (*) acercarse a gran velocidad.

—¡Gonzalo, mi tía, Gonzalo! —El muchacho gritó y rompió en llanto zarandeándolo por la chaqueta camuflada.

—Quédate aquí, iré a...

—Mi tía... —Sollozó por lo bajo y se golpeó la frente contra el volante.

David salió a preguntar, pero en eso vio que los paramédicos trasladaban el cuerpo de la mujer a la carroza de la camioneta blanca.

Imelda había fallecido repentinamente. Ezequiel lloraba dentro de su auto y David sintió que el mundo se detenía bajo sus pies.

(*) Fragmento de la canción "Las miradas" de Gary Hobbs.

(*) SEMEFO. Servicio Médico Forense.

15.

Mientras regaba sus plantitas, Imelda había muerto de un fulminante paro cardíaco en el jardín de su casa. Algunos vecinos habían intentado socorrerla, pero fue demasiado tarde; inevitable.

Después de las pertinentes investigaciones, Ezequiel se derrumbó en la sala de estar aquel sábado por la tarde, luego de haber acudido a arreglar los trámites para el funeral.

—Quería ser cremada y que esparciera sus cenizas entre sus macetas. Quería vivir en su jardín y yo ya no voy a verla... nunca.

David le pasó un brazo por encima del hombro y lo dejó que llorase un poco más. Lo contuvo en silencio porque no sabía qué decir; él también estaba triste por la repentina muerte de aquella mujer que, en el poco tiempo que llegó a conocerla, le dio más amor del que sus propios padres le dieron en catorce años.

Lo que más le pesaba era que no estaría a su lado para consolarlo en el momento más triste. Ezequiel pasaría unos días de duelo solo, y no había nada que él pudiese hacer para compensar su ausencia. No existía ningún permiso especial a menos de que se tratase de un familiar directo como un padre, un hermano o un hijo.

—Tal vez hoy sientas que no hay salida y que el sol no volverá a salir, pero te aseguro que con el tiempo vas a superarlo —le dijo en un tono titubeante, inseguro. Intentaba cuidar sus palabras para no ofenderlo porque solo deseaba reconfortarlo—. Piensa en que algún día te vas a reencontrar con ella, en otro plano. Uno sin guerras y sin muertes. Y, entonces, solo entonces..., no habrá nada que vuelva a separarlos.

Le asintió musitando un casi inaudible *gracias*. Luego se marchó rumbo a la habitación de su tía, y allí se echó a llorar abrazado de la almohada de la mujer que, antes de perecer, había dejado todo ordenado y pulcro.

David, recargado en el marco de la puerta abierta, lo estuvo observando durante largos minutos. No tenía palabras para sanarlo; no tenía magia para traer de vuelta las risas de Imelda. No había nada que pudiese hacer para remediar la situación.

—Déjame solo, Gonzalo. Cierra la puerta, por favor.

—Haré café. Estaré en la sala por si quieres..., por si me necesitas.

Hizo café y recibió a los gemelos. Ambos consternados, permanecieron apagados como un par de velas idénticas, sentados en el sofá de tres plazas con las miradas puestas en la mesita de café. Después llegó Gabriela, Constancia y Adriana, las tres generaciones lloraban. Gabriela estaba más tranquila. Incluso encendió una vela a la virgen y cortó flores frescas del jardín de su fallecida hermana para ofrendárselas a la virgen de Guadalupe.

—Listo —dijo con una sonrisa congelada luego de acabar con el pequeño altar—. Ya quedó bien bonito. Ya está.

David le acercó un café, pero ella lo veía con aquella sonrisa extraña. Entonces supo que estaba en shock y, asiéndola con cuidado por un brazo, la llevó hacia el sofá individual y la ayudó a sentarse.

—¿Dónde está Ezequiel? —le preguntó la mujer al tiempo que se sacudía la falda larga con sus manos temblorosas.

—Está durmiendo, doña. Dejémoslo que descanse un rato. ¿Quieren más café? ¿Pan?

Rubén y Constancia le negaron con la cabeza. Adriana continuó llorando como una

histérica y Gabriela sonreía con los ojos anegados en un llanto contenido.

Incómodo, David se retiró rumbo a la cocina; observó la nevera tapizada de los imanes de Ezequiel y sonrió al ver una foto de Imelda y un Eze más joven, ambos sonriendo, abrazados.

Entonces abrió la puerta y se quedó mirando lo que había dentro. Extrajo un kilo de tortillas, una bola de queso Oaxaca y de las gavetas se hizo de chile, ajo, tomate y cebolla.

Picó la verdura y la echó en un sartén con aceite caliente. Se puso a dorar las tortillas luego de cortarlas en pequeños cuadros. Empezó a cocinar chilaquiles en un estado de semi inconsciencia.

Recordó que, cuando era pequeño y murió su abuelo, la casa estaba llena de militares y personas que nunca había visto en su vida. Que su abuela lloraba en silencio y que su mamá había cocinado como una enajenada. A él lo habían encerrado en la habitación de Eric porque no dejaba de corretear y estaba molestando a los presentes.

—*El abuelo se murió, David* —le dijo su hermana con los ojos llorosos y la cara roja.

—*¿Qué quiere decir eso?*

—*Que no volverá porque su corazón dejó de latir. Pum, ya no existe.*

—*¿Está en el cielo con Dios?*

—*Dios no existe, tonto. Es como Papá Noel, el Hada de los Dientes y el Conejo de Pascua.*

Con apenas cinco años, David se había quedado boquiabierto cuando escuchó que el Hada de los Dientes no existía.

—*¡Mentirosa! ¡Mentirosa!*

Sonrió ante los recuerdos; al rememorar la crueldad de su hermana. Él no estaba seguro de si había algo después de la muerte, pero sabía que la idea de volver a ver a los muertos era algo que reconfortaba a las personas. La gente se aferraba porque cargaba dolor; y la idea de volver a abrazar a un padre, a un hermano fallecido, les brindaba una esperanza y se convertía en un ancla para seguir con sus vidas y resignarse con esa ilusión, con aquella promesa de un *volveremos a estar juntos en el más allá*.

Terminó la salsa y la vertió encima de las tortillas doradas y el queso que ya se había fundido. Escuchó el chillido del aceite al contacto y se quedó mirando por la ventana que daba a la calle.

Algunas horas habían transcurrido y Ezequiel no salía de su encierro. Le preocupaba y decidió servirle un plato para que comiese algo; también cogió un refresco de lata de la nevera y se acercó a la habitación de Imelda. Llamó un par de veces, pero el mesero no le respondió. Entonces decidió abrir la puerta y entrar sin su consentimiento.

Lo halló sentado al borde, de espaldas a la puerta, con una almohada en su regazo y con las manos reposando encima de esta. Observaba a través de la ventana que daba al minúsculo patio trasero donde se hallaba la ropa de su tía, colgada al sol de unos alambres que servían como tendedero.

—Eze, hice chilaquiles para que comas algo. Ya son las siete; hace horas que no comes nada.

Sobre una mesa de trabajo, donde se hallaban algunos estambres de colores y unos ganchos dentro de una canasta que contenía un tejido a medio terminar, David dejó el plato y el refresco para irse a sentar al lado de su novio que, inmutable, continuaba mirando por la ventana aquel vestido de flores rojas que se ondeaba con el viento.

—No tengo hambre —le dijo sin mirarlo.

—Pero debes comer algo. Para que estés fuerte. Anda, solo unos bocados y...

—No quiero comer, Gonzalo. —Lo miró airado, aunque no elevó el volumen de su voz; luego volvió su vista a la ventana y derramó una gruesa lágrima—. Mi tía acaba de morir, ¿crees que tengo hambre? No quiero comer nada —musitó con la voz rota antes de cubrirse los ojos con ambas manos para echarse a llorar de nueva cuenta.

David lo abrazó con fuerza y pensó en Imelda mientras el otro convulsionaba los hombros entre su cuerpo. Después logró hacerlo recostarse y se acomodó tras él, abrazándole por la cintura, pasando uno de sus brazos por debajo del atlético cuerpo del moreno.

¿Qué debía decirle? Se sentía mal por el hecho de no saber cómo consolar a una persona. Pero también creía que Ezequiel tenía que vivir su dolor a su manera. Hacerse más fuerte y salir a flote por su cuenta. Porque la vida estaba llena de obstáculos; era un campo de entrenamiento donde algunos se quedaban en el camino y, los más fuertes, llegaban hasta el final como vencedores. Y él quería que Eze fuese un vencedor.

—¿Quieres que te traiga agua? —preguntó de la nada y el otro le musitó un *no* que apenas alcanzó a escuchar.

—Ahora solo pienso en sus últimos instantes —comentó sorbiendo por la nariz—. El vecino de enfrente me dijo que ella sufrió mucho porque tardó en morir. Que estuvo agonizando unos minutos en el jardín y que tenía un gesto de dolor en su cara.

Entonces tensó la mandíbula del enojo que sintió al escuchar esos detalles que consideró innecesarios.

—¿Quién es el vecino de enfrente?

—Pues don Chema, él fue el que llamó a emergencias...

—Pues no debió decirte esas mentiras. Los paramédicos nos dijeron que fue un ataque fulminante. Fue rápido. Te apuesto a que ni siquiera sintió dolor.

—¿Tú crees, Gonzalo? —le preguntó esperanzado.

En respuesta, David acomodó su mentón sobre el hombro derecho de Ezequiel y le asintió, murmurándole un *seguro que sí*.

—Sé que suena estúpido, pero debes pensar que esa es una muerte muy digna. No todos la merecen. Muchos se van con bastante sufrimiento antes de quitarse las placas... Si yo te contase la cantidad de hermanos que he perdido en emboscadas en las que han sido secuestrados y torturados hasta la muerte...

—No me cuentes...

—No lo haré.

—No hoy. Quizás después.

—Vale.

Se quedó abrazándolo y desperdigando besos ocasionales en la mejilla del otro hasta que escuchó su respiración profunda y supuso que se había quedado dormido de nueva cuenta.

Fue un día extraño. Triste.

Venía de perder a muchas personas en la sierra, de llorar al ver a su hijo sufrir por su ausencia, y luego remató con la inesperada muerte de Imelda.

Hacía tanto que no lloraba y entonces se sentía ligero. Tenía una mezcla de sensaciones contradictorias en su pecho: por una parte sentía esperanza de ver a Neza muy pronto, y por otra sentía tristeza porque también iba a dejar solo a Ezequiel.

Decidió dejarlo descansar y se fue a sentar con la familia que aún seguía en la sala de estar. Entonces los halló más tranquilos, viendo un álbum de fotografías y bebiendo café mientras remembraban los mejores momentos en la vida de Imelda. *El top 10* de sus metidas de pata y de sus mejores virtudes.

—Ella fue la que más se preocupó por Ezequiel cuando se quedó solito allá en el norte —recordó Gabriela con una sonrisa nostálgica en su rostro curtido por tantos inviernos crudos—. Recuerdo que me llamó y me dijo que iba a *adoptarlo*. Ninguno de nosotros lo pensó ni por un segundo. Eze ya estaba muy crecido para entonces, y con nuestros achaques sería imposible ayudarlo. —Los gemelos, con un asentimiento de cabeza, le dieron la razón a su hermana mayor—. Yo le dije: *Ime, ¿estás segura de querer traértelo para acá? Es el sobrino pero no le conocemos las mañas. ¿Y si te roba?*

David le frunció el ceño ante su desconfianza.

—Ella estaba segura de que Eze era un buen muchacho y confió en él. Y ya ves, mamá, salió que tenía razón porque Eze fue quien veló por ella hasta el final —comentó Constanza mientras Adriana se enjugaba una nueva lágrima.

—Sí, es re buen muchacho.

Continuaron charlando y David no acotó nada. Decidió salir a eso de las nueve de la noche a tomar aire fresco en la acera. Entonces, en el jardín de enfrente, divisó a un hombre de aproximadamente cuarenta y cinco años, y se preguntó si acaso ese era el famoso Chema que había hecho sentir mal a su pareja.

Y, movido por un impulso, cruzó la calle y abrió la portezuela blanca de acero que delimitaba la propiedad. El hombre, tal vez al ver que se trataba de un militar, se quedó estático en su sitio y le esbozó una sonrisa nerviosa.

David se posicionó frente a él, y le preguntó:

—¿Eres Chema?

—Sí, señor. ¿En qué puedo ayu...?

Un bofetón con el dorso de la mano lo hizo callar.

—No te pego como si fueras un hombre porque no lo eres. Eres una vieja chismosa. Más te vale que no vuelvas a molestar a Ezequiel con nada que esté relacionado con doña Imelda, porque entonces te voy a romper el hocico a patadas. ¿Entendiste?

Asustado, Chema le asintió una y otra vez, sobándose la mejilla ardiente, con los ojos vidriosos de terror. David le pidió que no se moviese ni un solo centímetro y, cuando el hombre le obedeció, se abrió la bragueta del pantalón, extrajo su pene y descargó un chorro de meados sobre las pantuflas y pies del tipo. Acto seguido, hizo amago de darle otra bofetada y se carcajeó cuando el hombre se sobresaltó mientras se cubría la cabeza con ambas manos.

A la mañana siguiente la casa se llenó de vecinos. La mayoría asistió para brindar apoyo a la familia y llevar comida y jarras de infusiones. Sin embargo, otros solo fueron para ver si algún miembro desvelaba detalles acerca de la muerte.

David despertó a Ezequiel con un beso en los labios resecos. El muchacho se frotó los ojos hinchados y le esbozó una sonrisa cuando vio que lo tenía encima de él, sin camisa, mirándole fijamente.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó volviendo a depositar un beso corto sobre sus labios.

Eze perdió la sonrisa y, para hacerlo reír, David acomodó sus puños en los costados de la almohada que seguía ocupada por el moreno; acto seguido, comenzó a hacer lagartijas encima de él, dejándole un beso en los labios cada vez que bajaba.

—¿Qué estás haciendo? —le inquirió con una sonrisa, ladeando la cabeza para que dejase de besarle.

—Ah-ah, no cuenta como lagartija sin el beso —le pidió, a lo que Eze, resignado, volvió a mirarlo y, en esa ocasión, le correspondió el beso—. Hice crepas... —Lo besó—. Y café. —Lo volvió a besar—. Hay fruta. —Otro beso—. Debes comer algo...

Ezequiel se rio, pero se le notaba malhumorado porque, de un brusco movimiento, lo apartó y lo hizo caer boca arriba, a un costado suyo, sobre el lugar vacío de la cama.

David comenzó a hacer abdominales allí mismo, ignorando el temperamento del otro que, con cierto ápice de culpa, lo veía con atención.

—Me duele la espalda; no soporto los hombros y los brazos —comentó mientras se masajeaba el hombro izquierdo con un tenue gesto de dolor.

El otro se detuvo y le frunció el ceño. Le pidió que se quitase la camiseta y que le diese la espalda para aliviar el dolor con un *masaje militar*. Muy famosos, según él; aunque solo era una excusa para tocarlo.

En cuanto lo tuvo boca abajo y le vio el culo, se sentó a horcajadas y se restregó con disimulo sobre aquella raja cubierta por un vaquero ajustado. Luego se frotó las manos y las llevó hacia los hombros para empezar a masajear con firmeza.

—¿Le das estos masajes a los soldados cuando se van a la sierra?

—¿Te molestaría que lo hiciera?

—Sí, un poco...

—Entonces no —bromeó y Eze soltó una risita nasal—. Y si ellos me dan un masaje a mí, ¿te molestaría?

—Uy, sí, hasta el doble. ¿Te dan masajes?

—No. Solo mamadas. —Eze lo miró por encima de su hombro con el gesto serio, y David soltó una carcajada—. Estoy bromeando, tonto. No pasa nada sexual en la sierra. Solo los adiestro y les enseño algunas tácticas de supervivencia. Encender una fogata, no quitarse las botas nunca, estar alerta ante los sonidos; y los osos, por supuesto. Esas cosas...

—Oh... Ahí, Gonzalo —le pidió cuando bajó las manos hacia la parte media de la espalda.

Era un mal momento para excitarse, así que decidió acabar pronto con el masaje y lo presionó para que fuese a comer, alegando que sería un día largo.

Y vaya que lo fue.

Imelda sería velada todo el domingo y el lunes sería cremada después de una misa de cuerpo presente. Y él no estaría allí para sostenerlo en su dolor, pero al menos escuchó que la familia iba a quedarse con Eze el resto de la semana, en lo que se *acomodaba*.

La funeraria se había encargado de adornar con rosas blancas y lirios perfumados artificialmente. Las veladoras estaban encendidas y, aunque el lugar era pequeño, lo habían decorado y lucía más costoso de lo que en realidad era.

Los amigos de Ezequiel estuvieron presentes. También asistieron algunos conocidos de Imelda, principalmente vecinos; dado a su condición de ciega, la mujer no salía mucho de casa y, por ende, no contaba con demasiadas amistades.

Rezaron un poco, y David, mostrando todo su respeto, se quedó en silencio, a escasos tres metros del féretro, observando. Pensando en lo efímera que es la vida; apenas un suspiro que se vuelve eterno, pero que no dura nada en el plano carnal.

Ezequiel volvió a llorar, pero fue Melissa quien se encargó de consolarlo. Él se quedó allí observándolos con disimulo, imaginándolos como la pareja que habían sido en el pasado.

Una vez que se hizo tarde, le dejó un beso en la frente pálida a la difunta; le acarició la mejilla y le dijo: *Hoy estás más bonita que otros días, tía. Gracias por todo. Yo cuidaré de Ezequiel; tú descansa tranquila.*

Luego se despidió de Ezequiel en el pasillo que conectaba el salón con la salida. Aprovechó que no había nadie y lo besó con lentitud, apenas rozándole los labios, apenas

saboreando su saliva cuando el otro, con cierta timidez, entreabrió los suyos para corresponderle.

—Me tengo que ir —le dijo y el moreno le acunó el rostro mientras le asentía con la cabeza. Había lágrimas en sus ojos—. Ya no llores. Todo va a estar bien. El sábado arreglaré el techo y...

—Gracias, amor —le interrumpió, y ante su gesto de confusión, le explicó—: Por quedarte.

Quiso decirle que *no era nada*. Que se había quedado porque quería estar con él y hacerlo sentir mejor, si no con palabras, al menos con risas al verlo hacer alguna payasada para animarlo.

—Ezequiel...

La puerta que conducía al salón fúnebre se abrió y Melissa se acercó a ellos con su presencia tan inoportuna.

—Ve con cuidado —le dijo a David con una mirada triste—, yo me encargo de Eze de aquí en adelante.

David buscó algo en la mirada del bailarín, pero estaba tan apagado que no le quedó más remedio que asentir y largarse.

Los días consecuentes a la muerte de Imelda fueron días de suma reflexión para David.

Mientras entrenaba en la piscina para el próximo torneo al que había sido convocado junto con otro atleta del colegio, pensó en la muerte con una profundidad que ni siquiera imaginó que poseía.

¿Qué iba a ser de Neza si él se moría? ¿Cómo lo iba a tomar el pequeño? ¿Crecería odiándolo por su ausencia permanente? ¿Y sus hermanos? ¿Y sus padres? ¿Todavía le recordaban, siquiera?

El próximo evento de la FMN (*) se llevaría a cabo en el mes de junio, participaría para la *Asamblea General Ordinaria 2029*, como hacía cada año desde su internamiento en el colegio. El torneo sucedería allí mismo en Ciudad de México, y en esa ocasión iría por la medalla de oro como nadador velocista que, junto a los clavados, era su especialidad número uno.

—Eh, capitán —lo llamó Carlos, el sargento que también nadaba como pez espada—. Quisiera que un día de estos me ayude a mejorar mi mortal para las próximas olimpiadas. Puedo pagarle... —añadió con una sonrisa de medio lado mientras permanecía sentado en el borde de la piscina con las piernas dentro del agua.

Decidió ignorarlo. No le caía mal, pero tampoco le agradaba puesto que podía percibir cierto rencor de su parte. Y, por supuesto que tenía sus motivos para odiarlo, David siempre le ganaba y a nadie le gusta quedar en segundo lugar. Menos al sargento Carlos que era un par de años más joven y que, con todo el entrenamiento que estaba recibiendo, todavía no era capaz de romper su récord. Y eso que David se empezaba a dar cuenta de las preferencias que tenían hacia él. Quizás por la edad; para un atleta no es lo mismo tener veintidós a tener veinticuatro, y si se ponía a pensar un poco, al colegio ya no le convenía invertir tanto en él porque en pocos meses estaría afuera.

En lo que esperaba por el entrenador, solo para picarlo, salió del agua y comenzó a subir la escalerilla de la plataforma de diez metros. Iba a darle una lección; iba a enseñarle que nadie era mejor que él en los saltos. Ni los rusos, ni los japoneses; ni los chinos. Nadie lo superaba.

Ejecutó un cuádruple mortal y medio carpado hacia adelante. El mismo salto con el que había ganado el oro en París. Y mientras caía, concentrado y orgulloso, tuvo una extraña sensación en el pecho.

Cuando se vio inmerso en la profundidad de la piscina, se quedó allí dentro y volvió a pensar en la muerte. Se miró las manos y se tocó la cara como si estuviese reconociéndose.

¿Quién era? ¿Solo un militar? ¿Solo un buen atleta como lo había llamado su madre aquella ocasión en la que fue a llevarles su diploma de la Academia?

Se sintió confundido. Insatisfecho y, una vez más, vacío.

Esa misma tarde tuvo sesión con Ricardo. Jamás le contaba nada, pero esa vez fue distinta porque se sentía intranquilo. Ansioso.

—¿Cómo estás hoy?

—No tengo idea. —Se recargó en la silla y negó con la cabeza un par de veces, mirando los ojos oscuros del hombre que se hallaba a poco más de un metro de él—. No sé qué me está pasando. Tengo esta sensación de que no estoy haciendo nada con mi vida. De que he desperdiciado muchos años haciendo lo que los otros quieren porque jamás me he sentado a pensar qué es lo que quiero yo. Qué es lo que espero yo.

—Ajá... —acotó el otro con su expediente entre las manos, dedicándole una mirada que, a primera instancia, parecía comprensiva—. ¿Quieres hablar de tus padres? ¿Cómo llevas el Metilfenidato? ¿Te has sentido bien?

—Me he sentido bien con eso. Esto es otra cosa, ¿sabes? Es como si de la nada, una voz en mi cabeza me grita que despierte y que me mueva. Que reaccione. Es tan extraño que no puedo explicarlo.

—Pues tendremos que callar esa voz porque no es normal.

—No, no me refiero a...

—Te voy a recetar un antipsicótico muy suave para empezar —interrumpió.

—¿Antipsicótico? —preguntó con el ceño fruncido mientras el hombre anotaba en la receta—, pero si yo no estoy loco.

—Acabas de decirme que una voz te habla —comentó mientras seguía escribiendo, apoyando el papel en su escritorio ordenado y pulcro—. Además, el general Iturbide me pidió que te echara un ojo. Me ha dicho que andas culeando. —Y lo miró con severidad—. No queremos más desertores, Duarte. Aquí te quitamos lo loco, sí o sí.

—No estoy loco y mucho menos estoy pensando en desertar —respondió airado, apretando los puños para contener las ganas de irse a los golpes—. Y el general debería de meter las narices en otro asunto. No soy el único militar con TDAH.

—¿TDAH? —Se rio a carcajadas—. ¿Quién te dijo que tienes TDAH?

No respondió. Estaba seguro de que ese era el nombre de su condición. Karen lo había diagnosticado desde el instituto, y ya se lo habían comentado a sus padres desde la educación elemental.

» Quiero que te tomes media pastilla del antipsicótico, acompañada de los medicamentos de siempre —le dijo con voz calma brindándole el papel con la misma sonrisa afable de siempre.

No reconoció a Ricardo. No entendió por qué entonces se mostraba distinto. No lo había dejado hablar, había hecho lo que David siempre le pedía: solo darle la receta, pero esa vez, incluyendo un nuevo medicamento que lo hizo sentir como rata de laboratorio y sospechar que, detrás de cada paso que daba, la sombra de Marcos de Iturbide lo acechaba como un depredador peligroso.

¿Para qué querría doparlo? ¿Qué ganaba él si se convertía en un zombi sin voluntad propia? ¿Qué había de los torneos próximos?

Cuando tuvo la medicación nueva entre las manos, fue a refugiarse a los baños ignorando los llamados de todos aquellos que lo saludaban o le pedían que se uniese a los entrenamientos.

Dentro del cubículo asignado a los capitanes, abrió la caja y vació al váter píldora por píldora. Arrojó el antidepresivo, el estimulante, el antipsicótico. Todo.

—No soy tu puñetero títere, Marcos —dijo con un deje de odio—. Y como sigas interviniendo en mi vida, te juro que vas a arrepentirte.

Luego tiró de la cadena y se lavó la cara en el lavamanos correspondiente a su rango. Se miró al espejo un rato y volvió a preguntarse quién era.

—No lo que ellos quieren —se respondió a sí mismo—. Ya no más.

(*) Federación Mexicana de Natación.

16.

Sentado en la ducha, se abrazó a sí mismo mientras sentía cada músculo de su cuerpo temblar. El agua fría no aliviaba el calor que sentía por dentro. Se quemaba y las lágrimas fluían de sus ojos cansados por tanto desvelo. No había dormido más de tres horas diarias durante los últimos días. La vida volvía a ser colorida, radiante y rápida. La normalidad, la suya, por momentos le hacía pensar en que había hecho lo correcto en dejar de tajo todas las medicinas.

Solo quería estar en la piscina. Allí se sentía a salvo de él mismo. Se tenía miedo y era extraño que, al mirarse al espejo, no se terminase de reconocer por mucho que se esforzase en decirse en voz alta quién era y por qué estaba ahí.

Estaba sufriendo otro episodio de pánico y no quería ser visto por nadie porque le daba vergüenza y miedo, miedo de que lo obligasen a volver a las medicinas.

Ya lo había pensado bien. En el siguiente control médico diría que se había olvidado de tomar los medicamentos uno o dos días, eso justificaría la ausencia de drogas en su torrente sanguíneo. Lo diría despreocupadamente, algo como: *Ah, sí, es que me las olvidé desde equis día en la casa donde me quedo los sábados, y me olvidé de ir por más con Ricardo.*

Vomitó la cena ahí mismo, en la ducha. Eso siempre lo liberaba de las filosas garras de la ansiedad, pero igual sentía que el baño era del tamaño de un campo de fútbol. Con todo y sus temores, se puso de pie y fue en busca de un rollo de papel higiénico luego de cerrar el grifo; entonces recogió sus migas y las desechó por el váter antes de que alguien entrase.

Se puso un pantalón de chándal verde oliva y una playera blanca para ir a caminar y despejarse antes de intentar dormir. Tenía toda esa energía que recordaba siempre haber poseído. Sentía que podía correr por la pista con los ojos vendados durante cuarenta y ocho horas antes de caer muerto de cansancio.

—¡Eh, David! —Escuchó la voz entusiasta de Emanuel y oyó sus pasos acercándose a él.

—Capitán segundo para ti, cadete —bromeó porque quería verse relajado, aparentar una calma que no sentía.

—Uy, perdón —comentó el otro y soltó una risa divertida, empujándolo con su hombro. David le dedicó una sonrisa y Emanuel le frunció el ceño—. ¿Qué te sucede?

—¿A mí? Nada, ¿por qué lo preguntas?

—Te está temblando el labio inferior y tienes los ojos rojos. ¿Todo marcha bien, David? —le preguntó con un dejo de preocupación.

Le tenía cierta confianza, podía decírselo sin temer a que Emanuel lo echase de cabeza con Ricardo.

Le negó y salió de la pista para sentarse en la orilla, cerca de un bebedero y un árbol. Emanuel lo siguió; se sentó a su derecha con las rodillas flexionadas, y le clavó la vista sin perder el gesto de mortificación.

David inhaló y suspiró, recordando el conteo de aquellos ejercicios que Karen le había enseñado cuando la ansiedad se lo comía vivo.

—¿Qué sucede, David? —le preguntó posando una de sus manos en su rodilla izquierda—. Somos amigos, ¿no? Casi eres mi padrino de bodas... ¿No confías en mí?

—Sí confío... —Se relamió los labios y lo miró solo un segundo para corroborar su afirmación. Y al ver la preocupación en el otro, supo que estaba bien si le decía unas cosas. No todo—. He dejado los medicamentos y me está cargando la chingada. Es el síndrome de

abstinencia. No he dormido casi nada en estos últimos tres días, apenas nueve horas desde el lunes por la noche. Estoy hecho mierda, cabrón.

Nunca había hablado de su TDAH con nadie, ni siquiera con Emanuel. La gente no se lo tomaba en serio y él no tenía tolerancia a las burlas hacia su condición.

» Tengo la enfermedad del *estáte quieto*. —Soltó una risa luego de la broma, pero Emanuel no se rio; eso lo motivó a hablar—. Tengo algo que se llama TDAH: Trastorno de Déficit de Atención por Hiperactividad. ¿Semejante trabalenguas, eh?

—¿Por qué dejaste la medicación? —le preguntó en tono serio, mirándole agitar las manos y zapatear los pies en el césped—, ¿fue orden de Ricardo o las dejaste por tu cuenta?

—Ricardo... —murmuró con un deje de enojo y fastidio—. Ese hijo de la gran puta es un vendido. Solo quiere tenerme dopado como un paciente de algún manicomio. —El labio le tembló más fuerte y entonces le clavó los ojos con atención—. ¿Recuerdas aquella vez que te dije que la lucha era allá afuera?

—Sí, sí lo recuerdo.

—Pues no. La lucha empieza desde aquí dentro. La corrupción, las mentiras, la traición al honor de lo que en realidad debería ser un militar, hermano.

—¿Por qué dices todo eso? —le cuestionó con el ceño más fruncido, achicando los ojos.

—Todo, cada movimiento es vigilado por el general de división. Unos tienen la fortuna de no tener cualidades, de tener la única virtud de la obediencia, la misma que muestra un perro que a base de chingazos aprende un par de trucos y se conforma con una palmadita en el lomo y un plato de comida cada día. Pero los que pensamos... —Se tocó la sien derecha con su dedo índice, dándose reiterados golpecitos—. Los que pensamos somos carne de cañón porque no le convenimos a esta sociedad. Porque no somos perros, hermano.

—No te entiendo ni madres. ¿Puedes ser más claro? ¿Qué te hicieron para que ahora estés en contra del sistema?

—¡*Shht!* —Le chistó fuerte mirando a los alrededores para ver si no había sido escuchado por algunos cadetes que corrían en la pista. Luego lo miró con un gesto de enojo—. Eso que acabas de decir..., no lo digas nunca. Yo no estoy en contra del sistema, el sistema funciona. Estoy en contra del que mueve los hilos aquí y allá afuera. Ese hijo de la mierda se ha pasado por los huevos mi honor y me las va a pagar...

—¿Quién?

—Marcos de Iturbide, el general de ala; el grandísimo hijo de puta.

—Creí que se llevaban bien —musitó extrañado—. ¿Por qué te lo quieres cargar al cabrón?

—Por pasado de verga. Yo no soy un perro que aprende trucos. Yo soy siervo de la patria, no de otro cabrón que come, mea y caga igual que yo. ¿Entiendes? ¿Entiendes lo que te digo? —repitió atropelladamente viéndolo asentirle con la cabeza—. *Muerto el perro se acaba la rabia*, Emanuel. Y yo me lo voy a cargar, aunque eso implique mi propia muerte.

La alarma resonó por todo el colegio, aquella que les anunciaba que tenían diez minutos para irse a la cama. La jornada finalizó con un plan en mente y un secreto desvelado que el otro juró no contárselo ni a su almohada.

—Tienes mi apoyo incondicional. Solo cuídate, hermano.

Esa mañana llegó al paraje donde se hallaba la casa de seguridad. Pero no iba solo. Aprovechando que Ezequiel tenía un par de semanas libres por su duelo, le pidió que lo acompañase y que lo esperase ahí afuera, en medio del campo despoblado, ignorando sus cuantiosas preguntas.

La zona estaba libre. La puerta del *calabozo* se hallaba bajo llave y, aunque tenía una, extrajo una pequeña pistola que usaba en los entrenamientos y disparó contra la chapa para que la cerradura cediese. Después la pateó con furia para adentrarse. El piso tenía más manchas de sangre y apestaba a hierro, pero la Glock Coyote continuaba en la alacena de metal, con la misma funda que la envolvía con cierto aprecio. Antes de hacerse de su arma, extrajo unos guantes de su mochila y también una bolsa de tela en color verde; pronto se robó todas las armas y cogió la Glock entre sus manos.

—¡Yo soy David Duarte y te voy a matar! —gritó apuntando hacia el área donde sucedían los asesinatos. Luego se llevó el arma a la sien derecha y puso el dedo en el gatillo.

Respiró hondo para calmar la euforia. Recordó que tenía que largarse antes de que alguien lo atrapase allí dentro. Rápido salió del túnel y corrió hacia el auto de Ezequiel con el arma enfundada en su cinturón, y la pesadísima bolsa cargada de al menos nueve rifles la dejó en la cabina trasera sin que su novio sospechase de nada.

—¿Qué está pasando, Gonzalo? ¿Por qué actúas tan raro hoy?

—Arranca, arranca. Yo no soy el perro de nadie —murmuró para sí mismo, oyendo el motor rugir.

En silencio, Eze condujo de regreso a la casa de Imelda y fue allí donde lo confrontó, asiéndolo con fuerza por los hombros, estrellando su espalda contra la puerta que acababa de cerrar para procurarse privacidad.

David lo miró a los ojos y sintió un poco de alivio. Intentó acariciarle el rostro, pero el moreno echó la cabeza hacia atrás para esquivarlo.

—¿Qué está pasando?

—Me lo voy a cargar...

—¿A quién?!

—Al general Marcos de Iturbide. Yo lo voy a matar. —Y extrajo la Glock ante la mirada atónita del mesero que, quizás asustado, lo soltó y retrocedió un par de pasos—. Esto se va a terminar muy pronto, Ezequiel —le dijo convencido del plan que había maquetado durante la madrugada del sábado, unas horas antes de salir del colegio.

—Gonzalo, dame el arma —le pidió el muchacho con la voz trémula por los nervios.

—No quiero que tenga tus huellas. Ya bastante te arriesgué al pedirte que me llevases a donde fuimos hace rato.

—Bueno, sácala de mi vista para que podamos sentarnos a hablar un momento.

Se adentró en la habitación de Imelda y ocultó la pistola bajo el colchón antes de pegar un brinquito de euforia; después ocultó la bolsa que contenía las otras armas dentro del armario de la difunta, antes de salir en busca de Eze que, en ese instante, se hallaba en la cocina preparándole un té de hierbas para los nervios.

David se sentó a la mesa y tamborileó los dedos en la superficie mirándole la espalda al otro, conteniendo a duras penas las inmensas ganas que tenía de cogérselo ahí mismo, así de pie, frente a la encimera.

—Estás actuando muy extraño hoy y ahora me vas a decir por qué —le imperó al virarse para verlo, guardando la distancia—. No te has tomado la medicación, ¿verdad?

—¿Quién la necesita? Ahora estoy mucho mejor que antes. Esos perros no van a controlarme.

—¿Quiénes?

—Marcos, Ricardo, y todos los que estén detrás de esto.

Ezequiel le negó con la cabeza.

—Amor, no te estoy entendiendo nada. ¿Por qué estás como drogado? —Ladeó la cabeza hacia la izquierda, mirando sus manos jugar con el salero que deslizaba de izquierda a derecha, empujándolo con ambas manos—. Si me dices exactamente lo que está pasando, quizás yo pueda ayudarte.

David detuvo el juego y lo apuntó.

—Te quiero fuera de esto, Ezequiel. No te involucres porque no me va a gustar.

El muchacho atendió la tetera cuando esta chilló indicándole que el té estaba listo. Sin perderlo de vista y con el cerebro excitado por la falta de descanso, David vio que el joven extrajo un gotero de uno de los cajones de la encimera. Después le sirvió una taza y vertió unas gotas de aquel menjunje en su infusión.

—Bébetelo todo. —Le colocó la taza frente a él.

—¿Qué es?

—Agua de calzón —dijo en tono sarcástico—. Es un té, ¿qué iba a ser?

David esperó a que se enfriase un poco y comenzó a beber en silencio ignorando la mirada penetrante de Ezequiel.

No obstante, cuando iba por la mitad, los ojos comenzaron a cerrárseles solos. Se sintió pesado, aletargado y con mucho sueño.

—¿Qué le pusiste a esto?

—Vamos a la cama.

—Ezequiel...

—*Shht, shht.*

Apenas tuvo la cabeza en la almohada y se quedó dormido. Se perdió en un sueño profundo en el que pudo visitar a Neza y a Mirna.

El pequeño jugaba en su consola y Mirna aspiraba la alfombra cuando él entraba con su mochila al hombro y los veía saltar y gritar de júbilo al no ser capaces de controlar la emoción a causa del reencuentro.

—*Ya estoy en casa* —les dijo, extendiendo los brazos para su hijo, agachándose para quedar a su altura. Pronto lo tuvo entre sus brazos y lo escuchó llorar sobre su hombro cuando lo alzó para contenerlo—. *No llores, Negrito, no llores más.*

—*¿Te vas a ir de nuevo, papá?*

—*¿Quieres que me vaya?*

—*¡No, nunca!*

—*Entonces no me iré nunca. Me quedaré aquí contigo siempre, Negrito...*

—*Te echamos tanto de menos, David* —le dijo Mirna antes de unirse al abrazo—. *Todos te echamos de menos; incluso el viejo. Hay que olvidar todo, hermanito... Hay que olvidar todo porque la vida es muy corta. Yo no quiero vivir enojada. No sé tú...*

Abrió los ojos en medio de la penumbra de la habitación. Desorientado durante los primeros segundos al despertar, se quedó mirando la enredadera de luces y echó de menos a Ezequiel.

Afuera estaba oscuro, por lo que pronto buscó su teléfono móvil y lo halló sobre la mesita auxiliar, luego de reparar en que se encontraba semidesnudo y cubierto por una sábana limpia que tenía el aroma de su novio.

Eran las ocho. Había dormido aproximadamente siete horas. Y, aunque se sentía descansado, también se sentía ansioso. Tenía una opresión en el pecho y unas inmensurables ganas de echarse a llorar sin motivo aparente.

Le enojaba ser tan débil, tan frágil. Le enfadaba no entender por qué no podía controlar

sus emociones si en el colegio le habían enseñado a ser fuerte y a soltar todo cuanto le impidiese avanzar en sus metas, sobre todo, los líos de pareja, de hijos, entre otras cuestiones que siempre supo dejar de lado para no fallarle a sus superiores, los mismos que, a su ver, lo estaban manipulando a grados impensables.

—¡Ezequiel! —lo llamó desde la cama acurrucándose a su almohada en posición fetal—. ¡Ezequiel!

El joven se apareció en la alcoba y pronto encendió la luz para hallarlo como un perro aporreado, revuelto entre las sábanas y temblando como un moribundo a punto de dejar el plano carnal luego de muchísima agonía.

Ezequiel se sentó junto a él y le sonrió con sus hoyuelos profundos. Sus ojos marrones le procuraron calma, pero fueron sus caricias, esas que empezó a dejarle en cabeza y brazo, las que terminaron por romperlo en un llanto silencioso y amargo.

Se quería morir. Ya nada tenía sentido. Pensar en el suicidio no hacía más que entristecerlo aún más. ¿Por qué no pensaba en Neza? ¿Acaso no era razón suficiente como para hacerlo morderse un huevo y apechugar por su cuenta sin ser tan llorica?

Cuando el llanto superó la vergüenza, entonces sollozó y, sin descubrir su mirada de aflicción, con las manos enraizadas a su rostro lloroso y húmedo por el sudor, le pidió que lo abrazase unos minutos; y el otro no lo dudó un instante. Rápido se echó a su lado y le brindó el refugio que tanto necesitaba, allí en su pecho, dentro de la valla inquebrantable que formaron sus brazos al rodearle con cariño y fuerza.

—Estás así porque dejaste los medicamentos y tu cuerpo se está desintoxicando, amor —le susurró explicando que era normal porque, principalmente el Valium, es una droga muy fuerte que el médico debió haberle quitado de a poco, bajando la dosis para que su sistema no lo resintiese de esa manera—. ¿Por qué ya no los quieres tomar, Gonzalo? Te estaban haciendo bien.

—Me estaban haciendo un monstruo —murmuró con los hombros convulsos recordando con horror la escena del cuerpo que había cercenado.

—¿Por qué dices eso?

—No te lo puedo decir. Es algo muy feo y no quiero que lo sepas...

No soportaría horrorizarlo al punto de ganarse el abandono. No en ese momento que tan vulnerable se sentía. Tan aislado de la felicidad, tan alejado de su propio futuro.

—Pues, ¿sabes? Yo sí quiero escuchar eso que no me quieres decir. No hay nada feo y...

—No —interrumpió con la voz desgarrada y más ronca de lo habitual—, si no es feo, que no. Es peor, es horrible. Una monstruosidad que, de verdad, no me pidas que te lo relate.

Seguramente, Ezequiel hablaba en serio cuando le dijo que necesitaba escuchar esa versión macabra de los últimos instantes de un hombre que le suplicó por sus hijas, por su vida. Y seguro que requería de la historia porque no tenía idea de lo descarnada que era.

—Está bien, Gonzalo —aceptó al pasar de unos minutos en silencio, todavía acariciándole los cabellos y el hombro—. Solo quiero que tomes en cuenta que yo soy más que tu novio, también soy tu amigo y siempre puedes hablarme, contarme tus problemas. Juntos podemos hallar una solución, amor. Tú no estás solo.

—¿No?

—¡Claro que no, amor! —le exclamó con cierta alegría, aunque seguía apagado por la reciente muerte de su tía Imelda. Se le notaba en el rostro ojeroso y en su voz bajita, casi forzada—. Así como yo he contado contigo, también tú cuentas conmigo.

Por la cabeza le cruzó la idea de decirle todo, de no guardarse nada, pero el miedo lo

detuvo y solo pudo agradecerle de un modo más íntimo, devolviendo uno de sus tantos gestos: una caricia que nació entre su mejilla y su nuca, y que fue a terminar en sus párpados. Con sus dedos anular y pulgar, le selló los ojos y se le quedó viendo a aquellos labios definidos.

—No me mires ahora —le suplicó.

Juraba que tenía en los iris los reflejos más viles de los actos más tremendos que había llevado a cabo bajo las órdenes de Iturbide. Juraba que el odio era el único fulgor que iluminaba su mirada de miseria, furia y tristeza. Y quería que Ezequiel lo viese contento, alegre, que lo viese siendo, por lo menos, la sombra de lo que solía ser en el pasado.

—No te miro, pues —le respondió conciliador.

Se mantuvo en esa postura durante largos minutos, cubriéndole los ojos, mirando su sonrisa. Aquella sonrisa confiada que el otro le entregaba sin imaginarse que, esas mismas manos que lo tocaban, habían desmembrado un cuerpo humano por complacer el capricho de un superior.

—Sí he matado gente —le dijo y aguardó en silencio por su respuesta.

—Lo sé —contestó—. Lo sé y lo entiendo por tu profesión, en serio.

—Marcos de Iturbide me lo ordena. Me lo ordenó cuando tenía diecinueve años y ya me eché unas calaveritas al lomo por su culpa. He asesinado personas que estaban secuestradas y yo lo he hecho sin saber si realmente son criminales o no. Aunque lo más seguro es que sí, que se haya tratado de ratas y solo eso, pero no lo sé...

Volvió a aguardar en silencio, pero esa vez, Eze tardó más en responderle:

—¿Por qué te lo ordena el general? ¿Qué tiene que ver el general con el colegio? ¿Contigo?

—Una pregunta a la vez —le pidió.

Eze exhaló, pero continuó sin inmutarse. Pronto preguntó:

—¿Son asesinatos que te ordena el colegio?

—No, *señor*.

—¿Son crímenes ligados a un grupo delictivo comandado por Iturbide?

Lo estaban interrogando. Estaba confesándose por primera vez, aunque no sería la última.

—Sí y no, *señor*.

—Explícame.

Tragó saliva y cogió valor.

—El general Marcos de Iturbide comanda un grupo llamado *Los PHM, señor*. Este grupo militar se encarga de *limpiar* al país de las garras del narco. Los investigan, los capturan y luego los asesinan...

—¿Por qué no los entregan a la policía?

David soltó una risa nasal ante su inocencia.

—Porque la policía está con el narco. Si yo me presento con una de esas ratas y la entrego, la rata sale libre y yo amanezco descuartizado y sin lengua, sin huevos. Por *dedo*.

—¿El colegio sabe de este grupo? —continuó el moreno y David le asintió antes de responderle, al darse cuenta de que no podía verlo.

—Sí saben, *señor*, pero no saben que Marcos de Iturbide está detrás de todo esto. Los PHM están siendo investigados por el gobierno y los tienen tachados como si se tratasen de cualquier otro de esos grupos de ratas. Porque lo que hacen es tomar justicia con sus propias manos y eso es ilegal, *señor*. Pero también se comprende que no tienen otra alternativa...

—¿Por qué dices que no tienen otra alternativa?

David se relamió los labios, pensativo. Luego acotó:

—Porque estamos en un país lleno de oficiales corruptos que pierden la integridad y cualquier valor por un fajo de billetes. A ninguno de esos cabrones les importan las vidas de los militares o las de las propias ratas. Aquí el que sabe de más es el que vale dinero, y por desgracia su vida tampoco vale nada cuando son atrapados. Es un nido de serpientes, en resumen.

—¿Cómo terminaste involucrado en todo esto?

Había sido un niño yendo a la *guerra* con un cañón sin balas y sin ningún consejo de lo que era el mundo real. Se había dejado llevar por los aplausos y las adulaciones; porque entonces sí había sido un perro que movía la cola al recibir un poco de afecto y motivación. Se había metido en la boca del lobo por su inexperiencia y por la palpable carencia de afecto que venía arrastrando desde siempre.

Pero no le gustaba el papel de víctima. No se creía una en realidad. Había sido una casualidad producto de su mala suerte en la vida.

Y no era una víctima porque estaba de acuerdo con matar, con limpiar al país y defender con su vida la dignidad de los otros y, sobre todo, la de su hermosa nación bañada de sangre. Pero creía que una bala ponía fin a la rabia sin necesidad de quemar vivo al perro.

—Por pendejo —respondió su honestidad y le descubrió los ojos para resolver si hacía falta decir más—. Era un niño muy pendejo que solo buscaba a un adulto que me dijese que era buen soldado.

El bailarín le asintió con lentitud, como si estuviese intentando, con mucho esfuerzo, digerir su confesión. Después de todo, para David no fue difícil reparar en que a Ezequiel debía parecerle una locura estar de novio con un asesino.

—Tenemos que ver la forma de que te salgas de ese grupo de Iturbide —le dijo.

—Lo voy a matar sin ensuciarme las manos. Lo tengo todo planeado, Eze. —Otra confesión salió a relucir al sentirse motivado por el apoyo del más joven—. No te preocupes, no iré a prisión porque voy a tenderle un cuatro a Marcos. Él traicionó mi honor y me hizo este despojo que ahora tienes enfrente. Yo solo voy a darle a probar de su propia medicina.

—¿Qué vas a hacer, Gonzalo?

David se rio fuerte y Ezequiel le frunció el ceño ante aquel acto.

—*En caso de emergencias...* —murmuró absorto en el pasado—. *Cero privilegios, damita...*

17.

Le fue difícil volver a su antiguo entorno ya sin los medicamentos, pero con el pasar de las semanas se sintió mejor y hasta recuperó su sentido del humor bromista. No era raro verlo contar disparates en el comedor, provocando las carcajadas de los capitanes que se sentaban con él.

De vez en cuando, parodiando al general de división y a Marcos, invitaba a un cadete a la mesa y se hacía pasar por su protector, contándoles a los demás que él, y solo él, casi se lo había arrancado de sus entrañas; que ese jovencito tembloroso y asustadizo era lo más cercano a un hijo para él.

Y las risas estallaban al unísono, aunque no se daba cuenta de que todos los de la mesa de alto mando ya le habían echado un ojo a ese *nuevo* David que parecía más vivaz y popular que el anterior.

A la siguiente sesión con Ricardo, le expresó su gratitud con ese cambio de medicamentos. «*Nunca me había sentido más vivo y feliz como me siento ahora. Gracias por darme esa nueva medicina*», le dijo con una enorme sonrisa, a lo que el hombre, satisfecho, lo dejó salir antes de que concluyesen los sesenta minutos y, antes de que David dejase el consultorio, alcanzó a observar que Ricardo, ansioso y contento, marcaba un número desde su teléfono móvil.

Para entonces, ya superada la etapa de la abstinencia, que le había durado casi todo un mes, David se había propuesto a entrenar duro para el torneo de junio, aunque su entrenador de siempre se esmeraba más en ayudar a Carlos que a él; pero dicho detalle no le importaba porque David no creía necesitar a alguien que le sostuviese el cronómetro y le pegara un silbatazo para avisarle que debía comenzar a mover los brazos. Se las apañaba solo y, aun así, siempre acababa ganándole a Carlos que, haciendo rabieta y echando pestes, le metía un puñetazo al agua y gruñía al saberse vencido una y otra vez por el capitán segundo Duarte.

—Anda, cuéntame algo de tu vida sentimental. Nunca me platicas nada y yo siempre te estoy dando santo y seña de lo que hago con Cris —le pidió Emanuel luego de que ambos terminasen una carrera en la pista.

Eran las seis y media de la tarde y los dos se hallaban sentados en el pasto, sudando, pero satisfechos y de buen humor.

David sonrió.

Siempre había sido un tanto reservado en esos temas, pero Emanuel se había ganado su confianza y decidió abrirse un poco con él; después de todo, era su amigo, el más cercano que tenía en el plantel.

—¿Qué quieres saber?

—¿Tienes pareja?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Alberto —mintió.

—¿Alberto?

—Sí.

Complacido, Emanuel le regaló una risita, y continuó:

—¿Llevan mucho tiempo juntos?

—Meses.

—¿Lo quieres? —le cuestionó muy sonriente.

—Eso no lo voy a responder.

El otro soltó una risotada.

—Bien, no me lo digas, pero sospecho que sí, que hasta estás enamorado de Alberto. Oye... —Y lo miró con los ojos achicados—. ¿Alguna vez te has enamorado de alguien?

El aludido se puso serio al recordar al *vampiro*. Él había sido su primer amor; no Alan que nunca le había correspondido. Con él había tenido sus primeros encuentros sexuales y con Amaru había conocido una parte de él que le hacía sentirse muy orgulloso.

—Sí...

Nunca volvió a sentir esa ternura por otro hombre, esas ganas intensas de abrazar, besar y charlar con alguien hasta que la noche se hiciese día. Y, es que, por aquellos días de adolescencia, su única preocupación había sido la de sobrevivir a los regaños de sus padres y contenerse para no pincharles los neumáticos a los profesores.

La vida era apenas una bocanada de aire puro e inocente. Nada terrible había sucedido en su vida; el amor y los amigos eran una de sus prioridades, junto a su hermanito Mauri y la natación, por supuesto.

—¿De quién?

—Amaru Márquez, se llamaba...

—¿Una chica? —le inquirió con el ceño fruncido.

—¿Cómo una chica, imbécil? —Se rio—. Amaru es nombre de varón.

—Pues es la primera vez que lo escucho, eh.

Ya era raro que *el puto Carim* ocupase sus pensamientos. El rencor que solía sentir por él se había esfumado sin que se diese cuenta y sin entender el porqué. Cuando pensaba en Amaru solo podía sonreír al recordar todos aquellos momentos que vivieron juntos cuando la vida no valía nada y las tardes duraban apenas un segundo. No se arrepentía de haber estado con él, de haberle permitido llegar tan lejos para luego dejarle como un perro sin correa.

—Fue mi relación más larga —le confesó sonriente—. Amaru me gustaba mucho. Y él estaba loco por mí. También nadaba, así que ya podrás imaginarte cómo eran nuestras citas: carreras y competencias de clavados; casi siempre, porque a veces solo perdíamos el tiempo yendo a una plaza donde vendían chucherías y discos piratas.

—Discos... —murmuró el otro con nostalgia—. Yo tenía muchísimos de esos —acotó—. ¿Qué clase de música escuchabas cuando estabas más chavo?

—La que oían mis amigos. Alguna vez me prendí de una banda súper vieja que se llamaba *Los prehistóricos*, ¿la conoces? Eran chilenos.

—Nunca la había escuchado. A mí me gustaba el Hip-hop y el Rap. Vivíamos en un barrio de clase trabajadora y tenía un par de vecinos que escuchaban a *Lil Wayne* y a *Bad Bunny*, pero a mí me gustaba más la música de *Khalifa* y *Nicki Minaj*. ¿Los conoces?

—Sí, claro. —Al oír todos esos nombres recordó a *Jaimer Esquivel* en su ordenador de lujo grabando un nuevo video para su famoso canal de *YouTube*—. Era lo que más escuchaban mis amigos del instituto.

De un tema a otro, se fueron saltando hasta que la alarma sonó y les avisó que era tiempo de la ducha y de irse a la cama cuanto antes. Ese día, al ser feriado, les habían abierto el comedor desde las cinco y las clases se habían suspendido para dejarles tomar un descanso dentro del plantel. Y había sido un gran día para David.

El sábado cogió sus pertenencias y salió del colegio después de las diez de la mañana.

Pronto se dirigió al café para avisarle a Ezequiel que pasaría la tarde con Mercedes porque pronto sería el día de las madres y acostumbraba hacerle compañía.

No obstante, cuando llegó a la cafetería, se halló con la novedad de que el muchacho había faltado sin avisarles, cosa que le pareció muy extraña; así que no dudó en llamarlo, pero este no le respondió jamás.

Alertado, David se dirigió en carro-sitio a la colonia de Eze. Al llegar, lo vio discutiendo con un hombre y también se percató de que todas sus pertenencias se hallaban en el jardín y en la acera. Un par de hombres se las estaban llevando.

—¿Qué está pasando? —inquirió preocupado.

Afortunadamente, las armas, incluyendo la Coyote, ya se hallaban resguardadas en la pequeña casa que Mercedes le prestaba.

—Venta de garaje; las TV's al dos por uno, pásele joven —le respondió de malhumor y volvió su atención al hombre que, con mala cara, no dejaba de decirle que se había terminado el plazo y que la empresa tenía que cobrarse de alguna forma.

Ezequiel tenía una deuda que rozaba los noventa mil pesos. Y como todo *buen mexicano*, no había hecho caso de las advertencias del banco.

David intentó dialogar con el hombre, pedirle que les diesen tiempo de pagar, que él se comprometía, pero el tipo le respondió con una negativa y el embargo duró hasta el mediodía.

Se llevaron las dos televisiones, la sala de estar, sus bocinas, la nevera, su recámara, su ordenador portátil, la lavadora y una cómoda que recientemente había adquirido en una mueblería.

—¿Por qué no me dijiste que debías?

Ezequiel se rascó la cabeza y se quedó observando la sala vacía. De milagro no se habían llevado el antiguo tocadiscos de su tía; quizás lo consideraban una baratija que no valía más que nostalgia, o quizás no lo habían visto gracias al macetero que lo cubría un poco.

—Hacía tiempo que no me caía nada del banco y yo pensé que se les había olvidado... —murmuró en lo que recogía un par de portarretratos que se habían desprendido de la pared—. Lo único que me consuela es que mi tía no vivió para enterarse de todo esto. Se habría muerto de vergüenza con los vecinos.

No supo qué decirle, así que decidió inspeccionar y recoger las cosas que se habían caído al suelo cuando los hombres, sin el más mínimo respeto y cuidado, se habían llevado las cosas de mayor valor y arrojado al suelo lo que consideraban basura.

En la cocina, vio que los alimentos estaban sobre las encimeras y encima de la mesa del comedor. Al menos no los habían desechado, pero corrían el riesgo de echarse a perder si no se refrigeraban cuanto antes.

Se recargó en una encimera y se quedó pensando en la forma en la que podría ayudar a Ezequiel. Se le ocurrió que podría llevárselo a vivir a la casa que le prestaba Meche, pero no estaba seguro de si la vieja estaría de acuerdo, y mucho menos si el propio Eze querría dejar la casa de Imelda.

Con una mueca de disgusto por la situación, se sirvió un vaso de leche y cogió una botella de cerveza para llevársela a su novio. Y cuando salió a buscarlo lo halló sentado en el pequeño portal, a la sombra del frondoso árbol que cubría parte de la fachada.

Cabizbajo, Eze le dedicó una sonrisa y deslizó el culo hacia la izquierda para hacerle un espacio en el escalón en el que se encontraba sentado y pensativo. Le aceptó la cerveza y la destapó con sus dedos antes de pegarle una serie de tragos profundos dejando la botella a la mitad en cuestión de segundos; y mientras David lo observaba, extrajo un cigarrillo de su

cajetilla aplastada y encendió uno luego de largar un suspiro hondo.

—Solo son cosas —comentó David y lo vio asentir con la cabeza mientras exhalaba el humo por la nariz—. Todo se puede volver a comprar, menos la vida. Al rato volvemos a tener nevera y compramos una sala más chingona.

El otro soltó una risa nasal y volvió a asentir sin mirarlo. Tenía los ojos puestos en la transitada calle.

—Sí, no te preocupes. No son cosas urgentes. Solo me siento bien pendejo por todo esto. Y en serio me pongo a pensar en que gracias a Dios la tía ya no está con nosotros. No me perdonaría haberla hecho pasar por esta bronca.

David le palmeó la espalda con brusquedad y el otro lo volteó a ver con una sonrisa apretada y con sus ojos chinitos por el sol que le pegaba en la cara.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué me agradeces?

Ezequiel se rio y se encogió de hombros contagiando a David que pronto se halló riéndose también.

—Por la cerveza, por sentarte conmigo, por estar aquí en este momento tan vergonzoso y estúpido... Yo qué sé.

El castaño le alzó su vaso de leche para copearlo con la botella del otro. Y, burlándose de la situación, acotó:

—Que se lleven todo, menos a ti.

Y los hoyuelos se hicieron profundos.

—Salud, *compañero*.

Sin saber cómo lo logró, convenció a Ezequiel de pasar un tiempo en casa de Mercedes; al menos en lo que volvían a recuperar los enseres perdidos por su mala cabeza y su desidia.

La mujer, al enterarse de la situación del *Negro*, como había comenzado a llamarlo luego de que agarró confianza, les dijo que podían quedarse en la casa de atrás, pero que comenzaría a cobrarles una renta porque los consideraba un *matrimonio*, y esa casita era para un solo empleado.

Ezequiel le prometió ayudarla entre semana a terminar las labores que el procrastinador de David siempre dejaba a medias. Arreglaría el jardín, le ayudaría dentro y, si lo deseaba, él podría encargarse de preparar las cenas de domingo a jueves, porque le dijo que trabajaba de barman en un antro los viernes y los sábados.

Mercedes les prohibió las visitas. No quería a extraños merodeando por su jardín. Además, les fijó una tarifa de dos mil pesos mensuales, que era una ganga, a pesar de que la casa era pequeña.

Esa misma tarde, subieron a la vieja Chevrolet y fueron a recoger un poco de ropa del mesero; sus documentos importantes; sus productos de higiene personal y un par de fotografías de Imelda, así como también el cuadro de la virgen de Guadalupe.

David observó el trío de cajas que se hallaba sobre su sofá y, mientras el otro tomaba una ducha para prepararse para la noche en *Déjate llevar*, husmeó un poco hasta dar con una bolsa de aproximadamente un kilo y medio que contenía la gran colección de imanes de su novio. Y, aunque su nevera era pequeña, comenzó a adherirlos para hacerlo sentir en *casa*.

Después, doña Meche lo llamó para decirle que le prestaba un par de cosas. David no era experto en diseño de interiores, y la austeridad del interior de su vivienda dejaba más que claro la sencillez en su calidad humana. Era un hombre que no pretendía lujos ni riquezas; no se fijaba en las apariencias ni le importaba impresionar a los demás.

Pero Meche insistió:

—Ahora que estás *juntado* con el Negro tienes que arreglar la casita. Dale una manita de gato; píntenla por dentro y compra cortinas para esas ventanas. Un mantel para el comedor y otra cortina para la regadera.

—Cortinas, mantel, ¿qué más? —le preguntó mientras apuntaba en su móvil para no olvidarse después.

—Van a ocupar una cama más grande porque los dos están altos. Un colchón *Queen* si quieren dormir *empiernados*; o uno *King* por si hay problemas en el paraíso. —Soltó una risilla divertida al ver que su inquilino la miraba con mala cara—. Por mientras llévate las mesitas de mi antigua sala y el ropero que sacamos el otro día.

—Uy, no creo que entre por la puerta, doña.

—Que sí entra. Ándate por el Negro para que te ayude y luego se vienen a cenar. Preparé tlacoyos con nopales y queso.

Aunque la vieja había sido algo severa con ellos, y aunque se dirigía a Eze de esa forma tan despectiva, se la veía contenta por tener un nuevo miembro en su *familia*. David lo supo porque los tlacoyos eran los favoritos de su novio.

Al final, el ropero sí entró por la puerta, y entre risas y bromas, lo acomodaron dentro de la habitación. Ezequiel se apuró en cubrir la ventana con una sábana floreada que había llevado de su casa, y David le ayudó a guardar su ropa y sus cosas en los vastos cajones del ropero de Mercedes.

Cenaron con la vieja que, curiosamente, se mostró más animada que otras noches. David creyó que a Meche, aunque lo negase, le hacía ilusión tener compañía todos los días. Y Ezequiel conocía de flores por su tía Imelda; conocía de remedios caseros para las dolencias que aquejaban a la anciana. Le prometió prepararle un menjunje para las reumas, y cuando le dijo que lo hacía con marihuana, doña Meche bromeó diciéndole que mejor se la fumasen cuando se fuese *la ley*; refiriendo a él, por supuesto.

—¿Sabes jugar a los naipes? —le inquirió una vez que todos terminaron de cenar.

—Sí, claro. Con la tía no jugaba porque ella decía que eran juegos del diablo.

Meche torció la boca, pero al final no dijo nada. Quizás en el fondo también se percató de la tristeza en la voz de Ezequiel. Imelda había sido una buena mujer y no se merecía que hablasen mal en su ausencia.

—Pues aquí todos nos vamos a ir al infierno, ¿verdad, mijo? —le preguntó a David.

—Sí, para que te vayas haciendo a la idea, Eze —le siguió el juego a la vieja, mirando los ojos de su novio—. Pero allá estaremos bien.

Visiblemente incómodo, Ezequiel se ofreció a lavar los platos mientras David ayudaba a la vieja a irse a sentar frente al televisor. Cada vez estaba más cansada y le costaba mucho caminar por su artritis.

David pensó en que ambos se ayudarían mucho: Ezequiel echaba de menos cuidar de su tía y Meche necesitaba de cuidados y atenciones que el otro podría brindarle debido a sus años de experiencia a cargo de una mujer ciega y enferma.

Por la noche, cuando la gente *buena* se fue a dormir, apareció *Fire boy* en paños menores y con dos antorchas que rápido atraieron la atención de todos los presentes. Bailó al compás de otra de aquellas extrañas melodías de bombos e instrumentos experimentales, y escupió fuego con la espalda arqueada en un ángulo casi imposible, tensando los músculos del torso con un gesto de concentración.

David lo filmó. Siempre lo hacía porque le encantaba verlo hacer ese tipo de actos tan

peligrosos. Aún le causaba cierto nerviosismo ver la poca distancia que se interponía entre el rostro del bailarín y las llamaradas amarillas, pero se había dado cuenta de que era un profesional, de que todo saldría bien en cada espectáculo.

Luego llegó el momento más incómodo de la noche: Eze bailando con sinuosidad para todos aquellos desconocidos que, entre improperios y miradas lascivas, saltaban como hienas para poder tocarlo.

Los vio meterle mano y lo vio sonreírles con coquetería. Sintió el corazón agitado y se puso de pie acercándose a la pista sin ser consciente de haber abandonado la mesa. Abriéndose paso entre la alborotada muchedumbre alcoholizada, logró posicionarse frente al moreno. Cruzaron miradas unos segundos antes de que Eze se pusiese en pie para continuar el baile de espaldas al público. Después, e inesperadamente, el mesero se sacó el ajustado bóxer y les mostró las nalgas tostadas ocasionando una especie de furor y, al mismo tiempo, un resquemor en el militar.

Lo vio darse la vuelta con ambas manos en la entrepierna, sonriendo como si fuese el dueño del mundo, como si supiese que cualquiera, al que eligiese, daría todo por estar a solas con él.

Por eso se había afeitado la incipiente mata que le nacía desde por debajo del ombligo. Por eso *esto* y *aquello*. David, molesto, no pudo evitar seguirlo hasta el deprimente camerino esquivando a un joven mesero que intentó detener su furia con un escueto y tímido: *No puede pasar, señor*.

Lo halló vistiendo su bóxer negro, sentado frente al peinador, desmaquillándose los ojos delineados. Rápido cruzaron miradas a través del espejo.

—¿Por qué te quitaste el puñetero bóxer ahí arriba?

—Ramiro me lo pidió. Puso esa cajita de sugerencias para los clientes y, ¿adivina lo que todos pidieron? —ironizó con media sonrisa.

—¿Qué sigue después? ¿Vas a hacer privados y luego a vender el culo?

—No me hables así, Gonzalo —farfulló molesto—. Este es mi trabajo y es tan digno como el tuyo. Yo no me estoy prostituyendo.

—¡Es lo mismo! —escupió—. Dejas que te toquen y te vean desnudo para obtener dinero.

Ezequiel se puso en pie y lo confrontó con un fuerte empujón que logró moverlo unos centímetros.

—No te pases conmigo, cabrón —amenazó con el ceño fruncido—. Ya te dije que tú eres mi novio y que este es mi trabajo. Yo sí te respeto —reclamó, pero pronto rectificó—: Yo también te respeto, Gonzalo.

David lo vio encender un cigarrillo y se le quedó viendo fúrico. Apenas se había dado cuenta de lo mucho que lo enfurecía el hecho de que Ezequiel disfrazase la prostitución con el nombre de un trabajo digno. Entonces y, sin pensarlo demasiado, en otro de sus impulsos y arrebatos, se dirigió hacia él y le quitó el cigarro de los dedos solo para apagarlo en el piso con su bota. Lo sujetó por la muñeca y el otro intentó zafarse del brusco agarre, pero David lo besó a la fuerza e intentó bajarle el bóxer a las carreras.

—¿Por qué no me besas? —le jadeó sobre los labios mientras su novio intentaba quitárselo de encima.

—Estoy cansado, Gonzalo. Déjame tranquilo...

Pero él no estaba cerca de estar cansado. Quería decirle que solo tenía miedo de perderlo, de que encontrase a alguien mejor, una persona más estable mentalmente. No quería presionarlo,

pero no hallaba la manera de expresar todo lo que sentía porque jamás había estado tan enamorado como entonces lo estaba.

Poco a poco lo fue soltando, pero no se apartó de su lado. Lo vio vestirse sin prisas y esperó a que terminara de desmaquillarse los ojos con una esponja remojada en un aceite que olía a cítricos.

Pensó que, aunque él se hallaba molesto por el trabajo de Ezequiel, tenía que entender que el moreno lo hacía para llevarse el pan a la boca, que quizás no era por gusto ni por llamar la atención, simplemente no había tenido demasiadas opciones en su vida.

—Ya no quiero que hagas esto —le dijo sin temor a provocar una pelea—. Es una falta de respeto para mí.

Ezequiel soltó una risa sardónica y lo miró.

—¿Y lo que tú haces, Gonzalo? ¿Qué nombre le ponemos?

18.

David se disculpó con Ezequiel a la mañana siguiente. Creyó que hasta ahí había llegado su relación, pero el otro lo sorprendió pidiéndole algo de tiempo para ordenar *sus cosas*.

No parecía enojado por lo ocurrido; de hecho le había dicho que no lo estaba, que solo se hallaba abrumado por lo del embargo y la reciente muerte de su tía Imelda.

Le pidió que comprendiese su situación un poco; le dijo que necesitaba paz e ir con calma. Y le explicó que su comportamiento arrebatado y errático lo estaba estresando más de lo que ya se encontraba.

Pero ¿qué significaba eso de tomarse un tiempo? ¿Lo estaba mandando por un tubo de una forma educada? ¿O todo era tan literal como que necesitaba que se alejase de él hasta que las cosas marchasen mejor?

Se sintió terrible. Abandonado una vez más, pero esa vez, ya no podría lloriquear en un papel de víctima porque él se lo había buscado. Podría decirse que hasta lo entendió y, con dolor, lo aceptó.

Ya no pudo comprar las cortinas y el mantel; ya no tuvo ánimos de preguntarle de qué color quería pintar la casa y qué tipo de sábanas y edredones le gustaban más. Y ya ni hablar del tamaño de la cama...

Aquel domingo no quiso quedarse hasta las seis. No se sintió con deseos de estar con él porque ya no sabía ni qué eran. Decidió irse a la casa de Meche a lavar su uniforme y a pedirle que cuidase de Ezequiel y que, por favor, lo tratase bien. Luego, después de haber sacado la ropa de la secadora, se cambió y le dejó un beso en la frente antes de marcharse rumbo al colegio.

Fue una semana difícil.

Se sentía triste y molesto consigo mismo. Su estado de ánimo fue notado enseguida por sus compañeros que, en cuantiosas ocasiones, le preguntaron por qué andaba tan *apachurrado*.

Se dedicó a los estudios finales y a entrenar duro para la competición próxima. Se relacionó lo menos posible con los otros y pasó mucho de su tiempo libre en las pistas de entrenamiento.

Sentía demasiada energía; muchísima adrenalina que necesitaba drenar para poder dormir durante las noches. No fue fácil no pensar en Eze; lo echó de menos cada día, cada minuto, pero apechugó como le fue posible y se concentró exclusivamente en todo lo relacionado con el colegio.

El martes de aquella semana recibió una llamada de Marcos de Iturbide. *Le habían robado las armas del calabozo*. Apenas se había enterado porque sus muchachos no estaban operando en Ciudad de México; los había enviado como refuerzos al norte.

Estaba furioso y preocupado. Le dijo que intentaría regresar cuando le fuese posible. Le prometió que iba a asesinar a los escuincles que habían hurtado sus armas.

Nunca sospechó de él.

David le dijo que interpusiera una denuncia y el hombre calló unos segundos; luego le confesó que algunas de las armas podrían vincularlo con unos crímenes perpetrados hacía algunos años atrás.

Cuando quiso investigar un poco, mostrando cierto interés por la historia que escondían las armas, Marcos le cambió el tema y le pidió que estuviese al pendiente de las noticias por si escuchaba algo.

—Señor, le recuerdo que faltan unos pocos meses para egresar del colegio y quería saber si ya habló con el general de división para ver si pueden enviarme al norte para mi servicio...

—*Ya está todo arreglado, Duarte* —prometió—. *Te irás al norte en cuanto te gradúes. Quédate tranquilo, ¿de acuerdo?*

—Gracias, señor. Muchas gracias, de verdad.

Por un momento pensó que el general, dentro y muy en el fondo, era un hombre justo y noble. Pensó en que sería difícil deshacerse de él, pero pronto recordaba el rostro lloroso de Neza y se armó de valor para continuar con sus planes.

Pensativo, ya acomodado bajo su edredón, cuando las luces se apagaron y el sueño venció a los otros, cerró los ojos para sopesar en sus opciones. Estuvo una hora dándole vueltas al asunto hasta que al final se quedó dormido y, como si se tratase de una revelación divina, soñó los acontecimientos que ocurrirían en su futuro cercano. Soñó el cuerpo yerto del general, con un boquete en la sien derecha y un arroyo de sangre bajo su cabeza.

—Julio me ha estado preguntando por ti. Dice que cuándo nos honorarás con tu presencia.

El sábado siguiente no fue a casa de Meche para no ver a Ezequiel por la vergüenza que sentía. Se fue directo a buscar a Karen y la halló cerrando el consultorio porque ese día solo había tenido una sesión con un chico autista de nueve años.

Salieron en el auto de ella y se fueron rumbo a un concurrido café. David tenía ganas de estar con ella y de hablarle de lo ocurrido con Ezequiel para ver si la mujer le facilitaba un consejo.

—Un día de estos —respondió antes de llevarse la taza humeante a los labios, sin perder de vista los ojos castaños de Karen—. Creo que ya tendré mucho tiempo —comentó para que ella le preguntase el porqué.

—¿Por qué lo dices? —Y funcionó.

—Hice una pendejada con Ezequiel y me ha pedido un tiempo...

Le contó cada detalle. No omitió nada porque con Karen tenía la certeza de que no sería juzgado. Era su mejor amiga desde siempre; ella lo conocía mejor que ningún otro.

Le dijo que le habían *agarrado* unos celos del demonio cuando vio que otros hombres acariciaban a su pareja. Que sintió una especie de humillación al ver que, con morbosidad, los tipos le aventaban dinero y le gritaban obscenidades con tal de que se quitase la única prenda que cubría su dignidad.

Luego, y sin la excusa del alcohol, lo había intentado *tomar* en su propio trabajo, pasando por alto la petición de Ezequiel de esperar unas semanas hasta que se sintiese *nuevamente él*. Que era evidente que seguía dolido por la reciente pérdida, y que a él, dentro de su egoísmo, no le había importado más que dejarle en claro que le pertenecía.

La psicóloga lo dejó desahogarse y le prestó atención; de tanto en tanto le asentía con la cabeza como si quisiese demostrarle que en verdad comprendía sus actos y le daba la razón; pero una vez que David terminó el relato, ella suspiró profundo, y le dijo:

—Eso que hiciste estuvo muy mal, David. Nadie merece ser forzado a hacer algo que no quiere porque es un delito y va en contra de los derechos de las personas. —Él le asintió porque lo sabía—. Hiciste bien en disculparte, pero ahora debes ponerte en su lugar y entender que no querrá verte. Tienes que respetar el tiempo y el espacio que te pidió; ser paciente.

—Lo sé —aceptó cabizbajo—. Por eso voy a quedarme en un hotel esta noche. No quiero molestarlo ni incomodarlo. Quizás le mande un mensaje para saber cómo está. No sé si eso está bien. —Dudó mirando el nuevo corte de cabello de su amiga—. ¿Crees que estaría bien si le

mando un mensaje?

Ella le sonrió y le asintió.

—Un mensaje está muy bien, David. Solo intenta no tocar el tema. Pregúntale si está a gusto. Es más, envíaselo ahora mismo —le motivó. Luego añadió—: Estás más cambiado. El amor te sienta bien.

¿En qué momento se había convertido en amor lo que al principio tuvo etiqueta de polvo de una sola noche? No tenía idea. Ya ni recordaba lo que se sentía estar enamorado. Había estado tan mortificado por no perder a Eze que se olvidó por completo del momento en el que aquel muchacho pasó a ser lo que sus ojos querían ver cada sábado.

«No quiero molestarte. Solo quiero saber cómo están Meche y tú. Si necesitas algo puedes hablarme y yo iré...

Cuídate, Ezequiel». Escribió con los dedos temblorosos y el corazón a todo galope.

No obstante, no recibió respuesta por parte del mesero. Imaginó que estaría atareado en la cafetería y aquella idea le dio una esperanza. «Responderá cuando termine su turno; quizás cuando esté en casa», pensó.

Más animado por la plática con Karen, esa misma tarde se fue con ella a su casa y, mientras Julio preparaba un asado, David aprovechó para darle clases de natación a la hija del matrimonio en la pequeña piscina que tenían en el jardín trasero.

Le gustaba mucho el entorno de aquella familia. Era tan sano y respetuoso. La pequeña era feliz y sus padres se amaban; se trataban con respeto y con amor. Coqueteaban a pesar de los años que llevaban juntos; parecían haberse encontrado luego de haberse perdido en otra vida. Si es que esa teoría de la reencarnación fuese cierta, claro.

Los perros, dos pugs, movían sus colitas alzadas y jugueteaban en el césped verde y recortado. Jugaban con una pelota reventada en una lucha por ver quién de los dos se la quedaba.

Comieron en el jardín, sentados al bonito comedor de exterior que, gracias a un elegante toldo en color verde oscuro, les cubría de los rayos UV del apabullante sol de mayo.

—Compré un helado... que te vas a chupar los dedos —le dijo Julio con entusiasmo.

—¡Yo ya lo probé! —canturreó la niña.

—Y casi no le dejas nada a David —comentó Karen entre risas.

David se rio, pero dentro de sus pensamientos, en uno de aquellos rincones mohosos que tenía por recuerdos, deseó haber pertenecido a una familia como la de Karen.

Pasaría la noche en un hotel de cuatro estrellas. Con su sueldo de capitán segundo podía permitirse un pequeño lujo de vez en cuando. Llamó a Neza a eso de las nueve y media y le dijo que ya era un hecho, que haría su servicio en el norte y que podrían verse casi todas las semanas. Los dos festejaron y sonrieron. Mirna también lo hizo.

Luego, cuando su hermana lo hizo esperar para ir a dormir al niño, volvió a la habitación y su rostro se puso serio cuando apareció en la pantalla del móvil de David.

—¿Por qué me miras así, bruja?

—¿Tienes una idea de lo feliz que está Neza ahora mismo? —le preguntó con los ojos llorosos y la voz quebrada—. No lo decepciones, David. Él te necesita mucho y tú le has prometido que vivirás aquí. Neza ya cuenta contigo y más te vale que estés aquí para Navidad.

—Ahí estaré —aseguró.

—Ya dijiste, eh. Nada de cambios de planes de último momento.

—Nada va a impedir que abrace a mi cachorro y a su mami. También te lo prometo a ti.

Ella se cubrió el rostro con la mano libre y se echó a llorar con fuerza. David se quedó mirándola con una sonrisa triste, dándole su tiempo para que se calmase.

—Te echamos tanto de menos —le dijo entre hipidos frotándose los ojos para deshacerse de las lágrimas—. Eric está muy triste y...

—Alan me envió un mensaje entre semana —la cortó—. Me culpa de todo...

—¡No! —exclamó ella con desespero—. No te culpa, es solo que está triste porque ve cómo se encuentra Eric. Nadie te culpa de nada, hermanito. Todos queremos que vuelvas a estar con nosotros.

—Apuesto a que Jorge es el más entusiasmado —bromeó.

—La Navidad pasada se agarró llorando con una canción que pusieron en la radio. Y, no sé, pero yo creo que pensaba en ti.

—¿Cuál canción?

—*Ven a mi casa esta Navidad.*

—Si voy a su casa, ¿quién cuida las calles y pone orden? —bromeó de nuevo—. Además, no quiero incordiar a nadie y sabes que todos se empujan solitos.

Mirna no pudo contener una carcajada.

—Qué baboso eres.

Hablaron un poco más y, después, cuando Mirna desapareció de su vista, David buscó la canción en internet.

Tú que estás lejos de tus amigos

De tu tierra y de tu hogar

Y tienes pena, pena en el alma

Porque no dejas de pensar

Tú que esta noche no puedes, dejar de recordar

Quiero que sepas que aquí en mi mesa para ti tengo un lugar

Por eso y muchas cosas más

Ven a mi casa esta Navidad

Por eso y muchas cosas más

Ven a mi casa esta Navidad

Tú que recuerdas quizá a tu madre

O a un hijo que no está

Quiero que sepas que en esta noche él te acompañará

No vayas solo por esas calles queriéndote aturdir

Ven con nosotros y a nuestro lado, intenta sonreír

Por eso y muchas cosas más

Ven a mi casa esta Navidad

Por eso y muchas cosas más

Ven a mi casa esta Navidad

Tú que has vivido siempre de espaldas sin perdonar ningún error

Ahora es momento de reencontrarnos, ven a mi casa por favor

Ahora ya es tiempo de que charlemos pues nada se perdió

En estos días todo se olvida y nada sucedió... ()*

La letra le llegó, pero no pudo derramar las lágrimas que sintió nacer en su pecho. Mejor optó por encender el televisor y mirar el chat que tenía con Ezequiel. Estaba en línea y había leído su mensaje; estaba escribiéndole, pero parecía borrar y empezar de nueva cuenta. Quizás se debatía entre perdonarlo o cortar en sano con él.

Ezequiel:

Necesito verte. Ven a la casa de doña Mercedes.

Le extrañó que no estuviese en el antro a esas horas, pero pronto, y sin hacer cuestionamientos, abordó un taxi y, en cuestión de una hora, arribó a la pintoresca casa de la vieja hallándose con Eze sentado en el portal con el teléfono en las manos y un pantalón de chándal viejísimo. Se quedó tras la valla. No sabía si debía entrar o esperar a que él se lo pidiese.

Ezequiel se puso en pie y se acercó para abrirle. Luego se hizo a un lado para dejarle entrar.

La noche estaba callada, tensa. A lo lejos se escuchaba el ladrido histérico de un perro y la algarabía de algunos chicos que jugaban al fútbol en una cancha próxima a la propiedad de la anciana.

—Vamos a la casa, hablemos allá.

—Bien.

Le siguió en silencio, incómodo.

Cuando Eze abrió la puerta, David se quedó mirando los alrededores. La había pintado en un tono cálido que la hacía lucir más confortable. Había comprado cortinas para las ventanas y había un sofá extra en color chocolate. Frente a este una mesita de café nueva y un florero con un par de rosas frescas.

—Pinté e hice unos cambios.

—Ya vi. Me gusta el sofá.

—Hice unos cambios en mi vida, Gonzalo —le explicó dedicándole una mirada seria—. Siéntate para que hablemos. Siéntate en el sofá nuevo. Lo compré para ti...

David le sonrió y obedeció enseguida. Era un sofá cómodo y amplio, con reposabrazos acolchados y largos. Parecía estar hecho a su medida.

—¿Qué cambios hiciste en tu vida? —le preguntó cuando lo vio acomodarse en el sofá de tres plazas y frotarse el rostro con ambas manos.

—Dejé el antro. Ayer fue mi última noche —confesó y, aunque David sintió alegría, se mostró impávido—. Tenías razón en algunas cosas. Yo lo hacía por necesidad, ¿sabes? —Lo miró y volvió a desviar la vista hacia el florero—. Me tenía que hacer cargo de muchos gastos y de algunas medicinas que a la tía no le proporcionaba el seguro médico. Y con su pensión apenas y alcanzaba para un par de cosas. La verdad es que estuve pensándolo mucho desde que te fuiste... Y no lo considero prostitución porque te aseguro que jamás me fui con ningún cliente ni acepté dinero a cambio de sexo, aunque sí me hicieron ofertas, eso no puedo negártelo. —Suspiró y se tomó casi un minuto para continuar—: A decir verdad, no disfrutaba tanto el hecho de que me tocaran y me dejaran dinero entre los huevos. Ahora lo veo un poquito humillante. —Se rio con desgana, mirándolo.

—No mereces eso —atinó en decirle.

—Y tampoco merezco el trato que me diste...

—Lo sé y lo siento. Por eso me fui sin despedirme y me propuse a no venir aquí para no molestarte.

—Hiciste mal en no despedirte y en no venir —le dijo—. Me dejaste sin saber qué iba a suceder...

—Me pediste un tiempo, recuerda.

Ezequiel asintió con resignación. Se veía estresado y ojeroso. Parecía no haber estado durmiendo bien.

Ese parecía un buen momento para decirle algo bueno, no una tontería como '*perdóname, por favor*'. Tenía que ponerse en su lugar, pero..., ponerse en los zapatos de otro era algo que casi nunca hacía.

Se relamió los labios y observó las flores durante unos segundos; luego le miró el perfil y carraspeó la garganta para llamar su atención. Eze lo miró y David notó que tenía los ojos humedecidos y algo irritados.

—Tienes razón —le dijo—. Yo te pedí un tiempo. Es solo que toda esta mierda me pasa y... —Hizo una breve pausa para enjugarse una lágrima a las carreras—. Todo esto me pasa en cuestión de días, semanas... Yo necesito que me apoyes, Gonzalo —le exigió, esa vez, mirándolo casi como si estuviese desafiándolo—. Quiero que dejes de actuar como un lunático y que me apoyes.

—¿Qué quieres que haga?

—Que me apoyes —bramó—. ¿No estás escuchándome?

«Quizás un abrazo», pensó de pronto y se fue a sentar al sofá junto al muchacho; le pasó un brazo por encima del hombro y le dio una palmadita en el codo izquierdo.

—Todo va a mejorar —dijo—, todo.

Ezequiel ladeó un poco la cabeza para verlo. Sus rostros estaban tan cerca, pero David lo sentía tan lejos de él.

—¿Eso es lo que vas a decirme, Gonzalo? —le inquirió con cierto tono amenazante.

—También quiero decirte que, si me das una oportunidad, no voy a echarlo a perder. Voy a prestar más atención. Voy a ser mejor de lo que fui y voy a esforzarme para que estés bien.

El mesero le asintió un par de veces.

—¿Qué más?

David lo miró.

—Pues... —Sintió la presión en su pecho y un nerviosismo absurdo lo atacó cuando se quedó en blanco—. No lo sé, lo que tú digas. Haré lo que tú digas.

No estaba seguro de poder cumplir con aquello, pero si esa frase lo sacaba del bache en ese momento, entonces se esforzaría en no volver a cagarla con él.

—¿Te he dicho que estoy enamorado de tus ojos?

Entonces se permitió sonreír de puro alivio.

—Me vengo enterando —respondió.

¿De qué estaba enamorado él? Le gustaba todo de Ezequiel, no tenía nada que le desagradase.

—Te quiero —le murmuró mirando sus ojos marrones; después bajó la vista a sus labios, pero frenó las ganas de besarlos.

—Yo también te quiero, Gonzalo.

No hubo besos. Ninguno.

Tuvo que morderse el antojo y amarrarse las manos para no tocarlo, para darle su espacio y demostrarle que ya no era solo sexo, que ya era algo más; algo que todavía intentaba descifrar.

Charlaron un poco de la semana; Eze le contó de las pequeñas renovaciones que había hecho en su ausencia. Le dijo que había gastado muy poco porque las cortinas y el sofá los había comprado en Tepito y la pintura le había salido en especial.

Bebieron un café acomodados en el mismo sofá, muy cerca el uno del otro. Sonriéndose como un par de buenos amigos.

David le contó que había estado entrenando duro para el torneo y que se había sentido triste por lo ocurrido. Le confesó que no hubo día en que no lo pensara y, con la esperanza de que el otro lo besara y le levantase el castigo, bajó la cabeza con aires de derrota y se mordió el labio mirando hacia la nada.

—¿Quieres otro café? Ya me acabé el mío. —Y no funcionó.

Le negó y lo miró moverse por la pequeña casa ya con la confianza de quien lleva años viviendo allí. Le dio gusto saber que, por lo menos, dentro de la burrada que había cometido, había hecho bien en llevárselo de la casa de Imelda.

—Yo tampoco lo pasé bien —le dijo desde la cocina, de espaldas a él—. Mercedes me ayudó mucho a distraerme porque me tuvo trabajando como esclavo. Es un poco abusona la doña. —Se rio—. Pero es muy buena gente. Se nota que te quiere mucho porque se lo pasó hablándome de ti.

—¿Qué te dijo? —preguntó con una sonrisa.

—Que eres un buen hijo. Lento y perezoso, pero bueno.

David chasqueó la lengua y el otro se rio con ganas antes de volver con su taza de café. Se sentó en su lugar, dejó la infusión sobre la mesita y le acunó el rostro con sus manos tibias. Se miraron a los ojos y fue Ezequiel quien rompió la distancia para dejarle un beso corto y húmedo en los labios. Luego se apartó y suspiró profundo, pensativo y sonriente.

—¿En qué piensas?

—En que estoy enamorado de un *animal*. —Torció los labios en un gesto divertido, pero David se hallaba serio.

De verdad quería apoyarlo y hacerlo sentir amado. Darle todo lo que se merecía y hasta más. Tenía que empezar por una parte, pero no tenía un instructivo que le indicase paso por paso lo que debía hacer para actuar correctamente.

Solo podía ser él. Arriesgarse a que lo conociese tal y como era. Había mucho por perder, pero el riesgo quizás valdría la pena.

—Este *animal* necesita que lo domestiques, porque si no, cuando abras la puerta, se irá corriendo como un loco y empezará a dar vueltas en el jardín de Meche.

Ezequiel frunció el ceño con una sonrisa extrañada. ¿Había dicho algo raro?

» Este animal, para comprenderte, necesita que lo comprendas tú primero. Porque es un animal muy egoísta —continuó mirando la sonrisa que surcaba aquel rostro precioso—. Este animal necesita de una correa y de reglas. Necesita de un amo... —Y, sin saber por qué, su respiración se agitó de los nervios. Sentía el corazón brincándole en el pecho—. ¿Quieres ser mi amo, Ezequiel? —La voz le tembló un poco.

Y, como respuesta, obtuvo más que un simple beso de consolación.

* *Ven a mi casa esta Navidad*. Canción de Luis Aguilé.

18 | Parte 02.

—¿Qué haces, estúpido? —le preguntó a Ezequiel cuando este, de un ágil movimiento, lo cargó entre sus brazos—. Te vas a herniar, idiota. ¿Sabes cuánto peso?

Aunque se sintió raro, le agradó enterarse de que el moreno era tan fuerte como él. No parecía estar sufriendo al llevarlo a paso tranquilo hacia la habitación.

—Pesas setenta y cinco kilos, más o menos.

—Sí, y tú...

—Peso lo mismo que tú —aclaró—. Ahora no eres tan rudo, ¿eh? —bromeó al ver la cara de desconcierto que, sin querer, le puso.

Luego, sin ninguna delicadeza, lo arrojó a la cama y se quitó la playera antes de tumbarse sobre él para besarle los labios.

David sintió deseos de arrojarse al placer que halló en el aroma de la piel recién perfumada por el jabón de una reciente ducha. Sintió que quería morderlo hasta hacerlo sollozar, pero luego recordó el último episodio y se contuvo, decidido a dejarse guiar por su *amo* absoluto.

Apenas y participó, aunque no pudo evitar reírse cada vez que el otro, sofocado por la excitación y el deseo, no se ponía de acuerdo entre comérselo o solo besarle los labios. Estaba desatado, desenvolviendo sus capas como un niño que, ilusionado ante la promesa del regalo prometido, arranca con furia y alegría el vistoso papel que envuelve solo un par de calcetines.

Porque eso se sentía ante ese bellissimo hombre de tez tostada y ojos marrones. De ojos chispeantes, llenos de fuego y cierto candor.

David se sentía menos. No lo merecía. No merecía a alguien tan bueno como Ezequiel.

—Quiero hacerte el amor como nadie te lo ha hecho jamás, Gonzalo —le propuso, labios contra labios, antes de mordisquearle el inferior sin que se lo esperase.

—A cuatro no. Solo eso te pido.

Había sido con el mesero con quien había aprendido de ciertos placeres que, antes, solo los consideraba como gajes del oficio.

David nunca había disfrutado del rol pasivo, pero Ezequiel siempre lo tomaba con cariño y cuidado. Aun así, se sentía incómodo porque siempre recordaba los malditos arrebatos de Iturbide y aquel punzante dolor que le duraba un par de días y que le producía una diarrea cada vez que defecaba.

Desnudo y ya preparado, luego de los esmeros de su novio, procedió a empalarse, porque Ezequiel le confesó que se moría de ganas por tenerlo a horcajadas.

—Todo está bien, amor —le dijo el moreno para procurarle calma una vez que se halló con la gruesa estaca en sus entrañas.

David suspiró al tiempo que cerró los ojos para recordarse que se hallaba con Eze y no con Marcos. Se tomó unos minutos y sintió las suaves caricias en los costados de su cuerpo, aquellos dedos que le hacían sucumbir ante sus inseguridades porque le procuraban calma y cariño.

Eze no lo llamaba *marica* ni *puto*. Tampoco lo presionaba para que empezase con la ruda faena. Solo lo acariciaba con delicadeza y le susurraba lo hermoso que era.

Hermoso era una palabra de señoras. Las rosas *hermosas*. La casa *hermosa*. El día *hermoso*.

Soltó una risa nasal y recibió una nalgada que lo devolvió a la realidad. Allí, en ese plano,

entonces presente, se halló con los ojos oscuros que, a pesar de la casi nula iluminación de la alcoba, poseían un fulgor especial. *El brillo del deseo*, ese que, además, reflejaba amor y compasión.

—¿Me nuevo yo, o...? —preguntó avergonzado. Pensó en que Ezequiel se echaría a reír de él.

—Sí, mi amor. Muévete tú. Úsame. Úsame, Gonzalo... —le jadeó mientras le afianzaba las caderas estrechas y delgadas apretando sus dedos contra la piel casi rubia que había heredado de los Sebastino.

Se estaban descubriendo y ya tenían meses de ser novios. Eran un enigma extraño que se iba desvelando a paso lento. Un sofoco a esas cuestiones predecibles. Una relación poco convencional porque tenía sedales por hilos; sogas por estambres.

La fragilidad que existía entre dos hombres golpeados por la vida era apenas un bofetón de realidad que se le incrustaba a David en lo más efímero del pensamiento; incluso del alma.

Allí estaba, procurándose alivio con un asta sin honores. Con la virilidad de otro semejante que le expresaba un amor incondicional sin siquiera merecerlo.

No podía soltarse por más que deseaba cabalgar a todo galope por el desierto inhóspito en el que se hallaba. No lograba subir la montaña que se hallaba al final de esa pradera vertiginosa y verde.

Algo lo detenía a entregarse.

Existía cierto rencor a ser penetrado y, aunque no era la primera vez con Ezequiel, sí sucedió una especie de sensación de abrigo y desolación.

Rápido, de un movimiento brusco que le provocó una queja a su compañero, se tumbó a un lado y se hizo un ovillo con los ojos apretados y el pecho henchido de revoluciones que no podía entender.

El moreno se acomodó tras él y volvió a penetrarlo; suave, lento. Se profundizó con maestría y la sensación le erizó la piel de pies a cabeza, cuando el otro, arrojado por el egoísmo del placer, le gruñó tras la oreja antes de lamerle el lóbulo y afianzarse de nueva cuenta de sus caderas.

El orgasmo llegó enseguida luego de ayudarse con la mano y de arrojarle a las sensaciones. Poseído por cada embiste, se relajó y se dejó hacer echando la pelvis de atrás hacia adelante para profundizarlo y recibirlo.

Luego del acto, desnudos y abrazados, se quedaron en silencio durante largos minutos. Ezequiel jugueteando con los vellos de su pecho y, David, un poco conmovido y confundido por aquel sentimiento de paz que sintió luego de consumarse.

Era tan extraño tener al mesero sobre su cuerpo, exponiéndole los latidos de su corazón y su propio calor. Era una sensación de intimidad que hacía años no había compartido con nadie. Y también era raro que no le incomodase, que le gustase tanto hasta el punto de hacerlo querer volver a repetir, volver a ser suyo.

—No eres tan velludo como pensé que serías cuando me dijiste que te afeitas para los torneos —le dijo distraídamente, acariciando su abdomen, aún con la cabeza sobre su pecho—. Yo pensé que me había ganado un oso, pero pareces un pájaro desplumado.

David se rio.

—Por eso me afeito.

Aún le costaba hablar cuando estaban tan cerca, de esa manera que lo hacía sentir expuesto y, quizás, algo vulnerable. Es que no era lo mismo charlar de nimiedades mientras comían, a charlar de nimiedades después de haberse comido.

Ezequiel suspiró. Acto seguido, lo volteó a ver y David le desvió la vista, incómodo. El muchacho profundizó sus hoyuelos en una sonrisa y le cogió la barbilla para que lo mirara.

—¿Qué?

—Estás todo *ciscado* (*), amor —le dijo entre risas—. Relájate un poco. No le contaré nada a nadie. Será nuestro secreto —susurró.

—Estoy tratando de comportarme —bromeó—. Además, me pones algo nervioso.

El otro le alzó las cejas incrédulo.

—¿Nervioso tú? —David le asintió con la cabeza—. No me lo creo. ¿Por qué te pongo nervioso?

—Porque eres Fireboy, el desnudista que escupe fuego y baila como un demonio sensual —comentó en tono divertido, gesticulando con las manos.

Ezequiel soltó una carcajada.

—Exdesnudista, ya no lo seré más —aclaró—. Pero en ese caso, el que debería de estar nervioso soy yo. Tú eres alguien importante.

—Eso sí —interrumpió con una afirmación—. ¿Sabes qué dicen en el colegio?

—¿Qué dicen?

—Que no debemos de tener nada serio con los civiles. Que debemos estar con militares.

—¿Por qué?

Nunca le había cuestionado eso a los que solían repetírselo como en un mantra. Quizás era por el hecho de que ellos siempre se la estaban jugando; tal vez porque no tenían vidas estables y eso traía infelicidad a las familias.

—Porque somos superiores —bromeó ganándose un golpecito en el hombro izquierdo.

—Pues me acabo de coger a un capitán segundo, eh. Mira nada más el poder que tengo.

—Eres poderoso. Y me tienes de los huevos...

Ezequiel sonrió e, inesperadamente, llevó su mano hacia la entrepierna de David para sujetarle los testículos con cuidado. Este se sobresaltó un poco porque pensó que se los iba a apretar.

—Habla, tu tortura empieza en este momento —le amenazó el moreno sujetándolo con más fuerza.

—Yo no sé nada, *señor* —le dijo entre risas, haciendo un gesto de dolor cuando sintió la presión de los dedos del otro.

Entre juegos, comenzaron los toqueteos e inevitablemente los dos terminaron excitados y listos para un segundo combate.

A la mañana siguiente, David se despertó al escuchar un ruido dentro de la habitación, Ezequiel estaba vistiendo su uniforme, la luz del alba le iluminaba los contornos y el rostro sonriente, parecía un niño que se mide las corbatas de su padre.

David se acodó para verlo con una sonrisa. Su uniforme era algo demasiado íntimo y sagrado para él, pero no podía explicar por qué no lo detenía, por qué no lo reprendía por osar en usarlo sin su consentimiento. Quería ver cómo se veía con él, seguro que le quedaba algo grande de los hombros y los brazos.

—Enciende la luz para verte.

El moreno se sobresaltó y lo volteó a ver.

—Este pudo ser mi destino —vociferó con cierta nostalgia, apurándose en encender la luz—. ¿Qué tal me veo?

—El cabello —Le apuntó con un gesto de desaprobación, a lo que Eze, se llevó las manos a sus mechones algo largos—. El cabello es parte del uniforme, si quieres usar mi

uniforme entonces déjame cortarte el cabello.

—Ni hablar. —Negó con la cabeza; luego recogió las botas y se las mostró—. No me quedaron, tienes aletas, no pies. Eres más pez que hombre, Gonzalo.

Luego de reírse y de explicarle que sus pies eran enormes por su condición de nadador; que el cuerpo de los atletas se va deformando según el deporte que practican, le pidió que volviese a la cama, y el otro, mostrando aquellos retazos de inmadurez propios de la edad, esos que rara vez dejaba asomarse entre sus actos, pegó un brinco y se acurrucó contra su pecho con el teléfono móvil entre las manos y una sonrisa divertida en el semblante.

A David le molestó la luz blanquecina de la pantalla, pero hizo un esfuerzo por ver lo que tenía entretenido a su novio. Sin embargo, rápido se puso en alerta cuando leyó la sigla TDAH en negritas.

—¿Qué estás leyendo? —inquirió a la defensiva.

—*El TDAH se ha considerado durante mucho tiempo un trastorno propio de la infancia y de la adolescencia, pero los síntomas y el impacto funcional del TDAH no siempre desaparecen al pasar de la edad adulta y el trastorno puede persistir en más del cincuenta por ciento de los casos. Se asocia con un impacto importante a nivel clínico, funcional y de calidad de vida... (*)*.

—¿Por qué estás leyendo eso, Ezequiel? —cuestionó irritado.

—Porque quiero conocerte en cada uno de los aspectos —explicó de lo más tranquilo; luego acotó—: Mira, aquí dice que son impulsivos. Entonces sí lo tienes. También dice que no se concentran bien y que son desorganizados; que casi nunca terminan sus proyectos. Esto explica por qué jamás terminabas con los rosales de Mercedes...

—Deja de leer esa estupidez —espetó sin ocultar su molestia.

—No. Tú dijiste que para que tú me entiendas, yo tengo que entenderte a ti primero. ¿No me dijiste eso?

—Sí, pero yo no soy solo una persona con TDAH.

—No, eres una persona maravillosa con TDAH. Y yo ocupo saber todo lo que ese trastorno significa.

—Dame eso —le exigió; incluso intentó arrebatarle el móvil, pero Eze lo alejó para impedirlo y lo miró con ofuscación—. Dame eso, no quiero que leas esa basura...

—No es ninguna basura, Gonzalo. Y tú no debes sentirte avergonzado. Yo solo intento saber más de ti.

—Si quieres saber de mí, entonces pregúntame directamente. No me tomes de referencia por un cochino artículo de internet —farfulló.

El joven le asintió al verlo muy molesto. Pronto cerró la página en su móvil y dejó el dispositivo sobre una de las mesitas auxiliares. David se rascó la cara y se frotó la nariz en un gesto de nerviosismo, mirando a Eze con el ceño fruncido.

» Pregúntame lo que quieras, anda —lo animó de mala gana.

—¿Qué se siente tener TDAH?

—No se siente nada —masculló. Después se quedó pensando en las *diferencias*; cuando estaba bajo medicación tenía una percepción distinta—. Bueno, hay algo...

—¿Qué?

—Casi siempre me siento con energía y me da la impresión de que todos son lentos; de que todos viven arrastrándose como las babosas. Yo puedo estar corriendo en la pista, y en mi mente ya estoy planeando hacer algo más, como nadar o ir a hacer pesas. A veces siento que veinticuatro horas no me alcanzan. Y cuando me voy a la cama estoy pensando en que ya quiero

que sea mañana porque no me gusta estar sin hacer nada. —Se quedó pensativo. Quería resumirle lo que sentía, lo que era vivir con esa condición, al menos su caso, porque sabía de antemano que no todos los TDAH sienten lo mismo—. También me cuesta concentrarme en clases. Me distraigo con facilidad y, cuando intento volver mi atención al instructor... —Negó con la cabeza—. Ya no sé ni de qué está hablando. Tampoco tengo buena memoria; hice un sistema para aprender mediante frases, números o palabras para unir fechas y sucesos.

—¿Por ejemplo? —le preguntó sonriente.

—*Huitzilopochtli, águila, trece-veinticinco, trece-cuarenta y cinco.*

—¿Y eso qué significa?

—La fundación de Tenochtitlán. La tribu recibió una señal del dios Huitzilopochtli y ellos vieron al águila sobre el nopal devorando a la serpiente. Allí tenían que fundar Tenochtitlán, lo que hoy conocemos como esta caótica Ciudad de México. Y ocurrió entre mil trescientos veinticinco y mil trescientos cuarenta y cinco.

—¿Y así haces para memorizar todo? —inquirió con un dejo de asombro.

—Así hice para memorizar tu nombre —bromeó—. Siempre te llamaba *el mesero, hoyuelos...*

—¿Hoyuelos? —Se rio fuerte.

David le apuntó los hoyuelos; los tocó porque ya había esa confianza.

—Me encantan.

El moreno le susurró un *gracias* y luego le apartó la mano y el brazo para refugiarse en su pecho, acomodando la cabeza sobre este.

—¿Cómo fuiste de adolescente? —le preguntó.

—Era malo —lo dijo sin pensarlo demasiado—. Todo el tiempo estaba metiéndome en problemas. Mis padres me odiaban y los maestros también. Todos me odiaban.

—No creo eso.

—Pues no te estoy mintiendo. Si sobreviví la secundaria fue por mis amigos y por Amaru.

—¿Quién es Amaru?

—Era mi novio.

—Cuéntame de él.

—Tenía una vida de mierda, peor que la mía. Quizás por eso nos entendimos, no lo sé.

Le contó todo cuanto recordaba. Lo de la madre drogadicta y el pederasta. Que vivía con su padrastro; que solía molestarlo porque le gustaba mucho. Que a veces se volaban las clases para ir a pasear en trolebús por la ciudad. O que, a veces, solo se besaban y lo hacían bajo las sábanas de su cama.

Después le detalló que su madre salió de rehabilitación y Amaru se puso *frágil*. Lo recordaba bastante cambiado y algo distante; ya no fue el mismo de siempre. Había planes de mudanza y no se lo advirtió casi hasta el día en que se marchó. Lo desechó como un juguete que, de tanto uso, harta.

—Bueno, pero eran muy jóvenes. Amaru tenía que buscar su estabilidad al lado de los suyos. ¿No crees que merecía una oportunidad de ser feliz?

Nunca lo había visto así.

Dentro de su egoísmo solo podía preguntarse: ¿y yo? ¿Qué hay conmigo? ¿Y mi oportunidad? Porque él jamás la había tenido; quizás no la merecía.

—Sí, era un buen chico —aceptó con sinceridad—. Se merecía algo mejor que lo que tenía. También a alguien mejor que yo. Y no dudo que lo haya encontrado. —Ezequiel lo volteó

a ver, y David, con cierto pesar, agregó—: Tú también mereces a alguien mejor que yo.

El otro le negó con la cabeza.

—No existe alguien mejor que tú.

David le sonrió y lo abrazó con fuerza. Necesitaba escuchar eso para sentirse seguro. Cerró los ojos y suspiró inaudiblemente acariciando el brazo y la espalda del moreno. Deseando quedarse en esa posición durante mucho tiempo.

No obstante, su teléfono timbró y ambos se separaron. Una videollamada del móvil de Mirna le extrañó a esas horas de la mañana. Se recargó en el respaldo y sonrió antes de responder. Y su sonrisa se ensanchó aún más cuando vio los cabellos alborotados de Neza.

—Buen día, Negrito.

—*Buen día, papá* —respondió somnoliento, frotándose un ojo.

—¿Qué haces despierto tan temprano? ¿Dónde está mamá?

—*Está dormida. Te llamé porque tuve una pesadilla.*

—¿Qué soñaste?

—*Soñé que unos hombres malos te perseguían y te disparaban. Y que tú corrías en el monte, ibas cojeando por entre los árboles y sangrabas mucho... Me dio miedo, papi.*

—Solo fue un sueño, hijo. Nada malo me va a pasar. Te lo prometo.

—¿Cuánto falta para que regreses?

—Ya falta muy poco, como tres meses, Negrito. Me han dicho que será un servicio de cuatro meses, y luego podré descansar contigo y con mamá.

—¡Sí!

David sonrió y volteó a ver a Ezequiel, este se hallaba sentado al borde de la cama con una sonrisa.

—Quiero presentarte a alguien, Neza.

—¿A quién?

—A un amigo muy especial. —Le hizo una señal al otro para que se acercara—. Su nombre es Ezequiel.

—Hola, Neza —saludó el mesero.

—*Hola, señor.*

—No me digas *señor*, apenas tengo veintiuno —se quejó ocasionando la risa en David—. Tú y yo podríamos ser hermanos.

—*Yo no tengo hermanos. Soy hijo único porque mi mamá ya no quiere tener bebés. Dice que son muy caros y que no dejan dormir por las noches.*

—Muy sabia tu mamá. Yo también soy hijo único, ¿sabes? Pero mis papás ya fallecieron.

—*Lo lamento.*

—Gracias, Neza. Pero no te preocupes, ahora tu papá me cuida.

David le apretó el muslo en reprimenda.

—*Eres muy viejo para que te cuiden. Yo todavía soy un niño y tengo que cuidarme solo. Sobre todo de Memo. Ese hijo de puta...*

—¡Ey! —exclamó David ceñudo—. ¡¿Qué es ese vocabulario?!

—*Se me salió...* —Hizo un gesto gracioso y se cubrió la boca con su mano libre.

Ezequiel se rio.

—Pues cuidadito y se te vuelva a salir una palabrota porque te quedas sin domingos un mes. ¿Oíste?

Estuvieron hablando con el pequeño cerca de veinticinco minutos, pero David lo envió a la cama porque apenas eran las seis y media.

Ezequiel se puso de pie y comenzó a quitarse el uniforme. Se le veía serio y pensativo.

—¿Qué pasa?

—¿Vas a irte? —le inquirió extrañado. Y, al ver que David no le respondió, especificó—: ¿A vivir al norte?

—Quiero hacer mi servicio allá y pasar los siguientes dos meses con él.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —reprochó arrojando a la cama el pantalón y las ligas. Luego se puso en jarras y le dedicó una mirada asesina.

—Eh, no me mires así porque me asustas —bromeó.

—No estoy jugando, Gonzalo. De verdad, ¿cuándo pensabas decirme que te regresas al norte?

—Que no me regreso, hombre. Solo haré mi primer servicio allá y descanso con mi hijo y vuelvo aquí. Así será mi vida, Ezequiel —le advirtió al ver que entonces se había cruzado de brazos—. No hagas rabietas que ya estás grandecito. Son algunos meses de servicio y después uno o dos de descanso. Y como pueden mandarme a Oaxaca me pueden enviar a Nuevo León; y como puedo quedarme a dormir en la montaña, al día siguiente puedo amanecer en el desierto.

Quizás Ezequiel no lo había contemplado nunca. Tal vez creía que estaría de local en Ciudad de México hasta su retiro. Parecía molesto y confundido.

Sin cambiar el gesto de ofendido, salió de la habitación y David exhaló al hundir la cabeza en la almohada. ¿Cuántas veces tendría que soportar esos reproches? Ni siquiera había comenzado su primera misión y Eze ya estaba haciendo caras y rabietas.

Era probable que no iba a aguantar su ausencia. Terminaría dejándolo por otro. Pensar en esa posibilidad lo puso ansioso.

Preocupado, se puso en pie, se colocó el bóxer y, al intentar salir por la puerta, chocó bruscamente contra el moreno que entraba a las carreras.

—¿Estás bien?

El otro se llevó la mano derecha a la frente y David al pómulo. Se habían dado un encontronazo fuerte, pero ambos se reían por el tamaño de la estupidez.

—Lo siento, es que... —Se volvió a reír y se dejó el rostro en paz para mirarlo a los ojos—. Es que eres un verdadero padre y yo me sentí un poco extraño...

—No es eso —adivinó David. Aquellos ojos marrones no sabían mentir, se veían preocupados y tristes—. Tienes miedo de que me vaya porque sigues creyendo que no te estoy tomando en serio. ¿Es eso, Eze?

El aludido le frunció el ceño con una sonrisa forzada.

—¿Crees que sea eso? —le inquirió en respuesta, achicando los ojos, como pensándoselo.

Entonces, decidido y movido por sus impulsos, y por lo que sentía por él, lo tomó por las manos y lo miró a los ojos, antes de decirle:

—Tú vendrás conmigo. Iremos juntos para Navidad. Lo pasaremos con mi hermana Mirna y nuestro hijo Neza. Quiero que ellos te conozcan bien. ¿Vienes?

—Sí, sí —respondió de inmediato rodeándole el cuello con los brazos antes de besarle los labios.

* *Ciscado* en México significa avergonzado, intimidado.

* Fragmento del artículo www.tdahytu.es

19.

Ezequiel cocinaba unos huevos refritos mientras David, sentado al comedor con un café entre las manos, seguía convenciéndolo de que no, no tenía redes sociales porque estaban prohibidas para ellos.

—¿Cuándo vas a entender que no soy un civil? —le cuestionó con un dejo divertido, mirando su espalda ancha de músculos pequeños pero bien formados.

—Lo sé, pero se me hace raro. —Se rio mientras batía las yemas de los huevos y condimentaba con sal las salchichas que ya saltaban en la sartén—. Si yo fuera tú, me haría un perfil en cada red, pero usaría un seudónimo o algo del estilo. No sé..., quizás así podrías estar más al pendiente de Neza.

David sonrió cuando el otro lo volteó a ver por encima del hombro.

—¿Qué te ha parecido Neza?

—Es un niño precioso. Se ve que es muy inocente y es tan lindo como tú. Tiene tus ojazos.

—Empiezo a pensar que *mis ojazos* —enfaticó la frase—, es lo único que te gusta de mí.

Ezequiel se viró para verlo con semblante preocupado. Se cubrió la boca unos segundos y luego le mostró el labio inferior atrapado entre sus dientes blancos.

—Me descubriste... —bromeó.

—Idiota. —Sonrió cuando le vio guiñarle un ojo.

Ya no podía negar que esa pequeña casita de Mercedes, la que en sus mejores años había servido de hogar para las criadas de la vieja casona del siglo XX, entonces se sentía cálida. Se aspiraba un aroma distinto, algo parecido a un hogar.

Ezequiel se le figuraba una señora madura atrapada en el cuerpo de un joven de veintiún años. Sabía de brebajes medicinales, remedios caseros para picaduras de insectos, temporada para la siembra de rosales y otras flores, así como sus póstumos cuidados una vez que las matitas alcanzaban la madurez.

Era devoto de la virgen Guadalupe, pero todavía no la había sacado de una de las cajas en las que había guardado sus cachivaches. Quizás sentía que no estaba en su derecho porque la casa no le pertenecía, pero David estaba ansioso por que la acomodase en cualquier esquina, le prendiese una veladora y le ofreciese un ramo de margaritas o rosas blancas.

Quería que se instalase.

Entre más lo veía más loco se sentía por él. Era raro que fuese así, pero el corazón atolondrado no podía permitirle negarlo.

—Ya van a estar los huevos —le avisó distraídamente, volteándolos para que no se le quemasen.

—¿Qué pasó con tu virgen? ¿Cuándo piensas sacarla de la caja? —No se aguantó la duda—. Puedes ponerla donde quieras. Nos vendría bien una mujer en esta casa. Dice Mercedes que las mujeres ponen orden y están más cerca de Dios.

La sonrisa de Ezequiel valió la pena. Si mencionar a Dios como si fuese creyente le haría sonreír de esa manera, entonces estaba dispuesto a pronunciarlo de vez en cuando solo para verlo feliz.

—Ahorita que almorcemos le busco un rinconcito, Gonzalo. Gracias.

Compartieron el almuerzo y luego, cuando David se sentó a leer los mensajes del chat

que compartía con sus compañeros de la milicia, Ezequiel encontró el lugar perfecto para *Lupita* en una mesa auxiliar desvencijada de madera que limpió con un trapo engrasado antes de rendirle un homenaje a la madre de Jesús con su florero y su veladora.

Soldier666:

Yo creo que ya se lo cargó la verga a ese cabrón.

MilitarySonOfABitch:

Más respeto para el general Iturbide, Ros. Todavía no sabemos qué pedo como para estar juzgando.

SoldadoCagón:

¡A mí me la pela bien pelada ese hijo de su reputísima madre! Me vale verga que se lo carguen. Es más, honor al que le sobren tanates para eso.

Te_La_Comes_Putito:

Ya al chile, wee, este pedo nos perjudica a todos. Échenle coco, piénsenle, si es que los rumores son ciertos, las cosas se van a poner color de hormiga en el colegio y a todos nos va a tocar bailar con la más gorda.

ELPincheGüeroItaliano:

¿Qué pedo, cabrones? Me voy unas horas y ya arman su pinche desmadre. ¿Ahora qué hizo Lord Iturbide?

MilitarySonOfABitch:

Pues aquí con la novedad, mi capi, de que nos llegó un rumor que apunta a que el general Marcos anda en cosas turbias.

SoldadoCagón:

¡Ya se lo va a cargar la verga al puto! Y me vale madres.

Te_La_Comes_Putito:

Yo pienso que esto nos puede afectar a todos, mi capitán. Si cae uno, a nosotros no nos van a quitar el ojo de encima. Como calzón de puta nos van a traer.

ELPincheGüeroItaliano:

Voy a intentar averiguar por mi cuenta, sargento. Quédense tranquilos, cabrones.

Quiso llamar a Iturbide para preguntarle por lo que estaba ocurriendo, pero al final no lo hizo porque Ezequiel lo distrajo el resto del día con sus pláticas banales que nada tenían que ver con lo que estaba a punto de ocurrir por aquellos días.

En el colegio se respiraba un ambiente bastante tenso. Todos estaban callados y se veían los unos a los otros cada vez que algún jefe pasaba por los pasillos con el teléfono a la oreja, murmurando o maldiciendo.

Nadie podía decirle lo que sucedía porque todos parecían aterrados ante la posibilidad de verse involucrados en aquellos rumores que seguían sin ser claros para él.

—Capitán Duarte. —Un mayor se le acercó y David lo saludó enseguida mostrando sus respetos al superior—. Venga conmigo, quiero hablar con usted en privado.

Dentro de la oficina del hombre, un par de oficiales aguardaban en silencio. David tomó asiento cuando el mayor se lo pidió, y rápido comenzó un largo cuestionamiento. Un extenuante interrogatorio en el que le preguntaron muchas cosas acerca de Iturbide.

¿Que si sabía algo que ellos desconocían acerca de la vida del general? ¿Que si alguna vez le había mencionado algo acerca de desertar o traicionar a la patria? ¿Que si estaba enterado de que Marcos reclutaba jóvenes recién egresados que luego terminaban traicionando al ejército? ¿Que si se lo había propuesto alguna vez? ¿Que si le había ofrecido dinero a cambio de su participación en alguna organización criminal?

—No, señor. No sé nada de lo que me pregunta. El general Iturbide siempre ha sido como un padre para mí, y yo desconozco de estos temas de los que me habla.

Mordiéndose la cara interna de las mejillas, mintió.

¿Quién le aseguraba que aquella entrevista no era sino una prueba de lealtad de Marcos? ¿Qué podría pasarle si lo echaba de cabeza y contaba todos aquellos oscuros secretos que envolvían a tan respetada autoridad?

No podía arriesgarse. Aunque tuviese todos los deseos de decirles acerca de los PHM y de las fechorías del general, tuvo que recordarse que, si bien tenía sus influencias al ser un oficial, no contaba con las del propio Iturbide y, por ende, no estaba a salvo ni exento de cualquier jugarreta que le pudiesen estar tendiendo con tal de probarlo.

Durante los días siguientes las cosas no mejoraron y los rumores cada vez fueron tomando formas más claras. David supo que Iturbide estaba siendo investigado por traición a la patria, y también era consciente de que aquella acusación era una falta gravísima a la nación.

—Tengo entendido que estaba entregando capos a la DEA* —le comentó un sargento en una ocasión.

Aquello, por muy descabellado que pareciese a oídos de todos, para David tenía cierto sentido, puesto que, precisamente, a eso se dedicaba la organización de Marcos. Capturaban achichincles a los que luego interrogaban para después asesinarlos. No era difícil no unir los hilos y darse cuenta de dónde provenía el dinero para sustentar un grupo tan preparado como lo eran los PHM.

No obstante, no podía darlo por hecho hasta no hablarlo con el propio Iturbide que, como si se tratase de un ente invocado, se apareció el sábado a las afueras del colegio, vistiendo un atuendo casual y conduciendo una camioneta menos llamativa que la Land Rover blindada que siempre llevaba a todas partes.

Lo hizo subir y en un sepulcral silencio lo llevó a aquella casa a las afueras, lejos del ajetreo y de las miradas curiosas.

De tanto en tanto, David lo volteaba a ver y se mordía las ganas de cuestionarle acerca de los rumores. Por mucho que le odiase, tampoco podía arrancarse tantos años de respeto. Y, una acusación de tal índole, en caso de ser solo un chisme, podría perjudicarlo de por vida, si es que se atrevía a cuestionar su reputación.

Marcos fue breve cuando le pidió que se pusiese a cuatro sobre el colchón de la alcoba principal. David, desnudo y obediente, le hizo caso y aguardó en silencio por aquellas furiosas arremetidas que tanto odiaba.

—Todo se está desmoronando —le murmuró entre embestidas que le provocaron una lágrima de dolor y otra más de rabia—. Pero al final... al final solo seremos tú y yo, mi muchacho especial.

Minutos después, David tragó saliva y se relamió los labios cuando Marcos se halló complacido. Todavía se hallaba apretando el respaldo de la cama con los nudillos blancos por el esfuerzo; las rodillas le temblaban y la ira subía a gran velocidad por su torrente sanguíneo.

La escuadra nueva estaba sobre la mesa auxiliar y su mirada en ella. En su mente, una vez más, las cosas sucedían de otra forma; en cuestión de segundos sus problemas terminaban ahogados en un charco de sangre.

—Eres el culo más rico que tengo —le dijo con un dejo de sorna y le metió una fuerte nalgada—. Vas tú, es tu turno.

—No quiero —murmuró todavía en la misma posición, sin soltarse del respaldo y sin despegar las rodillas del colchón ortopédico del general.

Le escuchó soltar una risotada y apretó los párpados.

—¿Qué dices? Si bien que te encanta meterme el rabo. De eso pides tu limosna, marica.

Por encima de su hombro, le echó una mirada de odio. Marcos tampoco parecía contento. Seguía desnudo, con el condón colgando de su verga chata y semierecta.

La imagen le repugnó. No el condón usado. La persona que lo portaba y que, como si fuese un Dios, hacía de él todo a su voluntad.

—No quiero cogerte. Ya no quiero hacerlo.

Como en cámara lenta, Marcos alzó las cejas; quizás incrédulo.

—¿Por qué?

—Ya me he cansado de ti.

El hombre se quedó pasmado. Daba miedo verlo petrificado de una forma casi inhumana. La expresión de su gesto, siempre reacio, entonces parecía de asombro.

» Aquí llegué con todo esto —aseguró David incorporándose para vestirse, ignorando a la estatua que lo veía sin pestañear—. Ya no doy más con esto. A duras penas se me para contigo. —Y soltó una risa nasal mientras se volvía a colocar el bóxer.

No se lo iba a coger. No le apetecía hacerlo y ya ni siquiera le importaba si el otro se ofendía o lo asesinaba allí mismo. Él estaba más cerca de la escuadra por si Iturbide intentaba hacerle algo. Que ganase el más fuerte o el más experimentado.

Le había prometido a Ezequiel que no lo asesinaría, pero tampoco se iba a quedar de brazos cruzados si Marcos atentaba contra su vida. Diría a la prensa que fue en defensa propia y les contaría todo, desde su relación clandestina hasta el reclutamiento de jóvenes cadetes a la organización dirigida y encabezada por el propio general.

Estaba en el filo y, cualquier movimiento en falso, por parte de Marcos, definiría el destino de los dos. Porque estaban ligados casi de una manera permanente.

Sentado de espaldas al monumento desnudo que tenía a escasos dos metros de él, observó el arma una vez más. Jamás había pensado en el suicidio, pero ¿qué otra salida tenía? Solo dos detonaciones, una en la cabeza de Iturbide, y otra más en la suya.

Así se acabaría todo.

—Puto marica, es lo que eres —le escupió con profundo resentimiento, provocando que su respiración se agitase ante la adrenalina y los palpables nervios—. ¡Ahora me sales con esto! —gritó fúrico dando unos pasos hacia él. David lo volteó a ver—. ¡¿Me vas a salir con esto, Duarte?! —Sus ojos, ese par de pozos negros, centellearon un instante. Y su voz, gruesa y autoritaria, perdió decibelios al romperse—. ¡¿Quieres ir por tu cuenta, malagradecido?! —

David apretó la mandíbula cuando lo tuvo frente a frente. Lo miró hacia arriba y notó sus ojos enrojecidos y visiblemente acuosos.

Sintió pena por él.

—Búscate a otro —recomendó sin un ápice de respeto—. ¿No estás diciéndome que ya estoy viejo? ¿No me dices que veinticuatro años son muchos para ti? ¿Por qué no te buscas a uno más joven?

El general, con los labios semiabiertos y el ceño fruncido, se le quedó mirando. Tenía esa mirada violenta que rozaba la locura. David podía ver las llamas del mismísimo infierno asomándose por entre los pozos de alquitrán que estaban fijos en él.

Creyó que, al ser la primera vez que lo rechazaba, sería también la última oportunidad que tendría para decirle todas sus verdades. Que también él era viejo y que su cuerpo ya no se le antojaba como en el pasado. La calentura se le había ido desde hacía un par de años. Ya era un sacrificio tener que empinarse o, en su defecto, empinárselo a él para complacer sus más bajos

instintos. Quizás, ya armado en valor, también le gritaría que era un puto reprimido y que le daba mucha lástima.

No obstante, cuando hizo amago de abrir la boca, mirándole sin demostrar ni un poco de temor, el general se puso en cuclillas haciéndose un hueco entre las piernas del nadador que, atónito ante el gesto dócil, se quedó perplejo en espera de su próximo movimiento.

Iturbide posó sus manos grandes sobre sus muslos, mirándoselos con una sonrisa turbia y vacía. Desde las rodillas hasta las ingles, comenzó a acariciarle, dejándole de tanto en tanto un beso o un pellizco suave de forma cariñosa.

—Eres mi muchacho especial, David —le murmuró sin mirarlo, todavía concentrado en sus piernas—. Ya sé lo que pasa contigo esta tarde. Ya sé que yo me he ganado tu desprecio... He sido muy duro contigo desde el principio, ¿no es así? —le interrogó con una mirada menos hosca—. Yo te he alejado cuando todo lo que quiero, lo que siempre he querido, es estar contigo...

David frunció el ceño y el otro soltó una risita nasal, nerviosa o incómoda. Solo él sabía cómo se sentía por dentro.

» Yo tenía que ser mucho más afectivo contigo. Es lo que necesitabas, ¿verdad? Que te dijese lo perfecto y bello que eres, y no solo lo orgulloso que estoy de ti por haber llegado tan lejos...

—No comprendo, general —pronunció con cierta confusión.

¿Qué significaba todo ese discurso y a qué venía en ese momento? ¿Qué se traía entre manos? Porque David podía jurar que no estaba siendo sincero con él.

—¿Qué es lo que no comprendes, Duarte? ¿Que solo quiero que, cuando todo esto acabe, seamos solo nosotros dos? ¿Te lo imaginas? —Le sonrió llevando una de sus manos hacia su cuello, acariciándolo con cuidado. Luego le asió por la barbilla para que lo viese—. Tú y yo lejos de este pinche basurero; viviendo como reyes; nadando en dinero, en montañas de dinero.

—A mí no me interesa el dinero, general. A mí me interesa servir a la nación y cuidar del patrimonio y de la seguridad de todos los mexicanos —apuntó—. ¿Para qué quiero dinero si muchos se mueren allá afuera? El dinero solo es papel lleno de sangre, señor.

—¡Ah, pero qué maravilla! —exclamó el mayor entre risas de júbilo—. Me encanta que pienses así, pero me temo que eso solo deja en manifiesto que estás muy verde, mi muchacho especial. Hay un momento, en la vida de todo militar, escúchame bien, ¿sí?

—Sí, señor.

—Bien, te digo que hay un momento en el que el camino se parte en dos y tú tienes que elegir si salvas al pelotón o te salvas tú. Dime, ¿a quién salvarías tú?

—A mi pelotón, señor —respondió sin dudar.

—¿Qué hay del pequeño Nezahualcóyotl? ¿Lo dejarías sin su padre por salvar a una bola de cabrones que no van a responder por él nunca?

—Es la lealtad, Marcos; es el honor y la fraternidad. Es la patria. Los colores de la bandera y el águila que se alza con orgullo...

El hombre soltó una carcajada y David se tuvo que callar.

—Yo solía pensar igual que tú cuando era joven —narró entre nostálgico y burlón—. En el colegio te enseñan muchas cosas; te enseñan a ser patriota y a poner la otra mejilla ante un superior; incluso ante los civiles malagradecidos que tanto nos detestan, pero la realidad es que allá afuera vas a estar más solo que un oso en la sierra. Allá afuera se acaba todo lo que te enseñaron y estarás por tu cuenta.

—Pues tomaré el riesgo, señor.

—No, no, no y no —repitió, al fin soltándole la barbilla, deslizando sus dedos por ambos

pectorales, entrecerrando los ojos al contacto con la tibia piel del muchacho—. Tú y yo estaremos muy lejos. Yo seré tu general y tú serás mi capitán. No habrá nada que nos detenga ni quien se atreva a separarnos, David.

—Yo quiero servir a mi nación. No pienso ser esclavo de un solo hombre —farfulló con irritación.

¿Es que había terminado por perder la cabeza? ¿Nadar en dinero juntos? ¿Qué había de la organización y de los supuestos planes de ocupar el lugar del general cuando este perdiese la vida o se retirase debido al Parkinson que cada vez era más notorio?

En respuesta, Marcos le torció una sonrisa de medio lado; acto seguido, le tomó desprevenido al cogerle la verga y engullirla con hambre, esmerándose entre succiones y lengüetazos que, por más que deseó apartarlo, el placer lo superó al punto de hacerlo separar las piernas y echar los brazos hacia atrás para sostenerse mientras, con cierto morbo, lo veía subir y bajar.

—Los huevos —le pidió entre jadeos, levantando la base de su erección y la piel del escroto para que Marcos los alcanzase—. Eso, cómetelos.

Concentrado, Iturbide cerró los ojos y ahogó un gemido de gusto cuando volvió a internar aquella asta jugosa que ya comenzaba a arrojar hilillos salados. Y, mientras el hombre tragaba con esmero, con el rostro enrojecido y las manos apretándole la cintura, David estiró el brazo izquierdo y rozó la escuadra con las yemas de sus dedos.

Ese era el momento, la oportunidad y, quizás, la tontería más grande que estaba a punto de cometer. La cogió entre sus dedos y, con cuidado de no hacer ruido, la levantó de la mesa. Sin embargo, cuando estuvo por hacerlo, el radio comunicador emitió un pitido que los interrumpió. David dejó caer la escuadra en la mesa y, para justificar que su mano se hallaba cerca de la pistola, cogió el aparato y se lo tendió al hombre enseguida.

—*Aquí el águila dos-cuatro-dos. Cambio.*

Marcos se arrancó el preservativo y lo arrojó al piso luego de exhalar con fuerzas. Acto seguido, se puso de pie y respondió al llamado.

—*Águila real cero-cero. ¿Qué chingados quieres? Cambio.*

—*Mi general. Ya pusieron dedo. Pélese, mi general. Cambio.*

El aludido se puso pálido en cuestión de segundos.

—¿Qué pasa, Marcos? —le preguntó David al ver que había arrojado el comunicador a la cama y que se vestía a las carreras—. Marcos, ¿qué ocurre?

No le respondió. Parecía abstraído en sus pensamientos; preocupado y azorado como un pequeño animalillo atrapado en un mortal cepo.

Tan rápido como le fue posible, David empezó a vestirse para igualar los ágiles movimientos del general, pero este ya se había colocado los zapatos lustrados y el arma en su cinturón.

—Cierra con llave y no me viste si te lo preguntan. No me has visto desde hace meses —advirtió al tiempo que le lanzaba las llaves de la propiedad y salía a toda prisa.

Marcos se marchó con lo que llevaba puesto, la escuadra nueva y el radio comunicador. Sobre el sillón reclinable que se hallaba en una esquina de la alcoba, estaba su sobretodo negro. David lo cogió y miró todas las insignias de honor.

La prenda despedía un fortísimo aroma a tabaco y a madera; un aroma agrio, pero bastante varonil que no le disgustó en absoluto.

Entonces acarició las estrellas plateadas del hombro derecho y el sello del águila en tono dorado. Leyó el apellido en voz baja y se vio tentado a medirse la prenda, pero al final no lo

hizo. Solo fue en busca de una bolsa de plástico y, sin saber por qué, guardó el abrigo en esta y se la llevó con él después de limpiar un poco para eliminar sus huellas de la habitación.

Casi dos horas después de la repentina fuga del general, David logró llegar a casa de Mercedes en un carro sitio.

Durante el largo trayecto le avisó a Ezequiel que iba en camino; le dijo que había tenido un inconveniente, pero que ya todo había pasado y que estaba bien.

¿Realmente lo estaba? ¿En verdad todo había pasado?

No podía asegurarlo a ciencia cierta, pero en el fondo se sentía tranquilo de no haber asesinado a Marcos en uno de aquellos arranques de odio. Porque, de haberlo hecho, entonces no estaría yendo a ver a su novio y a la vieja, quizás habría estado como un enajenado limpiando las huellas del crimen y volviéndose loco al intentar deshacerse del cuerpo de Iturbide.

Los halló sentados al portal comiendo sandía. Ezequiel sentado en un escalón y Meche en una mecedora, escupiendo las semillas hacia los rosales con una sonrisa franca y graciosa.

—¿No hay sandía para este pobre *soldado* que los protege mientras ustedes duermen? —fanfarroneó en forma de saludo, abriendo la reja para adentrarse en la propiedad con su mochila al hombro y con la bolsa que contenía el sobretodo de Marcos.

Ezequiel se acercó, le dejó un beso en los labios y luego le ofreció de su trozo de sandía para que le diese una mordida. David aceptó con ganas y se tragó las semillas luego de colgarle su pesada mochila al hombro del moreno.

—Iré a dejarla allá atrás. Ahora vuelvo —le dijo el joven.

—Toma, también deja esto. —Y le lanzó la bolsa de papel que, antes, había empaquetado con mucha cinta adhesiva—. Pon eso en la habitación.

—¿Qué es?

—Ántrax para los preguntones.

Luego de zanjar el tema con una risa nasal y un meneo de cabeza, Eze se marchó sin hacer más cuestionamientos.

—Creí que no ibas a venir hoy, mijo —comentó la vieja meciéndose en la mecedora de madera con una bandeja llena de sandía entre sus curtidas manos—. ¿Por qué tan tarde?

Después de dejarle un beso en el cabello canoso, se sentó en el primer escalón de arriba a abajo y se encogió de hombros con la mirada puesta en el cuidado jardín.

—Parece que el Eze salió mejor jardinero que yo, ¿no?

—Desde luego —aceptó ella observando con orgullo sus matitas floreadas—. El Negro hace maravillas con mi jardín. Tiene la *mano verde*; me plantó aquel durazno. —Y le apuntó un nuevo arbolito que se hallaba en una esquina—. Yo pensé que se iba a secar, pero no, ahí la lleva.

—Pues parece que ya no me necesita para nada. —La miró para tantear su reacción, fingiendo estar celoso de su novio y sus habilidades domésticas—. Parece que Ezequiel es...

—Oh, cállate el hocico. Deja de decir pendejadas —lo reprendió—. Acá entre nos, es un cobarde —susurró—; le tiene pavor a las culebras.

Por mucho que Meche lo criticase, David notó un brillo especial en los ojos de la mujer. Cada vez que hablaba de él, se le iluminaba la mirada.

» Pasamos mucho tiempo juntos —continuó con la charla—. Es un buen muchacho; negro, pero bueno. Cuídalo mucho, David.

Ezequiel se apareció y pronto se sentó a su lado. Ambos se miraron a los ojos unos segundos y se sonrieron; mientras, la vieja se puso en pie para dejarlos solos.

El mesero encendió un cigarrillo y recargó su cabeza en un pilar de la casa para fumar

tranquilo, observando su trabajo con cierto orgullo. David quiso contarle lo ocurrido con Marcos, pero no estaba seguro de si era conveniente hacerlo. No quería que le preguntase si habían tenido sexo porque entonces sería incómodo aceptarlo.

—¿Estabas con él? —Le sorprendió la pregunta y, como le daba vergüenza admitirlo en voz alta, se le ocurrió asentirle con la cabeza, así sin mirarlo. Tampoco tenía cara para verlo—. ¿Sabes lo que es para mí todo esto? —Aunque no parecía haber sido su intención, aquella pregunta sonó a un reproche.

David tosió y volvió a asentir.

—Lo sé, pero ya no va a ocurrir nada —aseguró.

—¿Y eso por qué?

—Ya no —murmuró y lo miró de soslayo.

—¿Cómo estás tan seguro, Gonzalo?

—Se metió en un pedo grueso y lo andan buscando... —le susurró viendo el semblante ceñudo del otro—. No me preguntes qué hizo porque no lo sé, pero siento que de esta no se salva.

El domingo, al llegar al colegio notó el ambiente tenso y pronto buscó a Emanuel. No sabía cómo, pero el muchacho siempre se enteraba de todo antes que él. David pensó que, para entonces, quizás Emanuel ya sabría lo que estaba sucediendo con Iturbide.

Lo halló solo corriendo en la pista de carreras, le pidió que se detuviese, pero el muchacho hizo caso omiso y continuó corriendo como si buscara una salida dando vueltas alrededor. David tuvo que unírsele para alcanzarlo y, cuando se halló a la par de este, el joven lo miró airado.

—Te he pedido que te detengas, ¿no escuchaste mi orden?

—Sí la escuché, pero quiero correr...

—¿Qué te sucede?

—Que nos van a mandar a Michoacán en la primera misión. —Y detuvo la carrera abruptamente, mirándolo con resentimiento, como si fuese su culpa—. Escuché al general de división hablando con el de brigadier y dijeron que las cosas están coloradas allá, y que necesitan refuerzos. ¿Y quiénes son carne de cañón, eh? ¡Nos enviarán al matadero, capitán!

—*Shht*. Contrólate. —Se quedó pensativo unos minutos. Necesitaba preguntárselo al general de división porque se suponía que ellos tenían un acuerdo gracias a la influencia de Marcos—. Iré a preguntárselo yo mismo y después te digo qué tan cierto es ese rumor, ¿de acuerdo?

Emanuel negó con la cabeza y se frotó el rostro con ambas manos. Se veía frustrado y también aterrorizado. Rápido lo cogió por los hombros y, antes de hablar, verificó que nadie estuviese ahí para escucharlos. Luego le dijo:

—Yo no puedo ir al matadero, David. Soy incapaz de matar una mosca y...

Cuando comenzó a zarandearlo, David lo calmó con un fuerte bofetón con el dorso de la mano. El joven retrocedió un paso ante el impacto y asintió con los ojos cerrados, como diciendo: *vale, me lo gané*.

—Te daré noticias en cuanto las tenga. No difundas nada.

—Sí, señor.

Sin embargo, el ala del edificio de los altos mandos estaba bloqueada y resguardada por algunos elementos que no pertenecían al colegio y por la policía militar. Y como David solo era un oficial, se le negó el acceso y se le envió a otra área sin darle ningún tipo de información.

El general Zúñiga llegó al colegio el jueves a primera hora, se presentó con los que

todavía no lo conocían y les dio un discurso muy conmovedor en el que los instaba a no traicionar a la nación ni a perder el orgullo por lo que eran y por su patria.

Luego, los hizo romper filas y todos los de quinto tuvieron que quedarse hasta las nueve de la mañana ahí, esperando a que el hombre, en compañía del general de división, les diera la noticia que David tanto se temía:

—En base a sus aptitudes y sus habilidades, voy a formar una división que estará conformada por doce pelotones, dos secciones y una compañía, comandados cada uno por un oficial o un jefe, dependiendo el caso. En cuanto egresen, serán enviados como refuerzos a una misión en Michoacán. Nuestro objetivo es militarizar el estado por lo menos durante cuatro meses; esto con la finalidad de frenar la violencia y responder al crimen organizado. Iré nombrándolos y quiero que vayan formando una fila atrás de mí, de izquierda a derecha según la unidad a la que correspondan.

» Pelotón A-014: Cadete Julio Rodríguez Limón.

—¡Por el honor a mi patria! —Alzó la voz el joven y, con orgullo, acató la orden y fue a encabezar la primera fila.

—Pelotón B-114: Cadete Alejandro Contreras Marín.

—¡Por el honor a mi patria!

—Pelotón C-214: Cadete José Guadalupe Ramírez Sotelo.

—¡Por el honor a mi patria!

—Compañía A-014: Cadete Emanuel...

Si alguna vez se había sentido estúpido por haber creído en alguien que terminaría decepcionándolo tarde o temprano, ese día lo superó con creces.

Nunca había existido ningún trato con el general de división. Marcos de Iturbide le había fallado; le había visto la cara de idiota y se había reído en sus narices sin que él lo sospechase.

Y pensar que había tenido la oportunidad de asesinarlo hacía unos días atrás...

Y pensar que, por un momento, lo había considerado un hombre noble y justo por hacerle la valona con el tema del servicio en el norte...

No quería imaginar la decepción que iba a ocasionar en Neza y en Mirna cuando les dijese que, quizás, otra vez, no llegaría a casa para Navidad. Eso era lo que más le dolía, mucho más que la profunda decepción que entonces sintió por Iturbide que, gracias a esa falla, perdió todo su respeto en cuestión de segundos.

—Comandando la compañía A-014: Capitán segundo David Gonzalo Duarte Sebastino.

—¡Por el honor a mi patria! —Sintió una mezcla de emociones en el pecho: por una parte sería su primer pelotón a cargo, pero por otra, existía la posibilidad de que no vería a su familia hasta el dos mil treinta.

—Felicidades, Duarte —le felicitó el general de división y David le asintió con un amago de sonrisa antes de plantarse frente a la fila en la que, su amigo Emanuel, parecía estar a punto de llorar—. Estos serán tus hombres, estarás al mando de noventa soldados leales y fieles.

No halló ningún indicio en los ojos del general de división. Nada. El hombre no parecía siquiera sospechar de aquel supuesto trato del que Marcos le había prometido al egresar del colegio.

Fue un día muy agri dulce. No podía festejar por mucho que lo desease. No se sentía con ánimos, pero aun así, mostró temple y sonrió a los cadetes que, una vez que rompieron filas bajo la orden de Zúñiga, se le acercaron para mostrarle su lealtad y su compromiso para con él y para con la patria, principalmente.

Aquella noche no durmió ni media hora. Se lo pasó pensando una y otra vez en los ojos

oscuros de Marcos; en aquella mirada fría y malvada que ya aborrecía.

Se vio orillado a hacer unos ejercicios de respiración para controlar su ira. Contó hasta cien, hasta doscientos; contó hasta mil y dejó que una única lágrima se impregnase en su almohada.

Como un autómatas, participó en los torneos de box y fútbol que se llevaron a cabo esa misma semana. También nadó durante muchas horas y perfeccionó su doble mortal con triple tirabuzón. Corrió en la pista de carreras en las noches de insomnio, aprovechando que entonces, como capitán, ya gozaba del privilegio de salir de los dormitorios cuando los otros dormían.

Intentó distraerse como nunca.

No quería pensar en Marcos porque entonces sentía que la sangre se le envenenaba en cuestión de segundos. No quería pensar en Neza y en su cara de alegría porque entonces se sentía peor padre que el propio Jorge.

El sábado, una vez que salió del colegio, recibió una llamada proveniente de algún teléfono público. Mientras iba en carro sitio al hogar de Mercedes para hallarse con la vieja y esperar por Ezequiel en la casa de atrás, respondió.

Era Marcos de Iturbide que, con voz titubeante, le confesó que no había sido capaz de salir de la ciudad porque las autoridades lo estaban buscando.

El hombre, colérico y al punto de la histeria, le dijo que lo acababan de traicionar como nunca en su vida. Que se habían pasado por los huecos su honor y su dignidad.

Patrañas. Solo patrañas escuchó con paciencia un David impávido por fuera, pero que, por dentro, saboreaba cada palabra con deleite.

Marcos había estado trabajando para la DEA.

Los PHM trabajaban directamente para el gobierno de los Estados Unidos de América y no para México.

Iturbide había violado no solo uno, sino tres artículos de la Constitución Mexicana. Había traicionado a la patria en numerosos sentidos y la pena máxima era la prisión y una multa que rondaba los cien mil pesos.

No obstante, al hombre lo único que le dolía en verdad era la inminente degradación que recibiría a causa de sus faltas.

Pero para David, ya no era el general Marcos de Iturbide, ya solo era Marcos, el viejo con Parkinson que traicionó a su país por un fardo de billetes verdes.

—Voy a ayudarte —prometió ante el primer silencio del crispado hombre—. Dime dónde te encuentras ahora.

—¿Vas a entregarme, Duarte?

—¿Entregarte? Eso nunca. Yo sí soy un hombre de palabra, Marcos. Yo no hago promesas al aire y, cuando no puedo cumplirlas, siempre intento redimirme haciendo el bien.

—Confío en ti, mi muchacho especial —aceptó luego de algunos segundos en silencio. Acto seguido, le dio la dirección del lugar en el que se hallaba oculto.

Antes de que llegase Ezequiel, se dirigió a la casa y colocó el sobretodo de Iturbide sobre la cama tendida. Lo miró durante largos minutos recordando todos aquellos momentos en que quiso ser como ese hombre acabado. Acabado por su mala cabeza y su innegable ambición.

Cogió la navaja de su cinturón y, sin hacer ningún tipo de gesto, una a una, fue arrancando cada insignia de honor con sus propias manos. Porque si alguien merecía degradar a Iturbide, era él.

No sería ni siquiera un soldado. Ya no sería nada ante los ojos de David. Ni su ejemplo a seguir, ni como un padre. Nada.

Lo había defraudado como todos en su vida. Y ya no podía perdonar que le pasasen por encima porque terminaría explotando y cometiendo una locura que al final solo iba a perjudicarlo a él.

Luego de arrancar la última estrella plateada y el último sello dorado, aquel que había acariciado con profunda admiración apenas unos días atrás, envolvió la Glock Coyote con el sobretodo y se sentó al comedor a escribir una nota:

"Lee bien esto:

Llega un momento en la vida de todo militar, en el que el camino se parte en dos y uno debe elegir entre salvarse a sí mismo o salvar a su pelotón.

Haz lo correcto.

Cero privilegios, damita".

Con una sonrisa de orgullo, guardó todo dentro de una caja que luego selló con cinta adhesiva y en la que, como único remitente, agregó una nota que citaba:

"En caso de emergencias".

Ezequiel llegó temprano aquel día. David lo recibió con un fortísimo abrazo que lo hizo despegar sus pies del suelo. Luego lo besó con premura.

—¡Wow! —exclamó el muchacho sin ocultar su alegría, mirándolo con su bella sonrisa relajada—. Hoy estamos muy amorosos, eh.

—Necesito que me hagas un favor muy grande.

—Lo que sea.

Le pidió que lo llevase a la Delegación Ixtapalapa para entregar al general la ayuda que tanto requería. Demoraron algunas horas en llegar, y cuando lo hicieron, David le pidió a Ezequiel que se aparcase una cuadra antes de la vecindad en la que el hombre se escondía como una rata.

Bajó del vehículo y se adentró.

Era un sitio deplorable; de fachadas viejas y carcomidas por los años. Había tantos perros como niños flacuchos correteando alrededor de una pileta atestada de pequeñas macetas que la circundaban y la protegían.

La habitación de Iturbide era la 24 en la planta alta. La divisó desde la entrada y emprendió el corto viaje, subiendo las escaleras metálicas e ignorando a los niños que gritaban entre juegos inocentes.

Llamó a la puerta un par de veces y luego dejó la caja en el suelo; acto seguido, bajó las escaleras y salió de la vecindad un momento. Allí se quedó unos minutos en la acera, pensando en que, tal vez, no volvería a ver a Marcos nunca.

Fue una sensación extraña, pero duró muy poco el resquemor y pronto se subió a la Chevrolet de su novio, quien, con gesto extrañado, le preguntó por enésima vez, por qué estaban allí y qué había llevado.

—Hoy quiero cenar filete de res en término medio; puré de patatas con vegetales y de postre... a ti en la ducha.

—No me cambies el tema, Gonzalo —respondió irritado, arrancando el motor para largarse de ese sitio.

—Te lo contaré después. Hoy solo quiero festejar, ¿vale? —Le sonrió a su semblante molesto. Le apretó el muslo derecho un par de veces y le cuestionó con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo, pero me vas a contar todo un día de estos.

—Trato hecho.

De momento solo quería descansar de aquellas gruesas cadenas de las cuales se había liberado; quería mirarse las manos libres, ya sin grilletes, sin ataduras.

Y, aunque aún no cantaba victoria, puesto que el general era un hombre impredecible, algo en su pecho le decía que las cosas, por primera vez en mucho tiempo, irían bien.

No estaba preocupado en lo absoluto. No había manera de que lo vinculasen porque él seguía siendo un interno en el colegio. Además, su nombre no había salido a relucir en ningún momento. Por ello se consideraba *hombre libre*. Y podía sentir la quietud como si fuese un bálsamo cayéndole desde la cabeza, deslizándose hacia sus pies para cubrirlo todo de una inmaculada dicha, de una paz que olía a pureza, a campo y libertad.

Ezequiel le llevó un plato de comida a Mercedes. David preparó la mesa y descorchó la botella de vino que compraron juntos en el mercado. Comería del festín que su novio había preparado mientras él se colocaba su traje de gala.

Quizás lucía algo excéntrico con el sobretodo de botones dorados y los guantes blancos; quizás el gorro y los zapatos lustrados eran demasiado para ese pequeño comedor desvencijado, pero era un festejo, un ceremonial que ameritaba la ocasión.

Durante la cena, le contó que sería enviado a Michoacán durante un tiempo. No le dijo cuánto porque no quería prometer nada que no pudiese cumplir después. Solo tenía entendido que irían un mes a *tantear* el terreno, y que después regresarían para informar a los superiores cómo estaban las cosas en el estado.

—Si ven que la cosa está muy pesada, entonces nos vamos a internar allá durante un tiempo. No me preguntes cuánto porque, como pueden ser cuatro meses, puede que sean más.

—¿O menos? —le inquirió el joven con un deje de esperanza.

Nunca era menos, pero una mentira piadosa no le hacía daño a nadie.

—O menos —confirmó para verlo sonreír.

Le contó acerca de la compañía militar. Estaría a cargo de noventa cadetes y esa era una responsabilidad enorme, pero le dijo que estaba bien con ello, que para eso se había preparado durante tantos años.

Brindaron cuando le dijo que, en pocos meses, al egresar, sería ascendido a capitán primero por sus logros y por los honores; por los sacrificios y por sus esfuerzos.

No podía estar más orgulloso de sí mismo. Tenía ganas de llamar a casa y decirles: «*Ven, ¿ven lo que he logrado? Y sin su ayuda; sin su apoyo. Todo esto...* —Y se tocaría las insignias—, *todo esto se llama: "sí se puede". Y lo he conseguido solo*». Pero ¿con qué objeto haría algo como eso si a sus viejos no les importaba una mierda?

—Estoy muy orgulloso de ti, Gonzalo —le dijo el mesero mirándole a los ojos—. Eres un gran hombre; un ejemplo a seguir y un luchador. Tus padres deben estar que no caben de alegría.

Y terminó arruinando el discurso en cuestión de segundos...

—Ya te dije que a ellos no les importa un carajo mi vida. ¿Por qué los mencionas ahora? —respondió molesto, dejando caer el tenedor al plato de cerámica.

—Gonzalo, déjame decirte algo importante. Solo escúchame y, si no te sirve nada de lo que voy a decirte, entonces olvídalo todo. ¿De acuerdo?

—Vale —farfulló sin abandonar el gesto de molestia.

—Los padres son personas, Gonzalo. Son gente común y corriente; como tú y como yo. Y las personas nos equivocamos porque está en nuestro ADN meter la pata. Porque a eso venimos a esta vida: a cometer errores para aprender de ellos y hacernos sabios. Cada error es una enseñanza y cada enseñanza un paso hacia enfrente. También tú te has equivocado. También tú has merecido que te disculpen porque todos merecemos una segunda oportunidad. ¿No crees

que tus padres necesitan otro *chance*? ¿No te gustaría verlos y abrazarlos? ¿Dejar atrás los rencores y disfrutar de la vida juntos? Porque te recuerdo que solo hay una vida, amor; y esta vida la estás viviendo en un frasco de veneno. ¿No crees que es tiempo de mandar a la mierda el pasado? ¿De romper los cristales?

El rencor y los resentimientos, aunque ya menos arrojados al casi desprecio que llegó a sentir, seguían en sus recuerdos, doliendo en su corazón despreciado y apuntado por su propia familia. Y quería liberarse, darle vuelta a la página y comenzar de nuevo. Una historia menos turbia; firmar la paz para poder descansar y redescubrir aquel sentimiento que te llena el pecho, ese que solo te lo da el saberte amado y valorado por los tuyos.

—Quiero que se disculpen —soltó con la mandíbula tensa; acto seguido, retiró el plato para volver a enfundarse los guantes y recobrar la compostura rígida en su silla—. Un *perdóname* no va a solucionar el pasado, no va a borrar los malos recuerdos, pero lo merezco y estoy dispuesto a aceptarlo.

Probablemente estaba pidiendo demasiado; o tal vez estaba pecando de egoísta, pero así era su sentir y no podía aceptar volver a casa sin una disculpa de por medio.

—Necesitas perdonarte a ti mismo, Gonzalo —le dijo el otro. David lo miró con atención—. Necesitas decirte a ti mismo que todo lo malo que hayas sido en el pasado, allá se va a quedar. Y necesitas empezar a caminar sin mirar hacia atrás; solo hacia enfrente. Porque todo lo que se queda en el pasado, ya no puede cambiarse; pero sí puedes cambiar tu presente para mejorar tu futuro; para que el día de mañana, cuando seas viejo y te sientes a recordar, lo hagas con una sonrisa y no con esa cara de mierda que pones siempre que hablamos de tus viejos.

—Quizás —acotó.

Cuando los ánimos se calmaron, Ezequiel encendió la radio y David se metió a la ducha a esperarlo. Era el momento del postre y estaba ansioso por tomarlo, por hacerlo y sentirlo suyo.

Y mientras Eze se desvestía frente a sus ojos, luego de haber cerrado la puerta del cuarto de baño, ninguno de los dos escuchó la noticia de última hora: habían hallado el cuerpo sin vida del general Marcos de Iturbide. Al momento del macabro hallazgo, portaba su sobretodo sin insignias, y la Glock Coyote continuaba en su mano derecha.

DEA Drug Enforcement Administration.*

Tercera Parte.

Estar ahí en la Sierra Madre era bastante parecido a hacer una misión para Mando en Combate, era muy similar incluso en las sensaciones de alerta y euforia, pero David sabía que era una experiencia completamente distinta, puesto que entonces, al finalizar, ya no gozarían de la seguridad del colegio, entonces tendrían que volver a la base en la ciudad y aguardar hasta que el mes llegase a su fin para luego volver a la Ciudad de México y entonces sí comenzar con la operación anticrimen organizado.

Estar a cargo de noventa personas tampoco era tan sencillo como cuando solo eran catorce o quince; una compañía no era lo mismo que un pelotón, pero los setenta hombres y las veinte mujeres que conformaban su equipo estaban cien por ciento capacitados para cualquier percance. Al menos eso era lo que David creía.

Repartidos en siete convoyes de color verde oliva, la compañía arribó al punto marcado en el mapa de la Sierra Madre. Era un área poblada por algunas personas que, alejadas de la civilización, vivían en dicha montaña y trabajaban la tierra para sostenerse.

Sin embargo, David había sido alertado de que no todos los habitantes de la Sierra eran humildes campesinos; se tenía la sospecha de que algunos miembros delinquían o servían de tapadera para el crimen organizado, quienes, aprovechándose del miedo y la precaria situación de las familias, los compraban con plata o, en su defecto, los amenazaban de muerte para obtener a cambio sus silencios.

David le pidió al chofer que bajase la velocidad cuando leyó el letrero de *propiedad privada* escrito en una tabla de madera pintada de color blanco. La caravana se detuvo tras ellos y los muchachos se quedaron atentos a la orden.

—Apaga el motor, voy a ver cómo nos reciben.

No se esperaba una fiesta ni tampoco aplausos, pero al menos deseaba que las personas cooperasen con ellos porque era bien sabido que, para muchos, la presencia de militares les representaba una amenaza.

De un salto, bajó del convoy y les pidió a ocho que le cuidasen las espaldas mientras él, abriendo la valla hecha de alambres de púas y carrizos, se adentró a lo que parecía ser una ranchería.

La casa era pequeña; estaba pintada de color anaranjado y algunas cabras se mantenían pastando con tranquilidad. También había un corral de gallinas y otro más pequeño de cerdos. Un perro sarnoso le gruñó en cuanto lo vio adentrarse en la propiedad, pero el pobre animalito estaba atado a una cadena que ya le tenía pelado el pescuezo.

Llamó a la puerta un par de veces; lo hizo fuerte y seguro. Desde adentro se podía percibir el sonido de una radio y la voz de una mujer que alegaba con alguien.

—¡Voy!

David le hizo una señal a Emanuel para que entrase. El muchacho corrió con su arma entre las manos y pronto se halló a su lado.

—Revisa allá atrás —le pidió señalando un viejo cobertizo que le dio mala espina—. Revisa a los alrededores también.

—Sí, señor.

Cuando Emanuel se fue a acatar la orden, una mujer ya entrada en años abrió la puerta y se quedó helada al ver a David. Luego, visiblemente nerviosa, volteó hacia su derecha y se llevó

la mano al pecho al ver la cantidad de militares que estaban rondando su propiedad mientras observaban a los alrededores.

—Esta es propiedad privada —le dijo entre molesta y asustada—. Llamaré a las autoridades si no abandonan mi casa.

—Señora, yo soy la autoridad. Salga de la casa porque voy a revisarla. ¡Muñiz, Francisco y Soto! —llamó en un grito a dos mujeres y otro de sus hombres—. ¡Vengan a revisar adentro de la casa!

La mujer abrió los ojos como platos y pronto intentó empujarlo, pero no logró moverlo un solo centímetro.

Francisco, una cadete que formaba parte de la compañía, sujetó a la señora por los hombros para evitar que siguiese molestándolo. Mientras, los otros dos se adentraron en la vivienda.

—No ponga resistencia, señora. No estamos aquí para perjudicarla —le dijo la joven con un tono más suave y compasivo, pero la mujer, ya entre lagrimones, procedió a golpear a la chica.

David sujetó a la propietaria por la nuca y el brazo para separarla. Ella chilló del susto alegando que estaban intentando matarla.

—Quédese quieta si sabe lo que le conviene. No quiero arrestarla por obstruir una investigación.

Desde adentro de la pequeña vivienda, una niña de aproximadamente nueve años salió llorando y pegando gritos histéricos. Francisco la sostuvo por los hombros para calmarla; le dijo que no iban a hacerles daño, que ellos estaban allí para ayudarlas.

David apartó a la mujer que seguía llorando y se adentró en la casa para echar un vistazo. Lucía como la vivienda de una familia humilde; el piso ni siquiera era de concreto, era de tierra. Había muy pocas cosas como para pensar en una revisión exhaustiva. Sin embargo, Soto salió de lo que parecía ser la única habitación del lugar y le pidió que fuese a ver algo.

Dentro, había una cama con base de hierro, y de la base pendía una cadena con un grillete. También había una mesa pequeña de madera y un plato de sopa fría sobre esta.

—Es todo, acompañen a Emanuel. Está en el cobertizo —ordenó.

Cuando se halló fuera de la casa, enseguida se acercó a la pequeña que seguía llorando abrazada de Francisco. David se acuclilló frente a ella y le observó las muñecas delgadas. Los ojos oscuros de la niña lo miraron con terror cuando él, sin prevenirla, le levantó un poco el largo vestido que le llegaba hasta los talones. Allí vio las marcas que había dejado el grillete.

Luego la dejó tranquila y volteó a ver a la mujer que entonces se hallaba sentada en una mecedora llorando por lo bajo con la cara hundida entre sus regordetas manos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la niña.

—Claudia —murmuró.

—Yo soy David. Estoy aquí para ayudarte, ¿vale? No voy a hacerte daño, Claudia.

La pequeña dudó unos segundos antes de atreverse a abrazarlo con todas las fuerzas que le quedaban a su delgaducho cuerpo.

—Sáqueme de aquí, señor —le musitó con los labios trémulos y los ojos llorosos.

—¿Quién es esa mujer? —Señaló a la señora con un movimiento de cabeza. La niña se encogió de hombros—. ¿Dónde está tu mamá?

—En Ciudad Obregón...

—Bien, vamos a llevarte con ella, ¿de acuerdo?

Resultó que la pequeña estaba secuestrada por la dueña de aquella casucha vieja. Por ella

y por el supuesto marido de esta. David alertó a la policía local del hallazgo para que estos, a su vez, llamasen a protección infantil.

El perímetro estaba limpio y la mujer fue dispuesta a las autoridades competentes para abrir una carpeta de investigación. Los militares, luego de otra revisión en compañía de los oficiales de policía, abandonaron la zona hasta las tres de la tarde.

—Esa hija de la chingada —masculló Francisco cuando se halló en el convoy, a un lado de Duarte—. La muy maldita tenía a la niña amarrada a la cama.

David se le quedó viendo a Francisco mientras esta le contaba a Karla lo ocurrido.

Era una mujer atractiva. Y no tenía dudas de que ella se sentía atraída por él. Siempre estaba mirándolo, sonriéndole. Pobre.

Algunos de sus hombres no se podían creer que no le hiciese caso. David siempre se los quitaba de encima diciéndoles que era antiprofesional *meterse* con alguien de su propia compañía. Además, les decía que tenía una *novia* que lo esperaba en casa.

—Comemos y volvemos.

—¿Volvemos? —preguntó Soto con el ceño fruncido y David asintió—. Pero nos va a caer la noche, señor. ¿Dónde vamos a dormir?

—No vamos a dormir. Por eso les dije que se callaran el hocico anoche. Que los quería descansados porque serían días duros.

En la ciudad, llegaron a un mercado que se encontraba en una zona bastante transitada. Había puestos ambulantes de comida y un par de tiendas de conveniencia. David ordenó que comprasen con prudencia y que se fijasen bien en lo que se iban a comer. No quería enfermos del estómago.

Se sentó en la parte trasera del convoy y aguardó por el refresco y las papitas que le pidió a Emanuel. Observó a las personas ir y venir, mirándolo como si fuese un extraterrestre. Otros, indiferentes, pasaban de largo sin mirarlo.

Francisco apareció con una bolsa de papel repleta de barras de granola y frutos secos. David la vio sentarse a su lado y la miró de soslayo mientras ella rebuscaba dentro de la bolsa.

—Te compré esta de chocolate, David —le dijo y le mostró una barra grande.

—No me gusta el chocolate y no me llames por mi nombre. Soy el capitán Duarte, aunque te cueste más trabajo —respondió áspero—. No me rompí el lomo todos estos años para que una cadete venga a tutearme como si nada.

—Lo lamento, señor —murmuró avergonzada volviendo a guardar la barra dentro de la bolsa.

—¡Eh, David! —Emanuel se acercó con una sonrisa amplia y Francisco lo miró con desdén; quizás porque a él sí le permitía las informalidades—. Ya no venden picachitos, hermano.

—¿Cómo no?!

Le negó con la cabeza y le lanzó un par de bolsas de frituras antes de treparse al convoy para sentarse a su izquierda.

—Nadie los conoce. Pregunté y nada. Te traje lo más parecido que encontré.

David chasqueó la lengua y procedió a comer sin mucho afán. Francisco y Emanuel comenzaron a charlar de esto y aquello, pero pronto tuvieron que volver a la Sierra porque tenían una serie de cateos programados para ese día.

Fue en la quinta propiedad, a eso de las dos de la madrugada, donde David encontró la *minita de oro*: un extenso sembradío de cocaína que se hallaba oculto entre un campo de maíz que lo circundaba en su totalidad.

Los propietarios, padre e hijo, no pudieron negar los evidentes hechos una vez que David les cuestionó acerca del hallazgo. El más viejo le dijo que unos hombres se habían adueñado de sus tierras, pero cuando se le preguntó por nombres y apellidos, el tipo se encogió de hombros y manifestó no tener una idea concisa de quiénes eran.

Mentiras y más mentiras.

¿Cómo esperaban que el gobierno limpiase al país si los propios habitantes protegían al narco? Era una situación frustrante. Quizás callaban por miedo a ser asesinados o porque de *ahí* cogían su tajada; o tal vez esos hombres no existían y en realidad eran padre e hijo los delincuentes principales.

¿Cómo iba a saberlo?

Una vez que los hombres, sumisos y dispuestos a entregarse, se hallaron en un convoy, resguardados por ocho militares, David se acercó al sembradío con un bidón de gasolina y bautizó la madrugada con una enorme fogata que duró hasta el amanecer.

Para entonces, los dueños de la propiedad ya se habían marchado con los oficiales de policía. Y, aunque era bien sabido que no durarían más de cuarenta y ocho horas en la prisión preventiva, tampoco había mucho que ellos pudiesen hacer para evitarlo.

«*Marcos los habría asesinado*», pensó mientras observaba las llamas que ya se apagaban solas.

Marcos de Iturbide no habría sido tan compasivo con esos tipejos. David lo sabía; el hombre usaba métodos poco ortodoxos para sacarles las verdades a las ratas que sus hombres atrapaban. Pero Marcos ya no estaba. Su suicidio seguía causando conmoción entre los jefes que, al recordarlo, lo hacían con perplejidad e incredulidad.

El hombre había dejado una nota antes de volarse los sesos. Media cuartilla de una hoja en la que se disculpaba con su familia y con la patria. «*Traicionar a la nación es algo que jamás voy a perdonarme. No merezco una muerte digna. No merezco vivir*», había escrito con una caligrafía terrible, quizás por los nervios y por el Parkinson; luego se había despojado de la vida para sucumbir ante el sueño eterno de la muerte.

David no supo qué hizo con la nota que él le mandó junto al sobretodo y la Glock. Nunca fue encontrada, pero la necropsia de ley reveló que había restos de papel en su estómago; quizás se la había tragado. Jamás lo sabría.

El alba los sorprendió cansados, pero sin ganas de rendirse ni de bajar las manos. Duarte ordenó un cateo más antes de descansar durante un par de horas. Por fortuna la casa estaba limpia y los terrenos solo revelaban tierras aradas y sembradíos de tomate, zanahoria y coles.

No obstante, la mujer que respondía al nombre de Martina le dijo a David que esas tierras le pertenecían a un narcotraficante muy poderoso, un mentado *Ávila* que radicaba en España. Le dijo que corrían peligro porque el hombre era muy influyente y sanguinario; le recomendó que lo mejor que podían hacer era marcharse, pero David no se amilanó ante la advertencia porque no tenía miedo.

Habló con sus hombres un momento. Ya era tardísimo y pensó que todos estarían deseando un descanso. Y, como ya estaban bastante lejos de la ciudad, creyó conveniente improvisar un campamento a solo cien metros de la última casa registrada.

El ambiente, aunque algo apagado, era de júbilo; de satisfacción. Había sido un día provechoso; habían rescatado a una niña y acabado con un plantío de cocaína. No podía quejarse. Estaba orgulloso de sus hombres, sus *muchachos*.

Cuando se halló recostado al filo del convoy, como un perro guardián frente a la puerta de la casa, se cubrió el rostro con su gorro y cerró los ojos para intentar descansar.

Lo primero que llegó a su memoria fue la cara triste de Neza cuando le dijo que no llegaría para Navidad; luego el rostro molesto de Mirna; los reclamos con justa razón. Los mensajes de Eric pidiéndole una llamada, algún contacto.

«David, ¿qué está pasando entre nosotros? Somos hermanos. ¿Por qué jamás me respondes? Si te hice algo que te haya molestado, te lo juro que te pido perdón, enano», le había escrito Eric en uno de los últimos mensajes que tenía de él.

No obstante, no lo había respondido porque entonces se sentía ridículo por haberse enfadado con él. Siempre supo que Eric era inocente de todo lo que él le acusaba. Eric quizás solo tenía mucha suerte. Había nacido con estrella. Era como el Midas del carisma y de la fortuna.

Y él solo un envidioso podrido.

Darse cuenta, o mejor dicho, aceptarlo, había sido un gran choque contra la realidad. No había sido grato decirse a sí mismo que, quien estaba equivocado, quien había sido un egoísta, era él.

—*Shht*, cállense a la chingada, cabrones. Luego se andan durmiendo en horas de trabajo —reprendió a un par de soldados que cuchicheaban y reían por lo bajo.

Aguardó unos minutos y respiró hondo antes de descubrir su rostro. El aire puro le pegó en la cara una vez que se quedó contemplando el cielo despejado, bellissimo.

Pensó en la competencia de junio, esa que le había hecho merecedor de una medalla más. Otro trofeo para el ejército. Congratulaciones por parte de todos.

A su memoria llegó Ezequiel y Mercedes, sentados en las gradas. Lo habían ido a ver y lo habían apoyado como verdaderos fanáticos. Y eso lo motivó a llevarse el primer lugar en los doscientos metros, estilo mariposa.

Habían festejado en un restaurante y después habían comido un pastel de manzana que la vieja cocinó en compañía de su novio.

Y por la noche hicieron el amor. Porque Eze lo reprendía cuando se le salía decir *coger*. Que no era eso, que era diferente porque había amor, aunque David nunca había pronunciado la palabra *amor* para expresar lo que el mesero le hacía sentir.

Lo recordó lavando los trastes sucios de la casa de atrás. Lo había estado mirando durante minutos sintiéndose extrañamente satisfecho, contento. Luego, en un impulso, se acercó y lo abrazó por la espalda acomodando su mentón en el hombro del otro, escuchándole reír.

—*Quiero darte algo* —le dijo después de casi cinco minutos de abrazo, pero tampoco lo soltó.

—¿Qué quieres darme?

Ezequiel rompió el abrazo y se viró para verlo. Y, de su chaqueta, Duarte extrajo un sobre de papel en color mostaza.

—*Toma*. —El muchacho no aceptó enseguida. Se le quedó mirando como si estuviese cometiendo una locura. David se desesperó porque no aceptaba su sueldo completo. Había retirado la cantidad de treinta y cinco mil pesos de su cuenta bancaria. Quería que Eze tuviera ese dinero y no sabía por qué—. *Es para ti, para que empieces a comprar cosas... Una TV, algo de lo que perdiste en el embargo. Tómalo. No me hagas enojar.*

—*Es tu dinero, Gonzalo. Por tu trabajo. Yo no puedo aceptarlo.*

—*No podemos estar en este cuartucho toda la vida. Quiero que vivamos en casa de Imelda...*

Estaba inmerso en los recuerdos que no escuchó el sonido de la camioneta blanca que, sigilosa, se detuvo unos segundos junto a su convoy.

Descuidado, como el novato que era, apenas y reaccionó al ver las armas que se asomaban por entre las ventanas de cristales polarizados y blindados.

—¡Arriba! ¡Alerta, carajo! —gritó casi al mismo tiempo en que los delincuentes comenzaron con las ráfagas de metralla—. ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Disparen!

Fue un intercambio que duró apenas un minuto. Sesenta segundos en el infierno. La camioneta avanzó lento con un neumático pinchado. David se sintió aturdido y más despierto que nunca.

Quiso ir tras ellos, pero antes tuvo que asegurarse de que sus hombres estuviesen a salvo. Había tres heridos, pero no eran heridas graves, él también había alcanzado las esquirlas de las balas en el brazo derecho, y cerca del cuello, a la altura de su hombro izquierdo.

—¿Están todos bien?!

—Capi... —Abrazando su arma, sentado en una esquina del convoy, vio la imagen que jamás olvidaría en toda su vida—. Me dieron, capitán...

Emanuel se balanceaba un poco, con la cabeza gacha y el uniforme bañado en sangre.

Rápido se acercó pidiéndoles a los otros que mantuviesen la distancia. Le levantó el rostro desde el mentón y le vio la herida en el cuello; tenía un boquete hondo por el cual un chorro de sangre escurría sin cesar.

David intentó hacer un torniquete con sus manos mientras Emanuel le sonreía con tristeza, con los ojos vidriosos y los labios trémulos.

—Vas a estar bien —titubeó.

—David...

—*Shht, shht*, no te esfuerces. Ya vienen a ayudarte.

En eso se acercó el sargento que conocía de primeros auxilios, el que más experiencia tenía entre todos.

—Dile a Cris que..., dile que me perdone y dile que la amo. Mi amigo... Mi amigo... —repitió en un estado de semi inconsciencia antes de perder la vida.

—¡Emanuel! ¡Abre los putos ojos! —gritó al borde de la histeria tomándole el pulso solo para corroborar que había muerto sentado en un charco de sangre.

Las lágrimas recorrieron su rostro. Entonces cogió su arma y saltó del convoy para vislumbrar la camioneta a escasos doscientos metros.

Ojalá no se hubiese distraído. Ojalá no hubiesen acampado. Ojalá hubiese escuchado a Emanuel cuando le dijo cuánto terror le ocasionaba ser un militar. Le debió haber ayudado como lo hizo con Yosef...

Corrió como nunca antes había corrido. Y, cuando estuvo cerca, extrajo una granada y oyó los gritos de sus muchachos que corrían tras él para detenerlo:

—¡Capitán, ya están rendidos, capitán, somos honor, somos compasivos! —chilló uno.

Otro le secundó:

—¡Mire, capitán! ¡Ya están saliendo de la camioneta! ¡Vamos a arrestarlos!

David activó la granada y la contuvo en su mano durante unos segundos. Ya había visto a los seis hombres que se hallaban hincados fuera del vehículo, con las armas en el suelo y los brazos tras las nuca. Casi todos estaban heridos; el conductor muerto.

—¡Por el honor a mi patria! —gritó al tiempo en que lanzó la granada como si otra vez tuviese trece años y buscase romper los cristales de la ventana de algún lugar.

Después se viró, corrió y se lanzó al piso mirando a sus hombres correr a gran velocidad antes de que se produjese el estallido.

20.

Los días posteriores a la baja de Emanuel fueron aterradores para David.

Había estado en el hospital durante dos noches y el tiempo había transcurrido sin que apenas lo notase, recordando las últimas palabras de su hombre más fiel, de su confidente, de su amigo.

Luego, luego tuvo que volver a la realidad cuando se halló recuperado de las heridas por las esquirlas de bala que, al final, no habían puesto en peligro su vida.

Supo que el cuerpo de Emanuel fue trasladado a Pueblo Nuevo, su ciudad natal, allá en Guanajuato. No pudo asistir al ceremonial luctuoso ni tampoco al sepelio que le dio la familia, ya no como el militar que era, sino como el hijo y el prometido de alguien. El ser humano.

Sus hombres no dijeron nada. Fieles y leales, los ochenta y nueve militares que le quedaron no reportaron que David había asesinado a los sicarios cuando estos se hallaban rendidos.

—Todos estamos tristes por la pérdida de Emanuel, pero la batalla continúa. Esta guerra no está perdida y la lucha tiene que reforzarse porque ahora somos menos. Esto tiene que servirnos de lección: no podemos descuidarnos ni quedarnos de brazos cruzados. Y, si vuelve a presentarse otra emboscada, quiero que disparen a matar; nuestro objetivo serán las cabezas de esas pinches ratas. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —gritaron al unísono una vez que David les dio luz verde para acabar con la escoria del país.

Durante las siguientes semanas hubo una calma que, en lugar de generarles tranquilidad, los tuvo más alertas y agresivos que antes. La Sierra Madre estaba callada; podía respirarse el miedo en la pureza de su oxígeno; en el manso tumbo del Río Balsas; incluso en la lluvia que cayó durante cada una de las tardes en que estuvieron patrullando y cateando propiedades a diestra y siniestra.

Las personas cooperaron sin rechistar. La amabilidad de antes se había esfumado; se la llevó Emanuel entre su sangre derramada, cuando dio el último hálito de vida y murió preocupado por abandonar a su prometida.

Ya no tuvieron contemplaciones con nadie. O cooperaban, o se irían arrestados directamente. Y parecía que cada habitante lo sospechaba porque ninguno se opuso a que revisaran sus propiedades y sus objetos personales. Quizás se dieron cuenta de que la granada no era de juguete; tal vez se percataron de que, con las nuevas leyes, el ejército podía usar la fuerza a la resistencia. Ya no era como antes.

El mes sucedió rápido; las noches se hicieron días; amaneceres llenos de charlas profundas; de anécdotas familiares; de nimiedades que David escuchó sin participar. Apenas y reía cuando algo le resultaba gracioso o estúpido; apenas y respondía con monosílabos cada vez que alguien intentaba integrarlo a la conversación.

Y, cuando cerraba los ojos para procurarse el descanso, recordaba a Emanuel sonriendo como el niño asustadizo que nunca dejó de ser. Lo tenía presente a cada paso que daba; le estaba resultando difícil no quebrarse y echarse a llorar, pero no deseaba que sus muchachos lo viesen roto y destruido por la tristeza que, entonces, lo tenía embargado en una profunda depresión que le asfixiaba.

El último día les permitió pasear por el centro de la ciudad; comprar souvenirs para los

suyos; comer lo que quisiesen y hasta quitarse la chaqueta del uniforme por ratos, para que se refrescasen un poco de la humedad y el calor que hacía en esa época del año. Después los reunió y les entregó sus teléfonos móviles para que se pusieran en contacto con sus familias, para que avisasen que la misión había finalizado y que estaban a salvo.

Y se suponía que era un momento de júbilo y de suma alegría, pero él no tenía nada que festejar porque se sentía responsable por la muerte de Emanuel.

El cuartel los recibió entre trompetazos, tamboreos y un jolgorio lleno de flores, familias y reencuentros emotivos. Y David sintió el corazón chiquito cuando no vio a Neza en medio de todos aquellos niños que festejaban por el regreso de sus padres o sus madres; o sus hermanos. Ya ni sabía nada.

Quiso parar los festejos, pero no pudo hacerlo al ver la dicha que invadía los rostros de las familias de sus muchachos; ellos también merecían festejar porque habían sido muy valientes y no se habían rendido en ningún momento. Los que habían llorado, pronto se recuperaron y se reforzaron con orgullo y bravura; y los que llevaban la pena hondo, aquellos que no habían manifestado su dolor, esos ya tendrían tiempo cuando estuviesen a solas.

—Bien hecho, capitán Duarte —le felicitó el general Zúñiga con una suave palmada en la espalda y una sonrisa sobria—. Hay un muchacho que lo espera —le dijo con un deje de curiosidad—. No pudo comprobar que es familiar suyo, pero parecía muy preocupado y lo tengo en mi oficina. Acompáñame, ahora lo llevo con él.

—Gracias, señor.

—Me dijo que su nombre es Ezequiel Mijares... —escarbó, como si quisiese que le dijera quién demonios era ese joven desesperado por verlo.

—Sí, señor. Es mi pareja sentimental —confesó—. Espero que sea discreto.

El hombre, sin detener el paso, lo miró unos segundos que a David se le antojaron eternos. Luego le asintió sin acotar nada y le dio otra palmadita en la espalda cuando se hallaron a escasos dos metros de la famosa oficina.

—Los dejo solos.

—Gracias, general.

Allí dentro, Ezequiel se encontraba sentado, pero cuando vio que la puerta se abrió y David entró con su mochila al hombro, pronto se puso de pie y lo abrazó con ganas, apretándolo con fuerzas y murmurando un '*gracias, Dios*' una y otra vez.

—Llévame a casa —le dijo David y lo vio asentir enérgicamente con la cabeza.

El camino fue silencioso, y aunque se extrañó de ver que conducía a casa de Imelda y no a la de Meche, no fue capaz de decir nada porque estaba agotado en todos los sentidos.

Al bajar del auto, lo primero que vio fue que el árbol tenía algunos listones amarillos que colgaban de sus ramas y que danzaban con el viento; estos representaban la espera y la esperanza. David se sintió agradecido y le sonrió con debilidad.

—Compré unos sillones en Tepito. También me traje el tuyo de la casita de Mercedes, el que tanto te gusta. —Le asintió mientras lo veía abrir la puerta con cierto apuro—. Y compré una nevera y una recámara nueva; allí se me fue todo el dinero. No tendremos TV durante unas semanas, pero...

—Está bien —lo cortó.

Ezequiel empujó la puerta y David echó un vistazo a los alrededores. No se fijó demasiado en los detalles, solo caminó hacia la habitación de Eze, apagó la luz, encendió la enredadera de luces de colores, y se tumbó boca abajo sobre el enorme colchón que seguro fue comprado pensando en su estatura.

Allí se hizo un ovillo y lloró su pérdida en la soledad que tanta falta le hacía. Lloró sin contenerse porque lo necesitaba; requería de drenarse para poder continuar con las mismas fuerzas de siempre. Luego se quedó dormido, abrazado de una almohada y con las botas puestas.

—Gonzalo, ya está lista la cena...

Lo escuchó, pero estaba débil y cansado. Había perdido la noción del tiempo y afuera ya estaba oscuro.

—No tengo hambre.

—Pero debes comer algo; no quiero que vayas a enfermarte. ¿Quieres cenar aquí?

No le respondió, solo se acurrucó contra la almohada y volvió a cerrar los ojos un momento, escuchando la puerta cerrarse y los pasos del otro acercándose hacia la cama. Después sintió sus manos abrazándolo con cariño; su aliento en el cuello y las suaves caricias desperdigadas en su abdomen tibio.

—Tengo que ir a Guanajuato —murmuró con la imagen de Emanuel en su cabeza—. Tengo otra misión, pero esta es personal.

—¿Qué tienes que hacer?

—Decirle a Cris que Emanuel la amaba y que le pidió perdón por dejarla sola...

Ezequiel suspiró profundo y le dejó un beso en la barbilla sin afeitarse.

—Lamento mucho lo de tu amigo, Gonzalo. Vi el ceremonial en la TV; televisaron unos minutos y fue muy triste...

—Sí...

—No fue tu culpa, amor.

—¿Cómo lo sabes? Tú no estabas ahí cuando sucedió.

—Eran noventa hombres, ¿cómo ibas a protegerlos a todos tú solito?

—Batman puede con toda ciudad Gótica... —murmuró al recordar que Neza lo había comparado con dicho superhéroe—. Pero yo soy un fiasco; un bueno para nada...

—¡No! —exclamó el moreno abrazándolo con mayor fuerza—. No digas eso de ti nunca, Gonzalo. Estoy seguro, conociéndote, de que algo hiciste para ayudar a Emanuel.

—Ya se estaba muriendo. Solo pude encargarme de las malditas ratas que lo mataron. Los hice pedazos... Sus familias no tuvieron un cuerpo para enterrar. Y me alegro tanto por ello... me alegro tanto, Ezequiel.

—No hables así, por favor —respondió luego de unos minutos en silencio—. A mí me entristece que se derrame sangre entre mexicanos.

—Esos ni siquiera son seres humanos. Ya no son nada. No te entristezcas por esa plaga. Ojalá existiera un infierno para que ardan allí. Ojalá existiera un Dios para que viese esto y nos ayudara...

—No hablemos de Dios ahora que estás enojado —lo reprendió sin ocultar su disgusto—. Ese es otro tema.

¿Qué esperaba? ¿Dónde había estado su Dios cuando los hombres los atacaron? ¿Dónde había estado cuando Emanuel perecía? ¿Por qué permitía tantas injusticias? ¿Por qué era tan indiferente? ¿Qué esperaba que sintiese o pensase? Él no podía adorar a una deidad tan malvada y cruel. Mucho menos ofrendarle flores a la imagen de una mujer a la cual se le adjudicaba piedad y misericordia, pero que al final, justo como su Dios, tampoco hacía nada por sus *hijos*. Los dejaba morir desangrados y tristes; aterrados y solos. No había piedad. No había nada.

No dijo más porque lo último que deseaba era discutir con él. No podía desquitarse con Ezequiel porque era consciente de que el muchacho no tenía la culpa de sus frustraciones.

—Perdona —musitó y sintió que el aludido lo volvió a apretar en un abrazo que ya se

había aflojado—. Estoy muy cansado y no quiero pelear contigo.

—Yo solo quiero que comas algo. Luego vuelves a dormirte, ¿de acuerdo?

—Vale.

Y mientras Eze se fue a traerle la comida a la cama, David aprovechó para sacarse las botas y la chaqueta. Al final terminó solo con su bóxer y una camiseta de mangas cortas en color blanco. Sentado, haciendo un esfuerzo por sonreír y recuperar la cordura.

Comió muy poco de aquel caldo de res y verduras que Eze preparó desde su llegada. No tenía apetito; seguía con ganas de llorar ante los recuerdos que no lo dejaban tranquilo; incluso, llegó a pensar en que aquellas balas, las que recibió Emanuel, debieron haber tenido otro destino.

Él las habría recibido con gusto. Él daría la vida por cualquier miembro de su compañía.

—Esto no me volverá a pasar —aseguró dejando el plato sobre la mesilla de cama—. Si vuelve a suceder algo como esto, como una emboscada, yo voy a dar mi vida por cualquiera de mis muchachos.

—Gonzalo —musitó con tristeza—, no puedes decir eso. ¿Qué hay de tu familia? ¿De mí? Tú debes salvarte porque todos esos soldados dependen de tus decisiones. Un capitán no deja sola a la tripulación; perdiste a un miembro, pero no a todo el batallón. Tu misión es guiarlos; y luego volver conmigo, aquí a nuestra casa...

En ese instante recordó el momento en que levantaron el cuerpo sin vida de Emanuel. La sangre seguía escurriendo a borbotones por el boquete del cuello, y otro impacto en la espalda baja apareció ante sus ojos.

—Ni siquiera nos dieron tiempo de bajar del convoy cuando empezaron a atacarnos —murmuró mirando una zanahoria sin ánimos de comerla—. De haber ido en las trocas... —Negó con la cabeza—. No quiero ni pensarlo.

—Ya no te martirices, amor. Las cosas pasan por algo.

Le dedicó una mirada de hastío. "*Dios esto*", "*la virgencita aquello*", "*el destino*", "*las cosas pasan por algo*", "*no hay mal que por bien no venga*". ¿Por qué mierdas tenía una puñetera frase de optimismo para todo acontecimiento?

Para él, todo era una mierda. Así sin más. ¿Qué había de beneficioso en la muerte de un gran amigo? ¿Qué provecho podría sacar de ahí? Solo había servido para darse cuenta de lo frágil que es la vida y de lo duro que le estaba resultando afrontar la culpabilidad y la derrota.

Lleno de rabia, arrojó la mesita al suelo provocando que el plato se partiera en dos y que el resto del caldo quedara derramado en el piso. Ezequiel soltó una larga exhalación antes de salir de la alcoba, donde David, sintiéndose un poco mejor, volvió a acurrucarse con la almohada para seguir durmiendo.

A la mañana siguiente, lo primero que hizo fue buscar a Ezequiel, pero se dio cuenta de que no había dormido con él. Su lado de la cama estaba ordenado. También notó que el piso estaba limpio; el muchacho había recogido su rabieta sin hacer ruido para no despertarlo. Y él tuvo la necesidad de disculparse porque se sintió un mal novio.

Había olvidado su cumpleaños número veintidós; no coincidía con él en todo lo referente al optimismo; no sabía cómo expresarle lo que sentía por él; lo abandonaba siempre y, cuando volvía, arrojaba su comida al piso.

—¡Ezequiel! —lo llamó desde la cama, pero no obtuvo respuesta. Probablemente ya se hallaba trabajando en la cafetería.

Estresado, tomó una ducha y, aprovechando que el otro no estaba, hurgó entre su ropa y se puso un vaquero y una camiseta gris que le quedaba algo ajustada de la espalda y los brazos. Luego, una vez que se calzó sus botas, salió a buscarlo y decidió ir a la cafetería para

encontrárselo.

Cuando entró lo vio charlando con una clienta. Lo vio sonreírle y sintió que estaba coqueteando con ella. Quizás solo estaba siendo amable, pero su primera impresión fue la de pensar mal.

Buscó con la mirada una mesa disponible y por fortuna se halló con la de siempre. Ahí fue a sentarse en espera del mesero. Mientras, el otro, siguió charlando con la muchacha de algo que no alcanzaba a escuchar desde su sitio.

Luego de cinco largos minutos, el moreno volteó a verlo y se acercó serio; no estaban sus hoyuelos ni tampoco parecía de buen humor.

—¿Qué sucede? —le preguntó en tono áspero.

—Perdóname por lo de anoche. Estaba muy alterado.

—Rompiste un plato de la vajilla de mi tía. No voy a perdonártelo tan fácil —espetó—. ¿Vas a pedir algo?

—Solo fue un estúpido plato, Ezequiel —farfulló—. Estaba algo molesto con todo esto que me pasó y...

—No lo entiendes —interrumpió.

—No, tú eres el que no entiende nada —contraatacó—. No sabes por lo que estoy pasando y me reclamas por un puto plato. ¡¿Qué te sucede?! —Alzó la voz cuando sintió el ritmo cardíaco acelerado—. ¡Perdí a un hombre y tú chillas por un jodido plato!

—Baja la voz, me van a correr si sigues gritando —masculló sujetándolo por el hombro derecho—. Ve a casa y cuando llegue hablamos de esto. Necesitas calmarte, Gonzalo.

«¿Necesitas ayuda, Ezequiel?». Preguntó la chica de aquella mesa, la misma que hablaba con Eze minutos atrás.

—¿Quién es esa? —preguntó modulando el volumen de su voz. No quería hacer más escenas, pero ya se sentía mareado. De pronto le pareció ver una sonrisa burlona en el rostro de la joven que los veía desde su sitio—. ¿Por qué te conoce? ¿Quién es?

—Una clienta habitual, *shht*, ándate a casa, Gonzalo... —le pidió con cierto desespero en la voz luego de notar que, los pocos clientes que se hallaban en el café, los observaban sin disimulo—. Me van a correr y...

—Sal conmigo o no me iré.

Ezequiel entreabrió los labios, sorprendido. Lo veía como si en verdad no creyese lo que estaba ocurriendo. Como si no lo conociera. Como si no le importara.

—Gonzalo...

David tensó la mandíbula y lo cogió por el brazo para llevárselo consigo; solo quería acapararlo y disculparse; que lo hiciese sentir que todo iba a estar bien en su vida.

—Vámonos...

Y entonces haló con fuerza, pero recibió un manotazo en la cara que lo hizo retroceder, no por la fuerza, sino por el acto.

—Vale.

—Gonzalo, espera... —Alcanzó a escuchar el grito desesperado de Ezequiel, pero igual optó por marcharse.

Al salir, vio en el estacionamiento el auto de Ezequiel y tuvo ganas de romperle todos los cristales de las ventanas, pero se contuvo.

Antes de hacer una estupidez, subió a un carro sitio y pidió que lo llevaran a casa de Imelda. Todo el camino se fue mirando el teléfono y haciéndose ideas raras en la cabeza: imaginaba a Ezequiel con esa chica, ambos burlándose de él por el show que había dado.

—¿Se siente bien, joven? —le preguntó el chofer cuando lo vio sorber por la nariz y enjugarse una lágrima a las carreras.

Intentó calmarse. Debía verse ridículo llorando en el auto de un desconocido; seguro se veía como una novia recién plantada en el altar.

Cuando llegó a casa se despojó de las prendas de Eze y buscó su uniforme. Y, aunque no estaba precisamente limpio, se lo puso. Se abofeteó con fuerza frente al espejo y así se mordió la ansiedad antes de disponerse a comprar un boleto de ida a Guanajuato.

Por desgracia no había vuelos disponibles hasta el día siguiente, así que se vio obligado a calmarse y volvió a quitarse el uniforme para lavarlo a mano como hacía en el cuartel cada domingo. Lo puso a secar al sol y entró en la casa, todavía en bóxer.

Se dirigió a la cocina cuando las tripas le reclamaron por algo de comida y fue ahí donde vio el plato que había roto.

Estaba sobre la mesa, limpio.

Había un pequeño tubo de pegamento industrial a un lado de este. Lo pegó con cuidado y se quedó mirándolo por largo rato. Luego extrajo el galón de leche de la nevera y le pegó un par de tragos antes de volver a guardarlo.

Entonces, escuchó unos pasos y se viró para encontrarse con Eze en el umbral de la puerta de la cocina.

—Amor, perdóname por pegarte —se disculpó con voz titubeante, pálido como el demonio.

—Me lo merecía.

—No... —Ezequiel apretó entre sus manos el mandil y negó con la cabeza sin moverse un solo centímetro de su sitio. Lo veía de una manera extraña; David no podía descifrarlo—. Me porté como un idiota cuando está claro que, tienes razón, estás pasando por un mal momento y yo te reclamaba por un plato...

David le señaló la *manzana de la discordia* con un movimiento de su cabeza. Acto seguido, le avisó:

—Lo pegué.

—No tenías que hacerlo.

—¿Qué haces aquí?

—Pedí permiso para salir temprano. —Dio unos pasos hasta acercarse lo suficiente a él—. Gonzalo, de verdad perdóname. Estabas muy alterado y yo estuve muy preocupado por ti todo el mes que no nos vimos. Esto está resultando muy difícil para mí, ¿sabes?

El tono en el que hablaba no le gustó. Parecía como disculpándose por algo; como si estuviese suavizando una despedida. Quizás iba a dejarlo.

—Sé claro conmigo —respondió.

—¿Nos sentamos un momento para hablar?

Miró la mesa redonda y desvencijada. Las tres sillas distribuidas y ordenadas a modo de que cualquier comensal tuviese espacio suficiente sin sentirse invadido. Luego recordó una escena viejísima: él declarándole su amor a Alan y, este último, bateándolo y llamando a Eric para que fuese a recogerlo de su casa.

—Está bien —aceptó.

Ya conocía el protocolo. Escucharía todas las excusas y motivos, le diría que lo amaba y después se marcharía porque entonces no había nadie que pudiese ir a buscarlo.

—¿Te he dicho lo mucho que amo tus ojos? —le preguntó el mesero cuando se hallaron sentados.

David desvió la vista.

—¿De qué quieres hablarme?

—De que anoche me asusté cuando dijiste eso de dar la vida por cualquiera de tus hombres. ¿Yo qué soy para ti, Gonzalo? —Volvió a mirarlo cuando advirtió cierto resentimiento en la pregunta. Eze lo veía con un gesto triste—. Pensé que yo era tu hombre y tú el mío. A mí me da la impresión de que no te importa tu propia vida, y eso me duele mucho.

Se quedó en silencio viéndolo enjugarse una lágrima, acodado en la mesa, con la mirada perdida en el plato. Sintió un escozor en la garganta y se quiso hincar como lo hizo con Alan alguna vez, pero cuando hizo amago de hacerlo, Ezequiel cogió el plato entre sus manos, se puso de pie para enseguida hincarse entre sus piernas y, con el rostro lloroso, le mostró el plato.

—No llores... —Una lágrima se le escapó al verlo sufrir.

—¿Ves qué fácil se arreglan los objetos cuando se rompen? —le preguntó y David se relamió los labios, paseando su mirada del plato a sus ojos marrones, acuosos—. En cambio, si tú mueres... ¿Cómo te *pego* para volverte a la vida? Ya no voy a verte y no puedo resistir la idea de perderte, Gonzalo. Ya he perdido todo... Solo me quedas tú y la vajilla de mi tía. Me queda el roble con los listones que colgué cada noche en tu espera. Y me quedan mis recuerdos tristes...

David apartó el plato y lo dejó sobre la mesa cuando el otro se echó a llorar como un niño regañado por sus padres. Rápido lo levantó por entre las axilas y, cuando Eze puso resistencia, entonces se sentó en el suelo y lo abrazó contra su cuerpo para que llorase sobre su hombro.

—Perdóname por hacerte sufrir —le dijo con sinceridad—. Ya no llores... Te prometo que no me va a pasar nada malo. Que voy a cuidarme y que iremos juntos al norte a que conozcas a mi hijo y a mis padres. ¿Quieres eso, *Negro*? —Lo escuchó soltar una risa nasal ante el mote de doña Meche; luego le asintió sin dejar de abrazarlo—. Quiero estar contigo, Ezequiel. Quiero que quieras estar conmigo. Que me esperes cuando me vaya a trabajar. Que seas fuerte. Quiero que me enseñes a ser normal...

El muchacho se apartó un momento. Se restregó los ojos con ambas manos y negó con la cabeza esbozando un gesto que aparentaba ser divertido.

—Normal no, eso nunca. Así no me gusta. Yo te amo así como eres. Los normales somos aburridos.

—¿Aburrido tú? —le siguió el juego—. Tú eres Fireboy. Tú no eres aburrido. Además —titubeó cuando sintió el traqueteo de su corazón—, eres el hombre al cual amo. Eres mi mejor amigo.

21.

Se juró que aquella ocasión sería la última vez que bebería. Quería un mezcal porque era el favorito de su difunto amigo Emanuel.

Bebería por él. En su honor. Perdería la cabeza porque no quería recordar sus últimos instantes con vida.

No quería pensar en la boda ni en las lágrimas de Cris cuando le hizo entrega del mensaje. Le rompía el corazón y se sentía culpable hasta con ella.

¿Por qué no había disparado?

«*Soy incapaz de matar a una mosca*», le había dicho meses atrás. Y lo había confirmado al quedarse congelado cuando las balas pasaban a gran velocidad, y él, abrazado de su arma como un niño temeroso de la guerra que se vuelve realidad entre juegos, no había movido ni un solo dedo.

Entró a un bar de ambiente en una de aquellas zonas concurridas de la ciudad de Pueblo Nuevo, apenas y miró el sitio porque rápido divisó la barra, ignorando las luces y la música romántica de principios de los 00.

Solo quería embriagarse.

—Una botella de mezcal y una cajetilla de cigarros. De los que sean —pidió sin mucho afán y, en lo que el barman lo atendía, echó una rápida mirada a la pista.

Había algunas parejas bailando, aunque el lugar no parecía estar teniendo su mejor noche, puesto que no estaba tan concurrido.

—Son trescientos cincuenta y cinco pesos, señor —le dijo el hombre en tono amable.

David se quitó el gorro y lo puso sobre la barra con gesto melancólico. Luego lo miró con una sonrisa forzada, y le dijo:

—Llámame David. Hoy no soy militar, ¿vale?

—Bien, David. —Le devolvió la sonrisa y este procedió a destapar la botella y beber directamente desde la boca, aun y cuando el hombre le había acercado un vaso y un bol con limones—. Parece que te quieres morir, David.

El otro suspiró hondo y asintió con la cabeza sin acotar nada. Porque así se sentía, con ganas de morir.

Con torpeza, encendió un cigarrillo y tosió a la primera calada. Intentó una vez más, pero la tos se hizo peor y tuvo que apagarlo enseguida dentro del cenicero de plástico que el hombre le había proporcionado.

No sabía fumar.

—El cigarro es muy malo para la salud, David —comentó el barman con una sonrisa divertida al haber sido testigo de sus vanos intentos por fumar—. Mejor dejarlo antes de agarrar el vicio.

No le respondió. No tenía ganas de hablar con nadie. Solo quería perder los sentidos allí mismo; caer en un coma etílico profundo y olvidarse de la mirada de terror de Emanuel.

Qué pena haber conocido a su prometida y a sus padres bajo esas funestas circunstancias. Le habría encantado que Emanuel lo acompañase y que lo presentase como es debido; no como en realidad sucedió.

Cris le había abierto la puerta, y al ver su uniforme, sus ojos ya de por sí hinchados, volvieron a encharcarse de llanto. David la había abrazado porque quería transmitirle todo el

amor de Emanuel en un abrazo. Y la muchacha lloró sobre su pecho. Era tan pequeña y delgada que David creyó que se iba a romper entre convulsiones y lágrimas.

—*Me hablaba mucho de ti...* —le murmuró con la sonrisa más triste que jamás había visto—. *Ven conmigo a la sala, ahí están sus padres. Te serviré café.*

La madre de Emanuel estaba hecha un ovillo en los brazos de un hombre robusto y bigotón; de pelo entrecano y mirada pacífica. Se parecía mucho a su amigo.

—*Buenos días, soy el capitán primero David Duarte* —se presentó y se sintió terrible al escuchar el sollozo de la mujer—. *Emanuel y yo fuimos grandes amigos. Lamento mucho su pérdida. No pude asistir al funeral porque estuve hospitalizado en esos días.*

—*¿Te hirieron?* —preguntó el señor con un deje de preocupación.

—*Algunas esquivas en el hombro.* —Y se tocó el área para señalarle—. *Nada grave.*

—*Entonces estuviste ahí cuando sucedió...* —dedujo la mujer.

Cristina volvió a aparecer y le pidió que por favor se sentase para que se bebiese un café que acababa de traerle.

—*Sé que saberlo no va a devolverles a Emanuel, pero quiero que sepan que maté a las seis ratas que le quitaron la vida.*

Se abstuvo de contarles los detalles. Le dio un trago a su café y miró el álbum de fotos que yacía sobre la mesa de centro que lo separaba de los padres de Emanuel. El grueso libro estaba abierto por la mitad, pero desde su lugar apenas y podía distinguir que las fotos se trataban de algún cumpleaños infantil.

—*Gracias* —musitó el hombre con el gesto contenido, todavía abrazando a su quebrada mujer—. *Él habría hecho lo mismo por ti.*

«Mentira. Emanuel no era capaz de matar ni a una mosca», pensó en ese momento, pero no lo dijo en voz alta para no llevarle la contra al pobre viejo que parecía una palmera golpeada por un huracán.

Cris se sentó junto a él y, resignada, le brindó una sonrisa cuando sus miradas se hallaron entre tanto silencio.

—*Gracias por haber venido* —le dijo la joven—; *esto significa mucho para nosotros. Sé que Emanuel lo habría apreciado mucho. Decía que ustedes dos eran como hermanos, ¿verdad suegra?* —le inquirió a la mujer con una sonrisa de pura nostalgia.

—*Hablaba tanto de ti* —confirmó ella con la voz rota—. *Desde chiquito siempre quiso tener un hermano, pero no pudimos dárselo. Yo creo que por eso se metió al ejército, para sentir que tenía muchos hermanos. Pero tú eras como su hermano mayor; su héroe.*

David tensó la mandíbula y tragó saliva con suma dificultad. Sus ojos le escocieron al recordar aquellas palabras. El antro se había llenado en cuestión de minutos y él continuaba anclado a los recuerdos. ¿Qué clase de hermano permite que te asesinen? No, 'hermano' era una palabra muy grande que no le quedaba; no la llenaba.

Mareado, se acomodó en el taburete y volteó a ver al Barman que ya lo había traicionado con otro borracho parlanchín. Entonces cogió el vaso con hielos y se sirvió un trago para continuar con la etílica labor de borrarse los recuerdos; por lo menos los de ese día, que eran los más pesados.

—¿David?

Escuchó que lo llamaban y volteó hacia atrás para encontrarse con un rostro familiar. Era un joven de aproximadamente su edad; de tez blanca y cabello negro; ojos oscurísimos y complexión delgada.

—¿Puto Carim? —inquirió con asombro provocando una estruendosa carcajada en el

aludido que ya asentía con la cabeza.

—Amaru suena mejor, ¿no crees? ¿Con quién vienes? —Miró la barra en busca de algún acompañante.

—Solo.

—Ven a sentarte conmigo; hoy es mi noche especial, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Mañana me caso.

—Ah. Pues..., enhorabuena, Amaru.

Incómodo ante la noticia, de igual forma, aceptó la invitación a la mesa del *vampiro*. Quien, por cierto, no había crecido mucho a lo largo de los años. Probablemente medía el metro y setenta, o un poco menos.

—Ellos son Damián y Matías —le presentó a un par de jóvenes que pronto le sonrieron. Luego lo volteó a ver, y les dijo—: Y él es David Duarte, el *bully* de mi clase.

—Fui más que eso —se apuró en decirles a los otros.

Los muchachos se rieron, incluyendo Amaru.

Se sentó junto a su exnovio y colocó la botella de mezcal sobre la mesa; acto seguido, le pegó un trago a su vaso y lo miró a través del cristal.

«Qué pequeño es el mundo», pensó con cierta nostalgia viéndolo beber de su vaso desechable lo que parecía ser una cerveza.

—Te vi en las olimpiadas —le dijo cuando los otros muchachos se enfrascaron en una conversación—. Te vi y dije: *este cabrón sí tiene pasión. Sí la hizo...*

—Pues ya ves...

—Tú tenías razón cuando dijiste que me faltaba pasión —aceptó—. Al final lo mío no era la natación. Soy médico, ¿sabes? Estoy por finalizar mi postgrado en pediatría.

David recordó a Ezequiel. Su novio también quería ser pediatra.

—Suena a que te has quemado las pestañas, *matado*.

Amaru se rio.

—Un poco, sí. Y tú eres un soldado... —respondió como sorprendido y orgulloso acariciándole la manga del uniforme y viéndole el gorro que volvía a estar en su cabeza.

Con el ceño fruncido, David le respondió:

—Capitán primero. Estoy a cargo de toda una compañía. Ochenta y nueve cadetes me pertenecen —presumió—. Hace mucho que dejé de ser solo un soldado.

—Suena sexi. —Se rio—. ¿Y qué te trae por Pueblo Nuevo? Pensé que vivías en Ciudad de México.

—Allí vivo con mi novio. Solo estoy aquí en una misión que ya cumplí. Mañana me regreso a *México*; luego iré a una misión en Michoacán, estaré allí durante cuatro meses.

—Ah, ya...

A pesar de que los años habían pasado, entre ellos se formó un incómodo silencio. Sus miradas, en medio de la oscuridad del antro, chocaron durante un minuto que se hizo eterno; minuto en el que David lo recordó acorralado detrás de los laboratorios de Química comiéndoselo a besos a escondidas de todos.

—¿Quién es el afortunado? —preguntó cuando Amaru le sonrió sin bajarle la mirada en ningún momento.

El muchacho se relamió los labios y se acomodó un mechón tras su oreja izquierda. Llevaba el cabello algo largo para su gusto.

—Se llama Néstor y en este momento debe estar portándose mal. —Haciendo un gesto

gracioso que denotaba preocupación, se rio—. Quedamos en que hoy podríamos hacer cualquier cosa porque desde mañana seremos marido y marido, así que...

—Ah, mira, qué modernos ellos —vociferó con palpable sarcasmo, aunque con un dejo de diversión.

Amaru, con cierta timidez, se encogió de hombros esbozando una sonrisa en aquel rostro pálido y bonito.

» Donde mi Eze me pinte los cuernos, lo cuelgo de los huevos a ver de dónde chingados —advirtió ocasionando una risa fuerte en el otro—. Yo no soy así de moderno. Mi hombre solo puede ser mío. De ningún otro cabrón. No es casa de beneficencia, eh.

Volvió a pegarle un trago a su mezcal y miró hacia la pista con la cabeza revuelta. Luego volvió su vista al otro y notó que lo veía.

—¿Quieres bailar?

Le negó con la cabeza y le alzó el vaso a medias.

—Solo quiero beber.

—Yo te recuerdo como un gran bailarín. Recuerdo en esa graduación cuando quedaste como rey del baile y yo te robé. ¿Te acuerdas?

Si había algo que tenía David, quizás como virtud que luego le jugaba en su propia contra, era que recordaba muchos aspectos y detalles de su vida, más los que consideraba que habían sido relevantes; y, por desgracia, podía citar cualquier cosa que tuviese que ver con su exnovio Amaru.

—Muy poco —mintió—. No te ofendas, pero solo recuerdo las cosas importantes que me han pasado.

El aludido torció el gesto.

—Bueno, pues me recuerdas a mí y eso ya es ganancia —festejó con una risilla divertida antes de volver a beber de su vaso.

David también tomó del suyo, pero se percató de que los hielos habían rebajado el mezcal y rápido procedió a servirse más, ignorando lo mareado que ya se hallaba.

—No te recuerdo con alegría —le confesó sin mirarlo; luego guardó silencio cuando los amigos de su ex se pusieron de pie.

—Vamos a ir a bailar —les avisó uno de ellos y ambos les asintieron.

Amaru acercó su silla tanto como pudo. Lo veía con un atisbo de preocupación.

—Éramos niños, David —le dijo—. Yo te amaba pero no podía quedarme porque seguía siendo un niño y tenía que estar con mis padres. Mamá se estaba recuperando y papá creyó que sería más sano regresarnos aquí a Guanajuato —explicó—. Yo no quería dejarte; tú has sido el mejor novio que he tenido.

—Mentiras.

—No son mentiras —respondió negándole con la cabeza mientras David se apuraba otro trago—. Es verdad todo lo que te digo. Yo también sufrí mucho cuando nos separamos. Me sentía horrible. —Le acunó una mejilla con cuidado y David lo miró a los ojos, ignorando lo cerca que estaban el uno del otro—. Y sufrí más aquella ocasión en la que me llamaste para pedirme que si podías vivir con nosotros. ¿Lo recuerdas?

¿Cómo olvidarlo? ¿Cómo arrancarse esa maleza del corazón? Cada vez que recordaba su sentir de aquellos días grises, la rabia fluía y emanaba de nueva cuenta. Eso, Karen le había dicho que se llamaba *tener una herida abierta*. Y quizás esa llaga jamás iba a cerrarse porque no existía un perdón que trabajase como redención.

—Sí... —Le apartó la mano y cogió su vaso una vez más—. Sí que lo recuerdo porque

me hiciste mierda —apuntó antes de beberse de un solo trago el resto del mezcal que le quedaba.

—Perdóname, David...

Sonaba sincero, pero David guardaba cierto rencor.

Suspiró. Se relamió los labios y volvió a mirarlo con algo de hastío.

—Mejor no tocar esos temas, que no he venido a este sitio a recordar ese tipo de cosas. Además, lo *pasado pisado*, como dice Ezequiel.

Amaru se rio.

—Me gusta esa frase.

—Pues es el hombre de las mil frases; tiene una para cada acontecimiento.

Hablaron un poco de Eze y de Néstor, cada uno resaltó las virtudes de sus parejas actuales. Amaru le dijo que su futuro esposo era psicólogo, que era un hombre muy comprensivo y paciente. David le dijo que Eze escupía fuego y bailaba semidesnudo; que aparentaba ser un dios del sexo con todo ese sex-appeal que se cargaba, pero que era el hombre más decente y noble que jamás había conocido.

—Pareces muy enamorado de él.

—¿Qué te puedo decir? —Se encogió de hombros—. Me saqué la lotería con Eze.

Se sonrieron y continuaron bebiendo en silencio, cada uno recordando en secreto. David lo veía de tanto en tanto y no podía evitar preguntarse qué habría sido de ellos de no haberse separado. ¿Seguirían enamorados? ¿Habría funcionado?

—¿Bailamos? —insistió el otro.

En la pista, sus delgados brazos rodearon su cuello y, en un instinto que no conocía en sí mismo, David echó un poco la cabeza hacia atrás para generar cierta distancia.

Amaru se pegó y David bajó sus manos a la pequeña cintura cuadrada del *vampiro*. Ambos se sonrieron, pero fue David quien se relamió los labios al ver los del otro; seguían siendo gruesos y bonitos. Por un segundo pensó en besarlos para recordar a qué sabía su saliva. Ya no lo recordaba.

Y fue Amaru quien se acercó y rompió la distancia con su boca sobre la suya. Las lenguas se hallaron pronto y las llamas incendiaron su cordura por unos instantes. Rápido metió sus manos por debajo de la camisa de Amaru; acarició su espalda pequeña y sus hombros estrechos. Lo imaginó en las duchas del Alpes, desnudo, arrodillado frente a él, comiéndole la verga hasta volverlo loco.

Lo apretó contra su cuerpo y quiso salir de ahí, llevárselo al hotel para culearlo hasta que la luz del día lo sorprendiese en su crimen, ya sin el alcohol en su sistema, solo con el inminente arrepentimiento, atropellándolo, acuchillándolo.

«*Pensé que yo era tu hombre y tú el mío*», recordó a Eze en medio de la calentura y lo apartó como si fuese unapestado.

—¿Qué sucede?

David negó con la cabeza, aturdido.

La música seguía sonando al igual que su corazón desbocado. Quería cogérselo, sí, pero sabía que era una cagada porque su corazón estaba en otra parte, esperándolo con un café y un panecillo de coco, con sus hoyuelos y sus bailes eróticos que lo dejaban alucinado. ¿Qué diablos estaba haciendo con Amaru? Él no iba a ser ese último polvo antes de que se atase a su amado novio. No iba a echar a perder su relación por la aventurilla de su exnovio.

—¡Suerte en tu boda, puto Carim! —Le dio un golpe en el hombro y le sonrió; luego salió de la pista y no volteó hacia atrás cuando decidió que era hora de marcharse.

Nunca había imaginado que la vida volvería a unirlos por una breve fracción solo para

recordarles que ya no se pertenecían, que eran ajenos y que, así, cada quien con su cada cual, estaban mucho mejor.

Con el gorro en su mano derecha y la botella en su izquierda, se recargó en una pared a esperar un carro sitio para largarse de una vez por todas. Y supo que por Amaru ya no sentía amor cuando, al recordar sus besos, esos que se habían dado minutos atrás, no sintió nada.

Cuando se halló en su habitación de hotel, lo primero que hizo fue llamar a Eze porque sentía la necesidad de escuchar su voz.

—*¿Qué hay, amor?* —le respondió con la voz ronca, somnoliento—. *Son las dos de la madrugada. ¿Estás bien? ¿Cómo te fue en tu misión con la familia de Emanuel?*

—Bien, todo fue muy... fue muy triste, sí.

—*¿Estás bebiendo?*

La voz arrastrada seguro lo delató.

—Ya no, pero fui a beber a un antro porque me apetecía un poco de mezcal. Era lo que tomaba Emanuel cuando salía del colegio.

—*Mh.*

Se rio.

—*¿Qué significa ese mh?*

—*Que no me gusta que bebas porque te pones loquito luego* —le respondió en tono cariñoso.

—Solo fue por esta noche. Te juro que es la última vez que bebo. Ya hasta me duele la cabeza.

—*Más tarde, cuando estés en casa, voy a prepararte algo rico para la resaca* —prometió—. *Luego quiero que pasemos el resto del día en la cama... Tengo tantas ganas de estar contigo.*

—No más que yo.

Se quedó pensativo un minuto; no sabía si era conveniente hablarle del reencuentro con Amaru; Ezequiel iba a enojarse si le decía que se habían besado. Lo podía perder si le contaba lo ocurrido; quizás no iba a aceptarle ningún tipo de réplica. Mejor no.

—*¿Te dormiste?* —le inquirió entre risas.

—Te echo de menos. Estoy pensando en ti —le dijo—. Yo también tengo ganas de *estar* contigo.

—*En unas horas, guapo. Ahora intenta descansar porque vas a necesitar las energías para cuando estés acá.*

David sonrió.

—Vale, entonces mejor a la cama desde ahora. Buenas noches.

—*Descansa, soldadito.*

Aquella noche soñó algo que jamás le contaría a Ezequiel. Soñó que se los cogía a los dos: a Amaru y a Ezequiel. Eran tan diferentes y aquello era excitante. Uno de piel blanca y complexión pequeña; y el otro de piel tostada y grande.

Fue un sueño maravilloso.

Despertó durísimo y se masturbó ahí en la cama ante los recuerdos de los jadeos de uno y los gimoteos del más pequeño. Los recordó besándose en sus narices y, aunque en la vida real jamás lo habría permitido, en sueños todo se valía.

Antes de dejar Guanajuato, pasó a visitar a Emanuel al camposanto. Cristina le había hecho un croquis de la ubicación de la tumba del joven cadete; no fue fácil hallarlo entre tantas cruces, pero luego de unos minutos notó la tierra fresca y leyó el nombre del muchacho en la pequeña placa de mármol.

«Nos dejas un gran dolor en nuestros corazones, pero guardamos la esperanza de reencontrarnos algún día allá donde estás, con Dios», citaba.

David se puso en cuclillas y dejó el ramito de violetas sobre la tierra. Luego sonrió con tristeza al recordar la sonrisa de Emanuel.

—He venido por la misión que me encomendaste. Ya le dije a Cris lo que me pediste. Ella lloró mucho y yo me siento culpable por no haberte cuidado como debí. —Vació lo que le restaba de la botella de mezcal sobre la tierra y se quedó recordando la última vez que se sentaron juntos, ahí en Michoacán mientras comían frituras y bebían refrescos—. Quiero que me perdones, hermano... —Rápido se llevó una mano a los ojos y contuvo el aliento para no sollozar en voz alta; las lágrimas se le escaparon de entre los dedos y la pena le destrozó la garganta, ya de por sí dolorida por el alcohol y la tristeza—. Quiero que me perdones, amigo —repitió—. No fui el mejor amigo para ti, pero lo pasamos bien y no puedes negarlo. Te prometo no dejar a ninguno con vida. No tendré piedad como no la tuvieron contigo. Descansa, hermano. Duerme tranquilo...

Lo habían sepultado cerca de una fuente de un ángel, a un lado de un árbol de florecillas rosas. El pasto a los alrededores estaba bien recortado y los senderos eran de asfalto. Era un lugar pacífico como para quedarse ahí para siempre. Al menos ya no tendría que ir al matadero como tanto se temía. Ya estaría en paz, lejos de las balas y de la sangre.

Estar ahí a solas con Emanuel le hizo pensar en su familia, principalmente en Nezahualcóyotl y Mauricio. En dado caso de morir, tenía sus dudas de dónde iban a quedar sus restos. No veía a Jorge y a Lucía pidiendo la extradición de su cuerpo al norte del país. Eso, en caso de que quedase algo qué enterrar, algo a qué llorarle.

Se preguntó cómo se sentirían sus viejos si les llamaban para decirles que había muerto. ¿Llorarían? ¿Acaso seguían recordándole después de tanto tiempo de ausencia y desapego? ¿Le hablarían a su tumba para pedirle perdón? Y, dentro de aquella caja, ya pudriéndose, ¿alcanzaría a perdonarlos?

Durante el vuelo de regreso a Ciudad de México se fue pensando en lo mismo: en lo frágil que es la vida y en las palabras de Ezequiel. Porque el joven tenía razón al decirle que solo contaba con una oportunidad y que después vendría el arrepentimiento en caso de no haber enmendado las cosas con los suyos.

—Quiero ir a casa —le dijo al moreno cuando este se vestía—. Quiero hablar con todos. Quiero que me reciban. Quiero que cocines con Lucía y que conozcas a Mauricio y... y también a Eric. Pero te advierto que Eric es más atractivo que yo y no quiero que...

Ezequiel, vistiéndose su bóxer y con el cabello algo alborotado, soltó una carcajada antes de mirarlo con el gesto divertido.

—¿Por qué te haces ideas tan raras, Gonzalo? Te aseguro que tu hermano no es tan guapo como tú. Y, aunque lo fuera, yo estoy enamorado de ti. ¿Sigues dudando de lo que siento?

Su inseguridad lo tenía atascado. No podía ser feliz del todo. Siempre estaba algo o alguien para hacerle sombra y opacarlo.

—Solo no vayas a dejarme por él —le pidió con toda la franqueza del mundo.

Ezequiel ensirió el semblante y pronto volvió a su lado en la cama. David, que seguía desnudo, lo miró con vergüenza cuando notó que lo había molestado.

—No diré lo que estoy pensando porque no quiero arruinar este momento —sentenció—; solo voy a hacer de cuenta que, después de haber tenido el mejor sexo en mucho tiempo, acabo de escuchar que quieres hacer las paces con los tuyos y eso me alegra como no te imaginas. ¿Ya pensaste en lo que vas a decirles? —Le negó con la cabeza, lleno de dudas—. Pues podrías

ensayar escribiéndoles una carta...

—Con Eric pienso disculparme, pero no sé qué decirles a los viejos cuando los tenga frente a frente —aceptó—. Creo que una carta me ayudará a expresar mejor lo que siento.

—¿Traigo papel y boli?

—Sí, pero no estoy seguro de lo que tengo que escribir y...

—Tranquilo, iremos por partes y yo voy a ayudarte a redactarla. ¿De acuerdo?

—Vale.

Le dijo a Ezequiel que no pondría fecha porque quería que su padre leyese la carta con él. Tenía ganas de que hicieran algo juntos y le pareció una buena idea desenmascarar sus sentimientos frente a él, o a su lado.

También le dijo que no quería sonar a reproches. Que en verdad deseaba hacerle entender cuan triste y roto se sentía por dentro.

Su vida no había sido más que un rompecabezas dentro de una caja vieja y raída por el paso de la ausencia y el rencor que guardó durante tanto tiempo. Y tenía una última pieza, una última oportunidad, y quería hacer las cosas bien, quizás por primera vez en su vida.

—Quiero ver sus ojos verdes cuando la lea —le dijo con una sonrisa forzada. Estaba entusiasmado cuando Ezequiel la guardó dentro de un sobre nuevo—. Y quiero que estés cerca cuando eso pase. —Le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los del otro—. Sé que te van a adorar hasta más que al propio Eric.

—Les dijiste que soy medio raro. Que parezco una señora... —Revoleó los ojos—. Van a pensar que soy un friki.

—Lo eres, el *friki de los imanes*. ¿O no?

Ambos se rieron y, luego de un par de bromas y besos, se acostaron uno tras el otro. Ezequiel le susurró un *te amo* y David, con un sonido gutural, intentó hacerle saber que él sentía lo mismo.

22.

La misión en la Sierra Madre consistía en patrullar las distintas zonas de los mil kilómetros que tenía aquella área montañosa y viva.

Algunos días bajarían a la ciudad para poner orden, pero se enfocarían en la Sierra porque allí era el refugio de los delincuentes y, con la nueva orden de David, esa de aniquilar al enemigo, todos parecían estar más seguros que nunca, más confiados.

Decidió dividir a sus muchachos en varios grupos comandados cada uno por un sargento. Al final obtuvo seis pelotones de catorce hombres y él eligió a los mejores cinco para que lo acompañasen a donde quiera que fuese.

Determinó un punto de reunión cerca del Río Balsas y estableció que todos se verían allí a las cinco de la tarde, que era cuando la luz del sol estaba más brillante, antes del inminente ocaso en punto de las seis.

No quería perder a ninguno como la última vez.

—Al primer signo de hostilidad, usen la fuerza. Contra quien sea. A la primera agresión, usen sus armas y tiren a matar. Contra quien sea —repitió frente a sus muchachos como hacía cada mañana antes de separarse de ellos—. Nosotros estamos aquí para proteger. No somos el enemigo y no merecemos ser tratados como delincuentes. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —gritaron al unísono, más motivados que nunca.

—¡Andando! ¡Los quiero en el punto clave a las mil setecientas horas!

Los vio arrancar y se quedó un par de minutos observando los convoyes. *Ojalá que regresen todos; que no haya ninguna baja.* Pensó con cierto temor antes de subir a su unidad para hacerle compañía a Francisco, Soto y Méndez; en la cabina había elegido a Hernández como chofer y a Gutiérrez como copiloto.

De pie, sujetándose fuerte de las rejas de protección de aquella especie de jaula que no les serviría de nada en caso de una nueva emboscada, fijó su vista al frente y golpeó el techo del vehículo para indicar que ya podían avanzar hacia su objetivo.

Había una zona, una pequeña comunidad que a David no le daba buena espina. Se trataba de un campo de aproximadamente dos hectáreas, en el cual, desde cierta posición en la montaña, se podía vislumbrar un complejo de casas y algunos sembradíos que no dudaba que fuesen solo la fachada de algo más siniestro.

Nada más llegaron y un grupo de personas se postró con palos y machetes en la entrada de aquella ranchería. David golpeó un par de veces el techo de la cabina para indicarle a Hernández que se detuviese a escasos cinco metros de la acalorada muchedumbre.

—¡Estás tierras son de...!

—¡Me vale verga de quién sean estas tierras! —interrumpió David al pegar un brinco hacia afuera del convoy con su arma larga lista para ser usada, pero sin apuntar a nadie—. ¡Estas tierras hoy me pertenecen a mí, así que baje el arma y no ande jugando al vergas porque me lo cargo por mamón!

En respuesta, una mujer lanzó una piedra en contra de la unidad, golpeando el capacetes con fuerza, provocando que los otros miembros apuntasen.

David, airado por el ataque, detonó una metralla hacia el cielo ocasionando los gritos de histeria de las ocho mujeres que estaban allí con sus maridos y uno que otro niño. Porque siempre usaban a los niños como barreras humanas, pero ya no caerían en ese sucio juego.

El hombre del machete se acercó temerario y David le apuntó.

—¡Retrocede porque te cargo, hijo de la chingada!

—¡Váyanse de aquí! ¡Lárguense de estas tierras! —gritó en respuesta, dando unos pasos más hacia él—. ¡Estas tierras no les pertenecen! ¡Son propiedad privada!

Y, al hacer amago de atacarle con su machete, una vez que se halló más cerca de él, David le disparó en la cabeza matándolo instantáneamente.

—¡Todos al suelo, cabrones! —ordenó a los otros en medio de los chillidos de un par de niños—. ¡Cara al suelo y manos en las nucas! —Hizo otra detonación para asustarlos, para que viesen que las cosas no eran un juego.

Sus compañeros bajaron del convoy. Francisco aseguró a los pequeños en la parte trasera de la unidad y Soto se posicionó a un lado de la hilera humana, junto al cadáver sangrante del hombre del machete, que seguía yerto, chorreando a borbotones.

Ordenó a Gutiérrez y a Soto cuidar de las personas. A Francisco de los niños; mientras él, Méndez y Hernández se adentraron en la propiedad para ver lo que escondían con tanto recelo.

—¡Es aquí, capitán! —Con su arma, Hernández apuntó hacia el suelo.

Había una entrada hacia una especie de sótano clandestino que, inmediatamente, le recordó al calabozo de los lamentos de Iturbide.

Ordenó que levantasen la pesada tapa de hierro, mientras él apuntaba hacia abajo conforme los muchachos dejaban al descubierto una bodega que, a primera instancia, parecía despejada.

—Quédate aquí y ponte al alba —le pidió a Hernández y este le asintió con la cabeza.

Bajaron por una escalerilla adherida a la pared de concreto; caminaron escasos diez metros y vieron que el túnel tenía dos brechas, una hacia la izquierda y otra hacia la derecha; dos puertas de madera que se hallaban bajo llave.

David tomó un poco de distancia y, acto seguido, pateó cerca de la perilla, logrando que la puerta se abriese al instante.

Dentro, luego de encender su linterna para verificar lo que se hallaba allí, vio que se trataba de un extenso laboratorio de anfetaminas y otras drogas.

Le dio rabia. Maldita gente. Siempre encubriendo al crimen organizado con tal de conseguir una tajada o un hueso para roer y engañar al estómago por unos días.

Hizo lo mismo con la otra puerta y cuando se abrió, un fétido aroma le provocó arrugar ligeramente la nariz. Allí se hallaban unos contenedores sellados. No fue necesario abrirlos para reparar en que se trataba de restos humanos. Contó ocho contenedores y percibió un aroma a diésel muy fuerte cuando se acercó a uno de ellos que tenía la fecha del día anterior.

Miró al otro y le ordenó que saliese de allí. Era momento de revisar las casas; iban a peinar el lugar antes de llamar a las autoridades competentes para que investigasen lo de los cuerpos humanos.

Ya no le sorprendía la crueldad humana. Ya no le generaba pesadillas como antaño cuando Iturbide lo *calaba* con las ratas que los PHM capturaban para él.

Él también era cruel...

Ya la sangre la tenía fría. Podía comprobarlo nada más asomándose a la entrada de la comunidad donde el cuerpo del campesino continuaba yerto, vaciándose.

Ni siquiera se preguntaba si era el padre de alguno de aquellos niños; el hijo de alguna de esas mujeres. Para él, solo había sido un traidor que murió por pendejo. Porque si no estaban con la patria, entonces no tenían derecho de siquiera *estar*. Así eran las cosas desde la muerte de su hermano Emanuel.

Se lo había prometido y no iba a fallarle. Le generaba cierta paz asesinar malandros porque así sentía que estaba redimiéndose por ese imperdonable descuido que le costó la vida a su amigo.

—Capitán, venga a ver esto... —Escuchó la voz de uno de sus hombres y pronto se adentró en la habitación desde la que el otro lo llamaba.

Una mujer estaba acostada en una cama, atada y semidesnuda. Parecía haber sufrido de múltiples torturas porque su rostro amoratado e hinchado dejaba en evidencia las huellas de su suplicio.

Los labios lívidos y los ojos hundidos le sonrieron con debilidad cuando David se acercó para tomarle el pulso. Estaba fría, pero seguía viva.

—¿Puedes hablar?

Ella abrió su boca y emitió un sonido gutural en respuesta. David procedió a quitarle las ataduras de brazos y piernas ignorando el hedor que desprendía su cuerpo sucio y atormentado. Rápido la desnudó sin mucha delicadeza; observó que no tuviese algún hueso roto y la cubrió con una frazada antes de cargarla en brazos para ponerla a salvo.

Se sorprendió de lo ligera que estaba. No le calculaba los cuarenta kilos, y no era una mujer baja de estatura. Tenía una apariencia esquelética, pero se notaba que había sido hermosa en sus mejores momentos.

Karina. Dijo que se llamaba.

Aquella noche, mientras sus hombres cocinaban unos frijoles en una fogata. Él se sentó en un extremo apartado y observó el cielo nublado durante largos minutos. Estaba sucio y agotado, pero tenía la sensación de la plenitud, puesto que había sido un día productivo y, aunque le había quitado la vida a un hombre, también había rescatado a una mujer indefensa e inocente.

¿Quién soy yo para hacer esto? Pero mírate allá arriba; no haces nada. Dejas que el mundo se haga garras y sigues siendo el héroe sin mover un solo dedo. Le dijo a ese Dios que aseguraba no comprender, en caso de que existiese.

Pensó en la sangre tiñendo la tierra húmeda, salpicando las piedrecitas grises y las hojas de la maleza que circundaba la entrada de la comunidad. Recordó la detonación y el llanto; los gritos que seguían haciendo eco en su cabeza aturdida; el dolor de la inocencia comprada, manoseada, quizás hurtada.

Aun así, no se arrepentía de ser un *soldadito*.

Estaba orgulloso de su labor y prefería mantener a Dios lejos. De cualquier modo, empezaba a creer que Dios ni lo conocía a él.

—¿Puedo sentarme, capitán?

Francisco estaba de pie junto a él, sostenía entre sus manos dos latas de frijoles humeantes. Llevaba el cabello suelto y una sonrisa afable en su rostro limpio, sin maquillaje.

—Siéntate.

Ella sonrió aún más antes de aceptar la invitación o, viniendo de David y la aspereza en su tono de voz, acatar la orden.

—Esto es para usted. Es poco, pero están muy ricos. —Le ofreció una de las latas y David la tomó sin rechistar porque tenía hambre—. Hoy fue un gran día. —Suspiró contemplando el cielo—. Pudimos rescatar a esa mujer y sacar a esos niños de ese horrible entorno en el que vivían. Debe sentirse orgulloso, capitán.

La miró de soslayo y no acotó nada porque los frijoles estaban realmente deliciosos. Ella continuó mientras masticaba:

» Yo estoy muy feliz de que me haya elegido para formar parte de su pelotón, señor. Siento que entre más responsabilidades tengo, más me esfuerzo y...

—Lo haces bien —interrumpió sin mirarla, metiendo la cuchara de plástico dentro de la lata—. Por eso te elegí. Tienes tacto con los civiles y eres fuerte como una roca, Francisco. Buen trabajo el de hoy. Bien hecho.

Ella sorbió por la nariz y David volteó a verla con cierta incomodidad. ¿Por qué demonios lloraba si había sido amable? La estaba felicitando, no reprendiéndola como hacía siempre.

—Que me diga eso..., que me lo diga significa mucho para mí... —le dijo mientras intentaba calmar los hipidos y los sollozos.

—Valóralo. No se lo digo a todos.

—Lo sé, señor.

—Ahora ándate. Quiero estar solo.

—¿Sabe...? —La miró con un atisbo de hastío e impaciencia—. Me siento un poco mal esta noche... —Y le lanzó una mirada penetrante e incómoda—. No quiero dormir sola...

David se quedó perplejo unos segundos. No entendía a las mujeres. ¿Primero estaba llorando y después le sugería tener sexo?

—Yo no puedo ayudarte en tus necesidades —titubeó un poco modulando el volumen de su voz para no ser alcanzado por los otros.

—Tampoco lo diga así; se oye bien feo, capitán. —Se rio—. Solo quiero dormir abrazada de alguien... No le estoy pidiendo nada más.

David volteó a ver al grupo que seguía comiendo y charlando junto a la fogata. Sentía que estaba haciendo algo ilegal y no entendía por qué.

—Francisco...

—Dígame Laura —le pidió con voz anhelante.

—Laura, eso que me pides..., es que yo no quiero que empiecen a hablar y a hacerse ideas de que algo sucede entre nosotros.

La mujer se rio. Seguramente parecía un tonto dando esas respuestas, pero no tenía experiencia con las mujeres y sabía que eran peligrosas. Al menos eso le decía Ezequiel todo el tiempo.

—Solo nos metemos en la tienda y dormimos... ¿O qué está pensando, eh? —inquirió entre risas.

—¿Yo? —Le frunció el ceño. Ya no entendía nada—. Yo, nada, mujer. Solo te estoy diciéndote que no. ¿Sabes lo que es un *no*?

—¿Puedo saber por qué? —preguntó muy seria. Quizás estaba molesta por el rechazo.

—Porque no me gustas —espetó.

Laura asintió con la cabeza y se relamió los labios con lentitud, como nerviosa y airada; acto seguido, se puso de pie y se marchó con los otros sin despedirse de él.

David se le quedó mirando unos minutos. Sintió lástima por ella. Era hermosa, pero definitivamente no le ponían las mujeres y no iba a sacrificarse como en el pasado. Ya tenía una mala experiencia y entonces era el capitán; no tenía por qué demostrar nada ni ocultar su homosexualidad a nadie. No obstante, prefería la discreción antes que las habladurías.

Cuando todos se fueron a dormir, algunos en los convoyes y otros dentro de las pequeñas tiendas, armó la suya muy cerca de donde había estado charlando con Francisco; luego se acostó y dejó su arma en un costado, muy cerca de su cuerpo.

Cerró los ojos un momento y sonrió al recordar la última vez que había estado con

Ezequiel. Lo había visto escupir fuego en el patio trasero de la casa; según le estaba revelando sus secretos. David lo había intentado sin conseguirlo por el miedo a quemarse la cara. Los dos estallaron en carcajadas cuando se le prendió la camisa y luego decidieron que las clases de tragafuegos habían concluido con saldo blanco.

Hacía tiempo que no lo veía y lo echaba de menos. Añoraba escuchar su voz y acariciar sus hoyuelos como hacía cada vez que el otro se reía por cualquier cosa.

Por desgracia su teléfono se había descargado desde hacía dos semanas. Además, estaba prohibido llamar a casa o a cualquier sitio que no fuese la base durante alguna misión.

—*No estés triste, amor.* —Imaginó que le dijo en ese momento—. *Yo también pienso en ti, pero créeme que pronto vamos a estar juntos. ¡Y vas a tener vacaciones! ¿A dónde querrás ir cuando esto acabe? Déjame adivinar... ¡¿Al norte?!*

—Sí, pero contigo... —susurró con un nudo en la garganta.

—*Pero antes, haremos algo más....*

De pronto abrió los ojos en medio de la oscuridad y pudo imaginarlo con nitidez. Lo vio sentado quitándose la playera e intentó adivinar su rostro en medio de la negrura de la noche, ya que solo podía ver la silueta y los contornos de su anatomía.

Imaginó que se desnudaba y que se acurrucaba a su lado, abrazándolo, acomodando su cabeza en su hombro.

—Parezco un idiota pensándote así... —Se rio de la vergüenza, como si el moreno en verdad estuviese a su lado. Luego se frotó los ojos con la mano derecha y los mantuvo cerrados mientras rememoraba la forma en la que Eze jugaba con su pecho desnudo—. Aguarda, déjame quitarme esto...

Se deshizo de la chaqueta y de la camiseta blanca que siempre llevaba bajo el uniforme. Escuchó el tintineo de sus placas y una risa nasal por parte de *Ezequiel* cuando volvió a su lugar.

Volvió a cerrar los ojos y respiró hondo al recordar el aroma de su novio. Cómo le habría gustado que en verdad estuviese ahí con él, en medio de la nada. Sentir su cuerpo desnudo y besar sus labios; oír su voz y su risa.

Imaginó sus besos y se relamió los labios con deseo, acariciando sus pectorales mientras respiraba por la boca para no jadear ante la inevitable excitación que sintió cuando *lo tuvo* a horcajadas, restregándose contra su entrepierna. Ignorando que en realidad era su mano la aventurera, la osada.

Rápido se desabrochó el pantalón y lo deslizó junto con su bóxer para liberar su erección y masturbarse sin dejar de pensar en el otro. Lo imaginó empalándose por su cuenta, gimoteando como el exagerado que era; prendiéndole porque, al final de cuentas, seguía siendo *Fire boy*.

Entonces recordó la última vez que había cogido con Ezequiel. Este último estrenaba una tanga y por puro capricho no se la había quitado. Para David fue excitante hacérselo así; deslizar la tira delgada de algodón y metérsela despacio, mirando cómo aquel agujero se lo tragaba sin compasión, apretándolo, recibiendo con sumisión y anhelo.

Le había cubierto la boca para que no despertase al vecindario. Le parecía tierno y sexi que gimotease y jadease como un poseso cuando cogía un ritmo más acelerado. Lo hallaba entregado, apasionado. Veía su cuerpo bellísimo y se preguntaba qué había hecho bien para merecerlo.

La piel se le erizó cuando tuvo aquel intenso orgasmo dentro de la tienda. Se había corrido a chorros y había manchado su bolsa de dormir, pero no le importaba. Llevaba ocho días sin ducharse porque las temperaturas habían bajado tanto que el agua del Río Balsas estaba heladísima. Una mancha más no haría la diferencia.

A la mañana siguiente se despertó de mejor humor. Ya había liberado tensión y entonces se hallaba listo y renovado para lo que fuese. También se sentía menos estresado, puesto que ya no harían más cateos en el área que les correspondía.

—¡Arriba, pinches huevones! —gritó entre risas, pataleando las bolsas de dormir y las tiendas apiladas. El alba apenas se anunciaba; los grillos aún no terminaban sus sinfonías nocturnas, pero su corazón de guerrero ya estaba despierto—. ¡Hoy les tengo una sorpresa! ¡Cuarenta y cinco minutos en la ciudad! ¡Sí, comida de verdad! —gritó adelantándose a lo que supuso sería lo que más iban a valorar.

Vio sus sonrisas mugrosas y a otros aplaudir. Los ochenta y nueve soldados estaban eufóricos. Si bien no podrían comunicarse con sus familiares, sí podrían comprar comida o darse alguna ducha en uno de esos baños comunitarios. Estirar las piernas; comer alguna chuchería o simplemente descansar un poco más.

Cuarenta y cinco minutos libres eran la gloria en las condiciones en las que estaban. El propio David ya había bajado un par de kilos por la pésima alimentación y la falta de sueño.

—¡Oh, Lord Duarte, eres justo y bondadoso! —bromeó uno de ellos provocando las carcajadas de los demás.

—¡Yo les dije que habría recompensas por sus esfuerzos! Eso sí, nada de teléfonos públicos ni llamadas a nadie; si rompen la regla se van al calabozo por pendejos. ¿Estamos?

—¡Sí, señor!

23.

Algunos días eran mejores que otros; había paz y silencio. Llovía y el frío no era tan crudo como el de las madrugadas, como el de las ausencias que, conforme el tiempo avanzaba, calan cada vez un poco más.

Algunas tardes parecían de juego. David llegaba a sentir que estaba jugando con los niños de su vecindario y que, pronto, cuando comenzase a oscurecer, Lucía iba a llamarlo para que tomase una ducha caliente y cenase con la familia ahí en el comedor, resguardado del frío y la desesperanza que muchas veces lo atacó en el pasado.

Pero no era un juego y aquellos hombres y mujeres no eran niños de su vecindario, eran sus hermanos de conflicto. Había aprendido a lidiarlos, a conocerlos, a amarlos. Los amaba mucho y charlaba con cada uno en aquellos ratos de quietud y armonía.

Cada uno tenía una historia; algunos estaban por casarse; otros, al igual que él, ya tenían uno o dos hijos pequeños que aguardaban por sus padres igual que su querido Nezahualcóyotl.

Faltaba poco para Navidad y David planeaba romper las reglas un ratito; quizás trabajarían menos ese día y festejarían por la noche con una buena cena ahí mismo en el punto clave. Sabía que en esas fechas la gente se ponía nostálgica y no quería que nadie se sintiese solo; porque no lo estaban; se tenían los unos a los otros.

Su cumpleaños también estaba próximo. Le daba cierto pesar hacerse viejo en medio de la nada, pero intentaba mantener los ánimos y salir a flote antes de hundirse de nueva cuenta en la negatividad y el desasosiego. Pronto todo acabaría y tendría unas bien merecidas vacaciones. Iría al norte a hacer las paces con Jorge, Eric y Lucía. Se reencontraría con su hermana y con su hijo. Les presentaría a Ezequiel y sería un momento mágico para todos. Más para él.

—Tienen quince minutos para hacer sus compras, *señoritas* —ordenó una vez que llegaron a una tienda de conveniencia.

Él le había encargado a Francisco ocho latas de vegetales y algunos paquetes de carne seca.

Estaba muy delgado. Sus músculos casi habían desaparecido para entonces; le había hecho un orificio a su cinturón porque el uniforme ya no le quedaba. La vida castrense era dura, más de lo que le habían advertido en el colegio.

Se sentó en la parte trasera del convoy y se quedó observando la calle desierta unos instantes. Una mujer, acompañada de un niño que no le apartaba la vista, pasó a su lado y lo saludó con un *buenos días* que David correspondió enseguida.

Algunos civiles eran amables; otros preferían ignorar sus presencias y pasar de largo como si no estuviesen allí para cuidarlos. Ya se había acostumbrado a aquello; a ser el *enemigo* de unos y el *salvador* de otros. Ya no le importaban las miradas ni las majaderías que en ocasiones recibían por parte de los que se sentían intimidados ante el ejército.

La pequeña comunidad estaba resguardada por su compañía y los crímenes se habían reducido quizás en un sesenta por ciento. Pero esos vientos de calma, en lugar de generarle tranquilidad, lo alertaban mucho más. A veces le daba la impresión de que estaban en el ojo del huracán, que las cosas no habían llegado a su final, que faltaba algo, la cereza del pastel.

—Bendito seas, Méndez —le dijo a su hombre cuando lo vio acarrear un par de garrafones de agua potable.

El muchacho se rio.

—Faltan más, capitán.

—Ándate por ellos.

—Sí, señor.

Fue un día pacífico.

La tarde estuvo lluviosa y la noche llegó fría, orillando a cada soldado a levantar las tiendas y a encender fogatas con la dificultad que conlleva intentar encender la leña húmeda. Comieron y charlaron frente al fuego. David se quedó despierto, peleándose con un chicharo que se hallaba al fondo de la lata y que se negaba a ser comido.

—¡Qué día! —exclamó Francisco sentándose a su lado. Daba la impresión de que ya se le había pasado el coraje de antes porque entonces se mostraba más respetuosa y amigable—. Necesito un masaje y un baño caliente —se quejó mientras se soltaba el cabello húmedo.

—Todos lo necesitamos, pero creo que aguantamos un par de semanas más así.

—Hable por usted, Duarte. Yo me lanzaré al río cuando salga el sol. No importa que me dé hipotermia o neumonía. Yo sé lo que le digo: necesito una ducha. Quiero jabón en mi cuerpo y champú en mi cabello... —canturreó para no sonar histérica, pero David percibió la desesperación producto del estrés.

—Pues te aguantas. No voy a tener bajas por algo tan estúpido como la hipotermia. Además... —La miró para luego olfatearle el cuello—. No hueles tan mal.

La muchacha soltó una risotada antes de advertir:

—Con todo respeto, Duarte, pero debe tener la nariz tapada. Y usted también ocupa un bañito, eh.

Se quedaron hasta que no hubo ninguno despierto. David iba a vigilar esa noche y tomaría una siesta de treinta minutos por la mañana. Francisco, con sus charlas amenas le hizo más aguantable el rato. Le contó acerca de su infancia y su adolescencia; parecía más parlanchina de lo habitual y muy animada; le dijo que no había ningún militar en su familia, que ella era la única, pero que, desde pequeña, le había llamado la atención la vida castrense.

—Yo estuve en la escolta en mis años de secundaria —le presumió la mujer con una sonrisa afable, sin perder el gesto divertido.

—Yo igual. Era el abanderado. Siempre que portaba la bandera... —Rememoró un momento aquellos años en el Alpes, tratando de revivir cada emoción, cada sentir—. Siempre que la portaba sentía una gran responsabilidad, un gran compromiso. Siempre sentí que le debía todo a la bandera. No había un alma más orgullosa que la mía cuando se entonaba el himno nacional y era yo quien tenía la bandera a mi cargo.

—¡Ay, qué bonito eso! —exclamó ella sonriendo—. No me lo imagino de chiquito; siendo tan responsable e inteligente.

David se rio ante la ironía.

Inteligente nunca había sido; por lo menos eso decían todos. Todo le había costado el doble o el triple que a los demás, pero lo que creía que era importante era el hecho de no haberse rendido nunca.

—Pude ser mejor de lo que fui —acotó—, pero no me arrepiento de nada. No estaría aquí si las cosas hubiesen sido distintas, ¿sabes? —La miró un momento, luego desvió sus ojos al fino hilillo de humo que restaba de la fogata nocturna—. Si mi vida hubiese sido de otro modo, con otra clase de padres, de amigos, no lo sé..., gente más cálida, tal vez no habría entrado al ejército.

Se quedó en silencio al reparar en lo que acababa de decir. Reflexionó un momento y se preguntó si acaso era cierto. Si sus padres hubiesen sido más amorosos, ¿se habría quedado en casa? Si Amaru no se hubiese ido y le hubiese pedido que no entrara al ejército, ¿lo habría

escuchado? ¿Qué estaría haciendo en esos momentos? ¿Sería feliz?

Francisco carraspeó la garganta y David volteó a verla. Ella tenía un gesto extraño, como si no entendiese lo que le había dicho.

» Soy disléxico —le dijo para desviar su atención—. Tengo Déficit de Atención con Dislexia. No fui bueno en el instituto, pero nadie me ganaba en la piscina.

Ella sonrió.

» No me mal interpretes lo que dije hace un momento. La vida, aunque se trata de tomar decisiones, también es una escuela en la que hay que perder para ganar; equivocarse para aprender. Siempre con los pies en la tierra y sin mirar hacia atrás. Pero no somos más que humanos y una de mis debilidades es cuestionarme todo después, cuando ya es tarde. A menudo pienso en el pasado y en lo que pudo o no pudo ser. Y no es que no sea feliz con lo que tengo ahora, con lo que soy, es solo que me gusta imaginar escenarios distintos.

Aquella madrugada sacó de su interior algunas cosas que llevaba cargando desde hacía tantos años. No supo por qué se las dijo a Laura, pero se sintió aliviado de descargar algunas rocas de su morral. Y, de paso, se convenció de que adoraba ser parte del ejército.

Durante los rondines se lo pasó pensativo, pero alerta.

Recordó los ojos de Lucía sonrientes y amorosos al mirar a su primogénito. El orgullo que rebosaba la mirada de Jorge cuando Eric, crudo y desvelado, llegaba los sábados por las mañanas mientras él desayunaba cereales e intentaba conectar con sus padres.

Ya no quería preguntarse por qué no lo habían querido igual que a Eric porque odiaba aceptar que le dolía aquella pregunta; le hastiaba darse cuenta de lo resentido que se hallaba y mucho más le hastiaba reparar en que nadie más que él se estaba haciendo daño una y otra vez.

Intentó evadirse cuando se dio cuenta de que llevaba horas con lo mismo, dando vueltas en círculos y martirizándose con tantos cuestionamientos absurdos. Absurdos, sí, porque el *hubiera* no existe y entonces no tenía sentido nada.

—¡Váyanse de estas tierras porque el patrón está enchilado con ustedes! —les gritó una anciana de aproximadamente noventa años.

Todos la miraron excepto él. No le tenía miedo a ese *patrón*. Ni le temía a la vida; mucho menos a la muerte.

—No pasa nada, no se estresen —les dijo a sus hombres sin voltear a verlos, porque entonces, alertado por la mujer, continuaba observando los alrededores mientras el convoy avanzaba—. Aquí la ley somos nosotros. Somos nosotros los que estamos preparados para cualquier percalce.

Los días transcurrieron sin emociones fuertes y la Navidad llegó con una nevada de película. Esa mañana, David salió de su tienda y sonrió como un niño al ver los árboles teñidos de blanco. El paisaje que los rodeaba era hermoso.

—¡Arriba, pinches huevones! —los despertó con un grito de júbilo, aunque había intentado, sin conseguirlo, sonar molesto—. ¡Feliz Navidad, señoritas!

Al verlos aletargados, entre risas de emoción, se agachó para hacer una bola de nieve y lanzársela a Francisco en la cara. La chica soltó un respingo, pero no pudo ocultar su gesto de diversión cuando, animada por el capitán, gritó:

—¡Necesito refuerzos, me están atacando!

Rápido tuvo que correr para evitar las bolas de nieve que le llovían por diestra y siniestra. Tenía el corazón acelerado y una sonrisa enorme mientras esquivaba los ataques, ocultándose entre los árboles y los arbustos. Ochenta y nueve soldados contra uno era una guerra injusta, pero también era la guerra más divertida en la que jamás había estado.

Al final, tuvo que rendirse y terminó con medio cuerpo sepultado, con el culo en el piso y la boca llena de nieve. Les prometió que..., a la mierda, lo pasarían bien ese día. Festejarían temprano; harían un rondín por la noche y cenarían juntos antes de que el día terminase.

Le sorprendió ver que entre sus hombres habían organizado un intercambio de regalos. No todos habían participado, pero sí la mayoría. Él ni se había enterado de nada, aunque Francisco le aseguró que se lo había comentado un par de ocasiones.

Más que cualquier otra cosa, los soldados intercambiaron latas de comida, navajas, escapularios, pulseras y baratijas mixtas que seguro aprovecharon para comprar en aquellos pequeños viajes a la ciudad.

David los observó con una sonrisa mientras otros encendían una fogata para calentar frijoles. Él no tenía nada para ninguno, pero decidió darles algo que nunca olvidarían. Así que, aprovechando uno de esos silencios breves, se puso de pie y el acto llamó la atención de todos. Luego los miró de uno en uno, y dijo:

—Sé que no soy el mejor capitán; no el que ustedes se merecen, pero quiero que sepan que por ustedes soy capaz de entregar mi vida. Quiero que sepan que voy a protegerlos con mi vida y que sus familias pueden estar tranquilas, porque todos... —Los señaló—. Todos van a volver a casa. Nadie más morirá en la misión del capitán Duarte, *hermanos*.

Recibió aplausos y sonrió al ver que uno que otro, con gesto contenido, le asentía con la cabeza en muestra de gratitud. Francisco se acercó y lo abrazó efusivamente ocasionando las carcajadas de los demás y las bullas de los que pensaban que algo sucedía entre los dos.

No correspondió su abrazo, pero sí sonrió y se dejó mimar con un beso en la mejilla. Luego comió con todos y los alentó a trabajar duro, a sacar ese cincuenta extra que juraba que todos tenían muy dentro. Que lo hicieran por sus familias y por sus ganas de ver un México limpio; que lo hicieran por su honor y su valentía; por el sacrificio y su labor de servicio para con la nación. Que lo hicieran por ellos mismos, más que nada.

Patrullaron las zonas pobladas durante la noche. Cada habitante se hallaba dentro de su hogar; si acaso alguna que otra familia bebía alcohol frente a alguna fogata para mitigar el frío.

Se escuchaba música y risas.

David pensó en los ojitos de su hijo y sonrió para darse fuerzas. Pensó en Mauri, en aquella ocasión en la que habían hablado por teléfono. El tiempo había pasado y no sabía nada de él. También pensó en Eric junto a Alan, siendo melosos y vistiendo suéteres ridículos que hacían juego. Y pensó en su mamá...

La echaba de menos.

Ella se levantaba desde las cinco de la mañana para que él pudiese llegar a tiempo al instituto. Le lavaba su ropa y le daba dinero cuando salía a pasear con Amaru. A veces se acercaba a su habitación con su semblante pasivo y sus palabras amorosas. Y él la acribillaba con desplantes porque estaba celoso de Eric y la culpaba.

¿Por qué nunca le había dado la oportunidad? ¿Por qué nunca le había dicho lo triste y solo que se sentía? Quizás ella lo habría comprendido. Ya era tarde para saberlo, pero no para comprobarlo.

Luego pensó en Jorge y su gesto se tornó hosco.

¿Qué le diría en ese momento? ¿Qué palabras saldrían de su boca de tenerlo frente a frente?

Feliz Navidad, papá. Pensó sin más.

Por último pensó en Ezequiel. ¿Ya abriría el regalo que le dejó bajo el pequeño pinito de la casa? ¿Estaría con los gemelos y sus tías recordando a Imelda? ¿Lo echaría de menos? Porque

él sí lo extrañaba; lo único que lo aliviaba era saber que estaba trabajando para que todos sus seres queridos pasaran un tiempo de paz y no de guerra. Lo reconfortaba saber que estaba limpiando las calles para que nadie de su familia se topase con drogas y narcos.

A la medianoche volvieron al punto clave, a aquella base improvisada, o al campamento como lo llamaban todos.

David prefirió no cenar porque no tenía hambre; solo se bebió un par de botellas de agua y se metió dentro de su tienda para descansar los ojos un momento. La Navidad había terminado y sus hombres seguían muy animados, compartiendo y charlando frente a la fogata. Francisco lo sorprendió adentrándose en su tienda con el cabello suelto y una sonrisa. Él la miró con el ceño fruncido, pero fue incapaz de echarla cuando vio que tenía un papel en su mano derecha. David se acodó cuando ella se sentó a su lado y le dijo:

—Esto es para usted, capitán. —Tuvo que sacar su linterna para ver de qué se trataba. Era una estampita de la virgen rodeada de querubines y flores—. Es para que lo cuide siempre.

—¿Por qué me das esto?

—Para protección.

Se rio.

—¿Crees que en una emboscada, este papelito va a detener las balas?

—Necesita tener más fe, Duarte —dijo en tono suave—. Ande y guárdela en su billetera. Le prometo que la virgencita lo va a ayudar como me ha ayudado a mí desde siempre.

Se le quedó viendo con cierto hastío antes de acceder a guardar la imagen de aquella mujer indiferente en su billetera, prometiéndose que cuando Laura se descuidase, iba a deshacerse de la estampa lanzándola al río o quemándola.

Cuando volvió a guardar su billetera y apagó la linterna, se recostó e, ignorando la presencia de la mujer, cerró los ojos y pensó en la devoción de Imelda; del propio Ezequiel.

24.

Fue durante la noche siguiente cuando todo cambió en un abrir y cerrar de ojos.

Aunque David había prometido que nada malo iba a ocurrirle a ninguno de sus hombres, se dio cuenta de que el panorama sería desalentador cuando sospechó que las amenazas eran ciertas al ver un par de camionetas blindadas que comenzaron a perseguirlos entre ráfagas de balas que lograron herir de muerte a más de dos.

Sus hombres, tan capacitados como estaban, rápido comenzaron a responder ante el ataque. Pronto se halló entre un fuego cruzado y gritos desesperados por parte de los civiles armados que caían como fichas de dominó al no tener el entrenamiento que ellos tenían. Sin embargo, seguían siendo más que ellos, también los superaban en armamento.

Cuando dio la orden de retirarse para poner a salvo a toda su compañía, pensó que no iba a volver a encontrarse con su hijo Neza y con la familia Duarte allá en el norte del país. Y, cuando cayó del convoy con diversas heridas en su cuerpo, pronto corrió hacia despoblado y se internó en la espesura de un bosque que parecía maldito, siniestro.

Se refugió durante varias noches entre unos arbustos; se hizo un par de torniquetes para impedir la hemorragia y trató de comunicarse con la base mediante su radio, pero se percató de que se había averiado en el disturbio.

Estuvo algunos días intentando convencerse de que debía seguir; maquetando planes para llegar a la ciudad y avisarles a todos que seguía con vida. Porque seguramente lo estaban buscando; ya había visto un helicóptero merodear por la zona durante el mediodía, pero fue muy tarde cuando lo divisó, puesto que ya estaba yéndose y el recién se despertaba de la larga siesta que tomó debido a su condición deplorable. Se sentía débil; sabía que necesitaba ver a un médico lo antes posible.

Cerca del río Balsas, David halló refugio en la madriguera abandonada de algún animal. Bebió agua con tranquilidad, a pesar de estar muerto de sed; se lavó la cara y las manos sin quejarse del frío; y finalmente decidió que cuatro días sin comer era mucho tiempo, así que iba a pescar. La última vez que había comido aquella serpiente que cazó, se había quedado con un poco de hambre; entonces estaba dispuesto a cazar más de un pez para quedarse satisfecho.

Con algunas ramitas que entrelazó y ató con unas largas hojas de alguna planta que crecía junto a los juncos, preparó un cepo y lo colocó dentro del río, a solo dos metros de la orilla porque no quería mojarse demasiado para no resfriarse y no infectar las heridas de la pierna que, si bien seguían doliendo como el demonio, también notó que ya empezaban a cicatrizar.

Para entonces la que más le preocupaba era la del brazo, puesto que esta seguía sangrando de tanto en tanto, más cuando se quitaba el torniquete para que la sangre circulase.

Llevaba muchos días en la Sierra y no había podido salir, pero estaba cada vez más cerca. Las heridas no lo habían dejado avanzar lo suficiente; el temor a ser visto por los campesinos tampoco. No quería ser entregado por alguno de ellos y morir en esas circunstancias, justo cuando ya se hallaba más cerca de la meta.

Solo quería llegar a casa y abrazar a Ezequiel; dormir un par de horas y coger un vuelo hacia el norte para hallarse con Neza y con sus padres.

La sonrisa del pequeño había sido, durante los últimos días, su vitamina principal. La promesa de reencontrarse después de tantos años lo había doblado hasta las lágrimas una de aquellas noches de insomnio y soledad. Quería sostenerlo en brazos y decirle que lo amaba;

quería ver televisión con él y dormir juntos como cuando era más pequeño.

A veces se preguntaba si su familia ya estaba enterada de su desaparición; si lo hacían muerto y si Neza ya lo sabía. Y, de ser así, ¿estaría odiándolo por dejarle solo?

Se sentó en silencio junto a la orilla del río y observó a los alrededores para cerciorarse de que se hallaba solo. Estaba en un claro, pero había muchísimos árboles que le servían de camuflaje en caso de algún avistamiento no deseado.

El día estaba soleado, pero frío. Calculaba unos siete grados. La nieve ya se había ido desde hacía cinco días; el deshielo había sido uno de los momentos más difíciles para él.

Estar allí solo con sus recuerdos malos era un verdadero tormento...

La escena seguía en su cabeza, proyectándose como una vieja película en blanco y negro.

El fuego cruzado. La camioneta de los enemigos avanzando, seguro, con algunos muertos habitándola; él cayendo del convoy. Las llamas iluminando la fría noche. A lo lejos, otro par de trocas blancas acercándose para reforzar a los criminales. Muchas luces a la distancia; pares y pares de ojos brillantes que se acercaban a ellos como bestias salvajes; rabiosas.

El polvo lo había salvado. Aquella densa nube que se había levantado a su alrededor le había permitido huir rumbo a ese bosque en el que entonces se hallaba como un perro herido y hambriento.

Había bajado de peso. Estaba seguro de que, en ese momento, ya no podía presumir su condición de atleta porque los huesos de las costillas le sobresalían por encima de aquella hedionda y mugrienta chaqueta rota.

Nunca pensó en entregarse a la muerte, aunque la idea danzó en su cabeza durante las posteriores horas del ataque. Perder a sus muchachos había sido un golpe a la moral. El sentimiento de culpa seguía allí, como un gusano en un charco de pus, pero luego recordaba las palabras de Ezequiel y recuperaba la calma casi al instante.

No soy Batman. Se había dicho a sí mismo en medio de un llanto desgarrador y silencioso al sentir el putrefacto aroma de la tragedia en las fosas nasales, en su propia piel.

Solo soy un hombre. Soy un hombre que tiene que ponerse en pie porque hay personas que lo esperan en casa. Se dijo, todavía entre lágrimas, recordando a Lucía y su pasividad, sus palabras preñadas de amor y cariño cuando se dirigía a él.

Perdóname, mamá. Había resoplado con fuerza para no sollozar. *Perdóname por no haberlo intentado contigo nunca. Por huir como lo hice. Perdóname por gritarte y por no haber valorado todos tus esfuerzos cuando siempre fui consciente de que yo era un dolor de cabeza, un grano en el culo y una pesadilla en cada sentido.*

Había pensado mucho en su madre durante las últimas dos noches. En la manera en la que lo llamaba al despertar; en lo arisco que se había portado con ella porque siempre creyó que su familia estaba en su contra y, entonces, abatido y solo, al filo de perder su última oportunidad para enmendar las cosas, había reparado en que nadie es perfecto, y que todos, incluyéndose, cometían errores.

Y cometer errores está bien por mucho que no le gustase. Sin errores no hay aprendizaje y, por ende, solo queda la involución.

El sonido del canto de un ave lo distrajo unos segundos. Lo buscó con la mirada y lo halló en un árbol cercano a él.

Era un cardencillo rojo de alas oscuras y ojos negríssimos que cantaba a todo pulmón como si no existiese un mañana.

Pensó en comérselo, pero luego cambió de parecer cuando prestó especial atención a aquella serenata que el pajarillo estaba dándole en privado.

Nunca se había detenido a ver la naturaleza y la libertad que hay en ella. Él también era libre; era como ese pájaro, pero se hallaba en otras circunstancias menos favorables en ese momento.

También tenía alas, aunque heridas. También tenía voz, aunque muchos quisieron acallarla o decidieron no escucharlo.

Compararse con el cardencillo lo hizo sentir contento por unos minutos. Se encontró sonriente y animado, mirándolo con infantil asombro y deseando poder tocarlo.

—Es hoy —murmuró mirando el tumbo del río—; no mañana. Hoy hay tiempo; mañana quién sabe.

Cuánta falta le hizo Ezequiel en ese momento. Estuvo anhelando hablar con él y decirle todo lo que sentía. Ya no quería callarse nada porque quizás, si prolongaba esas conversaciones, *mañana* sería demasiado tarde para él.

—Si salgo de esta, voy a hacer las cosas diferentes de *ahí* en adelante —se prometió a sí mismo—. Iré a casa de los Duarte ya sin rencores. *Lo pasado, pisado*, como dice el Negro. —Se rio al recordar el apelativo con el que Mercedes había bautizado a Ezequiel—. Voy a llevar a mi viejita a que conozca a mis padres y a mi hijo. Ella también merece saber la verdad; saber quién soy realmente.

Asintió con la cabeza y sonrió de nueva cuenta. Qué bien se sentía soltar los resentimientos y aceptar el pasado sin hacer cuestionamientos que solo lo orillasen a más peleas y agravios.

Mamá, si bien no fue como Miranda, la madre de François, estuvo allí a su manera. Se preocupaba por mí y no hubo un día en que se me hiciera tarde para ir al instituto. Todo fue gracias a ella. Además, siempre le quitaba los tomates a mi comida porque sabía que los odio. Lavaba mi ropa mientras yo la hacía llorar con mi comportamiento.

Reflexionó durante algunos minutos, reviviendo cada escena como si hubiese ocurrido la tarde anterior. No mencionó los errores de Lucía porque solo iba a quedarse con lo bueno de cada persona. Lo había decidido desde ese día.

Papá no me entendía en nada, pero fue porque hablábamos 'lenguas distintas'; él solía ser muy formal y yo me sacaba los mocos en la mesa solo para provocarlo. Yo lo elegí a él para molestarle. Era otra de mis víctimas porque nunca le di la oportunidad de que me conociera bien. Jamás quise abrirme porque eso era de 'maricas', eso de mostrar los sentimientos era cosa de 'putos'. En ese tiempo no sabía lo que significaba ser un hombre porque era un niño que jugaba a tocar el universo y a pinchar neumáticos. No tenía idea del poder de un abrazo ni de que también yo tenía derecho a decir: 'no soy feliz'.

Había sido más sencillo victimizarse y culpar a todos de sus problemas, de su inestabilidad; incluso, había puesto el TDAH como una barrera y una excusa para no abrirse con sus familiares. ¿Qué podían hacer si cada vez que lo intentaban él les cerraba la puerta en las narices?

Quizás eso no justificaba el desapego y la falta de interés que sus padres siempre demostraron en algunos aspectos de su vida, pero no eran los únicos culpables porque tampoco él había puesto de su parte para enmendar la relación con estos.

—Eric... —vociferó en voz alta y miró hacia el cielo celeste y soleado. Sintió una fría caricia del viento y sonrió al recordarlo metiendo a chicos a su alcoba, al tiempo que le hacía señas para que no dijese nada a sus padres—. Puto Eric... Te quiero, puto Eric; te quiero mucho, maricón.

Pensó en Mirna y en Neza; incluso, pensó en la abuela y en la gente que formó parte de

su pasado. Finalmente intentó pensar en él y fue ahí cuando no supo sumar dos más dos. Perdonarse a sí mismo no era cosa de sentarse por una hora, darse una palmadita en el hombro y sentirse bien.

Era más profundo y difícil que solo un *'ya está'*.

Absorto en sus alrededores y con la mente totalmente en blanco, se quedó cerca de dos horas allí mismo, sin moverse; luego, con navaja en mano, se acercó al cepo solo para descubrir a un par de truchas atrapadas.

Chasqueó la lengua al ver lo pequeñas que eran. Seguro se le quedarían en las muelas y no lograría llenarse, pero igual no les perdonó la vida y las colocó dentro de su casco para aguardar a ver si atrapaba algo más.

Aquella tarde comió lo que cocinó dentro de la madriguera. El calor de la fogata le hizo bien. Las tripas crudas y la sangre le cayeron como una bendición al estómago. Se sentía satisfecho con esas cuatro truchas y todo el agua que bebió con la ayuda de su cantimplora.

Se acostó en su refugio luego de apagar la fogata; se cubrió con la colcha de ramas que llevaba consigo desde hacía dos días, y cerró los ojos olfateando el aroma de la leña, pensando en esto y en aquello, dándole vueltas a todas esas personas que habían formado parte de su pasado y que entonces continuaban en su futuro.

Luego volvió a la realidad porque no podía seguir soñando despierto. Tenía que avanzar y llegar a la ciudad cuanto antes, aunque sabía que aún le faltaba un buen tramo para alcanzar esa codiciada meta.

Solo quería volver a casa y ver los ojos marrones de Eze; su nariz larga y su piel tostada. Seguro iba a sonreírle y a darle un coscorrón por no comunicarse, por preocuparlo.

Por un momento apretó los párpados y pensó en él mirándolo fijamente mientras hacían el amor. Recordó el aroma de su piel y el sabor de sus besos; remembró aquellos labios sobre su cuerpo, recorriendo cada rincón y atendiendo cada una de sus necesidades.

Le quería como a ninguno.

—Aquí el capitán Duarte —habló a la radio, aun y cuando sabía que era en vano. Lo hacía cada dos o tres horas para no enloquecer—. Manden refuerzos. Estoy herido en el bosque. Repito: estoy herido en el bosque...

A la mañana siguiente despertó sintiéndose algo débil. Estaba agotado y aquello le preocupaba mucho porque no podría avanzar demasiado en ese deplorable estado. También se sentía mareado y le invadía una sensación de jaqueca desde hacía unos días atrás.

Miró su lecho y, por la luz del alba, supuso que aún no eran las seis de la mañana. Quería quedarse a descansar, pero también deseaba llegar cuanto antes y ponerse a salvo.

Entonces, sin pensárselo demasiado, recogió su bastón y se puso el casco antes de emprender el larguísimo viaje con su colcha de hojas tejidas y su cantimplora llena de agua fresca.

Observó su brújula y decidió que avanzaría hasta quedarse tirado por allí. Era una decisión imprudente y estúpida, pero la ansiedad que empezaba a sentir ya lo superaba mentalmente.

—Estoy vivo y voy en camino... —pronunció en voz alta cuando llevaba un par de horas caminando por la orilla del río, atento a sus alrededores y con el arma dispuesta a defenderlo—. Espérame, Eze, espérame, por favor...

David nunca pensó en que cada paso que daría en el futuro sería un completo sacrificio. Cada paso le hacía soltar un quejido y arrugar la frente sudorosa. Su mente le pedía que se detuviese y que buscara refugio para pasar otra noche en la Sierra; pero su corazón le dictaba que

siguiere avanzando, diciéndole en voz alta: *sigue, tú conoces la salida.*

Si Neza había esperado tantos años por él, ¿por qué él no podía seguir una hora más, dos, un día quizás?

Nunca había caminado tanto en toda su vida. Empezó en el alba y continuó observando una enorme luna llena y un manto infinito de estrellas que titilaban sobre su cabeza dolorida; sobre sus pensamientos amontonados y alegres.

La noche se convirtió en día y sus pies, aunque más lentos, siguieron avanzando con cautela. De tanto en tanto se detuvo a beber agua, a hacer sus necesidades y a tomar un respiro hondo antes de continuar por el mismo trayecto que había trazado para protegerse de los ojos enemigos. Iba a la orilla del río, pero a escasos cincuenta metros de este para no ser visto por nadie; en despoblado, caminando entre arbustos llenos de maleza y árboles gigantes que le proporcionaban sombra; guiándose por el barullo del Balsas que, de vez en cuando, creía escucharle susurrar que siguiere.

Perdió la noción del tiempo y despegó de la realidad en varias ocasiones. Tuvo ganas de gritar para escuchar otra cosa que no fuese el canto de las aves y los ruidos, entonces infernales, de la naturaleza.

Cayó de rodillas al tercer día de caminar...

Miró el cielo azul por entre las rendijas de las ramas y las hojas de los árboles. Ya no podía más. Estaba agotado y era una pena porque sabía que le quedaba muy poco para llegar a la ciudad. Solo tenía que atravesar el río y bajar.

Se acostó boca abajo cuando pensó que hasta ahí había llegado. Con su mejilla izquierda tocó la tierra y la acarició con su mano derecha al sentirse derrotado. Iba a morir allí. Iba a perecer y no estaba seguro de si lo encontrarían más adelante.

—*¡Papi! ¡Papá!* —Escuchó la voz de Neza y alzó la vista hacia una loma donde pudo verlo con nitidez. El pequeño saltaba y le hacía señas para que fuese con él—. *¡Párate, papá! ¡Apúrate y ven conmigo!*

—Neza... —Sonrió con lágrimas en los ojos; con la boca llena de tierra y hojas.

Lo vio corretear y jugar con una rama y quiso llamarlo para pedirle un abrazo, pero se quedó congelado cuando vio que un hombre se acercaba a su hijo. Era un hombre muy alto, de pelo entrecano y mirada severa. Tenía los ojos verdes como las aceitunas y vestía formal con unos zapatos lustrados en color tabaco.

Vio que el niño lo abrazaba y cerró los ojos agudados cuando el hombre bajó la loma y se posicionó frente a él.

—*¿Te acuerdas de aquel día en el que entré a tu habitación para contarte lo del caso? ¿Cuando los abogados Plata te querían encerrar por el suicidio de su hija?* —Reconoció la voz de Jorge, pero no pudo voltear a verlo porque estaba muy cansado.

—Sí... —musitó casi inaudiblemente.

—*¿Qué te dije, hijo?*

—Que no ibas a permitir que me pasara nada malo —recordó con dificultad—. Que confiara en ti y en mamá...

—*Mírame a los ojos, David.* —Con mucho esfuerzo, logró alzar la cabeza para ver a su padre. Este le tendía una mano para ayudarlo a ponerse en pie—. *Levántate, hijo* —le pidió en tono afable—. *Levántate y vuelve a callarme la boca al demostrarme que eres un guerrero desde que estabas en el vientre de tu madre.*

—Dímelo, papá... —Lo vio y se relamió los labios, llenándose la lengua de tierra.

—*¿Qué quieres que te diga?*

—Di que soy tan bueno como Eric... Di que he hecho algo bueno entre tantos errores... Di que valgo la pena y, por favor, pon un plato extra en tu mesa para mí —le dijo entre lágrimas.

Jorge se puso en cuclillas y David volvió a acomodar la cabeza en el suelo. Lloraba sin remedio. Arrepentido y exhausto; vulnerable y, al mismo tiempo, sintiéndose libre de una gruesa cadena que lo mantuvo atado durante tantos años.

—*Eres incorregible, David. Eres testarudo y malcriado. Pero eres valiente y eres un buen hombre, hijo. Eres mejor padre de lo que yo fui contigo. Te espero en casa, hijo. Todos te esperamos. Estoy, como no te haces una idea, tremendamente orgulloso de ti.*

—¿Sí? —preguntó con una sonrisa débil y llorosa, pero cuando alzó la vista, ya no estaban ni Jorge ni Neza. Entonces se puso de pie de forma inmediata y los buscó a los alrededores en un estado de alerta—. ¡Negrito! ¡Negrito! ¡No te acerques al río, hijo!

Y corrió hacia el río, cojeando de la pierna herida. Lo buscó con la mirada y no lo vio por ningún lado; así que tomó la decisión de saltar a las frías aguas y nadar a contracorriente para alcanzar la orilla.

Escuchó el silbatazo de Solar y cerró los ojos mientras braceaba con todas sus fuerzas en la piscina del Alpes. Sabía que ahí estaba Jorge y su hijo, mirándolo desde las primeras gradas. Salió a la superficie y los vio tomados de las manos, sonriéndole. Neza brincaba y le hacía señas. Jorge, de pronto soltó al niño y comenzó a aplaudirle como nunca lo había hecho.

Cogiendo una bocanada de oxígeno, volvió a sumergirse y se impulsó con el pecho, apretando la mandíbula y pensando en que, aquella, sería la competencia más importante de su vida. Porque competía contra él mismo; contra sus culpas y sus miedos; competía contra el pasado y avanzaba hacia el futuro con los brazos abiertos.

Tocó tierra firme con las manos bien extendidas y, aunque le costó salir, pudo lograrlo. Entonces reparó en que había alucinado a su familia y se rio de sí mismo.

Quiso mirar hacia atrás, pero no lo hizo porque le dio miedo saber que había estado a punto de rendirse, de entregarse a la muerte sin saber qué le deparaba la vida a solo unos pasos más.

Caminó hacia la ciudad, cansado, pero con la frente en alto. Ignoró las miradas de los pocos transeúntes y llegó a una tienda de conveniencia, solicitando un teléfono para llamar a la base desde allí.

—Soy el capitán David Duarte y necesito que vengán por mí. Estoy herido, pero sigo con vida —le dijo al propio Zúñiga antes de darle la ubicación.

25.

Fue trasladado en helicóptero hasta Ciudad de México; recibió los primeros auxilios desde ahí en las alturas.

El general Zúñiga fue en persona a buscarlo; lo halló asaltando la tienda, comiendo un emparedado de jamón y queso, unas papitas y un refresco que la muchacha que atendía le ofreció mientras aguardaba a que lo rescatasen.

—Te hemos buscado todos estos días. Todos decían que estabas muerto, pero yo estaba seguro de que no era así —le dijo el hombre mientras él observaba el cielo naranja.

—¿Cuántos días han pasado?

—Casi dos semanas.

David asintió con la cabeza. Había perdido la noción del tiempo; no pensó que había sido tanto, pero se alegró de estar con vida. Luego recordó a sus muchachos, y preguntó:

—¿Cómo están mis hombres, señor?

—Perdimos a quince.

—Quince —repitió distraído, observando el cielo y preguntándose quiénes habían fallecido.

Sintió la mano de Zúñiga sobre su hombro, apretándolo con cierto cariño. No pudo mirarlo a los ojos. Ya no quería sentirse culpable, pero no podía evitar la opresión en el pecho y las ganas inmensas de llorar de rabia.

—Estas cosas suceden siempre. —Oyó que le dijo—. Ya ves, casi te cuesta la vida a ti también. No lo tomes tan personal, Duarte —aconsejó por su propio bien—; no puedes derrumbarte por quince bajas. Vendrán muchas más porque somos el ejército.

—Lo sé, señor.

Lo sabía, así como también sabía que, para los superiores, ellos no eran más que peones, piezas sin mucho valor en zona de combate; piezas que servían para proteger a los grandes.

En cambio, él no podía hacer como si no le importase nada. Había hablado con cada uno de sus hombres y sabía lo fieles que eran; lo capaces y valientes. Ninguno le había dado la contra jamás. Todos habían acatado sus órdenes sin refutar nada.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó el general mientras le daba unas palmaditas en la nuca.

—Avísele a Ezequiel, por favor —le pidió mirándolo a los ojos.

Zúñiga se le quedó viendo unos segundos con gesto impávido, luego le dijo:

—Por supuesto.

—Dígale que vaya a verme al hospital militar. Quiero verlo ahora mismo...

—Él lo sabrá, pero primero es tu salud; tu recuperación.

No lo contradijo, pero le enfadó que no le pudiese cumplir ese simple pedimento.

Una vez en el hospital, fue trasladado en silla de ruedas hacia urgencias, y ahí, al sentir contra su espalda la cama y contra su cabeza una almohada, se quedó dormido y ya no supo lo que fue de él.

Cuando despertó, se dio cuenta de que era de noche porque no había luz por la ventana del edificio. Estaba conectado a una bolsa de suero; tenía una bata y vendas en el brazo y la pierna. Se sentía abrumado, pero necesitaba ver a Ezequiel; al menos que alguien le dijese que el moreno ya sabía que se hallaba con vida.

Entonces accionó el botón que se hallaba en la pared y una enfermera entró a las prisas, deteniéndose para hacerle el saludo marcial en muestra de respeto.

—Necesito un teléfono —le dijo.

—Sí, señor, ahora mismo se lo traigo, permítame.

La muchacha salió, pero a los pocos segundos entró otro par de enfermeros para revisar sus signos vitales y su frecuencia cardíaca. Le sorprendió que le dijese que había dormido durante tres días enteros. Él había pensado que solo había dormido unas horas.

Cuando tuvo el teléfono entre sus manos, rápido marcó el número de Ezequiel y aguardó impaciente a que este le respondiese, luego de pedirles a los enfermeros que lo dejaran solo.

—*Hola*. —Sonrió al escuchar su voz; sintió el corazón acelerado y un nudo en la garganta—. ¿Quién habla?

—Soy yo, Caperucita. —El muchacho guardó silencio antes de comenzar a llorar tras la línea. David le dio unos minutos para que se desahogara—. Ya no llores, Ezequiel; estoy bien. Estoy a salvo. ¿Por qué no has venido a verme?

—No me dejan entrar, amor —le dijo con la voz desgarrada, todavía llorando—. Ni siquiera me avisaron a mí; me enteré porque vinieron tus hermanos, Eric y Mirna... Ellos están en el hospital en estos momentos.

—Esto es inaudito —espetó furioso.

—No te enojés, Gonzalo. Lo importante es que estás vivo. Ya podré verte cuando salgas.

—De ninguna manera. Tienes que venir ahora —ordenó—. Hablaré con el general para que te conceda la entrada.

—Está bien —aceptó luego de otro largo silencio—; pero si no me lo permiten, no vayas a pelearte con nadie. Entiende que es un hospital militar y yo soy un civil. No soy parte de tu familia, Gonzalo. Por eso no me dejan entrar.

Ezequiel intentó hacer preguntas, pero David se limitó a pedirle que fuese porque necesitaba verlo. Luego, el mesero le dijo que le diese un momento y se despidieron con la promesa de verse en un rato más.

Eric y Mirna estaban allí y apenas y se lo podía creer. Eso quería decir que se había corrido el rumor de su desaparición; que quizás les habían avisado o, en el peor de los casos, que tal vez lo hacían muerto y él había regresado a la vida cuando menos se lo esperaban.

Fuese como fuese, quería verlos...

Los había tenido muy presentes en sus largos días de soledad y entonces tenía esa nueva oportunidad de mirarlos.

Mirna fue la primera en aparecer y en arrancarle una sonrisa enorme cuando la vio entrar con su cabello rubio y sus ojos ligeramente hinchados de tanto llorar. Rápido corrió para abrazarlo; le dejó un beso en la frente y musitó un *qué alivio* que solo escucharon los dos.

—Mírate nada más —le dijo al sostenerle el rostro con ambas manos—. Pareces un vagabundo con esa barba.

—Eh, deja al enano. Que no andaba de vacaciones, boba. —Eric apareció con su bandeja de comida y David suspiró al verlo—. ¿Cómo te sientes, David?

—Bien.

—Aquí tengo gelatina, avena, sopa de fideos con pollo y verduras; agua y jugo de frutas. ¡Ey, esta comida no parece la de un hospital común! ¿Dónde están las cucarachas y la carne rancia? —bromeó mirándolo con sus ojos clarísimos.

David sonrió.

—Dame, yo le ayudo a comer —pidió Mirna, pero Eric se negó enseguida cuando la

enfermera entró para ajustarle la mesilla de cama.

Se sintió extraño de verlos discutir por atenderlo, pero se divirtió mucho cuando empezaron a decirse de cosas. Le pidió a la enfermera que ajustara la cama para sentarse y pronto se rio cuando Mirna se cruzó de brazos como una niña caprichosa y molesta.

Eric se sentó junto a él luego de acomodar la bandeja en la mesilla. David se sintió avergonzado porque reparó en que lo había estado ignorando durante muchos años. Tenía cierto temor de que se lo echase en cara, pero el otro parecía concentrado en enfriarle la sopa como cuando era más pequeño y le ayudaba a comer.

—Puedo hacerlo solo —le dijo cuando le ofreció el primer bocado.

—Sé que sí. Ahora abre, que ahí viene el avioncito —bromeó. Mirna se rio y David se mantuvo serio—. Concédeme ese capricho de querer alimentarte como cuando tenías dos años y yo casi diez. ¿Te acuerdas?

Abrió la boca en respuesta. Claro que lo recordaba con claridad. Eric siempre había querido un hermano varón y se había vuelto loco cuando David nació; al menos eso siempre le decía su madre.

—Estás en los huesos, hermanito —comentó Mirna con un dejo de mortificación.

David le asintió mientras masticaba.

—Al rato se recupera, flaca —le aseguró Eric.

—¿Dónde está Neza? —preguntó echándole una rápida mirada a su hermana.

—Con papá, mamá y Mauri. No lo quise traer porque...

—*Shht* —chistó Eric guiñándole un ojo—. No lo pudimos traer porque no puede perder clases. Va muy mal en *Matebrútcas*. ¿A quién se parece, eh? —Y le alzó una ceja con un gesto divertido.

David sonrió. Después volvió a abrir la boca cuando Eric le ofreció avena. Estaba muerto de hambre, pero sabía que tenía que comer despacio porque su estómago se hallaba vacío.

—No importa, de todos modos iré a verlo nada más me den el alta —les dijo—. El general Zúñiga me prometió vacaciones. Un año hasta que me recupere bien del brazo y de la pierna. —Les asintió con la cabeza cuando ambos lo miraron muy serios, como preocupados—. Estaré bien. Pierdan cuidado. Estoy completo y eso es lo que cuenta. Ahora quiero concentrarme en Neza porque le he quedado muy mal todos estos años. Y también deseo ver a Mauricio. ¿Tienen alguna foto suya?

—¿De Mauri? —inquirió Eric y David le asintió—. Solo las que le tomamos cuando se descuida. No le gustan las fotos. Se pone muy hostil cuando ve una cámara o el flash. Déjame te muestro la última que le tomé.

En la imagen aparecía un pequeño hombre escuálido y rubio. Estaba de perfil y jugaba con unos soldaditos de plástico en la mesa del comedor.

David se le quedó viendo por largos minutos sin decir nada. Había reconocido su jersey del equipo de las *Rayas* y su gorro de los *Celtics*, ese que había comprado solo para molestar a Eric que le iba a los *Spurs*.

—No maduró, David —musitó Mirna con tristeza—. Sigue sin hablar y solo juega. Ya no está estudiando. Pero mamá lo cuida muy bien y contrató a una colega mía para que cuide de él por las noches.

No creyó media palabra de lo que Mirna le dijo.

Seguro no quería hablar con ellos porque no lo comprendían, pero no creía que su mentalidad fuese la de un niño pequeño; es que la última vez que habían hablado se había comportado como un adulto. Aun así, prefirió no darle la contra; ya lo comprobaría él cuando

fuese al norte a visitarlo.

—Ya conocimos a Ezequiel. —Eric decidió cambiar el tema cuando el ambiente se puso tenso—. Parece un buen chico. Y es muy guapo, eh.

Aunque sintió que los cables se le cruzaron por ese comentario, se quedó callado, pero le arrebató la cuchara para comer por su cuenta.

—Le decía a Eric que se nota que te quiere mucho —agregó Mirna con una sonrisa—. Debiste ver cómo se puso cuando...

Entonces se quedó callada y David volteó a verla porque vio que Eric la miraba ceñudo.

—¿Cuándo qué?

—Como no te calles, te juro que voy a meterte la bolsa de suero en la bocota —la reprendió Eric amenazándola con un pedazo de pan que David no había tocado.

—¿Creyeron que estaba muerto? —les preguntó sin mucho afán, puesto que Zúñiga ya le había contado algo—. ¿Es eso?

—¿Ya estás contenta, bruta? —Eric volvió a reprender a la muchacha y esta se mordió el labio inferior luego de musitar un '*lo siento*'.

Le causó gracia que tuviesen tantos reparos en hablar de su muerte; que cuidasen de sus palabras para que no se enterase de los planes del ejército. Sin embargo, no le sorprendió cuando el general se lo dijo. Habían pasado dos semanas sin señales de vida y todo apuntaba a que había perecido en manos enemigas.

—¿Papá y mamá saben que estoy vivo? —les preguntó.

—No les hemos dicho nada porque queremos que seas tú quien les hable. Queremos que les des la sorpresa; ellos piensan que sigues extraviado.

—Nunca estuve extraviado. Solo estuve lejos. Yo no me pierdo ni en un laberinto de mil hectáreas —repuso en tono serio porque se dio cuenta de lo mucho que le molestaba que concluyesen en que se había perdido.

El teléfono de Mirna sonó luego de algunos minutos. Ella le dijo que Ezequiel estaba afuera y que no lo dejaban pasar. Furioso e indignado, David quiso arrancarse el suero para ir en su búsqueda, pero la enfermera entró en ese momento para avisarle de la llegada del muchacho.

—Es una orden, cadete. Déjelo pasar ahora mismo o aténgase a las consecuencias —amenazó.

Eric y Mirna se miraron entre sí, pero decidió ignorarlos y continuó comiendo con tranquilidad. Aunque en el fondo estaba ansioso por ver a Ezequiel.

—Has cambiado mucho —dijo Eric luego de casi dos minutos en silencio.

Con aquella mirada molesta que le devolvió ante el comentario, su hermano mayor desvió la vista. No quería reprocharle nada porque sabía que Eric, además de ser su hermano y ser inocente de todas las acusaciones que había hecho en su contra, no era sino otro civil que nada sabía de los sacrificios que él había hecho a lo largo de los años.

—Estuve a punto de morir —dijo en tono frío, sin quitarle los ojos de encima al otro—. Prácticamente volví a nacer de una y mil formas. Intento despedir una parte de mí para poder continuar y...

La puerta se abrió y el moreno se adentró con una rosa roja entre las manos. Se miraron como aquella primera vez en la cafetería; se sonrieron con la misma complicidad, pero ya con la confianza que conlleva una relación seria y fuerte.

—Maldito seas, Gonzalo —dijo en tono bromista, a lo que David se rio al tiempo que le extendía el brazo sano para animarlo a darle un abrazo.

Eric retiró la mesilla y la bandeja para darles espacio. El moreno se acercó y le arrojó en

la cara la rosa en muestra de un falso reproche por la ausencia. No obstante, rápido se cubrió el rostro con una mano para llorar en silencio sin abrazarle. Ahí, de pie junto a la cama.

—Ven aquí, Eze —le pidió con una sonrisa de alegría al verlo tan conmovido—. Ven y abrázame. Te eché de menos, *Negro*.

No se dio cuenta de a qué hora salieron sus hermanos, pero cuando Ezequiel se derrumbó sobre su cuerpo en un fortísimo abrazo, reparó en la ausencia de los otros y en verdad agradeció que tuviesen dicha cortesía.

—Nunca quise pensar en que habías muerto, amor. —Le miró con los ojos aguados mientras le sostenía el rostro con ambas manos—. Todos decían que ya te habíamos perdido, pero yo no quería creerlo.

—¿Y lo terminaste creyendo?

Le negó con la cabeza mientras David le enjugaba las lágrimas con los dedos de su mano.

—Nunca Gonzalo, nunca lo creí. Siempre pensé otras cosas; incluso llegué a pensar en que te habías fugado para librarte de tu vida.

—¿Tenía esa opción? Mierda, ¿por qué no se me ocurrió antes? —bromeó ganándose un zape. Luego le sonrió mientras le acariciaba la mejilla izquierda—. Aféitame, Ezequiel.

El muchacho le asintió enérgicamente.

En el baño de la habitación se hallaba un kit de higiene personal. David lo vio entrar en el cuartito y suspiró hondo cuando escuchó el agua saliendo del grifo.

—¿Puedes levantarte por tu cuenta? —le preguntó asomándose por entre la puerta del baño.

—Sí, *señor*. —Con dificultad lo logró, pero Eze le acercó la silla de ruedas para conducirlo después de llevar con ellos el tubo que sostenía el suero.

Quedó de frente a un espejo y se sintió extraño al mirar su cabello largo, casi rubio y ondulado. Su barba estaba muy crecida y dispareja. Sus ojos tenían ojeras y su piel permanecía blanca de unos sitios y roja de otros pocos.

—Córtame el cabello con la uno de los lados y con la dos de arriba.

—¿Y te hago la manicura también? —bromeó el otro—. ¿Me ves cara de Juana la loca, eh? Yo no sé cortar el cabello. Bruto.

Se rio con amargura porque tenía una extraña sensación de alegría y tristeza. Entonces cerró los ojos y, al suspirar hondo, comenzó a llorar en silencio, cubriéndose la cara a medias con la mano raspada y herida.

Intentó calmarse en dos ocasiones, pero el dolor no menguó ni con el abrazo del otro. Ni se fue con la esperanza de estar vivo; ni sucumbió ante los sollozos de Ezequiel cuando, de rodillas junto a él, recostó su cabeza en su regazo y le abrazó por la delgada cintura.

—Lo siento tanto... —murmuró en un hilo de voz, reviviendo en su cabeza todos aquellos horribles momentos—. Siento que mi vida es una pesadilla; un tormento. Siento que le he fallado a cada persona que me ha querido. Que no merezco el cariño de nadie; y, aunque parezca egoísta, sé que los necesito a todos en mi vida. Que no puedo huir de mi familia ni de ti. —Lo miró porque el otro lo veía desde abajo—. Mereces a alguien mejor que yo...

—Gonzalo...

—*Shht* —chistó para evitar que lo interrumpiese—. Mereces a alguien mejor que yo, pero me alegra tu mala suerte. Me alegra tanto que seas ciego y que solo seas capaz de ver mi lado bueno. ¿Lo tengo, mi Negro? ¿Tengo un lado bueno?

Lo vio asentir con la cabeza una y otra vez, enjugándose las lágrimas y mirándolo con tristeza, relamiéndose los labios resacos de tanto en tanto. También estaba ojeroso y más

delgado, apenas y había notado lo triste que lucía.

» Yo no lo creo —contradijo—. Yo no creo en que tenga algo bueno. En este momento solo deseo volver a la Sierra y abrir fuego contra todos esos perros hijos de la chingada. ¡Perdí quince hombres, Ezequiel! —gritó llevándose la mano a la cabeza—. ¡Quince valientes murieron en mi misión!

—No llores, Gonzalo... —musitó con la voz enroquecida, acariciando su espalda baja luego de inmiscuir los dedos por entre la abertura de la bata.

—Nos atacaron y luego les seguimos pero eran más y tenían mejores armas —se lamentó—; lanzagranadas... Eran tantos que tuvimos que huir y todo mi convoy quedó hecho mierda junto con la tripulación. No sé ni cómo estoy vivo ahora mismo. Vi a mis hombres en llamas y la imagen va a perseguirme por el resto de mis días porque les prometí que estarían en casa muy pronto y no lo cumplí.

—No te atormentes así, Gonzalo —dijo en tono sereno, aunque podía percibirse la tristeza en su voz—. ¿Qué podías hacer tú si acabas de decirme que eran muchos y estaban mejor armados?

—Llévame a casa, Ezequiel —le suplicó ignorando su pregunta.

Demoraron unas horas para que los dejaran ir porque el personal médico no quería que David abandonase el hospital hasta dentro de dos días, pero al ser un capitán primero no les quedó más remedio que aguantarse y darle el alta a regañadientes.

Mirna y Eric subieron a la camioneta que habían rentado y los siguieron. Alan se hallaba despierto en la pequeña casa de Imelda cuando todos arribaron en silencio.

David lo miró e intentó sonreírle, pero solo pudo esbozar una mueca extraña que el otro seguro entendió.

—Me alegra que estés a salvo, David —le dijo en tono tímido, levantándose del sofá como si estuviese avergonzado.

—Gonzalo no se siente bien y ahora irá a descansar. Están en su casa, pónganse cómodos y nuestra cocina es su cocina —vociferó Ezequiel con amabilidad antes de conducir la silla de ruedas hacia la alcoba que compartían.

Eran las dos de la madrugada cuando se hallaron acostados en la cama. David continuaba portando su uniforme de gala porque se había negado a salir en bata del hospital. Seguía con el cabello largo, por lo que se lo había recogido un poco con la ayuda de un fijador; y la barba se había ido gracias a la intervención de su novio.

—Enciende la enredadera, por favor —pidió luego de quitarse el gorro y dejarlo sobre la mesa auxiliar.

Ezequiel le sonrió y lo hizo.

Pronto pudo ver los colores y sintió cierta calma en su interior. Finalmente podía decir que estaba a salvo; en casa.

Entonces pensó en lo cerca que había estado de la muerte. En la fragilidad de la vida y en el suspiro que siempre resulta ser. Miró los ojos oscuros de su novio y sonrió al sentir un impulso venir.

—¿Qué pasa? —preguntó Ezequiel contagiado por aquella sonrisa.

David quería decirle lo mucho que le había ayudado con su problema de TDAH cuando recién se conocieron. Estaba agradecido de que él no lo había juzgado como habían hecho las demás personas. Porque Ezequiel se había quedado y le demostró una paciencia que nadie le había demostrado nunca.

Desvió la vista un minuto y largó un suspiro hondo, uno de alivio y de paz. ¿Y qué si

estaba a punto de cometer una locura? ¿Y qué si era la mejor decisión de su vida? No lo iba a saber si no se arriesgaba, si no lo intentaba. Así que, armándose de valor, volvió a mirarlo y lo tomó por la barbilla para que este lo mirase también.

—Quiero estar contigo, Negro.

—Ya estás conmigo, Gonzalo. —Sonrió—. Estamos juntos en nuestra casa. Ya ha pasado la tormenta, ¿no lo ves?

Le asintió, aunque reparó en que tenía que ser más claro para que él entendiese a lo que estaba refiriéndose.

—Me refiero a que quiero que tengas todos mis beneficios, a que tú seas... parte de mi familia. Para eso tendrías que casarte conmigo, ¿me entiendes?

—¿Me lo estás pidiendo o...? —inquirió confundido, incapaz de cerrar la boca por la sorpresa inesperada.

—Cásate conmigo, *friki de los imanes*.

26.

Eric estaba sentado en una mecedora en el patio trasero de la casa, aguardando por él.

David lo veía desde la ventana mientras Mirna cocinaba con la ayuda de Alan y Eze trabajaba en la cafetería.

Estaba tenso, sí.

Quería acobardarse, sí, pero ya no podía echarse hacia atrás porque se lo había prometido y, aunque podía fallarles a los otros al no controlar las situaciones, se juró que no iba a fallarse a sí mismo.

Suspiró cuando tocó la puerta mosquitera y esta rechinó un poco al abrirse. Eric lo volteó a ver y sonrió al percatarse de que llevaba dos cervezas en las manos. Quería beber con su hermano mayor porque nunca lo habían hecho solos.

—¿Quieres reventarme el estómago, enano? Son las diez de la mañana —le dijo con una sonrisa, pero igual le aceptó la bebida.

Ayudándose de su muleta, el aludido se acercó sin mediar palabra y con cuidado se sentó en el borde del pequeño deck de madera, ignorando a Eric cuando este le ofreció la mecedora.

Carraspeó la garganta y lo miró de soslayo. Vio que su hermano abría su cerveza y lo imitó, aunque no le apetecía en lo absoluto.

¿Cómo empezar? ¿Qué decir?

—Eric —lo llamó sin mirarlo a los ojos.

—¿Qué?

Negó con la cabeza, pero rápido asintió, convenciéndose de que estaba haciendo lo correcto.

—Toda mi vida... —Suspiró—. Toda mi vida tú has sido como una muralla... —Lo miró y vio que este no sonreía, estaba muy serio, pero atento—. Crecí a tu sombra; crecí creyendo que debía ser como tú. Papá decía; mamá decía; todos decían: *Eric esto; Eric aquello. Eric no era así cuando tenía tu edad; Eric era responsable; Eric sufrió carencias y es un hijo estupendo; maravilloso.*

Los ojos de Eric se aguaron mientras negaba con la cabeza ligeramente.

—No fue así, David —murmuró.

—Yo me sentía mal, ¿sabes? Primero te admiraba y quería ser como tú porque también yo veía que eres bueno. Luego empezaron a compararme contigo y me hundí profundo en una especie de envidia, de rabia... Estaba celoso de ti porque eras una muralla... —repitió antes de dar el primer trago—. Una muralla que siempre me impedía seguir hacia adelante. Una que me impedía retroceder o si quiera pensar en escapar. Luego te convertiste en cuatro paredes que me encerraron; en un laberinto sin salida...

—Lamento que...

—No —lo interrumpió mirándolo a los ojos—. No me hagas sentir más mierda disculpándote por algo que no fue tu culpa —repuso y dio otro trago; luego perdió su vista en el tendedero, donde se hallaban colgadas algunas camisetas de Ezequiel—. Yo no voy a culpar a nadie de esto; no te diré si fueron nuestros padres o si solo fui yo. Me he cansado de vivir apuntando a las personas; de esconderme tras las acusaciones injustas que hice. Tampoco quiero que se disculpen conmigo. Solo quiero pedirte perdón por haberte ignorado y por haber sentido todo esto durante tantos años.

—Yo no lo sabía; no tenía idea de que te sentías así conmigo. ¿Por qué nunca me lo dijiste, David?

Torció el gesto y se encogió de hombros como restándole importancia a aquella pregunta.

—Creía que era una estupidez mía y que solo ibas a reírte. Pensé que harías chistes de todo esto...

—Sabes que yo no soy así —comentó—. Jamás me burlaría de ti ni de Mirna o Mauricio. Tú me conoces...

Se rio de pura ironía.

¿Acaso nunca se equivocaba? ¿Acaso siempre tenía las palabras correctas?

Lo miró e intentó encontrarle algún fallo, pero no pudo hallar ninguno. Tenía esa mirada compasiva que, por mucho que odiase, también le hacía sentir que las cosas mejorarían. Porque Eric era el ejemplo de un hermano mayor excelente, y él solo tenía el papel del hermano de en medio.

» Eh —lo llamó. David lo volteó a ver y le interrogó con un movimiento de cabeza—. ¿Dónde está mi hermanito el desmadroso? —bromeó.

—Se convirtió en hombre. Ahora mata y recibe honores por eso. —Y le pegó otro trago a la cerveza.

—¿Eres feliz en el ejército? ¿Eres feliz aquí en Ciudad de México? ¿No echas de menos el norte?

—El ejército es parte importante de mi vida. Ahora más que nunca me siento comprometido. Voy a seguir luchando y trabajando por mis hombres; por los que dieron sus vidas y por los que están dispuestos a hacerlo al primer chasquido de dedos. Jamás lo dejaría. Y sí, ahora soy feliz aquí en Ciudad de México.

Se quedó pensativo unos minutos, viendo por el rabillo del ojo que su hermano bebía con tranquilidad, también pensativo, como sopesando en las palabras que acababa de decirle.

Lo miró y le sonrió.

Ya estaba poniéndose viejo, pero seguía siendo atractivo. Los treinta y tantos le sentaban de lujo; al menos no se le podía ver ninguna cana como a Alan.

—Estoy pensando en todo esto que me dices —le dijo en tono nervioso—. Me duele enterarme tan tarde. Te juro que si lo hubiese sabido desde antes, las cosas habrían sido distintas, y yo...

—El hubiera no existe —interrumpió—; no te atormentes —le dijo al recordar que Eze le decía aquella frase cada vez que su cabeza, laberíntica, se hacía líos mentales—. Ahora solo queda esto; lo que somos y lo que falta por caminar. —Volvió a sonreír y le tendió la mano, buscando con añoranza el contacto con su piel tibia. Eric la sujetó y se la apretó de un modo cariñoso—. Perdona por ser tan hijo de la chingada contigo, Eric —se disculpó mirando aquel semblante compasivo.

En respuesta, su hermano le soltó la mano y fue a sentarse a su lado, colocando la cerveza entre sus rodillas para abrazarlo. David le pasó el brazo por la cintura y recargó su cabeza en el hombro de este.

—Nunca te disculpes por algo que sentiste y que encima te hacía daño —le musitó—. Si algo te hice fue sin darme cuenta, pero eso no quita que yo tenga culpa por ello.

—No...

—Que sí, hombre. Yo debí frenar a nuestros padres cuando te comparaban conmigo. Siempre creí que estaban desesperados porque eres muy rebelde, pero no fui capaz de darme cuenta de que eso te hacía tanto daño. Y yo no quiero que me odies; me rompe el corazón saber

que mi hermanito me detesta.

David le cogió el rostro desde la barbilla y miró su reflejo en aquel par de ojos llorosos. ¿Cómo odiarlo? ¿Cómo detestarlo si seguía siendo genial?

—Nunca —susurró.

Volvieron a abrazarse allí sentados en el borde del deck. Hombro contra hombro, cabeza con cabeza. Se sujetaron las manos entrelazadas. Y, aunque solo fueron unos minutos de contacto, David volvió a sentirse de doce años; sintió que el tiempo se detenía de nueva cuenta, que el pasado se asomaba al presente para decirle que aún había esperanza y tiempo para recuperarse.

—Casi lo olvido...

—¿Qué cosa?

Lo vio extraer de su chaqueta un pañuelo negro que formaba un pequeño cuadrado. Eric lo desenvolvió con cuidado y luego le mostró una esclava que pronto pudo reconocer.

—¿Te acuerdas de esto?

—Claro. Te lo di en una Navidad, creo.

—¿Qué dice aquí? Toma, léelo.

Sostuvo la joya y leyó:

—*Héroe*. —Se rio con cierta vergüenza.

—Hazme el favor de ponértela, David —le pidió cuando cruzaron miradas—. Esa esclava, yo solo te la cuidé durante todos estos años. Aquí el único héroe eres tú. Póntela, por favor —insistió.

Forzando una sonrisa para ocultar lo emotivas que le resultaron esas palabras, David se la y le quedó perfecta.

—Gracias, Eric.

Sus hermanos se marcharon a la tarde siguiente y prometieron guardar el secreto de que había regresado *a la vida*. Porque David prometió volver al norte en cuanto arreglase su situación legal con el ejército, ya que había sido multado por salirse del hospital a la fuerza.

Esa vez no habría nada ni nadie que le impidiese ir a ver a su hijo y a Mauri; ni a los *señores Duarte*.

Tendría que hacerle frente al futuro, a aquel que, en secreto, había sido el protagonista de sus más bonitas ensoñaciones.

Sentado al comedor con café en mano, observó por la ventana las gotas de lluvia y sintió paz por primera vez en tantísimo tiempo.

Ezequiel estaba por llegar con la caja de pollo frito para la cena. Se estaba tardando más de la cuenta y él ya tenía hambre.

Entonces escuchó el auto estacionándose y después oyó unas voces provenientes del exterior, antes de que la puerta se abriese. Volteó hacia el umbral y pronto se halló con la cara curtida de doña Meche.

Se puso de pie con la ayuda de su muleta y recibió con mucho cariño ese abrazo que, sin sospecharlo, le había hecho mucha falta. Se mantuvieron así, sellados, enfrascados en aquel abrazo que duró algunos minutos.

—Ya te hacía tieso, mijo —murmuró la anciana provocándole una carcajada—. Ya hasta te había prendido una velita y había puesto un moño negro en el portal de la casa.

—¿Ya ve cómo es, doña? —bromeó cuando la escuchó sollozar en su pecho. Entonces se permitió apretujarla con un poco más de fuerza y ella le palmeó la espalda con cariño—. ¿Cómo cree que iba a morirme sin antes no haberle ayudado con el jardín?

—Chambón —murmuró la vieja—. Desde hace mucho que cambié de jardinero, ¿verdad, Negro?

—Sí, doña —respondió el otro mientras buscaba una pierna de pollo en la caja que ya estaba encima de la mesa.

Rompieron el abrazo cuando Ezequiel les dijo que se sentasen para comer. Ya había dispuesto tres platos y servido tres vasos de refresco con hielos.

—Quiero que vaya al norte conmigo, Mercedes —le pidió, pero la vieja, mientras masticaba un bocado, le negó con la cabeza—. ¿Por qué no quiere venir?

—Mis matitas —acotó—. Mi casa. Yo no puedo irme y dejarla sola porque se mete un pinche chundo y me dejan en la calle. Además, ya soy muy vieja y no aguanto el viaje. Son muchas horas con el culo aplastado. Me van a salir hemorroides.

—Pero si es en avión, doña —le dijo Ezequiel—. No son tantas horas y es vuelo directo.

—Uy, no, menos me subo a un pájaro de metal. No vaya a estrellarse y valiendo verga mis begonias... No, no.

David y Ezequiel se rieron. Este último le había dicho que Mercedes no querría acompañarlos y no se había equivocado.

—Y yo que quería presentarle a mi hijo...

La mujer lo miró con cara de circunstancias, provocando que David soltase una carcajada y Ezequiel otra.

—¿De cuándo acá tienes chamacos tú?

—No es mi hijo biológico —aclaró—, pero como si lo fuera, eh. Es mi sobrino, pero yo le ayudé a mi hermana a criarlo y él me dice papá.

David creyó que Mercedes iba a echarle en cara lo de la familia y la supuesta orfandad, pero la mujer, en silencio y con una sonrisa preciosa, le asintió con la cabeza y siguió comiendo, mirándolo de tanto en tanto con la misma expresión maternal.

—Pues tendrás que traerlo para que yo pueda conocerlo algún día.

—Seguro que sí, doña.

Las heridas de su pierna ya estaban cicatrizando, pero seguía sin poder apoyar el pie en el suelo por el dolor que sentía cada vez que la piel lacerada se le estiraba. En el hospital le habían dicho que se lavara con agua y espuma de jabón, para luego rociarse con un antiséptico y untarse una pomada de óxido de zinc.

Sentado en la tapa del váter y con la pierna sobre el muslo de un Ezequiel en cuclillas, David lo observaba mientras este le hacía las correspondientes curaciones, luego de la ducha y de haberse cortado el cabello con la máquina de afeitar.

—¿Te duele? —le preguntó una vez que comenzó a untarle la pomada.

—No —mintió, aunque el dolor no era insoportable.

—Pues ya casi termino. Solo un poco más y como nuevo. —Le sonrió y David no pudo contenerse de tocarle un hoyuelo; lo que provocó una sonrisa más marcada en el mesero—. Estuve pensando en lo que hablamos anoche, ¿sabes? Lo de meterme a estudiar...

Le había ofrecido pagarle la carrera de medicina porque su sueldo ya se lo permitía, aunque Ezequiel tendría que pedir media beca y no podrían gozar de ninguna clase de lujo por lo costosas que llegaban a ser las colegiaturas.

—¿Qué pensaste? ¿Te animas?

—Estaba pensando en estudiar en el Colegio de Medicina, en la militar —respondió sin mirarlo, todavía masajeando con cuidado las zonas más enrojecidas de la piel de David—. Ahí es gratis y...

—No —interrumpió tajante, ganándose la mirada del otro—. En la militar nada es gratis, no te equivoques, Negro. Quizás los estudios lo son, pero luego pagas de mil formas que no quiero contarte porque ya te harás una idea tú solo. Si vas a estudiar lo que quieres, que sea sin verdaderos sacrificios, ¿oíste?

Ezequiel le sonrió forzosamente, como avergonzado.

» Tú no tienes vocación para ser guacho. Y yo no lo soportaría.

—¿Por qué no?

A su memoria llegó todo de golpe: el bullying por parte de los de segundo y quinto; la discriminación hacia Yosef por su condición de transgénero; el machismo en la vida castrense; el sacrificio de vivir siempre en alerta, con los minutos contados y la vida pendiendo de un delgado hilo; los gritos de los superiores y las humillaciones que recibían los homosexuales declarados. Luego pensó en las muertes; en el fuego cruzado; en la sensación de tener el estómago vacío y la cabeza hecha mierda; en el dolor y la soledad más terrible.

—Porque lo digo yo.

El aludido abrió ojos y boca como sorprendido, pero tenía un gesto de diversión en el semblante.

—¿Solo por eso? —David le asintió—. ¿Y quién eres tú como para mandarme a mí?

—Soy tu dueño y te callas.

El muchacho le pegó en la boca sin ejercer demasiada fuerza.

—Yo te mando a ti, señor capitán *hago lo que se me hinche*.

Estirando el brazo, David lo asió por la nuca y se acercó para besarle la boca con lentitud. Sintió sus labios tibios y su lengua dulce y pronto se halló encendido por el placer y por las ganas que, desde hacía mucho, ya lo consumían.

Ezequiel le retiró la toalla y le cogió el miembro luego de separarle las piernas; acto seguido, chupó la punta y bajó hacia la base con un beso húmedo, arrastrado.

De un momento a otro, lo tuvo tragando; subiendo y bajando sin apartar sus ojos marrones de los suyos, mostrándole los hoyuelos cada vez que cogía aire por la boca al sentirse superado por las ansias y la expectación del inminente orgasmo que, dadas las peripecias de su anterior estado de *abstemio*, no dudaría en llegar pronto.

Aquella noche fue Ezequiel quien lo montó durante largos minutos en los que se dispusieron a entregarse como si fuese la primera vez. Apretándole los pectorales con fuerza, aguantó hasta que el muchacho se derramó primero sobre su pecho. Luego, únicamente al ver el gesto de placer en su rostro, David descargó en su interior, estrujándole por las caderas afiladas, como si buscase partirlo en dos.

Respirando por la boca, todavía recuperándose del arduo combate, se relamió los labios y soltó una risa nasal cuando sintió que Eze entrelazaba sus dedos y con la mano libre le limpiaba el semen del pecho con la ayuda de una camiseta.

Luego se acurrucó como solía hacer después de hacer el amor. Colocó su cabeza en el pecho de David y suspiró profundo antes de comenzar a jugar con los escasos vellos de su pecho, con aquellos graciosos remolinos castaños que se formaban alrededor de sus tetillas.

—La respuesta es sí —le dijo.

David contuvo el aliento unos segundos y pronto se halló sonriendo como un bobo. Ezequiel lo miró serio.

—¿En serio?

—Sí —afirmó con seguridad.

Al fin había logrado algo que le hacía realmente feliz. Después de haber ganado las

olimpiadas, no había conseguido dicha más grande como la que sintió aquella noche, cuando su novio, aquel mesero que lo flechó de manera inmediata, le dijo que sí aceptaba casarse con él.

—No te vas a arrepentir, Negro...

—Y contigo sé que tampoco me voy a aburrir —bromeó, antes de dejarle un beso en los labios.

A la mañana siguiente, mientras Ezequiel dormía, David se dispuso a buscar un par de sortijas y rentó un traje para su novio. Uno que vio en el escaparate de una tienda de fraques.

Habían decidido casarse sin hacer escándalos por la profesión de David; aunque este manifestó que no le importaban las habladurías, Ezequiel pidió discreción y le dijo que estaría más tranquilo si las cosas quedaban entre los dos. De todos modos, David, como un niño entusiasmado luego de haber comido chocolate y golosinas, invitó a Mercedes y a Karen para que fuesen las testigos de su enlace nupcial por la vía civil.

Ya lo convencería de gritarlo a los cuatro vientos algún día.

Ezequiel no fue a trabajar esa mañana de jueves. David lo convenció para que llamase y renunciase porque le pidió que se fuesen juntos al norte y que tomasen ese año como luna de miel.

Soñando despierto, se vio rentando un pequeño piso y yendo a la escuela todos los días a recoger a Neza. Pasarían todas las tardes haciendo ejercicio en la Macroplaza, caminando junto al Río Bravo, volando cometas, pescando; quizás invitarían a Jorge y a los otros.

Quería ser feliz por primera vez en su vida; feliz como las personas de los comerciales que pasaban por la TV.

Vistió su uniforme de gala y portó su arma de fuego con orgullo cuando estuvo frente al juez que iba a hacerles el favor de unirlos para siempre.

Y pensó en el Alpes; en los picachitos; pensó en el pene de silicona de la maestra de Biología; pensó en los Mantarrayas y en lo rápido que había corrido el tiempo.

También pensó en que no estaba prestando atención a las palabras del juez. Estaba tan abrumado y su corazón latía con furia mientras tomaba de la mano a su futuro esposo.

Pensó en las burbujas que le murmuraban cuando caía de cabeza hacia la nada. Pensó en que, en el fondo, todos los clavadistas eran suicidas, porque, ¿quién salta de cabeza hacia la nada?

Pensó en el Salto inverso...

Y luego dijo: *Sí*.

Habían quitado la cerca metálica y la habían reemplazado por una valla de madera de jardín en tono blanco. También notó que la casa entonces estaba pintada de un bonito azul y que había muchas flores distribuidas en macetas de todos los tamaños.

Se quedó mirando un naranjo y notó los listones amarillos que colgaban de este y que se mecían con el suave y frío viento de enero.

Había una camioneta de último modelo aparcada afuera de la cochera, en la *canchita* de baloncesto de Eric. Ya no estaba la canasta ni el tablero. Ya no quedaban indicios de que alguna vez, esa casa, estuvo habitada por cuatro niños.

Volteó a ver a Eze y este le sonrió. Quiso decirle que esa había sido su casa durante muchos años, pero no era necesario porque ya le había dicho que vivía en ese suburbio.

Cogió una piedra de entre el césped recortado, una de esas que estaban pintadas de blanco y que circundaban un limonero pequeño; la apretó en su puño unos segundos y, sonriendo, miró la ventana que daba a la sala de estar. Apuntó echando su brazo hacia atrás para coger velocidad, y la lanzó hasta que esta rompió el cristal ocasionando un estruendoso sonido.

—¡Gonzalo! —exclamó Ezequiel sorprendido cuando lo escuchó reír ante la travesura.

La puerta se abrió y por esta se asomó un hombre alto, de cabello entrecano y de gesto serio. Apenas dio unos pasos con el ceño fruncido y el diario hecho un tubo entre sus manos. Rápido negó con la cabeza y sonrió.

—¿Va a llamar a la policía, señor Duarte?

—¡Lucía! ¡Lucía! —gritó como un histérico mientras rompía la distancia dando zancadas—. ¡Lucía no vas a creerlo!

Se abrazaron; un civil y un militar; solo un padre y un hijo. Se quedaron ahí como adheridos por la alegría y la nostalgia del tan esperado reencuentro.

David sentía su corazón latiéndole con ímpetu, como si quisiese salirse del pecho por la emoción que lo embargó al escuchar a su viejo llorar desconsoladamente, aferrándose a él como si fuese un naufrago a la orilla de un océano de enemistad y silencio.

—¡Oh, por Dios! —Escuchó a su madre y la miró dar brincos entre gruesos lagrimones que no podía contener—. ¡Oh, por Dios!

Pronto se hallaron abrazados los tres; como nunca lo habían hecho. Los padres lloraban y le acariciaban las mejillas, la cabeza. Los ojos de Jorge, aunque enrojecidos y llorosos, lo veían con orgullo y con un dolor que no supo esconder.

—Volviste a casa... Sí volviste, hijo —pronunció el hombre con la voz ronca y áspera.

—Aquí estoy, papá...

Su madre los apartó para poder abrazarlo solo ella, de una manera egoísta, como si su amor de madre quisiera abarcarlo todo. Lloró sobre su hombro unos instantes; David le frotó la espalda alta y le acarició los hilos castaños con su mano libre. No podía dejar de sonreír; ni siquiera sentía el dolor en la pierna; tampoco había notado que la muleta ya la tenía Ezequiel que, a solo unos pasos de ellos, observaba la estampa con una sonrisa y con lágrimas en los ojos.

Lo miró un momento y sintió un nudo en la garganta porque sabía que él estaba solo. Sus padres habían muerto desde hacía algunos años; luego Imelda.

—Ven aquí, Negro. —El muchacho apretó los labios al tiempo que abrazó la muleta contra su pecho. Dio unos pasos y miró a los suegros con una sonrisa—. Él es Ezequiel Duarte-

Mijares, mi esposo.

Lucía y Jorge se miraron unos segundos como sorprendidos. Luego le tendieron las manos para saludarlo, para darle la bienvenida a la familia.

Se presentaron sin formalidades; rápido, como si tuviesen miedo de despertar de algún extraño sueño.

—Mucho gusto, señores Duarte...

David creyó que iban a interrogarle, que lo reprocharían por no haberles avisado de su compromiso, pero no fue así. Ocurrió lo contrario; los felicitaron y los hicieron pasar a la casa rápidamente.

En el pequeño recibidor, en una de las perchas, David dejó su chaqueta camuflada y se quitó el cinturón con el arma para no asustar a Mauricio. Luego observó la sala de estar y vio todo distinto a como solía recordar que era. Habían cambiado los muebles por unos sillones negros que resaltaban con el tono gris claro de las paredes repletas de fotografías, con marcos oscuros para no desencajar con el ambiente moderno. El pinito seguía en una esquina, con las luces encendidas y algunas decoraciones de renos.

—Veo que se las arreglan sin mí —dijo al observar que todo estaba en orden; limpio y pulcro.

—Hijo, siéntense, por favor —pidió Jorge y ambos obedecieron, sentándose uno junto al otro en el sofá de tres plazas.

—Haré café —dijo Lucía.

—¿Dónde está Mauri?

—Está durmiendo la siesta; ya no debe tardar en despertarse.

—Iré a verlo.

Cuando abrió la puerta de la habitación del muchacho, se dio cuenta de que estaba vacía. Solo había una cama y una cómoda. Le extrañó un poco, pero algo le dijo que buscase en la suya y, movido por su instinto, fue ahí donde lo halló durmiendo.

Entró sin hacer ruido y se sorprendió de ver que, a pesar de que toda la casa se veía distinta, su habitación seguía siendo la misma; el mismo escritorio se hallaba en el mismo rincón donde solía sentarse a dibujar.

Las paredes seguían conservando la pintura de antaño y los viejos pósteres percutidos continuaban en los mismos sitios donde él los había pegado cuando era un adolescente.

Habían conservado todo igual, como si el tiempo no hubiese transcurrido, como si se hubiese congelado solo para esperarle.

Dio unos pasos cuidando de no hacer ruido; se quedó junto a la cama y lo observó dormir, buscando diferencias entre el niño que había dejado llorando y el joven que entonces, como un intruso, ocupaba su cama y vestía sus viejas prendas del instituto.

—Mauri —lo llamó en un susurro cuando se sentó al borde del colchón para verlo mejor—. Mauri, abre los ojos; estoy en casa...

El joven escuálido y rubio lo miró sin parpadear, con la boca abierta. David sonrió y se quitó el gorro militar para ponérselo al otro.

» ¿Cómo has estado, perrito?

Y el muchacho comenzó a hiperventilar; sus ojos azules pronto se anegaron en lágrimas; sus manos empuñadas intentaron golpearlo, pero David sabía cómo responder a esos episodios. Rápido se acostó tras él y lo inmovilizó con un abrazo, acomodando su mentón sobre el flacucho hombro del menor de los Duarte.

» ¿Qué ocurre? ¿No querías verme? Porque yo me moría de ganas por estar aquí contigo

—le confesó con voz serena y le dejó un par de besos en la mejilla derecha—. Tuve que recorrer mucho para verte, Mauri... Estuve en una excursión en el bosque y vi muchos amaneceres frente a mi fogata; luego caía la tarde y el cielo se pintaba de rosa y naranja. Y, por las noches, antes de irme a dormir, pensaba en ti. ¿Recuerdas lo que te dije antes de marcharme? ¿Recuerdas que te dije que iría a buscar a un niño que se perdió dentro de su propia casa? Pues lo encontré, ¿sabes?

Lo oyó llorar ahogadamente y sonrió porque no eran necesarias las palabras como para siquiera sospechar que Mauricio estaba contento.

» Ese niño estaba en el bosque, Mauri. Estaba ahí solito sintiéndose solo y triste porque pensaba que nadie lo quería. Y yo lo rescaté. Al principio no lo reconocí.

—¿Por qué?

—Porque tenía barba, ¿por qué iba a ser? —bromeó—. No lo reconocí porque ya no era un niño; ya era un hombre. Ya no era ese niño que no sabía ni lo que quería, ya era un hombre que me dijo: *llévame con Mauri, David*.

El joven se viró para verlo con los labios temblorosos y los ojos enrojecidos. David lo sujetó con firmeza por la espalda baja.

—¿Dónde está?

—Soy yo, Mauri.

—¿Tú? —Y le tocó el rostro con las manos delgadas, palpando sus rasgos como si lo estuviese reconociendo.

David le asintió y le murmuró un *sí*. Mauri rompió en llanto refugiándose en su hombro. Lloraba y reía como un loco; y él solo podía sentir una especie de calor invadiendo su pecho.

—Ya, ya no llores; ya estoy aquí y voy a quedarme todo un año contigo y con Neza. Vamos a hacer muchas cosas juntos, ¿quieres, Mauricio?

—Da-vid —pronunció—, Da-David vol-vió...

—Sí, aquí estoy contigo.

—Da-David vol-vió —repitió entre sollozos y el aludido asintió antes de dejarle otro par de besos en la mejilla húmeda.

—¿Me extrañaste?

—Quiero ir contigo, cuando te vayas...

—¿Quieres irte conmigo a Ciudad de México?

—Mamá me trata como un niño y yo ya no lo soy.

David se rio.

—Ya no lo eres, eso puedo verlo.

—Soy un adulto y no necesito que me cuiden tanto.

—Se lo diré a mamá para que lo entienda y después le decimos que te irás conmigo. ¿Te parece?

—Sí.

Se sorprendió de ver lo mucho que había crecido y madurado. A pesar de lo que Mirna le había dicho, se dio cuenta de que Mauricio no era un retrasado, solo un incomprendido más. Alguien como lo había sido él.

—¿Por qué estás usando mi ropa vieja, eh?

—Te la iba a pedir pero no estaba...

Se le quedó viendo con los ojos bien abiertos y David supo que estaba preocupado.

—Te la regalo.

—Gracias, Da-David.

—Quiero presentarte a alguien que vino conmigo. ¿Te sientes listo para bajar?

Sentados en la sala de estar, se hallaban sus padres charlando amenamente con Ezequiel. Jorge le mostraba un álbum de fotos a su entonces esposo y su madre sonreía con su café entre las manos cuando ambos bajaron.

David presentó a Mauricio y Ezequiel, quien ya sabía que el muchacho era autista, solo le sonrió para no atosigarlo. No le dijo que eran esposos porque no deseaba abrumarlo; ya lo descubriría con el pasar de los días; ya tendría tiempo de asimilarlo y de acostumbrarse al moreno.

Hablaron de la Navidad pasada. Le dijeron que lo habían pasado algo tristes porque lo echaban de menos; él les dijo que había estado deseando, desde hacía varios años, estar con ellos y acompañarlos en tan especial fecha.

—¿Por qué no repetimos Navidad, Lucy? —sugirió su padre en tono entusiasta. Luego apuntó el pinito, y dijo—: Ahí está el pino todavía. Nos sobró mucho papel para envolver regalos y David está en casa.

La idea le entusiasmó, pero solo se limitó a mirar a su madre en espera de una respuesta.

—Me encanta la idea —dijo ella—. Así también Neza podrá tener a su padre y estoy segura de que Eric y Alan podrán acompañarnos si la organizamos para pasado mañana.

Desde su lugar, allí en esas cuatro paredes que lo comprimían como una sardina en una lata, escuchó el ruido, la música y las risas de los otros.

Sentía que volvía a ser un niño y que jugaba al escondite con Ezequiel y con sus padres. Que tenía que quedarse quieto y callado hasta que se llegase el momento.

Luego, escuchó la voz de Mirna y los pasos pequeños de su hijo. No dejaba de preguntar por qué Navidad otra vez. Pero en su voz se percibía la alegría y el entusiasmo.

—Abuela, ¿de quién es ese regalote? —preguntó de pronto y David sonrió en medio de la oscuridad.

—Es tuyo, pero no vas a abrirlo ahora —dijo Mirna—. Lo abrirás más tarde, cuando yo te diga.

—¿Qué es? ¿Me das una pista? —inquirió en tono desesperado.

—Deja que lo abra ya, cariño —permitió Lucía.

—¡Por favor, mamá! ¡Por favor!

—Espera a que configure esta cámara y lo abres.

A los pocos minutos sintió unos golpecitos cuando Neza intentaba abrir su *obsequio*. Y no pudo aguantarse las ganas de salir de su escondite, sorprendiendo al niño que pronto retrocedió cuando vio que la caja se movía sola.

—Sorpresa, hijo.

Neza no lloró como hicieron todos, él le saltó encima y se colgó de su cuello como un pequeño mono. Los demás sonreían e inmortalizaban el reencuentro con sus teléfonos; Mirna era la única que filmaba con una verdadera cámara de video.

—Papá... —Le suspiró al oído con la voz quebrada—. Viniste para Navidad, papá...

—Sí, mi Negrito, al final sí lo logré. Tú me diste fuerzas para poder sobrevivir, para seguir luchando.

—Sabía que vendrías. ¡Yo lo sabía!

Se miraron a los ojos y David no pudo contener las lágrimas al ver lo mucho que había crecido su hijo; al imaginarse todos aquellos momentos de los que se había perdido gracias a la ausencia y a la distancia. Sabía que vendrían muchos más, pero era inevitable no lamentarse por el tiempo perdido.

Neza le enjugó las lágrimas y él le sonrió en agradecimiento.

Se sentía agradecido con la vida por esa nueva oportunidad. Porque estaba vivo y estaba con los suyos.

—Tengo algo para ti —le dijo y, de su chaqueta, extrajo una caja alargada que le brindó.

El niño bajó de sus brazos y la abrió apresurado.

—¿Cuándo se te va a quitar la fea costumbre de regalarle cosas horribles a Neza? —inquirió Mirna cuando el niño tuvo entre sus dedos una bala.

—Estuvo dentro de mi brazo —le dijo al rostro emocionado del pequeño, ignorando la pregunta de su hermana.

—¡Wow!

—La saqué con una navaja —comentó y el pequeño abrió los ojos aún más—. Sin anestesia —presumió.

—¡Doble wow! —exclamó.

David se puso en cuclillas, aguantándose el dolor de la pierna. Quería estar a su altura y Neza no había heredado la estatura de los Duarte. Todos se quedaron en silencio. Ezequiel ya los acompañaba y observaba la escena con una sonrisa.

—Esa bala es un recordatorio de la maldad —le dijo—, pero también es el símbolo de que el bien siempre triunfa. De que la vida, a pesar de ser corta y frágil, es bella y fuerte. Quiero que guardes esa bala y que recuerdes que no debes rendirte nunca, hijo. Que no importa lo que la gente opine de ti; que no importa si no creen en ti; lo que de verdad importa es tu fuerza interior, porque esa, no te la puede arrebatar nadie.

—Te amo, papi.

—No más que yo.

Eric y Alan llegaron al poco tiempo y se unieron al festejo con un montón de obsequios que depositaron bajo el pino azul.

Lucía y Mirna los llamaron para sentarse a la mesa a comer. Jorge le cedió su lugar insistiendo en que quería verlo allí sentado. Luego, cuando consiguió su objetivo, llamó la atención golpeando con una cuchara su copa de vino. David lo volteó a ver como hicieron todos, y Jorge dijo:

—Hace unos años viajé a París y por mi orgullo no pude acercarme para felicitar al hombre que le dio el oro a nuestro país con ese mortal que me cortó el aliento. Estuve en primera fila y aplaudí cuando te vi subir a la plataforma de diez metros... —le dijo y David le asintió con la cabeza solo por hacer algo. No podía creer que su padre había estado en las olimpiadas—. Siempre que te veía salir de casa con tu equipo de natación, pensaba: *¿cuánto va a durar este capricho? ¿Cuándo se va a cansar de la piscina?* Luego empezaron a llegar los reconocimientos y los trofeos; las medallas y las menciones que atesoro en un álbum muy especial. ¿Es tarde para decirte lo orgulloso que estoy de ti, hijo?

—No, papá...

—En el fondo somos iguales, David. Somos parecidos en muchos aspectos, pero tú eres mejor hermano y padre que yo. Y eso no podré superarlo nunca, porque yo no te lo enseñé.

—Debiste acercarte en las olimpiadas... Me habría sentado bien un poco de apoyo, pero te entiendo...

—No tenía cara —respondió—; no después de haberte fallado tantas veces. Decidí esperar para ver si acaso me veías entre el público, pero jamás volteaste y lo entendí todo. No me esperabas...

—Siempre te esperé, papá.

Los ojos se le aguaron a Jorge cuando Ezequiel le apretó la mano a su hijo en muestra de

apoyo.

—Papá, tengo hambre. —Neza rompió la escena, y todos, incluyéndose, se rieron a carcajadas antes de permitirse los alimentos.

—Vamos a ir a pescar los dos solos —dijo el hombre luego del segundo bocado—. Hay unos trucos que quiero enseñarte; trucos para sobrevivir en medio de la nada. En situaciones de emergencia.

Para esas situaciones, David sabía que solo la perseverancia, la voluntad y el amor valían. Lo demás estaba de sobra, pero no quiso decirlo porque no deseaba contradecir a su viejo.

Jorge fue el más animado de todos. Bailó con Mirna y con Lucía; brindó y bromeó, siempre tratando de agradarle a David.

Luego salieron al jardín solos, con cerveza en mano. Se posicionaron bajo un árbol del patio trasero y Jorge encendió un cigarrillo mirando hacia el cielo con una sonrisa de gratitud en su semblante alegre.

Tenían tantas cosas de que hablar y muchas anécdotas por contarse. David no sabía por dónde comenzar y Jorge parecía estar en las mismas porque solo era capaz de mirarle con aquella sonrisa de orgullo y de felicidad.

—¿Fumas? —Le ofreció el cigarro, pero este le negó con un movimiento de cabeza. Jorge le dio una calada honda, y luego agregó—: Bueno, en eso no nos parecemos.

Se le quedó viendo y notó que, a pesar de estar contento y risueño, no había perdido el gesto serio de hombre estricto, aquel que en el pasado, cuando era un adolescente, llegó a odiar.

Pero ya no había odio ni rencores. Todo había quedado atrás, en el bosque, entre las llamas; en la soledad del cardencillo que le cantó para animarlo.

Ya lo había perdonado; a todos, pero especialmente a su padre. Y quería decírselo, pero no lo creyó necesario porque su mirada mostraba la más sincera alegría; porque ya le había cedido su lugar en la mesa, porque también Jorge lo había perdonado a él.

—Te quiero, papá —le dijo mirándolo a los ojos.

Jorge se enjugó una lágrima y arrojó al suelo su cigarrillo a medio acabar. Acto seguido, le extendió los brazos y David se lanzó a ese abrazo como cuando era un niño pequeño y corría a recibirlo cada vez que lo veía llegar del trabajo.

—No más que yo, hijo —le devolvió las mismas palabras que él le había dicho a Neza—. No me quieres más de lo que yo te quiero a ti, mi pequeño gigante. ¿Alguna vez te conté de cuando naciste? —le preguntó al oído, todavía sin romper el abrazo que tanto necesitaban los dos.

—No, nunca.

—El doctor nos dijo que tu corazón latía muy débil y que lo más probable sería que no ibas a lograrlo, pero Lucy y yo no quisimos creerle y luchamos por que nacieras y vivieras sano... Naciste a los seis meses de gestación y pesaste apenas dos kilos...

—¿En serio?

—Sí, hombre. —Se apartó un momento para verlo y le mostró la palma de su mano, solo para decirle—: Cabías aquí en mi mano...

—No me lo creo...

—¡Pero en serio! ¡Eras tan pequeño que cabías en mi caja de zapatos! Contigo nos ahorramos la cuna y todas esas cosas para bebés —bromeó—. Debe haber unas fotografías por ahí; voy a buscarlas para que las mires.

—Me gustaría ver eso...

Aquella noche se sintieron como lo que David siempre quiso que fueran: como un par de

amigos que, sin importar el tiempo y la distancia, siempre se mantienen unidos por un lazo inquebrantable y poderoso.

Se reconocieron nuevamente. Se reconciliaron de verdad; sin hipocresías y sin mencionar el pasado y aquellas vicisitudes que los orillaron a separarse.

Eric se unió junto con Alan; y luego Ezequiel los acompañó mientras David hacía una fogata. Mirna les siguió en compañía de un Mauricio que irradiaba luz propia en esos ojos clarísimos. Y al final salió Lucía con un Neza bien abrigado que corrió a los brazos de su padre, del protagonista del Salto Mortal que le dio la medalla de oro a México.

Fin.

La carta de David

Cuando nació David, mi vida estaba tomando otro rumbo. Lucía y yo pensábamos que lo mejor era el divorcio y compartir la custodia de nuestros dos hijos; no nos esperábamos que un tercero viniese en camino, y mucho menos con las complicaciones que este pequeño traía consigo.

Recuerdo que, en ese entonces, cuando Lucy se dio cuenta de que estaba embarazada, yo tenía seis días viviendo en casa de un primo. Estaba listo para empezar una nueva vida, ya sin las constantes responsabilidades de la ajetreada vida familiar; de ese día a día con niños y una mujer estresada. Ella, como madre, tendría que hacerse cargo de todo lo que implicase a nuestros dos niños: Eric y Mirna. Lo demás sería pan comido para mí: visitas programadas y asistir a cada evento escolar para ser un buen padre. Porque solía pensar que de eso se trata todo: de estar allí y de que los otros te vean participar.

No obstante, cuando nos dijeron que, el bebé en el vientre de mi mujer era otro varón y que tenía el ritmo cardíaco muy bajo, por lo que, aquel embarazo era considerado de alto riesgo, Lucy y yo decidimos dejar atrás nuestras diferencias para unirnos como familia y cuidar mejor de nuestros pequeños, en especial de David.

Cuando nuestro hijo tenía cinco meses de gestación, nos dijeron que probablemente moriría. Ellos no entendían por qué estaba tan débil, tan frágil. Pero nosotros guardábamos grandes esperanzas cada vez que él pateaba fuerte cuando se sentía irritado ya que mamá comía muchas espinacas para suplir el antojo de las frituras con chile que, seguro, eran cosa del niño y no de ella.

Goliath fue vencido por David. *Goliath* pereció en manos de un pequeño como lo fue David. Y, asimismo, nuestro David venció toda desesperanza y decidió nacer un día antes de nochevieja, a los seis meses, pesando apenas los dos kilos y midiendo exactamente cuarenta centímetros. Era como una tripa suave y bonita.

Sus primeros años fueron de andar tras él para que no se hiciese daño al correr o al brincar. David siempre fue intrépido y temerario. No le tenía miedo a los retos y eso nos aterraba porque jamás se negaba a saltar del árbol o de alguna plataforma. Los charcos formados por la lluvia eran ocasiones especiales para él que siempre quería estar bajo el agua. Mi esposa decía que eso era a causa de los tres meses que le hicieron falta en su vientre, pero yo empecé a pensar que mi hijo estaba loco.

Las rabietas de David fueron las peores. Eran diarias e insoportables. Lloraba y pataleaba; mordía y se hacía daño a sí mismo cuando lo reprendíamos ante su pésimo comportamiento. Hubo un tiempo en el que Lucía y yo le tuvimos miedo; ella llegó a pensar que el niño estaba poseído, y casi me convence de aquella descabellada idea.

David era diferente a Eric y a Mirna.

De bebés, ambos habían sido tranquilos y bien portados. Bebés de mostrador; bellos y perfectos. Ningún problema tuvimos con los dos porque ellos dormían sus siestas y por las noches nos dejaban descansar por lo menos cinco horas.

David no dormía.

Al cumplir el primer año ya hablaba todo y no caminaba, él corría. No era raro verlo corretear o escapar de su corralito a eso de las tres de la madrugada, lanzando objetos o chillando de hambre o de nervios.

No podíamos controlarlo con nada. Y cuando fue su primer año en el jardín de niños, las cosas no hicieron más que empeorar porque rápido fue etiquetado como un inadaptado.

Era el *burro* de la clase; el de *lento aprendizaje*. Solíamos hacer canciones para que aprendiese las vocales; los horarios; las reglas; lo que estaba bien y lo que no. Y mi hijo se esforzaba hasta el llanto de frustración.

«¡Déjenme en paz!», nos gritó a los cinco años cuando intentamos que aprendiese a escribir su nombre en la libreta de tareas. Él solo quería nadar y, por ende, no me fue difícil clasificarlo como un perezoso. Siempre hacía rabietas a la hora de terminar con los deberes, pero cuando se trataba de la piscina, era el más feliz del mundo.

—¡Papá! ¡Hay un monstruo bajo mi cama! ¡Tiene ocho ojos y es peludo!

Aquella noche supimos que sabía contar. Entonces nos preguntamos qué ocurría en el colegio. ¿Por qué tartamudeaba tanto? ¿Por qué no era capaz de sumar dos más dos? ¿Por qué retaba a sus profesores? ¿A nosotros?

Concluimos que nuestro hijo era de carácter rebelde y obstinado. Además, gustaba de llamar la atención con malos actos y palabras groseras.

Siempre tuvo esa personalidad que distaba de la de todos. David, desde pequeño, nació con la marca innegable de la oveja negra de la familia. Y nosotros acabamos resignándonos con el tiempo.

—¿Jugamos un rato al baloncesto? —le preguntó Eric una tarde de julio.

Yo los vi salir de casa; uno con siete años y el otro con catorce, casi los quince.

Quizás ahora no lo recuerde. No lo recuerda porque la memoria de los hijos es ingrata, pero estuvo a punto de ser arrollado por un auto cuando corrió en busca de un mal rebote y se quedó petrificado frente a un automóvil.

Eric tenía ambas manos en la cabeza y yo a David entre mis brazos, protegiéndolo del fuerte impacto que recibí en la espalda y la cadera, en mi intento de salvarle la vida. Como pude, lo arrojé al pasto, pensando en que, al día siguiente, pondría una valla alta o una barda de concreto para evitar esos peligros.

¿Y qué decir de aquella ocasión en la que saltó desde la segunda planta porque pensó que podía volar?

De milagro llegó con vida a sus doce años, la peor etapa de todo jovencito con ciertos problemas de concentración e impulsividad.

Empezó a portarse cada vez peor. Nos respondía; no atendía sus obligaciones escolares; desafiaba a sus profesores y peleaba con Mirna como si se tratasen de perros contra gatos.

Llegué a pensar en que terminaría arrestado a los dieciséis, pero él me cerró la boca cuando nos dijo que quería estudiar en la Academia Militar. Aunque tengo que aceptar que Lucía y yo pensamos que lo estaba haciendo solo para llamar la atención, pero no fue así. Él entró al internado y decidió quedarse allí cuando tenía la opción de vivir en casa. Y eso nos preocupó porque para entonces ya éramos '*el señor y la señora Duarte*'. No más papá y mamá.

Recuerdo el día en que cumplió diecisiete años. Festejó la Navidad en casa de Mirna y no con Eric y con nosotros.

Lucía y yo fuimos a convencerlos de que pasasen la fiesta de Año Nuevo con nosotros en casa, como hacíamos siempre. Mirna se opuso y David ni siquiera me miró a los ojos.

Estaba tan cerca y a la vez tan lejos. Sentado en el sofá con Nezahualcóyotl en brazos, tomando el biberón que David le daba mientras le sonreía y jugueteaba con la pequeña mano del niño.

—*Te cortaste el cabello, mi vida* —le dijo Lucy al sentarse junto a él. Y David, sin

mirarla, le asintió con la cabeza—. *Te ves mayor con el cabello tan corto. Pareces un muchacho de veinte años y no uno de diecisiete.*

—*Sí, qué emoción...* —murmuró con un ápice de sarcasmo. Mirna festejó aquel tonito irritante con una carcajada que reprimió cuando me vio reprenderla con la mirada.

Lucía se veía triste. Mi mujer vivía triste y yo siento que he fracasado como padre, como esposo, como hombre.

—*Ven conmigo* —lo llamé—, *quiero darte algo que compré para ti. Por tu cumpleaños.*

—*No quiero nada, señor. Gracias...*

—*Dices eso porque no has visto tu obsequio* —intenté animarlo, mostrando mayor entusiasmo en mi voz; incluso le sonreí y le hice un gesto con la cabeza para que me siguiese hacia el pasillo.

—*Pues no quiero nada. Deje de joderme.*

—*¿Por qué le hablas así a tu padre, David?* —le reprochó mi mujer.

Mirna se cruzó de brazos, recargando su espalda en el marco de la puerta de la cocina. Observaba la escena con mala cara, como si quisiese saltarnos encima para comernos vivos.

—*Váyanse mucho a la verga. Los dos.* —Y nos echó una mirada de odio de uno en uno.

Lucía le metió una bofetada y Mirna se puso furiosa. Pronto la zarandeó como si fuese una muñeca de trapo; la obligó a ponerse en pie y nos echó de su piso como si nos odiase.

Eric intentó hablar con ambos para limar asperezas. Con Mirna puedo decir que va funcionando, poco a poco está menos huraña con nosotros; al menos ya nos deja pasar tiempo a solas con Neza, y no como antes que parecía una trabajadora social, siempre vigilándonos y aprobando y desaprobando lo que podíamos hacer con nuestro propio nieto.

Pero con David no funcionó nada. Y las cosas empeoraron cuando se graduó de la Academia y se presentó en casa con su diploma y su certificado.

Llamó a la puerta. Al abrir me sorprendí de verlo ahí afuera como si fuese un extraño y no un miembro de la familia. Vestía su uniforme camuflado en tono verde oliva; sus botas lustradas y su gorro con visera. También traía consigo una pesadísima mochila en el hombro izquierdo y una maleta que me hizo pensar que iba a volver con nosotros.

—*Esta es tu casa, hijo* —le dije al ver su rostro serio—. *No tienes por qué andar tocando el timbre. Solo debes pasar. Entra, ven conmigo.*

Estaba muy cambiado. Ese robot frío y silencioso no parecía mi hijo el desastroso. Me lo habían cambiado por una especie de ser humano bastante rígido. Oscuro.

—*Buenas tardes, señora Duarte* —saludó a su madre cuando la vio sentada en el sofá de la sala de estar, viendo el televisor.

—*No me llames así, mi amor. Ven a sentarte conmigo. ¿Cuándo es tu graduación? Me he comprado un vestido precioso.*

—*Fue ayer.*

—*¿Ayer...?* —pregunté conmocionado y lo vi asentir mientras dejaba su mochila en el piso, frente a sus pies; luego se sentó en el sillón individual y comenzó a buscar algo dentro de sus pertenencias—. *¿No se supone que era el día veintiséis?*

—*No, señor. Les dije que la graduación sería el veintiuno. Que en la militar es antes... Pero no importa. Solo vine a traerles mi diploma.* —Y me miró con resentimiento, mostrándome la hoja en la que se le hacía una mención honorífica por excelencia—. *Quiero que lo tenga usted* —me dijo—; *usted me dijo que terminaría robando bancos y asaltando a las personas. Usted me dijo que terminaría en la cárcel o pidiendo limosnas para comprar tabaco o drogas. Y yo no fumo, no bebo y no soy tan estúpido como para consumir drogas que después no sabré*

controlar, señor.

—¿Por qué no nos llamaste para decirnos que la graduación era antes, David? —le reprochó Lucía con los ojos acuosos.

—¿Para qué? De todos modos lo habrían olvidado. Está hablando de David, no del fabuloso Eric —espetó.

Lo vi dejar su diploma sobre la mesa de café. Después preguntó por Mauricio y le dije que tomaba su siesta, así que dijo que lo esperaría para despedirse de él.

—¿A dónde te vas? —le inquirió mi mujer entre lágrimas. Yo me senté a su lado para consolarla con un abrazo sobre su hombro.

—A Ciudad de México. Haré la universidad militar. Quiero servir al país... —Le echó una mirada a los alrededores, antes de completar la frase—: *Ya que aquí no serví para nada.*

—No digas eso, hijo. Has sido un excelente atleta desde que andabas en pañales... —comentó Lucy con una sonrisa llorosa, a lo que David no respondió nada—. *Pero ¿irte a Ciudad de México no te parece muy lejos?*

—La universidad es gratis ahí. Yo no tengo dinero para pagarla.

—¿Y quién te iba a cobrar, David? —cuestioné sorprendido al darme cuenta del trato impersonal que estaba dándonos. Ya había llegado demasiado lejos—. *Para eso me tienes a mí. Por dinero no debes preocuparte.*

—Yo no quiero un solo centavo de ustedes. Entonces sí preferiría asaltar un banco, señor Duarte.

—¿Por qué nos odias tanto?! ¿Qué te hicimos si no fue haber estado para ti siempre?! —chilló Lucía, llena de rabia y de dolor.

—Nunca estuvieron para mí. Nunca fueron a verme a ningún puto torneo; nunca fueron buenos padres —escupió sin mirarnos, con los ojos clavados en su diploma—. *Es porque yo no soy como Eric...*

—¿Ahí vas otra vez con Eric?! —farfullé furioso.

David creció a la sombra de Eric y por eso siempre le tuvo envidia. Pero él fue quien decidió ir tras su hermano y esconderse en su habitación a sentirse miserable. Nadie lo hizo menos, nunca.

Después de una acalorada discusión que terminó en más lágrimas por parte de Lucy, David decidió despedirse de Mauricio y marcharse sin voltear a vernos; aunque Lucía le suplicó llevarlo al aeropuerto y él terminó accediendo. Yo no fui porque estaba enfadado por su hostilidad y su obstinación en hacernos ver como un par de monstruos.

La última vez que hablamos, antes de colgarme, me dijo que no tenía padres. Yo solo quería saber cómo estaba y el porqué de tanta ausencia. Por qué ya no nos hablaba y por qué se lo pasaba evitándonos.

Luego dejé pasar el tiempo y supe que se graduó del colegio con honores y que fue enviado a una misión en Michoacán.

Su pelotón volvió, pero David no estaba con ellos...

—Buenas tardes, con el señor Jorge Duarte, por favor.

—Él habla. ¿Quién es?

—Soy el General Ignacio Zúñiga y soy el encargado del pelotón que comandaba el capitán primero David Gonzalo Duarte.

—Sí, dígame...

—Lo estamos buscando, señor Duarte.

—¿Eso qué significa?

—Recibieron una emboscada en una sierra en la que se llevaba a cabo una operación. Él cayó de la troca y estaba herido. Su radio está apagada y tememos que haya sido secuestrado por los civiles armados a los que se enfrentaron. Haremos todo lo posible por rescatarlo con vida, señor Duarte.

Me quedé helado, petrificado, con el teléfono en la mano izquierda, pegado a mi oreja. Fui incapaz de hacer una pregunta ni de despedirme o pedir más información.

La llamada se cortó y yo me quedé varado en los recuerdos de sus primeros pasos. En su sonrisa cuando atrapaba un pez en el río al que solía llevarlo con sus hermanos. Me quedé estacionado en sus mejillas enrojecidas por el sol y en el momento en que, sin darme cuenta, lo perdí.

Porque ya lo había perdido desde antes; lo perdí cuando me olvidé de algún cumpleaños o alguna fecha importante; cuando no asistí a sus entrenamientos ni a ningún torneo; cuando, cabizbajo, entraba en la casa con algún trofeo y yo lo felicitaba con un pulgar arriba.

No me di cuenta de la hora en la que se convirtió en un hombre. En un adulto. No me di cuenta porque siempre estaba encerrado en su habitación o en casa de los Rosas con su amigo Franco. No me percaté de él porque era más fácil enviarlo a su alcoba que tenerle paciencia; que intentar entenderlo y escarbar hondo para descubrir la raíz de su problema.

David se fue mucho antes de esa llamada, pero yo mantenía la esperanza de que un día regresase a casa y de que empezáramos de nuevo; esa vez con el pie derecho.

Sin embargo, nunca fui a buscarlo porque mi orgullo no me dejó. Infantilmente llegué a pensar en que, si él ya no me veía como un padre, entonces yo no tenía por qué verlo como un hijo.

Recibí una llamada luego de una semana del aviso por parte de las autoridades militares. Me temí lo peor al ver la lada de Ciudad de México, pero me sorprendió bastante ver que se trataba de un número personal y no el de alguna institución.

—¿Diga? —Al responder, la otra persona se quedó en silencio durante algunos segundos —. ¿Eres tú, David? ¿Eres tú, hijo?

—No, no soy David, señor Duarte...

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Ezequiel Mijares y soy la pareja sentimental de su hijo. Soy su novio, señor...

—¿Dónde está mi hijo?

—No lo sabemos, señor. No sabemos nada de él desde hace tiempo. Lo siguen buscando, pero cada vez con menor frecuencia. Está perdido o..., o no sabemos en dónde o en qué condiciones. No sabemos si volveremos a verlo, señor Duarte. Pero tengo una carta que él le escribió hace un tiempo y me gustaría enviársela si me da su dirección. Habíamos quedado en que se la entregaría personalmente, pero yo ya no sé nada...

El labio inferior me tembló al escuchar su voz rota. Le di mi dirección y le pedí que nos llamase en caso de tener noticias.

Esa misma noche se lo confesé a Lucy y ella lloró como nunca. La destrocé y comenzó a culparme de todo. Me dijo que David se había ido por mi culpa y yo sentí que estaba siendo egoísta.

A los pocos días recibí la carta que me rompió el corazón. La carta de David:

«No le pongo fecha a esto porque la estás leyendo hoy. La fecha es hoy. Seguramente ya nos habremos abrazado y seguro ya nos disculpamos.

Me siento viejo mentalmente, ¿sabes? Mucha mierda en mi cabeza. Mucho estrés y

tantísimos recuerdos oscuros que me dan vueltas cada vez que me pongo a pensar en ti.

Ya he perdonado a Lucía. Quiero que se lo digas tú. Estoy seguro de que no se había dado cuenta de los años que han pasado y de mi ausencia. Quizás piense que estoy en mi habitación jugando a la consola o dibujando alguna Mantarraya para algún concurso del Alpes...

Ya no quiero cargar con el pasado y con estos años que me han destruido emocionalmente. Quiero soltarlo todo y aceptar lo que tuve, sin anhelar haber podido ser alguien mejor, alguien de quien sí te pudieras enorgullecer.

Estoy tan roto, papá...

A veces quiero volver a casa y quedarme a dormir allí en la sala. Quiero despertar y ver caricaturas hasta las diez. Comer crepas con Mauri. Salir a beber con Eric. Jugar con Neza. Bailar con Mirna alguna coreografía nueva. Tomar un café con mamá para ponernos al día. Llevarme bien contigo; y quizás, cuando recuperemos un poco del tiempo perdido, salir juntos a pescar.

No voy a hacer ruido para que no se espanten los peces, te lo prometo...

Ya no quiero gritar que siempre me sentí solo. Como si no perteneciese a la familia. Un completo extraño que constantemente les robaba comida de la nevera o se colaba en sus fotos navideñas solo para arruinarlas haciendo gestos raros.

Ya no quiero decir que estoy cansado y que, aun así, no me arrepiento por cada ventana rota, por cada neumático pinchado, por cada tartamudeo en clase de Literatura, por cada niño gordito al que molesté; ni por cada vez que le vi la cara a Montes, allí sentado en su dirección.

Es gracioso que lo vi más a él que a ti y a mamá. ¿Eso no te dice nada ahora?

Los años han pasado y el puzzle perdió piezas y se tornó amarillento. Es un juego de mesa en el que todos tuvimos que sentarnos a hablar; no a gritar. Pero ya no tengo más que una última pieza, papá.

Si pudiera regresar el tiempo; abrazaría a François y pasaría más tiempo flotando boca arriba en la piscina del instituto. Eso es lo único que haría cien, mil, cien mil veces más. Cada día, en cada momento. Para no olvidar jamás; para tener más recuerdos cuando me encuentro en las calles; en mis noches de agotamiento; para dormir con una sonrisa y no con un gesto de "si el hubiera existe yo habría..."

He encontrado a Ezequiel, seguro ya lo conoces y hasta te cae bien porque es buena persona. Ahora, mientras tú y yo estamos leyendo estas letras en el patio trasero, con una cerveza en mano, él debe estar jugando con Neza o charlando con mamá de cosas de señoras. Es medio raro, pero es buena persona.

Espero que este sea un nuevo inicio en nuestras vidas, viejo.

Espero que dejemos los rencores atrás y que podamos darnos un abrazo sin ser hipócritas. Un abrazo de verdad; de esos que se dan los amigos cuando pasan un tiempo sin verse.

Te quiero, papá.

David Duarte».

